TIME KEEPER 3

LA MUERTE DEL TIEMPO

IRIA G. PARENTE
SELENE M. PASCUAL

MOLINO

IRIA G. PARENTE
SELENE M. PASCUAL

TIME KEEPER 3

LA MUERTE DEL TIEMPO

MOLINO

Para quienes nos habéis acompañado hasta aquí.
El fin del viaje comienza en la página siguiente, pero ojalá el recuerdo de esta historia permanezca en vuestra memoria mucho tiempo más.

Y para Catra.
Ojalá hubiéramos podido usar el Amuleto del Tiempo por ti.

EVREN
ISLA DE GALIA
ODELIA
FIRWYN
CALAIS
DAMIRA
ARSAY
CUEVAS DE SANTA AIVA
RUINAS DE ARAVA
DESIERTO DE SHANA
EXPLANADA DE YUDA
DAIVA
ERELA
ORFAITEL
ILAN

PREFACIO

Muerte estaba allí cuando el bebé llenó sus pulmones por primera vez.

No era necesario que vigilase el ciclo en todo momento, pero había ocasiones en las que le gustaba estar presente; había almas que quería acompañar hasta su nueva existencia con sus propias manos. Aquella era una de ellas: una por la que sentía cierto aprecio, por la que quizá pudiera hacer algo en su próxima vida, siempre que las cosas salieran como ella esperaba. Por eso sopló al haz de luz que sostenía entre los dedos y, con un parpadeo, la diminuta esfera fue a guardarse dentro del pecho de aquella criatura recién nacida. Solo ella pudo verla entrar bajo la piel fina y suave, pero ese fue el instante en el que la niña se revolvió entre los brazos de la necromante que la había ayudado a nacer y empezó a llorar.

Para la partera, fue como si una energía cálida le estallase contra el cuerpo. Se aferró al bebé hasta que pudo cortar el cordón umbilical con el cuchillo y después lo dejó con suavidad contra su madre. La mujer, que todavía respiraba con dificultad, recibió a su hija con un sollozo en los labios. Le besó la cabecita, llena de fino pelo oscuro, y la observó con los ojos de quien acaba de encontrar el amor. La niña todavía se quejaba, pero su boca entreabierta intentó anclarse al pecho que de aquel momento en adelante le daría de comer.

Su progenitora decidió que era perfecta, incluso recién llegada al mundo, sin lavar. La criaturita tenía los ojos cerrados, pero ella dio por hecho que los iba a tener castaños, iguales a los de su padre, que estaba a su lado, sobrecogido por aquel pequeño milagro del que apenas podía apartar la mirada.

Muerte, invisible, se inclinó sobre la recién nacida. Sus dedos delicados le rozaron la mejilla, donde, en otra vida, en otro cuerpo, se había extendido una constelación de lunares. En cuanto la caricia de la diosa desapareció, una mancha pálida se extendió sobre la piel morena, abriéndose como la primera flor de la primavera. La madre entornó los ojos, porque la vio aparecer, pero no dijo nada. Ni ella ni los demás escucharon las palabras que la Original susurró en la diminuta oreja:

—Sé paciente. Algún día recuperarás lo que te han arrebatado.

La diosa se alejó al tiempo que los ojos de la niña se abrían por primera vez.

Solo ella vio su sombra desvanecerse del cuarto.

I
TIEMPO DE CAMBIOS

—Hacía tiempo que no te veía sonreír así.

—Y lo odias, ¿verdad?

—No tanto como crees. Me gusta que sonrías porque así es más satisfactorio borrarte el gesto de la cara.

—¿Y cómo piensas hacer eso, Xandre? Vas perdiendo: el Amuleto vuelve a estar en Odelia y está claro que Astrey Brynsen va a usarlo tanto o más que su padre en su día.

—Quizá, pero me sorprende que pienses que ese espíritu va a durar mucho en su puesto. Ha traicionado a todo el mundo.

—Hay traiciones necesarias.

—¿Y crees que la suya lo era?

—Lo que importa no es lo que yo crea, sino a cuántas personas puede convencer de que así es.

NATHAN

Nathan Tabiz ya no puede detener el tiempo.

Como tantas otras veces, le gustaría hacerlo. Necesita que todo se pare a su alrededor para que la situación ante él cobre un poco de sentido y el mundo se recoloque en su lugar. No, quizá esta vez no quiera detener el tiempo: quizá querría hacer que retrocediese. Dos minutos serían suficientes para que la cabeza de la emperatriz volviese a estar sobre sus hombros en vez de arrancada de ese cuerpo que se desangra a solo unos pasos. No, eso no arreglaría nada. Debería volver al principio de la noche. Debería advertir a todo el mundo de que esa mujer es mucho más peligrosa de lo que piensan y trazar una estrategia mejor. Debería regresar a un momento en el que poder hablar a solas con Astrey y preguntarle qué está pasando, cuáles son sus planes, de dónde viene y desde cuándo quiere el trono de Odelia. Es suyo. Ahora es suyo, aunque eso no tiene ninguna lógica. El espíritu los está observando sentado en él, con satisfacción, como quien admira el resultado de un trabajo bien hecho o el tablero de juego de una partida que por fin ha ganado.

El Amuleto del Tiempo cuelga de su mano.

Verlo le da ganas de vomitar. Siente su ausencia como un miembro fantasma, como si alrededor de su cuello faltara algo que necesita para vivir. Ya no es capaz de utilizarlo, ya no escucha su voz dentro de su cabeza. El tiempo ya no gira para él, ya no se enreda en torno a sus dedos y se inclina a su voluntad, nota la abstinencia que eso le provoca como un vacío que se extiende más allá de su cuerpo. Lleva tanto tiempo con ese objeto pegado al pecho que se siente desnudo sin él. Está mal. Todo está mal y, para rectificar, el mundo necesita el Amuleto. Con el Amuleto, podría repararlo todo.

Aunque nada ha vuelto a estar bien desde que Adam murió.

Tendría que haberse centrado solo en él. En recuperarlo. Tendría que haber seguido solo en lugar de distraerse con otras personas, con otros objetivos. Tendría que haberse preocupado únicamente de traerlo de vuelta y no parar hasta conseguirlo, y entonces el mundo estaría quieto en vez de moviéndose a toda velocidad. El mundo siempre se paraba cuando estaban juntos, incluso sin la magia de Chronos de por medio.

Una magia que ya no le corresponde.

Las piernas le fallan, pero no llega a caer. Darien está ahí, a su lado, y aunque se tambalea bajo su peso, consigue sostenerlo. No es el único. A su derecha, otra persona le levanta el brazo para pasárselo por los hombros y Nathan se gira, mareado y perdido, hacia esa figura imposible. De todo lo que ha ocurrido en los últimos minutos, esa es otra de las cosas que menos sentido tiene: Lilith, a su lado, ayudándolo a mantenerse en pie. Sus miradas se encuentran y él entrecierra los párpados, desorientado. Quizá la pérdida del Amuleto está haciendo que termine de perder la cabeza,

porque esa muchacha ya no es su amiga, dejó de serlo hace meses. Lilith quiere matarlo. Lilith lo odia por todo lo que ha traicionado, por todo en lo que se ha convertido, por todos los secretos que le ocultó. Lilith es una celestial con una misión y ha jurado acabar con el Portador…

Solo que él ya no es el Portador.

En realidad, no lo ha sido nunca.

La aceptación es una maza que convierte en pedazos todo lo que alguna vez ha creído saber sobre sí mismo. Porque todo, desde hace más tiempo del que puede recordar, se ha reducido a eso: ha sido el heredero del Amuleto del Tiempo, el guardián del Amuleto del Tiempo; el traidor que lo puso en marcha, el héroe que lo usó.

Y ahora no tiene ni idea de quién es sin él.

Sin el Amuleto en sus manos, Adam no puede volver.

La náusea le arde en la garganta. El resto del mundo se mueve, el tiempo corre, pero, por primera vez en mucho tiempo, él no puede atraparlo.

«Nathan». La voz que lo llama viene del fondo de su mente, no de la joya que ahora es de Astrey, pero al menos sabe que esa no va a irse a ninguna parte. Sin ella, estaría perdido. Sin ella, estaría indefenso, sin poder, sin ojos. «Tienes que centrarte». Sí, pero ¿cómo? ¿En qué? El Amuleto ya no está en sus manos. ¿Qué va a hacer sin él? ¿Por qué Astrey se lo ha quitado? ¿Por qué le está haciendo esto a él? «Si es demasiado para ti, yo puedo tomar el control». Eso estaría bien. Nunca ha tenido el control de todos modos, así que ¿por qué no dejar que sea otro quien se vista con su piel? Alguien que esté más seguro de qué pasos tiene que dar ahora que él tiene la impresión de haberse olvidado de caminar.

«Tranquilo, yo me encargaré de todo. Descansa». Sí, eso es lo que quiere. Descansar. Quiere cerrar los ojos y cobijarse tan hondo en su propio cuerpo como para que nunca nada le vuelva a molestar. ¿Y por qué no iba a hacerlo? Nathan no existe. Todo lo que él ha creído real durante tanto tiempo ha sido solo una mentira, así que da lo mismo que desaparezca. Si no va a poder ser el Portador, cuando toda su existencia ha girado siempre en torno a eso, cuando lo único que le seguía dando sentido a su vida era el Amuleto, ¿qué más da si su cuerpo lo ocupa él u otro?

Así que lo hace.

Cierra los ojos y se deja ir.

DARIEN

Darien no puede apartar la vista del nuevo emperador.

En medio del caos, trata de encontrarle algún sentido a lo que está ocurriendo, intenta ordenar unos pensamientos que corren en círculos, llenos de preguntas y hechos ineludibles, como que Nathan y Lilith están a su lado, pero Derek está muerto. Iraides de Odelia ha sido asesinada y el culpable es ese brujo del pasado de Caleb, el mismo que intentó matarlos en las montañas. El mismo que acaba de decir que la emperatriz era su madrastra, aunque eso es imposible, porque todos los hijos del Inmortal murieron la misma noche.

Excepto Ishtar. Excepto Valerick. Excepto…

Excepto Sera, la niña a la que Valerick trató de salvar. Jamás le vio la cara en sus visiones, pero podría haber tenido un rostro parecido al de Astrey. Astrey. ¿Qué sabe de él? Solo lo que los recuerdos de Caleb le han dicho: que se crio con Nilam y… Nilam. Ese nombre es la pieza que termina de encajarlo todo. El brujo debió de huir del palacio imperial aquella noche, junto a la criatura a la que pertenecía la muñeca pelirroja. Por eso conocía a Valerick y por eso más tarde

se hizo cargo de Caleb y lo crio como si fuera de su propia familia, porque debía de saber de quién era hijo.

Una vez la primera pieza encaja, el resto encuentran su sitio con facilidad. Astrey y Caleb se criaron como familia sin ser conscientes de que realmente lo eran. Dos príncipes apartados de su palacio. Dos herederos que consiguieron escapar de las garras de la emperatriz.

En cuanto lo comprende, su mirada busca al necromante, en parte por inercia y en parte por ansias de encontrarlo, de hablar con él. Pero Caleb está lejos de su alcance, junto al cadáver de su amigo, abrazando a una desconsolada Ishtar y con la expresión desencajada por el desconcierto y el odio hacia el que un día consideró su hermano. Mirarlo es un error. Lo sabe cuando en lo único que puede pensar es en ir hacia él, cuando siente el peso de todas esas existencias en las que se encontraron y la carga que es el medallón de Destino en esa vida. Le parece que los dioses se han girado en su dirección y que puede escuchar sus voces en el ruido que lo rodea, entre los murmullos y los gritos de los invitados.

Tiene que salir de ahí. Tiene que ponerse en movimiento, olvidarse de él, alejarse de los problemas. Lo que está pasando en ese jardín es ajeno a él, a *ellos* (a Nathan, a Lilith), así que debería correr en sentido contrario. Aun así, sus pies no se mueven. Han echado raíces, como si un necromante estuviera intentando detenerlo.

Es Lilith, a su lado, quien pronuncia en voz alta lo que él piensa:

—Tenemos que salir de aquí.

Pero la celestial está tan paralizada como él y Darien sabe que la nueva situación tampoco es fácil de digerir para ella. El Portador ha

cambiado y, por tanto, también todos sus objetivos. Junto a ella, Nathan tiene la cabeza gacha y el cabello blanco le cubre la cara. No se mueve. No habla. No es hasta que está a punto de llamarlo por su nombre que el chico alza el rostro y deja ver el principio de una sonrisa tirando de la comisura de los labios. Darien se estremece, porque hay algo desubicado en esa expresión. Cuando Nathan se endereza, es como si hubiera recuperado las fuerzas de golpe, aunque sigue herido y las ascuas en su rostro resplandecen como si el fuego bajo su piel se hubiera avivado.

—Yo no me voy a ninguna parte. —Su cadencia no suena del todo a él—. Quiero saber…

ELIRA

—¿Qué está pasando aquí?

Elira Surya habla incluso antes de ser consciente de su propia voz. En ocasiones le ocurre: su boca va más rápido que su pensamiento, su cuerpo es más veloz que la razón. Por lo general, trata de mantener esos impulsos a raya, pero en este caso las palabras le empujan la lengua y los labios y se le escapan.

En su cabeza, de todos modos, solo hay espacio para esa pregunta y la explicación que se esconde en todas las posibles contestaciones.

Astrey la ha traicionado.

Él tarda un segundo de más en fijarse en ella. Si Elira estuviera lo suficientemente cerca, si Denna no la ayudase a ponerse en pie en ese momento o si ella pudiese reparar en algo más allá del dolor de su cuerpo y las voces que le están estallando dentro, insultándola y riéndose de su inocencia, quizá podría ver la manera en la que la sonrisa del espíritu titubea, pero se lo pierde. Así que lo único que ve es que el nuevo emperador se acomoda en su trono y apoya el mentón sobre los nudillos mientras el gesto de su boca recupera las

fuerzas y se amplía. Sus ojos grises, de pupilas afiladas, destellan antes de que él se encoja de hombros.

—Se acabó, mi reina —anuncia con calma—. Se acabó la lucha. Se acabaron las preocupaciones. Sé que querías matar a Iraides con tus propias manos, pero yo tenía una cuenta pendiente con ella incluso más antigua que la tuya.

Elira no lo entiende. Puede que las palabras tengan sentido por separado, pero su cabeza no es capaz de unirlas de forma coherente. Su cuerpo está congelado y lo único que es capaz de hacer es clavarle las uñas a una Denna furibunda que sigue sosteniéndola. Tamir, cuando se une a ellas, tambaleante, solo parece confuso.

—¿De qué estás hablando? —La voz le sale como un graznido ahogado, semejante al que lanza Shiraz antes de ponerse ante ella, como si quisiera protegerla. Como si no fuera demasiado tarde para ahorrarle el daño que le están haciendo. Ya lo siente y ni siquiera tiene que ver con las heridas que todavía le sangran—. ¿Qué significa todo esto, Astrey?

—Nos ha mentido —escupe Denna—. Nos ha estado usando…

Elira sabe que es cierto y, aun así, se encuentra a sí misma deseando que el brujo le lleve la contraria. Que le replique con algo retorcido que ella pueda entender, algo que no la haga sentir tan estúpida, tan ridícula…

—No le he mentido a nadie. —Elira se permite tener esperanzas por un instante que acaba demasiado pronto—. Tan solo hay algunas cosas que me he visto en la obligación de no mencionar. En lo importante, sin embargo, siempre he ido con la verdad por

delante. Te dije que creía en tu misión, que estaba de tu parte, y nada de eso era falso.

Elira siente dos fuerzas contrarias tirar de su cuerpo. Una, la que parte del pecho y cuyo pálpito es lo suficiente fuerte como para acallar todo lo demás, le pide que se tranquilice, que confíe en él, que se deje llevar por esa mirada de tormenta en la que ella siempre ha sabido leer mejor que nadie. Otra, la que está en la cabeza, la que chilla tan alto y con tantas voces distintas que cree que va a reventarle los oídos, le dice que se está burlando de ella. La ha engañado, la ha usado, y ella… ella es una estúpida por dejarse engatusar por sus palabras llenas de sombras y sus sonrisas de serpiente.

Es esa segunda fuerza la que pudre lo que tiene en el pecho y lo aplasta para que no moleste. También es la que le arranca un jadeo y una sonrisa que no tiene nada de feliz. Es pequeña, retorcida y, sobre todo, incrédula.

—¿De mi parte? —Esta vez la pregunta es como un arañazo. Le gustaría que lo fuera de verdad. Quiere clavarle las uñas, dejarle marca. Su mirada cae sobre la corona que destella entre sus cabellos pelirrojos y, después, sobre el Amuleto del Tiempo—. Tú no estás de parte de nadie más que de ti mismo. Siempre ha sido así, ¿no? ¿Era esto lo que querías durante todo este tiempo? ¿El trono? ¿El Amuleto?

El nuevo Portador hace un mohín mientras se levanta y se acerca con pasos tranquilos. Sus dedos rozan el Amuleto del Tiempo en una caricia que a Elira le revuelve el estómago. Esos dedos la han tocado a ella con el mismo cuidado y las mismas ansias en mil ocasiones, y

ahora se siente como si no hubiera sido más que otro objeto bajo esas manos. Algo que usar. Algo que manipular.

—Quería venganza, Elira, igual que tú. Sé que ahora estás confundida, pero sigo siendo la misma persona que conoces. Seguimos siendo iguales, tú y yo. Seguimos teniendo los mismos objetivos. Y, sobre todo, quiero que sepas que no voy a ir contra ti. Ya tienes todo lo que querías. La emperatriz está muerta y, si así lo deseas, la corona de Orlaith es tuya. Pero no tiene por qué ser solo la de Orlaith. Podrías tener la corona de toda Odelia —añade mientras extiende hacia ella una de sus manos llenas de anillos—. Podrías ser mi emperatriz. Podríamos cambiar el mundo.

Elira escucha la exclamación sorprendida de Tamir a su lado, la risa irónica de Denna, pero solo tiene ojos para la expresión honesta de Astrey, para sus dedos extendidos como los de un demonio que quiere hacer un Trato.

Al principio ni siquiera es capaz de reaccionar. Quizá porque ha visto muchas veces esa expresión casi devota en Astrey (en su cama, durante las misiones que han compartido, cada vez que la llamaba «mi reina») y está acostumbrada a sentir que era ella quien tenía el control, que él siempre terminaría moviéndose al ritmo que ella marcase. Desde que se conocen, ha sido ella quien ha decidido lo que pasaba entre ellos, lo que permitía y lo que no. Ella decidía los planes en los que participaba, ella consentía sus acercamientos o mantenía las distancias.

Pero quizá estaba equivocada.

Quizá ha sido él quien ha tenido el poder durante todo ese tiempo.

La fuerza que reside en su pecho se revuelve solo un poco antes de que la de su cabeza vuelva a ganar. Emperatriz. La simple palabra hace que se le erice el vello, que el paladar se le llene de sabor a bilis. Ella nunca ha querido ser emperatriz de nada. Ella quiere destruir el Imperio, acabar con él y con todo lo que su historia arrastra. Y pensaba que Astrey deseaba lo mismo. Por eso luchaban, por eso ayudaron a Ilan. Por eso iban a liberar Orlaith, pero no de esta manera. ¿Cómo puede sugerirle algo así? ¿Cómo puede ofrecerle una corona creada a costa de la subyugación y del terror con el que el Inmortal cubrió casi todo Evren? ¿Cómo puede creer que ella sería capaz de aceptar?

No la conoce. Si piensa así, es que la conoce tan poco como ella a él.

Una tercera fuerza nace dentro de su cuerpo. Viene del estómago, cálida y ardiente, y hace que apriete los dientes y extienda las garras.

Pero, antes de que la rabia la ciegue, antes de que ella se arme de la seguridad necesaria para atacar y destrozar esa sonrisa y esos ojos que siguen mirándola como si nunca le hubieran mentido, otra sombra se le adelanta.

CALEB

Cuando era pequeño, Astrey tenía una sola debilidad: su confianza en sí mismo. Era una característica que muchas veces lo llevaba lejos, sobre todo porque la gente solía confundir su soberbia con la picardía propia de un adolescente y él resultaba lo suficientemente encantador como para que todo el mundo se dejase engatusar por él. En otras ocasiones, sin embargo, la autosuficiencia jugaba en su contra, así que Caleb solía aprovecharse de ello en sus entrenamientos. Por ejemplo, cuando Astrey daba una batalla por ganada, siempre bajaba la guardia, porque solo le interesaban las cosas mientras suponían un desafío para él. Se aburría rápido de lo que no consideraba que estaba a su nivel, y eso a veces incluía a ese chiquillo que no dejaba de ser seis años más joven. Por eso y porque lo admiraba, Caleb aprendió que tenía que sorprenderlo de manera habitual si no quería que se cansara de pasar tiempo a su lado, sobre todo cuando se enfrentaban el uno al otro.

Ahora, cuando salta sobre esa persona que antaño consideró su familia, siente que el tiempo ha pasado por ambos y, a la vez, que ninguno de los dos ha cambiado tanto. Aun así, en esta ocasión

ataca por la espalda no porque desee ganarse su atención y su cariño, sino para acabar con él.

Está a punto de conseguirlo. Lo haría si la expresión de sorpresa de la bruja alada no alertara a Astrey, que se gira y evita que el puñal que buscaba su cuello dé en el blanco. En su lugar, encuentra su brazo y, solo un segundo más tarde, el suelo se abre bajo los pies de Caleb. Tiene que saltar hacia atrás para evitar caer, pero no deja que eso lo detenga, del mismo modo que no permite que lo hagan los filos que surgen de todas partes y se le clavan en el cuerpo mientras vuelve a lanzarse hacia su contrincante. No importa que duelan, no importa que le abran la piel y lo atraviesen entero, no importa que tenga que apretar los dientes para no gritar: nada de eso va a matarlo. No puede matarlo. Es inmortal, y si eso sirve para que logre acabar con la persona que insiste en destruir su vida, bienvenido sea.

Uno de los filos le alcanza el corazón, pero ni siquiera eso lo detiene. Apenas lo siente, de hecho, porque en ese lugar todavía tiene clavada la muerte de Derek. Si se concentra, aún escucha a Ishtar llorar sobre su cuerpo.

Pensar en ello le da más fuerzas para seguir. Para evitar los ataques que Astrey lanza en su dirección y darle alcance cuando el brujo intenta poner distancia entre ellos. Va a matarlo. Va a matarlo ahí, ahora, por fin. Tal vez ese sea su destino, porque en otra vida, siglos atrás, el poder del Tiempo le perteneció, y quizá lo más lógico sea que regrese a sus manos. Heredará ese maldito Amuleto, aunque nunca lo ha querido, y entonces no habrá nadie que pueda volver a hacerle daño. Nadie que pueda volver a separarlo de las personas que quiere.

Con el Amuleto en sus manos, podría curar a Ishtar.

Con el Amuleto en sus manos, ni siquiera los dioses podrían interponerse entre Darien y él.

Astrey tiene una mueca en el rostro cuando se alza sobre un pilar que crea para alejarse de su alcance.

—¿Por qué estás haciendo esto, Caleb? ¿Tan leal te has vuelto a la emperatriz que sientes que debes vengar su muerte? No sabía que los mercenarios fuerais tan honorables.

Él entorna los ojos mientras busca la manera más rápida de llegar hasta su contrincante.

—El único de los dos que no sabe nada sobre lealtad u honor eres tú, Astrey. Baja de ahí. Lucha conmigo.

—No tengo tiempo para perderlo contigo.

Esa es una frase que le solía decir cuando eran pequeños, sobre todo cuando volvió de hacer su Trato. Regresó cambiado, más irónico, más arisco por momentos, aunque seguía teniendo la misma sonrisa y las mismas bromas escondidas bajo la manga. Había días, sin embargo, que estaba frustrado, ansioso, y se comportaba como un animal enjaulado. Recordarlo consigue perturbarlo lo suficiente como para no ser capaz de evitar el siguiente ataque: un golpe de aire que lo lanza contra una de las estatuas del jardín. El impacto es tan fuerte que le arranca la respiración y le provoca un ramalazo de dolor en la espalda, pero no llega a derrumbarse sobre el suelo. La escultura a su espalda cobra vida y, con la fuerza de la piedra, lo sujeta de las muñecas y le retuerce los brazos para inmovilizarlo. El gruñido que le rasga la garganta es gutural, furioso, pero incluso él tiene que soltar las armas cuando su carcelero aprieta tanto su agarre que amenaza con romperle los huesos. Aunque intenta

concentrarse, porque esa estatua es parte del palacio y debería cumplir sus órdenes, no lo deja ir.

Astrey se acerca entonces a él. Lo hace con la misma sonrisa que ponía antaño cuando se salía con la suya.

—¿Cuándo vas a comprender que no eres contrincante para mí, hermanito?

—No te atrevas a llamarme así. —La respuesta le sale afilada, la única arma que le queda para defenderse—. Yo solo tenía un hermano vivo y tú lo has matado, igual que mataste al único padre que nos quedaba a los dos.

El brujo lanza un vistazo al cuerpo de Derek. Se encuentra un poco más allá, todavía entre los brazos de Ishtar, rodeado de un público de brujos que han decidido quedarse en lugar de escapar, más atraídos por el caos que temerosos de él. Aun así, nadie se atreve a actuar. Nadie hace nada por la legítima heredera y su pena, igual que nadie más que Caleb se ha atrevido a atacar a la criatura capaz de arrancarle la cabeza a la emperatriz de un solo bocado.

Cuando Astrey vuelve a fijarse en él, hay tanta indiferencia en ese gesto que Caleb nota que la furia le quema las venas.

—No me gusta que se me acuse de crímenes que no he cometido, ¿sabes? Maté a mi tío y volvería a hacerlo, porque fue un mal necesario —admite—. Nilam quería que olvidase de dónde venía y me quedase para siempre en Arsay, que me conformase con una vida que no era la que me merecía. Creía que no era lo suficientemente fuerte o inteligente como para hacer todo lo que me proponía, así que tuve que demostrarle que estaba equivocado y demostrarme a mí que nunca dejaría que nadie me detuviera. Ni siquiera él. Ni siquiera tú.

Caleb todavía recuerda el dolor aquella noche, el sentimiento de derrota cuando vio el cuerpo de su maestro caer y, más tarde, cuando aquel al que consideraba su hermano atravesó su propio corazón.

No fue nada en comparación con la desesperación al despertar.

—Sin embargo, no he matado a tu irrelevante amigo —continúa Astrey—. La única persona a la que he matado esta noche es a Iraides.

—Mientes. El ataque a Ishtar fue…

—¿De verdad crees que la chica seguiría viva si hubiera sido cosa mía? Si hubiera querido matarla, estaría muerta, sin importar quién se hubiera puesto de por medio. Pero no tengo intención de asesinar a mi hermana… A no ser, claro, que ella no me deje otra opción.

La mirada de Astrey cae sobre la princesa, como si estuviera esperando una respuesta por su parte, o quizá una amenaza, una excusa para acabar con ella igual que ha acabado con su madre. Caleb ni siquiera sabe qué responder. Una parte de él quiere seguir responsabilizándolo, culparlo y hacerlo sufrir por arrebatarle a otra persona más, pero la lógica le indica que dice la verdad. Ishtar no es contrincante para él. Si hubiera querido, no le habría costado nada matarla.

No, Astrey no ha atacado a Ishtar. Pero ¿entonces quién…?

Lo entiende de repente. Iraides. La emperatriz necesitaba una excusa para acabar con las formalidades y comenzar una guerra en medio de la fiesta y la mejor manera era fingir que su propia hija estaba en peligro. Nadie sospecharía de ella porque todo el mundo sabía que adoraba a la princesa y la protegía por encima de todo.

Ishtar debe de entenderlo al mismo tiempo que él, porque alza la cabeza, muy despacio. Su mirada, hueca y triste, llena de llanto, va hacia el cuerpo decapitado de su madre y, después, hacia el nuevo emperador. Parece desubicada, con la ropa y las manos repletas de sangre y la expresión desamparada de alguien que ha perdido todo lo que le importaba en un parpadeo.

Astrey entorna los ojos antes de dar un par de pasos tranquilos hacia ella.

—Cuando tu madre me obligó a huir de este palacio, tú eras solo un bebé. Sabes que estoy por delante de ti en la línea de sucesión, así que, dime: ¿me vas a permitir tomar mi lugar o vas a convertirte en una molestia que debería eliminar, Ishtar de Odelia?

Caleb siente que el pecho se le constriñe cuando ve cómo se aproxima a la muchacha. Ella está mirando al asesino de su madre sin emoción, sin intención de defenderse. Casi como si solo estuviese esperando lo inevitable, como si Astrey no fuera más que otra enfermedad que le ha tocado sufrir y supiera que esta sí que va a matarla.

Pero él no piensa permitirlo.

—¡Ni se te ocurra tocarla!

Astrey se detiene cuando está casi a punto de alcanzar a la princesa y vuelve a girarse para mirarlo con curiosidad.

—Ah, así que es *a ella* a quien eres leal…

El necromante aprieta los dientes y trata de batallar una vez más contra la estatua que lo mantiene preso, pero no sirve de nada. Aun así, se alegra de que Astrey no pueda saber que se equivoca. Aunque quiere a Ishtar, aunque admira la fuerza con la que se agarra a la vida y la considera parte de su familia desde mucho

antes de saber que los unía un lazo de sangre, lo cierto es que su lealtad, la incondicional, la que lo llevaría a cometer cualquier atrocidad sin ni siquiera planteárselo dos veces, está con otro de los asistentes a esa fiesta.

No puede evitar buscarlo. Es solo un instante, pero es suficiente para que sus miradas se encuentren, porque Darien también lo está observando, con los ojos muy abiertos. Ha dado un par de pasos hacia delante y se revuelve contra su prima, que lo coge del brazo. Es obvio que quiere ir a su lado, pese a que esa misma mañana puso distancia entre ambos.

Caleb aprieta los dientes y los puños antes de volver a fijarse en Astrey. Su tranquilidad le enerva. El Amuleto del Tiempo cuelga de su cuello y destella y le confirma algo que aborrece admitir: el brujo tiene razón. No es contrincante para él.

Al menos, ahora.

Por eso, aunque odia la idea de agachar la cabeza, toma aire y baja la vista.

—No le hagas nada. Tú ganas, pero déjanos ir.

—¿Por qué debería? Estaba teniendo una conversación importante y has aparecido de la nada para intentar matarme. —Astrey hace un mohín de disgusto—. Ha sido, como poco, muy maleducado, Caleb. Nilam no nos crio así.

Quiere responderle que perdió el derecho de mencionar ese nombre cuando mató a la persona que lo llevaba, pero, en su lugar, insiste:

—Porque me lo debes. Me quitaste a una familia: no puedes quitarme otra. Si alguna vez me consideraste tu hermano de verdad,

dejarás que me vaya con los míos: Ishtar, el celestial. Deja que nos marchemos y nunca más volverás a saber de ninguno de nosotros.

Miente, por supuesto. Pero nunca le ha importado mentir cuando es necesario.

Supone que eso es algo que ambos tienen en común.

Astrey lo observa con incredulidad, pero el necromante tarda un segundo de más en comprender que no es porque no se fíe de su palabra, sino por haber mencionado a Darien.

—¿El celestial? —repite casi con burla. La santa se queda congelada cuando Astrey fija su mirada en ellos, pero Darien alza la barbilla con desafío. Aun así, retrocede cuando su prima tira de él hacia atrás—. Vaya. Eso sí que es una sorpresa.

—Astrey.

—No, Caleb, no te voy a conceder tu capricho. —El nuevo Portador tiene la expresión propia de quien odia tener que señalar una obviedad—. Pero ¿qué te parece si te ofrezco una alternativa? Los dejo libres a ellos… y tú, a cambio, te quedas en palacio.

Caleb está acostumbrado a intentar adelantarse a los movimientos de otras personas, sobre todo cuando las conoce. Y conoce a Astrey, o cree conocerlo, así que tarda en reaccionar porque la propuesta le resulta irrisoria. No hay nada que los una ya, así que no tiene ningún sentido que haga una petición semejante.

—¿Por qué yo?

—Piensa, enano. —Caleb entrecierra los ojos. Ahora él es el más alto de los dos, pero Astrey sigue teniendo el poder de hacerlo sentir pequeño—. Nilam siempre te premiaba a ti por ser el que más se detenía a analizar los problemas, ¿no?

—Y es obvio que tú aprendiste algo de sus lecciones, si has conseguido llegar hasta aquí traicionando incluso a las personas que confiaban en ti. —El necromante lanza un vistazo a los brujos que se encuentran a su izquierda, solo unos pasos más allá. La comitiva los está observando sin perder detalle, dudando entre actuar o no—. ¿Qué quieres de mí? Solo me pedirías algo así si pudiera serte de utilidad.

La sonrisa de Astrey, que le había menguado en la boca, recupera su fuerza.

—¿Y no se te ocurre cómo? Eres inmortal, Caleb. Eso significa que eres una fuente de energía perpetua.

El necromante arruga la nariz, desagradado por la idea y, al mismo tiempo, incapaz de llevarle la contraria.

—¿Y para qué necesitas tú…?

Lo comprende antes incluso de terminar la pregunta. El gesto de los labios de Astrey crece hasta partirle la expresión en dos mientras roza el Amuleto del Tiempo.

—El Amuleto necesita robar tiempo de algún lado para funcionar. Lo habitual es que lo tome del resto del mundo, sin control, y por eso causa desastres. Pero tú serías una magnífica solución a ese problema: si te robo el tiempo a ti, no tengo que quitárselo a nada más.

—¡No!

Es la voz de Darien la que hace que ambos se giren. Su prima no es capaz de seguir sujetándolo cuando se revuelve y se apresura a adelantarse. Tiene el puñal de Muerte en la mano, el mismo puñal que los ha acompañado durante vidas enteras, y a Caleb se le

revuelve el estómago cuando lo alza, amenazante. Quiere gritarle que no se atreva a acercarse, pero tiene la garganta seca.

—Suéltalo —gruñe el celestial.

Astrey enarca las cejas, su expresión mucho más divertida que atemorizada.

—Yo que tú ni siquiera lo intentaría, chico.

Caleb tiene que estar de acuerdo con él. De hecho, la idea de que Astrey repare demasiado en Darien le hace sentir un enorme nudo en el pecho que no es capaz de deshacer, así que decide volver a atraer la atención del brujo hacia él.

—No voy a dejar que me uses para… ¿Para qué? ¿Qué pretendes hacer con el Amuleto?

—Lo cierto es que yo también siento curiosidad.

Nathan Tabiz se ha adelantado y las partes quemadas de su rostro brillan como brasas recién encendidas. Tiene los ojos negros clavados en Astrey, pero, al contrario que en el resto de sus compañeros, Caleb no ve odio en su cara, ni siquiera desengaño o decepción, solo intriga.

—Has querido el Amuleto todo este tiempo, ¿verdad? —dice con una calma que no encaja con alguien a quien acaban de arrebatarle un objeto tan importante—. Lo tenías al alcance de tu mano, podrías habérmelo robado, pero no lo hiciste porque sabías que la única y verdadera Portadora era la emperatriz, no yo. Has engañado a todo el mundo para llegar hasta aquí… ¿Para qué? ¿Qué va a pasar ahora, Linsen?

El nuevo Portador se encoge de hombros.

—Voy a cambiar el mundo.

Cuando era pequeño, Astrey solía hacer comentarios como ese. Consideraba el futuro como una posibilidad inmensa y el universo que lo rodeaba como algo que podía moldear. Caleb recuerda que, antes de marcharse a hacer su Trato, Astrey hablaba de todas las cosas magníficas que haría cuando consiguiera un demonio: recorrería Evren de punta a punta y viajaría incluso más allá, ayudaría a quienes lo necesitasen e impartiría justicia, se convertiría en un héroe y en el brujo más poderoso que hubiera existido jamás. Le resultaba fascinante escucharlo. Él, que lo admiraba, que lo veía como alguien capaz de lograr cualquier cosa que se propusiera, quería verlo protagonizar todas las historias que se atreviera a imaginar.

Ahora, sin embargo, no le parece estar escuchando a un niño con sueños más grandes que él, sino a un adulto que se ha olvidado de que no es un dios.

—Voy a transformarlo en algo mejor —continúa Astrey, para su incredulidad—. Voy a hacer lo que mi padre jamás hizo: usar el Amuleto para salvar vidas en vez de destruirlas. ¿Qué tiene eso de malo? El antiguo Portador se hacía llamar el Inmortal, pero nunca compartió su poder con nadie. Esa no es mi intención. Mientras que él dejó morir a sus amantes, a sus hijos, a sus esposas, yo pretendo salvarlos a todos. Bajo mi mandato, la muerte no tiene por qué existir.

Quizá sea por la calma con la que Astrey enuncia su discurso, como si en sus palabras solo hubiera lógica, pero a Caleb le resulta demencial. Incongruente. Aberrante. Borrar la muerte es, de alguna manera, borrar también la vida.

—¿De qué estás hablando? No… No puedes hacer algo así.

Es Elira Surya quien lo dice. Su expresión está descompuesta, como si ella también creyera que Astrey ha perdido la razón.

Pero este se fija en ella como si no pudiera comprender su razonamiento.

—¿Por qué no? Piénsalo, Elira. Si pudieras, ¿no te gustaría recuperar a tu madre? ¿A tu hermana? A todas las personas que perecieron en Yuda, incluso. Tú misma estás aquí hoy gracias al Amuleto. ¿Por qué no usarlo para que ese milagro se repita todas las veces que sea necesario? Podríamos crear el mundo que quisiéramos. Un mundo perfecto, libre. ¿No sueñas con eso? ¿No es por lo que has estado luchando tanto?

Elira aprieta los dientes y esas garras propias de un pájaro que tiene por manos. Abre la boca, pero, antes de que pueda responder, otra persona, con una voz tan clara como quebrada, dice:

—Hazlo.

ISHTAR

Ishtar de Odelia siempre ha sabido que moriría joven.

Lo descubrió antes incluso de comprender qué significaba la vida. No es consciente de cómo fue la primera vez que le explicaron que estaba enferma, porque no recuerda ni un día en el que no lo estuviera. La sharada, esa condición cuyo nombre aprendió casi al mismo tiempo que el suyo propio, siempre ha estado ahí, como la mayor confidente y la mayor enemiga que ha tenido. Al principio no era más que una compañera que a veces la obligaba a guardar cama de vez en cuando, pero, en cuanto Ishtar fue lo suficiente mayor como para leer sobre ella, descubrió que la mataría. Ese día sí lo recuerda. Fue gracias a sus estudios, no a una conversación. Su madre nunca le explicó qué iba a pasar con ella más tarde o más temprano, quizá porque pronunciarlo lo habría hecho todo más real, así que se enteró gracias a un libro de historia que hablaba de la enfermedad de aquel padre cuyo rostro solo recordaba por un cuadro que había en una de los cientos de habitaciones de palacio.

También hablaba de todos los príncipes que habían muerto a causa de ella.

Recuerda que lo que más le impactó no fue la certeza de que a ella le pasaría lo mismo, porque la muerte no era más que un concepto vacío que no comenzaría a llenarse de significado hasta mucho después, sino la manera en la que su madre la miró cuando se presentó con aquel libro que era casi tan grande como ella y le señaló aquel pasaje antes de preguntar:

—¿Por qué papá no los salvó si tenía el Amuleto? ¿No los quería?

Iraides se mostró alarmada, como si hubiera traído a sus aposentos un miedo que todavía no quería encarar, y apartó el libro para tomarla en brazos y acunarla contra su pecho. Ishtar se dejó, aunque no entendía el terror en la expresión de su madre.

—No, no los quería. Pero yo sí te quiero a ti. Yo te adoro y jamás dejaría que nada ni nadie te apartara de mi lado. Por eso a ti no te pasará lo mismo.

Fue una promesa que Ishtar se creyó durante años. Al fin y al cabo, el amor puede hacerte inmortal de muchas maneras y el cariño de aquella mujer la hacía sentir invencible.

Al menos, hasta que comenzó a convertirse en una cárcel.

Con el paso de los años entendió que su madre le había mentido. Su vida estaba condenada, sobre todo sin el Amuleto del Tiempo en sus manos, y lo único a lo que podía aspirar era a disfrutar lo máximo posible de los años que pasara en el mundo, por eso nunca pensaba en el largo plazo. En algún momento dejó de visualizarse en él. Nunca se ha imaginado de anciana porque es consciente de que sería un milagro llegar a cumplir los treinta, nunca ha pensado en tener hijos porque está segura de que no podría superar un parto. En cambio, lo que sí ha visualizado en varias ocasiones es su final, ya fuera por saberlo inevitable o para estar más preparada

para él. Ha pensado muchas veces en cómo querría pasar sus últimas horas y siempre ha llegado a la misma conclusión: no quiere morir abandonada en una cama, sufriendo. Siempre que imagina su muerte, es pacífica y ella tiene tiempo de despedirse de todas las personas que una vez la han querido.

Por eso no tiene ningún sentido que dos de esas personas se hayan ido antes que ella. No tiene sentido que el cuerpo de su madre esté desmadejado en el suelo y que su cabeza haya desaparecido tras las fauces de una bestia. Tampoco tiene sentido que Derek esté entre sus brazos, con la piel perforada empapándola de sangre. Lo ha llamado hasta que se ha quedado sin voz y sin lágrimas, pero él no le responde. Su rostro, al que le ha quitado la máscara de huargo que llevaba mientras bailaban, está quieto y pálido y eso no tiene ningún sentido porque suele ser ella la que tiene ese aspecto, no él.

Era ella la que tenía que morir primero, no él.

Por eso ha hablado y ahora todo el mundo la observa. Por eso, también, levanta la cara manchada de llanto para fijarse en la persona que porta el Amuleto del Tiempo. La persona que ha matado a su madre. Sabe que a ella no se la va a devolver. Sabe que a nadie le importa ya Iraides de Odelia, que nadie es capaz de ver en la antigua emperatriz algo más que a un monstruo, y puede que una parte de ella esté de acuerdo. Pero era su madre. Era la mujer que le dio la vida y que nunca dejó de cuidarla, quizá hasta el extremo más irracional. Su amor a veces tomaba forma de jaula y la ahogaba, pero en ocasiones es complicado trazar la línea entre el amor y el dolor. Hay abrazos que asfixian y, pese a todo, siguen siendo reconfortantes.

Sin embargo, que no vaya a recuperar a su madre no significa que tenga que perderlo todo.

—Hazlo —repite, más firme. Le duele el pecho, pero no sabe si es por la sharada o por todo lo que está ocurriendo—. Te cederé el trono para que hagas posible ese mundo sin muerte, pero a cambio empieza por él. Sálvalo. Devuélvemelo.

El nuevo Portador enarca las cejas, aunque Ishtar no sabría decir si es porque su propuesta le resulta sorprendente o solo ridícula. Al fin y al cabo, ella no es nadie para negociar. El trono de Damira siempre se ha regido por la ley del más fuerte y esa persona ha asesinado a la anterior emperatriz, así que es suyo, sin importar que ella sea una heredera más legítima.

—Ishtar, no.

La princesa se fija en Caleb, en su expresión desconcertada y alarmada, pese a que él siempre mantiene la calma. La mira como si creyera que se ha vuelto loca. Pero no lo está. Lo único que es una locura es que Derek no esté despierto, que muera antes que ella. Eso es lo que desafía todo tipo de lógica.

Astrey mira de uno a otro antes de acercarse a ella.

—¿Eso es lo único que quieres? No, ¿verdad? También quieres tiempo para ti misma. Para luchar contra esa enfermedad que tienes dentro… —La sonrisa del brujo se extiende, compasiva, como si comprendiera su dolor. Ishtar odia ese tipo de sonrisas—. Yo podría concedértelo. Ya he dicho que no voy a ser como nuestro padre: yo planeo cuidar de los míos. Incluso podrías seguir viviendo en el palacio, siempre y cuando respetaras mi posición…

El brujo se acuclilla ante ella. Sin embargo, cuando extiende la mano hacia su rostro, como si quisiera limpiarle las lágrimas, Ishtar

echa la cabeza hacia atrás y tan solo se abraza un poco más al cuerpo de Derek. No quiere que ese asesino la toque. No quiere que piense ni por un segundo que lo considera su familia. Su familia está muerta. Su madre está muerta; Derek está muerto.

Astrey entorna los ojos ante su rechazo. O quizá sea ante su mirada, ante la ferocidad que ve en ella pese al dolor y la tristeza. Si alguna vez se conocieron, debió de ser cuando ella solo era un bebé, pero hace mucho tiempo de aquello. No es una niña, aunque el resto del mundo siga viéndola así. Ishtar, la joven princesa enferma. Ishtar, la indefensa. Ishtar, la desesperada.

Está harta de ser eso.

—Te he pedido por su vida, no por la mía. Tú y yo no somos familia, así que, si tomas el palacio, yo no quiero tener nada que ver, ni con él ni contigo. —La muchacha alza la barbilla como su madre le enseñó, como ha tenido que hacer mil veces ante todas las personas que alguna vez la han cuestionado—. Sálvalo y déjanos marchar, y Odelia será tuya. Eso es lo único que quiero de ti, brujo.

—Ishtar. —Caleb se revuelve con renovadas energías contra la estatua que lo sostiene—. Escúchame. Derek sabía lo que estaba haciendo cuando…

—¡No! —estalla ella. Sus brazos se estrechan un poco más alrededor del cuerpo inerte de su protector. Su mirada vuelve a ese rostro, al tatuaje que cubre la mitad izquierda de la cara, a los ojos cerrados. No soporta lo callado que está, lo quieto que está. Y, sobre todo, no soporta saber que es por su culpa. Ha muerto por ella. Porque su madre, una vez más, la quiso hasta ahogarla—. No, claro que no lo sabía. Él nunca ha querido morir. Yo siempre he sido la que tenía poco tiempo, no él.

No puede imaginarse un mundo en que sea de otra manera. No puede concebir una vida en la que Derek no está vivo pero ella sí, una vida en la que ya no cuenta con su presencia cercana y cálida, con sus bromas y su protección. Derek siempre la ha cuidado, pero la manera en la que su cariño le hacía perder la respiración no tenía nada que ver con la asfixia que le provocaba su madre. Él nunca la ha hecho sentir encerrada, sino libre, capaz de todo. Siempre la miraba como si no tuviera límites, como si fuera algo tan inmenso que resultara inabarcable, inalcanzable.

Devolverle la vida es solo una manera de devolverlo todo a su cauce. De aceptar, por fin, aquello de lo que ha huido durante demasiado tiempo.

Que lleva años enamorada de él.

Que la muerte tiene que atraparla a ella primero.

—Supongo que esta es una forma tan buena como cualquier otra de probar mi teoría.

La voz de Astrey suena despreocupada cuando se aparta de ella. Ishtar lo sigue con la mirada, ansiosa, sin confiar en que vaya a hacerlo. No tendría por qué. Tiene que haberse dado cuenta ya de que su trato no significa nada, que no lo necesita, que incluso podría matarla si quiere asegurarse de que nunca más vaya a ser un problema para él.

Pero, aun así, el nuevo Portador cierra los ojos, aprieta los dedos en torno al Amuleto del Tiempo y lo pone en marcha.

Ishtar sabe que lo hace por dos motivos:

El primero es que las manecillas comienzan a girar.

El segundo es que Caleb grita.

ASTREY

Astrey pasó sus primeros años de vida escuchando historias sobre el Amuleto del Tiempo desde el regazo de su padre, tan cerca del objeto que solo tendría que haber alargado la mano para rozar las finas manecillas. El Inmortal le hablaba de cada ocasión en que había puesto en marcha el artefacto como si guardase un buen recuerdo de ellas, incluso si todas estaban íntimamente ligadas a la destrucción y a vidas sacrificadas por una causa que un niño de cuatro años todavía no podía comprender del todo.

—¿Y cómo es usarlo? —le susurró un día.

Era algo por lo que sentía demasiada curiosidad y su padre debió de ver ese sentimiento, porque entornó los ojos. No le hizo bajar de su regazo, pero el gesto con el que rozó la joya hizo que Astrey pensara que quería protegerla. Como si creyera que incluso aquella criatura podía convertirse en un ladrón.

—Te hace sentir como si fueras un dios.

En aquel momento, Astrey no entendió lo que le quería decir, porque apenas sabía lo que era un dios. Con el tiempo, supuso que aquella respuesta no había sido más que una exageración.

Ahora sabe que su padre tenía razón.

Usar el Amuleto del Tiempo no se parece a nada que haya sentido antes. Empieza como algo cálido contra su pecho, como una vibración cuando las agujas se ponen en marcha. A partir de ahí, mil hormigas empiezan a correrle bajo la piel. Es como hundirse en un manantial de agua caliente, como haber atrapado rayos de sol y jugar con ellos entre los dedos. El tiempo, de pronto, se vuelve tan maleable como cualquier otra materia, como la piedra bajo sus pies o los árboles de metal que adornan el jardín. Lo siente al alcance de la mano, moviéndose en una danza de la que él es el centro, como hilos de oro que forman un tapiz perfecto y de los que puede tirar para crear todas las imágenes que se le antojen.

Es cierto. Es un dios.

Y esto es solo el principio.

A la voz la estaba esperando, pero aun así se sorprende cuando retumba en su cabeza, tan fuerte y clara como la de su demonio. Trata de ignorarla. No parece que quiera tomar el control, así que es fácil volver su atención hacia la energía de Caleb y tirar de ella.

Y tirar.

Y tirar.

Oye al chico gritar, pero aun así no se detiene. Se pregunta si su tiempo tiene fin, pero supone que ese no es el momento de averiguarlo. De él puede ocuparse más adelante, una vez haya demostrado ante todo Evren que puede ser la respuesta a esas oraciones que los dioses de verdad jamás se han parado a responder. Escucha los murmullos de la gente («¿Lo está usando?», «¿Va a revivir a ese hombre?», «¿Se cree que no habrá consecuencias?»), ve a los invitados más cercanos dar un par de pasos atrás. Elira no aparta los ojos de él y todo lo que quiere

decirle es que siga mirando, que se dé cuenta de lo que podrían hacer juntos ahora que tiene ese poder entre las manos. Ahora que tiene a Caleb y ni siquiera hace falta robarle el tiempo al mundo. Nadie tiene por qué volver a sufrir. El incidente de Ilan no tiene por qué repetirse. Podrían hacer lo que quisieran. Podrían incluso traer Galia de nuevo a la superficie si se les antoja.

Tú podrías cambiarlo todo.

Sí, podría hacerlo. Y el primero de esos cambios es desafiar a la muerte. Quizá pueda convertirla en una enfermedad más, algo que se puede curar, como hace cuando le ofrece ese tiempo robado al cuerpo que se encuentra entre los brazos de Ishtar de Odelia. Es un traspaso, un préstamo, una transacción. Ni siquiera es tan distinto a ofrecerle agua a un sediento o alimento a un hambriento. Ese cuerpo vacío ansía ser llenado con el tiempo que tiene entre las manos y él, en su misericordia, se lo concede.

No necesita más para devolverlo a la vida. El pecho del muchacho se hincha al tomar aire y su primera respiración suena como una exclamación, como un susto. Sus ojos se abren y su cuerpo se revuelve entre los brazos de la princesa. Las manchas de sangre siguen tiñendo sus ropas hechas jirones, pero ya no hay heridas. La piel se ha cerrado y no ha dejado atrás ni siquiera el recuerdo de una cicatriz.

—¡Derek!

Al escuchar su nombre, el necromante se queda muy quieto, pálido y con la respiración acelerada.

—¿Qué ha…?

La voz del renacido suena ronca, atragantada, aunque la pregunta se queda suspendida en el aire cuando la princesa lo abraza con

desesperación y un sollozo en los labios. Sus dedos le recorren el rostro que está volviendo a ganar color y él tan solo le devuelve la mirada con los párpados muy abiertos, paralizado e incrédulo. La comprensión llega muy poco a poco a su expresión.

Estaba muerto. Estaba muerto y, de pronto, ya no.

Con una sonrisa en el rostro, Astrey se gira hacia los invitados de Iraides, que ahora son los suyos. Ve a Nathan, que se ha adelantado un par de pasos y parece intrigado. Elira, en cambio, tiene la expresión tensa e inescrutable; Denna y Tamir, a sus lados, muestran opiniones tan contrarias sobre él como siempre: el disgusto de la necromante es evidente, mientras que el brujo está un poco fascinado, casi entusiasmado por el logro.

Cuando se fija en Caleb, esa fuente inagotable de poder que lo llama y lo insta a seguir utilizándolo, se da cuenta de que el chico ha dejado de gritar y descansa como un fardo entre los brazos de la estatua, drenado. Siempre ha tenido una palidez casi enfermiza, cenicienta, pero ahora está todavía más blanco de lo habitual y tiene el rostro crispado de un mártir. Astrey llega a la conclusión de que quizá sea exactamente eso, con su historia trágica, sus recuerdos olvidados, su tendencia a perderlo todo una y otra vez. Y hay una parte de él que casi siente lástima por él. Quizá no por el hombre que es, pero sí por el niño que fue. El que vio crecer, con el que jugaba junto al río, al que le enseñó a sujetar una espada y a nombrar todas las cosas que habían desaparecido de su mundo de la noche a la mañana.

Está seguro de que, después de lo que le hizo a Nilam, Caleb piensa que no tiene corazón y quizá Astrey prefiere que siga siendo

así, pero la realidad es que todavía ve al chiquillo al que una vez consideró un hermano.

Por eso alarga la mano y roza con la punta de los dedos ese rostro que es tan idéntico y tan distinto al de aquel niño. Caleb deja escapar un quejido involuntario cuando lo obliga a alzar la cabeza. Ni siquiera tiene fuerzas para mirarlo con odio cuando entreabre los ojos. Solo parece perdido, muy lejos de allí. Pero estará bien. Es inmortal. Puede con eso y con todo lo que tiene planeado para él.

—Esto es lo que podemos hacer juntos, Caleb —le susurra—. ¿No decía Nilam siempre que hacíamos un buen equipo? Podríamos volver a serlo.

Una chispa de conciencia enciende los ojos del chico. Con ella llega el entendimiento de lo que ha pasado. Busca la silueta de su amigo junto a la princesa y dos sentimientos contrarios luchan entonces en su expresión: el alivio de verlo vivo y el conflicto que debe de suponerle la resurrección.

—No…

—Ya está hecho —replica Astrey—. Y tú puedes quedarte aquí por las buenas o puedo darte algún aliciente. Le he devuelto la vida a tu amigo y puedo volver a quitársela. Puedo hacer lo mismo con la princesa, también. Con el celestial…

Caleb empieza a negar con la cabeza. Aunque siempre ha sido tranquilo, contenido, ahora parece tan desesperado como la noche en la que se separaron. También parece odiarlo justo igual, pero puede vivir con ello. Tarde o temprano, lo convencerá de que tiene razón. Tarde o temprano, todo el mundo comprenderá su perspectiva y se dará cuenta de que él solo está intentando fabricar algo perfecto.

Y quien no lo entienda quizá no merezca formar parte de ese nuevo mundo.

—¡Astrey!

Su nombre es un grito de advertencia que viene de Tamir y que le sorprende, pero se gira demasiado tarde para evitar a la persona que se lanza sobre…

No. No quiero esto. Este no era el trato. Esto no era lo que tenía que pasar. No puedes tomar el control sin más. No puedes…

«Solo quiero hacértelo más fácil. No eres un adversario para él. Yo sí».

No, no estoy de acuerdo, pero por mucho que me resisto, por mucho que intento dominar mis movimientos, todo lo que puedo hacer es observar desde este rincón de mi propia mente al que he sido relegado, mientras el demonio dirige mi cuerpo. Todavía lo siento todo, cada golpe, cada paso, pero es como si fuera un muñeco, un títere al que está dirigiendo una mano invisible en un juego en el que me veo obligado a participar. La voz de Nilam me llega apagada, desde un lugar muy lejano, igual que los sonidos del mundo transformándose a nuestra (no, no es «nuestra» si yo no participo) voluntad.

«Esto es por tu bien», insiste la otra voz dentro de mí. Esa que siempre me acompaña. «Por nuestra misión».

Sí, sí lo es. Pero eso no significa que tenga que verlo. No puedo cerrar los ojos, pero de pronto la negrura me envuelve, me protege, aunque ni eso puede salvarme de la criatura de mi interior, de la bestia que ruge por mi sangre y piensa en matar, en devorar al demonio de Nilam, en alimentarse de él.

Solo quiero que acabe rápido, para mi tío y para mí. Sé que puedes hacer que sea indoloro. Por favor, termina ya con esto.

«Como quieras».

La decepción del demonio se cuela en su tono, pero sé que me va a hacer caso cuando desata su poder sin contenciones. Lo siento en cada músculo, vibrando en el aire. Y a eso, en realidad, no puedo darle la espalda. No puedo quedarme en la oscuridad para siempre.

El momento en el que recupero la visión es el momento en el que la cabeza de Nilam toca el suelo. El mismo momento en el que el cuerpo se tambalea antes de desplomarse.

Su demonio abandona la carcasa vacía que queda y el mío lo devora antes de que pueda huir, llenándome de una energía que me recorre las venas como fuego líquido.

Y entonces llega la calma. El silencio.

Lo he matado.

Realmente lo he matado.

La sensación de libertad que espero nunca llega. No es como imaginaba, no es como si la puerta de una jaula se hubiera abierto. No siento alivio. Todo mi mundo se reduce al charco de sangre que se extiende por el suelo, al vacío cada vez más grande que se abre bajo mis pies. Ya ni siquiera encuentro las fuerzas para seguir luchando por el control. Ya no le encuentro el sentido a tenerlo. Incluso mis pensamientos se ralentizan…

Y entonces, en medio de la quietud, oigo el crujido.

El demonio se gira y la figura de Caleb se recorta bajo el dintel de la puerta.

—¿Astrey…?

Él nunca duda, pero ahora pronuncia mi nombre con sumo cuidado. Con miedo. Con inseguridad. Como si supiese de antemano que quien está ante él no soy yo.

Mi cuerpo da un paso hacia delante.

No. Él no. Él no tiene nada que ver en esto.

«Es necesario que te desprendas de todas tus ataduras. No te sirven para nada en el nuevo mundo que queremos crear».

No. Para. Es una orden. Solo es un niño. Nada de esto es necesario. Devuélveme el control. Tienes que…

—Lo siento, hermanito. No es nada personal.

Las palabras le reverberan en la cabeza y le pesan en los labios como la primera vez que su demonio las pronunció con su boca. Le vuelven a saber a tierra removida, a algo podrido e inhumano. Igual que en aquella ocasión, está temblando cuando vuelve a tomar el control. Al contrario que en aquel entonces, está en el suelo y tiene que tomar aire, sorprendido, mientras el presente termina de solidificarse a su alrededor. Han pasado años desde aquello, pero de alguna manera lo siente tan reciente como si solo hubieran pasado segundos. Como una pesadilla que quiere mezclarse con el mundo real. Como un tajo recién abierto en su pecho.

Pero está bien. Tarda un instante en comprobarlo. Su mano se alza en un acto reflejo hacia el Amuleto que cuelga de su cuello y, cuando se asegura de que está ahí, su mente empieza a aclararse. A solo unos pasos de él, el celestial que conoció en las montañas se incorpora tras placarlo y trata de saltar a por él con un puñal en alto. Aquel día le pareció un muchacho inofensivo, asustado, pero la persona que se lanza a por él es un hombre furioso y sin nada que perder.

—¡¡¡Darien!!!

La voz de Caleb es desesperada y Astrey se agarra a ella, a su energía, a su tiempo, una vez más. Lo hace de forma inconsciente, pero es eso lo que consigue que todo se detenga antes de que el celestial le clave el filo en el corazón.

Astrey deja escapar un jadeo que se convierte en una risa incrédula cuando se percata de lo cerca que se ha quedado detenido el celestial. De lo cerca que ha estado de morir justo después de cumplir todos sus objetivos y solo por… un chiquillo.

A unos pasos de distancia, Caleb respira con dificultad. Él es la única otra persona que puede moverse, quizá porque está alimentando el poder del Amuleto, cuyas manecillas no dejan de girar. El chico está blanco, horrorizado, y pese al agotamiento, todavía lucha contra su prisión de piedra.

El Portador se permite lanzar un vistazo rápido a su alrededor mientras se arrastra hacia atrás, lejos de la punta del cuchillo. Si revivir al necromante lo hizo sentir bien, como si tuviera el control, ahora esa sensación se mezcla con el cosquilleo del peligro bajo la piel. El corazón le late desenfrenado, aunque se calma un poco al ver la imagen detenida. Al chico revivido confuso y a la princesa llevándose una mano a la boca, horrorizada por la osadía del celestial. A la santa con un brazo extendido en la distancia, como si creyese que así va a conseguir ayudar a su compañero. Nathan ha echado a correr hacia ellos, para su sorpresa, y Astrey se pregunta a cuál de los dos quiere ayudar, al celestial o al espíritu que le ha robado el Amuleto. Un poco más allá, Tamir parece alarmado, Denna mantiene esa expresión ilegible tan suya y Elira…

Elira tiene los ojos muy abiertos y una máscara de horror que hacía mucho que no le veía. Elira, su Elira, no se acobarda nunca, ni siquiera cuando la situación juega en su contra.

Pero ahora…

Una parte de Astrey le dice que se acerque a ella, que se sitúe a su lado y ponga el tiempo en marcha de nuevo para observar su

expresión de alivio cuando se dé cuenta de que no le ha pasado nada. Es una parte diminuta, que a veces habla muy alto, pero a la que sabe que no tiene que hacerle caso, porque le da demasiados problemas cuando le cede el control. Así que sacude la cabeza y se pone en pie para alejarse del celestial y volverse hacia Caleb.

—¿Qué crees que debería hacer con él?

El necromante deja de luchar solo entonces. Tiene la frente perlada de sudor, respira con dificultad y en su cara está escrito el dolor que tiene que estar sintiendo.

—No te atrevas…

—¿Crees que estás en posición de amenazarme? ¿En serio, Caleb? —Su sonrisa se extiende. Cuando avanza, es para ponerse delante de él, aunque lanza un rápido vistazo hacia atrás, hacia ese chico—. Creo que debería usarlo para dar ejemplo. La gente no puede pensar que enfrentarse al emperador de Odelia no tiene consecuencias.

Matarlo sería muy sencillo. Podría usar el Amuleto de nuevo y convertirlo en polvo. Podría reducirlo a un esqueleto. O mejor: podría usar su tiempo para restaurar las grietas en la piedra, los árboles rotos, curar a los soldados heridos.

Puedes hacer lo que quieras. Ahora eres el Portador.

Sí, lo es. Y, como tal, podría volver el tiempo atrás, antes de que el celestial saltase sobre él, y esquivar el ataque para que no pueda hacerle revivir ese recuerdo que lo ha dejado más revuelto por dentro de lo que se va a admitir. Le gustaría probarlo. Le gustaría comprobar qué se siente al hacer que las manecillas del reloj giren en dirección contraria y…

—Me quedaré.

La voz de Caleb es lo que lo ata al presente. Es obvio que le cuesta hablar mientras el Amuleto del Tiempo sigue tirando de él y que odia la idea de ceder tanto como lo ha odiado a él durante años.

—Pero tienes que dejarlos ir —continúa el necromante—. A él, a Ishtar y a Derek.

«Eso es lo que provocan los vínculos y el cariño. Te hacen débil», murmura la voz del demonio que Astrey lleva dentro. Sus palabras resuenan en el fondo de su cabeza, un recordatorio de esa lección que le dio hace años.

Los lazos son una debilidad. El amor es una debilidad.

El amor siempre lo complica todo.

Pero a veces simplemente lo sientes, como una enfermedad de la que te contagias. Como una conciencia nueva que se te mete en el cuerpo sin necesidad de vender una parte de ti. Esa es una lección que Nilam nunca llegó a enseñarles pero, al parecer, tanto Caleb como él han tenido que aprenderla por las malas.

Una parte de Astrey quiere mirar hacia uno de los rostros detenidos de ese jardín, pero contiene el impulso, quizá porque sabe que su demonio no se lo perdonaría. Porque lo consideraría un desliz, un riesgo. Algo que, una vez más, debe ser extirpado antes de que haga daño. Sabe que, ahora más que nunca, debe tener cuidado con ella más que con ninguna otra persona.

Así que, en vez de mirar a la mujer en la que está pensando, se centra en Caleb y le sonríe.

—Tenemos un trato.

El tiempo se pone en marcha de nuevo.

LILITH

Lilith ha visto su mundo transformarse por completo varias veces en la última estación. Su hermano ha muerto. Ha perdido a su mejor amigo, a su primo. Ha perdido su propia existencia tal y como la conocía e incluso ha dado la vida por una misión que estaba condenada desde el principio. Ha sido salvada por un milagro, se ha convertido en un símbolo para todos los celestiales. Ha matado en nombre de su dios y sabe que lo más probable es que tenga que volver a hacerlo, incluso si cada uno de los cadáveres que ha dejado a su paso le pesan sobre los hombros y la conciencia.

Sin embargo, durante todo ese tiempo, Nathan ha sido el Portador. Al menos, a eso podía aferrarse: era una verdad tan innegable como que no debe fiarse de brujos y necromantes o que Eunomia está esperando a que la encuentre y la empuñe.

Ahora ya no le quedan certezas.

Se siente tan confusa con todo lo que está sucediendo que ni siquiera puede asegurar que Destino esté mirando hacia ese jardín que ha sucumbido al caos. Quiere salir de ahí, necesita encontrar una forma de huir y, al mismo tiempo, la espada le pesa en la mano como si fuera de piedra, todavía manchada con la sangre de Iraides

de Odelia. Una voz dentro de ella le pide que se mueva, pero apenas oye sus ruegos cuando Darien se lanza a proteger al mismo necromante del que parecía querer huir al principio de la noche y ella extiende el brazo y grita su nombre cuando lo ve placar al nuevo Portador. Cuando su primo alza la daga que lleva empuñando toda la noche y, con una expresión de desprecio que jamás le había visto, trata de apuñalar al autoproclamado emperador de Odelia.

No lo consigue.

Lilith parpadea, intentando asegurarse de que sus sentidos no le han jugado una mala pasada cuando el puñal de Darien tan solo encuentra el suelo en lugar del cuerpo del brujo, que de pronto está a unos pasos de distancia, con una sonrisa victoriosa en la boca. La santa comprende lo que ha pasado en cuanto se fija en la manera en la que aprieta el Amuleto del Tiempo: lo ha puesto en marcha para evitar el golpe. Pronto sentirán la réplica del mundo, el mismo temblor que hizo pedazos la basílica y que después rompió incluso las montañas…

Pero no sucede. Igual que cuando ha revivido al necromante, el mundo no se sacude. Aunque el Amuleto del Tiempo ha sido usado dos veces en muy poco tiempo, nada se rompe.

Esa es otra certeza que pierde.

Darien se pone en pie y Lilith traga saliva cuando lo ve girarse otra vez hacia el brujo. Su primo está temblando, aunque no sabe si de rabia o de miedo. No lo reconoce. Nunca había visto esa expresión decidida en su rostro, esa furia en sus ojos verdes.

—Parece que tu celestial es casi tan obstinado como tú —le dice el nuevo Portador al necromante a su lado.

El aludido se revuelve, todavía sujeto por la estatua.

—Darien, es suficiente.

Es una advertencia, pero el chico no lo está escuchando. Cuando aprieta los dientes y asegura el puñal entre los dedos, Lilith sabe que quiere seguir atacando, que no va a rendirse, aunque no tenga ninguna posibilidad de ganar.

Por eso ella da un paso hacia delante. Dos.

Nathan llega hasta él primero.

Si el mundo siguiera siendo el que conoce, él detendría a Darien o, como mínimo, lucharía a su lado. Juntos quizá tendrían alguna oportunidad. Si Lilith se uniese a ellos, los tres podrían ser un verdadero problema para el nuevo emperador.

Pero el mundo ha cambiado y por eso Nathan, el mismo Nathan que le dijo que Darien era el mejor de los cuatro, el que ha ido a ese lugar con intención de liberarlo de un cautiverio que nunca debería haber sufrido, agarra a su amigo del pelo, le echa la cabeza hacia atrás y amenaza su cuello con un filo hecho de piedra y cristal.

—Será mejor que te calmes, celestial. A no ser que quieras conocer a tu dios esta misma noche.

Darien se queda paralizado. Para Lilith, en cambio, eso es lo que hace que por fin pueda reaccionar. La cadencia en su voz. La forma en la que pronuncia la palabra «celestial», como si nunca hubiera tenido nada que ver con su primo o con ella.

Ese no es Nathan, sino el demonio que vive dentro de él.

Eso es lo único que comprende de esa escena, así que se agarra a ello. La espada ya no pesa, porque ahora tiene un sentido que esté en su mano. La criatura está de espaldas a ella y eso le ofrece una oportunidad de ayudar a su primo. Tiene que hacerlo. Tiene que defenderlo, por todas las veces que no lo ha hecho. Porque fue muy

injusta con él cuando decidió acompañarla y no le ha pedido perdón y no puede permitir que le pase nada. No quiere perder a nadie más. No quiere…

Está a punto de llegar hasta su antiguo amigo cuando otra figura le sale al paso. Una arpía interrumpe su carrera y la obliga a retroceder cuando está a punto de rajarle el rostro con las garras.

Aunque está herida, aunque tiene sangre en las ropas y sudor en la piel, las peligrosas manos de la princesa de Orlaith están preparadas para atacar, con magia y sin ella.

—Ni se te ocurra, santa.

Lilith aprieta los dientes. Está a punto de comenzar a formular un exorcismo cuando otras palabras resuenan por encima de todo lo demás:

—¡Basta! —La voz del necromante se alza y hace que todo el mundo se gire hacia él—. He dicho que me quedaré, Astrey. Soltadlo.

—¿Qué estás diciendo? ¡No! ¡No van a usarte! ¡No…!

Darien no termina de hablar porque el demonio que lo tiene apresado lo empuja entonces. Lilith lo ve caer de rodillas a los pies de la estatua y el cautivo.

—¿Cuál es el problema? —La criatura que vive en el cuerpo de Nathan lo mira con curiosidad—. Deberías estar contento, celestial. Que ese chico se quede aquí puede ayudar a que tu primo vuelva a la vida. ¿No te parece una buena noticia?

A la santa se le revuelve el estómago ante la mención de su hermano y la visión de Nathan convertido en un extraño. De pronto ve las diferencias más claras que nunca y le resulta absurdo que

durante un tiempo no pudiera diferenciarlos. La sonrisa es distinta, igual que lo es la manera en la que mueve el cuerpo.

El demonio aparta la vista de Darien para fijarse en el nuevo Portador.

—Si nos unimos a ti, nos devolverás a Adam Rheiz, ¿verdad?

Esas palabras también tienen que pertenecer al demonio, porque Nathan no puede estar tan desesperado como para aliarse con ese brujo a cambio de la promesa del regreso de su hermano. Sabe que lo quiere de vuelta, sabe que todo lo que ha estado haciendo ha sido por él, pero ya no tiene el Amuleto del Tiempo. Tiene que rendirse. Tiene que aceptar que Adam se ha ido para siempre y que recuperarlo ya no está en sus manos. Quizá nunca lo estuvo.

Sí, todo ha cambiado. Y el principio de ese cambio no fue un romance secreto, una boda truncada o la puesta en marcha del Amuleto del Tiempo. No, todo cambió para siempre en el mismo instante en el que Adam dejó de respirar.

Hasta que no lo acepten, no podrán vivir en paz en el mundo que quedó tras él.

Lilith se da cuenta de golpe, mientras una herida a la que no le ha prestado atención hasta ahora comienza a sangrar. Es una herida que lleva dentro desde el mismo momento en el que vio el cadáver de su hermano frente a ella, una herida que se obligó a remendar de cualquier manera para poder seguir luchando en primera línea de batalla pero que no ha dejado sanar.

Adam ya no está.

Adam se despidió de ella, pero ella fue consciente demasiado tarde.

Adam no va a volver y con él han desaparecido para siempre los días en los que todos eran una familia.

Pero Nathan no va a aceptarlo. Nathan no va a dejar que la herida sangre y se cure. Por eso el demonio que lleva dentro observa al nuevo emperador con esa calma, dispuesto a todo por recuperar lo que ha perdido.

El Portador esboza una sonrisa casi fraternal.

—Por supuesto. Todavía tengo una deuda contigo, Nathan Tabiz. Y pienso pagarla con creces.

DARIEN

En los últimos tiempos, Darien ha escuchado y revivido demasiadas historias de sacrificio. La primera fue la de Adam, pero después vinieron todas las demás. La mayoría han llegado desde el pasado, en forma de recuerdos: esbozos de vidas malditas que acaban sangrando finales infelices pese a sus intentos desesperados por arreglarlo todo. De todas esas historias, la única lección que a Darien le ha quedado clara es que los sacrificios nunca salvan a nadie. Una persona se condena por otra y al menos dos corazones acaban hechos pedazos. Los sacrificios implican despedidas, aunque no siempre haya muertes. Los sacrificios suelen ser actos egoístas en los que alguien se niega a pensar en lo que pasará cuando ya no esté. En las heridas que dejará abiertas. En el hueco triste y vacío que permanecerá tras su marcha.

Darien está cansado de los sacrificios. Está cansado de que alguien tenga que quedarse atrás.

Y, aun así, sabe que él también se sacrificaría. Quiere hacerlo cuando alza la vista, tembloroso y todavía arrodillado, y la imagen de Caleb apresado se pinta ante él. Está más pálido de lo habitual, casi consumido, más debilitado de lo que lo ha visto jamás. Darien

todavía tiene en la cabeza los gritos que se le han escapado cuando el Amuleto se ha puesto en marcha y está seguro de que los recordará hasta el día de su muerte. Si volviese a escucharlos, si volviera a sentirlo sufrir, se lanzaría otra vez a por quien fuera necesario, sin importarle que pudiese usar el poder de Tiempo o tuviese una bendición del mismísimo Destino.

Pese a lo deshecho que está, pese a su obvia frustración, Caleb solo deja que sus ojos se encuentren un segundo antes de volverse de nuevo hacia Astrey.

—Me has dado tu palabra. Déjalos marchar.

El nuevo emperador no parece preocupado, ni por él ni por Ishtar ni por Derek, que se levantan en ese momento. El necromante vestido de huargo todavía se muestra confuso, inestable. A su lado, aferrada a él, Ishtar está inquieta.

—No, espera. —La princesa aprieta el brazo de su acompañante, ansiosa—. Te pedí que salvaras a Derek y nos dejaras marchar. Me refería a todos, incluso a Caleb. No me importa si destruyes este maldito imperio usando el Amuleto, pero…

El emperador solo le lanza una mirada de soslayo.

—¿He dicho yo que aceptara tu propuesta, hermana? Pero Caleb sí ha aceptado la mía. Él se queda, vosotros os vais. —Cuando se humedece los labios, parece una serpiente decidiendo cuál va a ser la siguiente presa que engullirá—. Y yo aprovecharía el momento, en vez de seguir tentando a la suerte.

Ishtar traga saliva, con la expresión horrorizada. Derek, a su lado, empieza a ser consciente de la situación, porque su rostro se contorsiona en una máscara de desprecio. Su mirada busca algo más allá de él, quizá deseoso de encontrar un arma.

Pero entonces Caleb vuelve a hablar:

—Cuidaos. Los tres.

Sus ojos azules se centran en la princesa, que abre mucho los párpados antes de apartar la vista al suelo con aire culpable. El necromante se fija después en Derek, que aprieta los dientes. Hay un instante de tensión en esa mirada. Una lucha o una conversación que solo ellos dos pueden entender.

Al final, Derek asiente.

Darien no puede creerse que lo haga. Que se rinda, que acepte ese trato descabellado. No pueden acceder. No pueden permitir que Caleb permanezca cerca de Astrey, que le ha hecho daño de tantas maneras y no va a dudar en volver a hacerlo. Si lo dejan atrás, el brujo lo usará para su beneficio. Exprimirá su energía como ha hecho antes y, no importa cómo de lejos estén, él lo escuchará gritar.

Los ojos del necromante vuelven por fin a los suyos y Darien alza la barbilla, desafiante, como si volvieran a competir para ver quién mantiene el orgullo intacto.

—No. A mí no puedes obligarme a abandonarte.

El celestial ha pasado días enteros estudiando a Caleb, observando sus expresiones, la leve curva de sus labios, la forma en la que entorna los párpados, la manera en la que inclina el cuerpo hacia él cuando le habla. Ha llegado a conocerlo sin necesidad de que abra la boca y por eso sabe que la manera en la que alza apenas la comisura derecha no tiene nada que ver con su sonrisa real, la que solo deja entrever en contadas ocasiones.

—¿No es lo que habías decidido hacer antes de que la fiesta empezara? Me dijiste que querías marcharte de palacio, que habías

tomado una decisión. —Darien aprieta el puño en el que todavía guarda la daga de Tara—. Esta es tu oportunidad. Puede que sea incluso lo que tu dios quiere.

No podría importarle menos su dios. Quiere gritárselo a toda la gente que está en el jardín, quiere renegar de él en público y demostrarle, si es que está mirando hacia él, que nunca va a volver a obedecer. Que quizá esté obligado a aceptar su castigo, esa maldición que él nunca pidió, pero no significa que vaya a aceptar sus reglas. Si supiera que va a servir de algo, rompería el medallón que le cuelga del cuello en ese mismo instante.

—Hace mucho que ya no hago lo que mi dios espera de mí. Pero tú sí me prometiste hacer lo que yo quisiera, ¿no es cierto? Me dijiste que te usara como desease. Bien, pues quiero hacerlo ahora. Quiero que me obedezcas, que luches y te liberes y me saques de aquí. —Las palabras caen una detrás de otra, rápidas. No las reconoce como suyas, incluso si sabe que esos son sus deseos, pronunciados apenas más alto que el sonido errático de su respiración—. No quiero que dejes que nadie más que yo te use. Quiero… Quiero…

Quiere que se lo lleve lejos de allí. Quiere que lo oculte donde su dios no pueda encontrarlos, donde ni su poder ni sus ojos puedan alcanzarlos, donde puedan saber lo que es la felicidad.

Quiere la vida que les quitaron, todas ellas.

Lo quiere a él.

Aceptarlo en ese momento, en ese lugar, sabiendo que él va a insistir para que se marche y que están condenados de antemano, le hace tanto daño como atravesarse el corazón con el puñal.

El intento de sonrisa de Caleb se ha perdido y el necromante solo se permite un vistazo alrededor, a todos los ojos que están fijos en ellos, en esa despedida inevitable, antes de volver a centrarse en él.

—Acércate, celestial.

A Darien le gustaría poder negarse. Le gustaría dejarle claro que tiene que ser él quien obedezca en esta ocasión, no al revés. Pero es consciente de que todo está decidido ya, así que, aunque aprieta los puños, aunque tiene ganas de llorar, se pone en pie y se acerca los dos pasos que les separan. Al menos la cercanía le permite volver a sentir su calor. No lo toca, pero los recuerdos de la noche anterior hacen que le pique la piel por las ansias de extender las manos hacia su cuerpo, hacia su rostro.

Caleb está alzado por encima de él, pero aun así se inclina hacia delante todo lo que puede y Darien siente que un escalofrío le baja por la espalda cuando su boca le acaricia la oreja.

—No me he rendido contigo, Darien —susurra, con una voz tan cálida como su aliento—. No me he rendido con *nosotros*. Tu dios puede intentar separarnos tantas veces como quiera, pero yo siempre te encontraré. Lo he hecho en mil vidas antes y volveré a hacerlo ahora.

Darien siente que el pecho se le encoge, que las palabras se le clavan. Es ridículo, porque Caleb está apresado y, aun así, su voz le hace pensar en sus dedos fríos sobre la cara.

Y lo cree.

Lo hace a su pesar, contra toda lógica, contra todo lo que le impulsa a quedarse a su lado. Pero conoce a ese chico. Sabe de qué es capaz y que nunca le hablaría de esa manera si no estuviera decidido a volver a su lado.

Cuando se aparta, lo hace para que sus rostros sigan quedando cerca, con las miradas gritándose, y se pregunta si besarlo delante de todos esos brujos sería tan herético como renunciar a su dios en voz alta. Quiere hacerlo. Quiere pedirle perdón por haber intentado huir y dejarle claro con sus labios todo lo que se le pasa por la mente y el corazón.

—Se me está agotando la paciencia —interviene Astrey—. Si necesitáis más tiempo, estoy seguro de que podría poneros en celdas contiguas.

Caleb hace una mueca, pero solo aparta la vista de Darien un instante. Al siguiente, vuelve a fijarse en él para dedicarle un pequeño asentimiento que trata de darle seguridad. Darien sabe que esa es su señal para irse. Llega a apartarse del todo, de hecho. Está a punto de dar un paso atrás.

Pero antes tiene algo más que hacer.

Sus manos alcanzan el medallón que lleva colgado del cuello desde que Caleb se lo devolvió. Con cuidado, se lo quita. Y con el mismo cuidado, sin rozarle la piel, se lo pone a ese chico que una vez le robó la voluntad. Siente la sorpresa de Caleb cuando lo hace, pero sobre todo siente su propio alivio, como si se hubiera sacado un peso de encima. El ojo de Destino lo observa desde el pecho del necromante y decide que esa también es una declaración de intenciones. Una que quizá ofenda a su dios incluso más que un beso. Incluso más que renegar de él.

«Te estaré esperando».

No pronuncia las palabras, pero espera que él las entienda solo con la mirada, que su alma le hable a través de esa pieza de oro.

Tiene la impresión de que es así. Al fin y al cabo, Caleb siempre ha sabido ver dentro de él.

—Vamos, santito.

Darien asiente a la petición de Derek. Da un paso atrás, el más difícil de toda su vida. Retrocede sin ni siquiera haberlo tocado y le cuesta lo indecible apartar sus ojos de los de Caleb, pero al final lo hace.

Toma aire antes de girarse hacia el resto de los presentes, aunque se fija sobre todo en Nathan y en Lilith. El que fue el Portador está cerca de Astrey y es obvio que no tiene intención de marcharse a ninguna parte, pero tampoco parece que nadie le vaya a hacer ningún daño. No puede evitar preguntarse hasta qué punto ese es el chico que un día conoció. Él nunca lo habría amenazado. Él nunca le habría hecho daño.

A su prima la encuentra de pie cerca de la princesa de Orlaith. Ambas están preparadas para saltar la una sobre la otra.

—Antes de que sugieras que la deje ir —dice Astrey—, te adelanto que la santa tampoco entraba en el trato.

—Pero tranquilo —continúa Nathan, con una sonrisa que le provoca un escalofrío—, aquí la cuidaremos como se merece.

—Márchate, Darien. —La expresión de la celestial es severa y su tono no deja opción a réplica—. Estaré bien.

Sabe que no puede creerla, pero Ishtar atrapa entonces su brazo y tira de él. Un recuerdo baila en los límites de su mente, pero Darien se obliga a evitarlo, a anclarse al presente y a concentrarse en poner un pie delante del otro.

No se despide.

No mira hacia atrás.

Odia los sacrificios.
Pero esa noche acepta el de Caleb y huye gracias a él.

ASTREY

—Dejar a la princesa viva va a traerle problemas.

—¿De verdad es hijo del Inmortal? Pero es ilegítimo, ¿no?

—¿Qué más da quién sea? Ha matado a Iraides, así que es el nuevo emperador.

—Tiene el Amuleto del Tiempo y es obvio que sabe cómo usarlo, eso es lo único que importa.

—No creo que vaya a ser un cambio para mejor.

—¿Ha dicho que nadie tiene que morir? ¿No es una visión muy ingenua del mundo?

—Mañana mismo el palacio estará lleno de gente que tratará de matarlo, así que veremos cuánto aguanta.

Astrey desenreda cada uno de los comentarios que pronuncian los asistentes a la fiesta mientras pasea de vuelta al estrado. Se toma su tiempo, paladeando su siguiente movimiento. Sabe que necesita tantear al pueblo antes de dar por concluida la velada y comenzar a construir el mundo que lleva toda una vida soñando. Por supuesto, la que hay ahí no es más que una selección muy pequeña de los habitantes de Damira, pero, por esa noche, es suficiente. Al día siguiente mandará pregonar la noticia de su ascenso al trono y

enviará mensajeros a todos los territorios, además de hablar personalmente con cada canciller. Serán días ocupados, porque la política no es lo único que le espera. Sí, también deberá enfrentarse a cada persona que lo desafíe, aunque eso solo durará unos días. A medida que el pueblo tome conciencia de su poder, cuando todo lo que ha pasado ahí esa noche se sepa, aquellos que tengan ganas de retarle irán desapareciendo.

El nuevo emperador se detiene junto al trono y se vuelve hacia su improvisado público. Siempre le ha gustado el espectáculo y ese momento no es demasiado distinto a subirse a un escenario. Solo tiene que darles lo que quieren y algo en lo que pensar. Desde el estrado, observa a la gente que lo considera un monstruo, a la que lo considera un salvador y a la que no sabe qué pensar de él. Elira tiene los labios apretados en una expresión que intenta ser ilegible, pero deja entrever su tensión. Nathan sonríe. Cerca de él, Caleb ya ni siquiera lo mira.

—Pueblo de Damira —dice alzando la voz por encima de los murmullos que se resisten a acallarse—. Imagino que los sucesos de esta noche os resultan confusos, así que permitid que me presente. Mi nombre es Astrey Brynsen. Tenía cinco años cuando tuve que abandonar este palacio, esta ciudad, para escapar de la mujer que asesinó a mi padre y a todos mis hermanos en una sola noche. Desde entonces, he estado en el exilio, deseando volver para reclamar mi legítimo lugar.

No hay pena cuando lo dice, porque tampoco pretende dar lástima. Ya no le duele, o no tanto como en el pasado. A veces siente que esos recuerdos dolorosos le pertenecen a otro, que son rastros que han quedado de otra vida. El paso del tiempo ha

emborronado la noche en la que tuvo que escapar y ya no se pregunta qué habría sucedido si todo se hubiera desarrollado de otra manera, porque sabe que no tiene sentido vivir en ese hipotético imaginario.

—Durante su mandato, mi padre conquistó y gobernó con mano dura. Durante el reinado de Iraides, aunque ella prometió cambios, dejó que le robasen el Amuleto del Tiempo y después todo permaneció tal y como el Inmortal lo había dejado. —Eso es lo que se dice en las calles. Es lo que decían los rebeldes. Es incluso lo que solía decir Nilam cuando vivía—. Hemos pasado demasiado tiempo estancados, aferrados a las mismas reglas que se instauraron hace más de un siglo, y ya es hora de que todo cambie. De que seamos más libres, de que soltemos todo aquello que nos ha estado lastrando. Yo os voy a escuchar. Yo os voy a demostrar que hay otras formas de hacer que Evren sea una tierra de esplendor. —Su mano se alza para rozar la joya en su cuello, para que todo el mundo quede hipnotizado por sus posibilidades—. El Amuleto del Tiempo ha vuelto al palacio de Damira y es mi intención seguir usándolo para crear el mundo más perfecto que ha existido jamás. Esta noche os he demostrado cómo podría ser. Pero ese es solo el principio.

Los ojos de Astrey no han dejado de recorrer la multitud en un intento de establecer contacto con el mayor número de gente posible, pero siempre acaban volviendo al mismo lugar. Elira no ha dejado de apretar las garras. Sabe lo que está pensando o, al menos, se lo imagina, así que las siguientes palabras son para ella:

—Sé que es difícil confiar en mí. Sé que en este momento pensáis que solo soy quien ha usurpado el trono. Y sé también que la

confianza no se gana en una noche, por muy buenas que sean mis intenciones. Así que entiendo que no me creáis. Entiendo que todavía no esperéis nada de mí. Aun así, me ganaré vuestro respeto. No esta noche. No mañana. Pero os demostraré que soy vuestra mejor opción. Haré todo lo que ni Brynjart ni Iraides se atrevieron a hacer.

No espera aplausos, así que no siente decepción alguna cuando ocupa de nuevo el trono y no los oye. La corona sigue sobre sus cabellos y el Amuleto, alrededor de su cuello. Pocos le sonríen. Pocos, de hecho, se atreven a mirarlo de frente, y en muchos de esos rostros solo encuentra desafío. Está bien. No le importa. Sabía que no iba a ser fácil. Sabía que iba a necesitar paciencia. Tiempo.

Por suerte para él, tiene todo el del mundo en las manos.

—A Sikil no va a gustarle lo que pretende tu nuevo emperador, Mithra. Y, ya que estamos, a mí tampoco. ¿De verdad cree que puede desafiar todo lo que yo he escrito alguna vez? ¿Que puede salvar a cualquier persona que se le antoje? No puede.
El destino más ineludible de los humanos es morir.

—Sí, pero ¿no es magnífico ver cómo intentan evitarlo? Hemos visto esta historia cientos, miles de veces, y aun así siempre hay alguien que se resiste a aceptar la verdad más absoluta de todas: el tiempo se acaba. Por eso empezó este juego, ¿no? Por eso se mantiene.
Por eso nunca parará.

II
ROBARLE TIEMPO A LA MUERTE

AMMARAH

La reina de Daiva abre los ojos en el mismo momento en el que un nuevo emperador se sienta en el trono de Odelia.

Las imágenes que tiene en la cabeza tardan un rato en cobrar sentido, así que al principio ni siquiera es consciente de qué significan. La fiesta llena de bestias. Lilith y Darien como dos celestes abandonados en medio de un mundo dominado por demonios. Un baile de máscaras que se convierte en una batalla. Iraides de Odelia le revela a Nathan que ella siempre fue la Portadora y entonces…

Entonces, la serpiente. La misma que no ha dejado de ver en todos y cada uno de sus sueños desde hace días. La que va a devorarlos a todos.

Y ha empezado arrancándole la cabeza a esa mujer.

Ammarah jadea. Nota la respiración atragantada, el corazón acelerado y la realidad inestable a su alrededor, blanda y deforme, derritiéndose como la cera de una vela: las paredes se comban, el colchón se hunde bajo su peso, la tela del camisón se le pega a la piel hasta fundirse con su carne. Cuando se mira las manos, hay ojos por todas partes: en las yemas de los dedos, en cada

articulación, marcando las líneas de sus palmas. Alzar la vista no es mucho mejor, porque la tienen vigilada desde cada rincón del cuarto: están en el dosel de la cama y en las alfombras, sobre el baúl y el tocador y el espejo de cuerpo entero. Las pupilas se giran hacia ella, todas a la vez, juzgándola sin parpadear, preguntándole qué piensa hacer ahora. Nathan Tabiz ya no es el Portador. El Amuleto del Tiempo está en manos de una criatura que podría destruirlos en cualquier momento. De hecho, va a hacerlo, es una certeza. Destino lleva días advirtiéndoselo.

Esa serpiente va a ser su perdición.

La soberana de los celestiales trata de calmarse, pero cuando se incorpora en la cama sigue temblando. Fuera todavía es noche cerrada, aunque por lo general no suele ser así. Cada vez que se toma la poción que le permite forzar las visiones de Destino, no despierta hasta el amanecer y siempre porque Rina se encarga de sacarla del estado de trance en el que entra. Ella es la única que sabe lo que ha estado haciendo. Es a ella a quien ordenó conseguir más frascos y es ella también quien le guarda el secreto, incluso si no está de acuerdo en que siga bebiéndolas. Ya le ha advertido en varias ocasiones que no debería abusar de esa sustancia. Le ha dicho que puede nublarle la mente, que no es sano dejarse llevar por algo que la empuja al límite y que puede llegar a provocarle dependencia. Pero en eso se equivoca: ella tiene el poder sobre la poción, no al revés. Ella la está usando, no al revés. Podría dejar de consumirla cuando quisiera, pero no lo hace porque es lo único que le ofrece la claridad que necesita. Rina no lo entiende porque el reino no depende de ella. A ella no le atormentan las decisiones que ha estado tomando, los muertos que se han acumulado en el frente

y la sangre con la que se ha pagado la extensión de las murallas, pero a Ammarah sí.

Ammarah prefiere las visiones a las pesadillas y la culpa.

Por eso necesita seguir viendo. Necesita volver a soñar y conocer cada detalle de lo que sea que esté ocurriendo en Damira. Necesita descubrir más sobre la persona que ha tomado el trono y entender cuáles son sus intenciones, asegurarse de que Lilith está a salvo. El pequeño vial de la última poción que se ha tomado descansa a su lado, en la almohada, pero está vacío. Necesita otro. Varios más. Los que sean necesarios para encontrar, por fin, la respuesta que lleve su reino a la salvación y la excelencia, al perdón de todos sus pecados o a aquello que al menos le dará un sentido a todos los desastres que han estado sucediendo.

El cuerpo le tiembla cuando se pone en pie, agarrotada y dolorida. Un sudor frío le recorre la cara y el cuello y los ojos de la habitación la siguen mientras ella avanza hasta su tocador, se arrodilla y trata de encajar la llave en el último cajón. La cerradura se difumina, se multiplica, se burla de ella, pero al final escucha el suave chasquido y su pequeño tesoro secreto aparece ante ella. Se le escapa una sonrisa, la de una niña que solo está jugando, la de la niña que ya no es, que nunca fue. Las reinas nunca son niñas, ni siquiera cuando acaban de nacer.

Ammarah aferra una de las pócimas, cierra el cajón y se levanta. Sin embargo, cuando se dirige hacia su cama, pisa sin querer uno de los ojos que hay en el borde de la alfombra y se asusta y retrocede y cae.

El vial se le escurre entre los dedos.

No sabe si el estruendo de cristal rompiéndose se debe al frasco o solo es ella. Si es ella, no importa. Ya está acostumbrada. Ya sabe que no hay reparación posible, así que con suerte pronto los pedazos en los que se ha estado partiendo no serán lo suficientemente grandes como para seguir resquebrajándose. Tiene que haber un límite. Hasta el diamante puede convertirse en polvo. Está deseando que ocurra. Está segura de que el polvo no siente. Del polvo nadie espera nada. El polvo lo limpias y lo apartas, no importa lo mucho que brillara antes. A lo mejor eso es lo que debería ocurrir con ella. Deberían apartarla. Deberían alejarla todo lo posible del trono para que sus elecciones no puedan seguir haciendo daño.

Ojalá la poción le dijera qué debe hacer y no le permitiese tomar decisiones propias. Ojalá le indicara un camino claro que ella pudiera seguir sin remordimientos. Está esperando que lo haga, por eso extiende los dedos hacia los pedazos de cristal que la rodean. Una gota será suficiente. Solo una. No necesita más.

No le importa cortarse mientras moja su mano en el rastro de líquido que queda en el suelo. Apenas nota los trocitos de cristal que se le clavan en la piel. Lo único que importa es beber. Beber, beber, be…

—¡Ammarah!

Alguien le sostiene la muñeca antes de que pueda llevarse los dedos a la boca para lamérselos. Frente a ella hay una mujer hermosa, de tez negra como la obsidiana y cabellos oscuros trenzados. No es la primera vez que ve ese rostro: desde que comenzó a tomar las pociones, lo ha visto varias veces en algunos de sus sueños, pero no entiende lo que quiere decir, como tantas

otras cosas. Tampoco entendió lo que significaba la serpiente hasta que ha sido demasiado tarde. Si hubiera sabido adelantarse a lo que iba a pasar… Y, al mismo tiempo, las visiones del futuro son ineludibles. Son el camino. Intentar evitar lo inevitable es pecado.

—Pecado…

La desconocida ante ella frunce el ceño y Ammarah extiende la mano libre hacia ella para acariciarle la frente y suavizar su expresión. Cuando la aparta, ante ella solo está Rina. Por supuesto que es Rina. Tiene todo el sentido que Rina esté ahí, tomándola de la muñeca con esa expresión de preocupación. Aun así, Ammarah echa de menos a la desconocida. Le gustaría encontrarla. Le gustaría saber por qué Destino se la ha estado mostrando una y otra vez. Una parte de ella, estúpida e irracional, comienza a pensar que quizá su dios esté siendo benevolente y le está diciendo por fin quién es su persona destinada. La de verdad. No Nathan, que solo era un medio para un fin. No Lilith, que jamás la ha mirado de la forma en la que ella anhela.

Quizá esa mujer sí lo haga.

Quizá en algún momento por fin encuentre a alguien que la ame.

—Ammarah, ¿me oyes?

La reina clava sus ojos en los de Rina. No sabe cuándo ha conseguido incorporarla hasta dejarla sentada, pero sus manos están en su rostro y a Ammarah le faltan los segundos que han pasado entre esa escena y la anterior. No tiene ni idea de lo que le ha dicho la doncella antes de eso, así que asiente por inercia.

—¿Puedes levantarte?

Otro asentimiento. Un par de brazos la ayudan a ponerse en pie.

—Vamos a curarte esa mano. ¿Qué crees que estabas…? No puedes seguir tomando esas pociones. ¿Entiendes ahora por qué te lo advertí? Si sigues así…

—La serpiente es el Portador. La serpiente está en el trono.

Rina la mira mientras la lleva hasta la cama y la sienta en el borde del colchón. Ammarah se deja hacer. De todos modos, apenas siente lo que ocurre a su alrededor.

—¿De qué estás hablando? ¿Tu prometido…?

—No, no Nathan. Nathan no es el Portador. Nunca lo fue.

Su amiga sacude la cabeza, confusa.

—Claro que…

—No lo fue, no lo fue. Era mentira. Todo era mentira.

Lo cual hace que se pregunte muchas cosas. Si Nathan nunca fue un Portador legítimo, solo el hijo de la mujer que le robó a un ladrón, ¿por qué Destino decidió prometerlos? ¿Solo para mantener la farsa durante generaciones y generaciones…? ¿De verdad Destino dio esa orden alguna vez? La Suma Celestial dijo que se le había revelado en sueños, pero ¿por qué a ella? ¿Por qué no a los reyes?

—No entiendo nada de lo que estás hablando, Ammarah —dice Rina—. No te muevas, ¿de acuerdo? Voy a por algo para curarte esa mano. Estás sangrando.

La reina baja la vista hacia sus dedos, pero no se asusta tanto como debería ante el rastro escarlata que dejan sus heridas. En primer lugar, porque no siente el dolor. En segundo, porque lleva semanas con las manos empapadas de sangre.

Aunque Rina se aleja de ella, sigue hablando, pero Ammarah ya no la escucha. No puede dejar de observar, en trance, las esquirlas clavadas en su piel. Al menos ya no ve tantos ojos. Están dejando de

mirar hacia ella. Están a punto de cerrarse. Si no bebe pronto otra poción, se dormirán hasta la noche siguiente y entonces ella se quedará una vez más sin las respuestas que tanto necesita.

—La emperatriz de Odelia ha muerto —dice—. La serpiente la ha matado.

—¿Qué?

La reina de Daiva alza la vista hacia Rina. Por un instante, su rostro parpadea entre el de su amiga y la mujer de sus sueños, pero se queda en el de siempre. La doncella se ha detenido en el umbral de la puerta del baño, sosteniendo una pequeña jofaina de agua entre las manos. Parece incrédula, en tensión.

—Hay un nuevo emperador —continúa Ammarah. El mundo a su alrededor recupera consistencia, así que también comienza a notar el dolor en la mano—. La serpiente que llevo días viendo es un brujo que le ha arrancado la cabeza a la antigua emperatriz y se ha hecho con el trono y el Amuleto del Tiempo.

Rina toma aire con precipitación, horrorizada. Ammarah quizá lo estaría también si no fuera porque se siente desligada, de la situación y de su cuerpo. De su mente. Todo lo que puede sentir es extrañeza al escuchar la pregunta que viene después:

—¿Y su hija?

—¿Qué?

—La hija de la emperatriz. ¿Qué ha pasado con ella? ¿Lo has visto? ¿La han matado a ella también?

Ammarah frunce el ceño, confusa.

—No. Ella… Está bien. Creo que lo está. Lo estaba, al menos, en lo que vi. Alguien la protegió. Quería beber para ver más…

Sus ojos vuelven al desastre de cristales rotos en el suelo. El pequeño charco de poción sigue ahí y hay restos adheridos a los trozos. Una gota sería suficiente. El sabor de la pócima en su lengua es lo único que necesita para mantener todos los ojos de la habitación abiertos un poco más… Pero entonces se fija en que Rina todavía no se ha movido, como si estuviera esperando algo.

—¿Por qué? —Ammarah entorna los ojos—. ¿Por qué preguntas por la princesa…?

La sirvienta da un respingo y después baja la vista hacia la vasija llena de agua que aún sostiene. Como si hubiera recordado de golpe qué estaba haciendo, se apresura junto a su señora y se arrodilla frente a la cama. La manera en la que humedece el paño y empieza a encargarse de la mano herida de la reina es tan cuidadosa como siempre.

—Nada, majestad. Solo me preguntaba si ese usurpador había acabado por completo con la familia real…

Ammarah no entiende qué relevancia tiene eso. Hasta donde ella sabe, los brujos creen en la ley del más fuerte, así que, en cualquier caso, esa chica tendría que vencer en una batalla contra la persona que le ha arrebatado el trono a su madre para tener algún derecho sobre él de nuevo.

Aunque, por otra parte, Rina es solo una sirvienta de Daiva. Lo más probable es que no tenga ni la menor idea del funcionamiento de la política odeliana.

—¿Qué más habéis visto? ¿Queréis hablar de ello?

Ammarah sacude la cabeza. A medida que la niebla en su mente se disipa, empieza a ser consciente de los próximos pasos que debe dar.

—Sí, pero no solo contigo. Tengo que comunicarle a los Ojos lo que ha pasado, tengo que…

—Ahora no. —Su doncella suena inflexible. Su mano se está empapando de la sangre que fluye de sus cortes, como si estuviera dispuesta a compartir sus pecados—. Estáis herida y parecéis… ebria. Si los reunís ahora, descubrirán lo que habéis estado haciendo. Y a la Suma Celestial, como mínimo, no le gustará.

Es cierto. Puede imaginarse su decepción, cuando no su ira, por forzar el poder de Destino en vez de aguardar la silenciosa guía de su dios, como debe hacer cualquier celestial piadoso.

Pero ella debería entender que a veces hay que tomar decisiones desesperadas.

—Lo que debéis hacer ahora es dormir, majestad. —Rina clava la mirada en la suya. ¿En qué momento ha comenzado a tratarla de nuevo con tanta formalidad?—. Sin pociones. Por muy útiles que sean para ver el futuro, ese tipo de bebidas pueden hacer que perdáis de vista por completo el presente. No podéis seguir abusando de ellas, no importa cuál sea la situación. ¿Lo entendéis?

—No son tan peligrosas. Y… me ayudan. Me dan perspectiva. Me enseñan el mundo más allá de estas murallas y me permiten saber. Necesito saber. Todos necesitamos saber. Por eso debo informar a…

—Por supuesto que es necesario que mantengáis a vuestro consejo al tanto de este descubrimiento, pero es tarde y no estáis en condiciones. Hacedlo mañana por la mañana. Necesitáis tener la mente despejada para saber qué deseáis hacer a continuación, porque de lo contrario quizá os vuelvan a convencer de cosas de las que podríais arrepentiros, como pasó con la Purificación. Y no

queréis eso, ¿verdad? Si estáis haciendo esto es para que eso no vuelva a suceder, para tener más seguridad, más poder.

Sí, es cierto. Pero, aun así, lanza un vistazo a su alrededor. Apenas hay ojos ya en su cuarto, pero encuentra uno que parpadea en el techo, otro en la pared, otro en la alfombra. Cuando vuelve la vista hacia Rina, incluso encuentra uno en su frente. El ojo la está mirando fijamente, tanto que tiene que ser ella la que aparte la vista y se concentre solo en su mano herida. Rina está ocupada quitándole cualquier resquicio de cristal, pero aun así sigue hablando:

—Puede que esto ni siquiera sea tan malo. Vuestra enemiga era la emperatriz: ella orquestó el ataque a la basílica. Ella provocó la muerte de vuestro padre y la huida del antiguo Portador. Quizá el cambio en el trono de Damira sea una oportunidad para la paz, en lugar de para continuar un conflicto que jamás debería haber comenzado. —Su compañera alza la vista y la observa entre sus pestañas oscuras—. ¿No os gustaría eso, majestad?

Por supuesto que le gustaría, pero una parte de ella piensa que ya es demasiado tarde para eso. La paz no es algo tan fácil de conseguir una vez comienza la guerra y da igual quién se moviese primero: es obvio que la tensión entre los brujos y los celestiales está en un punto crítico.

Al mismo tiempo, quizá tenga razón. Quizá un cambio en Odelia es justo lo que necesitan…

Rina termina de quitarle las esquirlas clavadas en la piel y Ammarah siente la suavidad con la que vuelve a limpiarle las heridas como algo que también la purifica por dentro. El cuidado de su acompañante la insta a relajarse y cerrar los ojos, a ceder al

cansancio y al mareo que está tirando de ella. Los hombros se le hunden. Deja caer los párpados para poder concentrarse solo en el agua fría contra su piel, en el modo en que su criada le borra la sangre de las manos. Como si fuera a ser capaz. Como si no fueran a seguir manchadas por mucho que las frote.

—No sé cómo arreglarlo, Rina. No sé cómo… deshacer lo que hemos hecho.

—No podéis. Pero podéis intentar hacerlo mejor a partir de ahora.

Nota cómo su doncella empieza a vendarla, pero no sabría decir cuánto tiempo dedica a envolverle los dedos y la palma con suaves tiras de tela. Solo vuelve a ser consciente de todo cuando la muchacha la insta a tumbarse. Cuando reabre los ojos, el rostro de Rina vuelve a parpadear. Supone que seguir viendo en ella la cara de la chica de sus sueños es señal de que va a quedarse dormida otra vez.

—Descansa, Ammarah.

Asiente a su amiga y a la mujer de piel de obsidiana, pues le da la impresión de que las dos le hablan a la vez. Tienen voces distintas. La de esa extraña es profunda, calmada, más grave que la de Rina. Le gusta cómo se la imagina.

Cuando cierra los ojos, por primera vez en días, desea dejar de ver el futuro y tan solo soñar con ella.

DYNE

Dyne decide que va a desaparecer antes incluso de que Ammarah se quede dormida. La idea de volver a Odelia ya se le ha pasado por la cabeza en las últimas semanas, pero al final se ha quedado por la misma razón por la que suele quedarse observando las tormentas cuando estallan: por la expectación. Estar cerca de los celestiales, fingir ser uno de ellos, le ofrecía una perspectiva importante de todo lo que estaba sucediendo, una comprensión cercana de un conflicto que se había desencadenado con la invasión en la basílica y que no ha dejado de crecer. Ahí al menos servía de ojos y oídos para la emperatriz, pero también para sí misma y para los suyos.

Y, por otro lado, estaba Ammarah.

Se había prometido no involucrarse demasiado con la soberana de los celestiales, pero a Dyne nunca se le ha dado bien reprimir sus emociones. A su modo de ver, no puedes pasarte todos los días con una persona y ser totalmente indiferente a ella. Sobre todo con alguien como la reina, siempre encerrada, siempre controlada. Todo el tiempo que ha pasado interpretando el papel de doncella de Ammarah de Daiva le ha servido para llegar a la conclusión de que es una mujer que vive bajo un cuerpo de madera, alguien que

quiere sentirse real pero a la que han tallado como un títere. En su pecho hay un corazón que late y sangra; y en su cabeza, un sinfín de ideas y remordimientos que se cruzan, pero de sus brazos y de sus piernas cuelgan hilos para tenerla atada e indicarle cómo debe moverse.

Al final de esos hilos, obligándola a bailar en una dirección u otra, está la Suma Celestial.

Dyne ha deseado encontrar la manera de cortar los hilos, pero son más resistentes de lo que le gustaría. Supone que tiene sentido, que son cuerdas fabricadas con mucho cuidado a lo largo de años y años de lecciones sobre el deber y la fe, sobre el miedo por lo que se esconde fuera de las murallas y la idea de que la protección está dentro de ellas. No, los hilos que mueven a Ammarah de Daiva no son fáciles de destruir, por eso la única manera que esa muchacha ha encontrado de sentirse carne y hueso y no simple corteza es recurrir a esas pócimas. Por eso Dyne accedió a conseguírselas, también. Al principio pensó que quizá le darían la claridad necesaria para entender que el trabajo de los Ojos es asesorarla, no gobernar por ella. Al fin y al cabo, gracias a la primera vez que forzó sus visiones, al día siguiente encontró la fuerza para decirle al Consejo que el avance de las tropas celestiales debía detenerse como mínimo hasta que encontraran a un nuevo Ojo de la Muralla que sustituyera al anterior.

Dyne lo consideró una buena señal.

Después de tres amaneceres teniendo que despertarla de trances que parecían llevársela muy lejos de allí, cambió de opinión.

A una parte de ella le gustaría quedarse a su lado para asegurarse de que no sigue hundiéndose en esa necesidad ansiosa de visiones.

Le gustaría quedarse hasta convencerla de que su cuerpo está recubierto de piel y su voz no tiene por qué ser solo el eco de otras.

Sin embargo, el asesinato de la emperatriz lo cambia todo.

No es la mujer la que le preocupa, sino todos los demás. Tiene que ponerse en contacto con Derek, con Caleb. Tiene que reunirse con ellos y con Ishtar. Ammarah de Daiva despierta cierta compasión en ella, mucha más de la que merece dadas las circunstancias, pero ellos son su familia.

Nada importa más que eso.

Tras entrar en su pequeño cuarto, Dyne comienza a llenar una bolsa con enseres básicos. Cuando amanezca, la reina descubrirá que su doncella ha desaparecido y nadie sabrá nunca qué ha pasado con ella. Antes de que la gente empiece a hacerse demasiadas preguntas, ella ya estará muy lejos de ahí, aunque todavía no tiene claro a dónde ir. ¿A Damira? ¿Seguirán los demás en palacio o habrán conseguido huir…? No lo sabe, pero supone que la manera más rápida de comprobarlo es intentar ponerse en contacto con ellos. Si nadie le responde, lo más probable es que les hayan encarcelado y entonces ella podría…

El plan se le pierde entre un pensamiento y el siguiente cuando siente el frío.

Es como si el invierno se colara en la habitación con toda su fuerza, pero el ventanuco del cuarto está cerrado y el frío que nota viene de algún punto a sus espaldas. Le resulta extrañamente familiar. Como el abrazo de una soga. Como una canción de cuna con la letra equivocada.

Antes de girarse, incrédula, ya sabe a quién se va a encontrar.

Muerte es hoy una criatura hecha de sombras. Viste jirones de tela negra bajo los que se mueven mil insectos y se entrelazan las ramas de esos árboles que crecen en lo más profundo de los bosques de Arsay. Es una figura casi intangible, que cambia con cada paso con el que se acerca. Huele a lluvia, a hierba aplastada, a fruta madura. Su voz, cuando pronuncia su nombre, es el sonido del trueno y el canto de los pájaros y el fuego, igual que cuando la llamó por primera y última vez cuando solo tenía diez años.

—Dyne.

Ella traga saliva, tan sobrecogida por la presencia de la diosa a la que se ha encomendado que tiene la tentación de mirarse el cuerpo para asegurarse de que nadie le ha atravesado el pecho con un puñal o que su corazón no se ha detenido sin previo aviso. Pero no, sigue viva. Sus latidos están ahí, firmes.

La necromante respira hondo antes de agachar la cabeza ante la Original.

—Para serviros, mi señora.

La voz le sale temblorosa. No es por el frío, sino por las mil ideas que le estallan de pronto en la cabeza. Muerte no se presenta ante los mortales sin motivos, así que tiene que haber una buena razón para que esté ahí. La pregunta es cuál.

La mano de la diosa se posa sobre su mentón con la delicadeza de una madre. Está helada y, aun así, algo en su tacto rugoso resulta confortable. Dyne alza la vista hacia ella, sintiéndose de nuevo la niña que un día fue, pequeña e insignificante. Los ojos de la muerte parecen dos charcos en los que se reflejan la luz de la luna y Dyne se siente hechizada por ellos, a su merced.

—Querida niña, te traigo el mensaje de un último deseo.

Eso es lo que rompe el embrujo. Pese a que Muerte habla con la suavidad con la que se abre la primera flor de la primavera, sus palabras llevan espinas que a Dyne se le clavan desde el primer momento.

No le cuesta entenderlo. Es una cuestión de lógica: Muerte solo concede deseos a los suyos y Dyne ha conocido a muchos necromantes a lo largo de su vida, sí, pero no tantos le dedicarían su último pensamiento. Solo se le ocurren dos personas que pudieran pensar en ella al morir y una de ellas es inmortal.

—Derek.

El nombre le sale como si una de esas espinas que revisten las palabras de su diosa se le hubiera clavado en la garganta.

Otra ha ido directa al corazón.

La primera vez que vio a Derek ambos eran niños. Para entonces, Dyne ya se había acostumbrado a ser necromante: había estado más de un año vagando por los bosques, viajando de comunidad en comunidad y desapareciendo cuando se cansaba de estar en un único sitio demasiado tiempo. Le gustaba la libertad que le ofrecía su poder, la que le permitía probarse cuerpos y caras a voluntad e interpretar los papeles de los cadáveres que dejaba tras de sí. No eran pocos. No asesinaba por placer, pero no le importaba en absoluto hacerlo. Es algo que puede ocurrir cuando ves cómo masacran a todo tu pueblo sin que tu concepto del bien y el mal haya terminado de definirse. Pese a que desde pequeña le habían advertido de los celestiales y del odio que estos les profesaban a los necromantes, no fue un grupo de seguidores de Destino el que arrasó con el lugar en el que ella había nacido y crecido, sino de brujos. Unos totalmente descontrolados, devorados casi por

completo por sus demonios. Llegaron al poblado como bestias hambrientas, en medio de la noche, y decidieron que aquel lugar se convertiría en su banquete.

A día de hoy, Dyne todavía no ha olvidado los gritos. Los recuerda atrapados en su propio pecho mientras se quedaba muy quieta, temblando dentro del pequeño baúl en el que su padre la había escondido solo un segundo antes de que una de aquellas bestias irrumpiera en la cabaña. No vio cómo lo devoraban, pero lo oyó. Las garras al desmenuzar. Los dientes al masticar. Su padre gritó y gritó hasta que dejó de hacerlo y entonces solo quedó el sonido de los jadeos de la criatura, atragantándose con el cuerpo por las ansias con las que engullía.

Aquel brujo ya no era una persona, solo un animal.

Así que cuando Muerte se presentó ante ella y le ofreció el poder necesario para protegerse, para *vengarse*, decidió que dedicaría su vida a dar caza a todos los que fueran como él.

Fue así como conoció a Derek: siguiendo el rastro de un brujo que había perdido por completo el control. Por entonces él acababa de cumplir los nueve años y solo hacía una semana desde que Muerte se había presentado ante él para ofrecerle cierto consuelo tras la muerte de su madre. Todavía no entendía del todo sus poderes, estaba solo y perdido. No era un contrincante para un demonio hambriento de carne humana.

Así que ella lo salvó. Mató a aquel brujo con la misma falta de arrepentimiento que había ido perfeccionando a lo largo de los meses y después le ordenó a la tierra que se tragase sus restos. Todavía recuerda el rostro de aquel niño tirado en el suelo, asustado y malherido, incrédulo y jadeante. Le llamó la atención el tatuaje de

su cara, la forma en la que descendía hasta su cuello y se perdía debajo de la ropa.

—Deberías ir a un poblado —le aconsejó ella—. Arsay no es seguro para los niños solitarios.

Él tragó saliva. Aunque estaba aterrado, apretó los puños y alzó un poco la barbilla en un gesto orgulloso.

—Tú pareces una niña solitaria.

A Dyne la respuesta le hizo gracia, porque después de probarse tantas pieles, de probar tantas identidades distintas, de mancharse tanto las manos de sangre, había olvidado que era justo eso. Aun así, no respondió. Se dio media vuelta para seguir su camino, como siempre hacía.

—¡Espera! —Derek se levantó de un salto sorprendentemente ágil, considerando lo mucho que temblaba todavía, y corrió hacia ella para cogerla del brazo—. Puede que Arsay no sea seguro para los niños solitarios, pero a lo mejor sí lo es para dos niños que viajan juntos.

Y por eso no volvieron a separarse. Dos niños solitarios que fingían serlo menos por caminar el uno al lado del otro. Dos niños solitarios que no necesitaban a nadie más. Ella cazaba, él sanaba. El equipo perfecto. Dos caras de la misma moneda. Tan cercanos, tan aislados del resto del mundo, que pronto olvidaron que hubo un tiempo en el que no se conocían.

Por eso ahora a Dyne se le encoge el pecho, por eso los ojos se le llenan de lágrimas pese a que no podría decir cuándo fue la última vez que lloró. Porque ya no recuerda el mundo sin Derek. Porque una cosa es alejarse durante unos días, unas semanas, unos meses, y otra, *perderlo*. Siempre había dado por hecho que Muerte lo había

puesto en su camino para ofrecerle un compañero, así que una parte de ella había asumido que también morirían juntos. En la misma batalla o en camas contiguas. Cuando llegase su hora, ambos lo aceptarían con la misma templanza con la que habían enfrentado otras muchas cosas. Se irían de la mano, porque así debía ser. Los dos niños solitarios, juntos hasta el final.

No es capaz de decir nada. Ni siquiera es capaz de reaccionar cuando Muerte alza una mano tejida de enredaderas y la extiende para mostrarle un halo de luz dorada, un pulso de energía cálido que ella reconocería en cualquier parte, en cualquier momento, bajo cualquier forma. Al fin y al cabo, ella mejor que nadie sabe que la apariencia corporal no significa nada. Lo importante es lo que reside bajo la piel. El alma.

Y esa es la de Derek.

La primera lágrima se desliza por su mejilla.

—La protegió hasta el final —le informa Muerte con su voz de canción de cuna—. Murió por ella y lo hizo en paz. Se fue pensando en su familia. En ti.

Dyne se lleva la mano a la boca en cuanto escucha el sollozo que le rompe la garganta. O quizá lo que se destruye dentro de ella sea otra cosa. No explota en mil pedazos, de un solo golpe, sino que empieza a resquebrajarse poco a poco, cediendo ante una grieta que se extiende y se ramifica.

Es todavía peor cuando el haz de luz se mueve y toma su forma. Su cuerpo está ahí; su sonrisa, casi de disculpa, se dibuja justo frente a ella. Brillante y translúcida, imposible.

—No me arrepiento —dice Derek con suavidad, y Dyne gime mientras la grieta en su pecho rompe partes de ella que ni siquiera

sabía que existían—. He hecho lo que tenía que hacer. Pero no podía irme sin darte las gra…

No llega a terminar la frase.

Son muchos los que han intentado desafiarme a mí y al ciclo a lo largo de los siglos. Lo han hecho dioses y también humanos que se creían como ellos.
Lo han hecho los que no tenían ninguna clase de poder y aquellos que llevaban al cuello los vestigios de la magia de Chronos.

Todos ellos, sin excepción, han fracasado y aprendido que los mortales siempre están condenados a morir. Desde el emperador más enaltecido al más pobre entre los mendigos, al final todos acaban pasando por mis manos. Todos mueren y la gran mayoría renace sin saber la suerte que le va a tocar.

Me han retado en tantas ocasiones que sé muy bien lo que está ocurriendo cuando la figura luminosa de Derek parpadea. Noto su energía oscilar, como la llama de una vela que amenaza con apagarse. Siento la forma en la que tratan de robármela, incluso cuando yo me aferro a ella.
Mis sombras intentan envolverse a su alrededor, mis hiedras se extienden de manera protectora, los insectos que reptan y corretean por el suelo tratan de alcanzarla.

Pero, una vez las agujas del Amuleto se ponen en marcha, ni siquiera yo soy capaz de detenerlas.

—¿Qué está pasando?

Dyne, ante mí, todavía vestida con la piel de una celestial y con el ojo de Destino burlándose de mí desde su cuello, está confusa. Tiene el rostro manchado de las lágrimas que ha derramado por Derek.
El Amuleto no va a secárselas. El Amuleto no va a borrar el recuerdo de lo que es perder a alguien ni el miedo a que vuelva ocurrir otra vez.

Pero, por el momento, se lo devolverá.

Y a mí, como siempre, me dará a cambio más almas, más alimento para el ciclo, más vidas que vuelven a empezar.

Como si fuera una estrella fugaz que se consume demasiado rápido, la luz de Derek se apaga y su alma escapa de mi lado.

Yo aguardo. Dyne contiene la respiración, mirándome, esperando mi respuesta, sin atreverse a forzarla fuera de mi boca.

Pero el desastre no llega.
La retribución no aparece y yo me doy cuenta, demasiado tarde, de dos cosas: que el nuevo Portador no va a darme nada a cambio del alma de Derek y que Caleb, esa criatura a la que tan primorosamente he tratado, a la que he diseñado a lo largo de los años con una misión muy concreta, está en sus manos.

Me han desafiado y, por primera vez desde que el mundo existe, me han ganado a mi propio juego.

—Han usado el Amuleto para darle más tiempo —gruño—.
Me han quitado a Derek, pero no me han dado nada a cambio.

DYNE

La estancia se convierte en un glaciar. Dyne tiene que encogerse sobre sí misma cuando la temperatura baja hasta ser incluso más extrema que en Eirwynn, allá donde todo está cubierto de nieve y sus gentes se protegen con pieles pesadas para soportar la dureza de un invierno eterno. Las ventanas de la habitación se empañan con la ira de Muerte, la escarcha comienza a extenderse por el suelo y las paredes y las enredaderas que cubren a la diosa se marchitan. Sus ojos ya no son lunas, sino estalactitas.

Su diosa está furiosa.

Dyne entiende por qué. También entiende quién será el primero en sufrir esa ira si ella no hace nada por evitarlo. Al fin y al cabo, los necromantes conviven con la muerte, así que es impensable que uno de ellos escape de su abrazo. Es traición.

Y los dioses no perdonan las traiciones.

—Yo pagaré el precio.

Las palabras le salen como un jadeo, en parte impulsadas por el miedo y, en parte, por la irracionalidad que suele empujarla a tomar muchas de sus decisiones. Dyne no planea, para eso está Caleb: Dyne actúa. Lo hizo cuando decidió infiltrarse en ese palacio sin que

nadie se lo pidiera y vuelve a hacerlo ahora. No suele arrepentirse, pese a dejarse guiar por impulsos. Le gusta la sensación que eso le genera y los años la han convertido en una experta de la improvisación.

Cuando Muerte clava sus ojos en ella de nuevo, sin embargo, está a punto de lamentar haber abierto la boca sin pensar en las consecuencias. Al menos el frío se templa. Incluso la escarcha que había empezado a subirle por la falda se detiene.

—¿Eres consciente de lo que estás ofreciendo?

La voz de Muerte ya no es como una nana, sino como un cuchillo. Dyne se obliga a mantener la calma, pero no es capaz de sostenerle la mirada, así que la clava en el suelo con la excusa de mostrarle respeto.

—Soy vuestra súbdita, mi señora. Y sé que el orden del ciclo debe mantenerse: una vida que se salva debe responderse con la pérdida de otra. —Las palabras le salen ligeras, fáciles, mucho más seguras de lo que ella se siente—. También sé lo que ocurre con aquellos necromantes que os traicionan, pero yo arrebataré las vidas que queráis a cambio de que perdonéis a Derek. Vos misma habéis dicho que se fue en paz: no luchó, no pidió más tiempo. Sea cual sea la razón por la que os lo han arrebatado, él no es culpable.

Quizá por eso está tan dispuesta a dejar que disfrute de la nueva oportunidad que se le ha ofrecido. Por muy familiarizada que esté con la muerte, sigue siendo humana, solo humana, y saber que Derek todavía respira en alguna parte de ese mundo es lo que repara las brechas de su corazón.

El rostro de sombras de su diosa no tiene expresión, pero sus ojos se tornan ambarinos y Dyne decide interpretar eso como atención.

—No deberías endeudarte por los pecados de otros, mi dulce niña. —La mano de Muerte se extiende hacia su mentón para obligarla a alzar el rostro. Aunque la temperatura del cuarto está empezando a volver a la normalidad, su caricia sigue siendo helada—. ¿Qué pasaría si yo te pidiera algo que sé que no quieres hacer…?

La necromante se obliga a mantenerse estoica.

—Sé que podéis ser piadosa, mi señora. Solo hay tres personas en este mundo cuya sangre no podría entregaros y sabéis quiénes son.

—Pero matarías a quien hiciera falta por proteger a cualquiera de ellas.

—Así es.

Muerte no la suelta y la necromante empieza a preguntarse si está interesada en el pacto que le ofrece o solo en ella. La diosa le pasa uno de sus dedos por los labios con la misma delicadeza que una amante dispuesta a tomarse su tiempo con ella. Es como si verla ofrecerle vidas le hubiera resultado atractivo, como si en vez de la niña que salvó una vez pudiera ver ante ella a la mujer que ahora es.

Dyne traga saliva cuando la diosa se inclina un poco más.

—Siempre has sido letal, Dyne. Me gusta eso de ti. —Por un segundo, se le ocurre que la muerte va a besarla, pero lo único que hace la diosa al acercarse es susurrarle al oído—: Tres vidas. Ni una menos. Tres vidas por las tres personas que te negarías a matar. Tres vidas y perdonaré la transgresión que Derek ha cometido, queriendo o sin querer.

Aunque Dyne siente el escalofrío que le baja por la columna vertebral, una advertencia de que ese trato es peligroso, tres vidas le parecen un precio ridículo.

—De acuerdo.

—No he terminado.

Muerte se aleja de ella para que pueda verle la cara (sus sombras, aquello que se mueve por debajo de ellas, el entramado de ramas que se adivina dándole forma, los insectos que las recorren y esos ojos inhumanos del color de la miel) y Dyne sabe que ahora es cuando debe empezar a temer.

—No pensarías de verdad que iba a ser tan fácil, ¿no? ¿Crees que puedes salir de este pacto eligiendo a tus víctimas? Quiero las vidas de todos los descendientes de Aiva que quedan vivos.

Esta vez Dyne siente el hielo en las venas. La orden es clara y la entiende a la perfección. Tres vidas. Las tres personas que tienen la sangre de la elegida de Destino, de la hija del propio Tiempo. Todos ellos están en ese palacio. Solo por eso no debería ser una misión complicada. En su cabeza repasa sus rostros, sus nombres.

Ethel Aiviz, Ojo del Tesoro.

Keren Aiviz, Ojo de la Justicia.

Ammarah.

Es ahí donde su corazón tropieza y se le constriñe de una manera inesperada.

—Dejad que mate a la Suma Celestial en lugar de a la reina —dice, aunque sabe de antemano cuál va a ser la respuesta—. Es esa mujer la que maneja los hilos, la que ha provocado que…

Los ojos de Muerte se vuelven afilados. Su voz también.

—Creí que habías dicho que solo había tres vidas que no podías entregarme, Dyne.

El frío vuelve entonces, todavía más extremo, y la asesina se echa a temblar. El cuerpo se le congela, la escarcha cubre por completo

las ventanas y dentro del cuarto se contiene una ventisca. Frente a ella, la diosa la observa como si fuera solo uno más de los insectos que la recubren, igual de fácil de aplastar si la decepciona.

Dyne se ha enfrentado a un sinfín de criaturas, ha salido victoriosa de esos enfrentamientos en la gran mayoría de ocasiones y ha tenido miedo en muy pocas. Pero Muerte no es como ninguno de sus anteriores contrincantes, así que en este caso ni siquiera se le ocurre replicar. En su lugar, piensa en la última víctima de la lista. Por lo general, no le gusta tener contacto con las personas a las que va a asesinar; le parece el equivalente a jugar con la comida y ella prefiere ser eficiente y práctica. Sin embargo, a la reina de Daiva ha empezado a conocerla más de lo que Ammarah misma cree. No se trata solo de los recuerdos de Rina (de esos sería muy fácil disociarse, sobre todo porque la imagen que Rina tenía de su princesa era demasiado idealizada), sino de los que ella ha ido recolectando durante los días que ha estado infiltrada. Ha pasado bastante tiempo a su lado, así que sabe demasiado de esa mujer. Desde las preocupaciones que no la dejan dormir (la culpa, las dudas, el miedo) a qué la hace sonreír (las azaleas, la mermelada de fresa, el trabajo bien hecho), pasando por varios de sus secretos (su enamoramiento con Lilith Rheiz, las pociones que usa para lidiar con las ansias de saber, pero, sobre todo, de ser útil). Conoce sus faltas y sus aciertos, aquello de lo que se siente orgullosa y aquello de lo que se arrepiente.

Hace solo unos minutos le dijo que podía intentar hacerlo mejor a partir de esa noche.

Pero no va a tener tiempo.

La boca se le seca, pero la necromante sabe que lo que está en juego es lo suficientemente importante como para que ni siquiera pueda pensar en negarse.

—Tres vidas y Derek estará libre de todo castigo.

Muerte asiente.

—Tienes mi palabra, Dyne. Pero nuestro trato solo será efectivo cuando acabes con todas ellas. Hasta entonces, tendrá que sufrir las consecuencias, como cualquier otro. No puedo daros ningún trato de favor: debo querer a todos mis niños por igual.

La necromante está convencida de que ese último apunte ni siquiera es una broma: la diosa ama a todos esos niños perdidos a los que ha salvado. Para ella, deben de ser poco menos que sus hijos.

Pero el amor de los dioses es retorcido e inhumano.

—De acuerdo —acepta Dyne, casi sin voz.

—Tres vidas, tres meses. Ese es el tiempo que os ofrezco a ambos.

Esas son sus últimas palabras. Para cuando Dyne vuelve a alzar la mirada, la temperatura normal del cuarto ha vuelto y de la presencia de Muerte solo queda un cúmulo de insectos que se dispersa para desaparecer entre las sombras del dormitorio.

Dyne toma aire de nuevo.

Tres meses.

No va a tardar tanto. No va a dejar que Derek empiece a sufrir como sabe que lo hará. Piensa cumplir su trato esa misma noche y, después, irá a buscar a su familia. Lo que ocurra en ese palacio ya no será su problema. El caos que dejará atrás cuando acabe con lo poco que queda de la actual familia real, tampoco.

DYNE

El primer asesinato ni siquiera es complicado.

No se trata de ninguno de los descendientes de Aiva, sino del soldado más cercano que encuentra haciendo guardia. Cuando toda su identidad se cuela dentro de su cabeza, descubre que se llamaba Johann, que tenía esposa y dos niños y que estaba deseando acabar el turno para volver a casa a tiempo para el desayuno. Dyne arrastra su cuerpo hasta un almacén tras comprobar que el ojo de Destino que lleva al cuello se haya roto, como siempre que un necromante acaba con la vida de un celestial, y le roba la ropa además del rostro, las armas además de los recuerdos. Se lo roba todo y sale de ese lugar convertida en guardia, padre de familia y fiel a Destino.

Bajo esa apariencia, mata primero a Keren Aiviz. Lo elige a él porque es al único al que tiene verdaderas ganas de asesinar y necesita esa fuerza, ese impulso, sentir que por lo menos alguien se merece por completo lo que le va a ocurrir. Sabe que es un hombre prepotente que está de parte de la Suma Celestial y que cree que no hay ningún problema con la Purificación y todas sus consecuencias. Adquirir sus recuerdos cuando le corta el cuello se lo confirma. Veía a los brujos y a los necromantes como monstruos, disfrutó de la

expulsión de aquellos que no se habían atrevido a jurar lealtad a Destino y consideraba que Ammarah de Daiva era una niña insufrible que no merecía la corona. Tenía que haber sido suya, solo suya, ni siquiera de su hermano mayor, cuya muerte no sintió especialmente. Consideraba que era débil y demasiado compasivo, incapaz de llevar el reino hacia el esplendor que podría haber tenido en sus propias manos. Todas las ideas que se le cuelan dentro consiguen que Dyne se arrepienta de una sola cosa: de haberlo matado tan rápido. Le habría gustado haberlo hecho sufrir un poco. Le habría gustado que entendiera una parte del dolor que ha ayudado a provocar.

La segunda es Ethel. Del Ojo del Tesoro no sabe qué pensar. Sabe que es una mujer sobria y centrada en sus obligaciones, a menudo encerrada en su despacho y más pendiente del reino que de cualquier otra cosa en su vida. Dyne se cuela en su cuarto con la cara de su hermano, porque un guardia todavía tiene que dar algunas explicaciones para caminar por pasillos que no se le han asignado, pero un noble, ninguna. Su segunda víctima tiene el sueño lo suficientemente ligero como para entreabrir los ojos cuando Dyne se acerca a su lecho y mirar al que cree que es su mellizo con cierta confusión. Abre la boca, pero no llega a pronunciar ni una sola palabra.

Ethel Aiviz muere pensando que su hermano la ha asesinado.

El cielo comienza a clarear cuando Dyne arranca el cuchillo de su cuello y le roba el rostro también a ella. Los colores del amanecer asemejan sangre derramada sobre un manto púrpura para cuando llega a los aposentos de Ammarah. Lo hace vestida con la ropa y el cuerpo de Ethel, con su mentalidad práctica llena de pensamientos sobre ganancias y pérdidas, pero cuando se acerca a la cama,

recupera su verdadero rostro. Se siente extraña en su propia piel después de tantas semanas enmascarándose con otras, pero piensa que eso es lo mínimo que le puede ofrecer a la reina de los celestiales. Aunque quiere que sea rápido, aunque no pretende que sufra, no quiere arriesgarse a que abra los ojos y vea a su tía empuñando un arma contra ella; tampoco a la sirvienta a la que considera amiga, la única que le queda.

Ammarah de Daiva ya ha sufrido suficientes desengaños, así que prefiere que su último pensamiento no sea que la han vuelto a traicionar.

O quizá no sea tan considerada. Quizá, en el fondo, quiere que la vea a ella, por primera y última vez. Sabe que es ridículo, pero durante los últimos días ha habido momentos en los que ha deseado poder hablar con esa muchacha sin un disfraz de por medio. A veces, la personalidad de Rina la constreñía, la obligaba a decir cosas que ella nunca habría dicho, de maneras en las que ella jamás las habría pronunciado, la obligaba a cubrirse con pátinas de educación y suavidad cuando quería ser directa o sarcástica, así que le gusta la idea de mostrarse ante la reina sin máscaras.

Aunque tenga que ser así.

Ammarah duerme. Su sueño no debe de ser agradable, porque su rostro está contorsionado en una mueca. El pecho le sube y le baja con celeridad y el sudor le perla la piel. Dyne está segura de que está sufriendo una de sus pesadillas. Ha habido días en los que ha pensado que se las merecía, días en los que no la ha despertado para que sufriera un poco más. Ahora, sin embargo, se le ocurre que al menos así va a quitarle los malos sueños para siempre. La muerte puede ser piadosa. Quizá esto es lo mejor que le puede pasar a

Ammarah de Daiva, después de todo. Así se borrarán las culpas y las responsabilidades.

Decide aferrarse a esa idea cuando alza el puñal.

No la está matando, la está liberando.

Aun así, le tiembla la mano. Le resulta extraño porque nunca le había ocurrido antes, ni siquiera cuando era niña, ni siquiera con su primera muerte. Respira hondo. Clava los dedos con más fuerza alrededor de la empuñadura de su cuchillo y piensa en Derek, en nada más. Piensa en los pecados que ha cometido esa mujer, en las personas que han sufrido porque ella no ha tenido el valor de tomar sus propias decisiones. Piensa en justicia, se pone excusas, se arma con ellas y se cubre con los recuerdos de otras mil personas distintas para tapar los suyos propios.

Afuera, el sol sangra.

Y Ammarah despierta.

AMMARAH

Abre los ojos justo cuando el cuchillo le raja el cuello.

La luz del amanecer baña la habitación y la reina de Daiva toma aire con dificultad, pero siendo consciente de que todavía respira, de que el corazón aún le late, de que la calidez de la sangre no le empapa la ropa. Sobre ella, la asesina de sus sueños la mira con los labios entreabiertos y los ojos fijos en los suyos, tan inmóvil como si el tiempo se hubiera detenido. Reconoce ese rostro de todas las veces que lo ha visto al tomar la pócima. De todas las veces que lo ha visto cuando salía de sus visiones y se confundía con la cara de Rina. Pensó que, al mostrársela, Destino le estaba señalando a la mujer que podría acompañarla de la mano durante el resto de su vida. Pensó que al menos merecía un poco de amor, un poco de compañía.

Pero su dios le estaba mostrando la cara de su asesina. Los ojos de una criatura capaz de matar a sangre fría a su tío. A su tía. A la única familia que le quedaba. Una criatura capaz de cambiar de forma y tomar el cuerpo de su doncella más cercana, Rina Malai. También ha acabado con su vida. Con la de Rina, su Rina. La ha asesinado, ha utilizado su nombre y su forma y se ha mantenido a

su lado durante semanas, como un parásito que intentaba colarse en su cabeza.

El cuchillo destinado a cortarle el cuello, ese que todavía continúa en el aire, tiembla un instante antes de que la expresión de la mujer cambie y se cubra de decisión.

Y entonces ataca.

Ammarah apenas tiene tiempo de rodar sobre la cama para alejarse de ella. Escucha el sonido de la tela al desgarrarse y una punzada de dolor que le atraviesa el hombro. Aun así, se pone en pie, pese a que se enreda en las mantas en el proceso. Se lleva la mano a la herida, pero no se atreve a mirar el líquido rojo que se le desliza entre los dedos y le empapa la manga del camisón.

No se atreve a apartar la mirada de la mujer que quiere asesinarla.

Ammarah no cree ser una persona valiente, nunca se ha considerado una luchadora. Jamás ha empuñado un arma ni le ha hecho falta, aunque de pronto se arrepiente de no haberle pedido a Lilith que le enseñara a protegerse. No, Ammarah no va a empuñar una espada ni va a intentar desarmar a esa mujer.

Pero grita hasta desgarrarse la garganta.

—¡¡¡Guardias!!!

Apenas tardan unos segundos en aparecer. Primero solo dos, pero dan la voz de alarma en cuanto ven lo que está sucediendo, así que no tardarán en venir más. Aunque la extraña aprieta los dientes, aún intenta lanzarse una última vez hacia su víctima. Es un acto desesperado, casi suicida, y, con la misma desesperación, Ammarah le arroja las sábanas por encima justo antes de alejarse hasta la otra punta de la habitación.

Los guardias se abalanzan sobre la extraña, que se arranca las sábanas de encima a tiempo de enfrentarlos. Su cuerpo atlético, fino pero musculado, se mueve con agilidad. Solo tiene un puñal en la mano, pero su velocidad la hace letal y Ammarah deja escapar un grito cuando ve cómo uno de sus defensores cae bajo su arma.

—¡¡¡Majestad!!! ¡Tenéis que salir de aquí!

Elijah Noviz, el nuevo comandante de la Guardia Celestial y Ojo de la Muralla, está de pronto ante ella. No sabe en qué momento ha llegado, pero se alegra de que esté ahí, porque él toma el control de la situación: la coge del brazo y la arrastra fuera del dormitorio. Ammarah apenas consigue reaccionar. Paralizada, temblorosa, incrédula, lo mira como si no pudiera terminar de darle sentido a sus palabras y se deja guiar.

A sus espaldas, varios soldados saltan sobre una sola mujer.

III
TIEMPO PRESTADO

DARIEN

Durante su cautiverio, Darien dejó que su mirada vagara por la ciudad al otro lado de la ventana en muchas ocasiones. Se imaginaba escapando de palacio para desaparecer entre los edificios que no dejaban de transformarse, corriendo sin mirar atrás y encontrando su camino en medio del caos de las calles gracias a los recuerdos del día que desembarcó allí con Caleb.

Pero, en sus planes de huida, Damira no estaba de celebración. En sus planes de huida, el sol brillaba en el cielo y él no tenía que enfrentarse a las multitudes, a la fiesta nocturna en la que, ajeno a lo que ha pasado en palacio, el pueblo de Odelia baila, ríe, bebe y deja que el caos más primitivo se adueñe de las calles.

Cubiertos por sus disfraces, el pequeño grupo se mezcla con la gente sin que nadie los mire dos veces, pese a que están manchados de sangre y las ropas de Derek son poco más que harapos llenos de agujeros. Se mueven sin hablar, rápido, cada vez más rápido, siguiendo al necromante, que va al frente. Ishtar, junto a él, se aferra con fuerza a su mano. Al principio, en las calles que rodean el castillo, es fácil correr, pero se complica a medida que se adentran más y más en la ciudad. Allá donde van hay gente y Darien

se siente desbordado por la música que le vibra en el pecho, por las canciones entonadas a voz en grito, por el calor y el olor de la muchedumbre presionando a su alrededor, por la concentración que necesita para no permitir que su don se descontrole cada vez que una persona se tropieza con él. Alguien lo pisa, alguien lo empuja; los dedos de Ishtar se escapan de su agarre y, cuando un grupo de bailarines lo arrolla, pierde de vista el disfraz dorado de la princesa imperial de forma definitiva. El sensible siente el pánico como una bola en el pecho, hinchándose con cada segundo que pasa, con cada cara llena de escamas, de huesos, de vello y llamas y dientes.

Cuando alguien le pasa un brazo por los hombros con brusquedad, se encuentra con un rostro desconocido. Tiene una hilera de pequeños cuernos que le suben desde la nariz hasta la frente y unos ojos en los que giran mil colores.

—¿Se supone que eres un celestial?

Darien lo aparta de un empujón, en un acto reflejo, y se echa hacia atrás. Imagina que lo han confundido con un brujo que lleva un disfraz provocador, una burla a los seguidores de Destino, así que se encuentra a sí mismo negando con la cabeza, intentando retroceder, pero su espalda choca contra alguien y de pronto está de pie en un páramo desierto, gritando mientras una criatura de dientes afilados le clava los dientes en los dedos y los devora. La sangre corre por un hocico oscuro mientras se oye el crujido de los huesos cediendo bajo las fuertes mandíbulas, triturados en una masa sanguinolenta que…

—¡Darien!

Su nombre y un tirón en la túnica lo devuelven a la realidad. Ante él hay un brujo que parece a punto de desmayarse, con la mirada

perdida en esos dedos que alguna vez fueron humanos pero que ahora terminan en hueso desnudo. El celestial lo ve alzar la vista hacia él y abrir la boca, pero entonces alguien vuelve a tirar de su ropa. Cuando mira hacia atrás, se encuentra con Derek, alto e imponente incluso en medio de la bestialidad de los brujos. Tiene una expresión severa y no duda en seguir forzándolo a avanzar, siempre con cuidado de no tocarlo directamente.

En un momento están en la calle concurrida y, al instante siguiente, el necromante lo lanza sin miramientos hacia un callejón. El celestial tiene que luchar por mantener el equilibrio. En el refugio del pasadizo, Ishtar está apoyada contra la pared del fondo, con las manos sobre las rodillas. Parece que acaba de tener un ataque de tos, porque por debajo de la algarabía a sus espaldas, se oye su jadeo ronco.

En cuanto la ve, Derek se apresura a acercarse a ella.

—¿Estás bien? ¿Puedes seguir? Podemos descansar si…

—Estoy bien. —Ishtar traga saliva y asiente una, dos, tres veces, quizá para convencerse a sí misma—. Estoy bien.

Su guardián le acaricia la espalda, preocupado, mientras Darien se queda ahí de pie, paralizado y perdido, con la mirada clavada en la punta de sus botas. Mientras avanzaban se ha esforzado por no pensar en nada, abrumado por la toda la gente a la que tenía que esquivar y concentrado solo en seguir adelante. Ahora que se queda quieto, sin embargo, le alcanza todo lo que ha intentado evitar hasta ese momento. Los recuerdos de la noche lo sujetan de los brazos y las piernas, lo anclan al suelo y dejan que los sentimientos lo golpeen. La ansiedad que sentía en medio de la multitud es sustituida por la pérdida, la tristeza, los remordimientos. Aun así, las

lágrimas que se tiene que tragar no pertenecen a ninguna de esas emociones. Las lágrimas son de enfado, una ira caliente y primordial que le tensa los músculos y le hace querer volver atrás. La odia. La detesta y, al mismo tiempo, quiere abrazarla. La rabia es algo fácil de entender en esa situación, es algo por lo que dejarse arrastrar ahora que no tiene el control de nada. Rabia contra los dioses, contra Astrey, contra Nathan por ponerse del lado del nuevo Portador. Incluso contra Caleb, por obligarlos a dejarlo atrás.

—No deberíamos habernos marchado.

Rabia contra sí mismo por abandonarlo cuando más lo necesitaba. ¿En qué estaba pensando? ¿Cómo ha podido aceptar…?

—Darien…

—¿Y qué tendríamos que haber hecho? ¿Quedarnos para que nos encerrasen? ¿Para que nos matasen? —Derek empuña las palabras como armas afiladas—. Porque eso es lo que habría pasado. No teníamos ninguna oportunidad y lo sabes.

El celestial alza la vista para encarar ese rostro contorsionado por sentimientos muy parecidos a los que él mismo guarda dentro. Está claro que al necromante le resulta mucho más fácil agarrarse al enfado, que prefiere discutir con él para paliar la frustración que lleva dentro. Darien aprieta los labios, dispuesto a permitirlo y a devolverle el ataque. Aunque sea infantil. Aunque sea ridículo e inútil, quiere gritar, y al menos Derek le está dando una excusa para hacerlo.

—¡Aun así, nunca deberíamos haber permitido…!

—Caleb sabe cuidarse solo.

—¡Quizá, pero ni siquiera él es invencible!

—¿Te crees que me gusta haberlo dejado atrás? ¿Te crees que eres al único al que le importa? ¡Caleb es parte de mi familia! No te atrevas a…

—¡Basta! —Ishtar tiene el rostro desencajado cuando se separa de la pared. Ella también está al borde de las lágrimas, pero en su caso no hay enfado, solo tristeza y una culpa que lleva escrita por toda la cara—. ¿De verdad creéis que discutir entre vosotros va a ayudarlo en algo?

Derek respira hondo antes de bajar la vista. No pide perdón, pero retrocede un paso; Darien, por su parte, cierra los ojos. Está agotado y lo único que querría hacer es sentarse en un rincón y dormir. Pero no puede. Pese a que Derek se lo haya ofrecido a Ishtar, los tres son conscientes de que no deberían detenerse durante demasiado tiempo. No van a poder descansar hasta que salgan de Damira, lo sabe, pero la idea de distanciarse de Caleb le duele más de lo que quiere admitir. Siente que todo lo que les une es demasiado frágil, demasiado precario. No puede evitar pensar en todas las vidas en las que han estado condenados y preguntarse si lo que ha pasado es resultado de esa historia que se repite una y otra vez. Aunque al principio de la noche quería protegerse, protegerlos, ya es demasiado tarde, ¿verdad? Van a sufrir. Hagan lo que hagan, lo suyo no acabará bien.

—Nos encontrará —continúa Ishtar. Es evidente que ella también quiere convencerse—. Tenemos que creer que lo hará. Caleb nunca ha faltado a su palabra.

Es cierto. Caleb guarda trucos bajo la manga de los que Astrey no tiene ni la menor idea. Tarde o temprano, los usará para volver con ellos. Con él. Se lo ha dicho. Lo ha encontrado en todas esas vidas y

va a volver a encontrarlo ahora. Tiene su medallón. Quizá, con suerte, al menos sienta su tacto a través de la joya, sin importar cuánta distancia haya entre ellos.

Darien se obliga a asentir y a mirar a su amiga. Pese a todo lo que ha pasado durante esa noche, es obvio que trata de mantener la mente fría, o quizá solo esté más acostumbrada a agarrarse a la esperanza, por pequeña que sea. Está pálida, tiene el rostro sucio de sangre, polvo y sudor y, en ese estado, cuesta verla como la princesa que es, aunque el celestial ni siquiera sabe si la puede seguir llamando así. Ha renegado de su título, ha renegado del Imperio y ha dicho que no le importa lo que pase con él. Todo el mundo en el jardín la ha escuchado, pero no lo ha dicho en serio, ¿no? En su caso, hablaba la desesperación. La tristeza por lo que le ha pasado a su madre. Por lo que le había pasado a Derek…

El necromante camina distraído de un lado al otro del callejón. Entre los agujeros de su ropa se vislumbra la piel perfecta, lisa, sin una sola cicatriz; las enredaderas solo le siguen cubriendo la mitad del rostro y descienden por su cuello, que se está frotando distraídamente. Darien se pregunta si todo lo sucedido esa noche se le antojará un mal sueño. Se pregunta si recuerda algo, el dolor, el tictac del Amuleto.

—Tenemos que marcharnos de la ciudad —dice el necromante—. Y creo que Arsay es la mejor opción.

¿Arsay? La idea entra en su mente de forma muy lenta y, en cuanto lo alcanza por completo, empieza a negar con la cabeza casi de inmediato. Un recuerdo demasiado vívido del día anterior lo desarma y su propia voz parece hacerse eco por toda Damira, por encima de la algarabía que suena en las calles.

«Llévame contigo», dijo. Pero la persona a la que se lo rogó ya no está ahí. Pisar esos bosques sin él a su lado le parece una traición.

—¿Y qué se supone que vamos a hacer allí? —Ishtar tampoco está convencida.

—Ocultarnos. Necesitamos alejarnos de aquí y encontrar un refugio en el que organizarnos. Tenemos que armar un plan para ayudar a Caleb si no logra escapar, recuperar tu trono y…

—¿Recuperar mi trono? —La muchacha suena incrédula, la voz al borde de una risa ahogada—. No hay ningún trono que recuperar, Derek. No voy a luchar por él. No soy una amenaza y el nuevo emperador lo sabe, igual que el resto de Odelia. Igual que tú. —Su sonrisa se comba, se vuelve más irónica si cabe—. Solo soy la princesa demasiado enferma como para conseguir un demonio.

—Eso no es…

—El trato era que te reviviese. —Ishtar se encoge de hombros, sin darle tiempo a continuar su protesta—. Eso es lo único que le pedí para apartarme de su camino. Él ha cumplido, así que yo también lo haré.

El silencio que sigue a esa confirmación es tan tenso que podría cortarse con un cuchillo. Derek tiene los labios apretados y presiona con un poco más de fuerza los dedos contra la piel de su cuello. Mencionar lo que ha ocurrido, lo que le ha pasado a él y no a Caleb o a Ishtar, funciona como un encantamiento que trae a su expresión el dolor y las contradicciones que debe de estar sintiendo. Porque no puede ser fácil haber consagrado toda tu vida a Muerte para escapar de sus manos en el último instante. Se supone que todo lo que hacen los necromantes es para respetar el ciclo y él, aun sin quererlo, lo ha roto por completo.

Él, aun sin quererlo, ha traicionado todo en lo que cree.

—No tenías ningún derecho a decidir sobre mi tiempo.

Aunque es un reproche, lo pronuncia en voz tan baja que se queda solo en un hecho. Tampoco hace falta más para que Ishtar se tense. Para que sus mejillas pierdan un poco más de color, sus ojos se abran con sorpresa y su respiración se entrecorte como si su enfermedad volviera a estar tendiéndole una trampa.

Aun así, no baja la vista. No pide perdón.

—Estabas… Estabas *muerto*. —La última palabra se le escapa de los labios como un jadeo. Como si el vestido le impidiera respirar, se lleva una mano al pecho y se aferra a la tela—. Por mí. Moriste para defenderme y ¿se supone que yo tenía que aceptarlo? ¿Por qué?

Derek no es capaz de mirarla cuando responde:

—Mi vida no vale un imperio, Ishtar.

—¡Por supuesto que sí! ¡Para mí, tu vida es…!

—Morí sin culpas. —Esta vez sí alza la mirada, la encara, choca con ella. La acalla solo con eso—. Y lo haría otra vez si es por salvarte a ti. Lo habría hecho para salvar a cualquier persona de mi familia y no me habría arrepentido jamás.

Ella se agarra con más desesperación todavía a su corpiño. Las lágrimas están a punto de desbordársele y Darien desearía salir del callejón, darles al menos un poco de intimidad. Siente que está siendo testigo de algo a lo que no ha sido invitado y que tiene que apartarse, pero, al mismo tiempo, es incapaz de moverse. Lo peor de todo es que los entiende a ambos. Entiende que Derek se marchase con la conciencia tranquila, consciente de que su sacrificio había salvado una vida tan querida para él, pero también entiende que Ishtar aprovechase la oportunidad de revivirlo.

Esa podría haber sido otra historia triste sobre un sacrificio.

Una vez más, un mártir y un corazón roto.

—No lo entiendes. —Ishtar desprende una tristeza devastadora cuando niega con la cabeza—. Lo habría respetado si hubiera sido por Caleb. Por Dyne. Por Darien. Pero no… no por mí. ¿No lo ves? Salvarme a mí no tiene ningún sentido. Todo esto ha pasado por la obsesión de mi madre con darme más tiempo, por la mía con vivir. —Una lágrima se descuelga por su mejilla, solitaria pero cargada de más tristeza que cualquier torrente—. Estoy condenada, Derek. Hace tiempo que debería estar muerta, los dos lo sabemos. Quizá… Quizá tendría que haber muerto hoy. Quizá tendría que haber muerto hace años, cuando os contraté para que me llevarais a Yuda. Quizá entonces todo estaría bien…

Darien está acostumbrado a ese nudo que siente en el pecho, pero de repente le aprieta con una violencia que cree que le destrozará los huesos. Ishtar suena resignada y eso lo hace todavía peor. Está convencida de que eso es lo que tenía que pasar, lo que tiene que pasar y, aunque hubo un tiempo en el que él pensaba igual, ya no es esa persona. Ya no es el chico que defiende las acciones de Destino. Quizá ya ni siquiera sea el chico que piensa que el Amuleto del Tiempo no debe usarse bajo ninguna circunstancia.

Esa muchacha es su amiga, la mejor que ha tenido.

Gracias a que ha vivido tantos años ha podido conocerla.

—¿De qué estás hablando? —Derek está tan horrorizado que ni siquiera puede alzar la voz—. Mereces vivir tanto como cualquier otra persona, Ishtar.

Cuando él da un paso al frente, ella pega la espalda contra la pared del callejón. No puede retroceder más, pero eso es suficiente

para poner entre ellos una distancia que al necromante debe de dolerle físicamente.

—Si la vida fuera algo que mereciéramos, el mundo sería un lugar mucho más justo. Pero no es así. La vida tiene un principio y un final, lo queramos o no. —Ishtar toma aire, como si algo se le hubiera quedado atascado en la garganta, pero parece más resuelta y calmada por momentos—. El problema es que yo ya he intentado evitar el mío durante mucho tiempo.

Derek tensa la mandíbula, como si estuviera conteniéndose para no rogarle que se calle, para no pedirle que no siga hablando si no es para decirle que quiere vivir. Si Caleb estuviera allí, ese sería el momento en el que pronunciaría las palabras adecuadas. Convencería a Ishtar de que está hablando desde la rabia y la derrota, desde la tristeza que esa noche ha tenido que dejar dentro de ella, y encauzaría la situación. Si él estuviera allí, ese callejón no sería un refugio improvisado, porque ya tendrían un plan. Estarían saliendo de la ciudad o habrían encontrado un lugar en el que sentirse a salvo.

Pero Caleb no está ahí y lo único que quiere Darien es encontrar algo que decir, algo que realmente ayude a Ishtar. Todo lo que puede pronunciar, sin embargo, es:

—¿Por eso no le pediste al Portador más tiempo?

Cuando la princesa se gira hacia él con las lágrimas corriéndole por las mejillas, sabe que ya es demasiado tarde para tragarse sus propias palabras.

—Sí. Se acabó. —Aunque no duda al decirlo, no puede evitar que la voz le tiemble. Alza las manos y trata de secarse la cara con algo parecido a la rabia, como si creyera que decir eso llorando le quita

fuerza—. No quiero más tiempo. Caleb me dijo que solo usaría su poder conmigo mientras yo se lo pidiera. Y no voy… No voy a pedirlo más. Viviré lo que me quede, como pueda. Aprovecharé el tiempo que tenga, pero no voy a robar ni un segundo más.

Darien sabe que es una decisión definitiva. Que algo se ha roto dentro de Ishtar esa noche. O quizá no sea que algo se ha roto, sino que algo ha encajado en su sitio. Todo ha cambiado y ella ha tenido que cambiar a su vez para enfrentarse a ello. Sabe, también, que él no tiene ningún derecho a llevarle la contraria. Pese a ello, una parte de él, la parte a la que sus palabras le duelen como un hierro candente contra la piel, quiere creer que su resolución solo se debe a que está demasiado conmocionada con lo que han vivido en las últimas horas.

—Ishtar…

Derek quiere intervenir, pero pese a lo firme que es a la hora de encarar a Darien, con Ishtar no funciona así. Siempre que lo ha visto pelearse con ella ha sido en esa especie de juego que parecían traerse, pero ahora no hay bromas de por medio, solo silencio y miedo. No sabe cómo responder. A Darien le da la impresión de que apenas sabe cómo mirarla, porque Ishtar siempre se ha mostrado optimista, con más ganas de vivir que nadie, así que esa muchacha cansada debe de resultarle una extraña.

La tensión se alarga unos segundos más, hasta que el celestial se obliga a hablar:

—¿Y qué quieres hacer?

Ishtar se fija en él, sin comprender a qué se refiere. Probablemente estaba preparada para seguir discutiendo, pero Darien no quiere. No va a hacerlo. No quiere perder el tiempo, sobre

todo cuando no sabe cuánto le queda a Ishtar. Si su decisión es definitiva y su enfermedad puede llevársela de repente, quiere sentir que al menos ha hecho algo por ella.

Ella ha hecho mucho por él, aunque quizá ni siquiera sea consciente.

—¿Qué quieres hacer? —insiste. Tiene que parpadear para no llorar mientras se acerca un paso a ella—. Dices que crees que Astrey va a cumplir su palabra y no va a ir detrás de ti y Caleb tiene mi medallón, por lo que encontrará la forma de llegar hasta nosotros estemos donde estemos, así que… ¿cuál es el siguiente paso? Podemos ir a Arsay o a donde tú quieras. ¿Qué es lo que siempre has soñado? Si murieses mañana, ¿qué odiarías no haber hecho?

En realidad, está bastante seguro de la respuesta. La primera cosa que aprendió de esa chica al tocarla fue que desearía no estar enferma, pero hay algo más que siempre ha estado ahí. Un deseo que su madre no le dejó cumplir para protegerla.

—Odiaría… —Ishtar traga saliva y después baja la vista—. Odiaría no haber conseguido entrar en un nido y hacer un Trato. Odiaría no haber conseguido ser una bruja. —Lo dice en voz muy baja, como si pensara que no es un deseo a la altura de la situación, poco más que la ensoñación de una niña—. Odiaría… Odiaría irme sin demostrarle a todo el mundo que podía hacerlo, que mi madre siempre me protegió más de lo que debía. Sin demostrármelo a mí misma.

Darien contiene las lágrimas, abrumado por el dolor y la lástima, pero también por el orgullo que le muerde el pecho, por el cariño. A la Ishtar derrotada, envuelta en remordimientos y pena, no la había visto hasta hoy, pero a esa, a la que habla de demostrarle a la gente

que está equivocada, la quiere más de lo que pensó que podría querer a alguien de Odelia.

—No voy a llevarte a Yuda. —Derek todavía tiene la expresión contorsionada en una mueca cuando se gira hacia Darien, que está a punto de replicar, de luchar por su amiga y por la única cosa que ha pedido jamás, pero entonces lo ve alzar una mano para detenerlo. Suspira con cansancio—. Sigo pensando que quedarnos en el Imperio es un error, así que el plan de ir a Arsay sigue en pie. Allí también hay nidos de demonios. —Pese a que es obvio que todavía se resiste a aceptar ese objetivo, se dirige a Ishtar—. Tendremos que viajar un poco más lejos, pero solo tienes que dar la orden.

El pecho de la princesa tiembla cuando se hincha, como si volviera a costarle respirar. Las lágrimas habían dejado de caer, pero una última resbala cerca de su nariz y se desliza hasta sus labios, que se aprietan antes de extenderse en una pequeña sonrisa. No es el gesto de diablillo de siempre, pero es real, y en él Darien ve escondido el recuerdo de la niña que un día fue y la sombra de la muchacha que le pidió a los necromantes que la llevaran a Yuda. La misma que después le rogó a Caleb que la dejara vivir. La que cada vez que tenía una recaída ha tenido que pronunciar que todavía quería ser salvada.

La mujer que toma sus propias decisiones.

—Ya no puedo pagarte —dice, como si creyese de verdad que eso va a detener a Derek—. Y he jugado con tu tiempo. Y lo volvería a hacer. Si la noche empezase de nuevo, no perdería la oportunidad de traerte a la vida otra vez.

—Si la noche empezase de nuevo, yo no dudaría en protegerte otra vez. —El necromante se encoge de hombros—. Supongo que no somos tan diferentes.

Ambos se miran por una eternidad, como si se estuvieran midiendo. Parecen hablar sin mover los labios, de una forma que Darien reconoce a la perfección. Es ella la primera en apartar la mirada.

—Está bien. —La princesa se recompone como puede, se alisa el vestido y se pasa una mano por el cabello—. ¿Me ayudaréis a convertirme en bruja?

«¿Me ayudarías a conseguir un demonio?». Eso fue lo que le preguntó a Darien aquel día, en el recibidor de palacio, con la sonrisa retorcida de quien se burla de otra persona. Ahora él duda menos de lo que jamás se había imaginado. Quizá, si tuviera su medallón al cuello, se plantearía si ayudar a alguien a conseguir un Trato es lo correcto. Quizá, si no hubiera averiguado lo que Destino quiere para él, habría puesto en duda que ese plan pudiera ayudar a Ishtar. Pero en ese momento, consciente de que él quizá nunca tenga lo que quiere, cumplirle un deseo a una amiga le parece la opción más lógica.

Por eso, pese a todo, se esfuerza por convocar una sonrisa para ella y responde:

—Pensé que no nos lo pedirías nunca.

ASTREY

Astrey Brynsen casi ha olvidado lo que significa tener un hogar. Desde que se marchó de la casa que compartía con su tío y con Caleb en Arsay, no ha vuelto a sentirse parte de ningún sitio. Ni siquiera en Ilan, donde pasó años enteros, ni en las montañas de Orlaith, donde el refugio de los rebeldes solo se sentía como un lugar en el que descansar durante unos días. El resto del tiempo ha estado viajando y una parte de él esperaba que, cuando volviese al palacio donde nació, esa sensación de no tener un espacio propio desapareciese por fin.

No es así.

Por supuesto, reconoce el lugar. Reconoce las interminables escaleras y los pasillos laberínticos. Todavía recuerda cada puerta, con sus intrincados grabados, y puede orientarse gracias a ellas, igual que puede hacer que todo el plano del edificio se transforme a su voluntad. Es satisfactorio ver que esas paredes lo aceptan como legítimo heredero (como legítimo emperador) y cambian a su antojo, igual que lo hacían durante los juegos de su infancia. Pero esa felicidad inocente que sentía por aquel entonces ya no está, ni siquiera cuando entra en el despacho de su padre y se da cuenta de

que allí todo sigue igual. Eso debería transportarlo al pasado, debería arrancarle una sonrisa. Debería poder ver al hombre de largos cabellos rubios de espaldas a la puerta, concentrado en esas ventanas que pueden mostrar escenarios de cualquiera de los territorios del Imperio. Debería poder imaginarlo sentado tras la mesa negra que preside la estancia, rodeado de libros y papeles, pero siempre con un poco de tiempo para él. Para contarle una historia, para cumplirle un capricho estúpido, como que el postre de la cena de ese día fuese la fruta escarchada que tanto le gustaba a su madre.

Astrey entra en la estancia y deja que la espesa alfombra se trague sus pasos. Al este, la luz del amanecer no es más que un rastro pálido en el horizonte.

—Sé que estás enfadada.

No necesita girarse hacia la figura que se ha quedado bajo el dintel de la puerta para sentir su mirada ardiente en la nuca.

—¿Enfadada? Decir que estoy enfadada es un eufemismo, *Brynsen*. —Elira escupe el apellido incluso con más brusquedad con la que solía pronunciar «Linsen», como si fuera el insulto más grosero que le viniera a la cabeza—. Me has traicionado. Me has mentido y te has burlado de mí de tantas formas que…

—Yo jamás me he burlado de ti.

Astrey se da la vuelta por fin, aunque tiene que mentalizarse para enfrentarse a ella. La ha visto enfadada en otras ocasiones, en algunas incluso con él, pero sabe que ninguna de esas veces tiene nada que ver con esta.

—Ah, ¿no? ¿Y cómo llamarías tú a lo que me has hecho?

La bruja está herida, tiene la ropa destrozada y manchada de sangre, y lo único que él quiere hacer es poner en marcha el Amuleto para borrar cualquier rastro de sufrimiento, pero se contiene. Primero tiene que convencerla de su visión. Tiene que conseguir que comprenda su perspectiva, que la comparta, que piense en todo lo que podrían lograr si colaborasen.

No va a ser fácil. A Elira parece requerirle mucho menos esfuerzo permanecer de pie que contenerse para no atacarlo. Por la manera en la que aprieta los puños, resulta evidente que le cuesta mantener las garras guardadas en vez de usarlas para rajarle la cara.

—Puede que te haya… ocultado cosas sobre mí —admite Astrey. Con cuidado. Con suavidad. Como si esas palabras fueran la primera piedra del puente que debe construir para salvar el abismo que se abre ante ellos—. Pero ya te lo he dicho: nunca te he mentido, Elira. Sí, tenía mis propios planes, pero en ellos siempre ha habido lugar para ti y tus deseos. Ahora que el Imperio está en mis manos, Orlaith puede ser tuyo. Puede ser libre, sin guerras, sin enfrentamientos. Me encargaré de ordenar su independencia y tu coronación hoy mismo si tú me lo pides. ¿No es lo que querías?

Aunque estaba convencido de que esas palabras eran las correctas para generar al menos una fisura en su compañera, las plumas del rostro de Elira se erizan al escucharlo.

—Si crees que puedes tomar esa decisión es porque no eres más que otro emperador que piensa que puede hacer lo que quiera con todo Evren, como el que nos subyugó. No tienes derecho a ordenar mi coronación porque nadie debería poder ofrecerle un reino a otra persona como regalo. Las tierras y las gentes que viven en ellas no son algo sobre lo que puedas decidir sin más. —La bruja da un paso

al frente, pero no es un gesto de cercanía, sino de amenaza—. No puedes decir que crees en mi misión y estar dispuesto a convertirte en un tirano.

Esa es una acusación ridícula. ¿No escuchó lo que dijo cuando se sentó en el trono? Su idea es hacer las cosas de manera diferente. Su idea es convertir Evren en un lugar mejor. No ve qué tiene de malo. Sí, le ha ofrecido Orlaith, pero porque Elira es la reina que ese lugar merece. Ella podría devolver el esplendor a esa nación y borrar, poco a poco, las huellas que el Imperio ha dejado en él.

De hecho, quizá ni siquiera tenga por qué salir del Imperio para que eso ocurra.

Eso lo piensa, pero no lo dice porque es consciente de que ella no está preparada para escuchar ciertas posibilidades. Poco a poco. Paso a paso. Reconquistar territorios es mucho más fácil que reconquistarla a ella. No puede precipitarse.

—No pretendo instaurar una tiranía, Elira, sino crear un lugar más brillante. ¿No es de lo que siempre hablábamos cuando nos conocimos? Tengo docenas de cartas tuyas en las que soñabas con un mundo mejor.

—¿Mejor para quién? De momento, solo para ti.

—No es cierto. Estás dolida y lo entiendo, pero…

—No puedes acceder a un trono e imponer el mundo que tú desees. —Elira da otro paso adelante, con los puños tan apretados que Astrey está seguro de que se está haciendo daño. Algo en su expresión amenaza con perder el control, con transformarse en la arpía de los rumores, la que es capaz de arrancar ojos y corazones —. No puedes hacerte con el Amuleto del Tiempo y usarlo como te

apetezca para gobernar un imperio, porque entonces solo eres… otro humano jugando a ser un dios.

—Crees que voy a ser como mi padre.

No es una pregunta, sino una confirmación que cae sobre ellos con algo que Astrey no reconoce de inmediato, aunque el sentimiento le es familiar. Decepción. Una punzada en el pecho que tiene un regusto a tristeza y rabia. En realidad, ni siquiera sabe de qué se sorprende. Es la comparación más obvia, pese a que él nunca ha visto el parecido entre los dos. Astrey siempre fue más parecido a su madre, todo el mundo lo decía.

Pero, por supuesto, a ella nadie la recuerda.

Elira ni siquiera trata de negarlo. Entorna los ojos, dos llamas candentes en las que él siempre ha estado dispuesto a arder pero que ahora queman demasiado.

—Creo que es muy fácil perder el rumbo cuando tienes el Amuleto al cuello y todo un imperio bajo tu mando.

—Es más complicado perder el rumbo si tienes a alguien a tu lado para recordarte cuál es el objetivo —replica él. Sus palabras son suaves, como el paso que da hacia ella, sin importarle acercarse a ese precipicio que todavía hay entre ellos—. Mi padre no lo tuvo, no le hacía caso a nadie porque no creía que nadie estuviera a su altura. Pero eso nunca ha sido así con nosotros, ¿no?

Elira tiene los labios casi blancos de mantenerlos apretados. En todo ese rato no le ha apartado la vista ni una sola vez, porque ella siempre habla de frente. Astrey aprendió muy pronto que, cuando discute, la bruja considera que rehuir los ojos de la otra persona es un signo de debilidad. Y no puede permitirse demostrar ni un ápice de algo semejante.

La mueca que hace, sin embargo, le indica que sus palabras no le gustan.

—No eres tan idiota como para pensar que podías traicionarme y seguir manteniéndome a tu lado.

No, no lo es, porque no considera que sea ninguna estupidez. Puede mantenerla a su lado. Puede ofrecerle todo lo que desea. Él es justo lo que Elira necesita, del mismo modo que ella es justo lo que necesita Astrey. En el fondo, está seguro de que lo sabe. Que están hechos el uno para el otro; que ella, de haber estado en su lugar, habría hecho las cosas de manera muy parecida; que a veces el fin justifica los medios. Esta es solo una más de esas situaciones en las que ella se debate entre la lógica y sus deseos, pero él siempre ha sido un experto en inclinar su balanza hacia el lado correcto.

—¿Por qué no? Podríamos gobernar Odelia juntos, Elira. Podríamos convertir el Imperio en la utopía que un día soñamos.

La mujer no es la única que se tensa ante la propuesta: bajo su piel, el demonio de Astrey se revuelve. «No la necesitas. El poder es todo tuyo, ¿por qué compartirlo?». No es eso. No se trata de compartir el poder, sino de tenerla de su lado. Elira es una de las personas más inteligentes que conoce. Ha estudiado el Amuleto y está más preparada para gobernar que él.

«No es por eso. No intentes mentirme», le dice esa voz áspera y peligrosa.

No. Quizá no es *solo* por eso. Pero ¿no se lo merece después de haber llegado tan alto?

Un poco de felicidad. Un poco de compañía.

Una familia.

Aunque para eso primero tiene que convencer a Elira.

—Si alguna vez has pensado que podría aceptar una propuesta como esa, es que no me conoces. —La voz de la bruja se alza hasta asemejarse a un graznido—. ¿Crees que luchaba contra el Imperio solo por Orlaith? ¿Crees que no soy consciente de su historia? Y tú no puedes reescribirla, Astrey. No puedes borrar todo el sufrimiento sobre el que se ha construido ese trono en el que quieres sentarte. Ni siquiera con el Amuleto del Tiempo.

En realidad, sí que podría hacerlo. Puede volver tan atrás como desee. Para él, ahora el pasado no es más que otra materia fácil de moldear.

—No pretendo reescribir la historia. Lo único que quiero es escribir un nuevo capítulo más brillante.

—¿Y qué pasará cuando algo no salga como esperas? ¿Qué pasará cuando algo se tuerza en tu mundo ideal y te creas con el poder de hacer pequeñas reparaciones?

—¿Y qué tendría de malo? He escuchado todas tus lecciones, Elira, pero sobre todo crecí en este lugar, escuchando las historias de mi propio padre sobre el Amuleto. Sé cómo funciona, sé cómo se usa y por eso precisamente me he encargado incluso de conseguir una fuente ilimitada de tiempo.

Aunque pretendía que eso la relajara, sabe que ha cometido un error en cuanto cierra la boca. Las plumas del rostro de Elira tiemblan cuando da el siguiente paso hacia delante.

—No recuerdo que nuestros sueños de utopía empezaran con la esclavitud de nadie —gruñe.

—Una persona a cambio de salvar a miles. Me parece un trato más que equilibrado. ¿En qué se diferencia de lo que querías hacer

tú? ¿Acaso no viniste aquí con la idea de matar a Iraides de Odelia? Por el bien de los rebeldes. Por el bien de tu pueblo. Y, antes de eso, hubo una auténtica matanza en Ilan, pero fue en nombre de la revolución y gracias a eso ahora la región es libre.

—Sabes que no es…

—¿Lo mismo? ¿Por qué? Ni siquiera lo conoces. Por si no te ha quedado claro, Caleb trabajaba para la emperatriz. Pertenecía a su bando.

—Eso no significa nada. Tú pertenecías al mío y es obvio que en realidad tenías tus propios objetivos.

Astrey resopla. La voz de Elira se mezcla con la de su demonio, que lo sigue llamando desde dentro, aprovechando el caos de sentimientos que se le desata en el pecho: «No te está escuchando. No quiere escucharte. Te ha convertido en el villano de la historia y no hay forma de que cambie de parecer».

El espíritu trata de ignorarlo y se concentra solo en la bruja. Es cierto, no siempre ha sido sincero y le concede que tiene derecho a estar molesta. Tiene derecho a desconfiar. Pero no a considerarlo… malvado. No es una persona sin sentimientos. No quiere destruir el mundo, sino convertirlo en un paraíso.

—A veces hay males necesarios, tú lo sabes mejor que nadie. Si Caleb es una herramienta útil, ¿por qué no lo voy a usar? Si el Amuleto es una herramienta útil, ¿por qué no lo vamos a usar? Ya te lo dije cuando llevé a Nathan hasta ti. Y tenía razón, ¿verdad?

La comisura derecha de Elira se alza en un movimiento tan involuntario como tembloroso.

—¿Eso es lo que pensaste cuando me conociste? ¿Que era una herramienta útil que usar? ¿Que engañarme era un mal necesario?

El suelo se agrieta bajo sus pies. Astrey lo siente, incluso si no se atreve a mirar hacia abajo por el vértigo de caer en la oscuridad. Si solo entrase en razón, ella podría salvarlo de ese destino, podría extender las alas y volar hasta él, tomarlo de los hombros y alzarlo en el aire como cuando el teatro de Ilan se derrumbó.

Pero esta vez no va a hacerlo. No va a darle ni una sola oportunidad de salvarse.

«Déjala ir. No la necesitas para nada».

Sí. El demonio tiene razón. Él le ha enseñado que a veces se aferra con demasiada fuerza a otras personas, pero quien quiere ascender en la vida, quien quiere llegar a lo más alto, no puede tener pesos muertos que lo lastren. Debería apartarse cuanto antes del borde de ese precipicio, en vez de dejarse arrastrar hacia las profundidades.

Pero en lugar de eso, da un paso hacia delante. En lugar de retroceder, de soltar, aprieta los dedos con más fuerza alrededor de ese frágil vínculo que los une.

—No pongas en mi boca palabras que yo no he pronunciado, Elira. Sabes que no es así. Nunca ha sido así contigo. —Ella parece a punto de responderle, pero él se adelanta—: Lo que pensé es que no éramos tan diferentes. Hablabas de tu misión con tanto entusiasmo, de la justicia y de la necesidad de alumbrar un mundo nuevo, que incluso me animaste, sin saberlo, a no apartar la vista de mis propios deseos.

Ella no se mueve. La comisura alzada ha vuelto a hundirse. Sus ojos naranjas han empalidecido, opacados por una capa de hielo.

—Pero no me gané tu confianza o me habrías contado tus planes, igual que yo compartía los míos contigo. Nunca me dijiste de dónde

venías, aunque tú lo sabías todo de mí.

El segundo paso que Astrey da es un poco tambaleante, como si el estrecho puente que está cruzando amenazase con quebrarse bajo su peso.

—¿Y qué habrías hecho si lo hubieras sabido todo? ¿No habrías desconfiado de mí? ¿No habrías intentado disuadirme?

—¡Por supuesto que sí! —Elira estalla, pero esta vez en su voz se cuela algo más que ira. Incredulidad. Tristeza. Decepción—. ¡Porque es una locura, Astrey! ¡Porque el Amuleto no debe ser usado sin control y tú planeas construir un mundo imposible con él! ¡Un mundo en el que la muerte ni siquiera exista, aunque morir es lo más humano que podemos hacer!

No, se equivoca. Lo más humano que puede hacerse es vivir. ¿Quién decidió que los humanos debían morir? ¿Por qué ellos tienen que renacer, olvidar todo lo que han hecho en sus vidas anteriores, mientras los dioses son eternos? No es justo. Y quizá por eso existe el Amuleto del Tiempo. Quizá fue el último regalo que Chronos les dio a los mortales entre los que caminaba.

—¿Me vas a decir que no agradeces el tiempo que Nathan te dio cuando te salvó en Ilan? —Dos pasos más—. Si mañana Tamir o Denna murieran en una misión, ¿no harías todo lo que estuviera en tu mano para tenerlos de nuevo a tu lado…?

Elira hace un mohín, pero no responde. Es ahí donde Astrey ve la oportunidad, donde siente que el camino hacia ella se convierte en algo un poco más firme. Ansioso por recorrerlo, acaricia algunos de los anillos que lleva en la mano y avanza. El abismo le parece una sombra, un juego más de esa mente imaginativa que se ocultaba

tras las cortinas para intentar sorprender a sus hermanos, pensando que conocía los mejores escondites de todo el palacio.

Cuando atrapa a Elira del brazo, le gustaría estar en medio de uno de esos juegos, pero la expresión de ella destruye por completo la fantasía. La manera en la que se zafa de él, como si ni siquiera soportara pensar en esos dedos que la han acariciado tantas veces de nuevo sobre su cuerpo, le resulta más efectiva que cualquier golpe.

—No me toques.

Astrey tarda en reaccionar, sorprendido. No se trata tanto de su rechazo como de la precaución y la tensión con la que lo observa. Nunca lo ha temido, pero ahora casi parece hacerlo. Lo mira como si de pronto fuera su enemigo. Como si no estuviera segura de qué esperar de él.

Con esa mirada, lo deja caer al abismo sin posibilidad de retorno.

«Cree que eres un monstruo», sentencia la voz en su cabeza.

—No soy un monstruo —murmura él, sin tener claro a quién se dirige.

Elira alza la barbilla, digna y orgullosa como solo puede serlo una reina.

—No puedo saberlo. Para mí solo eres un desconocido, Astrey Brynsen.

La bruja se lleva una mano al brazo, como si su contacto le hubiera quemado la piel. Mientras, él aprieta los dedos alrededor del aire. Podría decirle muchas cosas. Podría intentar explicar de nuevo lo que quiere hacer, podría intentar contarle su historia. Podría tratar de ganársela hablándole de las cosas que podrá hacer en Orlaith. Podría excusarse, pedir perdón, obligarla a mirarlo hasta que lo

reconozca. Podría, incluso, usar el Amuleto para volver al comienzo de la conversación. Elegiría las palabras con más cuidado, le demostraría que no tiene nada que temer, la convencería de que sigue siendo el mismo. Que Astrey y Astrey Linsen y Astrey Brynsen y la serpiente son la misma persona. Podría recordarle todas las ocasiones en que ha pronunciado su nombre, la forma en la que sus besos tienen que arderle todavía bajo los labios y la piel. Podría llamarla «mi reina» y «mi emperatriz» y suplicar de rodillas hasta romper todos sus muros. Hasta recuperar esa confianza que ha dejado que se quiebre en mil pedazos.

Pero de pronto se siente muy cansado. De pronto todo lo que puede hacer es asentir y retroceder un paso.

—¿Qué haces aquí entonces, Elira? ¿Qué quieres de alguien a quien ni siquiera conoces?

La mujer respira hondo. Aprieta un poco más los dedos alrededor de su brazo.

—Una audiencia con la canciller Ratna Adisen. Quiero hablar con ella de la situación y quiero tu palabra de que no te entrometerás en mis asuntos con Orlaith. Si te he importado en algún momento, me concederás al menos eso.

Le ofende que se atreva a ponerlo en duda, pero está bien. Si lo que necesita son demostraciones, puede dárselas.

—Tendrás esa audiencia.

—Bien. Nos quedaremos hasta entonces. Ni un día más.

Elira gira sobre sus talones. Aunque trata de aparentar seguridad, él la conoce lo suficiente como para reconocer que sus pasos son pesados, carentes de su agilidad habitual, como si alguien le hubiera robado la energía. Está seguro de que su conversación la ha

debilitado más que cualquier herida que Iraides de Odelia le haya infligido y es consciente también de que, aunque parezca lo contrario, eso significa que no todo está perdido.

Clava los ojos en su espalda mientras la ve marchar. Quiere detenerla. Quiere volver a sujetarla del brazo. En su lugar, solo dice:

—Elira.

Su nombre cae de sus labios con la misma fragilidad que siente en la voz, con la consistencia de todas las veces que lo ha pronunciado en la penumbra, a punto de dormirse a su lado.

Durante un par de segundos, se pregunta si ella no lo ha oído o si no ha querido escucharlo. Son el par de pasos que ella avanza antes de detenerse. La ve titubear, como si considerase que pararse a escucharlo es darle demasiado poder. Al final, sin embargo, se queda muy quieta, con la garra todavía cerrada alrededor del brazo que él ha tocado, como si estuviera intentando tapar una herida sangrante, como si la hubiera ensuciado de una manera irremediable. No habla. No hace ademán de darse la vuelta.

—Tienes razón —continúa él—. Cuando te conocí pensé que podrías serme útil. Al principio, al menos. Pero, cuanto más veía de ti, cuanto más veía de tu misión, del grupo de rebeldes que habías formado, de cómo los organizabas, de cómo te esforzabas, ya no solo por tu reino, sino por el bien de Evren…, más pensaba que quizá podía hacer algo por ti. Que, tal vez, si conseguía llegar hasta aquí, habría alguna forma de ayudarte. Igual que una vez tú me ayudaste a mí. —Lo ha hecho más de lo que ella es consciente. No se trata solo del tiempo que estuvieron en Ilan, de su ayuda contra Fabrice, sino de todas esas pequeñas cosas que nunca le ha confesado—. Tienes todo el derecho del mundo a desconfiar de mí,

pero la realidad es que hace mucho que no pienso solo en lo que yo deseo, sino en lo que ambos podríamos conseguir. —Calla. Uno. Dos latidos. Ella sigue quieta, escuchando—. He deseado esto toda mi vida, no he dejado de planear cómo llegar hasta aquí, pero hay cosas que escaparon a mi control. Cosas que no te he dicho pero que creo que ambos sabemos.

Cosas que no puede decir, ni siquiera ahora. Él, que siempre se ha enorgullecido de su elocuencia, que siempre se ha creído capaz de engatusar a todo el mundo, se encuentra atragantándose con las dos palabras más sencillas del mundo, quizá porque nadie se las ha enseñado nunca.

Elira no responde. Astrey oye cómo toma aire, como si de pronto le dolieran todas las heridas que lleva en el cuerpo, pero después, la bruja retoma la marcha y sale del despacho.

Astrey sabe que es la persona más poderosa del mundo en ese momento. Tiene un demonio fuerte bajo la piel, un imperio a sus pies y el legado de un dios sobre el pecho.

Aun así, el portazo le hace sentir derrotado.

ELIRA

Elira sale tan rápido del despacho que no se da cuenta de que hay alguien esperando junto a la puerta hasta que escucha su voz:

—Deberías reconsiderar su oferta.

La princesa de Orlaith se queda congelada un instante antes de girarse hacia Nathan. Todavía tiene la garra encima de su brazo, en ese lugar en el que Astrey la ha tocado y cuyo roce fantasma siente como un hierro candente. Tiene miedo de comprobar la piel bajo la ropa y descubrir que se le han quedado tatuados esos dedos, no por la fuerza con la que la ha agarrado, sino por algo mucho más peligroso.

Nathan está apoyado contra la pared del pasillo en actitud relajada, pese a que todavía tiene el cuerpo magullado por la pelea contra la emperatriz. Lleva la ropa empapada de sangre, igual que la piel, aunque lo que más le llama la atención es el rastro demoniaco que hay en su cuerpo, aún más notable que al principio de la noche. Está en sus cuernos, un poco más retorcidos. En el camino de brasas encendidas que hay en distintas partes de su rostro, en la manera

en la que las puntas de los dedos también se le han oscurecido como si los hubiera hundido en cenizas.

Sin embargo, nada de eso la inquieta tanto como la despreocupación que cuelga de su sonrisa. No encaja. No tiene ningún sentido con todo lo que ha pasado esa noche. No es la primera vez que lo piensa en esas horas, pero ahora está casi segura de que algo no va como debería.

Aun así, entorna los ojos y pregunta:

—¿De qué oferta estás hablando?

—Lo sabes perfectamente. Todos la escuchamos en el jardín y te la ha repetido ahí dentro.

—¿Estabas espiando?

La manera en la que Nathan ensancha el gesto en su boca termina de convencerla de que ese no es el chico que conoce. Aunque puede ser burlón e irónico, nunca ha sonreído así, tan ampliamente, con esos dientes que están más afilados que nunca.

—Vuestras peleas siempre son interesantes, no podía perderme esta.

Ese comentario podría haberlo hecho él, pero ya es tarde para engañarla.

—Tú no eres Nathan.

La criatura que se esconde bajo ese rostro ni siquiera trata de disimular que está en lo cierto. Es tan evidente que Elira se pregunta cuánto tiempo lleva el demonio moviendo ese cuerpo. ¿En qué momento de la noche le ha dejado espacio Nathan? ¿Por qué? ¿Piensa que así va a ser más fácil enfrentar todo lo que está pasando? No es buena idea. Está a punto de decírselo, está a punto de preguntar si han llegado a un trato o la criatura se ha adueñado

de su voluntad sin más, pero entonces él se mete las manos en los bolsillos del pantalón y se acerca a ella con calma.

—Creo que deberías aceptar —sugiere.

Ella alza las cejas, incrédula.

—¿Aceptar el qué?

—Ser la emperatriz de Astrey.

Elira chasquea la lengua antes de lanzar un vistazo hacia la puerta del despacho. Le gustaría negarse en redondo a conversar sobre ese disparate, pero también quiere hablar con Nathan, con el de verdad. Quiere saber cómo se encuentra, así que tan solo echa a andar por el pasillo, consciente de que el demonio que mueve el cuerpo de su amigo va a seguirla.

—Yo nunca he querido ser emperatriz.

—Porque la posibilidad nunca había estado sobre la mesa, pero ahora sí lo está. —La bruja frunce el ceño y abre la boca para decirle que esa no es la razón por la que no se lo había planteado, que es una cuestión de valores, de aquello contra lo que ha luchado durante toda su vida. Sin embargo, el demonio de Nathan se adelanta—: Querías un mundo más justo, ¿no? Un mundo más libre. Podrías ayudar a construirlo. Un imperio no tiene por qué ser lo que el Inmortal creó y luego su esposa continuó.

—Los imperios se crean eliminando la autonomía de…

—¿De qué? ¿De los distintos reinos? ¿Y es esa autonomía más importante que un bien mayor? —Elira frunce el ceño y mira de reojo a ese rostro tan conocido y extraño a la vez—. Te diré una cosa: he vivido mucho más de lo que vivirás tú, más de lo que vivió incluso el Inmortal; he acompañado a cientos de brujos a lo largo de mi existencia y por eso sé que el problema no siempre son los

sistemas de gobierno, sino los gobernantes. —Elira abre la boca, pero de nuevo el demonio no le da espacio para ninguna réplica—: ¿Qué podrías hacer tú siendo emperatriz? ¿Alguna vez lo has pensado? Creo que Astrey sí. Creo que ha tenido mucho tiempo para reflexionar al respecto y que lo más probable, de hecho, es que sepa exactamente qué tipo de emperatriz serías. Una que se preocuparía por todas y cada una de las regiones que conformasen sus terrenos. Una que intentaría recuperar sus historias, sus lenguas, sus símbolos. Al mismo tiempo, todos esos territorios responderían a la misma corona, así que… no habría guerras. No habría confrontaciones. Alguien como tú podría conseguir un mundo en paz, podría acabar incluso con los conflictos con los celestiales. Dime que no te suena bien.

Tan bien que está segura de que es imposible. Suena a mentira, a manipulación, y supone que eso es lo que puede esperar de un demonio que controla un cuerpo humano.

—¿Por qué estás tú al mando? —pregunta ella, tras detenerse en medio del pasillo. Se niega a discutir de política con una criatura que prospera en el caos—. Déjame hablar con Nathan. Quiero saber cómo está.

Él se encoge de hombros. Lo hace con fluidez, como si, al margen de la sonrisa, le resultara muy fácil manejar esa apariencia.

—Lamentablemente, la noche ha sido demasiado intensa para nuestro amigo y me ha pedido un descanso. Pero, por si te lo preguntas, creo que él estaría de acuerdo conmigo.

—Lo dudo mucho. Astrey también lo ha engañado a él. Nos ha engañado a todos. Probablemente nunca fue casual que lo encontrara y lo trajera ante mí. Ha tenido la mirada puesta en el

Amuleto todo este tiempo, esperando una oportunidad. Y, en cuanto se ha presentado, la ha aprovechado.

Del mismo modo que hizo con ella. El pensamiento hace que la ira vuelva a bullir en su estómago, pero también hay algo más. Es una emoción que hace eco a las últimas palabras de Astrey: «He deseado esto toda mi vida, no he dejado de planear cómo llegar hasta aquí, pero hay cosas que escaparon a mi control». No es cierto. «Cosas que no te he dicho pero que creo que ambos sabemos». No. Las cosas que no se pronuncian no existen, así que no va a permitir que algo que es apenas un fantasma, una ilusión, le nuble la razón.

—Lo cierto es que para nosotros la situación no es tan terrible como crees. —Elira alza las cejas, incrédula—. ¿Qué te resulta tan inconcebible? El chico ha descubierto esta noche que el Amuleto en realidad nunca fue suyo, sino que siempre le perteneció a la emperatriz: él solo heredó algo robado. Eso le ha resultado mucho más complicado de encajar que los tejemanejes de Astrey. Cuando toda tu vida ha sido una mentira, una más no tiene mayor importancia.

Elira hace un mohín, sin saber qué decir. Ha estado tan centrada en sí misma, en su dolor, en su desengaño y en las consecuencias de la nueva situación, que no ha tenido tiempo de pensar en cómo podría sentirse Nathan. A ella todavía le quedan algunas seguridades, cosas a las que aferrarse más allá de la decepción, pero a ese chico…

—No te preocupes —continúa el demonio—. Astrey nos ayudará a recuperar lo que queremos y entonces todo volverá a estar bien. En realidad, su pequeña conspiración nos va a ahorrar un montón de

problemas. Que lidie él con el Amuleto. Nosotros, de todos modos, solo lo queríamos para una cosa, y él nos la va a conceder.

La bruja se estremece, aunque no sabe si es por las implicaciones de esas palabras o porque de pronto se da cuenta de lo unidos que están demonio y persona. A veces, los demonios ocupan cuerpos solo como una excusa para dominarlos, pero mantienen su personalidad, sus intereses propios, su identidad. En otros casos, sin embargo, demonio y brujo se mezclan tanto que la individualidad de ambos desaparece por completo. El hecho de que el demonio hable de «nosotros» como un todo le da la pista de que eso es lo que sucede con Nathan y él. Una simbiosis perfecta.

—Te refieres al chico del que Nathan estaba enamorado.

—Siempre fue el plan. Recuperarlo era lo que le daba sentido a todo.

—¿Por eso defiendes a Astrey? —replica, frustrada—. ¿Porque para vosotros es mucho más importante que el Amuleto pueda devolveros a esa persona que todo lo que podría provocar?

—Del mismo modo que fue más importante salvarte a ti en Ilan, Elira Surya.

Esas palabras son como una bofetada. Le parece que es algo más que cae sobre su estómago, en ese lugar en el que se están acumulando demasiadas cosas. No puede defenderse, del mismo modo que no ha podido hacerlo cuando Astrey le ha preguntado si no agradecía el tiempo de más que se le había dado. Sí que lo hace.

Pero eso no significa que nada de eso esté bien.

—Quiero hablar con Nathan —insiste—. Devuélvele su cuerpo.

El demonio suspira, como si la conversación empezase a aburrirlo.

—El problema es que Nathan solo quiere hablar con una persona, Elira. Mientras Adam Rheiz no vuelva, él tampoco lo hará.

Es un error. Es peligroso. Por eso se echa hacia delante y lo toma del brazo, clavándole las uñas en la piel.

—¡Nathan! Escúchame, estés donde estés: no puedes dejar que el demonio tome el control por completo o te arriesgas a olvidarte de ti mismo. Sé que estás confundido, sé que todo lo que ha pasado es complicado, pero…

—Nathan confía en mí, Elira. —La sonrisa del demonio retuerce los labios del antiguo Portador. La mira como si creyera que está haciendo el ridículo—. Sabe que haré todo lo que haga falta para cubrir sus intereses y que cuidaré este cuerpo. Así que te aconsejo que vayas acostumbrándote a mi presencia.

La facilidad con la que se suelta de su agarre, de un solo tirón, hace que Elira se tambalee. Nathan retrocede un par de pasos antes de darle la espalda pero, antes de empezar a alejarse, como si se hubiera dado cuenta de algo, le lanza una mirada por encima del hombro.

—Piensa, Elira Surya. Astrey ha tomado sus decisiones, nosotros también. ¿Y tú? ¿Qué vas a hacer tú? —Sus palabras caen en ese lugar en el que todo arde—. Tienes la oportunidad de ayudar a cambiar el mundo, como siempre has querido: ¿la vas a desaprovechar?

ASTREY

Astrey se frota los ojos, agotado, pero se niega a irse a la cama. Sabe que no va a ser capaz de dormir; no después de discutir con Elira. No cuando sabe que la noticia de su ascenso al trono estará extendiéndose más allá de los muros de palacio, por esa ciudad en la que la luz empieza a ganarle la batalla a las sombras.

«Hemos luchado mucho por llegar hasta aquí, pero no lo estás disfrutando».

No, no lo está haciendo, porque las cosas tendrían que haber sido distintas. Pero no pasa nada, todavía puede reconducir la situación. Y tiene mucho trabajo por delante en el que centrarse. Un imperio entero aguarda.

En un intento de concentrarse solo en eso, extiende los dedos y toca el ventanal ante él. Como si hubiera rozado una superficie líquida, las ondas que nacen de ese toque le muestran la capital de Orlaith, donde el sol también se despereza. Las vistas desde la Fortaleza de Hierro son espectaculares, pero él solo puede pensar en la mujer que ha salido hace unos minutos del despacho. Hablar con la canciller de Orlaith será la primera en la inmensa lista de tareas que tiene por delante. Tiene que pedirle que se reúna con Elira y…

«Sabes que no la necesitas para nada, ¿verdad?».

Astrey ignora la voz de su demonio y el vuelco que le da el estómago. Esta vez solo necesita sacudir la cabeza para cambiar la visión del cristal. Aunque la primavera ha empezado ya, en Eirwynn los copos de nieve caen contra la ventana y la motean de blanco, emborronando la vista de la misma ciudad en la que nacieron su tío y su madre. El canciller (un hombre que recuerda haber visto de lejos cuando estuvo allí con Elira hace un tiempo) puede ser un problema, porque se dice que siempre ha sido un fiel seguidor de Iraides, pero no le preocupa. Está preparado para posibles rivales y detractores.

El último de los territorios que están en sus manos aparece en el cristal con solo pensar en él. De la canciller de Calais apenas sabe nada, porque el pueblo del desierto es bastante cerrado y no son muchos los que se atreven a enfrentarse a las inclemencias del tiempo para ir hasta allí. Las noticias suelen llegar tarde, así que tendrá que informar él mismo de lo que ha ocurrido.

Va a tener que reunir a todos los cancilleres, invitarlos a palacio y demostrarles que se ha ganado su puesto. Tendrá que asegurarse de que le son leales o, por lo menos, convencerlos de que le apoyen a partir de ahora.

Y luego está Ilan, por supuesto…

«A ellos tampoco los necesitas. Ilan ya ni siquiera forma parte de tus territorios».

—Quizá ellos sí me necesiten a mí.

«No estás en deuda con nadie. Lo que has conseguido lo has hecho tú solo».

Astrey aprieta los labios, molesto.

—Si no hubiera tenido a nadie de mi lado, jamás habría llegado tan lejos. Del mismo modo que ahora sería un error quedarme sin aliados: los necesito. No va a faltar gente que quiera desafiarme para quedarse con el trono o el Amuleto, no necesito más enemigos.

—No quieres más enemigos, pero no es que hayas hecho mucho por conservar a tus amigos, ¿no te parece?

Astrey se gira, sobresaltado. Estaba tan concentrado en su demonio, en todos esos pensamientos que no han dejado de darle vueltas en la cabeza, que ni siquiera ha escuchado cómo se abría la puerta del despacho. Y el ser que vive dentro de él, de hecho, tampoco ha sido consciente de que había otro demonio cerca, aunque eso suele pasar a menudo cuando los considera inferiores. Se confía, igual que tiende a hacerlo él mismo.

El antiguo Portador traspasa el umbral con pasos relajados y cierra la puerta para apoyarse luego en ella. Su rostro está tranquilo, ilegible, aunque a Astrey no le sorprende, porque las emociones son un matiz humano que los demonios no saben expresar demasiado bien. Empezó a sospechar que ese chico no era Nathan en el jardín, pero ahora le resulta evidente.

—¿De verdad creías que tus aliados iban a quedarse a tu lado después de saber que has estado tramando adueñarte del trono a sus espaldas? —continúa la criatura, con los brazos cruzados y la sonrisa serpenteando hacia las mejillas—. Y no solo con el trono…

Astrey enarca las cejas.

—Tú te has quedado.

—Yo estoy por encima de las emociones por las que los humanos tendéis a dejaros cegar con tanta facilidad. El desengaño, la decepción, la frustración… Todo eso os nubla el entendimiento y os

hace tomar decisiones precipitadas. Los demonios, en cambio, vemos las cosas con más perspectiva. —El brujo se acerca y se pone a su lado, con los brazos a la espalda, como si quisiera acompañarlo a contemplar Damira desde lo alto—. Yo puedo ver que esto es lo mejor que nos podría haber pasado, porque ahora podrás cumplir el único objetivo que mi anfitrión ha tenido nunca.

—Dudo que Nathan vea la situación como tú —replica. Y lo cierto es que, de pronto, esa idea le preocupa más de lo que esperaba—. Probablemente se sienta… traicionado, ¿no es así? ¿Nos está escuchando, siquiera? ¿No quiere recuperar el Amuleto del Tiempo? ¿No preferiría ser él quien le diera más tiempo a su amante?

La criatura no responde de inmediato. En su lugar, extiende la mano y roza el cristal con los dedos, como ha hecho él mismo unos minutos atrás. El espíritu está a punto de decirle que no funciona así, que el palacio solo lo obedece a él, cuando el jardín se dibuja ante sus ojos, visto desde el rosetón sobre la puerta de entrada. La vidriera tiñe la visión de rojo, como si todo estuviera manchado de sangre.

Astrey parpadea, confundido, pero antes de que pueda preguntarle cómo lo ha conseguido, el demonio vuelve a hablar:

—Puede escucharnos. O podría si quisiera. —Astrey se vuelve para estudiar a su acompañante. Usar el Amuleto se ha cobrado su precio, pero incluso con el pelo blanco y los rasgos demoniacos que le han cambiado la cara, él no deja de ver al muchacho que sigue siendo—. La cuestión es que ya no le importa nada de lo que está pasando. Lleva toda la vida sintiendo demasiadas cosas, reprimiendo muchas de ellas y dejándose cegar por otras y supongo que… ya no tiene espacio para más. Para la decepción o el dolor o la tristeza, la

culpa, los remordimientos o las dudas. Así que ahora tan solo espera mientras yo me encargo del resto.

La imagen que tienen delante parpadea un instante. Al momento aparecen las cocinas, donde un grupo de sirvientes se han reunido en corro y susurran. Damira vuelve a mostrarse a continuación, pero vista desde más alto, desde uno de los torreones. El demonio casi parece divertido.

—Pero volverá cuando yo reviva a Adam.

No es una pregunta, sino una certeza. La criatura gira la cabeza hacia él.

—¿Estás seguro de que puedes traerlo de vuelta? Ha pasado ya un tiempo y su cadáver está a la intemperie. No estoy seguro de que quede mucho más que huesos.

Lo cierto es que Astrey no tiene ninguna certeza: no ha encontrado casos documentados de resurrecciones tras tanto tiempo y las leyendas que puede haber escuchado están recubiertas de una pátina de imposible o cuento de terror, como la gran mayoría de historias que rodean al Amuleto del Tiempo. Aun así, alberga sus propias esperanzas. Sabe que el tiempo no debería ser un problema porque tiene todo el del mundo en la palma de la mano. Si quisiera, si quedara algo de ellos más allá de polvo, está convencido de que podría incluso revivir a los ejércitos desaparecidos en Yuda. Quizá eso cambiaría un poco la perspectiva de Elira.

—Cualquier resto implica que hay un cuerpo que reconstruir. —Esa es la teoría y a eso piensa aferrarse—. Mientras haya al menos un hueso, podré hacerlo.

—Haces que suene fácil. Mucho más de lo que nos lo parecía a nosotros cuando teníamos el Amuleto.

—Vosotros apenas sabíais nada de él. Yo llevo años preparándome para dominarlo: he tenido cerca al Inmortal, acceso a la biblioteca de Ilan y, después, a la mayor estudiosa del tema…

Incluso si no pronuncia el nombre de Elira, pensar en ella le revuelve algo dentro del pecho. Su propia incomodidad se mezcla con el disgusto de su demonio y el espíritu se esfuerza en cubrirlo todo con una sonrisa que titila, a punto de apagarse, cuando el rostro de Nathan se vuelve hacia él con burla.

—Has tardado mucho más de lo que esperaba en mencionarla.

Astrey está lo suficientemente acostumbrado a las máscaras como para conseguir mantener la expresión neutra.

—¿Por qué tendría que hacerlo?

—Porque acabas de discutir con ella y no puedes dejar de darle vueltas.

Él chasquea la lengua y vuelve la vista de nuevo hacia la ventana.

—¿Entre los deseos de Nathan también está meteros donde no os llaman?

La pregunta le sale impregnada de hartazgo, quizá porque es consciente de que lo más probable es que el humano que hay en ese cuerpo también se hubiera burlado de él, ya fuera por haberle pedido matrimonio a Elira nada más subir al trono o por haber sido rechazado de inmediato.

Aunque en realidad nunca ha llegado a responderle. Tan solo parece considerar que la propuesta es una locura, pero eso es porque todavía no la entiende de verdad.

—Tienes que encontrar la manera de convencerla —continúa el demonio, casi como si fuera consciente de sus pensamientos. Sus ojos sin pupila se fijan en él, dos pozos sin fondo que pretenden

absorberlo—. Puede que no estemos tan… familiarizados como tú con el Amuleto, pero sabemos que se aprovecha de los momentos de debilidad. Necesitas a alguien que te mantenga los pies en el suelo y te recuerde lo que de verdad importa. Y ambos sabemos que ella es la única que puede hacer eso contigo.

Astrey aparta la vista, frustrado.

—«Haces que suene fácil».

—Tal y como yo lo veo, lo es. Ella se va a quedar aquí, en este palacio, por lo que he entendido. Y tú vas a tener oportunidades de sobra de acercarte.

—No quiere verme. Cree que no me conoce.

—Entonces quizá tengas que demostrarle que tú sí la conoces a ella.

Está a punto de responderle que no es tan sencillo, pero se detiene antes de hacerlo. Quizá tenga razón. Elira puede creer que ha cambiado, pero Astrey sigue siendo la persona que mejor puede ver dentro de ella. Sus virtudes y sus defectos. Sus deseos, sus puntos débiles. Incluso todas esas partes que no le quiere mostrar al mundo, un poco retorcidas, que ella considera imperfectas. Puede ver todo lo bueno y todo lo malo; todas las formas en las que, aunque ella lo niegue, se parecen. Sus objetivos ni siquiera son tan diferentes, y eso hace que haya espacio para encontrar un lugar común. Solo tiene que esforzarse un poco más para llegar a él. Va a tener que ceder en algunas cosas, pero será por un bien mayor.

«No necesitas esforzarte tanto. No le des más poder. Ya tiene demasiado sobre ti».

Pero está dispuesto a cederle ese poder a ella si así evita que alguien más pueda tenerlo. Su relación con Elira no tiene por qué ser

una debilidad, sino un movimiento estratégico. En ella confía, y no hay mucha gente a su alrededor sobre la que pueda decir lo mismo. Y ahora que es el emperador, habrá personas que intenten acercarse, que intenten aprovecharse, que crean que pueden conseguir algo de él o destruirlo si se ganan su confianza.

Incluso con lo enfadada que está, Elira no ha intentado nada de eso. Ella no juega sucio. Es uno de sus defectos, pero también de sus virtudes.

—Bien, pues si esto es todo…

El demonio de Nathan hace el ademán de marcharse.

—En realidad, hay un par de cosas más que deberíamos hablar antes de que te marches.

Su acompañante alza las cejas, burlón. Es una expresión tan cercana a la que podría haber puesto el propio Nathan que el espíritu siente un asomo de incomodidad al darse cuenta de lo bien que sabe disfrazarse la criatura. O quizá no sea eso. Quizá simplemente el demonio y la persona son cada vez más difíciles de separar.

—¿Necesitas más de mis consejos, emperador?

—No, pero necesito saber qué quieres que haga con la santa.

En el rostro de Nathan, el desagrado sustituye a la diversión.

—Lo que quieras. No la mates, pero úsala como mejor te parezca. Quizá puedas conseguir algo de los celestiales si juegas bien tus cartas. —Se encoge de hombros—. Sea como sea, yo que tú le cortaría la lengua si vas a tratar con ella. Lo más seguro es que intente exorcizar a quien se le acerque.

Es improbable que una sola celestial, metida en una celda en las profundidades del palacio de Damira, vaya a causar muchos

problemas. Astrey está seguro de que, en realidad, tiene que tener mucho más cuidado con la lengua del necromante que tiene encadenado cerca de ella, incluso si lleva desde que lo vio en la fiesta convenciéndose de que sus palabras no tienen ya ningún poder sobre él.

—De acuerdo. Entonces, una última cosa.

La curiosidad es algo que los demonios sí pueden sentir. No es algo que ellos vayan a admitir o que pueda vérseles en la cara, pero es lo que impulsa a algunos a aceptar Tratos. Si consigues despertar la curiosidad de uno tendrás su atención para algo más que para jugar contigo antes de devorarte.

—Necesito que me hagas un favor.

—¿Otro? ¿No crees que te estás aprovechando un poco, emperador?

Astrey sonríe en respuesta al gesto afilado que esboza el demonio.

—Te prometo que será fácil. Ni siquiera tendrás que desviarte de tu camino.

LILITH

Cuando tenía diez años, Lilith encontró un pajarillo herido en el patio del Templo. Estaba temblando en una esquina, hecho una bola, y ella no se habría fijado en él si no hubiera sido porque tenía unas vistosas plumas amarillas y azules. Nunca supo qué le había pasado, pero le costaba extender un ala y ni siquiera se alejó cuando ella intentó atraparlo. Recuerda haberlo acunado entre las manos y correr a enseñárselo a Nathan y a Darien. Entre los tres, lo alimentaron con pan y semillas que robaron de la cocina y le hicieron un nido de harapos y trapos en una cesta vieja. Estaban seguros de que no podría salir de allí teniendo el ala herida, pero, cuando días más tarde los tres entraron en la habitación de Lilith después de las clases y lo encontraron escondido debajo de la cama, decidieron buscarle una jaula. Consiguieron una gracias a Ammarah, que había pasado a formar parte de su secreto en una de sus visitas al Templo para ver a Nathan.

Sin embargo, cuando metieron al pajarillo en la pequeña jaula, este comenzó a moverse cada vez menos. Igual que el día en el que la niña lo había encontrado, se acurrucaba en un rincón y se pasaba casi todo el tiempo temblando. Cuando se levantaba era solo para

intentar sacar el pico entre los barrotes. A veces parecía que se golpeaba contra ellos, como si quisiera echarlos abajo.

Murió poco después.

Lilith no entendió por qué había pasado, si le habían dado de comer y de beber, si estaba cuidado, si había tres niños que lo mimaban, que planeaban lo que harían cuando su ala se curase e incluso habían empezado a pensar un nombre para él. Ahora es consciente de que lo que lo mató fue el encierro. En la cesta no había tenido barrotes; en la jaula, en cambio, debió de sentirse atrapado.

Igual que se siente ella en el palacio de Odelia.

Al menos ese encierro es mejor que el que sufrió en Ilan. Allí estaba encadenada a la pared y apenas podía moverse unos pasos; la celda era fría y la penumbra le hacía imaginarse enemigos que no estaban allí. En Damira, en cambio, el pasillo está iluminado, nadie la ha encadenado y puede moverse con cierta libertad por un espacio mucho más amplio. No hay puerta, por supuesto, y tres de las cuatro paredes son barrotes, lo que le permite ver no solo el corredor, sino también las dos celdas vecinas. Una está vacía. En la otra está el necromante.

Aunque llevan horas allí metidos, ninguno de los dos ha abierto la boca. A él sí le han puesto unos grilletes que lo sujetan a la pared por las muñecas, que tiene alzadas por encima de la cabeza. Sus ojos están cerrados y parece relajado, lo que para Lilith no tiene ningún sentido. Ella siente el cuerpo en tensión y no deja de caminar de un lado a otro. A veces se detiene ante los barrotes que dan al pasillo y prueba a tirar de ellos, aunque ya sabe que no van a ceder. Siente ganas de golpearse contra ellos, de intentar derribarlos, igual

que aquel pajarito. Quiere gritar, preguntar qué piensan hacer con ella, y el único consuelo que le queda es saber que, al menos, en esa ocasión sabe que Darien está bien y, con suerte, ya muy lejos de allí.

Sus dedos envuelven los hierros una vez más, apoya la frente contra ellos y cierra los ojos. Necesita un milagro. Necesita un sueño. Necesita un arma y…

—Deberías descansar, santa. No vas a conseguir salir de aquí de momento, así que al menos sé inteligente y conserva tu energía.

Lilith da un respingo. Cuando se vuelve hacia el necromante, se da cuenta de que no estaba dormido y que, de hecho, ha abierto esos ojos azules y la está estudiando.

—¿Eso es lo que estás haciendo tú? —replica, frustrada—. ¿Tienes esperanzas de escapar de aquí? Porque no parece que el nuevo Portador vaya a dejarte ir. Creo que te has convertido en algo demasiado importante para él.

El chico resopla. Está mucho más entero que ella, pese a haberse enfrentado al nuevo emperador. Hace unos meses, la idea de que un ser humano pudiera ser inmortal le habría parecido un milagro de Destino o un cuento infantil, pero ella misma ha visto cómo le herían de las maneras más brutales. Le han robado su tiempo y, sin embargo, no asemeja ni un segundo más viejo.

¿Es ese poder lo que confundió a Altair cuando se encontró con él? No tiene mucho sentido. Desde luego, no cree que lo que sintió al tocarlo durante la fiesta fuera su inmortalidad.

—No espero que Astrey me libere. Pero tengo mis propios planes. No voy a quedarme aquí para que me use. Y tengo que reunirme con Darien de nuevo.

A Lilith se le olvida todo lo que estaba pensando al escuchar ese nombre. Aprieta los dedos con un poco más de fuerza alrededor de los barrotes y vuelve la vista al frente, al pasillo de piedra. Se le ocurren muchas cosas que preguntar, pero lo único que acaba saliendo de sus labios es:

—¿Por qué?

Quiere entenderlo. No a él, sino al muchacho de ojos verdes que creció junto a ella, el mismo que se echó a llorar cuando murió aquel pájaro. Tiene la sensación de que ha cambiado demasiado en el tiempo en el que no se han visto.

—¿Por qué qué?

—¿Por qué querría que lo encontrases? ¿Por qué te ha defendido y te ha dado su medallón? —Lilith vuelve la vista hacia él, hacia la joya que descansa sobre su pecho, brillante. Le parece una herejía que la lleve puesta. En esa pieza de oro reside el alma de su primo, pero él ha decidido dejarla atrás, con ese muchacho, como si no significase nada—. No lo entiendo. Eres su captor, ¿no? Al principio de la noche quería que te apartaras de él, pero luego…

El necromante la observa solo un instante antes de apartar la vista hacia el techo de la celda, como si las respuestas a sus preguntas se escondieran en la piedra y él también estuviera buscándolas. Tarda varios segundos en responder.

—Las cosas cambian. Las personas también —dice al fin—. Ninguno de los dos somos los mismos que éramos cuando me lo llevé conmigo. Te aseguro que por aquel entonces tu primo me odiaba y habría dado lo que fuera por evitar que pusiera mis manos sobre su medallón. Por mi parte, yo no creo que llegara a odiarlo nunca, pero no me importaba hacerle daño siempre y cuando

pudiera conseguir mis objetivos. —El chico vuelve la vista hacia ella, con esa calma envidiable, casi antinatural—. Después nos conocimos de verdad.

No da más explicaciones, como si la respuesta fuera así de simple. Como si lo único que hubieran necesitado para que todo cambiase fuera eso: conocerse.

—¿Qué quiere decir eso?

—Que no voy a contarte por qué tu primo me ha dado su medallón, pero sí que yo ya no voy a hacerle ningún daño.

No debería fiarse. Lilith es consciente de ello, se repite hasta la saciedad que está ante un necromante, que Darien ha hecho una locura al confiar en él, pero, por alguna razón, le resulta difícil no creerlo. No sabe si es por la forma en la que habla, con esa seguridad tan pausada, o por cómo la mira, como si no tuviera nada que esconder. No puede evitar pensar en su primo, en cómo lo defendió como si le fuera la vida en ello. Luchó por él con un arrojo que ni siquiera sabía que guardaba dentro.

Ese extraño le ha dicho que Darien y él se conocen de verdad y por un momento Lilith se pregunta si eso significa que ella nunca ha sabido ver cómo era su primo en realidad. También se pregunta si eso significa que Darien nunca va a regresar al Templo, si ha sido capaz de dejar su medallón atrás porque ese chico significa mucho más para él que su fe en Destino. Casi al instante se da cuenta de lo estúpido que es pensar algo así en ese momento. Ni siquiera sabe si ella misma podrá regresar a la seguridad de las murallas algún día. Y, aunque volvieran los dos, aunque ambos pudieran ir a casa juntos, ¿qué? Ya nada sería lo mismo. Serían ellos dos solos, con responsabilidades distintas, con vidas muy diferentes pese a estar en

el mismo lugar. Darien tendría que esperar a la primavera siguiente para hacer su Peregrinación, ella sería la santa.

Adam no estaría.

Nathan nunca va a volver.

Cuando él le devolvió su medallón, pensó que podía reconocerlo, que quizá no todo estaba perdido. Cuando le dijo que era un mentiroso, pensó que todavía resonaba dentro de ellos algo de ese pasado compartido. Pero entonces corrió hacia el nuevo emperador, lo defendió de Darien…

No. No es cierto. Eso no lo hizo Nathan, sino su maldito demonio.

Como si pensar en él lo hubiera convocado, escucha su voz:

—Deberías verte la cara ahora, santa. ¿Qué pasa? ¿No te gusta tu nueva habitación? Es más espaciosa que la que tenías en Ilan.

Bajo la luz de las antorchas del pasillo, la sombra de Nathan es más grande que él y fluctúa casi como si fuera a hacerse corpórea. En su cuerpo ya no hay heridas de ningún tipo y su ropa es nueva, sin rastros de la batalla en ella. En su rostro, las marcas demoniacas parecen ventanas al fuego de un hogar. A medida que la criatura se acerca a los barrotes, crece también esa sonrisa que Lilith tanto detesta ver.

—Tú —gruñe la santa.

—Vamos, no me mires así: deberías alegrarte de verme, te traigo buenas noticias.

Ella resopla. Sabiendo lo que esa criatura opina de ella, probablemente sus buenas noticias no sean más que una muerte lenta y dolorosa.

—¿Dónde está Nathan? ¿Qué has hecho con él?

La sonrisa del demonio crece mientras se da un par de golpecitos en la sien.

—Está aquí. A salvo. Pero no le interesa hablar contigo. De hecho, no le interesa hablar con nadie que no sea tu hermano.

Ella ya está negando con la cabeza antes de que él termine de hablar. Aunque el pajarillo nunca trató de alcanzar nada fuera de la jaula, aunque lo único que quería era romper su prisión, ella intenta alcanzarlo a él. No al demonio, sino al humano. No con las manos, sino con la voz:

—¡Nathan! —Su nombre sigue sonando extraño, pero se da cuenta de cuánto echaba de menos pronunciarlo. Daría lo que fuera por que eso fuese lo único necesario para convocar a la persona que se ha escondido tras la criatura—. ¡Tienes que volver a tomar el control! ¡Escúchame! ¡Hablemos! Tú y yo, como antes. Ahora que no tienes el Amuleto, no tenemos por qué seguir luchando.

Durante el más breve de los instantes, el demonio parece asombrado, como si jamás hubiera esperado esa reacción, pero luego, quizá por la misma razón, se ríe.

—¿De verdad crees que así vas a conseguir algo, santa?

Ella aprieta los dientes, pero decide ignorarlo.

—Nathan, por favor. Es hora de acabar con esto.

Lilith busca a su amigo en los ojos del demonio, pero no lo ve. En ese par de pozos negros solo encuentra un vacío que le devuelve la mirada y se burla de ella casi tanto como la criatura que tiene delante.

—¿No me has oído, santa? Nathan solo quiere hablar con Adam.

—¡¡¡Adam está muerto!!!

El grito estalla en su boca, pero viene de mucho más abajo. Del pecho. Del lugar oculto en el fondo de su cuerpo en el que ha estado intentando protegerse a sí misma de esa verdad. En todos esos meses, nunca se ha atrevido a poner esa certeza en palabras, pero ahora le pesan sobre la lengua, le llenan la cabeza, le tatúan la piel por todas partes.

Adam. Está. Muerto.

Ella misma vio el cadáver. Ella se quedó en la basílica vacía, mirándolo, intentando encontrar algo de él que todavía pudiera reconocer. Adam está muerto y ella tiene la sensación de que ese suceso ocurrió hace una eternidad. Incluso si en todos sus recuerdos está él, incluso si hay mil lecciones que aprendió de sus labios, no es capaz de recordar la última vez que lo abrazó. La última vez que habló con él de verdad. La última vez que le preguntó cómo estaba. La última vez que compartieron un silencio agradable. La última vez que lo besó en la mejilla o él la tomó de la mano. No recuerda su último cuento, cuando todavía dejaba que se los contara.

Lilith no es consciente del daño que se ha hecho en la garganta, de la fuerza con la que aprieta los barrotes, hasta que siente la lágrima que le moja los labios. Le cuesta tomar la siguiente respiración sin que se convierta en un sollozo.

Y, aun así, la expresión de Nathan no cambia, pese a que siempre que ella se ha permitido llorar ante él, él no ha dudado en apresurarse a abrazarla, a consolarla, a limpiarle la cara y a hacerle sentir que no había nada vergonzoso en ese llanto que a ella le costaba tanto dejar ir. Ahora, sin embargo, no hay ni rastro de ese amigo en el rostro que tiene delante, en la manera en la que la observa como si fuera solo una niña perdida y ridícula.

Es exactamente así como se siente.

—Por suerte para tu hermano, la muerte se ha convertido en una… condición reversible —responde la criatura, indiferente a su dolor—. Sí, Adam está muerto, pero no por mucho tiempo. Dime, ¿qué odias tanto de la idea de que lo traigamos de vuelta? ¿Es que los humanos puedan comportarse como dioses o saber que nadie intentaría hacer lo mismo por ti si murieses mañana?

Lilith da un par de pasos atrás, como si hubiera intentado morderla. Todavía siente los ojos húmedos, pero se obliga a ignorar el escozor que siente en el pecho, a recubrirse de metal para que no puedan volver a atravesarle el corazón.

—Yo no querría que nadie sacrificase a otras personas por mí. No me gustaría que el amor que alguien pudiera sentir por mí tuviera la forma del caos. La basílica, las montañas, Ilan… ¿De verdad crees que Adam va a estar feliz si vuelve y ve todas las cosas que habéis destruido para recuperarlo?

—Adam lo perdonará. —El demonio ni siquiera parece pensárselo y su seguridad es lo peor de todo—. Adam lo entenderá, porque siempre lo ha hecho, al contrario que tú, que ni siquiera lo has intentado. Aunque, ¿quién sabe? Quizá cambies de idea cuando lo veas resucitar. Intentaré que estés en primera fila cuando eso ocurra.

—Por encima de mi cadáver, demonio.

La risa del ser es corta, seca, afilada como una guadaña.

—No me tientes, santa. Sabes que no necesito muchos más alicientes para convertirte en uno.

Lilith aprieta los dientes hasta que le empieza a doler la mandíbula, pero se niega a responder a la provocación. Los ojos del

demonio caen entonces sobre el necromante, que le devuelve la mirada sin pestañear. Es un choque extraño, sin palabras, como si estuvieran midiéndose. Dura apenas unos instantes antes de que la criatura gire sobre sus talones y empiece a alejarse por el pasillo.

—Disfruta de la compañía, santa —dice antes de que el corredor lo devore de nuevo.

Lilith sabe que esa despedida es una burla más. El necromante es su enemigo, así que debería sentirse sola y desesperada allí dentro. Y así es. Se siente sola y desesperada y perdida y dolida y ansiosa.

Pero lo que gana, por encima de todos los demás sentimientos, es el enfado. Las ganas de demostrarle a ese demonio que se equivoca y la necesidad de traer a Nathan de vuelta, de sacarle a la superficie y obligarle a encararla, a enfrentar la situación de la que está huyendo. Porque está huyendo. Se está escondiendo y no piensa permitírselo. Nathan Tabiz es muchas cosas (un buen amigo, un traidor, la persona más leal que conoce, el peor de los mentirosos), pero nunca ha sido un cobarde.

Rabiosa, frustrada, se gira hacia la celda contigua. El necromante ha tenido que escuchar toda la conversación, pero mantiene esa expresión neutra que ha tenido todo ese tiempo.

—Has dicho que tenías tus propios planes, que no ibas a quedarte aquí —espeta Lilith—. ¿Significa eso que sabes cómo escapar?

Él se encoge de hombros.

—Eso creo.

—Me uno. Sea lo que sea, cuenta conmigo.

El muchacho enarca las cejas.

—¿Y por qué debería ayudarte? Hasta donde yo sé, te dedicas a matar a cualquiera que no comparta tu fe.

La réplica es tan inesperada como eficaz a la hora de desarmarla. Es cierto, lo ha hecho. Ese chico la ha visto arrasar un pueblo repleto de brujos y necromantes; personas cuyo único pecado era creer en un dios distinto al suyo, cuando no inocentes que ni siquiera se habían decidido por una fe y a quienes obligaron a tomar la de Destino como si fuera la única válida.

Toda su seguridad se tambalea de pronto. Incluso su enfado se enfría bajo el peso de la culpa. Con los remordimientos arañándole el estómago, con el sonido de los gritos en la cabeza y la sensación de tener los pies hundidos en un charco de sangre, aparta la vista.

—Nunca quise hacerlo. No… No es algo de lo que me sienta orgullosa —susurra.

—Eso no borra nada de lo que has hecho.

No, tiene razón. De hecho, nada de lo que haga en su vida borrará la sangre de sus manos. Nada va a reparar las familias que ha roto, nada va a enmendar el dolor que ha provocado. Es cierto, esa persona ni siquiera debería plantearse colaborar con ella. Si fuera al revés, si ella supiera cómo salir de ahí, ¿acaso lo ayudaría? En condiciones normales, no. Ahora que sabe que es importante para Darien, quiere pensar que sí. Quiere pensar que lo habría hecho por su primo.

Pero lo cierto es que ni siquiera puede estar segura.

Su vecino de celda la observa durante lo que parece una eternidad antes de suspirar y volver a apartar la mirada hacia el techo.

—Pero las cosas cambian. Y las personas también —murmura. Sus ojos claros caen sobre ella de soslayo—. Y Darien jamás me perdonaría que te dejara aquí.

Lilith da un respingo y levanta la vista hacia él, incrédula.

—¿Significa eso que vas a ayudarme?

—Significa que nunca me he planteado no hacerlo. Descuida, santa. Vamos a salir de aquí.

AMMARAH

Ammarah de Daiva nunca había estado en los calabozos de su propio palacio.

Jamás lo había considerado necesario, ni como princesa ni como reina. No recuerda que su padre bajara allí a menudo, tampoco, quizá por eso ni siquiera se le había pasado por la cabeza. O quizá no fuera eso. Si es honesta consigo misma, sabe que en el fondo nunca ha querido ir a ese lugar porque quería ahorrarse escuchar los lamentos de los reos u oler la podredumbre que gobierna ese espacio y que la obliga a llevarse un pañuelo empapado en agua de rosas a la nariz. Una rata pasa corriendo cerca de sus pies, pero ella se obliga a no alterar el rostro. Va acompañada de la Suma Celestial, del nuevo comandante de la guardia y de la que está considerada una de las sensibles más habilidosas del Templo, y no quiere mostrar el más mínimo signo de debilidad ante ellos. Ya le han dicho las veces suficientes que no tiene por qué estar aquí. Que ellos se encargarían. Que la prisión no es lugar para reinas.

Pero está harta de que otros decidan qué lugares son para ella y cuáles no.

Está harta de que otros decidan por ella. Punto.

La comitiva se detiene frente a una de las celdas y Ammarah la ve. La mujer de sus visiones está sentada contra la pared, con las piernas separadas y recogidas y los brazos esposados tras la espalda. Le han dicho que atraparla fue un reto, que se revolvió contra todos los guardias que pudo y que consiguió herir a varios de gravedad. Al final, lograron atraparla al abrirle tajos tanto en la pierna como en el costado, donde la sangre todavía fresca empapa la camisa raída y sucia que le han puesto tras haberla despojado del vestido que llevaba antes. Un vestido robado, como robadas son las apariencias que ha estado tomando desde Destino sabe cuándo.

Sin disfraces que la cubran, en la tez de ébano de la necromante se ven las marcas de los abusos de los guardias; su rostro está hinchado por los golpes y sus labios gruesos tienen varios cortes supurantes.

Pese a su aspecto demacrado, Ammarah no siente ni un ápice de compasión.

Esa mujer ha estado a punto de matarla, del mismo modo que ha matado a otras muchas personas más. La ha dejado sola en el mundo. Aunque nunca se ha sentido demasiado unida a sus tíos, eran la única familia que le quedaba. Aunque Rina era solo una doncella, la consideraba su amiga. Y, aun así, lo que más le duele es que ese sentimiento se había afianzado más en las últimas semanas que en todos los años compartidos a su lado. Tenía que haberse dado cuenta de que sucedía algo. Tenía que haberse dado cuenta de que la Rina que conocía no hablaba tanto de política, que por lo general se hacía pequeña o se escandalizaba con las cosas más ridículas y que, sobre todo, jamás habría cuestionado al Consejo como lo hacía en los últimos tiempos. Rina habría sido la primera en

instarla a rezarle todos los días a Destino, mientras que la farsante no dejaba de alimentar sus dudas e intentar llevarla en otra dirección.

Durante todos los años que Rina estuvo a su servicio, la doncella nunca le había sugerido dar paseos por el jardín antes del amanecer, pero ha perdido la cuenta de cuántos ha compartido con esa extraña, sin saber que caminaba al lado de una asesina.

En todos esos años, Rina nunca había accedido a llamarla por su nombre de pila.

La traidora abre los ojos. Son del color del otoño, del marrón de las hojas cuando están listas para caer, aunque uno de ellos apenas es visible por lo hinchado que está. Pese a ello, nada en su rostro indica arrepentimiento, duda o miedo. La mira a ella directamente, sin ápice de respeto, y por primera vez en su vida Ammarah siente las ganas de obligar a alguien a humillarse. Quiere recordarle que es la reina de Daiva y que no tiene derecho a mirarla de frente.

En su lugar, respira hondo, endereza los hombros y dice:

—Adelante.

La Suma Celestial le hace un gesto con la cabeza a la sensible que la acompaña. Se llama Liora y parece más que acostumbrada a los calabozos, a juzgar por su expresión neutra. Una expresión que se convierte en disgusto solo cuando la prisionera, al ver su mano extendida, trata de evitar su toque.

—Esto no es necesario —gruñe la desconocida—. Podríais preguntar sin más.

—Podríamos, pero esto será más rápido y efectivo. —La voz de la Suma Celestial rezuma deleite—. A las preguntas se puede

responder con mentiras, pero el poder de Liora no fallará. Queremos verlo todo.

Pese a su resistencia, las manos de la sensible caen sobre el rostro de la necromante, que gruñe y cierra los ojos con fuerza mientras le arrancan los recuerdos uno a uno. Ammarah nunca había sentido satisfacción al ver el dolor de otra persona, pero, mientras esa mujer se retuerce, una parte de ella comprende lo que significa disfrutar del sufrimiento. De la venganza. Es una sensación cálida que se extiende desde su pecho al resto del cuerpo y se da cuenta, solo entonces, de que lo necesitaba. Necesitaba ver pagar a alguien que se lo mereciera, después de sentir tanta culpa por condenar a inocentes. Tendría que haber sido siempre así. Tendría que haber castigado solo a los criminales, en vez de utilizar los pecados de unos pocos para justificar una masacre. Porque eso es lo que han estado haciendo. Han masacrado pueblos enteros. En su afán por protegerse, han preferido expulsar y asesinar antes de preocuparse por la justicia.

Se han equivocado. Si no hubieran actuado así, si sus decisiones no hubieran sido un completo error desde el principio, habría podido disfrutar de ellas tanto como está disfrutando de ver cómo esa asesina se revuelve y gime cada vez que Liora hunde los dedos en su mente para arrancarle la verdad sobre su identidad.

Al menos, hasta que algo la detiene de manera abrupta.

La sensible deja escapar un jadeo y se echa hacia atrás de golpe, tan blanca como la túnica que lleva puesta. Rhea frunce el ceño mientras se acerca a ella.

—¿Liora? ¿Qué has visto?

La mujer traga saliva. Tiene los ojos negros muy abiertos, fijos en la prisionera.

—Muerte.

—¿Qué?

—Muerte ha estado aquí. Ella ordenó los asesinatos. Quiere acabar con la dinastía de Santa Aiva.

Ammarah nota que la satisfacción se le enfría en el pecho, sustituida primero por la incredulidad y, después, por el miedo. Por lo general, no piensa en esa Original. Su vida siempre ha estado regida por Destino y sabe que, siempre y cuando cumpla los designios de su dios, su alma estará a salvo de encontrarse con la diosa. Los caminos de los celestiales y Muerte no se cruzan más que en el momento de venir al mundo.

Entonces ¿cómo es posible que la diosa haya estado ahí? En su palacio, caminando por sus pasillos. Ha escapado incluso de sus visiones, porque, aunque ha podido ver a su enviada cumpliendo la misión que le ha encomendado, jamás la ha visto a ella.

—Cuéntaselo todo —gruñe entonces la necromante—. Dile que no quise matarla a ella. Dile que traté de evitarlo.

Ammarah da un respingo antes de fijarse en la mujer, que respira con dificultad y tiene los ojos entornados fijos no en la sensible, sino, una vez más, en ella. Todo su cuerpo se tensa bajo la fiereza de esa mirada y quizá por eso prefiere apartar la vista de nuevo hacia Liora. Espera que le diga que no es así, porque no tendría ningún sentido. Porque ningún necromante se opondría a una orden de su diosa y, por otra parte, ella no se merece más salvación que la que se merecían sus tíos.

Sin embargo, Liora no dice nada y eso es suficiente para que Ammarah sepa que su atacante está siendo sincera.

—¿Por qué?

La pregunta se le escapa como una reclamación, pero se da cuenta de que quizá no quiera saber la respuesta en cuanto abandona sus labios. Nada de lo que diga va a borrar ya la muerte de sus tíos. Nada va a borrar que estuviera dispuesta a clavarle ese cuchillo. Iba a hacerlo.

La necromante abre la boca para responder, pero otra voz se le adelanta:

—Incluso las asesinas más impías son conscientes de las consecuencias de matar a una reina. —La Suma Celestial apoya una mano sobre el hombro de Ammarah. Es un gesto maternal, pero dista mucho de ser reconfortante. Si acaso, sus palabras están impregnadas de una nota condescendiente—: No la escuchéis, majestad. Si le dais la oportunidad, intentará envenenaros el pensamiento.

La necromante suelta una carcajada sardónica.

—Qué irónico: yo diría que lo de meterse en la cabeza de los demás se te da mucho mejor a ti, vieja.

—¿Cómo te atreves, hereje? —No es Rhea quien responde, sino el Ojo de la Muralla, que se adelanta para acercarse a ella y tirarle del pelo trenzado para exponerle el cuello y amenazarla con un cuchillo —. Pide perdón, desgraciada.

Lo único que hace la necromante es escupirle a la cara. El capitán de la guardia tarda un instante en reaccionar, incrédulo, y Ammarah está segura de que va a matarla cuando aferra con un poco más de fuerza los cabellos. Va a acabar con ella sin necesidad de recibir

ninguna orden. Y quizá por eso, porque le molesta que alguien sienta que puede tomar esa decisión sin que ella la apruebe, clama:

—Detente.

Elijah frunce el ceño y alza la mirada hacia ella. No le gusta cómo la mira. Como si creyera que se ha vuelto loca o, peor todavía, que es estúpida.

—Majestad, ya no necesitamos a esta sucia rata para nada. Ha matado a vuestros tíos y tiene órdenes de mataros a vos también. No podemos dejarla viva. Cada segundo que ella respira os pone en riesgo.

Ammarah siente que le pican las mejillas de la vergüenza y la rabia ante su tono aleccionador. Por otro lado, quizá sea esto lo que se ha ganado al dejar que otros susurren en su oído y se le cuelen en la cabeza, justo como esa extraña ha señalado.

—Eso lo decidiré yo.

—Majestad, ser Elijah tiene razón, deberíamos… —comienza Rhea.

No. No va a dejar que otros sigan diciéndole qué hacer.

—¿Cuál es tu nombre, necromante? —interrumpe ella—. El de verdad.

La mujer la observa, todavía sujeta por el comandante. Aunque es difícil leer su expresión, a la monarca le da la impresión de que la está analizando.

—Dyne —responde, y la reina se fija en Liora, que asiente—. No gano nada mintiéndote ahora, Ammarah.

La muchacha contiene la mueca de disgusto que está a punto de escapársele. No soporta escuchar su nombre de esa boca, de esa voz tan diferente a la de Rina. Es más grave, más fuerte. Su doncella hablaba con suavidad, con dulzura, pero esa mujer es todo lo

contrario. Pese a que está herida y esposada, hay una firmeza en ella que le genera tanto desagrado como envidia.

—No tienes ningún derecho a llamarme así, asesina... Muestra más respeto.

La sonrisa que dibujan esos labios dañados, tan irónica, hace que tenga ganas de decirle a Elijah que ha cambiado de opinión, que tiene permiso para acabar con ella o, como mínimo, cortarle la lengua.

—Todo lo contrario: tengo más derecho que nunca, porque ya no tengo que fingir que eres mi soberana. No lo eres. No lo has sido jamás. Ahora, de hecho, puedo decirte todas las cosas que antes estaba obligada a callarme.

Ammarah aprieta los puños hasta que siente que el sello real se le clava en la piel.

—No la escuchéis, majestad —interviene la Suma Celestial—. Solo trata de provocaros. Acabemos con esto. Liora ya tiene toda la información que necesitamos sobre ella y…

—¿Y qué cosas son esas?

Se niega a apartar la vista de la necromante, que sonríe un poco más ante la pregunta. O quizá tan solo le agrade saber que su atención es para ella antes que para Rhea, a quien ha ignorado. Ni siquiera parece sorprendida de que sienta curiosidad, como si la conociera a la perfección, pese a que para ella no es más que una extraña que ha intentado acabar con su vida.

—Que es una lástima que solo seas un títere. Podrías haber sido una soberana magnífica si no hubieras dejado que otros te moviesen a su antojo. Estabas destinada a ser la reina que lo cambiaría todo, pero ¿era así como querías hacerlo? ¿Es así como querías ser

recordada? Ammarah I de Daiva, la Exterminadora. ¿Ese es el legado que querías dejar? Me llamas asesina, pero, dime: después de toda la gente que ha muerto bajo tus órdenes, ¿qué crees que eres tú?

Dos golpes llegan a la vez: el que Ammarah siente en su interior, en la boca de ese estómago que no deja de arder con cada palabra que ha pronunciado esa mujer, y el que Elijah inflige a la necromante cuando le clava el cuchillo en la pierna.

Todos los presentes escuchan el alarido de dolor de la prisionera. El ataque es tan sorpresivo que es incapaz de contenerlo, aunque al instante siguiente aprieta los dientes y se niega a dejar salir un solo sonido más.

—Dadme la orden y acabaré con ella, majestad —gruñe el comandante.

Pero la joven reina solo alza la barbilla.

—No. Mantenedla viva. Para los necromantes, la muerte ni siquiera es un castigo, así que me encargaré de pensar algo más apropiado para ella.

—Pero majestad…

—Ya me habéis oído.

Espera que sus palabras suenen definitivas cuando le da la espalda a todo el mundo y sale de la celda. Barbilla arriba, espalda recta, rostro sin expresión. Esa es la reina que debe ser. Ammarah se siente de nuevo en un escenario, obligada a interpretar un papel que no ha tenido tiempo de prepararse lo suficiente.

Y, en esa actuación, no puede permitir que nadie vea que está temblando.

DYNE

Dyne no es ajena al dolor. Lo ha infligido de muchas maneras y lo ha sentido en sus propias carnes. Ha visto a gente sufrir y se ha quedado de brazos cruzados o ha ofrecido misericordia y ha acabado rápido con la agonía según el caso. Ha torturado para conseguir sus objetivos, porque a veces el dolor es la única manera de conseguir que alguien diga la verdad. En otras ocasiones, sin embargo, pasado un punto de rotura que es demasiado difícil de calcular, la persona abandona la sinceridad y simplemente te dice lo que cree que quieres escuchar.

Pese a todo, nunca ha disfrutado demasiado del dolor de otros. Ni ella ni Derek ni Caleb creen que el sufrimiento vaya a hacer que una persona se arrepienta de nada, así que intentan ser eficientes. Matan para llevar a cabo el trabajo y se marchan.

Está claro que los celestiales no comparten esa opinión.

Lo piensa cuando el comandante de la Guardia Celestial le clava el cuchillo y lo vuelve a pensar cuando, unos minutos más tarde, después de que la reina haya abandonado la prisión, hunde la punta de su bota en la herida que le abrieron en el costado al atraparla. La oleada de dolor la deja sin respiración.

—¿Qué deberíamos hacer con ella?

Las palabras del hombre son afiladas. La obliga a alzar de nuevo el rostro y la mira con genuina curiosidad, como si estuviera planteándose un sinfín de posibilidades y le costara decantarse por una.

—La reina ha dicho que no puede morir. —La Suma Celestial también la observa, aunque Dyne no es capaz de identificar ninguna emoción en su expresión partida—. Pero estoy segura de que no se opondrá a que la castiguen por intentar escapar.

La necromante entrecierra los párpados. Tiene claro cuál ha sido el único error que ha cometido en los días que ha pasado en ese reino: no acabar con esa mujer. Debería haberlo hecho hace tiempo, aunque nadie se lo ordenase. Podría haber fingido que era otro humano corrupto que era necesario erradicar, como los brujos consumidos que cazaba hace años. No cree que haya mucha diferencia y a veces la única manera de impartir justicia es tomarla con tus propias manos.

—Es curioso: tenía entendido que para los celestiales era pecado mentir, pero está claro que no todos seguís vuestros preceptos de la misma manera. ¿Cuándo fue la última vez que dijiste una verdad, Rhea?

La celestial enarca las cejas al escucharla pronunciar su nombre, pero ni siquiera necesita decir nada. El dolor estalla cuando el comandante le propina un puñetazo y después le golpea la cabeza contra la pared. El segundo impacto es tan fuerte, tan agresivo, que el mundo se inclina a un lado, pierde nitidez y colores, se queda en silencio excepto por un pitido que le revienta los oídos. Cuando todo vuelve, tras unos instantes, se siente tan mareada que la boca se le

llena con el sabor del vómito que tiene que tragarse. El corazón le late bajo el pelo, en las sienes, dentro de las orejas. No es consciente de que se ha derrumbado hasta que el borde de la túnica de la Suma Celestial casi le acaricia el rostro.

Pese a todo, la necromante le dedica una sonrisa desde el suelo, con los labios y los dientes teñidos de una sangre que escupe y mancha la prenda inmaculada.

—¿Qué vas a hacer cuando Ammarah se dé cuenta de que eres incluso más embustera que yo? —balbucea. Le duelen las encías y le cuesta pensar. Ni siquiera está segura de que las palabras le salgan en el orden correcto.

La Suma Celestial está tranquila cuando se inclina sobre ella, apoyando el peso de la mitad de su cuerpo sobre el bastón que siempre lleva con ella. Elijah, a su lado, no se despega del cuchillo. Las gotas de sangre se deslizan todavía por el acero.

—Mi dios entiende que cada una de mis mentiras son por su bien y su gloria, así que me las permite. A veces son necesarias —susurra solo la mitad de esa mujer. La cara anciana, decrépita, a un suspiro de convertirse en un cadáver.

—Y a veces hacen falta cosas mucho peores —murmura la mitad joven que tanto se parece a su hija.

—Por Destino, lo que sea —dicen las dos a la vez, a destiempo.

—Por Destino —repite el hombre cuya cara quiere robar.

Dyne se da cuenta de que está delirando solo cuando el dolor vuelve con más fuerza que nunca. Cuando le presionan la cabeza contra el suelo y esta vez el cuchillo cae sobre ella sin clemencia alguna.

Una.

(Su ojo).

Y otra.

(Su mano).

Y otra vez.

(Su pierna).

Dyne no es ajena al dolor.

Pero ese día el significado de la palabra se completa con sus gritos.

IV
TIEMPO IRRECUPERABLE

ELIRA

Durante los tres días que siguen a la proclamación de Astrey como nuevo emperador de Odelia, Elira evita encontrarse con él. Por suerte, el palacio es lo suficientemente inmenso como para que no resulte demasiado complicado, aunque eso no significa que Astrey no intente acercarse. Pese a que no la busca y no fuerza su presencia, tanto ella como sus acompañantes reciben invitaciones para desayunos, comidas y cenas cada día. Aparecen en forma de notas manuscritas que se deslizan por debajo de la puerta o entran volando por las ventanas y a Elira le recuerdan más de lo que le gustaría a todas las cartas que se enviaban hace años.

El único que ha accedido a acompañar a Astrey en alguna de esas comidas es Tamir. Lo ha hecho porque él considera que podrían sacar algo bueno de la situación, sin importar cómo hayan llegado hasta ella. Bajo su punto de vista, prefiere a Astrey en el trono antes que a cualquier otro brujo. Sí, los ha engañado, los ha utilizado, pero no cree que Odelia vaya a ser peor de lo que era bajo el mandato de Iraides. Quizá, de hecho, puedan colaborar para crear algo mucho mejor. Durante esos días, incluso les ha recordado que ni Los Elires

ni Los Arlequines han actuado siempre de la manera más honorable. En ocasiones ellos también han mentido, también han fingido ser quienes no eran. En muchas misiones no han dudado en hacer lo que fuera necesario para alcanzar sus objetivos. Se han infiltrado en lugares en los que han tenido que ganarse la confianza de otra gente para obtener algo, ya fuesen recursos o información. Han matado y no siempre ha sido por justicia.

Y, con respecto al Amuleto, ya habían aceptado que Nathan lo tuviera y colaborase con ellos. Ya habían asumido que a veces podía resultar una ventaja importante.

Por supuesto, Denna opina justo lo contrario que su amigo. Desde su perspectiva, la traición de Astrey es imperdonable y sus pecados nada tienen que ver con los que ellos puedan haber cometido. Si sus intenciones fueran buenas, no las habría escondido. Si pretendiera mejorar las cosas para todo el mundo, habría hecho partícipes a los demás de su plan. Está furiosa y asqueada y lo ha dejado claro cada vez que ha tenido oportunidad, y lo cierto es que Elira está de acuerdo con ella. Mantenerse a su lado le ayuda a mantener la rabia encendida, a no dejar que se enfríe, a no dejar paso a nada más. Probablemente Denna es consciente de ello también y por eso apenas la deja sola.

—Me ha dicho que quiere ayudar a Ilan —les ha contado Tamir esa misma mañana, después de reunirse con ellas en los jardines—. Me ha pedido que me ponga en contacto con Garnet para que le hagamos un listado de todo lo que necesitamos. Acepta la independencia del territorio y solo quiere establecer una alianza con ellos. No sé, yo diría que eso no es lo que el Inmortal o la emperatriz habrían hecho, ¿no?

—Es una víbora embaucadora —ha replicado Denna—. Lo ha sido todo este tiempo y sigue siéndolo. No vamos a seguirle el juego. Esperaremos a la reunión con la canciller de Orlaith y nos iremos, ¿verdad, Elira?

Aunque ella ha asentido, no ha dicho ni una sola palabra, porque una parte de ella empieza a no saber qué pensar. Todavía está enfadada, todavía se siente utilizada y odia la idea de haberse dejado engañar, pero Astrey siempre ha tenido la capacidad de nublarle el juicio y convertir la línea que separa lo correcto de lo inmoral en algo imposible de discernir. Desde la Noche de las Bestias, Elira ha tenido mucho tiempo para pensar, más del que desearía. Ha caminado por los corredores interminables de palacio y ha dejado que estos la guíen por su historia; ha encontrado la biblioteca y se ha hundido en algunos de los libros en un intento de hallar en el pasado respuestas para el presente. No las ha encontrado. Lleva días moviéndose entre el odio y la comprensión, entre la traición y la duda, entre el desprecio y el miedo por culpa de unas ideas que le parecen demasiado peligrosas y las dudas sobre lo que ella podría llegar a hacer en esa situación.

Elira no recuerda ni un día de su vida en que no tuviera un objetivo marcado. Cuando era pequeña, eran metas sencillas, como ayudar lo que pudiese en el refugio y hacer que su madre y su hermana se sintieran orgullosas de ella. Tras la muerte de ambas, el objetivo se convirtió en defender su legado, en recuperar su pueblo o, por lo menos, luchar por él. Ahora ha elegido centrarse solo en Orlaith porque al menos esa misión no ha cambiado, incluso cuando el resto del mundo sí lo ha hecho y se tambalea cada vez más bajo sus pies.

Por eso, cuando Astrey aparece esa tarde en la puerta de su cuarto y le comunica que la canciller de Orlaith la espera en su despacho, ella decide ignorar el pinchazo que le provoca verlo y se llena el pecho de aire y de determinación. Tan solo le dedica un asentimiento antes de pasar por su lado como si no fuera más que ese desconocido que quiere ver en él.

—Elira.

Ella se detiene y se permite mirarlo de soslayo. Han pasado solo tres días desde que subió al trono, pero algo en él grita que ese palacio siempre ha sido su lugar. Aunque la emperatriz vestía de negro, él viste de rojo y dorado e incluso ha modificado la corona de oro y rubíes para convertirla en una diadema llena de serpientes que luce sobre su frente como un abalorio más. Como muestra de que se había estado conteniendo y ya no le queda nada más que reprimir, no ha vuelto a atarse el pelo.

Elira odia reconocer que su aspecto nunca había sido más andrógino ni más atractivo, tanto que resulta casi inhumano. Le dan ganas de destrozarle la cara con las uñas y convertirlo así de nuevo en algo imperfecto y mortal.

—Buena suerte.

Sus ojos grises buscan los suyos casi con desesperación, Elira es consciente de ello. Astrey quiere un choque, un encuentro que le deje ver algo de lo que se le pasa por dentro, pero precisamente porque esa serpiente siempre ha sabido meterse en su organismo a través de las cuencas, de la boca o de los oídos, no se lo permite.

Le da la espalda y, sin palabras, sigue su camino.

En el despacho espera una mujer, aunque no está sentada en ninguno de los sillones del cuarto: su imagen se proyecta en uno de

los ventanales. Tiene la tez del color de la arena mojada y un rostro anguloso que deja entrever esa dureza de la que Elira había escuchado hablar cada vez que alguien le traía noticias sobre la canciller. No es solo una política, también es una guerrera, y esa es una de las razones por la que la mayoría de la gente en Orlaith la respeta y también es el motivo por el que ha conseguido mantener el puesto durante los últimos quince años. Hay cosas que no cambian y su nación siempre ha apreciado la fuerza. No en vano es un reino nacido de la roca, aledaño a las montañas. Desde sus orígenes, si algo ha caracterizado al pueblo orliano, ha sido su capacidad de resistencia.

—Ratna Adisen —saluda Elira en cuanto la puerta del despacho se cierra a su espalda. La mujer, que estaba con la atención fija en unos documentos, se vuelve hacia ella—. Llevo toda la vida escuchando cosas sobre ti.

—Elira Surya, supongo —responde la canciller. Cuando cruza los brazos, Elira se fija en el derecho. Es bestial, semejante a la pata de un tigre—. Lo cierto es que yo no había escuchado tu nombre hasta hace muy poco, aunque eso no significa que no hubiera oído hablar de ti antes. Tú y los tuyos me habéis dado algunos problemas en los últimos años.

—Lo considero un halago.

La canciller decide ignorar su comentario.

—Aun así, admito que me tienes un poco confundida, Surya. Al fin y al cabo, lo único que sabía de ti hasta esta mañana era que eras una rebelde antiimperialista, pero al parecer eso depende solo de quién ocupe el trono de Odelia, ¿no?

Elira siente el comentario como un arañazo de esa garra animal, directo a la cara. Venía preparada para eso, para palabras suaves cargadas de veneno o para ataques directos y afilados. Sin embargo, ese le sorprende demasiado como para reaccionar con la agilidad que le gustaría. Nota que le da de lleno, que le escuece, pero es solo un instante antes de que sea capaz de asimilarlo y sentirse ofendida.

Quiere decirle que se equivoca, que estar en ese palacio o que Astrey le haya conseguido esa audiencia no significa que apoye el Imperio. No lo hace. No va a hacerlo jamás. Antes de que pueda defenderse, sin embargo, la canciller se echa hacia atrás en su asiento y continúa:

—Dime una cosa, Surya: ¿la idea de dejar que los territorios elijan su permanencia o su separación del Imperio ha sido de nuestro nuevo emperador o tuya?

Ese es otro golpe inesperado, y esta vez ni siquiera es capaz de disimular lo mucho que le sorprende. Lo deja ver en sus ojos abiertos, en la manera en que se le separan los labios y, aunque la canciller no pueda oírlo, en el vuelco que le da el corazón.

—Por tu cara supongo que realmente ha sido idea suya —señala Ratna.

Elira calla, sin saber qué decir. No era así como había imaginado esa conversación. Se ha pasado días enteros calculando las palabras que usaría, la manera en la que formularía la única propuesta que le parece justa para la nación por la que lleva luchando toda la vida, pero de pronto se queda en blanco.

—¿De qué estás hablando?

—El emperador nos ha informado a todos los cancilleres de que la autonomía de nuestros territorios se someterá a votación entre el

pueblo, por deseo expreso de la corona. —Ratna Adisen enarca las cejas y hace un ademán con la garra demoniaca que tiene por mano derecha—. Me resultó una idea tan irrisoria viniendo de alguien que acababa de tomar el poder a la fuerza que di por hecho que tenía que haber otra persona tras ella. Cuando nos quedamos a solas y mencionó tu nombre y tu legitimidad como heredera del trono de Orlaith, di por hecho que habías sido tú. Supongo que me equivocaba.

No, quizá no se equivoque. Astrey intentó ofrecerle Orlaith y fue ella quien le dijo que no podía decidir por los territorios. Ha sido ella también quien se ha negado a tener nada que ver con el Imperio tal y como ahora existe. Fue ella quien le dejó claro que pensaba que podía terminar siendo igual que su padre.

Y de pronto tiene claro que esa es su manera de demostrarle lo distinto que puede ser.

Traga saliva, pero intenta no pensar en él. En sus juegos, en las cosas que no le dice, en sus planes silenciosos. Podría haberla informado de esto. Podría haberlo compartido con ella y… No, no podría. Elira no le ha dado ni la más mínima oportunidad durante esos días. Si hubiera intentado hablarle sobre esta decisión, lo más probable es que ni siquiera lo hubiera creído. Habría pensado que era una trampa, una manipulación más. Ni siquiera ahora puede estar convencida de que no sea así.

Se obliga a centrarse. Alza la barbilla y recuerda ante quién está y, sobre todo, quién es ella al margen de esa serpiente que siente por todas partes. La nota enredada desde los tobillos hasta el cuello y amenaza con no dejarle respirar, con no dejarle pensar. No lo puede permitir.

—El emperador toma sus propias decisiones, pero sabe que Orlaith es, sobre todo, asunto mío. —Escucharse le da fuerzas, le recuerda quién es y qué debe sacar de esa conversación—. Me ofreció el territorio en cuanto tomó el trono, ¿te ha contado eso?

—Sí. Se ha encargado de dejarme muy claro que, si por él fuera, ya me habría destituido y tú serías reina. —Elira mantiene la expresión serena pese al nudo que se le hace en el pecho—. Pero, al parecer, y según sus palabras, «es ella quien decide qué quiere hacer». Así que aquí estoy, esperando a que me digas qué pretendes. Supongo que esperas que Orlaith se declare independiente y gobernar estas tierras como llevas años deseando hacer, ¿no es así?

Hay un desprecio implícito en sus palabras, en la manera en la que arruga la nariz mientras la observa.

Pero esa mujer se equivoca con ella.

—Espero que mi pueblo elija la independencia, sí. Pero eso no significa que espere que me elijan a mí.

Ratna Adisen entorna los párpados antes de inclinarse hacia delante, apoyar los codos sobre la mesa ante la que está sentada y posar la barbilla sobre su mano humana.

—Ah, ¿no?

—No. Te lo he dicho: llevo muchos años escuchando hablar de ti. Sé que llegaste a canciller por méritos propios, sin ningún tipo de conexión previa con la emperatriz. Comenzaste siendo solo una soldado y sigues en el puesto porque eres inteligente pero, sobre todo, querida. —Elira aprieta las garras. Ese ha sido siempre el verdadero problema—. Si no lo fueras, ya habría intentado recuperar mi trono mucho antes, Adisen. Pero hace muchos años que le

ofreces a los orlianos lo que ellos más anhelan: seguridad. Estabilidad. Obedecías las órdenes de la emperatriz y has colaborado con el Imperio como una buena vasalla, pero no has abusado de tu poder y has intentado que la gente en Orlaith viva bien bajo el yugo de Odelia. Sí, has sacrificado nuestra historia y nuestra cultura, has permitido que arrasasen nuestros símbolos y nuestra lengua y has dejado que todo el mundo se convenza de que pertenecer al Imperio es lo mejor que les podría haber pasado. Le besabas los pies a Iraides de Odelia, pero por lo demás te has preocupado de la región y de sus gentes, les has convencido de que contigo están a salvo. Tú no eres como Fabrice Lambersen u otros cancilleres que abusan del pueblo. Si lo fueras, volver a mi hogar y recuperar mi legítimo puesto sería mucho más fácil.

Ratna le dedica el asomo de una sonrisa que indica que sabe a qué se refiere. Que, tal vez, esa haya sido siempre su intención. Es mucho más difícil derrocar un gobierno cuando el pueblo está convencido de que el actual es la opción más conveniente.

—¿Qué quieres decirme con todo esto, Surya?

—Que soy consciente de que Orlaith necesita estabilidad y que yo soy una desconocida para sus habitantes. La sangre que corre por mis venas no me hará más digna de ser su gobernante. ¿Crees que no sé que la mayoría de la gente ya ha olvidado a la dinastía de la que provengo, mientras que tú has sido una constante en sus vidas durante los últimos años y no les has dado más razones para odiarte que ser una enviada del Imperio? No soy estúpida.

Ratna calla durante unos segundos. Esta vez es ella quien tiene que calcular su siguiente movimiento, porque no se esperaba este tipo de batalla.

—¿Cuál es el pero? Sé que hay uno. Estoy esperándolo.

—*Pero* confío en poder enseñarles un poco de quién soy. —Elira avanza hacia el cristal en el que se refleja la canciller, hasta que le da la falsa impresión de estar a tan solo un paso de la Fortaleza de Hierro, a tan solo un paso de ella—. El miedo es una fuerza poderosa y tú la has usado en tu beneficio durante mucho tiempo, Ratna. ¿De verdad eres buena gobernante o solo eres lo mejor que han tenido desde Yuda? La línea es demasiado fina. Orlaith no ha tenido alternativas. No ha podido elegir. Y yo quiero permitirles hacerlo. Astrey tiene razón: con su beneplácito, podría tomar el trono mañana mismo, pero quiero que lo primero que sepan los orlianos de mí es que no voy a ser una imposición más. Del mismo modo que creo que es justo que puedan elegir entre la independencia o seguir bajo el yugo de Odelia, quiero darles a elegir entre tú y yo.

Ratna Adisen no se ríe de su propuesta, sino que la observa como si no hubiera reparado en ella hasta entonces. Después, con una calma casi ofensiva, vuelve a reclinarse en su asiento.

—Nunca te elegirán.

—Quizá —accede ella, aunque no permite que su rival vea la angustia que le genera esa idea—. Pero al menos habrán podido decidir y sabrán que para mí lo más importante nunca ha sido el trono, sino su libertad. Y no estaría respetando su libertad si los obligara a aceptarme como gobernante solo por haber nacido del vientre adecuado.

La canciller alza las cejas.

—Eres una idealista, Elira Surya, y el mundo no está hecho para las personas como tú. —La princesa aprieta los labios y Ratna

continúa antes de que ella pueda protestar—: Pero está bien. Será como propones: que decida el pueblo. El emperador nos ha citado a todos los cancilleres en su palacio en tres semanas para comunicar las elecciones de nuestros territorios. Llevaré la respuesta entonces.

Tres semanas. Elira odia la idea de quedarse tanto tiempo en ese lugar, cerca de Astrey, pero sabe que es un tiempo aceptable considerando la magnitud de las decisiones a tomar.

—Hay algo más.

Ratna esboza el asomo de una sonrisa irónica.

—Siempre lo hay. ¿De qué se trata?

—Los rebeldes. —La princesa de Orlaith hace un ademán más allá de la ventana, pensando en todas las personas que se ocultan en las montañas y también en las que han encontrado un segundo refugio en ese Ilan libre, las que durante años han puesto todas sus esperanzas y su fe en ella—. El pueblo de Orlaith que tú no conoces. Un pueblo que tuvo que exiliarse y permanecer oculto. En caso de que tú seas la elegida, quiero que aquellos que lo deseen puedan volver al hogar que una vez se les arrebató. Quiero que se les asegure alojamiento y que, a todos aquellos que estén en disposición de trabajar, se les ofrezca una forma de mantenerse por sí mismos. Por supuesto, no sufrirán represalias por los golpes que hayamos podido dar en los últimos años.

—¿Y qué pasará contigo?

No lo sabe. Nunca se ha permitido pensar en esa posibilidad.

—Eso es problema mío.

—No, no me has entendido, Surya. —La expresión de Ratna se vuelve inflexible, sus pupilas se convierten en dos agujas finísimas—. Has sido la cabecilla de un grupo rebelde durante más de una

década. Eso tiene consecuencias. Si yo gobernase, tu presencia en mi territorio podría entenderse como un desafío. Y quieres que Orlaith sea libre y que su gente esté a salvo, ¿no es cierto? Eso significa que no podemos arriesgarnos a una guerra civil. No queremos diferentes bandos dentro de una región que debería estar unida. —Elira se tensa, consciente del giro en la conversación. Ratna paladea las siguientes palabras antes de soltarlas—: Así que aceptaré tu condición si tú aceptas la mía: en caso de que la gente me elija a mí, tú jamás podrás regresar a Orlaith. Por descontado, tampoco podrás pisar la región antes de que la decisión sea tomada.

La sentencia hace que Elira se quede helada, tan sorprendida que tarda mucho más de lo que le gustaría en reaccionar. Nunca había contemplado un escenario similar. De hecho, había pensado en mantener a esa mujer lo más cerca posible una vez llegase al poder, no todo lo contrario. Aunque, por otro lado, tiene sentido que alguien como Ratna piense así. Es una estratega y es consciente de que su fortaleza reside precisamente en que muchas personas no tienen ni la menor idea de quién es Elira Surya, más allá de algunos cuentos sobre rebeldes, arpías y una dinastía perdida. No quiere arriesgarse a que eso cambie.

Eso también implica que en el fondo teme perder su puesto. Si se está protegiendo de esa manera es porque no está tan segura de que el pueblo vaya a elegirla.

Elira respira hondo, porque mantenerse lejos de Orlaith en las próximas semanas le da la ventaja a su contrincante y renunciar a pisarlo para siempre es un precio alto. Pero entre Los Elires viven demasiadas personas que confían en ella. Entre Los Elires hay

ancianos que ya no recuerdan lo que es vivir bajo la luz del sol y niños que ni siquiera conocen el concepto de ciudad.

Es por ellos que asiente.

—Está bien. Pero, si yo soy elegida, tú te postrarás ante mí —añade antes de que Ratna pueda sonreír—. Soy consciente de que eres una mujer leal, así que me jurarás esa lealtad ante todo el mundo y te pondrás a mi servicio. Esa es otra gran manera de evitar una guerra civil.

Eliminar al enemigo u obligarlo a unirse a ti. Esas son las únicas alternativas para evitar que los bandos de dos posibles gobernantes se enaltezcan y dividan un territorio que no debe sufrir más.

Aunque es obvio que a Ratna no le gusta la idea, Elira ha accedido a sus condiciones, así que finalmente incluso ella tiene que asentir.

—Así será. Que Orlaith decida su suerte.

ASTREY

Astrey ha sido desafiado un total de ocho veces en los últimos tres días. Lo han retado todo tipo de brujos, desde un alto mando de la Guardia Imperial hasta una mujer que perdió el control de su demonio mientras luchaba. Todos ellos, sin embargo, lo miraron al entrar en el salón del trono como si no comprendieran cómo había llegado hasta ahí. En sus ojos ha visto el brillo de la vanidad que nace de infravalorar a tu enemigo y, por sus expresiones cuando caían, era obvio que no se podían creer que no hubieran conseguido imponerse. De los labios de sus contrincantes han salido, una y otra vez, comentarios sobre su aspecto, sobre su ilegitimidad, sobre la carencia de honor en su victoria sobre Iraides. Casi todos han observado el Amuleto del Tiempo alrededor de su cuello con ambición, conscientes de que es una recompensa más apetecible que la propia corona.

Astrey podría haberlos matado a todos. El demonio en su interior no ha dejado de sugerirlo en cada una de las batallas. El propio Amuleto parecía instarlo a ello, susurrándole que lo usara sin piedad, aunque él ha sido capaz de resistir la tentación y no lo ha puesto en marcha ni una sola vez. En un ejercicio de contención, ha dejado

que quienes se han rendido salieran del palacio por su propio pie, consciente de que, para ellos, vivir con la vergüenza de haber sido derrotados por «un niño», por «un tramposo» o «alguien indigno» es mucho peor castigo que la muerte. De esos ocho brujos, solo tres han muerto, porque no le han dejado otra opción.

De esos ocho duelos, Astrey no ha sentido miedo en ninguno de ellos. Del mismo modo, no ha dudado a la hora de reunir a los cancilleres. No puede permitirse ninguna de las dos cosas: ni el miedo ni las dudas. Si él mismo no se cree su valentía, nadie lo hará. Tiene que mantener la máscara en su sitio, la sonrisa en su sitio, porque en el momento en el que alguien vea una sola debilidad, la utilizarán contra él. Ilan le enseñó eso. Ilan le enseñó la importancia de actuar todo el tiempo, de no bajar la guardia, de no olvidar nunca que tiene el poder de controlar a los demás, de manipularlos, de hacer con ellos lo que quiera.

En todo ese tiempo, solo ha habido dos personas capaces de ver a través del disfraz. Una, porque lo conoce de antes de que empezara su nueva vida, y Astrey ya se ha asegurado de dejarla encerrada en las profundidades de ese palacio.

Y la otra…

La otra sí consigue despertar el miedo en él. De hecho, lo siente mientras espera a que salga del despacho. El desasosiego se parece mucho a cuando su demonio le clava las garras desde dentro, a cuando ruge y protesta y amenaza con arrancarle el control de las manos, quizá porque ya ha entendido que ha perdido el norte en todo lo que tiene que ver con Elira. La criatura en su interior no está feliz con lo que ha hecho, pero no importa, porque su objetivo ahora es demostrarle a la bruja que la escucha, que no es la persona

egoísta que lo acusó de ser en su última conversación, que sus objetivos siguen siendo los mismos.

Necesita convencerla de que juntos pueden hacer realidad cualquier utopía que ella se atreva a soñar.

La puerta de la sala de música, en la que él ha decidido refugiarse mientras Elira tenía su conversación, se abre justo en ese momento, sin llamadas ni peticiones de permiso. No las necesita. Siempre que Elira quiera encontrarlo, el palacio se encargará de cumplirle el deseo, y por eso ella aparece bajo el umbral. La mirada de la bruja cae directamente sobre él, pero se desvía un segundo para observar la estancia, con sus instrumentos repartidos por todos lados, los divanes y los sillones, los recuerdos que cantan desde las esquinas. Astrey lleva un buen rato sentado en el estrecho banco delante del clavicordio, aunque tiene las manos entrelazadas sobre el regazo. No se ha puesto ahí porque le guste tocar, sino porque le ofrece una reconfortante sensación de familiaridad. Todavía recuerda algunas de las lecciones que le dieron en ese asiento, cuando los pies ni siquiera le llegaban al suelo, cuando aprender era un juego y no una obligación. Incluso le suenan las partituras olvidadas en el atril.

Cuando los ojos de Elira vuelven a los suyos, él es el primero en bajar la vista hacia las teclas, como si estuviera muy ocupado pensando en la posibilidad de una canción.

—¿Ha ido bien?

La pregunta cae de sus labios con fingida despreocupación, casi con desinterés, pero está seguro de que no va a poder engañarla antes incluso de terminar de hablar. Tiene que ser consciente de que se muere por saber lo que ha pasado dentro de ese despacho.

—¿Qué estás haciendo, Brynsen? —pregunta ella en respuesta, frustrada. Astrey escoge su expresión más inocente para volver a mirarla—. Primero la ayuda a Ilan y ahora esto. ¿De verdad vas a dejar elegir al pueblo?

No sabe de qué lo está acusando exactamente. Sospecha que ella tampoco.

—¿No te parece buena idea?

Eso la enfurece todavía más.

—¿Te estás burlando de mí?

—Nada más lejos. —Astrey ladea la cabeza con toda la calma que ella parece a punto de perder—. He pensado en lo que me dijiste y he decidido que tienes razón: no puedo decidir qué hacer con los territorios, así que lo justo es permitir que sea el pueblo quien lo haga. Supongo que Ratna te lo habrá contado, pero tendrán tres semanas para darme los resultados. He convocado a los cancilleres en palacio, en persona. Si los territorios sobre los que gobiernan se quedan en el Imperio, me jurarán lealtad. Si se van, lo harán sabiendo que no les guardo ningún rencor y que les ofrezco mi ayuda para que el cambio sea lo más pacífico posible. Y para que sepan que hablo en serio, me he volcado en ofrecerle una mano amiga a Ilan: las rutas comerciales se han abierto de nuevo y ya estoy en contacto con Garnet para ofrecerle mi colaboración en todo lo que necesite y que la relación entre Ilan y Odelia sea lo más beneficiosa para ambas partes. Me parece un buen comienzo, aunque sé que todavía queda mucho por hacer. ¿Hay algo que no te suene bien?

Las garras que tan bien conoce se cierran en sendos puños con tanta fuerza que está seguro de que la princesa de Orlaith llega a

hacerse daño, pero, aun así, no las abre ni las vuelve contra él. Permanece muy quieta, todavía bajo el umbral, probablemente tan consciente como él de que el plan es perfecto, sin cabos sueltos.

Pese a la distancia que los separa, el abismo ya no da tanto miedo ahora que Astrey sabe que no puede caer más abajo, así que todavía se atreve a presionarla un poco más cuando el silencio se alarga:

—También es mi intención que Garnet esté aquí cuando vengan los cancilleres. Me gustaría que tuviera la oportunidad de hablar con ellos. Espero que de esa reunión salga el Evren más unido que se haya visto nunca.

—Qué ambicioso —masculla Elira al fin. Astrey siente la tentación de sonreír ante su ironía, pero se contiene—. ¿Has invitado también a la reina de los celestiales? Solo faltaría ella.

El espíritu se levanta en un movimiento fluido, sin llegar a tocar las teclas del clavicordio y, aun así, con música en los oídos. Sabe que perdió la anterior discusión con la orliana, pero le parece que en esta va ganando.

—No, esa invitación me la he ahorrado, dado lo poco pacíficas que han sido sus últimas acciones. Pero, ya que lo mencionas, creo que quien sí debería estar eres tú. Igual que en el caso de Garnet, puede serte de ayuda. Eres la legítima heredera de Orlaith, el resto de Evren debería conocerte más allá de las historias de miedo que se han contado sobre ti. Deberían saber quién eres. Lo que puedes hacer y…

—¿Por qué haces esto, Astrey?

«Astrey», no «Brynsen». El nombre, no el apellido. El espíritu decide considerarlo una victoria y empieza a caminar por la sala. No

se acerca a ella, no porque no quiera, sino porque el disfraz que lleva puesto no se lo permite. No debe mostrarse inquieto ni ansioso, no puede dejar que vea que está desesperado por su aprobación. Así que va hasta la ventana y se concentra en el horizonte. Desde allí se puede ver la manera en la que el mar se funde con el cielo, pero también alcanza a ver el reflejo de la princesa. No es una imagen nítida, pero al menos es consciente de dónde está en todo momento. De si se queda o se da la vuelta y se va.

—Este es el Evren que quiero construir, Elira. Entiendo que no puedas confiar en mis palabras ahora mismo, así que he decidido empezar a mostrártelo. Mi utopía puede parecer imposible, pero es más factible de lo que tú crees: un lugar en el que se hace lo que la mayoría decide, ya que no puedo contentar a todo el mundo; un sitio en el que podemos ser aliados incluso si no formamos parte de lo mismo. ¿No te gusta ese mundo?

—Sabes que esto no borra nada de lo que ha pasado, ¿verdad? —Escucha sus pasos amortiguados por la alfombra; ve su reflejo aproximándose, aunque no tanto como él querría—. Nada de lo que hagas traerá de vuelta lo que se ha perdido a lo largo de décadas enteras. No puedes borrar de la noche a la mañana lo que ha significado el Imperio hasta ahora.

—Ni lo pretendo, del mismo modo que tampoco pretendo ignorarlo —responde él, antes de girarse de nuevo para encararla—. Hay deudas que no puedo pagar, pese a lo mucho que me gustaría. Ni siquiera puedo disculparme en nombre de mi padre, porque no creo que él sintiera ninguna de sus acciones. —Astrey se encoge de hombros—. Así que lo único que puedo hacer es esto: ofrecer

alternativas. A no ser, claro, que quieras que use el Amuleto del Tiempo y trate de evitar todo lo que mi padre hizo en el pasado.

Esta vez es ella quien aparta la vista, entre la confusión, la molestia y la sorpresa. Es evidente que ya no está luchando contra él, sino consigo misma.

—¿Crees que alguien va a confiar en ti después de lo que has hecho? —replica, en un ataque que resulta demasiado torpe para venir de ella—. Le has dado la espalda a tus aliados. Has jugado con todos y cada uno de nosotros. Lo has hecho cada vez que alguien ha creído en ti y tú le has mentido a la cara… —Astrey abre la boca para protestar, pero ella alza la voz antes de que pueda hablar—. Contar verdades a medias y dejar que la gente asuma cosas sobre ti también es mentir, Astrey.

Sí, puede concederle eso. Puede que se haya estado mintiendo a sí mismo, de hecho. Puede que sea más fácil decirte que no le estás haciendo daño a nadie. Puede que haya llevado demasiado lejos la idea de convencerse a sí mismo antes de convencer a los demás.

—Nunca quise hacerte daño. Nunca quise… —El brujo se pasa la mano por el pelo, deseando encontrar las palabras—. No era mi intención jugar con nadie. He dicho la verdad muchas más veces de las que crees. Y tú lo sabes. Tienes que saber…

—¡No, no lo sé! —La expresión de Elira se llena de algo que se parece demasiado al dolor y Astrey siente un ramalazo en su pecho nada más verlo—. Te lo dije el otro día: no eres más que un desconocido. No sé cuánto de lo que me has contado a lo largo de los años es cierto, ya no sé dónde están tus lealtades o tus límites o… nada. No sé nada.

La última palabra que se le escapa suena hueca. Cansada. Como si hubiera perdido el significado y, con ella, se hubiera llevado también la energía de Elira e incluso el calor de la habitación. Astrey siente el frío, pese a estar cerca de la ventana en ese día soleado. La princesa de Orlaith, a solo unos pasos de él, se abraza a sí misma en un gesto protector. El brujo sabe que eso significa que el enfado está empezando a desvanecerse y, al contrario que en aquella primera discusión, ahora ella puede sentir más cosas. La traición, la tristeza.

No está seguro de que sea una mejora.

—Soy… Astrey. —Esta vez sí se atreve a dar un paso hacia ella—. A quien conociste en El Cuervo Tuerto. Con quien luego te peleaste en la biblioteca de Ilan. Soy la misma persona que dedicó noches enteras a escribirte cartas y dejó entre esas líneas más de lo que nunca le había confesado a nadie.

Elira cierra los ojos con una mueca que le hace pensar que en realidad no quiere escucharlo. Sin embargo, la puerta sigue abierta y ella no se mueve del sitio, así que duda que vaya a huir. No es de las que huyen, ni siquiera cuando él termina de cruzar la habitación y se detiene a unos pocos pasos, al tiempo que ella vuelve a abrir los párpados. Es lo más cerca que han estado desde aquel amanecer en el que discutieron en el despacho.

Aunque solo han pasado tres días, a Astrey se le antojan una eternidad.

—Aunque no lo creas, me queda muy poco por contarte de mí. De lo que importa, al menos. —Alza los brazos en un intento de abarcar esa habitación, ese castillo, Damira entera—. Sí, nací aquí. De un emperador y la sirvienta que tomó como amante. No fue la primera que tuvo y sospecho que tampoco la última, porque el amor de mi

padre era voluble y tendía a encapricharse de mujeres igual que se encaprichó de todo el continente. Aquí me dieron otro nombre que ahora se me hace extraño, un nombre del que tuve que deshacerme cuando mi tío y yo nos exiliamos a Arsay. Fue él quien me dijo que nadie debía saber de dónde venía, a qué familia pertenecía. Me insistió en que era la única forma de protegerme y yo lo creí, porque habría creído cualquier cosa que saliera de sus labios. Porque, cuando volví al Imperio, lo único que se contaba del Inmortal eran historias de terror. Pero, si te hubiera dicho todo esto desde el principio, ¿me habrías aceptado de la manera en que lo hiciste?

Elira tiene los ojos secos, pero le brillan como dos pequeñas llamas anaranjadas.

—Yo…

No se atreve a terminar esa frase, quizá porque por su cabeza están pasando las mismas palabras que le caen a Astrey de los labios:

—¿No te habría importado enterarte de que mi padre era el hombre que asesinó a tus antepasados? El mismo que os quitó el trono, que oprimió a tu pueblo, que destruyó cada símbolo de vuestra cultura…

—No. —Pero su negativa no es tan rotunda como otras veces. Su voz suena apagada—. No te habría juzgado solo por ser hijo del Inmortal. No… No elegimos a nuestros padres. Sus pecados no nos pertenecen.

—Tal vez. —Astrey recupera la sonrisa, pero le sale torcida, triste, más real que cualquiera de las que ha estado dibujando durante todos esos días para otras personas—. Pero es difícil creer que va a ser así cuando sus pecados han dejado marca en tanta gente.

Cuando sus acciones le han dado forma al mundo tal y como lo conocemos hoy. —Al dar un último paso hacia delante, casi espera ver retroceder a Elira, así que se apresura a decir algo de lo que ni siquiera ella pueda escapar—: Lo siento. Quizá podría haberlo hecho mejor, pero ya es tarde. Como con el Imperio, ahora solo puedo ofrecerte mis disculpas y tenderte la mano. Y está bien si no quieres tomarla todavía. No te voy a pedir que vuelvas a confiar en mí de inmediato. De momento, me conformo con que me permitas demostrarte que hablo en serio cuando digo que no soy tu enemigo ni el de Ilan ni el de Orlaith ni el de ninguna persona ahí fuera que quiera un mundo mejor. Pero sé que para construir el lugar más perfecto posible te necesito a mi lado.

Astrey no es ajeno al miedo, pero, cuando se trata de Elira, la mayor parte del tiempo lo siente por una cuestión de vulnerabilidad. Cuando tienes el pecho abierto en canal eres demasiado consciente de todas las formas en las que alguien puede meter la mano y arrancarte el corazón sin remordimientos. Sabes las maneras en las que te expones a que rebusquen dentro de ti, a que te hagan sangrar. Y, cuando la bruja calla, el espíritu es consciente de que se ha desnudado ante ella. Se ha quitado la ropa y la piel y ahora se le ven las costillas, el corazón, los pulmones. Elira solo necesita una garra para que deje de respirar, para contenerle los latidos, para destrozarlo por dentro e incluso arrancarle su demonio y matarlo en ese mismo instante.

Sin embargo, como si no supiera el poder que tiene sobre él, la mujer no hace ninguna de esas cosas. Tampoco retrocede. Tan solo lo mira y, si no fuera imposible, Astrey juraría que ella también tiene miedo. Lo disimula mejor, pero él la conoce, así que sabe lo que

significa que se obligue a tomar aire y empiece a jugar con las pulseras de cuerda que lleva en las muñecas.

—¿Y qué quieres de mí, Astrey? ¿Qué…? ¿Qué esperas que haga?

Pero él ya lo ha dejado claro. Se lo ha sugerido dos veces y, cuando lo haga una tercera, espera que sea porque ella está preparada para decirle que sí.

Así que no vuelve a pedirle que sea su emperatriz. Tampoco se atreve a tocarla, aunque todo su cuerpo le pide que lo haga, que la tome del rostro y la bese. Una parte de él quiere acariciarla hasta que ella gima que lo perdona, quiere hacerle olvidar todo con sus manos y su boca en vez de con las palabras o con una lucha cuerpo a cuerpo. No sería la primera vez que un enfado termina con ambos enfrentándose en la cama, pero la mayoría de las ocasiones en las que ha pasado algo así han sido discusiones sin importancia y esta no lo es.

Por eso, en lugar de hacer todo lo que le gustaría, de sugerirle todas las cosas con las que él sigue soñando, tan solo dice:

—Me gustaría que fuéramos un equipo.

Esta vez es ella la que tuerce una sonrisa. Un gesto incrédulo, como si creyera que lo que dice es absurdo.

—Si lo que quieres son aliados, Astrey, van a sobrarte ofertas.

—No quiero otros aliados. Te quiero a ti, Elira.

Ella se queda tan quieta como si en lugar de palabras hubiera lanzado grilletes a sus tobillos. Su expresión se tensa, su respiración se corta, y Astrey sabe por qué. Es muy consciente de cómo ha sonado, de lo que podría parecer, pero no le importa. De hecho, su reacción le da las fuerzas necesarias para alzar la mano y atreverse a rozarle la mejilla con los dedos. Es un gesto cuidadoso, delicado,

apenas una caricia, porque teme que ella escape, pero no lo hace. El espíritu nota el más leve de los temblores bajo su piel.

Un tictac inquieto le resuena en el pecho, uno que no había sentido al tocarla antes. Es como si el Amuleto tratase de recordarle que el tiempo corre en su contra, o quizá intente hacer que sea consciente de que el tiempo pasa, de que ese instante es preciado, que es frágil y, si no lo aprovecha, se convertirá en añicos bajo sus manos.

—No podemos cambiar el pasado, Elira, pero podríamos escribir el futuro juntos —murmura. Ella se estremece, como si ese susurro se le hubiera metido bajo la ropa. Bajo la piel—. Tú y yo. Podríamos… representar el cambio. Juntos, Elira, podríamos ser ilimitables.

Podrían ser compañeros. Avanzar, dados de la mano. Podrían ser el apoyo del otro, como lo han sido hasta ahora. Podrían ser el mejor equipo y los mejores contrincantes. Podrían escribir una historia que pasase a la posteridad. Si tan solo Elira quisiera, podrían ser los sueños que siempre han tenido, incluso los que todavía ni siquiera se han atrevido a confesarle al otro en voz alta.

Las posibilidades le corren por el cuerpo. Le vibran en la punta de la lengua y se arrastran hasta enredarse entre ellos, atándolos, uniéndolos.

Y ella deja que caigan al suelo cuando da un paso atrás. Cuando aparta el rostro del alcance de sus dedos, baja la vista y suelta una exhalación que hace que le tiemble el pecho.

—Asistiré a la reunión con los cancilleres —dice con la voz ahogada—. Nos quedaremos hasta entonces.

Astrey tarda una vida entera en recuperar la sonrisa, pero lo hace. Una vez más, aunque duele, acepta el rechazo y da un par de pasos

hacia atrás. Asiente por mero compromiso, mientras ve, por el rabillo del ojo, cómo las posibilidades corretean y van a esconderse bajo la alfombra, entre las cuerdas del arpa que hay en el rincón, entre los cojines del banco del clavicordio. Al menos Elira no las persigue, no las pisotea, como sería lógico que hiciera. Aunque todavía escapa de él, algo ha cambiado, lo nota. Nathan tenía razón cuando le dijo que la conocía, por eso ahora puede ver cómo el precipicio que había entre ellos se acorta un poco. Todavía puede alcanzarla. Va a hacerlo. Cueste lo que cueste, va a recuperarla. Devolverá todo a la forma que tenía antes de romperse. Puede que incluso lo convierta en algo más fuerte, y ni siquiera le hará falta poner en marcha el Amuleto para ello.

—¿Al menos puedo contar con tus opiniones hasta entonces? —sugiere con cuidado—. Hay muchas preguntas que me gustaría hacerte. Sabes que siempre he valorado tu perspectiva política y van a ser semanas de mucho trabajo.

Elira abre la boca, al principio sin saber qué decir. Pero siempre le ha podido la curiosidad, eso fue lo primero que los unió. Así que, aunque duda, aunque da un paso más atrás, al final le concede un asentimiento breve.

—Quizá. Aunque puede que mis respuestas no te gusten.

—Siempre he preferido discutir contigo a no saber lo que piensas.

Elira se abraza un poco más el cuerpo, aunque no lo vuelve a mirar. Tampoco le responde. Tan solo sacude la cabeza y le da la espalda antes de marcharse del cuarto.

Astrey pierde la sonrisa solo entonces y suspira, derrotado. Tres semanas se pueden hacer muy largas. En tres semanas se han conquistado reinos enteros.

Pero no sabe si van a ser suficientes para reconquistarla a ella.

CALEB

Durante los días de encierro, Caleb vuelve una y otra vez al pasado.

Ha llegado a la conclusión de que esa es su condena: estar siempre persiguiendo recuerdos, llevarlos consigo, algunos ocultos y otros a flor de piel. Los que están más cerca de la superficie, a los que vuelve para sentir algo de paz en ese lugar oscuro y lúgubre en el que lo han encerrado, le pertenecen sobre todo a Darien y tienen el tacto de una caricia. A menudo, para espantar la soledad, piensa en todas las veces en las que sus manos han estado en contacto con su cuerpo y, si se concentra lo suficiente, incluso es capaz de sentirlo. El celestial le sostiene la mano para darle fuerza, le roza la cara para despertarlo cuando se queda dormido o le clava los dedos en la nuca como suele hacer cuando lo besa. Al principio lo sentía cerca porque sigue llevando su medallón colgado al cuello, pero con el paso de los días su energía se ha ido diluyendo hasta convertirse en un eco lejano que podría ser producto de su imaginación.

La mayor parte del tiempo, sin embargo, Caleb viaja un poco más atrás en su propia mente, a los días en los que fue un niño al cuidado de Nilam. Y piensa, sobre todo, en Astrey. Vuelve al

momento en el que se conocieron y a la manera en la que exclamó: «¡A partir de ahora serás mi hermano!» y por fin entiende que quizá estaba ansioso por recuperar a uno de los que le arrebataron. Vuelve a sus discusiones con Nilam, que fueron haciéndose más recurrentes a medida que crecía, como si la calma y el autocontrol de su maestro lo sacaran de quicio. Nunca les dio demasiada importancia porque a Caleb le parecían resultado de un simple choque de caracteres, un resultado inevitable de la convivencia entre un adulto responsable y un joven con ganas de comerse el mundo. Astrey siempre fue todo fuerza, un ímpetu desmedido que estaba deseoso por romper los límites establecidos, y Nilam, en cambio, era todo control y planificación.

Ahora, sin embargo, comprende que siempre hubo algo más.

Entre los recuerdos que más ha revisitado se encuentra la noche anterior a que Astrey se marchase a hacer su Trato. Por aquel entonces, Caleb todavía pensaba que él también terminaría siendo un brujo y le impresionaba todo lo que tenía que ver con ellos. Lo que más le gustaba, sin embargo, eran las historias sobre los pactos. La idea de entrar en un nido le aterrorizaba y le fascinaba a partes iguales, pero Astrey no parecía asustado en absoluto.

—¿Qué piensas dar de ti? —le preguntó Caleb aquella noche.

Astrey y él dormían en el mismo cuarto, en camas contiguas. La casa era pequeña y, aunque Nilam podría haber creado más habitaciones con sus poderes, consideraba que les venía bien compartir espacio. A ninguno de los dos le importó nunca, sobre todo porque en aquel dormitorio tenían un refugio en el que su maestro no interfería. Allí, por las noches, a la luz de una vela temblorosa, se sentaban en medio del cuarto en una caverna hecha

de cojines y mantas y Astrey solía contarle cuentos de miedo o aventuras mientras jugaba a crear sombras en la pared con los dedos y algo de papel.

Astrey estaba especialmente emocionado aquel día. Tenía una sonrisa tan grande que parecía que fuera a saltarle de la boca. Por aquel entonces no era tan perfecta ni tan brillante, sino que tenía un diente roto, la consecuencia de una caída aparatosa durante uno de sus entrenamientos. La muñeca y el labio que también se habían roto sanaron, pero el diente se quedó ahí, partido en una esquina, irreparable. Es un detalle ridículo que Caleb no se ha permitido rememorar y que estaba escondido debajo del desprecio que recubre todo lo que tiene que ver con el brujo.

—Todo —respondió su compañero aquella noche, y su sonrisa quebrada creció tanto que podría haber sido una sombra más en el cuarto—. Pienso darlo todo, Caleb.

—Darlo todo en un Trato es peligroso, ¡me lo has dicho mil veces!

—Sí, pero yo lo soportaré.

Caleb confiaba tanto en él que ni siquiera se planteó otra posibilidad. Sí, quizá fuera peligroso, pero si Astrey creía que podía soportarlo, lo haría. No conocía a nadie más brillante, más capaz de todo.

—¿Se lo has dicho a Nilam?

Astrey rio y lo miró. Los ojos grises le brillaban cuando se inclinó un poco hacia él en ademán confidente.

—Piensa que daré solo una oreja. Pero tú vas a guardarme el secreto, ¿verdad? —Se puso un dedo en los labios y Caleb se llevó las manos a la boca, asintiendo con mucha seriedad, porque por aquel entonces el mayor honor al que podía aspirar era que Astrey le

confiase sus secretos—. Voy a hacer grandes cosas, enano. Espera y verás. He nacido para ello.

Esa es solo una de las situaciones que ahora puede ver desde un prisma distinto a la visión sesgada que tenía cuando era niño. Ahora tiene una perspectiva mucho más completa, no solo de Astrey, sino de su maestro. Ahora entiende que ambos debieron de huir juntos de ese palacio cuando Iraides tomó el trono y que por eso Nilam se encargó de Caleb años más tarde. Tuvo que reencontrarse con Valerick en algún momento y descubrir que había tenido un hijo. Y cuando Valerick murió… debió de descubrirlo también. Debió de decidir que lo acogería y cuidaría como si fuera otro sobrino más.

Sobre Nilam también ha estado recordando. A él nunca lo ha odiado, durante años jamás ha habido espacio en su pecho para nada más que admiración y cariño y dolor por su pérdida. Sin embargo, durante las horas que pasa encerrado, nace el rencor. Es un sentimiento irracional e inútil, pero odia ser consciente de todas las cosas que ese hombre nunca le contó. Una parte de él intuye que fue por protegerlo, por alejarlo de una identidad que no iba a darle más que problemas, igual que hizo su padre al ocultarle su nombre real o de dónde provenía. Si la emperatriz hubiera descubierto que había más herederos del Inmortal sueltos por el mundo, los habría mandado matar de inmediato. Y si además hubiese sabido que ese niño era el hijo del ladrón del Amuleto del Tiempo…

Sí, puede entenderlo.

Aun así, le habría gustado que alguien hubiese sido honesto con él.

Hay otro recuerdo que ha salido a flote durante el encierro. El día en que Astrey regresó, cambiado y con esa apariencia perfecta, andrógina y casi etérea, bastante semejante a la que tiene ahora; la apariencia con la que se ha mantenido durante años en su memoria porque fue con la que lo destruyó todo. Cuando Caleb lo vio, pensó que no parecía un brujo, sino un Original, algo más cerca de lo divino que de lo monstruoso. Le resultó todavía más admirable que antes, porque lo había conseguido: lo había dado todo y había vuelto convertido en algo distinto, en algo mejor.

Aquel día, el brujo se acercó a él, le revolvió los cabellos pese a que sabía lo mucho que le molestaba y, cuando Caleb se quejó, se rio, lo abrazó y dijo:

—Tengo muchísimas historias nuevas que contarte. El mundo que hay ahí fuera es impresionante.

Así que, esa noche, Caleb se fue pronto al cuarto después de cenar, esperando que volvieran a encender una vela y que Astrey esta vez utilizara sus poderes para contarle todo, para darle formas únicas a la materia que los rodeaba en vez de limitarse a dibujar sombras.

En su lugar, escuchó la discusión. Al principio, amortiguada. Después, cuando se puso en pie y recorrió el pequeño pasillo que lo separaba de la sala, más clara:

—Te has vuelto loco. —Nilam sonaba firme y duro como una roca. Por lo general, su calma era como el agua, pero, en ese momento, rasgaba. Caleb lo había visto así de enfadado muy pocas veces—. No sé dónde he fallado en tu educación, pero, si sigues así, tus aires de grandeza acabarán contigo. Caleb no es como tú. Él se contenta, la

vida que tenemos le resulta más que suficiente. ¿Por qué no puede serlo también para ti?

—Porque Caleb y yo no somos hermanos de verdad —gruñó Astrey. Para Caleb las palabras fueron como un golpe en la boca del estómago—. Porque yo nací para algo más. Porque yo *debería* hacer algo más. Es lo justo. No voy a seguir escondiéndome, Nilam. He vuelto para que me apoyes, pero seguiré mi camino a solas si no lo haces. Tú eliges.

Quizá, si se hubiera quedado escuchando un poco más, habría entendido de qué hablaban. Quizá habría descubierto el plan de Astrey muchos años antes o, por lo menos, su identidad.

Pero no se quedó. Estaba a punto de cumplir doce años, así que, comportándose como el niño que todavía era, volvió a su cuarto para meterse en la cama y cerró los ojos con fuerza, molesto y sintiéndose pequeño e insuficiente. Astrey abrió la puerta poco después. Lo llamó por su nombre, lo llamó «hermanito»; se acercó al catre, se inclinó sobre él.

Caleb fingió estar dormido.

Tiempo después, Astrey acabó con aquella vida. Y ahora ha vuelto a aparecer y le ha quitado otra existencia. Pretende robarle todo su tiempo, como si no le hubiera arrebatado ya suficientes cosas.

Por eso, cuando siente su energía entrar en los calabozos, se alegra de verlo. Por fin puede encararlo con la calma que le han otorgado esos días de espera y hacerle saber que ni siquiera todos los recuerdos que ha estado revisitando pueden conseguir que sienta algo más que odio hacia él.

—Empezaba a preguntarme cuánto más tardarías en venir.

Astrey ha perfeccionado su sonrisa durante los últimos años, pero él ya no ve en ese gesto ni el más mínimo rastro del joven que fue. Si acaso, lo único que le hace pensar un poco en la persona de su pasado es el modo en que se apoya contra los barrotes, despreocupado.

—¿Me echabas de menos? ¿O es que la compañía no es de tu agrado?

El brujo echa un vistazo a la celda contigua, donde Lilith Rheiz está cobijada sobre sí misma, presumiblemente dormida. Caleb solo le lanza un vistazo. La santa le ha preguntado varias veces cómo piensa salir de ahí y cuándo, pero en todas ellas le ha respondido con una palabra que él mismo ha tenido que aprender muy bien a lo largo de los años: «Paciencia».

—Se me ocurren compañías mejores, pero aun así prefiero compartir tiempo con la santa antes que contigo.

—Bueno, está claro que últimamente estás *muy unido* a los celestiales. —Caleb deja escapar un resoplido mientras la mirada del brujo baja hacia el medallón que le cuelga del cuello—. La verdad, hermanito…

—Perdiste el derecho a llamarme así hace años.

—… no me imaginaba que fueras un romántico —continúa Astrey, ignorándolo—. Dime: ¿cuándo ha ocurrido esto? Está claro que hemos pasado demasiado tiempo separados, tienes que contármelo todo.

En otro tiempo, o quizá en ese mismo y ante otra persona, Caleb podría haberse avergonzado por un comentario semejante. Si hubiera sido Dyne, por ejemplo, se habría sentido expuesto y pequeño, como si volviera a ser el niño que Derek y ella encontraron

perdido en el bosque. Si hubiera sido Derek, se lo habría tomado como una más de sus bromas pesadas. Si hubiera sido Ishtar, le habría hecho sentir abrumado.

Ante el brujo tan solo solo abraza el vacío que le provoca y que se refleja en la mirada que le lanza. Indiferente. Ajena.

—Eres la última persona en el mundo a la que le daría algún tipo de explicación sobre mis relaciones, Astrey.

—Qué frío. —El nuevo Portador hace un mohín exagerado antes de que los barrotes de la celda se abran para dejarle paso. Caleb no cambia su expresión cuando se acuclilla frente a él—. Solo quería ponerme al día con mi familia, ¿qué tiene eso de malo?

Entonces sí, los labios de Caleb se retuercen en el asomo de una sonrisa irónica, afilada. El tipo de sonrisa que aprendió de él.

—Si yo soy la única familia con la que puedes hablar, las cosas no te están saliendo muy bien. ¿Te has vuelto a quedar solo, Astrey? —El espíritu entrecierra los párpados, la burla se pierde en el fondo de sus ojos grises—. Está claro que tus compañeros no estaban muy contentos contigo durante la Noche de las Bestias. ¿Hasta ahora no sabían cómo eres? ¿Han descubierto ya que acabarás con ellos si se atreven a llevarte la contraria?

Astrey chasquea la lengua antes de sentarse ante él con una pose relajada, como si volvieran a ser los dos niños que compartían cuarto de pequeños y estuviera a punto de colocar una vela entre los dos. No da la impresión de ser el gran emperador en el que se supone que se ha convertido, pese a la corona que lleva en la cabeza.

—Tuve que ocultarles algunos detalles sobre mí, pero ¿te parece eso un delito? Adorabas a Nilam y él te escondió muchas cosas

sobre sí mismo. *Sobre mí.* —Esta vez es la sonrisa de Caleb la que se pierde y Astrey vuelve a ganarla, como si no dejaran de robársela el uno al otro—. Tuvimos que hacerlo, claro, pero yo compartí contigo mucho más de lo que piensas, aunque fuera de manera velada. Todas las historias que alguna vez te conté fueron relatos sobre mí o que había escuchado de mis hermanos o mis padres. Eso fue lo único que pude hacer, porque mi tío consideraba que la verdad era algo que podía retorcerse y que había que saber cuándo usar y cuándo esconder. Recuerdas sus lecciones, ¿no? El conocimiento es poder y lo que permitimos que otras personas sepan de nosotros nos hace vulnerables.

Al parecer, Astrey sí que puede continuar provocándole cosas, incluso tras todos esos días de reflexión. Rabia, por ejemplo. La nota empezando a bullir en el fondo de su estómago, aunque sabe que no debe dejarse controlar por ella.

—Nilam guardaba secretos para protegernos, miraba por nosotros. Tú, en cambio, siempre has mirado solo por ti mismo, por tus objetivos. Estabas dispuesto a pisar a quien hiciera falta para llegar hasta ellos. Por eso lo mataste, pese a que dedicó toda su vida a cuidarte. Ni siquiera habrías conseguido salir de este palacio si no hubiera sido por él.

—¿Crees que lo disfruté, Caleb? ¿Que fue fácil para mí? —El brujo chasquea la lengua y niega con la cabeza—. No lo fue. Pero era necesario. No habría dejado de interponerse en mi camino.

—Ese camino del que hablas es una locura, Astrey, el delirio de alguien que se cree un dios siendo solo mortal. Crees que puedes moldear el mundo a tu antojo, que puedes vencer incluso a la muerte, pero no puedes.

—¿No vamos a señalar la ironía de que seas tú quien diga eso?

—Yo nunca quise ser inmortal. —La mirada de Caleb se enciende, furiosa, llena de esa ira que por primera vez en años le resulta complicado mantener a raya—. No tienes ni idea de lo que es. No sabes… nada de mí, de la persona que *tú* creaste aquel día. No sabes lo que fue despertar junto al cadáver del maestro siendo consciente de que yo debería estar muerto, de que *tú* me habías matado. —La sonrisa de Astrey vuelve a perderse, la ve desaparecer poco a poco, pero esta vez no se la roba—. No sabes lo que fue intentar acabar conmigo mismo por la desesperación, por la rabia y la tristeza, y no poder. Haces todo esto porque te arrebataron un hogar y una familia, pero tú me hiciste lo mismo a mí. No, lo que tú me hiciste fue incluso peor: tú al menos tuviste a Nilam a tu lado después de perderlo todo, pero yo me quedé solo.

Si no fuera imposible, Caleb juraría que distingue la culpa en las sombras que se extienden por la expresión del brujo, pero decide que es una trampa más de la penumbra. Y, aunque no fuera así, no importaría. Entre ellos dos ya no existe un vínculo que pueda repararse.

—Si nunca te hubieras despertado, si no hubieras intervenido, no habría sido así.

—¿No? ¿Y cómo habría sido? Vamos, cuéntame esa historia. ¿Me habrías llevado contigo?

—No, no habría podido —admite, tras un mohín—. Eras… demasiado joven. Pero te habría encontrado otro hogar. Te habría dejado con alguien de un pueblo cercano o en un orfanato del Imperio o en cualquier lugar en el que hubieras podido terminar de crecer.

—¿Y me habrías dicho la verdad? ¿Me habrías dicho que tú mismo mataste a nuestro maestro?

Caleb sabe la respuesta. La ve en la mandíbula apretada de Astrey, en el silencio que sigue. No, claro que no. Se lo habría ocultado. Habría fingido que él no tenía nada que ver, se habría inventado otro cuento más.

—Entonces prefiero las cosas tal y como fueron —concluye, ácido —. ¿A qué has venido, Astrey? Porque si es solo a recordar viejos tiempos, prefiero que te marches ya. He tenido suficiente.

Astrey entrecierra los ojos y toda su postura cambia. Hasta ahora pretendía ser cercana, familiar, una reminiscencia de la complicidad que compartieron en otro tiempo, pero de pronto cuadra los hombros y se pone en pie.

—Venía a intentar llegar a un acuerdo contigo, Caleb. Confiaba en que los días de encierro te hubieran dado un poco de perspectiva y que decidieras colaborar conmigo por voluntad propia. De lo contrario, esto va a ser muy incómodo para ti.

Se equivoca, pero no va a dejárselo ver.

—¿Habrías colaborado tú con Iraides? ¿O la mataste en cuanto tuviste oportunidad? —Caleb alza la barbilla. Es un gesto de orgullo, pero sobre todo de rebelión. Que esté encadenado y humillado en el suelo no significa que pueda hacerle sentir pequeño o débil. Ya no—. Creo que no lo entiendes, así que te lo dejaré claro: si quieres utilizarme, tu única opción es encerrarme aquí. Si alguna vez me libero, dedicaré toda mi vida a encontrar la manera de acabar contigo. ¿Lo entiendes? He querido hacerlo desde que asesinaste a nuestro maestro, desde que intentaste matarme, y no he dejado de desearlo ni un solo día. Puedes convertirte en Portador, puedes

ponerte todas las coronas del mundo si quieres, pero para mí nunca volverás a ser nada más que un traidor.

Hay palabras tan afiladas que tienen el poder de cortar y esas son las que terminan de quebrar todos los hilos que pudieran quedar entre ellos. Astrey tiene que darse cuenta. Si había venido a recuperar a un hermano, con eso debería comprender por fin que lo mató hace años y que ni siquiera el Amuleto logrará revivirlo.

Ahí terminan de morir los niños que un día fueron. Ahí es cuando por fin entierran sus cadáveres. Sobre sus tumbas ni siquiera habrá árboles ni flores que crezcan después, solo zarzas.

Astrey lo observa durante unos segundos de silencio en los que Caleb intenta adivinar cuál va a ser su siguiente movimiento. Se le pasan varias opciones por la cabeza, pero nada parecido a lo que ocurre:

—¿Y si te dijera que puedo reparar el error que tanto me achacas? ¿Y si te dijera que siempre ha estado entre mis planes?

Caleb frunce un poco el ceño, confuso.

—¿De qué estás hablando?

—¿Y si pudiera traer a Nilam de vuelta?

El necromante se queda muy quieto, paralizado por algo más que por los grilletes que le mantienen los brazos en alto y que le contracturan los músculos.

—Nilam murió hace años.

—¿Y qué? —Astrey recupera la sonrisa, aunque esta vez hay algo peligroso en ella—. Creo que no lo has entendido, Caleb: la muerte ya no es un problema para mí. Sobre todo, ahora que tú estás aquí. Solo necesito los restos de un cadáver para traer a alguien de vuelta

y los dos sabemos dónde se quedaron los de Nilam, ¿verdad? Pero no te preocupes, ya le he pedido a alguien que me los traiga.

Por un instante, Caleb vuelve a ser el niño que despertó en aquella casa. Vuelve a tener la cabeza de su maestro a solo unos pasos de él. Escucha el zumbido de las moscas, huele el aroma de la sangre a su alrededor y de la carne desgarrada. Aun así, el asco que le provoca esa imagen no es nada en comparación con la repugnancia que siente al pensar en los huesos volviendo a recubrirse de músculos y piel, en la vida retornando a un organismo que abandonó hace demasiado tiempo.

No, el problema ni siquiera es el cuerpo, sino lo que palpita debajo de él.

—Has perdido la cabeza —escupe, incrédulo—. Nilam se reencarnó hace mucho. Su alma volvió al ciclo y, por mucho que tengas poder sobre el tiempo, no tienes poder sobre los espíritus de la gente. Puede que seas capaz de revertir el estado de un cuerpo, pero las almas le pertenecen a Muerte y algo así…

La sonrisa de Astrey crece un poco más.

—Algo así, ¿qué, Caleb? ¿Es pecado para los tuyos? ¿Eso está por encima de ese amor que decías tenerle a nuestro maestro?

—No —gruñe Caleb, molesto. Ese es el menor de los problemas—. No se trata solo de fe. Algo así no puede salir bien. Los recuerdos de vidas anteriores desaparecen cuando llega una nueva existencia, o al menos se esconden lo suficiente como para que sea muy complicado acceder a ellos. Traer de vuelta a alguien que lleva tanto tiempo siendo otra persona… No sabes lo que podría provocar.

—Y tú tampoco, porque no se conoce ningún caso. —Astrey se encoge de hombros, tranquilo—. Hasta ahora.

Caleb aprieta los dientes.

—Incluso si saliera bien, algo de lo que no tienes ningún tipo de seguridad, estarías matando a un niño a cambio de traer de vuelta a Nilam.

—Es un precio que estoy dispuesto a pagar. Me decepciona que tú no.

No puede creerse que sus palabras consigan removerle por dentro, como si siguiera siendo solo el chiquillo que admiraba al hermano adoptivo con el que creció. El chiquillo que habría hecho cualquier cosa por estar a su altura o a la altura de ese segundo padre que lo crio. Una parte irracional de él, ridícula, siente que les falla a los dos.

Otra, la que es consciente de que todo esto es una locura, lo obliga a aplastar ese sentimiento.

—No puedes deshacer lo que hiciste. No importa lo que te hayas dicho todos estos años: lo mataste. Acéptalo, vive con ello y al menos deja que su alma siga el ciclo natural. Lo mínimo que le debes a su espíritu es dejarle tener otra vida a cambio de la que le arrebataste.

Astrey niega con la cabeza al tiempo que alza la mano hacia el Amuleto del Tiempo. Caleb no puede evitar estremecerse cuando ve cómo lo roza con los dedos, como si tocarlo fuera más que suficiente para estar seguro de que está haciendo lo correcto.

—A cambio del tiempo que le quité, le daré más, Caleb. Años enteros. Años sin secretos, sin tener que vivir escondido. Le devolveré su hogar, el de verdad, en este palacio. Le demostraré que fui capaz de todo lo que nunca creyó que conseguiría y los dos recuperaremos la vida que nos merecíamos.

Caleb aprieta los puños. Le arden las muñecas por lo apretados que están los grilletes, por el roce constante del borde contra la piel, que no ha dejado de herirse y curarse una y otra vez en todos esos días.

—Entonces ¿este es tu plan? ¿Utilizarme para volver a llenar este palacio de personas que deberían estar muertas? ¿A quién más piensas traer? ¿A tus hermanos? ¿Al Inmortal?

La sonrisa en los labios de Astrey resurge con más fuerza. Parece muy feliz de escuchar esa pregunta, como si hubiera estado esperándola toda la vida.

—No. A mi madre.

ASTREY

Durante sus primeros años de vida, Astrey dio por hecho que Muerte no entraba en el palacio de Damira, que no podría llevarse a nadie que permaneciera entre esos muros. La muerte, esa palabra tan pesada, era algo que ocurría solo en las historias de su padre, algo que le pasaba a otros, en especial a quienes se atrevían a desafiar al Portador.

Entendió que se había equivocado el día que perdió a su madre.

La enfermedad de Linette Ansen fue fulminante. Astrey no recuerda cuándo comenzó, pero sabe que necesitó muy poco tiempo para convertirla en una sombra de lo que había sido. Primero la relegó a su cuarto, luego la postró en la cama. Le faltaban las fuerzas y pasaba dormida la mayor parte del tiempo, hasta que incluso alzar la mano para pasarle los dedos por el rostro era todo un esfuerzo. Sin embargo, el día antes de morir lo había hecho. Le había rozado la mejilla con una palma helada y, cuando Astrey se había quejado de lo fría que estaba su piel, su madre había dejado escapar una risa frágil. Luego le había hablado sobre la nieve y el hielo de su infancia en Eirwynn, de cómo en el norte todos decían que sus almas estaban hechas del mismísimo invierno.

Al día siguiente, sin embargo, no hubo historias ni caricias. No hubo más que susurros y, cada vez que su madre parpadeaba, lo hacía más despacio, como si sus ojos tuvieran que luchar por volver a abrirse.

—La necromante ha dicho que ha hecho todo lo que ha podido. Linette no… —Nilam, junto a la cama, se atragantó con sus propias palabras. A Astrey le resultó extraño, porque aquel hombre siempre hablaba con fluidez y fuerza—. Es cuestión de horas.

Astrey no entendía por qué su tío parecía tan triste.

—¿Qué pasa en unas horas?

Su voz sonó demasiado alta. Como si eso lo hubiera molestado, su padre le soltó la mano para sentarse en el borde de la cama. Los dedos que hasta hacía un segundo estaban alrededor de los suyos le apartaron unos rizos rebeldes del rostro a su madre. Ella no movió más que los ojos. Fue como si olvidase que alguien más que el emperador estaba en ese cuarto. El Inmortal, a su vez, apretó los labios. Por él no pasaba el tiempo, pero ese día a Astrey le pareció viejo, incluso sin una sola arruga en el rostro. Le pareció cansado.

—Sera. —Nilam se acercó y se agachó para intentar quedar a su altura—. Tu madre se está muriendo.

Qué comentario tan ridículo. Había dos adultos en la habitación, a su lado, pero estaba claro que nadie pensaba con claridad.

—Papá puede usar el Amuleto para curarla.

Alzó la vista para dirigirla hacia el emperador, pero este no reaccionó. Lo único que hizo fue inclinarse y darle un beso en la frente a su amante.

Astrey conocía el significado de la palabra «despedida», pero se negó a verla en aquel gesto, porque nunca había tenido que decir

adiós para siempre.

—No funciona así —murmuró Nilam.

—¿Por qué?

¿Por qué los adultos tenían que hacerlo todo tan difícil? Las cosas siempre eran más sencillas sin sus estúpidas normas, cuando dejaban de repetir que no se podía o no se debía hacer algo.

—Porque…

—Si la salvase a ella, mañana tendría a media ciudad esperándome a las puertas de palacio para que hiciera lo mismo por ellos. —La voz de su padre era monótona, como si hubiera tenido que pronunciar esas palabras muchas veces antes—. Quizá incluso vendrían los Originales. Los dioses no salvan a los mortales: Chronos rompió esa única regla y lo perdió todo.

Tendrían que pasar años para que Astrey supiera a qué se refería el Portador. Para que entendiese las historias que había mencionado, el pecado de Chronos y el castigo que Xandre decidió imponerle. Lo que sí entendió en aquel momento fue que, por primera vez en su corta vida, su padre le estaba diciendo que no a algo. Le estaba explicando que su madre debía morir. Que, si cualquiera de sus hermanos estuviera en esa cama, lo dejaría morir. Que no iba a salvar a nadie más que a sí mismo.

No sabía si lo que sentía dentro era tristeza o rabia, pero le ardía la cara y el mundo se emborronó por las lágrimas que le subieron a los ojos. Quería llorar. Quería gritar. Quería lanzarse al suelo y patalear. Quería arrancarle el Amuleto del cuello y usarlo para demostrarles que no pasaba nada, que las reglas no se aplicaban a la familia imperial.

Lo único que sabía de los dioses era que lo podían todo y su padre era un dios, así que tenía que salvar a su madre, que se había quedado dormida mientras el emperador le sujetaba la mano. Pero aún era pronto para cerrar los ojos. La noche no había caído, así que él tenía que hacer que se despertase. Si no era un cobarde, lo haría. Había matado a ejércitos enteros, ¿qué importaba que salvase a una sola persona? Una que no fuese él. La persona que se suponía que ambos más querían en el mundo. Más que a Nilam. Más que a Valerick. Más que a cualquiera de todos sus hermanos.

—Está bien. Todo va a estar bien…

No se dio cuenta de que su tío lo abrazaba hasta que los pies se le despegaron del suelo y él se encontró con las manos alrededor de su cuello y la mejilla húmeda contra la de él. Pero, aunque siempre había encontrado consuelo y seguridad en Nilam, ese día no pudo hacerlo. Le costaba respirar entre sollozos y ninguna de sus palabras consiguió calmarlo, quizá porque se parecían demasiado a una mentira. Nada volvería a estar bien si su madre se marchaba. ¿No iba a verla de nuevo? ¿No iba a volver a escuchar su voz? ¿No iba a poder volver a tirarle de los rizos para ver cómo recuperaban su forma? ¿Cómo sabría cuántas pecas iba a tener cuando creciera si no podía terminar de contar las que le salpicaban la nariz? Quería huir de los brazos de su tío y colarse bajo las mantas, acurrucarse contra su cuerpo, recordarle que la necesitaba, que esa debería ser una razón de peso para quedarse.

No podía imaginar el resto de su vida sin ella.

Nilam le acarició la cabeza. Intentó limpiarle las lágrimas. Debió de haber balbuceado en voz alta esos pensamientos que le daban vueltas en la cabeza, porque le susurró oído:

—Se quedará con nosotros. Una parte de ella estará siempre ahí para ti.

Eso solo lo entendió cuando dejó de llorar, quizá una eternidad después. Para entonces, el rostro de su madre estaba cubierto por una sábana, como si alguien intentara fingir que no estaba ahí, y el único ruido que llenaba la habitación eran sus últimos sollozos. O quizá no fueran suyos, porque todavía en el borde de la cama, el emperador de Odelia, el hombre más poderoso de todo Evren, ocultaba su rostro tras una mano. Astrey se dio cuenta de que lloraba y toda la furia que había sentido se enfrió. No podía enfadarse con el único padre que le quedaba; no cuando ahora sabía que él también sufría.

Que, después de todo, quizá aquel hombre también fuera solo humano.

Lo siguiente que recuerda Astrey sobre aquel día es la conversión. Para entonces había visto a su tío, a su padre y a sus hermanos hacer magia en innumerables ocasiones, pero aquella fue la primera vez que vio cómo alguien transmutaba un cuerpo. Fue Nilam quien lo hizo, mientras Brynjart de Odelia sostenía a su hija en brazos. Astrey gritó cuando vio la luz que rodeó el cuerpo de su madre y después apartó la mirada y escondió la cara en el cuello de su padre para no tener que ver qué hacían con su madre. Pensó que la convertirían en una estatua, en otra decoración más para el jardín, algo frío y lejano que imitaría su belleza pero que al menos Astrey podría visitar a menudo.

En su lugar, sobre la cama solo quedó un anillo. Pequeño, de oro, tan brillante como ella y con un rubí engarzado que recordaba a sus cabellos de fuego. Era una joya diminuta incapaz de contener todo lo

que aquella mujer había sido y, al mismo tiempo, perfecta para que alguien pudiera llevarla siempre consigo.

Nilam custodió el anillo durante años. Lo guardó y lo protegió como había protegido a su hermana mientras vivía y lo lució con el mismo orgullo con el que solía hablar de ella, de lo alegre que había sido y lo dulce que era su voz cuando cantaba.

Fue así hasta que Astrey cumplió los dieciséis.

—Al principio, cuando haces un Trato, es muy fácil dejarse llevar por esa nueva voz y olvidar lo que de verdad importa —le dijo la noche antes de que Astrey se marchase al nido—. Esto es para que lo recuerdes siempre. Para que nunca olvides quién eres o quién quieres ser.

No lo ha olvidado. En todo ese tiempo, con anillo o sin él, Astrey ha tenido claro de dónde viene y cuáles son sus objetivos. Se ha negado a rendirse, incluso cuando todas las posibilidades estaban en su contra. Ha sacrificado lo que ha creído conveniente, se ha obligado a mantenerse firme en sus decisiones y, en parte, todo ha sido por aquel día en el que entendió qué significaba morir. Aquel día en que su padre se negó a romper las reglas por nadie más que por sí mismo.

Pero él lleva toda una vida deseando hacer lo contrario.

Él va a demostrarle a los mismísimos dioses que no acepta órdenes de nadie.

La sonrisa le tironea en los labios cuando desliza el anillo para sacárselo del dedo. Caleb, frente a él, entorna los párpados cuando ve el gesto, cuando reconoce la joya. Estaba delante cuando Nilam se la dio. Sabe qué es, qué representa, y por eso su rostro se transforma cuando entiende qué es lo que pretende hacer.

En la celda de al lado, la celestial se incorpora hasta quedar sentada, con la expresión inquieta. Astrey no sabe cuánto tiempo lleva escuchando, pero no le importa. Mejor. Que entienda de lo que es capaz. Que sepa lo que tiene pensado hacer, de hecho, con el hermano que ella ha perdido. Debería darle las gracias.

—No lo hagas. —La advertencia de Caleb suena forzada, como si se estuviera obligando a mantener la calma—. Es imposible que salga bien, Astrey.

Pero él solo extiende su sonrisa.

—Tiene que salir bien.

No sabe si se lo dice al chico que tiene delante o al niño que un día lo admiraba como si hubiera puesto las estrellas en el cielo. Quizá a ninguno. Quizá se lo está diciendo a sí mismo, a la criatura que jugaba en los pasillos de ese palacio sin una sola preocupación, al brujo que siente los hombros caídos de cargar demasiado peso o al demonio al que se lo dio todo a cambio de un Trato. Puede que sea incluso un mensaje para el Amuleto que acaricia entre los dedos, para los Originales, para el hombre que le entregó ese anillo o la mujer cuyo cuerpo se ha fusionado con el oro y el rubí en ese pequeño objeto. Pero sabe que esas palabras son algo a lo que puede aferrarse. Lo ha estado haciendo desde que salió de aquella pequeña casa en Arsay, dispuesto a convertirse en la persona que siempre había ansiado ser. Alguien que había nacido para una vida más grande, aventuras más grandes, lugares más grandes.

Esa fe en sí mismo y el objeto sobre su pecho es todo lo que ha necesitado siempre.

Y también es todo lo que necesita ahora.

Aunque traer de vuelta a alguien de entre los muertos es algo que ya ha hecho, esta vez es más difícil. Al necromante lo revivió en cuestión de segundos, pero en esta ocasión siente que hay un escudo invisible alrededor del anillo, algo que lo protege y se resiste a cambiar incluso cuando las manecillas del Amuleto del Tiempo empiezan a correr. Escucha la exclamación de Caleb, el gemido que emite cuando la magia comienza a drenarlo una vez más, pero decide ignorarlo. ¿Por qué debería importarle? No ha querido colaborar. No es nadie para él. La mujer a la que está a punto de traer de vuelta, en cambio, todavía puede ser lo único que necesita. Un apoyo. Alguien que crea en él, que le agradezca todo lo que está dispuesto a hacer y valore los sacrificios que ha hecho por el camino.

¿Estás seguro de que esto es lo que quieres, Portador?

La voz del Amuleto le retumba entre las sienes, ácida y tan candente como el anillo que todavía sostiene en la mano. Arde como si el oro estuviera a punto de fundirse. El rubí engarzado destella y comienza a quebrarse. De alguna manera, la siente. A su madre. Está ahí, encerrada en esa piedra preciosa, luchando por regresar a su lado.

Y él solo tiene que encontrar su mano y tirar de ella para arrastrarla a la superficie.

—Tráela de vuelta.

Hay cosas que están fuera del alcance del poder del tiempo. No sé si...

Le da igual. No quiere escuchar más lecciones. No quiere moralejas ni advertencias. Quiere resultados. Quiere poder y la confirmación de que todos sus planes van a hacerse realidad.

De que el mundo que quiere va a hacerse realidad.

El anillo comienza a arder con tanta fuerza entonces que Astrey tiene que soltarlo, aunque el objeto nunca llega a tocar el suelo. En su lugar, flota ante él y muta. El oro no se funde, pero se agrieta con un chasquido. La penumbra de las mazmorras se llena de una luz que lo obliga a cerrar los ojos y lo ciega incluso tras los párpados, brillante como un sol, como la muerte de una estrella.

Y después, como cada vez que una estrella desaparece, vuelve la oscuridad.

El silencio cae sobre la celda cuando los gritos de Caleb cesan y Astrey parpadea. Él mismo se siente cansado, drenado, como si el Amuleto también le hubiera robado su energía. Le zumban los oídos y están a punto de cederle las piernas.

No le importa.

Incluso a punto de morir, solo podría fijarse en la silueta que hay frente a él, caída en el suelo como un montón de nieve que hubiera sobrevivido al deshielo. La figura va ataviada con un fino camisón y permanece encogida sobre sí misma, temblando como un bebé que acaba de llegar al mundo. Piel blanca y moteada de pecas; cabellos pelirrojos, largos y rizados.

Sus mismos ojos grises.

Astrey traga saliva y toma aire, incapaz de reaccionar. Ha pensado muchas veces en la posibilidad de traer de vuelta a la vida a todas las personas que ha perdido, pero nunca se había atrevido a imaginárselo tan vívidamente. Era una manera de protegerse, de no visualizarlo para que la idea no pudiera convertirse en una obsesión. Pero, ahora que el sueño se ha cumplido, ahora que su madre está ahí, no puede evitar beberse su imagen a tragos, sediento después de tanto tiempo en el desierto.

De pronto entiende que Nilam siempre le repitiera lo mucho que se parecían. Se encuentra a sí mismo en esos rasgos, en la forma de la nariz, en las pecas que le espolvorean el rostro como granos de arena. Si se esfuerza, puede verse en el arco de su labio inferior, en cómo se le hunden en la cara las comisuras de los labios.

Pero eso es todo. Allí donde Astrey es líneas rectas y ángulos definidos, con ese cuerpo que moldeó a su gusto tras su Trato, la mujer que ha traído a la vida tiene la suavidad de las curvas. Tiene las mejillas llenas, la cara redondeada, las caderas anchas.

—¿Mamá?

La palabra le suena ajena después de toda una vida sin pronunciarla. Apenas es consciente de que se mueve, de que se acerca y se deja caer de rodillas ante ella. Los dedos le tiemblan cuando extiende el brazo y, cuando por fin la toca, cuando posa su mano sobre la de ella, se le escapa la risa. Es real. Es carne y hueso, suave y tan cálida como recuerda.

La mujer tarda un poco en reaccionar. Lo observa con los ojos entrecerrados y la expresión perdida, incapaz de reconocerlo. Es normal. Ha pasado mucho tiempo, él apenas se parece ya a la niña que ella recuerda y hay muchas cosas que no entiende. Pero va a explicárselas. Ahora tiene tiempo. Tiene tiempo para contarle tantas cosas…

—Mamá, soy…

Pero entonces la mirada de Linette cae sobre el Amuleto del Tiempo. Eso es lo que la hace reaccionar. Abre los ojos un poco más un instante antes de alejarse y su mirada comienza a buscar a su alrededor con ansia.

—¿Qué está pasando? ¿Quién…? —Su expresión dulce, indefensa y perdida, se endurece—. ¿Dónde estoy? ¿Dónde está Brynjart?

Astrey se apresura a extender las manos para darle a entender que no es un peligro, pero eso no es suficiente para calmarla, ya que de pronto ella parece ser consciente de todo lo que hay a su alrededor: las celdas, el muchacho encadenado y débil que tiene a solo unos pasos, la muchacha que la observa a través de los barrotes como si estuviera asistiendo a una pesadilla.

—Estás en Damira, en el palacio. Es… difícil de explicar, pero ha pasado mucho tiempo. El mundo ya no es el que recuerdas. Pero… yo estoy aquí. ¿No me reconoces? Soy Sera, mamá. Soy yo.

Linette da un respingo entonces. Otra persona quizá se habría negado a escuchar, habría dado por hecho que le están mintiendo. Pero, en ese tiempo que se toma para analizar la situación, en la forma en la que lo estudia como si fuera un acertijo al que encontrarle sentido, Astrey encuentra algo de Nilam: la entereza con la que siempre aceptaba todo, su facilidad para adaptarse. Su tío no pestañeó cuando Caleb despertó y se dieron cuenta de que no recordaba nada. Se sintió fascinado, sintió curiosidad, pero jamás dudó de aquel niño que había decidido adoptar porque «está solo y no tiene a dónde ir».

—¿Sera…?

Astrey siente que la sonrisa le tiembla. Se deshizo de ese nombre hace tantos años que le cuesta reconocerse en él, pero al mismo tiempo hay algo cálido en que alguien lo pronuncie de nuevo. No, no alguien: la persona que se lo puso.

El espíritu tiene que contener las ganas de volver a acercarse cuando Linette entrecierra los ojos y extiende la mano. En su lugar,

se queda muy quieto y deja que sean esos dedos los que lo descubran, a la espera de que su tacto confirme lo que los ojos no pueden terminar de comprender. Aguanta la respiración cuando le acaricia uno de los mechones sueltos, nota el pulso acelerándose cuando su madre busca en sus ojos la sombra de los suyos propios. Quizá esté contando las semejanzas, quizá eso le sirva para darse cuenta de que, por inverosímil que resulte, está diciendo la verdad.

«No bajes la guardia».

La advertencia del demonio que lleva bajo la piel le resulta ridícula. De hecho, está a punto de pedirle que cambie su cuerpo, que le devuelva los pechos de los que se deshizo en cuanto pactó su Trato y las curvas que siempre ha preferido no tener, lo que sea para que a esa mujer que perdió hace tanto tiempo le cueste menos reconocerle. Aunque ni siquiera parece que algo así vaya a hacer falta. La ve ladear la cabeza, entreabrir los labios. Va a decir algo y Astrey se echa un poco hacia delante, sediento de sus palabras, de su voz, de ese acento que guarda todavía un rastro de la nieve y las montañas…

Y entonces algo cambia. El Portador no lo entiende al principio, solo sabe que lo que fuera que estaba viendo en sus ojos (cariño, anhelo, familiaridad) se desvanece por completo. Ocurre en un parpadeo. Primero sus ojos se apagan y vuelven distantes y, después, cuando el brillo regresa, la expresión de la mujer se descompone.

Astrey no se espera el empujón. No se espera caer hacia atrás ni que Linette se aleje con la brusquedad con la que lo hace. La mujer tiene problemas para ponerse en pie, se tropieza con el borde del camisón y cae. No le importa. A cuatro patas, medio enredada en la

tela blanca, se arrastra con lentitud, como si sintiera el cuerpo agarrotado. Se mueve hacia los barrotes que la separan de la santa y cuando la ve allí de pie, con el medallón al cuello y las ropas que en algún momento fueron blancas, una súplica escapa de sus labios:

—¡Hermana! —clama—. ¡Hermana, ayúdame! ¡Por favor, ayúdame!

Lilith Rheiz parece tan sorprendida que retrocede varios pasos, como si temiera que la mujer fuera a lanzarse a por ella a través del metal.

Astrey, en cambio, se encuentra paralizado.

—¿Mamá…?

La mujer se gira hacia él, pero esta vez no reacciona a esa palabra con reconocimiento, sino que lo mira como si fuera incapaz de ver nada más que un demonio: se encoge sobre sí misma contra los barrotes, se cubre los ojos con las manos y comienza a rezar. En una celestial entrenada, quizá el exorcismo que se desliza de su lengua le habría hecho algo. Pero su madre no es seguidora de Destino. Nunca lo ha sido. Su madre, rodeada de brujos, si acaso respetaba a Caos, aunque la realidad es que nunca se consagró a ninguno de los dioses.

—Mamá, calla. Para, ¿qué estás haciendo?

Astrey se levanta. Se siente como si estuviera borracho, como si llevara días enteros sin dormir, como si estuviera vadeando un río y tuviera que luchar para dar cada paso. Quiere alcanzar a esa mujer, pero cuando estira la mano le parece que está lejos, muy lejos, como si el uso del Amuleto hubiera deformado el espacio y no solo el tiempo.

Te dije que había cosas que ni siquiera yo podía arreglar.

No. Tiene el poder de un dios. No hay nada que esté fuera de su alcance.

Quizá debiste hacerle caso al necromante.

No.

La mujer deja de rezar sin previo aviso. Se queda paralizada a mitad de la oración y, una vez más, su expresión se pierde, se congela, se vacía. Al instante siguiente, aprieta los labios y los párpados y deja escapar un gemido de dolor mientras se lleva la mano a la cabeza.

—Sera —gime.

Astrey da un respingo y se apresura a salvar la distancia que los separa, ansioso por recuperarla.

—Estoy aquí. Estoy aquí, mamá.

La mujer alza la vista y lo observa con los ojos muy abiertos, asustados y tan anhelantes de encontrar algo familiar a lo que aferrarse como se siente él mismo. Está ahí. Su madre está ahí, luchando por quedarse a su lado, y él tiene que hacer algo para ayudarla. Necesita tener la cabeza fría. Tiene que ser lógico. Quizá debería darle más tiempo. A lo mejor, si la aleja más del momento en el que murió, ella podría recordar quién era dentro de ese cuerpo. Quizá la memoria sea como una enfermedad y también pueda curarla…

Elira. Necesita a Elira. La bruja puede ayudarlo a encontrar la respuesta. Puede que no esté de acuerdo con lo que ha hecho, pero esto lo entenderá. Tiene que entenderlo. Ella…

La risa de su madre corta el hilo de sus pensamientos. No es como recordaba, ni dulce como la melodía del arpa ni frágil como una fina capa de hielo. Es una risa estruendosa, fuerte. No es

desagradable, pero Astrey reprime un estremecimiento cuando se da cuenta de que va acompañada de una sonrisa que no es ni feliz ni amable ni maternal. Es la sonrisa de un depredador, igual que lo es la postura que tiene ahora, con los hombros ligeramente hacia delante, la espalda arqueada. De pronto, las piernas temblorosas se muestran más firmes.

Todo ocurre en un instante, tan rápido que Astrey no tiene tiempo a prepararse. La mujer se lanza contra él con toda su fuerza. El choque le arranca el aire de los pulmones y Astrey se siente caer y caer en esa mazmorra que parece distorsionar el tiempo, que estira los segundos y los retuerce y se los quita. Cuando su espalda encuentra el suelo, el ramalazo de dolor le arrebata la respiración; su cabeza se golpea contra la piedra y todo se difumina, la luz de la prisión parpadea y amenaza con apagarse. Es consciente del peso de ese otro cuerpo que rueda con él, que lucha contra él. Siente unos dedos en la cara, arañando, intentando ir a por sus ojos. Siente una mano buscando cerca de su pecho, palpando casi a ciegas, pero ni siquiera es capaz de reaccionar para defenderse.

—El Amuleto, el Amuleto, el Amuleto…

La voz mezcla las palabras, arrastra los sonidos. Ya no habla con la cadencia del norte, con ese acento que tan bien conoció en otra época. Astrey aprieta los dientes hasta hacerse daño, hasta que cree que se le van a romper, pero se obliga a contraatacar, pese a que lo último que quiere es dañar ese cuerpo. El suelo tiembla bajo ellos para darle la ventaja de la sorpresa y, cuando Linette intenta apartarse de él, los barrotes de la celda se convierten en serpientes que reptan hacia ella, la aprisionan y la arrastran. El grito agudo que emite esa boca que hace unos minutos creyó que se parecía a la

suya le hace querer cerrar los ojos, pero se contiene. La mujer se revuelve y gruñe, más bestia que humana.

—¡Mi demonio! —grita—. ¡Devuélvemelo, devuélvemelo! ¡No lo siento! ¡No lo siento!

Astrey siente que se le encoge el corazón. No sabe qué hacer.

«Mátala. Esto no es lo que querías y solo te va a dar problemas, así que deshazte de ella. No te sirve de nada».

Vuelve atrás. Tienes el poder de evitar lo que le has hecho, de borrar este error.

No. No piensa matarla ni deshacer lo que ha hecho, porque va a arreglarlo. Solo necesita encontrar una solución que le devuelva a Linette Ansen de verdad, tal y como debería ser.

Pero para eso necesita tiempo.

Un movimiento de su mano es lo único que hace falta para que un hueco aparezca en la pared de la celda; con el segundo, lanza el cuerpo a través de él. Le duele hacerlo. Es un sufrimiento físico, que se le concentra en la mano y le sube como un calambre hasta el pecho. Pero está bien. Su madre estará bien. Quizá solo necesita un poco de tiempo para reponerse, sin magia de por medio. La dejará en su antiguo cuarto, el que su padre escogió para ella como si fuera un miembro más de la familia imperial. El dormitorio en el que Astrey se quedaba dormido algunas noches, en aquella cama enorme y mullida, cuando el mundo parecía un lugar más sencillo en el que nada podía ir mal.

El muro de piedra se vuelve a cerrar. Los barrotes recuperan su forma. Si se esfuerza, Astrey puede fingir que todo lo que ha ocurrido en los últimos minutos no es más que un sueño. El silencio

llena la estancia, roto solo por su respiración acelerada y el ruido de su propia cabeza.

—Te lo dije.

Caleb suena cansado y, cuando Astrey se gira hacia él, comprueba que tiene mal aspecto. Está más pálido que nunca, pero aun así conserva una serenidad que hace que le hierva la sangre. Odia que ni siquiera estar al límite de sus fuerzas pueda borrar esa entereza que ha ganado a lo largo de esos años en que han estado separados. Odia haber quedado en ridículo frente a él y que lo trate como si él fuera el más joven, el que se ha olvidado de una valiosa lección y ha cometido un error.

—Cállate, Caleb.

—Esa mujer ya no es tu madre.

—Cállate.

—He sentido su energía, Astrey, y no es nada que haya visto antes. Está… contaminada. Es…

—¡¡¡He dicho que te calles!!! —El grito reverbera en las paredes, se replica en mil voces que piden silencio. Cuando estas por fin desaparecen, Astrey deja escapar una risa entrecortada—. Está bien. Quizá no ahora. Pero lo estará. Tengo el Amuleto del Tiempo en mis manos.

Crees que lo podemos todo, ¿verdad?

—Suena a que te estás convenciendo a ti mismo, brujo.

Esta vez no es Caleb quien habla, sino Lilith Rheiz. Astrey se gira hacia ella y se la encuentra con las manos apretadas alrededor de los barrotes otra vez y la expresión asqueada.

Pero el Portador no va a dejar que la opinión de nadie le haga dudar, así que respira hondo. Se recompone. Recuerda en qué lugar

guarda las sonrisas y se viste con una.

—Solo necesito un poco de práctica, santa. Pero no te preocupes: cuando Nathan vuelva con los restos de tu hermano, ya sabré cómo actuar.

Lilith hace una mueca, pero él decide que no va a perder más tiempo con sus presos. Tiene temas mucho más importantes que atender. Temas que tendrá que esconder mientras no encuentra la manera de arreglarlos.

—Ahora quizá te creas un dios, Astrey —Caleb vuelve a hablar justo cuando está a punto de salir de la celda—, pero hasta los dioses tienen límites.

—¿Y quién me los va a poner? ¿Tú? —El espíritu lo mira por encima del hombro—. No dejé que me detuvieras una vez, Caleb. No voy a dejar que nada me detenga ahora.

No vuelve a mirar atrás. Cada uno de sus pasos es una promesa, una seguridad a la que aferrarse. Cuando echa a andar, los anillos que entrechocan en sus dedos emiten una melodía desacompasada, arrítmica, por esa joya que ya no lleva.

Nada va a pararlo.

«Nada».

Nada.

—¿Crees que se dará por vencido?

—Espero que no.
De hecho, espero grandes cosas de él, Xandre.
Su reinado solo acaba de empezar y estoy deseando ver cuánto caos deja tras de sí.

CALEB

La primera vez que Caleb vio cómo Astrey se alejaba de él, le dolió tanto como la herida que le había abierto en el pecho. Aunque perdió la conciencia poco después, cuando despertó el dolor seguía ahí, intenso, un corte profundo bajo un cuerpo que había sanado por arte de magia. Permaneció mucho tiempo más: semanas, meses, años. Cada vez que Caleb recordaba a Astrey, el corte volvía a abrirse como el primer día, incapaz de terminar de cicatrizar. Por eso decidió olvidarlo. Lo apartó a un lado, a él y a todo lo que representaba, y cubrió todo el tiempo que habían pasado juntos bajo gruesas capas de odio y ansias de venganza que lo ayudarían a seguir adelante.

Quizá por eso ahora ya no le duele tanto verlo marcharse. Aunque siente el cuerpo agarrotado y le cuesta respirar después de lo que el Amuleto ha hecho otra vez con él, sabe que está mucho más entero, que es mucho más capaz de seguir adelante que cuando era un niño. El Astrey que ve marchar ya no tiene nada que ver con el muchacho que conoció, así que no puede hacerle daño. Si acaso, es un alivio confirmar que todos los hilos que un día los unieron están cortados y ya no pueden tirar de él.

—¿Estás bien?

La pregunta de la santa está tan llena de tensión como su rostro, que asoma entre los barrotes a los que se aferra con fuerza. Caleb se fija en ella antes de respirar hondo y cerrar los ojos para encontrar un segundo de calma. La busca en su pecho, en la sensación del medallón que cuelga de su cuello, en los latidos de un corazón que ya es un refugio. No puede oírlos, pero todavía siente el eco de una presencia al otro lado del oro, cada vez más quedo, casi imperceptible. Bien. Aunque una parte de él odia sentir a Darien tan lejos de su alcance, eso significa que se ha alejado lo suficiente.

—Es hora de irse.

Esas palabras son todo lo que necesita para que los grilletes que le apresan las manos se abran sin más. Caleb deja escapar un suspiro de alivio cuando al fin puede bajar los brazos y se frota las muñecas. La libertad le resulta reconfortante de inmediato, aunque su cuerpo va a tardar un poco en recuperarse después de todos los días que ha pasado en la misma posición.

—¿Cómo demonios has hecho eso?

Caleb vuelve a fijarse en la santa, que lo observa como si acabara de convertirse en celeste ante ella. Aun así, ignora la pregunta y se pone en pie para probar su equilibrio. El mundo todavía le resulta inestable, la cabeza le da vueltas y siente las extremidades mucho más pesadas de lo que debería, pero está bien. La inmortalidad es molesta, sobre todo por lo incomprensible que resulta, pero en momentos así tiene que agradecer los beneficios que le ofrece.

—¿Podías hacer eso desde el principio? —Lilith Rheiz alza la voz, indignada, sobre todo cuando Caleb asiente—. ¿¡Y por qué no lo has hecho antes!?

El necromante le lanza un vistazo de soslayo mientras se sigue masajeando una piel que empieza a curarse sin dejar marcas tras el roce insistente de los grilletes.

—Primero, porque quería que Darien y mis compañeros se alejasen todo lo posible del palacio y, a poder ser, de Odelia. Segundo, porque necesitaba que Astrey confiase en que me tenía justo donde quería. Y tercero, porque quería tener una última conversación con él.

—¿Por qué ibas a querer eso? Te ha encerrado para usarte.

—Precisamente por eso. —Caleb avanza hacia Lilith y ella da un paso hacia atrás, desconfiada—. Necesitaba saber por qué estaba haciendo esto, cómo de lejos pretendía llegar. Y, sobre todo, necesitaba saber cuáles son sus debilidades ahora, si es que las tenía. A ambos nos enseñaron de pequeños que el conocimiento es poder.

Antes de que la santa pueda replicar, el necromante pone las manos en los barrotes que separan sus celdas y cierra los ojos para concentrarse. Le pide al palacio que se amolde, que deje salir a la celestial, pero nota resistencia ante sus órdenes. Mientras que a él le ha dejado liberarse de sus grilletes sin más, en este caso una fuerza se interpone y se niega, alza una pared que resulta complicado traspasar. Tiene que entrecerrar los ojos y apretar los dedos en torno al metal con un poco más de fuerza, hasta que siente que se templa ante su contacto. Supone que tiene sentido. Por mucho que ese palacio lo reconozca y lo proteja, esa muchacha no tiene nada que ver con él y hay otro miembro de la familia real que desea mantenerla presa. No, no cualquier miembro. Ahora Astrey es el

emperador. El necromante tiene suerte de que el palacio no le dé la espalda, por mucho que sea hijo de uno de los príncipes.

Príncipe. Sigue resultándole complicado pensar en sí mismo en esos términos. No se acostumbra a la idea de que ese palacio al que llegó un día por casualidad (se niega a pensar que Destino haya tenido algo que ver en ello) sea en realidad el lugar en el que debería haber crecido. Ese sitio no tiene nada que ver con él. No es Arsay, con sus bosques inmensos, sus cementerios arbolados y sus retazos de historia derruida. Ese es su verdadero hogar. El lugar que le prometió a Darien que un día recorrerían juntos.

Y para eso tiene que salir de ahí.

Los barrotes se separan entonces. Como si el palacio hubiera entendido, por fin, que tiene que dejarlo avanzar porque no va a hacerlo sin la celestial. El hueco que se abre es lo suficiente grande como para que Lilith se cuele por él y Caleb deja escapar un suspiro de alivio.

—Gracias —murmura, no sabe muy bien a quién. Quizá a Saenal o al mismísimo Caos, no sabe de quién es la magia que vive en esas paredes. Después se gira hacia la santa, que lo está mirando como si hubiera obrado un milagro—. Quédate cerca de mí hasta que consigamos salir. No puedo asegurar que el palacio no vaya a intentar llevarnos por caminos distintos en cuanto tenga oportunidad.

Lilith frunce un poco el ceño mientras él se acerca hasta la pared de la celda y pone la mano sobre la piedra.

—¿Cómo lo haces? No lo entiendo. No eres un brujo, no deberías poder modificar la materia.

—No estoy modificando la materia.

Pero la magia del palacio parece llevarle la contraria cuando la piedra se convierte en una puerta de madera.

—¡Lo estás haciendo ahora mismo!

—No estoy modificando la materia. —Odia tener que repetirse—. Estoy dándole órdenes al palacio y es él el que cambia solo. Y ahora, pasa —añade tras abrir la puerta de un tirón.

La celestial abre mucho los ojos, incrédula, pero la expresión del necromante es suficiente para que deje de hacer preguntas. Lo más probable es que solo quiera alejarse de las mazmorras cuanto antes y esté dispuesta a tomar la primera oportunidad que alguien le tiende.

La salida, sin embargo, no los escupe a la ciudad, ni siquiera al jardín, sino al cuarto de Caleb. Allí está su pequeño catre, las plantas por todas partes. Nunca ha sentido esa habitación demasiado suya, pero después de todos esos días encerrado, es lo más cercano a un refugio que tiene en medio de la tormenta. Aun así, no pueden perder mucho tiempo, así que se apresura a acercarse a uno de los armarios mientras empieza a deshacerse de la ropa que lleva puesta, lo que queda de ese ridículo disfraz que Ishtar lo obligó a ponerse para la Noche de las Bestias. Primero cae la pesada capa, que ya ni siquiera conserva todas las plumas; luego, la camisa oscura.

La santa, detrás de él, deja escapar una exclamación:

—¿Podrías avisar antes de desnudarte?

Él pone los ojos en blanco antes de rebuscar en el armario y tirarle un par de paños y algo de ropa. Cuando se da la vuelta, hay dos tinas de agua esperándolos, una justo frente a una celestial claramente desacostumbrada a que todo ocurra por arte de magia y otra junto a él.

—Límpiate y cámbiate —le ordena tras darle la espalda—. No podemos salir así de palacio, llamaríamos demasiado la atención. Y, si conseguimos escapar de aquí, lo más seguro es que Astrey no tarde en darse cuenta y avise a la Guardia Imperial de que hay un par de fugitivos. Cuanto menos identificables seamos, mejor.

La muchacha tiene que ser consciente de que su advertencia tiene lógica, pero aun así responde:

—Ni se te ocurra darte la vuelta.

Caleb está a punto de hacerlo solo para que vea su expresión asqueada.

—No tengo ningún interés en verte desnuda, santa.

—Eso espero —masculla ella. Caleb oye el sonido de tela contra tela mientras él hunde el paño en el agua tibia y se lo pasa por nuca, brazos y muñecas—. Pero así no me hace gracia estar desnuda y desarmada ante nadie.

Eso le resulta incluso más ridículo.

—Eres consciente de que no tengo por qué ayudarte, ¿no? Podría haberte dejado sola en esa celda y nunca habrías podido escapar, te lo aseguro. De hecho, llevarte conmigo solo me retrasa.

Aunque espera que no demasiado. No puede permitírselo. Cada segundo que pasan dentro del castillo es un segundo más en el que se arriesgan a que Astrey descubra que él no está tan indefenso como cree. Y, si lo hace, no tiene claro que vayan a tener más oportunidades de escapar.

—Pero me ayudas por Darien. —Hay un punto de incredulidad en el tono de la celestial—. Sabes que no tienes por qué, ¿verdad? Sería tan fácil como decirle que tuviste que dejarme atrás y él quizá lo entendería.

—Sí, lo haría. Y, si tengo que dejarte atrás, no dudaré en hacerlo y se lo diré. Pero no tengo ninguna intención de mentirle si no es así.

Esta vez la santa no responde, así que ambos se visten en silencio, tan rápido como pueden. También se arman: cuchillos para él, una espada para ella. Caleb está a punto de tendérsela cuando la santa le pregunta:

—¿Estás enamorado de él?

El necromante enarca las cejas, incrédulo. Lilith lo observa con los ojos entrecerrados y el rostro serio, como si hubiera hecho una pregunta muy complicada. En ese momento, privada de sus ropas blancas, ni siquiera parece una seguidora de Destino y mucho menos una elegida de su dios. Vestida de verde y marrón, con esa expresión un poco desamparada, parece más bien una muchacha que acaba de encontrar la salida de un bosque profundo después de haberse perdido en él durante días.

—¿Disculpa?

—Me has escuchado. Te he preguntado que si estás enamorado de mi primo.

Caleb siempre ha considerado que hay ciertas verdades que no hace falta pronunciar, porque son obvias o se comprenden sobre la marcha. Incluso cuando él tuvo que aprenderlo todo de cero, después de perder sus recuerdos, hubo explicaciones que nadie le dio, cosas que se colocaron en su lugar por simple lógica. El sol ilumina y da calor. Por las noches salen las estrellas.

Ahora que él sabe lo que siente, que alguien le pregunte si está enamorado de Darien Veriz le parece lo mismo: algo que no debería ser necesario explicar porque es evidente; un axioma; parte de la lógica natural del mundo.

Y, aun así, quizá precisamente por eso, no tiene ningún reparo en responder:

—Sí.

Lilith Rheiz se abraza el cuerpo, con los ojos claros llenos de un sinfín de preguntas y emociones que Caleb no consigue comprender. No sabe si le gusta su respuesta o si la odia, aunque no podría serle más indiferente. Si no le importa lo que los dioses piensen de su relación, si está dispuesto a desafiarlos para mantener a ese chico a su lado, ¿por qué iba a interesarle la opinión de una simple mortal? Una que ha demostrado que no conoce a Darien. No de verdad. No como él.

Al final, la celestial tan solo aparta la vista. Se pone la capucha de la capa corta que cubre sus hombros y se adelanta para tomar la espada que él todavía estaba sosteniendo.

—Deberíamos irnos.

Caleb asiente. Lanza un vistazo por última vez a ese cuarto, a las plantas, a los recuerdos desperdigados por la estancia. Derek solía apoyarse contra la ventana. A Dyne le encantaba pasar por allí y tocar las plantas. Frente a esa cama, él se arrodilló ante Darien y le pidió perdón por todas las cosas que todavía no ha terminado de perdonarse a sí mismo.

Aunque nunca ha llegado a sentir el palacio de Odelia como un hogar, no puede evitar sentir cierta nostalgia al ser consciente de que lo más probable es que jamás regresará a ese cuarto. Ya nada le ata a ese palacio, por mucho que parte de su familia venga de él.

No, su hogar está en otro lado, allá donde el medallón que lleva en el cuello le lleve. Para recordarlo, o quizá solo para darse fuerzas,

lo aprieta entre los dedos. La presencia de Darien sigue llamándolo, tirando de él.

Y no va a hacerlo esperar más.

—Mantente cerca de mí.

Caleb abre la puerta.

LILITH

El jardín es un lugar completamente diferente al que estuvo en la Noche de las Bestias. Los invitados han desaparecido, así como las luces y la música, y ya ni siquiera quedan pistas de lo que ocurrió aquel día: no hay ni una piedra fuera de su sitio ni un resto de cristal en el suelo. Pese a ello, el paisaje que encuentra no le parece mejor sin el rastro de caos que recuerda: se le antoja igual de muerto, hecho de piedra y metal, oscuro bajo la luz opacada de las estrellas. Siente que el peligro está al acecho, que un paso en falso hará que el suelo se abra bajo sus pies y se la trague, que las estatuas están esperando a que aparte la mirada para empezar a moverse. Un escalofrío que no tiene nada que ver con el viento frío que sopla la recorre de arriba abajo.

—No te separes.

Lilith da un respingo y vuelve la vista hacia el necromante a su lado, que observa la explanada que los separa de la libertad con una expresión seria.

—¿Crees que es seguro? ¿No puedes usar esos poderes tuyos para sacarnos de aquí sin pasar por el jardín?

El chico chasquea la lengua y le dedica una mirada de reojo que deja clara su frustración.

—Si pudiera, santa, ¿no crees que ya lo habría hecho?

—No lo sé, has estado esperando *días* para sacarnos de nuestras celdas.

—Y volveremos a ellas si seguimos retrasándonos, así que cállate y sígueme.

Lilith hace un mohín, pero él tampoco le da más tiempo para replicar: con pasos ágiles y una fluidez que la chica envidia de inmediato, Caleb se lanza hacia el jardín aprovechando las sombras que ofrecen la vegetación de metal y las estatuas. En comparación, la santa se siente torpe, pesada, y el corazón le late con tanta fuerza que le da la impresión de que hace el ruido suficiente como para delatarlos. Su acompañante, en cambio, ni siquiera cambia de expresión. No sabe qué pensar de él. Algo dentro de su cabeza no deja de repetirle que está traicionando a su dios, a la Hermandad, por haber aceptado la ayuda de un seguidor de Muerte, pero ¿qué iba a hacer si no? ¿Esperar un milagro? Está cansada de esperar. Está cansada de estar encadenada, de dejarse llevar. Y al menos ese muchacho tiene algún tipo de conexión con Darien.

Aunque de eso tampoco sabe qué pensar.

—¿Ves el muro? —El necromante se gira hacia ella tras detenerse al amparo de una de las estatuas y Lilith echa un vistazo hacia delante. Lo ve. Todavía está lejos, pero ya se han acercado lo suficiente como para permitirse empezar a tener esperanzas—. Vamos a correr hacia allí.

—¿Aunque no haya puerta? —Él asiente—. ¿Y si no eres capaz de convocar una salida en esa pared? El muro es demasiado alto para

saltarlo.

—Vas a tener que confiar en mí.

Lilith hace un mohín. Está a punto de responderle que no puede confiar en él por un sinfín de motivos, comenzando por la diosa a la que sirve y continuando por lo que le hizo a su primo. Pero, al mismo tiempo, ese necromante es su única oportunidad de escapar. No ha dudado en ayudarla, aunque es evidente que la huida le resultaría mucho más fácil si la dejase atrás. No por ella, por supuesto. Por Darien. Lo hace por él. Porque se ha enamorado de él y no tiene ningún reparo en admitirlo.

Y lo más probable es que Darien también lo quiera a él. Por eso corrió a socorrerlo durante la Noche de las Bestias. Por eso estaba tan desesperado ante la idea de dejarlo atrás. Por eso le dio su medallón.

Ese es el chico al que su primo ha elegido. Pese a ser un necromante. Pese a haber sido su enemigo. Pese a ir en contra de todo lo que les han enseñado en el Templo. Y no lo entiende, pero quizá no tenga por qué hacerlo. Quizá, a veces, el amor sencillamente es complicado y absurdo y no comprende el concepto del deber y la gente se vuelve loca por él.

Está segura de que ella nunca ha experimentado un amor como ese.

—De acuerdo.

El necromante (Caleb, su nombre es Caleb) parece un poco sorprendido por su respuesta, como si en el fondo hubiera estado esperando una nueva réplica. De todos modos, no le da tiempo a decir nada, porque entonces ambos escuchan el crujido. Viene de arriba, justo encima de sus cabezas.

Cuando alzan la mirada, ven la sonrisa de una estatua que se inclina sobre ellos.

—¡Corre!

Lilith obedece antes incluso de registrar la orden. A su alrededor, mientras ambos se lanzan con desesperación hacia delante, las estatuas del jardín comienzan a despertar y a girar sus rostros hacia ellos, a extender los brazos para atraparlos. Mientras se vuelven una amenaza, mientras se bajan de sus pedestales demostrando que nada les ata a ellos, Lilith entiende de pronto por qué el palacio no necesita guardias de carne y hueso, por qué no los había en las mazmorras y por qué no los hay tampoco en las puertas de entrada. Ese lugar se protege a sí mismo, imbuido por una magia tan poderosa que solo puede venir directamente de Caos. La energía que se arremolina a su alrededor le provoca náuseas, le recuerda al campo de batalla y le hace echar de menos a Altair. Le gustaría volver atrás y tener de nuevo su presencia reconfortante cerca, guiándola en forma de lechuza. Pero como no puede tenerlo, tan solo recurre a las visiones a las que él le enseñó a acceder. Son rápidas, apenas destellos en su mente: ve a una estatua atacarla desde la izquierda, así que se mueve antes de que ocurra; sabe que puede tropezar tres pasos más adelante, así que salva de un salto el pequeño desnivel que hay bajo sus pies. Una de las visiones le muestra al necromante siendo atrapado, así que grita:

—¡Cuidado! ¡A tu espalda!

Caleb mira hacia atrás a tiempo de evitar que dos brazos de piedra se conviertan en una nueva cárcel para él, pero el salto que da hacia a un lado, demasiado rápido, lo hace caer al suelo y lo

obliga a rodar para evitar que otra estatua lo atraviese con una espada de mármol.

Lilith se apresura a llegar hasta él para ayudarlo a levantarse. El necromante la mira con incredulidad, como si verla tenderle la mano le pareciera más inconcebible que ese jardín de estatuas vivientes.

—Darien tampoco me perdonaría que yo te dejase atrás.

—No necesito…

—Calla y corre.

Caleb frunce el ceño, pero esta vez es él quien obedece. El muro está solo a una carrera de distancia y ambos se apresuran hacia él. Rápido. Más rápido. Las estatuas que se lanzan contra ellos son lo único que los separa de la libertad y Lilith no puede permitirlo. Su destino no es quedarse encerrada en ese palacio, ha nacido para más cosas. Ha nacido para buscar a Eunomia y empuñarla, para ser santa, para servir a la Hermandad y proteger al mundo del Amuleto del Tiempo.

Pero, sobre todo, más allá de ese muro está Nathan.

Y su destino, de una manera u otra, siempre ha estado ligado al de él.

Están cerca. La pared está casi al alcance de su mano y ellos solo tienen que apretar el paso un poco más, esforzarse un poco más. Una puerta comienza a aparecer en medio de la piedra y Lilith mira a su lado, al necromante, que tiene los ojos entrecerrados por la concentración. Funciona. Funciona. Está a punto de gritárselo, a punto de sonreír.

Pero entonces escuchan el graznido y el sonido de unas alas cortando el viento. Una figura aterriza a solo unos pasos de ellos, justo frente al portón, y Lilith se detiene justo a tiempo, consciente

de que esta vez su enemiga no está hecha de mármol, sino de carne y hueso. La reconoce incluso bajo la luz lejana de las estrellas, porque la encaró del mismo modo durante la Noche de las Bestias.

La princesa de Orlaith.

Lilith se lleva la mano a la empuñadura de la espada en un acto reflejo; Caleb desnuda los filos de sus puñales. Ambos lanzan un vistazo hacia atrás, hacia el resto del jardín, pero las estatuas se han quedado quietas, como si la presencia de esa mujer hubiera roto el hechizo que les permitía moverse. Sobre el brazo extendido de una se posa el pájaro que acompaña a esa mujer allá a donde va.

—Tenía entendido que era imposible escapar de este palacio.

Elira Surya no alza la voz ni da la señal de alarma, como cabría esperar, pero Lilith no se permite relajarse. Aunque la bruja repliega sus impresionantes alas, no las hace desaparecer, y tiene las garras preparadas para atacar si es necesario. Recuerda cómo las usó contra Iraides de Odelia, cómo ha demostrado que la magia y esas uñas que podrían arrancarle las entrañas a alguien con un simple movimiento son todas las armas que necesita.

A su lado, el necromante no hace ni un solo movimiento, como si no quisiera delatar que ha sido el causante de la fuga. La celestial todavía no entiende cómo ha podido hacer que el palacio se amolde a sus deseos, pero está claro que él no quiere que nadie más descubra que tiene esa capacidad.

—Apártate —dice—. No quiero luchar contigo.

Lilith no está de acuerdo: deberían acabar con ella o quizá se arrepientan. Entre los dos quizá podrían vencerla. Podría intentar exorcizarla y él…

Pero la bruja no da señales de querer atacar. En cambio, ladea la cabeza y sus garras pasan a ser un poco menos amenazadoras cuando cruza los brazos.

—¿Y eso por qué?

El interés en su voz es genuino, lo suficiente como para que Lilith titubee. Caleb y ella intercambian una mirada, aunque ninguno de los dos se atreve a relajarse. El necromante aferra los puñales que ha desenvainado con la misma fuerza con la que Lilith aprieta las manos alrededor de la espada.

—Porque yo también creí en Astrey más que en nadie durante una época de mi vida y me traicionó —responde el chico—. Sé lo que es descubrir que alguien a quien creías tu aliado está dispuesto a venderte por lograr sus objetivos, como si fueras un objeto desechable. Y es obvio que ha hecho lo mismo contigo.

La bruja no replica, tan solo lo estudia con esos ojos que tienen el color del horizonte cuando amanece. Lilith mira al cielo, casi esperando ver salir el sol. Deberían escapar de allí antes de que la ciudad despierte, y no cree que conversar con esa mujer les vaya a ayudar a escapar. Es obvio que durante la Noche de las Bestias se sintió traicionada por el nuevo Portador, pero también que siguen teniendo algún tipo de relación. Al fin y al cabo, está ahí. El palacio no la considera una enemiga, sino una aliada, por eso las estatuas se han detenido.

—Tenías razón cuando dijiste que solo está de parte de sí mismo —añade el necromante—. Y, si fuera tú, no lo olvidaría nunca.

La mujer entrecierra los ojos antes de volverse hacia el palacio. Aunque Lilith teme girarse y encontrar al emperador asomado a una de las ventanas, no ve nada cuando sigue su mirada.

Elira Surya vuelve a fijarse en ellos. Todavía alarga el silencio un par de segundos más antes de clavar la vista en Caleb y decir:

—Si te dejo ir, usar el Amuleto va a tener muchas consecuencias para todos.

Él enarca las cejas y relaja un poco la postura. No suelta los puñales, no vuelve a envainarlos, pero baja las manos.

—Tú ni siquiera quieres que use ese objeto, ¿no es cierto? Tienes dudas. Sobre lo que está haciendo y lo que pretende hacer. Ya no te fías de él, de lo contrario estarías llamando a gritos a los guardias… o encargándote tú misma de nosotros.

La bruja aprieta los labios y aparta la vista de él, incómoda. Su atención cae entonces sobre Lilith, solo un instante.

—Puede que no esté de acuerdo con que te encierren y te usen, necromante, pero ella no tiene nada que ver con eso. —La celestial se tensa—. Lilith Rheiz ha matado a cientos de los tuyos y de los míos enarbolando los estandartes de Daiva. ¿Por qué debería dejarla ir? ¿Por qué la estás ayudando siquiera?

Caleb la mira de reojo. Parece estar pensando una respuesta, pero ella toma aire. Sabe algo más de esa bruja, después de haber estado viajando días a su lado. Esa mujer no se preocupa solo por el emperador.

—Deberías dejarme ir porque sé que Nathan te importa. Y yo quiero ayudarlo. Su demonio ha tomado posesión de su cuerpo y yo soy la única que puede traerlo de vuelta.

Elira entorna los párpados, desconfiada.

—¿Por qué debería creerte? Hasta ahora solo has intentado hacerle daño.

—Las cosas han cambiado.

—¿Por qué? ¿Porque ahora ya no tiene el Amuleto del Tiempo? ¿Crees que eso hará que volváis a tener algún tipo de relación? Nathan te odia, santa.

No, más bien debería odiarla. Está segura de que eso tendría sentido, igual que ella debería odiarlo a él con todas sus fuerzas. Pero ya se ha mentido lo suficiente y tiene que aceptar lo inevitable: no lo detesta. No quiere matarlo. Y ahora que ya no es el Portador, ni siquiera tiene por qué hacerlo.

—Nathan solo odia haber perdido a mi hermano.

Las palabras se le atragantan, quizá porque al pronunciarlas se da cuenta de lo ciertas que son. De lo injusta que ha sido con él, sin pararse a entender ese dolor que lo ha llevado hasta donde están ahora. Un dolor que a ella también le resuena en el pecho.

—Si Nathan está colaborando con el nuevo emperador es solo porque está desesperado por recuperarlo, pero no puede —continúa tras tomar aire—. Nadie puede. Adam está muerto y no va a volver.

Ni siquiera con el Amuleto del Tiempo. Ni siquiera con la magia de los dioses. Lo ha comprendido al ver a esa mujer en la celda. Al principio, una parte de ella casi deseó que alguien hiciera eso con su hermano. La madre del Portador solo parecía confusa, pero estaba bien. Era un cuerpo entero, una vida que había vuelto. Pese a que sabía que era un pensamiento inapropiado, una herejía, se atrevió a imaginar que era Adam, que despertaba, que miraba el mundo con esa fascinación que no tenía desde que volvió de su Peregrinación.

Pero entonces la mujer cambió. Aunque no se transformó físicamente, se dio cuenta de que no era la misma cuando se giró hacia ella con ese terror primitivo en los ojos, el mismo sentimiento de desesperación que vio en alguna gente durante la Purificación. La

oración que salía de sus labios sonaba como debía. Y luego se lanzó sobre su hijo y…

No, Adam no va a volver, ni siquiera si el nuevo emperador usa la magia de Tiempo sobre lo que quede de su cuerpo. Si su hermano revive convertido en una criatura como la que es ahora esa mujer, no será él, por mucho que pueda tener su aspecto. No será nadie que conozca.

Está segura de que el verdadero Adam no querría regresar en esas condiciones. Ni siquiera habiéndolo traicionado todo. Ni siquiera siendo un hereje. Nadie querría. Solo sería una sombra de sí mismo.

Y Nathan tiene que entenderlo.

—¿Y quieres…? ¿Qué? ¿Convencerlo de que lo deje ir? —Elira niega con la cabeza—. No creo que vaya a escucharte.

—Puede. Pero tengo que intentarlo.

Tendría que haberlo intentado el día del ataque a la basílica, o después, durante todas las veces que se encontraron y lucharon el uno contra el otro en vez de llorar juntos por lo que ambos habían perdido.

La princesa de Orlaith la observa, cauta. Vuelve a lanzar un vistazo más hacia el palacio y Lilith siente que el silencio se espesa durante los siguientes segundos. Uno. Dos. Tres. Pasan siete hasta que Elira Surya cabecea para sí misma y se mueve solo un par de pasos a la izquierda para permitirles avanzar hacia el portón.

—Vosotros y yo jamás nos hemos visto —dice.

Lilith se da cuenta de que estaba conteniendo la respiración cuando tiene que tomar aire, pero no sabe qué decir. «Gracias» suena a herejía y, de todas formas, la bruja pasa por su lado y les da

la espalda sin esperar una réplica, como si no quisiera verlos escapar. Como si eso fuera a hacerla menos cómplice de su huida.

Caleb y ella la ven alejarse seguida por su ave y, después, se miran. No hay comentarios. Ya han perdido demasiado tiempo y no pueden arriesgarse a que les arrebaten esa oportunidad.

Sin mirar atrás, echan a correr.

LILITH

Si el jardín del palacio no tiene nada que ver con lo que Lilith recordaba de su primera noche allí, con el resto de la ciudad le ocurre lo mismo. Los monstruos han desaparecido, igual que la música, los juegos de luces y sombras, las multitudes. Todo lo que queda a esas horas en las calles por las que pasan el necromante y ella es el silencio roto por sus propios pasos desacompasados, el sonido de sus respiraciones y la sospecha de que, si no se dan prisa, no serán capaces de escapar de Damira antes de que salga el sol. Pero nadie los sigue por los estrechos callejones por los que el chico la guía. Los postigos de las ventanas y las puertas de las casas permanecen cerrados, las luces que titilan tras algunos cristales parecen cansadas e incluso la oscuridad duerme en los rincones.

En las calles más amplias sí hay gente despierta incluso a esas horas, pero lo único que la santa llega a ver son sombras bestiales que juegan en las fachadas junto a la melodía disonante de quienes cantan y se juran amistad eterna a gritos. En algún momento, el ruido que hacen esos últimos trasnochadores se convierte en el zumbido lejano de las olas. Apenas tardan un par de minutos más

en llegar a unas estrechas y empinadas escaleras y, tras bajarlas, por fin, aparecen en el puerto.

El chico la guía hacia la seguridad de unos soportales, lejos de ese rincón del mundo que todavía está despierto: los barcos se balancean sobre el mar, con chapoteos aletargados, y en las cubiertas no dejan de verse siluetas que van y vienen sin perder el tiempo. Un par de guardias patrullan los muelles, confundiéndose con las sombras gracias a sus uniformes negros, y los marineros se mueven por el puerto como si les perteneciese.

Lilith captura esa imagen en su mente, aunque todavía no sabe si puede alegrarse demasiado de verla. Sabe que el necromante los ha traído ahí porque esa es la forma más sencilla de salir de Damira. Y también la más rápida.

—Aquí nos separamos. —Caleb se fija en ella con esa calma imperturbable—. Tú vas a buscar al antiguo Portador, ¿verdad? Vas a impedir que recupere los restos de tu hermano y se los traiga a Astrey.

Ella aprieta los labios y asiente.

—Tengo que intentarlo, al menos.

—¿Sabes dónde encontrarlo?

—No, pero sé a dónde se dirige. El cuerpo de Adam está en la Fosa de los Infieles: solo tengo que llegar allí antes que él.

O incluso impedirle llegar. Quizá pueda intentar darle alcance gracias a sus sueños. En las últimas noches, ha tenido visiones sobre él: lo ha visto tomar un barco, internarse en los bosques de Arsay, caminar por ellos con la misma calma que si no tuviera un rumbo fijo. Lo cierto es que ya no está segura de si esas imágenes se las manda Destino, si son pesadillas o si se las provoca ella misma. Al

principio estaba segura de que lo veía solo porque su misión era acabar con él, pero ahora que el Amuleto ha cambiado de manos, sigue estando ahí cada vez que cierra los ojos. Empieza a pensar que no es casualidad. Empieza a pensar que tiene más poder sobre lo que sueña de lo que ella misma era consciente. O a lo mejor es que no puede evitar que su obsesión se cuele en sus dones.

El necromante cabecea, pensativo.

—Astrey dijo que le había encargado a alguien buscar a nuestro maestro para hacer con él lo mismo que ha hecho con su madre. Sospecho que se lo ha pedido a él.

Lo cual le daría a ella mucho más tiempo para alcanzarlo. Muchas más posibilidades de obligarlo a abandonar ese caparazón en el que se ha escondido y hacerle entrar en razón.

—¿Dónde murió?

—En nuestro antiguo hogar. —Incluso en la penumbra, Lilith reconoce el rencor en la expresión del necromante—. No puedo darte indicaciones demasiado precisas: era demasiado pequeño cuando me marché y nunca he vuelto. Pero era una casa apartada, cerca de una pequeña aldea de necromantes. Estaba al sureste y, a menos de una hora, había unas pozas inmensas en las que la roca parecía crear la forma de un gigante.

Lilith asiente. No sabe si son instrucciones suficientes, pero tendrán que valer. Ansiosa por ponerse en marcha, lanza un vistazo a los barcos que aguardan por ellos.

—Busca cualquier pesquero que recorra el Nagar —le recomienda Caleb, adivinando sus pensamientos—. Son menos peligrosos que los barcos comerciales y, por lo general, sus navegantes no hacen demasiadas preguntas si pagas bien. —El chico le lanza una bolsa

que tintinea y Lilith la atrapa al vuelo—. Aunque te recomiendo esconder bien tu medallón.

Él mismo oculta el de Darien por debajo del cuello de la camisa. Con cuidado, como si fuera algo vivo. Lilith es consciente de cómo lo acaricia con los dedos incluso a través de la ropa. Se siente un poco incómoda, como si estuviera viendo algo inapropiado, así que clava la mirada en la bolsa de monedas.

—Tú irás a por Darien, ¿verdad? —El necromante asiente, sin dudar, y a ella le parece evidente que él también está deseoso de ponerse en marcha. Probablemente no haya pensado en otra cosa desde que lo encerraron—. ¿Podrías… darle un mensaje de mi parte, cuando lo encuentres?

Caleb enarca las cejas, pero le dedica otro asentimiento y la celestial aprieta las manos alrededor de la bolsita.

—Dile… que voy a intentar arreglar las cosas. Que me encargaré de todo y traeré a Nathan de vuelta. Y dile… dile que lo siento. Por todo.

Por no haber estado a la altura. Por no haberse preocupado más por él. Por no haber sido capaz de cuidarlo cuando debería haberlo hecho. Debería haberlos cuidado mejor a los dos, a Nathan y a él. Siente no haber sido una buena amiga y haberlo echado todo a perder. Aunque Nathan traicionó al Sacro Reino, aunque quizá él se habría marchado de todas formas si las cosas hubieran sido de otra manera, Darien podría haberse quedado a salvo dentro de las murallas. Si quiso irse fue por acompañarla, porque siempre había mediado entre ellos. Porque él todavía creía en su amigo.

A lo mejor fue ella quien terminó de romperlo todo.

A lo mejor Darien siempre ha sido el mejor de los cuatro y ella, la peor.

Caleb la observa en silencio durante unos segundos que consiguen que ella se pregunte qué piensa. Si considera que es estúpida o que sus disculpas llegan demasiado tarde. No logra llegar a una conclusión. El rostro del muchacho es tan inescrutable como siempre, pero al final, una vez más, asiente.

—Se lo diré.

Bien. Eso es todo. Lilith le da la espalda y avanza un paso. Dos. No debería resultar tan difícil que cada uno siga su camino, pero lo cierto es que no quiere volver a encontrarse sola. No quiere volver a sentir que no le queda nadie, aunque su colaboración con ese chico haya sido solo una alianza temporal.

—Santa.

Sus pasos se detienen. Cuando mira por encima de su hombro, se da cuenta de que el necromante no se ha movido, pero su expresión se le antoja un poco más suave, más vulnerable. Sus labios se aprietan suavemente antes de decir:

—Siento lo que le ocurrió a tu hermano aquel día.

Lilith da un respingo y su cuerpo se congela en el momento en el que comprende lo que quiere decir. Le pide disculpas porque estuvo allí, en la basílica. Porque fue uno de los atacantes bajo las órdenes de la emperatriz. Es tan evidente que no sabe cómo no ha reparado antes en ello. No recuerda haber visto su rostro, pero quienes asaltaron el lugar fueron tres necromantes y le suena haber visto una cara marcada por enredaderas, igual que la tenía el chico que resucitó durante la Noche de las Bestias.

Una parte de ella, la que todavía guarda demasiada rabia y tristeza, querría desenvainar la espada que él mismo le ha dado y atacar. Pero no es capaz. Tiene la mano derecha ocupada por la bolsa de monedas y la cabeza llena de contradicciones que no la dejan pensar. Por un instante, incluso se pregunta si realmente ese chico la ha ayudado a escapar impulsado por su amor por Darien o si lo ha hecho por la culpa. Si fuera así, ella ni siquiera podría echarle nada en cara. No es mucho mejor que él, ¿verdad? Ese muchacho y los suyos fueron a Daiva a destruir su paz, a complicarlo todo, pero ella ha hecho lo mismo con mucha otra gente. Ha entrado en pueblos a la fuerza, ha separado familias y ha asesinado. Ha empuñado su espada sin ayuda de su dios, como le dijo Nadra en una ocasión. Ha movido el brazo sin ayuda de su dios. Es culpable, sin ayuda de su dios.

Las ganas de luchar se disuelven tan rápido como han llegado, enterradas bajo sus propios remordimientos. No puede volverse contra la única persona que le ha tendido una mano cuando lo necesitaba; no puede pagar con él la tristeza que lleva dentro, la rabia y la frustración. Él mismo se lo dijo: las cosas cambian y las personas también. Quizá ayudarla haya sido parte de su penitencia pero, si es así, ¿quién es ella para juzgarlo? Si no cree en su redención, ¿cómo va a convencerse de que sus propios pecados también pueden ser perdonados?

Ese chico ni siquiera mató a Adam. A Adam lo mató la misma mano que lo crio.

Y la verdadera culpable nunca pedirá perdón.

Lilith respira hondo. Cuando traga saliva, se traga también todo su enfado y las lágrimas que siente en el borde de sus ojos, ansiosas

por salir. Lleva mucho tiempo conteniéndolas y siente que no va a poder hacerlo mucho más, pero lo consigue. Por al menos un día más, las mantiene a raya y solo dice:

—Gracias, Caleb.

Si al necromante le sorprende que lo llame por su nombre, no lo demuestra. Su rostro sigue siendo inexpresivo incluso entonces, cuando agacha la cabeza en un gesto de despedida.

—Buena suerte, Lilith.

No espera una respuesta. Sin más palabras, el chico le da la espalda y se aleja con seguridad, como si supiera perfectamente cuál es el camino que lo llevará de vuelta a Darien. Lo envidia. Envidia su honestidad, su confianza, la forma en la que lo encara todo, como si no fuera a haber consecuencias… No. Como si fuera a haberlas y él estuviera preparado para enfrentarlas todas.

Le gustaría parecerse un poco más a él, así que Lilith también se pone en marcha.

El miedo y la incertidumbre le siguen el paso, pero los acepta como compañeros de viaje. Por primera vez en mucho tiempo, no finge que su dios guía sus pasos. Destino no le ha dado esa misión. Esa misión es solo suya. Ella la ha elegido. Ella afrontará las consecuencias.

Tanto si consigue traer a su mejor amigo de vuelta como si no.

V
UN TIEMPO MALDITO

DARIEN

Del comienzo de ese viaje, de cuando abandonó la seguridad de las murallas de Daiva, Darien recuerda sobre todo la desesperación que sintió al haber extraviado su medallón y la sensación de que el mundo ya no se movía por ninguna lógica conocida. Acababa de perder a su primo, Nathan era un traidor que había huido con el Amuleto y Lilith estaba cegada por la furia y una supuesta misión de Destino. Él estaba agotado, frustrado, perdido. Se sentía diminuto en un mundo hostil y, por las noches, las sombras a su alrededor adoptaban la forma del necromante que le había robado la voluntad. La idea de que volviese a aparecer, de que lo estuviese espiando o lo fuese a usar a su antojo, le quitaba el sueño y le obsesionaba.

En la travesía hacia uno de los nidos de demonios de Arsay, muchos de los pensamientos que tuvo en aquellos primeros días tras abandonar el Templo vuelven con fuerzas renovadas. Una vez más, se encuentra sin seguridades, consciente de que el mundo ha vuelto a reordenarse de una manera irracional y de que él no tiene la fuerza suficiente para cambiar nada. No sabe qué va a ser de él, igual que no sabe qué va a ser de sus compañeros o de Lilith o Nathan. Ni siquiera está seguro ya de qué pensar de ellos. Ya no

sabe qué es lo que motiva a su antiguo amigo, que no dudó en lanzarse sobre él para proteger a Astrey, igual que no conoce a Lilith, que ahora protagoniza historias de guerra y destrucción.

Sin embargo, lo peor es admitir que durante esos días hay veces en las que ni siquiera se reconoce a sí mismo.

No sabe quién es el chico que se ofreció a acompañar a Ishtar a buscar su demonio, ni tampoco el que le tiende el brazo para ayudarla a subir al barco que los ayuda a cruzar el río como si estuviera acostumbrado a tocar a la gente que lo rodea. No entiende por qué se siente casi aliviado cuando Derek consigue ropa para sustituir los disfraces de la Noche de las Bestias y resultan ser prendas marrones y verdes, en vez de una de las túnicas blancas que ha llevado desde niño. Ni siquiera tiene sentido que le haga gracia que uno de los marineros lo confunda con un seguidor de Muerte cuando lo ve junto al necromante. No es coherente que no sienta la pulsión de sacarlo de su error y proclamarse como celestial, incluso sin su medallón alrededor del cuello.

Esa es otra cosa que ha cambiado: no echa de menos esa joya y, pese a la costumbre, ya ni siquiera la busca debajo de la ropa como acto reflejo. Lo único que piensa cuando se acuerda de ella es en que espera que quien la lleva ahora esté a salvo. En que ojalá estuviera a su lado durante el día que pasan navegando, hablándole de todas las veces que ha cruzado ese río. La sensación es todavía peor cuando llegan a Arsay, porque la cabeza se le llena de la última noche que pasaron juntos y las promesas que se hicieron. Iban a recorrer ese lugar de la mano, pero ahora tiene que convivir con su ausencia, sin poder aferrarse a él y con el fantasma de sus besos en todo el cuerpo.

También lo echa en falta por otros muchos motivos. Por lo general, Caleb siempre encuentra las palabras correctas cuando es necesario, así que está seguro de que él sabría qué decirle a Derek o Ishtar durante esos días. A ellos también le cuesta reconocerlos. Derek no ha hecho ni una sola broma desde que subieron al barco e Ishtar parece que hubiera perdido su energía y aprendido a mentir a través de las sonrisas. Entre ellos, que siempre se buscaban el uno al otro, se ha abierto una distancia que Darien no tiene muy claro cómo borrar. A veces Ishtar lo busca a él en lugar de a su guardián, se aferra a su mano mientras caminan, y lo único que él puede hacer es responder a su agarre e intentar contener los recuerdos que luchan por arrastrarlo. A veces, pese a todo, se escapan algunos. Tardes de juegos y libros a solas. Los abrazos de Iraides, tan cálidos como asfixiantes. Retazos de su viaje a Yuda junto a Caleb, Dyne y…

Derek.

A él lo ve a menudo en su cabeza, pero siempre intenta salir de la memoria de Ishtar antes de saber demasiado. De todos modos, no necesita adentrarse en esos recuerdos para saber lo que ocurre entre ellos.

Es Derek precisamente quien los guía por el paisaje de ruinas y vegetación del que está hecho Arsay. Siempre va delante con la seguridad que solo puede tener alguien que ha crecido entre esos árboles, entre animales que a veces les salen al paso y en otras ocasiones tan solo dejan marcas de su presencia entre sonidos y huellas. Por el día, caminan y hacen descansos cortos para comer y descansar. Al atardecer, encienden una hoguera y se preparan para cenar y acampar.

Todas esas noches, sin excepción, Ishtar cae rendida casi de inmediato. Todas esas noches, sin excepción, Derek dice:

—Yo haré la primera guardia.

Y todas esas noches, Darien es consciente de que no lo va a despertar para que lo releve. No importa, porque él nunca duerme del tirón. Por muy cansado que esté, las pesadillas acaban despertándolo, llenas de mil ojos dorados que lo siguen allá donde vaya. En esos malos sueños nunca es capaz de mover el cuerpo por sí solo y, en algún punto, siempre descubre los finos hilos que, atados a sus articulaciones, lo mueven como si fuera un títere.

Esa noche, se despierta con un gemido en los labios y sintiéndose desorientado. Los ruidos de la noche se cuelan poco a poco en su cabeza; los sonidos de los animales nocturnos se mezclan con el crepitar de la hoguera y el murmullo del viento. Es como volver a las breves acampadas con Lilith en su viaje hacia las montañas, pero no es ella la que está de vigía al otro lado del fuego, sino un necromante. Está inclinado hacia delante y sus dedos recorren de manera distraída el tatuaje que le baja por el cuello, como si estuviera repasando los bordes de cada hoja grabada en la piel.

Cuando el celestial se incorpora, intentando deshacerse de la manta en la que se envuelve para dormir, el necromante deja caer la mano y sus miradas se encuentran. Aunque en el palacio siempre era Darien quien apartaba la vista, esta vez es Derek quien claudica primero.

—Vuelve a dormirte —murmura antes de lanzar más leña al fuego —, todavía quedan unas horas para que amanezca.

Darien ya está negando con la cabeza antes incluso de que termine de hablar.

—Pese a lo que puedas creer, tú también necesitas descansar.

—Sé bien dónde están mis límites, santito.

El celestial tiene que morderse la lengua para no decirle que quizá no los conozca tan bien, teniendo en cuenta que hace unos días estaba muerto, pero es consciente de que eso estaría fuera de lugar. Desde la Noche de las Bestias, nadie menciona lo que pasó con Derek. Es una de esas cosas de las que ninguno de los tres quiere hablar, igual que tampoco hablan de que ahora hay otro emperador, otro Portador. También parece haber un acuerdo tácito para no pronunciar el nombre de Caleb y todo lo que han tenido que dejar atrás.

Sabe por qué lo hacen. Si no mencionas algo, puedes fingir que no ha pasado, así que pueden aparentar que Iraides de Odelia no ha muerto y que no han sido forzados a marcharse de Damira. Si guardan silencio, buscar un demonio para Ishtar no es un acto desesperado que suena a último deseo.

Pero, si no hablan, tampoco pueden arreglar lo que está roto.

Por eso esa noche Darien se sienta junto al necromante, a esa distancia que le asegura que no va a tocarlo.

—¿Sabes, Derek? No tienes que cuidarnos. A lo mejor nosotros podemos cuidarte a ti.

—No necesito…

—Estabas muerto —lo interrumpe—. Moriste y te revivieron y no es… normal. No es algo fácil de aceptar. No creo que esté siendo sencillo volver a tu vida como era antes. Probablemente nunca vaya a volver a ser igual.

El silencio que cae sobre ellos es incómodo y le oprime las costillas como un abrazo demasiado apretado. Es tan espeso que cuesta

respirarlo, pero puede ver a Derek por el rabillo del ojo, con la luz del fuego trazando patrones sobre su rostro. El necromante abre y cierra la boca, como si le costase encontrar palabras para responder.

—No sabes nada.

Su voz ni siquiera suena tan fuerte como de costumbre, aunque eso tampoco es una novedad. Desde que se marcharon de Damira, le falta energía, como si después de todo el Amuleto del Tiempo no hubiera podido devolverle todo lo que lo conformaba y una parte de Derek hubiera muerto aquella noche.

Darien se abraza las rodillas y vuelve la vista al fuego.

—Sé cómo se siente, aunque no sea de primera mano. Lo vi en los recuerdos de Caleb. La oscuridad y… esa sensación de despertarte de algo que no es exactamente un sueño. Quizá para él fue un poco diferente, porque estaba febril al morir y era solo un niño y no comprendía lo que estaba pasando, pero… También lo sé por una de mis vidas pasadas. —Nota el movimiento rápido con el que el necromante se vuelve hacia él, pero se niega a mirarlo y finge que le está hablando a las llamas—. Nadie le pidió opinión. Murió porque llegó su hora, pero… alguien la quería demasiado como para dejarla ir. Así que la trajo de vuelta con el Amuleto y… —Darien toma aire. No quiere pronunciar sus nombres. No quiere terminar de darle forma a la historia. Es más fácil pensar que fueron dos personas normales, que lo único inmortal que había en ellos era su amor. Hasta ahí podrían haberse llamado Valerick y Caleb. Adam y Nathan —. Ella no fue capaz de vivir después de eso. No fue capaz de vivir con la culpa de saber que habían destruido otras existencias para continuar con la suya.

Ahora sí, se gira hacia Derek, que lo observa con los labios apretados.

—¿Y qué pasó con el Portador?

A Darien le gustaría poder mentir. Querría reescribir la historia, quitar al menos una parte del dolor que vino después. El que se ha repetido durante mil años.

—Murió. Alguien lo mató. Eso es lo que pasa siempre con los Portadores, ¿no?

Y no solo con los Portadores. Más tarde o más temprano, todo el mundo muere. El ciclo debe continuar. Esa es una lección de los necromantes, así que su acompañante la sabe de sobra.

Derek guarda silencio de nuevo. En sus manos mantiene una pequeña rama a la que le está arrancando las hojas de forma distraída. Cuando acaba, no la lanza al fuego, sino que se la queda mirando durante una eternidad.

—¿Crees… que ella lo perdonó? Por traerla de vuelta.

El celestial parpadea, un poco sorprendido, pero sus dudas se resuelven sin necesidad de una pregunta cuando se da cuenta de que Derek está mirando el bulto que duerme a tan solo unos pasos, con media cara enterrada en las mantas para protegerse del aire frío.

—Sí. —La palabra le suena áspera sobre la lengua, quizá porque recuerda demasiado bien los últimos momentos de esa vida pasada —. Sí, creo que, en el fondo, nunca pudo culparlo, porque era consciente de que lo que hizo fue porque la quería más que a nada.

Un gesto de dolor atraviesa la expresión del necromante y, por un momento, se muestra frágil, mucho más joven, mucho más perdido. Su confianza se evapora cuando cierra los ojos y se cubre la cara

con una mano. No llora, pero, aun así, Darien siente la tentación de tocarlo, de abrazarlo, de intentar consolarlo. No lo hace.

Se pregunta si sería diferente si Caleb estuviera junto a esa hoguera, si Derek se abriría con él de esa manera que Darien parece incapaz de conseguir.

Cuando se aparta la mano de la cara, el chico ha recuperado la compostura. Sus ojos tienen un brillo casi febril con las llamas reflejándose en ellos, pero está lo suficientemente entero como para lanzar la rama al fuego y levantarse.

—Puede que lo hayas visto en recuerdos —susurra—. Pero no sabes lo que es de verdad. No sabes lo que es tener miedo de cerrar los ojos por si no vuelves a abrirlos. O ser consciente de que la propia Muerte podría venir a tenderte la mano y tú no podrías negarte a ir con ella porque en el fondo sabes que tu alma debería pertenecerle. No sabes lo que es sentirte como un traidor a los tuyos sin haber hecho nada malo.

En realidad, eso último sí que sabe lo que es. De hecho, lo atormenta cada día desde que Nathan puso en marcha el Amuleto por primera vez. Lleva meses asustado de sus pensamientos, de sus mentiras, de sus faltas. Lleva toda una vida creyendo que lo estaba haciendo mal, esperando un castigo que ahora sabe que empieza por no poder escapar de su propio dios.

Pero no lo dice. Igual que tampoco le dice que él tiene sus propios temores, como perder a Caleb o a Ishtar. Tiene miedo de haber tomado las decisiones equivocadas al abandonarlo a él y acompañarla a ella hasta ahí, porque es consciente de que un demonio podría matarla. Le aterra la idea de que quizá no vaya a volver a ver jamás a su prima, a Nathan.

—Es cierto —murmura en cambio—. No sé cómo es vivirlo en mis propias carnes.

Derek aprieta los puños, como si esa respuesta le frustrara. Como si hubiera esperado una confrontación, un motivo para discutir. Darien sabe que quiere ganar una pelea, ya sea verbal o física, tal vez porque eso le haría sentir que tiene control sobre algo, pero no le va a dar la oportunidad.

El necromante le da la espada y él no encuentra las fuerzas para retenerlo, así que lo deja ir. Su silueta se pierde en la oscuridad hasta mimetizarse por completo con el bosque. Con un suspiro, Darien mira al cielo, aunque no sabe lo que busca. Algo reconocible, quizá, en ese mundo que está del revés. O tal vez quiere una señal, cualquier cosa que le diga que está yendo por buen camino. Siente que no hay sendero bajo sus pies, que está atravesando el bosque a ciegas y los árboles se lo van a tragar.

Un escalofrío le baja por la espalda, pero ni siquiera sabe diferenciar si es el toque de una mano fantasma sobre un medallón que ya no lleva o tan solo el frío de la noche.

A unos pasos de distancia, el bulto bajo las mantas se hace más pequeño, como si quisiera desaparecer. Darien entiende el sentimiento. Se abraza un poco más las piernas y deja que sea ella quien rompa el silencio, si eso es lo que quiere.

—No creo que él pueda perdonarme.

Darien aprieta los labios ante la tristeza que inunda esa voz tan preciada para él.

—Dale tiempo. Todo es cuestión de eso, ¿verdad?

—No debí hacerlo. No fue justo, lo sé, pero yo… yo…

Ishtar se ahoga con una tos que intenta cortar tan pronto como puede. El sonido de su respiración casi se traga el crepitar del fuego y Darien se acerca a ella a gatas, preocupado. Algo se le encoge en el pecho en cuanto la ve. La princesa tiene la cara llena de lágrimas y él se imagina lo duro que ha tenido que ser contenerlas durante todos esos días, desde que se marcharon de su hogar, de la ciudad que debía gobernar. Solo se permitió romperse la Noche de las Bestias, pero incluso entonces no pudo llorar todo lo que habría necesitado. Por todo lo que ha perdido. Su madre. Su seguridad. Está viviendo una existencia completamente nueva y, en lugar de sentirse emocionada, debe de estar aterrada. Esos bosques infinitos, tan frondosos, tan verdes, no son más que un paisaje para todo el dolor que ahora lleva dentro.

—No podía perderlo. —Ishtar se encoge sobre sí misma, se abraza el cuerpo como si temiera despedazarse—. Nadie me iba a dejar salvar a mi madre, pero a Derek…

Sí, él era una víctima. Un daño colateral que, si lo que insinuó Astrey es verdad, la propia emperatriz decidió que merecía la pena sufrir. Es imposible que Ishtar no se sienta culpable por ello.

El celestial aprieta los labios y se tumba justo detrás de ella. Inspira por la nariz y se escuda contra la visión. Cuando la abraza, intenta pensar que está absorbiendo los gritos, el caos, la sangre, que se lo está arrebatando todo para que Ishtar no tenga ese ruido dentro de la cabeza. Para que no vuelva a revivirlo jamás. Quiere creer que puede hacerlo, aunque solo sea porque así no volverá a estremecerse al recordar ese cuerpo entre sus brazos, como hace en ese momento. Así no volverá a llorar con esa fuerza que le sacude el cuerpo.

—Desear salvar a alguien es lo más humano del mundo —se escucha murmurar Darien. No sabe si se lo dice a ella o al alma de un dios que solo quería traer de vuelta a su ser más amado. No sabe si se lo dice al padre que perdió a su hijo o al chico que quiere recuperar a Adam a toda costa—. Y Derek lo sabe. Por eso te protegió. Lo entenderá, Ishtar. Al final, lo entenderá.

Darien apoya la frente contra la espalda de su amiga, que no da ninguna señal de haberlo escuchado. Podría seguir susurrándole, podría seguir diciéndole lo que cree que podría consolarla, pero deja que el silencio caiga sobre ellos y tan solo la abraza con un poco más de fuerza.

Los sollozos de Ishtar son su única respuesta.

ISHTAR

En su primera huida de palacio para conseguir un demonio, Ishtar consiguió aguantar varios días sin que nadie notara que estaba enferma. Tantos años bajo la atenta mirada de su madre la habían entrenado para disimular los síntomas, porque sabía que dejar ver dolor o cansancio significaba, ineludiblemente, terminar metida en una cama, a merced de remedios venidos de todas partes del Imperio y, peor aún, del aburrimiento. En comparación, engañar a los mercenarios a los que había contratado para que la acompañasen a Yuda fue mucho más sencillo: ninguno sabía que estaba enferma, así que tan solo tuvo que poner buena cara, echar mano de todo su encanto y sonreír cuando alguien del grupo (por lo general, Dyne) le preguntaba si se encontraba bien. «No estoy acostumbrada a caminar tanto»; «he dormido mal». Durante los últimos días de trayecto, cuando fue incapaz de esconder los primeros ataques de tos, fue tan sencillo como convencerlos de que la culpa era del frío de la noche. «Es un resfriado, nada grave».

Por desgracia, a unas horas de llegar a Yuda, la tos se convirtió en sangre sobre sus labios y las mentiras quedaron al descubierto

cuando perdió la consciencia. El grupo abortó la misión en cuanto se dio cuenta de que era la princesa de Odelia y que llevarla al nido sería condenarla a muerte.

Quizá por eso, además de por todo lo que supone esa segunda oportunidad de conseguir el demonio que lleva toda una vida deseando, Ishtar vuelve a fingir que se encuentra bien mientras recorren Arsay. A veces resulta un poco más complicado disimular, como cuando la tos amenaza con arrebatarle la respiración, pero en esos momentos Derek y Darien siempre se detienen hasta que ella logra recobrar el aliento y los convence de que puede seguir. No les dice nada del dolor constante que siente en el pecho. No habla del frío que siente pese a que el sol brilla con fuerza, de que a veces los árboles, las flores y las ruinas dan vueltas a su alrededor ni de los calambres que siente en las piernas cuando llevan un buen rato caminando. Sigue adelante. Sigue adelante y se calla y aguanta porque, después de todo lo que ha pasado, al menos tienen que llegar al nido. Esta vez sí.

El problema es que esta vez ya no es una desconocida. Esta vez uno de sus acompañantes ya conoce demasiado bien todas sus mentiras y por eso Derek ni siquiera necesita preguntar cómo se encuentra antes de anunciar de repente:

—Vamos a parar por hoy.

Ishtar levanta la vista del camino solo para comprobar que el necromante se ha detenido en un pequeño claro y tira su bolsa al suelo. Durante todos esos días, han seguido avanzando hasta la puesta de sol, pero hoy hace solo una hora que se han detenido para comer.

Darien parpadea, sorprendido.

—¿Tan pronto?

—Ishtar necesita descansar.

Ella enrojece cuando la mirada del celestial la encuentra, sintiéndose descubierta.

—No es verdad —miente, con la boca pequeña—. Puedo seguir. Estamos cerca, ¿no? Deberíamos…

Derek resopla antes de fijarse en ella. Últimamente apenas lo hace, así que Ishtar pensaba que sería más fácil engañarlo, pero la mirada que le lanza es suficiente para que ella se dé cuenta de que sí que está pendiente de ella. Tal vez no haya dejado de estarlo ni un segundo. Tal vez haya sido consciente de todas y cada una de sus mentiras.

Le duele más esa mirada, acusadora y frustrada, que la falta de aire en su pecho. Puede que en los últimos días su cuerpo no le duela por la enfermedad, sino por la situación con él. El arrepentimiento. Los silencios. Esa tensión que hay entre ellos y que quizá nunca se vaya a resolver.

Hace ya dos noches que escuchó la conversación que tuvo con Darien.

No va a perdonarla. Nunca va a perdonarla.

Y lo peor es que no puede culparlo.

—No vas a conseguir ningún demonio si entras en un nido al límite de tus fuerzas, Ishtar.

—No estoy…

—¿Te encuentras mal? —Darien está a punto de ponerle una mano sobre su hombro, pero se detiene, temeroso de provocarle una visión que pueda terminar de desestabilizarla—. ¿Desde cuándo? ¿Por qué no lo has dicho?

—No me encuentro mal —replica ella. Avergonzada, lanza un vistazo hacia Derek, que enarca las cejas—. No lo hago.

El necromante chasquea la lengua, pero ni siquiera pierde el tiempo en protestar. Decidido a cortar la conversación, da un par de pasos hacia delante y alza la mano para tocarle la frente. El tacto de su piel fresca contra la suya es tan inesperado y al mismo tiempo tan ansiado que al principio Ishtar ni siquiera es capaz de reaccionar. Aunque quisiera, se siente incapaz de alejarse, de golpearle, de recordarle que él no puede decidir por ella cuánto puede aguantar y cuánto no. En otras circunstancias, se burlaría él o lo acusaría de estar siendo condescendiente, incluso se ofendería.

Pero ahora solo es capaz de quedarse muy quieta, con los ojos muy abiertos y la respiración contenida por algo que no tiene nada que ver con la sharada, sino con esa mano que la está tocando después de días evitándola.

Derek entrecierra los ojos. Sus dedos se mantienen sobre la piel más tiempo del que es necesario para comprobar su temperatura, pero al final deja caer el brazo e Ishtar nota el cosquilleo que su caricia deja atrás. Quizá sea la fiebre, quizá la ausencia, quizá la culpa, pero perder su tacto una vez más casi le da ganas de llorar.

—Estás ardiendo, Ishtar.

—Puedo seguir. Descansaré por la noche y…

—No.

La voz de Derek es inflexible y la princesa aprieta los labios. Quiere decirle que no le corresponde a él decidir por su salud, pero es consciente de que perdió todo el derecho a algo así cuando ella decidió sobre su muerte.

—¿No puedes ayudarla? —interviene Darien.

El silencio que cae sobre el grupo es asfixiante. Derek aprieta los puños, aparta la vista al suelo con la frustración escrita por toda la cara, e Ishtar se prepara para confirmar otro de los temores que lleva días madurando. Otra de las razones por las que ha preferido no dejar ver que no se encontraba bien.

—Ya no.

Lo imaginaba, pero aun así las palabras son como dos golpes fuertes en el estómago, un par de impactos rápidos que hacen que su mundo se incline un poco más.

—Entonces lo haré yo.

Tanto Ishtar como Derek se giran hacia Darien con una sorpresa idéntica en sus expresiones. El celestial los mira con una calma que a Ishtar le recuerda por un segundo a Caleb. En sus ojos brilla la misma resolución que él suele mostrar.

—¿Tú? —replica Derek, incrédulo—. ¿Y cómo piensas ayudarla tú, santito? ¿Rezando?

Darien enarca las cejas en un gesto que también podría ser del necromante que han dejado atrás. Ishtar no sabe si de pronto no deja de ver semejanzas en el celestial porque lo echa de menos o porque también tiene un cúmulo de culpas atadas a su recuerdo.

—Tú deberías saber mejor que nadie que en Daiva toda magia que no sea otorgada por Destino se considera herejía, así que tenemos que arreglarnos con remedios naturales. —Su mirada vuelve hacia Ishtar—. La mayoría de las plantas que se usan en el Sacro Reino vienen de los bosques de Arsay, así que estoy seguro de que puedo hacer algo para ayudar con la fiebre y el dolor. No será tan duradero ni tan eficaz como la magia, pero tendrá que valer.

Ella se abraza el cuerpo, incómoda. O quizá lo haga para que los demás no noten que está temblando.

—Esto no es necesario. Puedo…

—Ishtar. —La princesa aprieta los puños alrededor de su falda cuando Derek vuelve a pronunciar su nombre con esa dureza a la que no está acostumbrada—. La alternativa es buscar algún poblado, pero el más cercano que conozco está a más de un día de camino y tendríamos que desviarnos. Tú eliges, pero no vamos a seguir sin más. No voy a dejar que vayas a hacer tu Trato sin fuerzas: si quieres tener alguna oportunidad, las vas a necesitar.

Odia darle la razón. Odia que todo su cuerpo le esté pidiendo tumbarse y el dolor en el pecho y en las piernas y en la cabeza. Odia lo mucho que le molestan los sonidos y que la luz del sol le resulte demasiado brillante y le haga querer cerrar los ojos. Nota los latidos de su propio corazón, los oye, demasiado altos. Se está mareando. Más.

Más.

—¡Ishtar!

El mundo da un coletazo. Ishtar no sabe qué ha ocurrido, pero cuando vuelve a abrir los ojos está en brazos de Derek y su expresión le resulta un poco más familiar, pero solo porque ha visto muchas veces antes esa preocupación en su cara. Escucha el eco de una conversación, algunas palabras distorsionadas.

Después, pierde el conocimiento.

Ishtar suele soñar con una noche que no debería haber ocurrido nunca. Sueña tanto con ella, de hecho, que a veces duda de que pasase de verdad y no sea solo un producto de su imaginación, un anhelo que toma forma cada vez que cierra los ojos pero que nunca se atreve a pronunciar.

El sueño siempre empieza igual: en su cuarto, con ella sentada en la cama y Derek besándole los nudillos, pero esta vez su boca contra la piel se siente diferente. Esta vez ese no es el gesto de un caballero al servicio de su princesa y tampoco es una broma. Esta vez, la manera en la que la mira quema y derrite. Fuera la luna está llena y los dos saben que tienen toda la noche por delante e Ishtar acaba de hacer la propuesta que va a condenarlos a ambos.

«Nadie tiene por qué enterarse, ni siquiera tenemos por qué volver a hablar de ello. Puede ser solo una noche. Un secreto entre tú y yo».

Y él, con esa mirada que arde y la sonrisa ausente, ha respondido: «¿Eso es lo que quieres?».

Y ella ha pensado: «No». Pero ha dicho: «Sí».

Así que él comienza de esa manera: con ese beso en los nudillos que hace que le tiemblen las rodillas y que se le apriete el pecho como si los pulmones estuvieran a punto de fallarle una vez más. Ishtar empieza a arrepentirse solo con eso, pero no por seguir adelante, sino por no haber sido lo suficientemente valiente como para hacer una propuesta más arriesgada y contentarse solo con una noche, con unas horas. Como si lo que ocurre entre ellos fuera solo un experimento. Un juego. Una comprobación simple de algo que nunca se había permitido desear ni imaginar demasiado. Sabe, únicamente con ese beso en los nudillos, que no va a ser solo eso.

Sabe que va a dejarle marca, quizá no por encima de la piel, allá donde cualquiera pueda descubrirla, pero sí por debajo. Va a llevar esos besos en la sangre, junto con la maldición que le corre por las venas. Va a intoxicarla de la misma forma que la enfermedad con la que convive y el mal va a ser igual de incurable, inevitable.

Antes de que la bese, Ishtar ya se ha dado cuenta de que no ha sugerido esa idea solo por curiosidad o por capricho, pero se lo calla. Porque ella es la princesa imperial, porque su madre jamás aprobaría que tuviera una relación con él y porque ha escuchado suficientes historias sobre las conquistas de Derek como para saber que él nunca se compromete con nadie.

Pero, más que nada, porque ella morirá pronto. Es el aprendizaje de su vida: morirás joven, morirás joven, morirás joven. Para Ishtar, todo está condenado a no durar demasiado, así que prefiere quitarle a la muerte el privilegio de ser ella quien decida el final.

La boca de Derek alcanza la suya.

Ishtar despierta.

No está en el palacio, no está sobre su cama, los labios del necromante no están sobre los suyos, ni sobre su cuello, ni sus manos la desnudan. Pero sí que la está velando. Derek está sentado en el suelo, justo a su lado, con la expresión repleta de sombras que se despejan en cuanto la oye tomar aire.

Le está estrechando la mano con tanta fuerza que, por un instante, eso es todo lo que Ishtar puede sentir. Antes que el sol sobre ellos. Antes que el resto de sus extremidades. Antes de tomar consciencia sobre nada más, siente esos dedos que se aferran a los suyos después de días sin rozarla y eso es suficiente para que el

pecho se le comprima por un dolor muy distinto al que está acostumbrada a sentir.

—Ishtar. —La voz de Derek ha perdido la textura de la piedra y se ha tornado suave como la seda. En su rostro, la preocupación ha sustituido a la frustración—. ¿Cómo te encuentras? ¿Puedes respirar? ¿Puedes moverte?

Ella traga saliva, incapaz de hablar, pero no se debe a su enfermedad. Aunque el pecho le duele, no es nada en comparación con lo que ha llegado a sentir en otras ocasiones; aunque el mundo que la rodea todavía no le resulta del todo estable, está acostumbrada a que a veces gire y se tambalee y a arreglárselas para mantener el equilibrio. Tras tantos años conviviendo con la sharada, está acostumbrada a convivir con esas sensaciones a todas horas. No es que a veces esté bien, porque nunca lo está: a veces tan solo está mejor.

Derek, sin embargo, debe de pensar que las lágrimas que asoman a sus ojos las provoca su condición, porque aprieta sus dedos con más fuerza. Ishtar tiene que tomar aire cuando siente su otra mano acercarse también: le toca la cara, bajo los ojos, le limpia una gota traicionera que se ha descolgado de sus pestañas.

—Tranquila —le dice—. Vamos a ayudarte. El celestial ha ido a buscar sus plantas, pero si no vuelve pronto, buscaremos un poblado. Creo que la fiebre ha bajado, pero…

—Lo siento.

Ishtar lo interrumpe solo con eso, que suena a sollozo, a voz rota. Ve el rostro de Derek nublado por culpa de las lágrimas, pero consigue distinguir cómo frunce el ceño.

—No digas tonterías. No es tu culpa haberte desmaya…

—No estoy hablando del desmayo.

El silencio cae sobre ellos con la misma fuerza con la que caen los recuerdos, roto solo por el sollozo que quiebra el final de la frase. Es un silencio hecho de espinas, tan afilado como las agujas que atravesaron el cuerpo de Derek unas noches atrás. Él se queda tan pálido y quieto como si lo hubieran vuelto a atacar, como si estuviera a punto de volver a dejar de respirar, e Ishtar se echa a llorar solo por ese pensamiento. Por la imagen de él entre sus brazos, sangrante, callado, muerto.

Muerto.

Derek baja la vista, pero no la suelta. Ishtar se aferra a eso para continuar:

—Lo odias, ¿verdad? No poder hacer nada, porque tu magia ha desaparecido. Por mi culpa. Te la he quitado, te…

Él sacude la cabeza.

—Tú no me has quitado nada, Ishtar. En todo caso, lo ha hecho mi diosa. Pero es normal. Es lógico. No puedes ser necromante y evitar la muerte sin consecuencias.

—¡Pero tú no querías! ¡Tú…!

La voz se le quiebra en el siguiente sollozo y comienza a toser. Derek se apresura a incorporarla, consciente de que esa postura siempre la ayuda a recuperar el aliento. La aferra con fuerza de la cintura para mantenerla erguida e Ishtar se obliga a respirar hondo, pese a que el llanto que tiene encajado en el estómago insiste en ponérselo complicado.

—Tranquila. —La expresión de Derek está tensa, pero no es fría, ya no es distante. Apoya la frente contra la de ella, que se encuentra con sus ojos grises demasiado cerca—. Tranquila, Ishtar. Respira.

La muchacha asiente. Lo hace junto a él, sin apartar la vista, pese a que no siente que se lo merezca. Ni su ayuda ni tenerlo tan cerca, tan al alcance de su mano que puede extender los dedos y aferrarse a uno de sus brazos.

Tarda un par de minutos en recobrar una respiración estable. Todavía tiene lágrimas en los ojos, pero se esfuerza por mantener a raya el llanto. Incluso entonces, Derek no se aleja de ella. Se queda ahí, con el brazo anclado a su cintura y la frente contra la suya.

—¿Mejor?

Ishtar asiente un poco y solo entonces él se aleja. Su brazo deshace el agarre alrededor de su cuerpo, su mano suelta sus dedos. Quiere quejarse. Quiere decirle que no se separe, que no la suelte, pero se calla, aparta la vista y tan solo se abraza las rodillas para sentir menos su ausencia.

—Debería ser yo quien pagase el precio por lo que ha pasado, no tú.

Derek suspira y se pasa la mano por el cuello, por el lugar por el que baja su tatuaje. Pese a que ya no es un necromante, pese a que Muerte le ha dado la espalda, sigue llevando esa marca sobre la piel. A Ishtar le parece injusto y, al mismo tiempo, un alivio. A estas alturas, no es capaz de imaginárselo sin la tinta recubriéndole la parte izquierda de la cara y está segura de que a él también le costaría reconocerse en el espejo sin ella.

—No funciona así. —Derek se encoge de hombros—. Con los dioses no puedes usar esa lógica. Yo soy la pieza que ha roto el ciclo, así que yo lo pago.

—No es justo. —Ishtar aprieta las manos alrededor de su falda. Después de la ansiedad llega la rabia, aunque no sabe si es hacia sí

misma o hacia la diosa en la que Derek siempre ha creído—. ¿No podemos hacer nada al respecto? ¿No podemos… convocarla o…? ¡No lo sé! ¡Algo! Los brujos, cuando pierden sus demonios, pueden hacer nuevos Tratos, así que ¿por qué no podrías hacer tú lo mismo? Volver a ponerte a su servicio. Dejarle claro que tú nunca quisiste darle la espalda. Demostrarle que todavía le eres leal. Sé… Sé lo importante que es para ti ser necromante. No quería… No pensé… Yo… —Ishtar parpadea para evitar que las lágrimas vuelvan a derramarse, respira para evitar que sus pulmones fallen otra vez—. No quería quitarte nada. Nunca he querido eso. Yo solo… solo…

Solo quería salvarlo. Solo quería mantenerlo a su lado un poco más.

—Ishtar. —Derek posa una mano sobre la suya para que deje de apretar su falda con tantas ansias. La obliga a soltarla, a aferrarse de nuevo a él—. Sé que no querías. Sé de dónde vino tu deseo de revivirme. Pero no funciona así. A Muerte no se la busca: ella te encuentra a ti. Y, de todas formas, yo no… —Duda. Abre la boca. La cierra—. No sé si quiero que se presente ante mí. No me siento digno. Quizá… Quizá ya no sirva para ser necromante.

A Ishtar le parece una idea tan ridícula que solo puede negar con la cabeza.

—¿De qué estás hablando? Eres… Claro que eres digno.

—No, Ishtar. No lo entiendes. —Derek sonríe, pero es un gesto amargo, como una broma cruel—. Cuando aceptas a Muerte en tu vida, debes tener claras ciertas cosas. Una de ellas es que, cuando mueres, ya no hay vuelta atrás. Susurras tu última voluntad y… olvidas. Y yo estaba dispuesto a aceptarlo. Pensé que moría sin remordimientos. Pronuncié mi deseo y sentí que mi diosa me acogía

entre sus manos. No debería haber deseado nada más. Pero entonces… —Baja la vista hacia sus manos, unidas de nuevo. Es él quien se aferra a ella ahora. Es él quien tiembla, su voz ronca, su respiración agitada—. Entonces abrí los ojos y te vi y me abrazaste y… —La risa que se le escapa suena a chirrido, a metal oxidado—. Sentí alivio, Ishtar. Aunque no debería. Aunque llevo toda la vida sabiendo que la muerte es solo un paso más. Aunque la idea de revivir debería haberme horrorizado y haberme hecho sentir un traidor…, sentí alivio.

La confesión es apenas un susurro, pero Ishtar siente que a ella le da aliento y le quita carga. Aunque es consciente de lo complicado que tiene que resultarle admitir algo así tras toda una vida aprendiendo a venerar la muerte, lo entiende. Lo entiende mejor que nadie. Y le alegra escucharlo. Le alegra saber que, después de todo, él también quería seguir viviendo. Le alegra saber que, después de todo, traerlo de vuelta no fue un completo error.

Aunque duda, aunque le cuesta toda su fuerza de voluntad, esta vez es ella quien extiende la mano hacia su cara. Sus dedos rozan el tatuaje, con cuidado, y Derek cierra los ojos como si así fuera a sentir mejor su tacto. Como si, de alguna manera, su caricia fuera una expiación. Se le escapa un suspiro e Ishtar se fija en esos labios, en su expresión tranquila, como si admitir en voz alta su pecado lo hubiera liberado por fin.

Esos días han tenido que ser muy complicados para él.

—Eres… Eres humano antes que necromante, Derek —le recuerda ella—. Y, como tal, puedes entender la muerte, puedes… aceptarla, puedes saber que es inevitable, y aun así… aun así tenerle miedo y

desear que tarde un poco más en llegar. Solo un poco más. —Esta vez es su sonrisa la que sabe triste—. Sé de lo que hablo.

Esa ha sido toda su vida. Ishtar de Odelia siempre ha sabido que moriría joven, pero eso no significa que no haya deseado vivir más cada uno de sus días.

Derek abre los ojos. Cuando sus miradas se encuentran de nuevo, a Ishtar le recuerda a aquella noche, la de sus sueños. Sus pupilas la queman igual que entonces. Sabe que esos ojos han quemado igual muchas veces, durante más de un año, pero siempre ha decidido ignorarlo. Por si acaso. Para evitar que él sufriera, o quizá que sufrieran los dos. Porque si nada ocurría, nada podía estropearse.

De pronto le parecen motivos muy estúpidos. El miedo al rechazo, al dolor, al que él le podía hacer, pero también al que ella le podía provocar. Ha estado a punto de perderlo, de perderlo para siempre, y de repente es consciente de que, si hubiera sido así, si no lo hubiera salvado, se habría pasado todo lo que le queda de existencia arrepintiéndose de las cosas que no hizo, que no dijo.

¿De qué sirve vivir un poco más si no se aprovecha el tiempo que en realidad se tiene?

—Siento lo que hice —murmura—. Siento… haber decidido por ti. Pero sobre todo siento… siento no sentirlo tanto como sé que debería.

Sus dedos se escurren por la piel de Derek. De su ojo a su mejilla. De su mejilla…

—Ishtar…

… a su boca. Se quedan ahí. Siente la manera en la que el chico traga saliva. Nota la respiración agitada que le choca contra la piel.

Son los ojos de Ishtar los que queman entonces, mientras se acerca un poco más. Derek está esperándola. Probablemente ha estado esperándola mucho tiempo. Lo veía en su mirada, en las caricias por casualidad, en todas y cada una de las ocasiones en las que le daba su energía cuando Caleb no estaba. En la manera en la que le sonreía cada vez que volvía a palacio después de un viaje. En las bromas, en los silencios. Sí, Derek estaba esperando.

Pero no va a dejar que espere ni un segundo más.

No van a perder ni un segundo más.

—Lo siento —repite ella—. Pero no podía imaginarme un mundo sin ti.

Ishtar suele soñar con una noche que no debería haber ocurrido nunca. En esos sueños, de manera invariable, siempre es él quien la besa primero. Lo hace con cuidado, como si temiera arrebatarles el aire a sus frágiles pulmones. Ha pasado mucho tiempo recordando el movimiento suave, el roce tentativo, el tacto de su lengua sobre el labio inferior. En sus sueños, el primer beso siempre es lento y ella deja que él decida todo lo que debe ser.

Esta vez, el primer beso lo da ella.

No es más que una caricia, pero no porque tema romperlo. No es más que un roce, pero no por miedo a quitarle el aliento. Su boca tan solo se desliza encima de la de él porque es un interrogante. Una petición de permiso y, al mismo tiempo, una declaración.

Siente el suspiro cálido que choca contra su boca. La tensión que tira de ellos. La manera en la que Derek aprieta un poco más su mano, pero aun así no se aparta. No se aleja ni un poco, pero aun así susurra:

—Es una mala idea.

Ella deja escapar una risa. Es apenas un jadeo, algo entre la sorpresa y los nervios. Casi lo había olvidado, pero eso fue justo lo que él dijo aquella primera (única) vez, antes incluso de que llegara el beso. «Es una mala idea». «¿No quieres?». «No he dicho eso: solo he dicho que es una mala idea».

Aquella noche Ishtar no le llevó la contraria. Era una mala idea, pero iban a caer en ella de todos modos.

Ahora, sin embargo, acerca la sonrisa y niega.

—No, no lo es.

Así que vuelve a besarlo y descubre que él, como siempre, la está esperando. Sin fuerzas para resistirse. Sin ganas de luchar y con ansias de rendirse. Esta vez, ambos se olvidan de la precaución, de la lentitud o del cuidado. El beso que llega es ansioso, ávido, lleno de todos los besos que no se han dado desde aquella vez en la que se prometieron que nunca volvería a pasar. Es el beso que cualquiera daría si supiera que va a ser el último. Porque quizá lo sea. Porque él estaba muerto hace unos días y ella podría morir mañana, podría morir en el siguiente minuto, y no quiere volver a sentir que le queda nada por hacer. Así que se abraza a él. Le rodea el cuello con los brazos, pega su cuerpo, asalta su lengua. Siente las manos de Derek aferrándose a su cintura, su cuerpo fuerte y firme contra el suyo, y se pierde, se pierde, se…

Se acaba. Derek la detiene justo cuando su boca se mueve para besar el tatuaje a la altura de la mandíbula, cuando sus manos empiezan a forcejear con su camisa. La toma de las muñecas con suavidad pero con firmeza y se aleja. Tiene la respiración alterada, algunos mechones fuera de su recogido y los ojos ardiendo por las ganas de todo aquello que está deteniendo.

—No podemos.

Ishtar no podría estar más en desacuerdo. Le arde la piel. Le arden los recuerdos de aquella noche y las ganas de recuperarlos y de olvidarse del mundo más allá de su cuerpo. Y sabe que él desea lo mismo. Lo ve en su expresión, en la tensión de su mandíbula, en la manera en la que aprieta los dedos contra sus muñecas.

Sabe que él también ha estado soñando con ella.

—¿Por qué? Si vas a volver a decirme que es una mala idea…

—Es que *es* una mala idea —masculla él, frustrado. Después toma aire en un intento de tranquilizarse y le suelta una muñeca para poder tocarle el rostro. Ishtar se estremece cuando siente sus dedos encallecidos rozarle la mejilla con esa delicadeza que siempre parece fuera de lugar en él—. Te has desmayado hace menos de una hora.

—Me encuentro mejor. Soy perfectamente capaz de…

—Y el celestial podría volver en cualquier momento.

—Estoy segura de que él quería que volviéramos a la normalidad y así vería lo bien que nos podemos llevar, no veo qué problema…

Derek deja escapar una risa que es apenas un resoplido. Sus rasgos se suavizan y su boca, esa que Ishtar está deseando volver a besar, se deshace en su sonrisa divertida, burlona, la de siempre, esa sonrisa sin la que ella no se puede imaginar el mundo. Le parece un regalo después de tantos días. Algo preciado, un premio inmerecido que quiere conservar a toda costa. Se encuentra muy lejos de su hogar, ha perdido a su madre y un extraño ha usurpado el trono que ella debería haber gobernado un día, está a punto de adentrarse en un nido de demonios sin saber si conseguirá salir viva, pero todo eso importa un poco menos ahora que por fin Derek vuelve a sonreírle como si fuera algo tan querido como incorregible.

Cuando él enmarca su rostro con las manos y deja otro beso sobre su boca, Ishtar suspira y cierra los ojos. Vuelve a ser una caricia lenta, suave, capaz de derretirla por dentro. Aunque odia sentirse indefensa, no le importa si es su boca lo que la desarma.

—Gracias, princesa.

Las palabras son apenas un suspiro entre besos y roces de reconocimiento, calmados, que guardan las ganas de más y se concentran tan solo en recuperar lo perdido. La cercanía. El cariño. La comodidad. La calma.

—¿Por qué?

—Por recordarme cómo vivir.

DARIEN

Después de su Consagración, Darien decidió que sus tareas predilectas en el Templo eran aquellas en las que no tenía que estar rodeado de gente. La biblioteca se convirtió en uno de sus lugares favoritos, porque lo único que tenía que tocar eran libros, pero el huerto tampoco estaba mal. Trabajar allí significaba hacerse cargo de una parcela limitada: arrancar las malas hierbas, plantar, regar y recoger la pequeña cosecha. Y allí, entre las hortalizas, las frutas y las hierbas aromáticas que pertenecían a la cocina, había una sección de plantas medicinales. Era diminuta, apenas una línea de tierra pegada al edificio del Templo que se renovaba todos los años con semillas o esquejes traídos de Arsay. En la enfermería las atesoraban como si fueran piedras preciosas, porque con ellas se podían crear las pocas curas que Destino les dejaba utilizar para tratar a los convalecientes: ungüentos y brebajes para aplacar el dolor, para ayudar a la cicatrización, para bajar la fiebre o suavizar la garganta. Darien leía sobre esos remedios en decenas de crónicas de viajes y también veía muchas veces cómo los sanadores trituraban las plantas, las hervían y las mezclaban. Tiene metido en la nariz su olor, puede darle forma a sus hojas con los ojos cerrados

y sus nombres todavía se deslizan sobre su lengua como uno de los pocos hechizos que puede pronunciar sin convertirse en hereje.

Aunque, de todos modos, en él ya queda poco de celestial.

El chico se agacha entre la hierba, rebusca a los pies de los árboles, aparta las hojas de los helechos y busca en el sotobosque con el mismo ahínco con el que tiempo atrás rezaba a Destino. Cuando se frustra, en el pasado quizá habría elevado una oración para que su dios lo ayudase, pero ahora solo resopla y se pone en marcha para seguir con su trabajo. En la mano lleva el puñal de Tara, que aprieta con más fuerza a medida que pasan los minutos. El verde lo rodea por todas partes. El bosque parece infinito y pronto no sabrá por dónde ha venido, pero no puede volver todavía. No sin las plantas. Necesita un remedio para Ishtar. Necesita demostrarse a sí mismo que puede hacer algo. Que está ahí, con Derek y la princesa, por una razón que le dé sentido a esa existencia que empieza a pesarle como una roca.

De pie entre los árboles, cierra los ojos y se concentra en recuperar la respiración, incluso si lo que ve tras los párpados es a Ishtar desmayada, con las mejillas enrojecidas por la fiebre y la expresión pálida y preocupada de Derek.

Le dijo al necromante que volvería enseguida, así que echa a andar de nuevo.

Las sombras entre los árboles toman forma poco después.

Al principio cree que son una visión, que se desvanecerán en cuanto se acerque. Durante los últimos días de camino ha visto cabañas y casas abandonadas reclamadas por un bosque que parece querer borrar las huellas de la humanidad, pero por lo general eran

edificios aislados, los restos de alguna familia olvidada, de alguna vida truncada antes de tiempo en medio de la naturaleza.

Ahora, sin embargo, se encuentra ante una ciudad entera. Una ciudad sin gente, con calles llenas de fantasmas y casas de muros y tejados derruidos. La hierba crece alta allá donde se escuchan pasos del pasado y los árboles se retuercen de formas imposibles para encajarse entre los huecos de ventanas y puertas. El sol todavía brilla en el cielo, pero una neblina fría roza la tierra como vapor. Allí el verde es menos intenso, como si alguien hubiera apagado los colores, y sus propios pasos le suenan lejanos, perdidos en ese silencio que lo llena todo. Darien tarda demasiado en darse cuenta de que ni siquiera se oye el canto de los pájaros, como si ese lugar estuviera maldito. Quizá lo esté.

Al fin y al cabo, los nidos de demonios nacen de las peores tragedias.

Se detiene en el borde de una plaza que en otro tiempo debió de estar presidida por una fuente de la que solo quedan unas piedras hundidas en una alberca embarrada. Darien aprieta el puñal, sin atreverse a acercarse más. Debería irse de allí cuanto antes. No cree que los demonios estén cerca o los sentiría (ha leído que los nidos alteran la realidad, que una persona *sabe* cuándo entra en uno), pero hay algo dentro de él que le pide que huya, que recuerde por qué se ha separado de Ishtar y de Derek. Tiene que encontrar las plantas, lo sabe, pero hay algo en ese lugar que lo llama, algo extrañamente familiar, pese a que jamás ha estado allí.

Una brisa se levanta y Darien da por fin un paso atrás. Va a marcharse, pero su hombro choca contra una pared y la luz estalla a su alrededor. A sus oídos llegan voces venidas del pasado, las

conversaciones y las risas de gente que ya no está. Durante ese instante que cae sobre él, las casas están intactas y sus habitantes vuelven a la vida. Una cortina ondea en una ventana abierta, una anciana se sienta en la puerta de una casa a vigilar a unos niños que juegan. La fuente borbotea en el centro de la plaza y huele a lluvia y a pinos y al humo de las chimeneas. Una mujer pasa por delante de él, a solo un paso de distancia, y jura que siente su calor, que las faldas le rozan las piernas. Lleva el largo pelo oscuro suelto y, si no fuera imposible, diría que sus ojos se cruzan, verde sobre verde.

Tara.

La realidad vuelve con el siguiente latido de su corazón, con una punzada dentro de su cabeza. La ciudad sigue abandonada, los escombros de otra vida se desparraman por las calles igual que los recuerdos. Darien ya sabe lo que es aferrarse a las memorias de momentos que ni siquiera le pertenecen, pero en este caso la necesidad es casi dolorosa y le hace sentir extraño. Ni siquiera siente que sea él quien avanza. Quien busca con los dedos otra pared para intentar convocar la imagen de nuevo, para traer al presente ese mundo que ya no existe.

A Tara.

La ve alejarse entre la gente, saludando a algunos a su paso, sonriendo con la seguridad de quien conoce el camino. Darien la sigue como en un sueño, consciente de cómo la ciudad parpadea a su alrededor, se difumina, se mezcla y se convierte en poco más que un delirio donde las ruinas se superponen a los edificios intactos, donde el silencio trata de comerse los retazos de conversaciones y los antiguos habitantes de ese Arsay de leyenda amenazan con deshacerse en niebla.

Darien la sigue como en un sueño. Camina con unas piernas que no son las suyas, incapaz de elegir el destino, pero siendo muy consciente de hacia dónde se dirige. De pronto, la hierba se convierte en un mar verde que vadear y, al mismo tiempo, puede ver perfectamente el camino que pisa, despejado, la clase de sendero que se crea cuando la gente no deja de pasar por un mismo sitio.

La ciudad queda ya a sus espaldas y a su alrededor el bosque trata de encerrarlo, de quitarle el aire. Siente miedo, quiere apurar el paso, pero está calmado, está *calmada*, ha recorrido esa misma ruta miles de veces, bajo el sol y la lluvia, y podría pisar con los ojos cerrados y no perder el rumbo. Porque por allí se va a casa, aunque Darien está seguro de que no tiene de eso, no tiene hogar, incluso si su mente convoca un rostro en cuanto lo piensa, una calidez en el pecho, un silencio cómodo y mañanas tranquilas, despertando con el sol junto a alguien que se ha acostumbrado a dormir pese a que no lo necesita.

El bosque se abre y un claro aparece ante sus ojos. Tara ríe, pero es otra risa la que suena, la que rompe la quietud.

Darien vuelve a su cuerpo con una carcajada atragantada en la garganta que le horroriza. Tropieza con sus propios pies y el mundo baila a su alrededor. Siente que se va a caer, que va a vomitar ahí mismo, pero en el último instante recupera el equilibrio, aunque está mareado. El corazón le late en las sienes y el pecho le arde como si fuera a prender en llamas. Todavía lleva el puñal en la mano, nota los músculos agarrotados por la fuerza con la que lo está sujetando. Le tienta la idea de deslizárselo por la piel, de descubrir si el dolor podría hacerlo sentir más real, más vivo, porque todo lo que tiene

dentro en ese momento es frustración, una desesperación tan honda que acalla todo lo demás.

No lo hace.

Delante de él, los restos de una casa tan abandonada como la ciudad están recubiertos de rosales descuidados, que han crecido hasta tragarse parte de los muros y la única entrada. Las flores que adornan los tallos llenos de espinas son rojas y, contra el gris de la piedra, parecen manchas de sangre en un mundo sin color.

Apenas es consciente de que está abriéndose paso entre las plantas hasta que las espinas se le enganchan a la ropa para intentar retenerlo; hasta que se araña las manos y se raspa los nudillos al tratar de cortarlas. Unas gotas escarlatas le pintan los dedos, pero no se detiene.

Dentro de la casa, la penumbra se diluye gracias al sol que entra por las ventanas y la luz que irradia del fuego de la chimenea. Las ventanas están abiertas y un pájaro se ha posado en el alféizar, picoteando las semillas que alguien ha dejado ahí para él. De las vigas del techo, cuelgan ramilletes de plantas puestos a secar y todo huele a lavanda, romero y salvia. En el suelo, sobre una alfombra cerca de la chimenea, un hombre anima a dos niñas pequeñas a ponerse en pie.

Chronos alza el rostro, con la sonrisa deslumbrante y los ojos desbordados de amor. Mueve los labios, pronuncia un nombre y, aunque Darien no puede escucharlo, aunque todo se queda en silencio, lo entiende:

«Tara».

—¡Basta!

El grito le deja la garganta en carne viva, le llena los ojos de lágrimas de rabia. Al hablar, la realidad vuelve a caer sobre él con un golpe que le arrebata el aire de los pulmones y lo deja sin fuerzas. A su alrededor, el espacio ha cambiado, el fuego se ha apagado, el techo ya no existe y las paredes vuelven a ser solo el eco lejano de un hogar comido por la vegetación y el olvido. Cuando cae al suelo, agotado, con las piernas temblando, sus rodillas encuentran raíces y hierba tan alta que podría devorarlo.

Está harto de recordar.

Está cansado de no saber dónde empiezan los demás y acaba él.

—Tara.

Darien levanta la cabeza, cansado. Está seguro de que ha vuelto a uno de esos recuerdos, que no puede escapar de ellos, pero la casa sigue derruida y Tiempo ya no está junto a los restos de la chimenea. Una nube ha apagado el sol y su sombra baña ese rincón apartado del resto de la realidad.

Delante de él, a tan solo unos pasos, la figura que se alza parece salida del bosque. Hay corteza donde debería haber piel y hojas enredadas en un pelo que recuerda al hilo de los capullos de los gusanos de seda. Dos gotas de rocío helado sirven de ojos y el chico se queda enganchado a ellos.

Se le cierra la garganta. Nunca ha visto a esa criatura, al menos no en esta vida, pero no lo necesita para entender ante quién está. Porque este es el presente. Esto no es un recuerdo más ni tampoco una ilusión ni el producto de su imaginación.

—Ha pasado mucho tiempo.

La criatura tiene una voz que cruje como las ramas cuando se levanta el viento, como las hojas secas que caen al suelo en otoño.

Habla con palabras que conoce y, al mismo tiempo, cada una de ellas suena de manera muy diferente a como las pronunciaría un humano.

Darien toma aire. Le tiembla la voz tanto como el resto del cuerpo.

—Muerte.

La diosa ladea la cabeza en un movimiento rígido que recuerda al de una rama partiéndose. Huele a podredumbre, a madera húmeda y agua estancada.

—Tú puedes llamarme Sikil, Tara.

Escuchar ese nombre le da náuseas. O quizá sea el miedo lo que lo marea, lo que le da ganas de retroceder y encogerse sobre sí mismo y cerrar los ojos para no ver nada más, ni presente ni pasado.

—No soy Tara —protesta—. No quiero serlo. Soy Darien Veriz.

Muerte lo observa mientras él se obliga a levantarse del suelo. Le duele cada músculo del cuerpo, pero no puede seguir de rodillas si quiere recuperar el control. No quiere seguir mirando a esa criatura desde abajo, como si fuera uno de sus fieles.

La Original no se mueve. Sus ojos son muy pequeños, pero Darien está seguro de que pueden ver a través de él.

—Puede que en esta vida respondas a otro nombre, pero sigues siendo Tara, aunque no te guste. Pero sí, también eres Darien Veriz. Eres todas las personas en las que tu alma ha habitado. Y el único que tiene el poder de recordarlas. Por eso estás aquí.

Darien deja escapar un jadeo que es casi una risa histérica.

—Estoy aquí porque no he sido capaz de controlar mi don.

—Estás aquí porque tu pasado te llama. ¿O es que no quieres saber más?

No. Empieza a pensar que la curiosidad es un problema. Es un pecado. Lleva escuchándolo toda su vida (cada vez que Nathan hacía una pregunta impertinente, siempre que él ha querido saber más del mundo más allá de las murallas) y ahora sabe que tendría que haber aprendido la lección hace tiempo. Tendría que haber hecho caso a las historias de terror de Adam, a las moralejas de los cuentos sobre los santos. Si se hubiera mantenido en el lugar que escogieron para él, quizá no estaría ahí, lamentando sus decisiones. Si no hubiera seguido a Lilith, seguiría a salvo en el Templo. Sin su medallón, sí, pero quizá Caleb no lo habría usado nunca. Habría encontrado a otro sensible. Habría descubierto lo justo y necesario para seguir viviendo, en vez de condenarlo con recuerdos de dioses y otras vidas.

Solo que, en el fondo, no cree nada de eso. Sí, quiere saber. Quiere terminar de hilar las historias que todavía no ha podido conocer.

Quiere romper la maldición que hay sobre él.

—¿A qué has venido, Sikil?

Cuando pronuncia su nombre, un gusano de seda se asoma por la abertura que conforma su boca y se extiende para formar algo parecido a una sonrisa.

—A observar. Lo mismo que he hecho durante todos estos siglos.

—Tú no observas. Ninguno de los tuyos lo hace. Jugáis con nosotros como si no fuéramos más que vuestras piezas. Tú, Destino… Sois exactamente lo mismo.

—¿Eso crees? —Muerte calla durante una eternidad, mientras se miden con la mirada y el gusano vuelve a esconderse dentro del cuerpo imposible. Darien tiene que obligarse a no retroceder; ella ha echado raíces en el lugar en el que está—. Xandre y yo somos muy distintos. Él puede moveros por el mundo, daros excusas para que toméis decisiones complicadas. Disfruta poniéndoos a prueba, lanzándoos desafíos y empujándoos hacia la respuesta que quiere que toméis. Yo, en cambio, solo puedo plantar vuestras almas en un cuerpo nuevo cuando llega el momento. Elijo el terreno y teorizo sobre lo que podéis llegar a convertiros, apuesto conmigo misma y a veces gano y a veces pierdo. El resto depende de vosotros, de las decisiones que toméis. Siempre ha sido así. Por eso hay veces en las que Chronos y tú os encontráis de nuevo. Y otras muchas en las que jamás llegáis a cruzaros. En esas ocasiones, Xandre gana antes incluso de que comience la partida.

El chico reprime un escalofrío. Piensa en todas esas vidas que conoce, en todas las existencias que murió solo, en las ocasiones en las que se conformó, en las que se enamoró pero sabe que no se sintió igual. ¿Cuántas veces tomaron rumbos diferentes? ¿Cuántas veces se hicieron daño?

—Xandre gana siempre —la corrige—. Al menos ha ganado hasta ahora, ¿no es verdad? Dices que, cuando no nos encontramos, Xandre gana antes incluso de empezar la partida, pero quizá eso también sea ganar para nosotros. Quizá lo que tendrías que hacer es obligarnos a renacer lo más lejos posible el uno del otro. Deberías evitar que nos crucemos, porque así no hay sufrimiento.

—¿De veras? Entonces ¿desearías no haber conocido a Caleb jamás?

Es una pregunta injusta, la clase de preguntas para las que sabe que no hay respuesta. Una parte de él quiere decir que sí, porque eso habría sido lo más sencillo. Si no lo hubiera conocido, no tendría tanto miedo de perderlo. Si no lo hubiera conocido, no le dolería tanto la idea de todo lo que no pueden tener o de hacerse daño cuanto más se acerquen. Si no lo hubiera conocido…

Si no lo hubiera conocido, nunca habría sido quien es ahora. Nunca habría descubierto lo satisfecho que puede sentirse solo por arrancar el principio de una sonrisa de unos labios siempre rectos; jamás habría aprendido todo lo que sabe sobre su propio don. Quizá habría aprendido el sabor de otros besos, pero duda que le hubieran provocado la mitad de cosas que le provoca el mero hecho de tomarlo de la mano a él.

Darien calla, aunque sus ojos están gritando todo lo que tiene dentro. Está seguro de que ella lo ve, igual que todo lo demás. Lo conoce a un nivel profundo, básico, elemental. Puede que no sea Tara, puede que sea Darien, pero quizá haya cosas en él que nunca cambien.

—¿Crees que disfruto de vuestro castigo? —continúa la diosa—. ¿Crees que, si quisiera que sufrieseis, como Xandre, habría guardado durante siglos ese puñal?

Él mira en su mano. El filo que lleva tanto tiempo con ellos ya había dejado de ser un misterio, pero ahora es más obvio que nunca por qué siempre vuelve a su mano o a la de Caleb. Fue ella quien se lo dio al necromante en esta vida, cuando lo encontró solo y perdido y le ofreció la mano y su poder.

—¿Por qué? —pregunta—. ¿Por qué te preocupas por nosotros? ¿Por qué nos observas? ¿Por qué…?

—Porque no soy vuestra enemiga y lo sabes.

Y quizá eso sea lo peor de todo. Porque en el Templo siempre le dijeron que esa diosa estaba en su contra. Le dijeron que no podía confiar en una palabra que saliese de sus labios, que sería otra tentación que lo apartaría del camino.

Pero Darien ya no tiene un camino. Su dios lo ha atado de pies y manos y parece que lo único con lo que puede luchar contra él es ese puñal.

—Entonces dime qué se supone que debería hacer. ¿Tengo que sacrificarme? ¿Arreglaría eso algo?

La daga le pesa como una roca cuando la sopesa. Durante un instante, recuerda la decisión inamovible de Tara, la culpa que la carcomía por dentro. La seguridad de que acabar con su vida era la única solución…

—¿Es eso lo que quieres?

—No. No quiero morir. No quiero que Destino gane. No quiero convertirme en un celeste y olvidarme de todo y tampoco quiero que Caleb sufra por mí. —No quiere ser él quien le haga daño, quien lo deje solo durante toda una eternidad. Es ese pensamiento el que le recuerda otra de sus muchas preguntas sin respuesta. El celestial aprieta los labios y se atreve a dar un paso hacia delante, hacia esa diosa que sabe tanto de él, de ellos—. ¿Por qué es así? Caleb. ¿Por qué es inmortal? ¿Eso también es cosa de Destino? No fue el Amuleto, ¿verdad? ¿Fue Xandre? ¿Se ha cansado de jugar y esta es su manera de condenarlo para siempre…?

—No, no lo hizo el Amuleto. Y tampoco fue Xandre: él solo le dio la sharada, como parte de una más de sus apuestas. Quería ver si la

enfermedad lo mataba o si el Portador lo salvaba y se exponía al hacerlo. En cualquiera de los dos casos, ganaba él.

Darien hace un mohín de desagrado.

—No tendría por qué haber sido así: Valerick podría haber ganado a Tabitha cuando se enfrentaron.

La madre de Nathan era una mujer fuerte, una celestial entrenada, pero Valerick era un brujo y tenía el Amuleto. Las probabilidades deberían haber estado de su parte.

—Valerick nunca podría haber ganado, Darien.

—¿Por qué?

—Porque nunca la habría matado. No a ella. La quiso demasiado, hasta el final.

Darien se queda muy quieto, casi sin atreverse a respirar. Sabía que el brujo y la celestial se conocían, ella lo llamó por aquel nombre falso la primera vez que le arrebató un recuerdo a Caleb y sonaba a que lo había pronunciado muchas veces antes, pero una cosa es eso y otra muy diferente…

No. Tiene sentido. De pronto se da cuenta de que debería haberlo supuesto, de que las pistas siempre han estado ahí. En el medio del duelo, cuando Caleb apareció, Tabitha lo miró como si fuera un fantasma. Creyó que era porque no esperaba que hubiera un niño en la casa, pero quizá lo que no esperaba era *verlo*.

Y de pronto lo entiende.

La primera pieza cae y, como una avalancha, las siguientes se ponen en su sitio. Lo que sabe es que Tabitha volvió al Templo después de su Peregrinación, con un niño en brazos. En Arsay, por las mismas fechas, Valerick cuidaba de otro niño sin madre. Al crecer le dirían a Caleb que ella había muerto en el parto, pero Darien es

consciente de que no sería la primera mentira que Valerick le susurró a su hijo, incluso si todas fueron para protegerle. Y ¿de qué servía decirle que se había marchado? Que era una celestial. Que no iba a volver, porque Tabitha estaba en el Templo, criando a un hijo que nunca supo nada sobre su padre, que se inventaba mil historias sobre el largo viaje que ella había tenido, pero del que él mismo no parecía saber la verdad…

—No puede ser.

No puede ser que separasen a dos niños que tenían la misma sangre. No puede ser que se diesen la espalda y se convirtiesen en enemigos. ¿Y por qué? Nunca lo sabrá, porque hay cosas que van a permanecer enterradas, porque no queda de esa historia más que dos chicos infelices que, incluso ahora, como sus padres, están en bandos contrarios. Dos chicos que un día creyeron que no les quedaba nadie y que, sin embargo, siempre han tenido familia.

—No puede ser —repite. Pero ni siquiera él termina de creerse esas palabras. Puede ser. *Es*. Aunque le resulte horrible—. Santa Tabitha no… Eso significa que mató a Valerick por salvar a su propio hijo. Eso es… Es…

Injusto. Pero, probablemente, lo que Destino quería de ella. El final de un círculo extraño en el que Valerick traicionó a su amante primero y luego fue traicionado por otra mujer a la que quiso. Una ladrona robándole a un ladrón.

—Valerick lo sabía —le confiesa Muerte, con esa voz que no conoce sentimientos como la lástima—. Que ella iría a por él. Que lo mataría en cuanto usase el Amuleto, porque eso fue lo que ella le prometió cuando descubrió que él lo tenía: que la próxima vez que lo pusiera en marcha ella misma lo detendría. Pero a Valerick le

pareció bien. De hecho, le pareció la oportunidad perfecta para intentar acabar con todo de una vez por todas. Estuvo a punto de conseguirlo. Por desgracia, se equivocó en lo más importante.

Darien no sabe lo que significa «acabar con todo». ¿Acabar con la enemistad entre brujos y celestiales? ¿Acabar con la lucha por el Amuleto? ¿Acabar con la relación que tenían, la poca que podía quedar?

—¿En qué se equivocó? —pregunta, sin embargo.

—Confío en que lo descubras tú mismo, Darien Veriz. Si alguien puede solucionar los errores del pasado, supongo que eres tú. Eso es lo que espero de ti.

La decepción de no conseguir una respuesta se vuelve molestia con ese último apunte. Él no quiere cumplir las expectativas de nadie. Está cansado de esforzarse para intentar complacer a otros.

—¿Por qué? ¿Por qué esperarías nada de un celestial? Dices que no eres mi enemiga y no entiendo por qué. —No entiende por qué se presentaría ahí, ante él, como si fuera uno de los suyos—. Sirvo a Destino. Ya no soy Tara. La conociste a ella, no a mí. Por mucho que me hayas estado observando, no sabes quién soy. No sabes nada de mí.

La corteza que envuelve el cuerpo de Muerte cruje. El suelo retumba y Darien, paralizado, se da cuenta de que la Original está creciendo ante sus ojos. El miedo se le extiende por el pecho a medida que lo hacen las raíces por el suelo, que se hunden en la tierra mientras unas inmensas ramas se extienden alrededor de esa extraña cabeza. La diosa se convierte en un árbol de verdad y le dobla el tamaño antes de que pueda reaccionar. El tronco se vuelve más ancho y empieza a retorcerse hasta que se inclina sobre él.

Hasta que los ojos de rocío quedan por encima de su cabeza, mirándolo directamente. Algo parece latir bajo la superficie. El viento se levanta.

—Sé que tienes dudas —dice con una voz más profunda, más hueca. Darien no puede apartar la mirada del agujero que es su boca, casi esperando que se lo trague, abrumado por la muestra de poder—. Sé que le diste tu medallón a Caleb con la esperanza de que volviese a encontrarte. Sé que estás dispuesto a ir a un nido de demonios por una moribunda, la misma que esperas salvar. Sé que eres consciente de que tu dios no va a dejarte marchar si no lo fuerzas a ello. Lo único que no sé es si te atreverás. Lo único que no sé es si tendrás el valor necesario para deshacerte de todo aquello que te lastra.

—¿Qué es lo que…?

Pero no llega a terminar la pregunta. En un momento, Muerte está delante de él y, al siguiente, solo queda el árbol retorcido, con dos gotas de agua del color de la plata que se deslizan tronco abajo y un gusano que se sigue moviendo por la corteza hasta encogerse y convertirse en un capullo, a la espera de un cambio, de una metamorfosis que lo convierta en algo más bello. Darien lo observa con más preguntas que nunca, con más sentimientos encontrados. No tiene la sensación de haber vivido esa escena y, sin embargo, ahí está, con los nudillos raspados por las zarzas, con el cuchillo de Tara aún en la mano, en esa casa que ha visto la muerte del tiempo y el nacimiento de una maldición.

Con un suspiro, deja caer los hombros y se agacha.

Ahí, entre las raíces de un árbol que ha vivido una vida en cuestión de segundos, están las plantas que necesita para Ishtar.

Sobre él, la nube que ocultaba el sol trae de nuevo la luz.

Dentro de él, las dudas afianzan sus raíces hasta tragarse su corazón.

ISHTAR

—¿Cuántas veces has deseado que volviera a pasar?

Ishtar deja que la pregunta caiga entre ellos sin abrir los ojos. Se alegra de que Derek fuera lo suficientemente sensato como para decidir por ella que el deseo no podía nublarles el juicio, porque tiene que admitir que no lo habría aguantado. Ahora que ha regresado la calma, ahora que puede centrarse en su cuerpo y no solo en su corazón, se da cuenta de que la fiebre sigue ahí, apretándole las sienes y quemándole la piel. Ha tenido que dejar caer los párpados porque incluso la luz de la tarde ha comenzado a molestarle, pero al menos puede cobijarse contra el pecho de Derek. Obligarse a descansar no es tan horrible si puede hacerlo con el sonido de su corazón contra su oreja y sus dedos lanzando caricias suaves sobre sus cabellos.

Su acompañante tarda en responder. Lo siente moverse contra su cuerpo, quizá avergonzado. Al fin y al cabo, nunca ha tenido que enfrentarse a preguntas sobre lo que había ocurrido entre ellos. Era el trato. Una noche. Poco menos que un sueño. Nadie lo sabría. Nunca hablarían de ello.

Pero ahora eso ha cambiado, como tantas otras cosas.

—Más de las que te puedas imaginar.

Ishtar esboza una sonrisa perezosa y satisfecha. Quiere obligarlo a confesar más cosas. Quiere que le hable de días concretos, de situaciones en las que quiso besarla pero se mordió los labios y las ganas. Ella recuerda algunas. A veces, bailando. Una tarde en la sala de música, con él sentado a su lado en el clavicordio, cuando hizo que sus dedos se encontraran y él no apartó la mano. Una mañana después de una noche complicada en la que despertó y lo encontró dormido con la cabeza apoyada en el borde de la cama. Nunca ha sabido si él se dio cuenta de la manera en la que ella le apartó un mechón de pelo y después le rozó la mejilla hasta que él dejó escapar un suspiro y ella se asustó. El día que él regresó del Sacro Reino de Daiva, cuando le contó lo que había pasado y le aterrorizó por primera vez la idea de perderlo y, más aún, la idea de estar perdiendo el tiempo que tenían.

En ninguna de esas ocasiones dijo nada. En ninguna de esas ocasiones hizo nada, pero ahora que por fin se ha dado cuenta de la situación tan frágil en la que están, no quiere seguir callando.

—Sabes que llevo tiempo enamorada de ti, ¿verdad?

Derek se tensa y gira la cara hacia ella, con los ojos muy abiertos y la sorpresa escrita en toda su expresión. Ishtar traga saliva para devolver a su pecho el corazón que siente de pronto en la garganta, pero no aparta la vista. Aunque nota las mejillas encendidas por algo más que por la fiebre, no se amedrenta ni retira lo que ha dicho. No sabe lo que siente él, no sabe si solo se trata de atracción, si lo único que tira de su caballero hacia ella es deseo y ansias de protección, o si la lleva en las venas como ella lo lleva a él, pero no

le importa. Si su amor no es correspondido, puede soportarlo. Puede aceptar lo que él quiera darle. Lo único que no puede hacer, lo que no *quiere* hacer, es seguir escondiendo lo que lleva dentro.

Si mañana muere intentando conseguir un demonio, no quiere llevarse secretos a la tumba.

El silencio que sobreviene lo rompe un ruido entre los árboles. Ambos apartan la vista del otro, en tensión, de vuelta a un bosque que queda cercano a un nido, a un lugar en el que hay animales en busca de presas y necromantes que pueden resultar peligrosos. Derek la aprieta más contra su cuerpo mientras palpa alrededor para encontrar la espada corta que ha dejado cerca.

No la necesita.

—Darien.

El celestial aparece con la mirada perdida en el suelo, aunque escuchar su nombre de labios de Ishtar lo sobresalta tanto como el disparo de una flecha. Está tenso y tan pálido que parece enfermo, al borde de la náusea.

Derek también se da cuenta.

—¿Santito? ¿Todo bien?

El celestial toma aire. Es una reacción casi desesperada, como si hubiera recorrido el bosque sin respirar y se hubiera quedado sin aliento. Después, sacude la cabeza, fuerza una sonrisa y levanta una pequeña bolsa de cuero.

—Tengo las plantas —anuncia—. Creo que servirán.

—En realidad, eres tú el que parece necesitarlas: no tienes buena cara. —Ishtar se aleja un poco de Derek y trata de ponerse en pie, pero la cabeza le da vueltas en cuanto lo intenta—. ¿Ha pasado…?

—Estoy bien. Siento haber tardado. —La respuesta es demasiado rápida, casi cortante—. Dame unos minutos. No tardaré en preparar el remedio.

Derek frunce el ceño mientras el celestial les da la espalda y busca entre sus cosas algo de agua y un pequeño recipiente en el que poder mezclar ingredientes. Ishtar intercambia una mirada con su caballero, un silencio en el que ambos se entienden y pronuncian lo mismo.

Darien está mintiendo.

La cuestión es por qué.

DARIEN

Volver a entrar en la ciudad abandonada es para Darien como continuar una pesadilla que creyó que había dejado atrás al despertar. En cuanto ve los restos de piedra entre los árboles, siente que todos los músculos del cuerpo le gritan que corra en dirección contraria y el corazón se le acelera. Esconde las manos entre los pliegues de la ropa y acaricia de forma inconsciente la empuñadura de la daga que sigue llevando encima.

—¿Darien?

Ishtar lo mira por encima del hombro y Darien se da cuenta solo entonces de que se ha detenido a las puertas de la ciudad. La princesa se ha parado un par de pasos por delante, con la expresión preocupada y la respiración truncada por el ritmo al que han estado caminando. Pese a ello, tiene mejor aspecto que la tarde anterior y la fiebre ha desaparecido: Derek se ha asegurado de ello hasta en cuatro ocasiones antes de permitirles continuar el trayecto hacia el nido.

—Todo bien.

La mentira cae de su boca con más facilidad de la que le gustaría, pero lo prefiere así. Ha leído suficiente sobre nidos de demonios

para saber que son lugares en los que hay que entrar con la mente lo más clara posible, que los demonios se alimentan de los miedos y las dudas, así que no cree que a Ishtar le ayude saber que Muerte les pisa los talones, que los observa, que *lo* observa, que ayer se presentó ante él y que están cerca de la casa en la que el mundo cambió y todo lo que vio, lo que sintió, lo que descubrió. Son demasiadas cosas que él mismo no ha asimilado todavía, así que calla, como ha hecho siempre; deja sus problemas a un lado, como ha hecho siempre, y sigue al chico y a la chica que van delante de él.

Como ha hecho siempre.

Es obvio que Ishtar quiere insistir. Lleva queriendo hacerlo desde anoche, tiene la curiosidad escrita por toda su cara, pero Derek la coge de la mano y tira de ella. La mirada que le lanza al celestial no es amable, pero tampoco amenazante. Es una especie de acuerdo de que lo dejará guardar silencio por el momento. Probablemente él también crea que la princesa no necesita más distracciones hoy.

A Darien le parece bien. Sus ojos se quedan fijos en la forma en la que entrelazan los dedos, en cómo sus pasos se sincronizan. Es obvio que han hecho algo más que hablar y reconciliarse, pero ninguno de ellos ha hecho comentarios al respecto.

La ciudad se los traga. Es mucho más grande de lo que llegó a ver el día anterior y una parte de él, pese a todo, se siente fascinado por la forma en la que las calles se cruzan y se fusionan con el bosque. Con mucho cuidado de no tocar nada, ni las paredes ni la naturaleza que llena cada rincón, se olvida de todo, al menos hasta que llega la niebla. Al principio es solo un manto translúcido que les roza los pies, pero después comienza a espesarse y a envolverse alrededor

de sus rodillas. La vegetación también cambia: los colores más vibrantes se apagan, los árboles se separan más entre sí. Algunos están muertos, secos, con ramas marchitas que amenazan con romperse con la siguiente ráfaga de viento. A medida que el verde escasea, sin embargo, los edificios parecen más enteros: hay menos derrumbes y la ciudad pasa de ser el escenario de un desastre a un paisaje abandonado.

El silencio es atronador, roto solo por tres pares de pasos.

Darien oye también un zumbido lejano, como si se acercaran a una colmena de abejas. La piel se le eriza y algo pesado, un miedo nuevo y visceral, se le escurre entre las costillas.

—Estamos cerca —anuncia Derek.

—Entonces vosotros os quedáis aquí. —Ishtar se detiene y suelta la mano de su acompañante con suavidad—. Quiero entrar sola.

Darien y Derek se tensan al mismo tiempo e intercambian una mirada. Es un gesto rápido, pero el celestial no sabe muy bien dónde está su lealtad: si en proteger a la princesa o en dejarle libertad. El caballero, por su parte, lo tiene mucho más claro: cuando se vuelve hacia su protegida, tiene una mueca de enfado en el rostro y los brazos cruzados.

—Que la medicina del santito haya funcionado no significa que estés en plena forma. Debería ir contigo.

—No. —Ishtar levanta la barbilla, impasible—. ¿Qué crees que pasará si entro acompañada? Es una señal de debilidad y no puedo permitirme ninguna más.

—Ishtar…

—Es mi Trato. Tengo que hacerlo sola. Quiero intentarlo. Quiero demostrar que mi madre se equivocaba.

—No tienes que demostrarle nada a nadie —interviene Darien.

Derek asiente, por primera vez de acuerdo con él, y ella esboza una sonrisa en respuesta, pero no es su gesto de diablillo acostumbrado a salirse con la suya, sino uno un poco más triste. El paso que da hacia atrás habla más alto que el dolor en su voz:

—Me lo tengo que demostrar a mí misma. A la Ishtar a la que apartaron de todo porque le dijeron que no era lo suficientemente fuerte.

—Sabes que eso no es…

—Es mi derecho, Derek. —Ishtar vuelve a mirarlo, decidida—. Es mi decisión.

Y él sabe mejor que nadie lo injusto que es que alguien te arrebate algo así. Quizá por eso termina rindiéndose. Cuando mete una de las manos entre la ropa es solo para sacar un puñal y tendérselo.

—Quince minutos —dice con voz ronca—. No voy a esperar ni un segundo más para ir a buscarte.

—Treinta.

—No abuses de mi confianza, preciosa.

Pese a no salirse del todo con la suya, la sonrisa de Ishtar vuelve a mostrarse, pequeña pero más real. Parece un poco fuera de lugar a las puertas del nido y, sin embargo, es tan reconfortante como si el sol hubiera salido de detrás de las nubes que cubren el cielo. La princesa toma la mano de Derek, pero, en lugar de limitarse a alcanzar el arma, tira de él y lo obliga a inclinarse.

El beso que se dan hace que Darien aparte la vista en un acto reflejo.

Sí, es obvio que mientras él se enfrentaba a Muerte ellos tuvieron tiempo para algo más que hablar. En otras circunstancias, quizá habría hecho algún comentario, en venganza por todas las veces que Derek e Ishtar se han burlado de Caleb y de él, pero en ese momento no se siente capaz.

—Buena suerte —la voz de Derek suena a rendición.

Ishtar no responde, quizá porque la suerte ya no significa mucho para ella o tal vez porque no sabe qué esperar. Darien recuerda todas las historias que leyó sobre los Tratos en el palacio de Damira: sobre la gente que no lo consigue y no vuelve, sobre la que no lo consigue pero vuelve, sobre la que lo consigue pero jamás vuelve a ser la misma. Cuando alza la vista hacia ella, que se cuelga el cuchillo en el cinturón que lleva por encima de la falda, espera que no pueda ver su miedo. No quiere pensar en perderla. No puede pensar en echar de menos a otra persona más, pero sobre todo no a esa chica que le ha robado el corazón solo por ser ella misma, transparente y sincera y demasiado impulsiva. Vuelve a serlo, cuando se lanza sobre él y lo abraza con tanta fuerza que lo deja sin aliento.

Que el contacto no le provoque una visión es un pobre consuelo.

—Cuando vuelva, ¿me contarás por qué estás tan raro desde ayer?

Darien trata por todos los medios de convocar una sonrisa sincera.

—Cuando vuelvas, te contaré todo lo que quieras —le promete antes de dejar un beso en su coronilla—. Pero solo si regresas con tu propio demonio.

Ishtar todavía hunde el rostro contra su camisa durante un segundo más. Darien casi espera verla con lágrimas en los ojos

cuando se aparta. No hay ni una. Si tiene miedo, no lo muestra.

—Trato hecho.

Ishtar da un paso atrás. Todavía le dedica una última mirada a Derek.

—Quince minutos —repite él. Una advertencia, o quizá un deseo en voz alta.

La última princesa de Odelia gira sobre sus talones y se enfrenta a la niebla del caos. Vestida de verde y marrón, parece el esqueje de una planta intentando echar raíces en medio de la desolación más absoluta. Darien la ve cerrar el puño alrededor de la tela de su falda, el único signo de inquietud que se permite.

Dos pasos es todo lo que necesita para que la niebla la devore por completo.

Quince minutos.

Darien comienza a contar.

ISHTAR

Ishtar se imaginó cómo debían de ser los nidos por primera vez cuando tenía cinco años. Por aquel entonces, su enfermedad todavía le permitía correr por los jardines y jugar a esconderse tras las estatuas y los árboles de metal mientras otros la buscaban. En aquellas ocasiones, fingía que los terrenos que rodeaban el palacio formaban parte de los territorios de Caos. Le parecía que era lógico, teniendo en cuenta todas las veces que se había usado el Amuleto del Tiempo dentro de los límites de palacio. En su cabeza, las estatuas eran en realidad demonios que fingían ser de piedra y se desharían de sus disfraces cuando menos lo esperase, pero, por el momento, se conformaban con mover las paredes del castillo y confundir a sus habitantes atrapándolos en laberintos de los que solo podrían salir quienes merecían un Trato.

Ella fingía ser un demonio más. Una criaturilla que existía solo para volver locos a los guardias y a los criados. Cuando la encontraban, a veces les ofrecía pactos a cambio de dulces y otras veces tan solo se comportaba como un ser salvaje que intentaba morderlos o atacarlos con cosquillas. Por supuesto, nunca pretendía

hacerle daño a nadie, en parte porque ella era incapaz de ver a los demonios como criaturas horribles. Para ella, los demonios eran amigos. Los demonios existían para que los humanos pudieran ser algo más, algo mejor. Un demonio era un acompañante para toda la vida, nunca te dejaba sola, y a Ishtar, que se pasaba sola demasiadas horas del día, aquello le parecía la mejor bendición que podía imaginar.

Así que para ella entrar en el nido por fin no es aterrador, sino todo lo contrario. Aunque sabe que debería sentirse inquieta, que los demonios no son tan benevolentes como ella los imaginaba de pequeña y que debe tener cuidado, se siente en casa. Realizada. Como si hubiera nacido en ese lugar, concebida por una caricia de la niebla a un rosal marchito. Se permite cerrar los ojos, respirar hondo, palpar la magia que extiende sus manos hacia ella y le rodea el cuello con los dedos.

Cuando vuelve a abrirlos, lo ve.

Le da la espalda, así que lo único que es capaz de discernir al principio es su cabello rubio, larguísimo. Su figura es espigada, alta y esbelta. Se adentra en la niebla con pasos seguros, con un ritmo perfecto y constante, como el de un metrónomo.

No. Como el de un reloj.

Ishtar toma aire antes de seguirlo. Sabe que tiene que hacerlo del mismo modo que sabe que no es real, porque ese hombre murió cuando ella era un bebé. Su madre lo mató. Le arrancó la cabeza, el Amuleto y el trono.

Aprieta la empuñadura del cuchillo que Derek le ha dado, pero no lo desenfunda. No pretende atacar, solo es una manera de conseguir fuerzas, de recordarse que tiene quince minutos antes de que él se

adentre en ese lugar para ayudarla. Quince minutos para encontrar un demonio. No, no simplemente un demonio. El mejor. No ha llegado tan lejos para no aprovechar la oportunidad.

El Inmortal avanza y ella va tras él, en silencio. El mundo cambia con cada paso que dan, con cada segundo que se escurre, y la ciudad derruida se transforma en algo mucho más reconocible para Ishtar. De pronto hay paredes repletas de cuadros a su alrededor, retratos enmarcados en oro y plata, con caras que parecen querer salirse de los lienzos. Decenas de ojos pintados la miran desde lo alto, estudiando cada uno de sus movimientos. Generaciones y generaciones de la familia real de Odelia la observan y la juzgan. Escucha sus murmullos nacer de la pintura, pese a que los retratos no mueven las bocas.

«La princesa desertora».

«Traidora».

«Permitió que otro robara el trono y huyó».

«Enferma».

«No era lo suficientemente fuerte».

«Cobarde».

«No merecía gobernar».

«Ya debería estar muerta».

Ishtar aprieta el cuchillo con un poco más de fuerza, pero se dice que está preparada para eso. Está preparada para que jueguen con ella, para que la torturen y se le metan debajo de la piel y la retuerzan por dentro y le echen en cara todas las cosas horribles que ella piensa de sí misma, las más feas, las que no ha pronunciado nunca en voz alta.

El pasillo acaba frente a unas puertas dobles. Brynjart se detiene solo entonces, ante la madera, y gira la cabeza para mirarla. Su sonrisa tiene muchos dientes, más de los que le corresponden, pero es lo único que está mal en su rostro demasiado perfecto, demasiado hermoso, demasiado joven.

Las puertas se abren y entonces llega el ruido, uno muy distinto al de los murmullos de los cuadros. El comedor es tan inmenso como siempre, pero está lleno de gente y la algarabía de voces la sobrepasa durante un segundo. Desde que tiene uso de razón, en ese comedor siempre han estado solo su madre y ella, pero ahora hay decenas de personas, puede que incluso más de un centenar. Algunas se parecen a ella, otras no. Hay hombres, mujeres, espíritus. Personas más jóvenes y personas más ancianas. En vez de una sola mesa, hay varias. Están por todas partes, incluso en las paredes, en el techo, ajenas a la gravedad. Los gobernantes y herederos de Odelia siempre han estado por encima de las reglas del resto del mundo, así que es normal que puedan flotar si así lo quieren.

Y todos se callan y se giran hacia ella en cuanto pone un pie en el comedor.

El silencio es peor que el ruido.

Todos sonríen con ese mismo gesto repleto de dientes e Ishtar, por primera vez, siente que el miedo empuja un escalofrío por su cuerpo.

Brynjart toma asiento ante la mesa que se encuentra en el centro de la estancia, en el puesto de honor, justo al lado de la emperatriz. Su madre. Iraides es la única que no sonríe. Tiene los labios apretados en ese gesto de reprobación que ponía a veces, cuando

Ishtar no hacía justo lo que ella quería: quedarse quieta; encerrarse en su cuarto, en su cama, y no salir nunca más. Aunque no habla, la escucha perfectamente en su cabeza: «Deberías haberte quedado en tu dormitorio, Ishtar. Todo lo que he hecho por ti durante toda mi vida… ¿y para qué?».

Ella aprieta los puños alrededor de su falda. Quiere responderle. Quiere decirle que no podía protegerla para siempre, que no es como ella, que la odia por todas las cosas que nunca le dijo y también, pese a todo, que la echa de menos.

Brynjart se adelanta:

—Solo faltas tú, Ishtar.

Entre la pareja surge una silla vacía de oro macizo y más alta que las demás. Ishtar siente que su pecho se queja, que el aire que la rodea empieza a ser demasiado espeso para respirar bien, pero aun así avanza y todos los rostros se mueven para seguir cada uno de sus pasos. Las sonrisas siguen ahí, punzantes, y esta vez son sus propios pasos los que marcan el sonido de un reloj.

Toma asiento.

Los grilletes aparecen justo después.

Su corazón se salta un latido cuando le agarran de las muñecas y los tobillos, pero se obliga a levantar la barbilla para mirar al frente, como si fuera algo completamente normal. Mientras, las sonrisas de sus antepasados crecen y multiplican sus dientes. Los cuerpos se estiran tanto como las sombras que proyectan en las paredes y que están a punto de devorarla.

No lucha. No trata de liberarse.

Hay varios tipos de demonios en los nidos. Los primeros que suelen aparecer son los débiles, aquellos desesperados por salir al

mundo y dispuestos a agarrarse al cuerpo de cualquiera para conseguirlo. Los más fuertes, en cambio, son orgullosos y solo se aparecen ante aquellos que consideran dignos. Llamar su atención por lo general implica aguantar sus voces, sus torturas y sus trucos; significa resistir y esperar que ellos te elijan a ti.

Ishtar lo sabe. Lo ha sabido siempre.

Lo único que no sabe es si quince minutos serán suficientes, así que toma aire y se prepara para aguantar lo que ocurra a continuación.

De todos modos, lleva toda la vida acostumbrada al dolor.

DARIEN

—Voy a entrar.

Durante los ochocientos noventa y cuatro segundos que ha contado dentro de su cabeza, Darien no ha dejado de mirar hacia el punto exacto por el que ha desaparecido Ishtar. A veces le ha parecido ver sombras que se acercaban, pero luego, como llamas oscuras, fluctuaban tras la cortina de bruma y se desvanecían, como si alguien las hubiera apagado de un soplido. En todas esas ocasiones, Derek se ha tensado. En todas esas ocasiones, al ver que ella no volvía, ha resoplado y ha parecido a punto de correr hacia la niebla.

Catorce minutos y cincuenta y cuatro segundos. Eso es todo lo que Derek ha podido aguantar.

—Yo también estoy preocupado, pero deberíamos darle un poco más de tiempo.

Su acompañante niega con la cabeza. Ya ha desenvainado la espada corta que lleva a la cintura.

—Espérame aquí, no te muevas pase lo que pase.

—Tal vez no entienda tanto sobre los Tratos como vosotros, pero hasta yo sé que, si los demonios consideran que ha traído ayuda, se

volverán contra ella.

—¿Y qué debería hacer entonces? —La frustración se cuela en la manera en la que Derek aprieta la empuñadura de su arma—. ¿Quedarme aquí esperando?

Darien quiere decirle que sí. Quiere hacerle ver que no pueden intervenir, que Ishtar tiene derecho a luchar sus batallas. Además, es lo suficientemente testaruda como para que sacarla de ahí solo la lleve a querer volver con más fuerza si cabe. Otra parte de él, sin embargo, tampoco quiere dejarla sola. Sus ojos vuelven a la cortina de niebla y, durante un instante, le parece ver el contorno oscuro de una criatura que no parece humana. Una sombra que se contorsiona y se transforma y acaba convirtiéndose en un árbol retorcido. Aunque aguanta la respiración, sin atreverse a moverse, un parpadeo es suficiente para que se dé cuenta de que la ilusión ha desaparecido tan rápido como ha llegado.

Aunque deja el poso de una idea junto a él.

Darien no sabe de Tratos más que lo que llegó a leer en el palacio de Damira, pero es consciente de cómo funcionan y sabe por qué no es fácil salir de un nido una vez entras. Los miedos, las preocupaciones, las dudas, los defectos: los demonios no dudan en utilizar todo lo que les ofrezcas en tu contra. Se alimentan de lo que puede hacerte daño.

Lo que supone que lo convierte a él en un objetivo especialmente fácil.

—Está bien. Pero voy contigo.

La mueca que Derek le dedica le deja claro que le parece una locura.

—Eso sí que sería condenarnos. A los demonios no les gusta el poder de Destino. —A Darien tampoco. Lo está quemando por dentro, lo está volviendo loco, lo matará—. Si tienen la oportunidad, irán a por ti. Y Caleb me matará si te pasa algo.

La frase se queda en el aire, junto al arrepentimiento de haber pronunciado ese nombre. ¿En qué momento se ha vuelto una maldición mencionarlo?

—Tienes razón.

Las palabras le abandonan los labios antes de que se dé cuenta, pero reacciona a tiempo y muestra también las manos en una señal de rendición que deja sin palabras a Derek. Durante un segundo, parece que vaya a sospechar de él, que lo vaya a acusar de no ser él mismo. Durante un segundo, parece tan confuso que pasa la mirada de la bruma a él, dudando. Pero, por supuesto, Ishtar es más importante. Ishtar lo necesita y Derek moriría por ella. Otra vez.

—Será rápido —le promete.

El celestial asiente y lo ve marchar.

De nuevo, empieza a contar. Uno, dos… Los jirones de niebla se le enredan en la punta de los dedos, como si trataran de tomarle las manos y guiarlo hasta el interior del nido. El silencio le aprieta las sienes. Nuevas figuras van y vienen tras esa cortina que parece distorsionar el mundo, como si fuera un espectáculo de sombras. De títeres. Ve a dos dioses delante de un tablero, planeando su próximo movimiento. Ve a un emperador alzar el Amuleto del Tiempo por encima de su cabeza. Ve un demonio con cuernos. Se ve a sí mismo.

Ciento cincuenta segundos.

Darien saca el puñal de Tara de entre la ropa.

No hay nadie con él, pero aun así escucha las palabras, el eco de un sueño, de una realidad distorsionada: «Sé que eres consciente de que tu dios no va a dejarte ir si no lo fuerzas a ello. Lo único que no sé es si te atreverás».

Él tampoco lo sabe.

Pero le parece un buen momento para descubrirlo.

ISHTAR

Se le está deshaciendo la piel.

Ishtar es consciente de que no se está imaginando el dolor, igual que es consciente de que no va a poder soportarlo mucho más. Aunque no grita, las lágrimas han empezado a correrle por las mejillas hace ya un tiempo, ni siquiera sabe cuánto. Ya no hay pasos que marquen el ritmo del reloj, solo esa sensación opresiva de que las manecillas giran en su contra. Lo peor ni siquiera tiene que ver con el dolor físico, sino con las voces.

Sobre todo la de su madre.

Iraides está ahí, inclinada sobre ella, con su sonrisa desdeñosa cada vez más llena de dientes. Le crecen y se le afilan tanto que han empezado a atravesarle las mejillas hasta las orejas. Durante todo ese tiempo, no ha dejado de repetirle lo inútil que es. Lo rota que está. Las personas como ella no pueden albergar demonios. Las personas como ella no viven mucho. La necesita. Necesita a otra gente a su alrededor, todo el tiempo. Es incapaz de ser independiente. Por eso ha tenido que revivir a Derek. ¿Por amor? No, no, claro que no es amor. Es debilidad. Sin él, sin Caleb, habría

muerto hace años. Sin ellos no es nadie. Una moribunda. Una muñeca. Menos que eso.

Mientras, el trono en el que se sienta arde. Está tan caliente que ha empezado a derretirle la ropa y a abrasarle la piel, pero eso sigue siendo mejor que escuchar las cosas que no quiere admitir (las que sabe que son ciertas, las que duelen porque son verdad). Los príncipes más pequeños han empezado a clavarle los dientes en las piernas, en los brazos. No, no son los más pequeños. Son los que nunca llegaron a crecer más. Los que padecieron la misma enfermedad que ella. Los que murieron siendo niños.

Como debería haber muerto ella.

Un bebé demasiado pequeño, que apenas sabe gatear, le ha trepado por el cuerpo y le clava los dientes en el cuello. Entonces sí, deja escapar el primer alarido. Le rompe la garganta, el pecho y el orgullo, pero se obliga a volver a apretar los labios, a respirar hondo y a olvidarse de lo mucho que le duele el pecho o el calor que siente quemándole de fuera hacia dentro o al revés. Ya no sabe si es el trono de oro el que arde o es la sangre condenada que corre por sus venas. A lo mejor guarda dentro un volcán. A lo mejor está repleta de lava que va a terminar consumiéndola.

—Me alegro de haber muerto antes de que pudieras hablar, Ishtar —le susurra Brynjart al oído, clavándole las uñas sobre en los hombros y las palabras en el corazón—. Te habría odiado. Más de lo que te odié en cuanto naciste, quiero decir. Una niña. Una hija legítima, por primera vez. Mis esposas siempre habían dado a luz a varones, pero tu madre… tu madre no, por supuesto. Tu madre, después de años sin cumplir con sus obligaciones, te dio a luz *a ti*.

No pudiste gustarme menos, ¿sabes por qué? Claro que sabes por qué. Tu madre te lo dijo una vez, ¿verdad?

Ishtar aprieta los dientes, pero no responde. Brynjart no necesita que diga nada, de todos modos. Está en su cabeza. Sabe todas las cosas que hay en ella y va a hacer que las sangre, que las piense hasta que su piel quemada se vista con cada pensamiento que le ha hecho daño alguna vez.

—Las cartas me lo dijeron —masculla el Inmortal—. Que una princesa acabaría conmigo. Por eso nunca reconocí a Sera, ni a ninguna de las demás muchachas que nacieron fuera del matrimonio. Les di cobijo, les permití que se sintieran parte de la familia, pero jamás permití que nadie las considerara sucesoras de nada. Tú, en cambio… Tú lo eras, claro. De ti no podía escapar.

—Yo no te maté —jadea ella—. Yo era… Era solo un bebé.

—Tu madre me mató por ti, Ishtar Brynsen. Por su estúpida obsesión por protegerte, por darte el trono, por darte el mundo. Tú no empuñaste la espada que me cortó la cabeza, pero ¿puedes decir de verdad que no eres mi asesina?

—Yo… yo…

—¿Y qué has hecho con lo que te pertenecía por derecho propio? Lo has perdido. Has renunciado al Imperio y se lo has entregado en bandeja al primero que ha aparecido para robarlo. —Desde el asiento de en frente, Astrey Brynsen la observa con escamas en la cara, lengua de serpiente y sonrisa inhumana—. Eres tan decepcionante. Tan ridícula, tan… dependiente. Y ni siquiera es culpa de tu enfermedad. Yo no dejé que la sharada me detuviera nunca: me hice fuerte. Tú, en cambio…

Ishtar comienza a toser. El aire que tiene dentro la intoxica y la traiciona; los pulmones se le arrugan y la boca se le llena de sangre. No sabe si está pasando de verdad o si también es parte de la ilusión. Imagina que es cierto. Imagina que se está ahogando, porque los demonios no pueden hacer que su cuerpo cambie hasta que uno se meta dentro de ella.

Así que se obliga a respirar hondo. A pasarse la lengua por la boca, ignorar el sabor a óxido y responder:

—Necesitar a otras personas no me hace más débil. No me hace… incapaz. Los brujos no existirían si los humanos no hubieran necesitado a los demonios y los demonios necesitan a los humanos para salir de los nidos.

—¿Eso es lo que te dices para justificarte, niña? —Es Iraides quien vuelve a hablar. Le está clavando una mano en el brazo e Ishtar ya no sabe qué duele más, si la temperatura del oro bajo la piel, las uñas afiladas que se le clavan o los dientes que intentan roerle hasta los huesos—. Eres ridícula. Eres egoísta y manipuladora y cruel. Has manejado a todos a tu antojo solo para sobrevivir. Tú no eres una bruja, eres un monstruo.

De nuevo, las palabras hacen más daño. Le abren la piel quemada y se la desgarran, le dejan las costillas al descubierto y se las parten para buscar su corazón. Es cierto. Es cierto, es cruel y manipuladora y ha arrastrado a todos a su búsqueda de tiempo, ha provocado la muerte de miles de personas. Primero, en aquel banquete, porque la verdad es que sí, su madre mató por ella. Acabó con todos sus hermanos y con su padre por ella. Robó el Amuleto por ella y después, cuando lo perdió, quiso recuperarlo por ella. Mandó a los necromantes a asaltar la basílica por ella y aquello condenó otras

tantas vidas más. Las que se perdieron aquel día. Las que se perderían más tarde por culpa de una cruzada que nunca habría empezado si el Amuleto jamás se hubiera puesto en marcha.

Pero ya es muy tarde para volver atrás. No tiene el Amuleto del Tiempo y tampoco lo desea, porque no cree que usarlo sirva para enfrentarse a los errores, para hacerse cargo de ellos. No, el Amuleto del Tiempo solo ha dado problemas desde el principio.

Es cierto, hasta ahora solo ha estado arrastrando a otras personas a su deseo de vivir un poco más, solo un poco más. Ha sido un parásito, se ha aprovechado de vidas ajenas, de sacrificios ajenos, para poder subsistir. Caleb. Su madre. Derek.

Por eso necesita un demonio. No se trata solo de cumplir un último deseo, sino de conseguir la fuerza suficiente para intentar ayudar a quienes no ha podido ayudar hasta ahora. Tiene que saldar cuentas. Tiene que devolver todo lo que los demás le han dado. Quiere dejar de depender de otros y depender solo de sí misma, que nadie vuelva a morir o a matar por ella. Quiere tiempo, pero solo el que ella misma se pueda conseguir, ni un segundo más.

—Sé quién soy. —La voz le sale rasgada, débil, apenas un hilo. Aun así, alza la cabeza para observar a todos los demonios que la miran con los ojos brillantes y las fauces abiertas, preparados para devorarla—. Sé los pecados que he cometido y qué culpas cargo. Sé que mi cuerpo es débil y que mi sangre está envenenada y que no puedo seguir adelante sola. Por eso estoy aquí. Para conseguir ayuda. No voy a marcharme hasta entonces. No voy a irme hasta… llegar a un Trato con un demonio que quiera aprovecharse de mí… tanto como yo me aprovecharé de él.

Las sombras que rodean la mesa se inclinan más hacia Ishtar, que solo entonces se da cuenta de que están devorando a sus amigos. Los han despedazado y tienen entre las manos partes de su cuerpo; les chupan los huesos y le arrancan la piel. Eso es lo que ha hecho ella también, alimentarse de ellos durante años, por eso en su plato, cuando baja la vista, encuentra las cabezas de todos. Su madre. Caleb. Dyne. Por supuesto, Derek. Siente ganas de vomitar cuando los ve, pero aprieta los puños sobre el reposabrazos, incluso si se quema, incluso si le hace daño.

Su familia habla a coro, mientras los demonios rebuscan en su interior. Suena como el caos que siempre se imaginaba que había habido en el palacio en el pasado y, al mismo tiempo, con un orden que le parece antinatural.

—¿Y qué estás dispuesta a dar a cambio, Ishtar Brynsen?

Al menos a esa pregunta es fácil responder:

—Todo.

DARIEN

Suponía que tras el manto de niebla encontraría un espacio abierto y despejado, surrealista, quizá con mil caminos entre los que elegir. Daba por hecho que los demonios le saldrían al paso y, en el mejor de los casos, lo obligarían a salir de sus dominios. En el peor de los casos, lo despedazarían y acabarían con todo de esa manera en la que él no se atreve.

Nada de eso ocurre.

Al traspasar la entrada del nido, no hay ningún cambio perceptible, más allá de una energía que parece acariciarle el rostro y las manos. Es el mismo sentimiento que cuando se va a desatar una tormenta, una carga en el aire propia del rayo. Pero el paisaje no cambia y las calles bañadas en bruma se extienden siempre unos pasos por delante de él, sin que pueda ver el final por mucho que camine. No le importa. Como hacía en el laberinto de pasillos del palacio de Odelia, avanza, sin dejar que las encrucijadas le permitan dudar. Lo único que acompaña a sus pisadas es un sonido que empieza sin que se dé cuenta, lejano. Tic. Tac. Tic. Tac. No. Aunque tarda un buen rato, se percata de que lo que está escuchando no es un reloj, sino algo más desacompasado, irregular. Como una gotera.

Como si, en alguna parte, hubiera empezado a llover. Y, con cada paso que da, suena más y más alto, retumba en las paredes y en sus huesos, hasta que incluso su pulso parece latir al mismo ritmo.

La niebla se abre un poco sin previo aviso y Darien aprieta la empuñadura de la daga. Las sombras empiezan a tomar forma delante de él, recolocando el mundo. Bajo sus pies hay baldosas que reconoce. A su alrededor distingue la imponente forma del interior de un edificio familiar, pese a que la última vez que estuvo dentro estaba casi en ruinas. Ahora, sin embargo, la basílica está entera, aunque los detalles no encajen: los asientos para escuchar las ceremonias han desaparecido y, en su lugar, como si volviera a estar en el jardín del palacio de Odelia, se alzan estatuas en sus pedestales. Al principio, las asocia con las esculturas de celestes y santos entre las que ha crecido, pero pronto se da cuenta de que tienen otras caras igual de conocidas. A tan solo unos pasos, Lilith lo mira desde arriba, con ojos que le sobresalen de las mejillas, de la frente, del cuello, de las manos y los brazos descubiertos. Del lado contrario del pasillo, un Nathan que apenas parece humano está manchado de hollín y los cuernos que nacen de su frente son más grandes que nunca. Sonríe, pero tiene la cara deformada por quemaduras y en su mano las agujas del Amuleto del Tiempo le atraviesan los dedos.

El celestial contiene un escalofrío y sigue avanzando. Huele a la cera de las velas, aunque no hay ninguna a la vista, y todo el tiempo, por debajo de su respiración, no deja de oír ese goteo interminable que empieza a ponerlo nervioso. Sus ojos vagan por encima de las estatuas, pero intenta no pensar mucho en ellas. En ese Adam arrodillado con los brazos en cruz y una espada clavada el

pecho. En esa Rhea que le ofrece un puñado de ojos con las manos extendidas. En esa Ammarah que se sienta sobre un trono de cadáveres maltrechos, espadas y estandartes de Daiva.

Darien apura el paso, consciente de que las figuras se van volviendo más grotescas a medida que avanza. Iraides de Odelia sostiene su propia cabeza cortada entre los brazos, Ishtar escupe las entrañas sobre la falda de su vestido, Derek cuelga de un árbol con una enredadera alrededor del cuello. Aunque todo es piedra, parecen demasiado reales y Darien ahoga un gemido cuando sus ojos caen sobre Caleb, atravesado por mil armas, con el cuerpo desfigurado y las ropas hechas jirones, con el rostro deformado por el dolor pero los ojos todavía abiertos.

Cuando el celestial traga saliva, le sabe a bilis, pero no puede apartar la vista de la réplica del necromante. Está paralizado y lo único que puede pensar es que todas esas imágenes son mentira, que no tiene nada que temer. Y, al mismo tiempo, si son mentira, ¿por qué las ve con tanta claridad? Como si estuvieran ocurriendo. Porque el goteo sigue, ploc, ploc, ploc, y Darien mira hacia abajo solo para descubrir que tiene las botas hundidas en un líquido rojo y espeso, aunque habría jurado que al entrar en la basílica el suelo estaba limpio. Ploc. Muy despacio, como si estuviera bajo el agua, Darien se gira hacia el frente, al lugar donde debería estar el altar.

Ploc.

Una gota le cae sobre los labios y él no alcanza a levantar el brazo para limpiársela. Sabe a metal, a las joyas que dejaron atrás los habitantes del palacio de Odelia, a como se imagina que sabe el Amuleto del Tiempo o el filo de ese puñal que todavía sostiene en la mano temblorosa.

Ploc.

Colgado del alto techo por cadenas de oro que se le clavan en la piel se ve a sí mismo, un cuerpo de carne y hueso. Alguien le ha pintado ojos dorados por toda la piel y cada una de sus cicatrices (la del estómago, la de la pierna) está abierta. La sangre le corre por el cuerpo, creando riachuelos escarlatas, y gotea desde sus pies hasta el suelo.

Darien da un paso atrás. El aire impregnado de olor a cera se le antoja irrespirable.

—No… —La voz se le agrieta y necesita una pausa para volver a encontrarla—. No me asustáis.

Una risa nace detrás de él y otra la sigue. Las estatuas, en sus pedestales, parecen temblar con cada carcajada, como si fueran ellas las que se burlaran de él. Cuando vuelve la vista hacia ellas, algunas han girado el rostro en su dirección. Casi espera que se muevan más, que se le acerquen, pero son otras sombras las que se deslizan por el suelo, dando pasos que no suenan. La primera silueta que ve toma forma y pasa por delante de la escultura de Adam. La mujer de cabellos morenos y ojos verdes se sienta a los pies de su primo y le sonríe. Una mancha de sangre se extiende por su vestido y la empuñadura de la misma daga que él sostiene le sobresale de la herida.

—Estás aterrado.

Una segunda figura aparece detrás del árbol del que cuelga Derek. Se aparta el cabello pelirrojo de la cara, quizá solo para que pueda ver mejor que sus miradas son idénticas. O quizá para mostrarle que la mitad de su rostro es el de un cadáver putrefacto.

—¿Qué te da más miedo? ¿Saber que eres inútil en el presente o no saber qué va a pasar en tu futuro?

—Yo creo que es el pasado —murmura una tercera voz. Darien se gira y contempla al hombre que se arrodilla a los pies de la estatua de Ammarah. La escarcha le cubre la ropa, tiene hielo y nieve en el cabello oscuro y los labios azules—. Que no puede escapar de él.

El celestial quiere negarlo todo, decirle que están equivocados, pero por primera vez las mentiras no le salen de los labios con la facilidad con la que le gustaría. Sí, le aterra el presente. Sí, le da pánico el futuro, saber que no tiene control sobre él, que hay una fuerza superior eligiéndolo. Y el pasado no sabe si lo asusta, pero pesa como una roca sobre sus hombros, lo lastra, lo ata como esas cadenas que sujetan al Darien que sigue sobre su cabeza.

—Podría escapar de él con un Trato.

Las imágenes de sus vidas pasadas lo observan con renovada atención. Tara alza las cejas, Nevan esboza la sonrisa de un depredador, los ojos de Ezra destellan. Un par de brazos le rodean la cintura desde atrás. No le asalta una visión, ni siquiera un amago de una, y hay algo retorcido en ello, en la forma en la que su cabeza se queda en blanco durante un instante, como si quisiera confirmarle que lo que sea que lo está tocando está incluso al margen del poder de Tiempo o de Destino.

—¿Y qué puede ofrecernos a nosotros un celestial como tú? —le susurra al oído la voz que lo abraza.

Darien solo tiene el atisbo de un rostro demoniaco en el que todavía se pueden distinguir los ojos verdes. Los cuernos se le están enredando en el pelo, le pinchan el cráneo. Algo se enrosca en su

pierna y, al mirar hacia abajo, se encuentra con una cola negra que también se aferra a él.

No tiene respuesta a su pregunta. Ni siquiera cree que tenga nada que pueda gustarles a esas criaturas. Sabe que en los Tratos se suelen ofrecer partes del cuerpo, que Nathan empeñó sus ojos y por eso ve pese a la maldición de Destino. Pero si Darien se aleja de su dios, no cree que ni siquiera un demonio pueda salvar lo que tiene que perder.

—¿Qué queréis?

Sus vidas pasadas vuelven a reír. Tara se levanta del pedestal y desenvaina la espada que atraviesa el pecho de Adam. En cuanto lo hace, el cadáver de su primo cae al suelo como un muñeco y el arma se vuelve acero, una copia de Eunomia en la que un ojo verde parpadea desde la guarda. Nevan le arrebata la espada corta que el cuerpo colgante de Derek tiene a la cintura. Ezra se levanta con el crujido del hielo en las extremidades y quita uno de los estandartes del trono de Ammarah. De detrás de otras estatuas salen más sombras, que se vuelven corpóreas y toman nombre dentro de su cabeza, de los recuerdos de otras vidas que ha vivido. Un ejército de ojos verdes se va juntando a su alrededor, dispuesto a reclamar venganza por las desgracias de su pasado.

—¿Qué queremos? Esa piel que ha robado tantos recuerdos, celestial.

—Esos bonitos ojos.

—Esas manos con las que apenas has empezado a matar.

—Tu cuerpo entero.

Darien es incapaz de moverse. Las voces hablan todas al mismo tiempo y repiten lo que quieren (piel, ojos, manos, cuerpo; piel ojos

manos cuerpo; pielojosmanoscuerpo) más y más rápido, al ritmo de las gotas que aún caen al suelo, al ritmo de su corazón acelerado, de sus jadeos. Sus rostros se acercan y siente la presión de esos cuerpos faltos de calidez, igual que es consciente de que le cortan la piel y se la punzan con las armas, se la pellizcan con los dedos, lo arañan. Puede verse reflejado en pares y pares de ojos de un verde idéntico. Lo único que sabe es que parece aterrado, al borde de la náusea, del desmayo.

A su espalda, Hela deja escapar una risa suave como una brisa cuando él intenta resistirse y sus uñas se le clavan en el pecho.

—Tu corazón, celestial. Eso es lo que te pido.

Las sombras de sus vidas pasadas se detienen, respirando muy cerca de su rostro, con expresiones contorsionadas de satisfacción y expectación. Los cortes que le han hecho le pican, le escuecen, pero la herida en el pecho es la más insoportable. La sangre le mana de cinco punciones hechas por cinco dedos. Las uñas le acarician las costillas por dentro y el sonido húmedo de la carne y la sangre hace que la cabeza le dé vueltas. Darien cierra los ojos, incapaz de mirar.

—¿Hay trato, Darien Veriz?

El chico siente un estremecimiento corriéndole bajo la piel. Los labios le tiemblan. Sabe lo que tiene que decir. Sabe lo que tiene que hacer. Ha entrado en el nido con un objetivo claro, pero en el último momento, duda. Aunque odie titubear. Aunque esté harto de ser así. Aunque sabe que tiene que romper su medallón de alguna forma y escapar de las garras de Destino. Quiere cambiar las cosas más que nada, pero a la hora de la verdad, es incapaz de hacerlo. Es incapaz de transformarse, al contrario que todos los demás. Sigue siendo el mismo chico que abandonó el Templo, el que se queda quieto, el

que deja que otros decidan por él, el que los sigue allá a donde vayan.

Necesita salirse del camino marcado, pero, a la hora de la verdad, le aterra la idea de internarse solo en el bosque.

—Yo…

El chillido llega sin avisar y el resto de palabras mueren en sus labios, aunque ni él mismo es consciente de qué podría llegar a haber dicho. Todo lo que sabe es que, al abrir los ojos, los rostros que se cernían sobre él se convierten en el humo que queda al apagar una vela. Se extinguen como llamas, como una ilusión, aunque el dolor en el pecho le parece demasiado real como para que todo sea una simple fantasía.

Hela lo suelta y Darien, sin más apoyo que sus piernas temblorosas, cae. Debajo de él ya no hay sangre, ni siquiera las baldosas de la basílica, sino la piedra desgastada de algún edificio en ruinas, tan real como él. Cuando alza la vista no ve las estatuas que lo han recibido en el Templo, pero sí la niebla, que vuelve a cerrarse a su alrededor, inofensiva, ocultando los restos de la ciudad. Cuando mira hacia atrás, se da cuenta de que la bruja que fue en una vida pasada se ha convertido en algo mucho más pequeño, más inhumano, con un cuerpo retorcido de azul cobalto y escamas duras en un rostro que no tiene ya nada de humano. Una garra se arranca un puñal del costado y lo deja caer al suelo.

Con un siseo, el demonio retrocede y se pierde entre los rincones en sombras de la ciudad.

—¿Qué crees que estabas haciendo, celestial?

Darien traga saliva. Durante un segundo, es incapaz de apartar la vista de las botas que tiene delante, pero al final se obliga a alzar los

ojos. El corazón que sigue en su pecho le demuestra lo rápido que puede latir antes incluso de alcanzar los ojos azules.

Quizá sea parte de una lección. Quizá los demonios estén intentando demostrarle que lo que realmente le aterra es tener esperanza. Que le den algo que desea con toda su alma y luego quitárselo.

—Caleb.

Su nombre le sabe extraño, a un deseo que no se puede cumplir, y llega acompañado de un gemido lastimero. Cuando el necromante se agacha para recoger el puñal, Darien se siente tan abrumado que lo único que puede hacer es retroceder arrastrándose por el suelo. Quiere gritarles a los demonios que sí, que ellos ganan, que acepta el Trato. Que les dará su corazón y su piel y todo lo que deseen si con eso le prometen darle la fuerza suficiente para volver a por él. No, no solo eso. Para construir un futuro a su lado que nadie pueda quitarles.

El chico entorna los ojos al verlo retroceder, pero no se levanta. Enfunda el arma y se queda en cuclillas ante él, con esa expresión severa que suele poner.

—¿Qué haces aquí solo? ¿Desde cuándo sientes inclinación hacia los demonios?

Es la forma en la que le habla. Es la cadencia de su voz, que estuvo aprendiéndose durante todo el tiempo que pasaron juntos. Es la manera en la que abre y cierra la mano, como si una parte de él estuviese deseando extenderla y tocarlo.

Darien ha dado por hecho en los últimos días que ya no tenía fe en nada, pero quizá se equivocaba. Quizá le queda la suficiente para verterla toda en ese chico.

—¿Eres tú? —Su susurro no es más alto que su respiración—. ¿Eres tú de verdad?

Caleb abre un poco más los ojos en un gesto apenas perceptible, como si no se hubiera dado cuenta de que pudiera ser cualquier otra cosa. Cuando se pone de pie, es solo para tenderle la mano y ayudarlo a levantarse.

—Te dije que te encontraría.

Darien no duda cuando extiende los dedos, aunque al principio no se aferra a él, sino que se conforma con acariciarle la palma, las finas líneas que se inscriben en su piel y que se ha aprendido tan bien como las suyas propias. La calidez que siente en ese contacto es real, igual que la imagen rápida que le viene a la cabeza. Se ve a sí mismo vestido de celeste, quitándose el ojo de Destino del cuello y poniéndoselo a la persona que lo está mirando. Una persona que piensa que no puede perderlo, que tienen que volver a encontrarse en esa vida.

Darien traga saliva cuando la visión se diluye y Caleb sacude la cabeza y se lleva la mano al cuello de la camisa, al cordel que asoma bajo ella. El medallón destella como si quisiera espantar a las sombras, como si estuviera luchando contra todo lo que les rodea. Cuando Caleb acaricia el metal con el pulgar, el escalofrío que baja por la espalda de Darien no tiene nada que ver con el terror.

Es eso lo que hace que se aferre a su mano y se deje ayudar. La forma en la que sus cuerpos casi chocan cuando está de pie es algo familiar, igual que su cercanía. Igual que el tacto de sus dedos, la forma en la que sus manos parecen reconocerse. Le abruma.

Y, al mismo tiempo, lo ha echado tanto de menos que siente ganas de llorar.

—Caleb, escucha…

Una vez más, no llega a terminar lo que iba a decir. No llega a saber si sería capaz de pronunciar las palabras adecuadas.

Otro chillido rompe la quietud, pero esta vez suena lejano, conocido.

Ishtar.

CALEB

La última vez que Caleb durmió fue una pequeña cabezada que dio en el barco de camino a Arsay, hace ya varios días. Después, la idea era no detenerse: los demás le llevaban días de ventaja, así que tenía que recuperarlos de alguna manera y, por suerte para él, nunca ha necesitado demasiado descansar. Aun así, después de jornadas completas caminando sin parar, guiado solo por ese colgante que lleva al cuello, siente los músculos agarrotados y doloridos y la cabeza cada vez más dispersa. Es posible que lo poco que comió durante su encierro y después de él también tenga algo que ver, pero le parecía que era innecesario detenerse para algo así, de modo que se ha limitado a ingerir algunas frutas y hongos que encontraba por el camino. De todos modos, si su cuerpo había soportado el poder del Amuleto del Tiempo, también podía soportar el hambre y el agotamiento.

Aun así, cuando el medallón lo guio hasta el nido, pensó que el cuerpo podía haber soportado el cansancio, pero quizá su mente no. O quizá había confiado demasiado en ese pequeño pedazo de oro y Destino lo estaba conduciendo a una trampa, porque no tenía ningún sentido que Darien estuviera dentro de un lugar como aquel.

Darien no tenía nada que ver con el Caos y un nido no era seguro para nadie. Incluso él los había evitado siempre, salvo en una ocasión.

Fue entonces cuando lo entendió.

Ishtar.

Su grito rompe el reencuentro con el celestial. Los dos levantan la mirada al mismo tiempo y la fijan en la niebla, en la dirección de la que ha venido el alarido. Caleb tensa la mandíbula y se fija de nuevo en el chico. Quiere hablar con él, de lo que le ha visto a punto de hacer y también de todo lo demás. Quiere enmarcarle las mejillas, inclinarse sobre él y robarle un beso por el que pedir disculpas después, como el primero que se dieron. Quiere discutir, incluso. Quiere retomar en un segundo todo lo que es su relación, las partes buenas y las incómodas.

Pero sabe que van a tener que esperar.

—Luego —murmura, para él y para sí mismo. Sabe que Darien también tiene muchas cosas que decir, lo nota en los ojos grandes con los que le está mirando, de esa manera que hace que quiera cumplirle todos los deseos que se atreva a pedir—. Cuando salgamos de aquí.

El celestial traga saliva, pero asiente. Trata de alejar la mano, pero Caleb se la sostiene con más fuerza y echan a correr así. Caleb siente energías humanas dentro de la bruma, así que las sigue. Hay dos, no demasiado lejos la una de la otra, y pese a que no ve nada en esa niebla, y lo poco que distingue cambia constantemente, se aferra a esa pulsión, a los corazones que laten cada vez un poco más cerca, a los ruidos de pasos y al eco de un gruñido. Una de

esas energías se mueve a toda velocidad, la otra está muy quieta, así que decide centrarse en la que está parada.

Ishtar.

Está en una sala derruida de lo que antaño debió de ser un templo, uno de los lugares en los que los Antiguos veneraban a todos los dioses por igual. Ve las columnas, las estatuas medio derrumbadas. Y, en el centro, ella. La reconoce en cuanto la ve a pesar de que la princesa se encoge sobre sí misma y oculta el rostro, a pesar de que su energía está alterada, enredada, descompuesta. Caleb traga saliva porque sabe lo que significa y, en cuanto Darien trata de dar un paso más hacia delante, lo detiene.

Derek llega justo en ese momento. Sus miradas se encuentran a través de la niebla y los ojos de su amigo se abren con incredulidad. Como si, igual que Darien, sospechase que no es real. Supone que es normal. Supone que ese lugar juega con tu cabeza, aunque a él los demonios apenas se le han acercado. Tampoco les ha dado la oportunidad. Ha escuchado que esas criaturas se aprovechan de tus dudas, de tus miedos, pero él ha entrado ahí aferrado a la única seguridad que importaba: encontrar a Darien y a los demás.

—¿Caleb?

Él solo asiente. Tampoco tiene tiempo de más, porque entonces Ishtar gruñe. El cabello le ha crecido hasta la cintura y su cuerpo sangra, lleno de heridas, pero no parece tan pequeña y delgada como siempre. Caleb se fija en las manos entonces. Las tiene clavadas en el suelo, entre los mármoles partidos y la gravilla.

No son manos humanas.

—¡Ishtar!

Es Derek quien grita su nombre. Es él, por supuesto, el primero que se lanza a ayudarla.

—¡Derek, cuidado!

La advertencia no llega a tiempo. La bruja alcanza el brazo de Derek con las uñas en cuanto se acerca y le hace un tajo brutal que le raja la piel, le arranca un grito y lo obliga a retroceder.

Ishtar levanta la cabeza solo entonces.

No parece ella. El cabello negro y lacio le cae por encima de un rostro más afilado que antes, más adulto. Los ojos castaños se han tornado negros por completo, sin esclerótica ni iris, y su boca se ha llenado de dientes afilados, capaces de serrar huesos, pero no de acoger su sonrisa de siempre. Lo peor, sin embargo, es el rastro de venas que tiene por todo el cuerpo: destacan por todas partes, negras, como si un río de brea le corriese bajo la piel pálida y cientos de afluentes se ramificaran en todas las direcciones.

El gruñido que emite es gutural, profundo, animal. Caleb suelta a Darien solo entonces para poder ponerse delante de él y desenfundar sus puñales. Derek, en cambio, se queda donde está. No retrocede ni un paso, pese a que el brazo le sangra e Ishtar (o, más bien, su demonio) se está fijando sobre todo en él, agazapada y lista para volver a atacar.

—Ishtar. —La manera en la que repite su nombre es grave y suave al mismo tiempo—. Sé que estás ahí. Vuelve conmigo. No dejes que esa cosa te controle.

—¿«Cosa»? —La voz de Ishtar también se ha transformado. Ahora es más grave, está distorsionada, como un instrumento desafinado. Su sonrisa, igual que la de todos los demonios, está mal hecha—.

Deberías tener un poco más de respeto, humano… Esta «cosa» podría comerte.

Como si quisiera catarlo, de hecho, alza la mano manchada de sangre y desliza una lengua negra por ella.

—Derek —murmura Caleb, aunque sabe de antemano que su amigo va a ignorarlo.

—Sé que esto no es lo que deseas, Ishtar. No quieres hacerme daño, ni a mí ni a nadie.

El demonio se pone en pie. Lo hace como un gato que despierta de la siesta, poco a poco, y estira todas las articulaciones en el proceso, acomodándose bajo esa piel después de mucho tiempo sin habitar un cuerpo. Mueve los dedos, prueba cuánto puede girar la cabeza.

—Lo que la niña quiera o no ya no es importante. Ahora mando yo.

Caleb aprieta los dedos alrededor de sus armas. A su espalda, Darien respira agitadamente, quizá horrorizado ante la perspectiva de haber perdido a Ishtar.

Pero un demonio no puede robar un cuerpo sin más.

—Sabemos que está ahí —reclama.

La criatura se fija en él entonces. La sonrisa en su boca crece.

—Oh, sí. Lo está. Pero muy muy abajo… Demasiado como para volver a la superficie. Saber qué pedir es importante cuando haces un Trato, y ella solo quería un cuerpo que pudiera soportar un poco mejor la sharada. Dijo que lo daría todo por ello. *Todo*. Y yo he cumplido. Este cuerpo aguantará un poco más conmigo dentro. Pero el cuerpo no lo es todo, ¿no creéis?

Caleb no suele tener miedo: ha vivido lo suficiente como para que sea algo que no le afecta del mismo modo que al resto de la gente. Por supuesto, tiene temores, preocupaciones, pero no suele sentir terror ni las consecuencias físicas de este. Ahora, sin embargo, un escalofrío le nace en la nuca, la piel se le enfría y el corazón se le acelera. Es consciente de por qué le afecta tanto. Es consciente de que su cuerpo ni siquiera está reaccionando solo al presente, sino al pasado.

Astrey también lo dio todo en su Trato y nunca volvió a ser el mismo.

Y si algo ha aprendido últimamente es que algunas historias están condenadas a repetirse. Quizá esta sea otra. Quizá esté a punto de perder a otra persona que quiere porque un demonio la hizo desaparecer para siempre.

—Ishtar es más fuerte de lo que crees.

El necromante vuelve al presente cuando Darien da un par de pasos hacia delante. Por un momento, a Caleb le da la impresión de que se lo está recordando a él, que lo está amonestando por dudar, pero la mirada del celestial está fija en el demonio. Pese a su expresión seria, oye su pulso desbocado. El celestial también está aterrado, pero no va a dejar que la criatura que tiene el cuerpo de su amiga lo huela.

—Es la persona más fuerte que conozco —continúa con los puños apretados—. Ha luchado siempre por tener una vida que mereciese la pena y no se ha rendido jamás, así que estoy seguro de que tampoco va a hacerlo ahora.

—El santito tiene razón. Es cuestión de tiempo. —Derek entrecierra los ojos mientras alza la espada—. Y, si tenemos que

mantenerte entretenido hasta que eso pase, adelante.

La sonrisa de la criatura se tuerce en una mueca de desprecio.

—Los humanos sois siempre tan… emocionales. Por eso morís tan rápido.

Es lo último que dice antes de que el mundo se deshaga a su antojo. Los rastros de las ruinas se descomponen en grandes trozos de piedra que se lanzan contra ellos y Caleb tiene que actuar con rapidez para apartar a Darien de su trayectoria. No le da tiempo a contraatacar, así que lo único que puede hacer es recibir el golpe por él. El impacto le da de lleno y siente cada hueso absorber el choque y romperse por la presión. Las costillas, las piernas, la cara, la columna. El dolor es tan arrebatador que ni siquiera le permite gritar. Lo único que puede hacer es aferrarse a la consciencia.

—¡¡¡Caleb!!!

El necromante gruñe mientras Darien se apresura hacia él, pero alza la vista para comprobar que Derek sigue en pie. Aunque él también ha debido de recibir daños, se incorpora apoyado en piernas y manos, unos pasos más allá, y escupe sangre. Por alguna razón, ha recuperado su sonrisa irónica.

—¿Has oído eso, Caleb? Nuestro nuevo amigo considera que los humanos morimos rápido… ¿No te sientes al menos un poco ofendido?

El aludido resopla. Darien está a su lado, arrodillado junto a él, aunque se ve que lucha contra la idea de tocarlo. El necromante quiere poner la mano sobre la suya o besarle la cabeza y que entienda con eso que todo está bien, que ha vuelto, que esto ni siquiera es lo peor que le ha pasado en la vida.

En su lugar, respira hondo y se incorpora poco a poco, mientras los huesos se le recolocan y su maldición se convierte una vez más en una bendición. Su mirada recae sobre Derek.

—Esperaba que tu sentido del humor hubiera renacido contigo, pero supongo que no hemos tenido suerte.

Tiene que luchar contra el dolor que trata de paralizarlo mientras intenta ponerse en pie, pero lo consigue. Darien lo observa con la ansiedad pintada en la expresión y Derek responde con una risa a medio camino entre la histeria y la diversión. Caleb mueve los hombros y el cuello mientras las heridas terminan de cerrarse. Sus ojos vuelven de nuevo al demonio, que arruga la nariz como si hubiera captado un olor desagradable.

La expresión del necromante ni siquiera es de odio ni de amenaza, solo de hastío.

—Me gustaría que esto fuera rápido. Llevo días sin parar de caminar, lo más probable es que haya soldados imperiales siguiéndome el rastro y tengo un par de conversaciones pendientes que quiero resolver cuanto antes. Deja que Ishtar tome el control o te sacaremos a la fuerza.

La criatura entrecierra los ojos.

—¿Qué no entendéis? Me ha dado su cuerpo. Ha hecho un Trato conmigo. No sois nadie para…

—A la fuerza entonces.

Caleb se lanza a por la criatura antes de que esta pueda asimilar lo que está pasando. Es consciente de que es el único que puede hacerlo, no solo porque es el único que pueda soportar cualquier golpe, sino porque es el único que está dispuesto a hacer lo que sea

necesario para salir de ahí. Darien no podría. Derek, desde luego, no podría.

Ellos van a seguir viendo a Ishtar.

Él, que sabe que a veces las personas que quieres desaparecen para siempre, no.

La lucha es intensa, dos fuerzas de la naturaleza que chocan: Caleb con sus puñales, su vida y su resistencia; la criatura con la magia del caos a su disposición para convertir en un arma cada pequeña cosa a su alrededor. Le recuerda al día que su vida tal y como la conocía acabó, al enfrentamiento con Astrey en la cabaña. Esta vez, sin embargo, el duelo está mucho más equilibrado. Él ya no es un niño de doce años y ha aprendido que a veces merece la pena recibir un golpe para poder asestar el definitivo; ese demonio todavía se está ajustando al cuerpo que ha tomado.

Quizá por eso consigue tirarlo al suelo. Por eso él, tras varios golpes, ve una oportunidad que acaba con la espalda de la princesa contra el suelo y él a horcajadas sobre ella. Un sinfín de raíces surgen entonces desde el suelo para ayudarlo a inmovilizarla. Le cubren incluso la boca, aunque el demonio trata de morderlas.

Caleb duda menos de lo que le gustaría al ponerle los dos puñales contra el cuello.

—¡¡¡No!!!

La voz de Darien suena desesperada, incrédula, pero Caleb solo se permite lanzarle un vistazo, a tiempo de ver cómo Derek lo detiene. Nunca lo había visto tocarlo, pero esa vez lo agarra del brazo, demasiado preocupado por Ishtar como para poder pensar en las posibles consecuencias. Darien se queda paralizado, como cada vez que una visión lo asalta.

Debajo de Caleb, el demonio se revuelve, así que el necromante vuelve a concentrarse solo en él. El rostro de Ishtar sigue siendo familiar pese a los cambios. Bajo sus venas oscuras corre una sangre que los une.

No quiere tener que hacer lo que está dispuesto a hacer.

—Ishtar, sé que estás ahí, en alguna parte, pero si no puedes salir… Si de verdad no puedes salir…, no creo que eso cuente como estar viva. —Los filos se aprietan contra el cuello. La criatura gruñe —. ¿Recuerdas nuestro trato? El que hicimos tú y yo. Tienes que decirme que quieres vivir. Si no lo dices… Si no consigues salir para decirlo…

El rostro de la princesa, escondido bajo ese río oscuro que se extiende por todas partes, se contorsiona en una mueca. Su fuerza es suficiente para romper algunas de las raíces que le rodean el cuerpo y permitirle alzar los brazos, aferrar con sus uñas afiladas los de Caleb. Él siente el dolor punzante y la sangre que brota, pero lo único que hace es apretar los dientes y presionar los puñales con un poco más de fuerza contra su pescuezo.

—Ishtar —repite.

Es un salmo. Una oración, aunque su fe no está puesta en ningún dios. Ellos no van a venir a ayudarlos. Su fe está puesta en esa chica, en su capacidad de seguir adelante, en la resiliencia que siempre ha demostrado.

Odia la idea de cortar ese cuello, odia la idea de ofrecerle esa vida a Muerte después de haberla salvado tantas veces, pero también sabe que es lo correcto. Es lo que ella querría. Sobre todo, si supiera que puede ser un peligro para él. Para Darien. Para Derek.

La criatura sacude la cabeza, cierra los ojos con fuerza y aprieta las uñas con más fuerza contra sus brazos, pero esta vez el gesto parece distinto. Como si no luchara solo contra él, sino que intentara aferrarse. Caleb nota el corazón de la princesa, hasta entonces estable, acelerándose cada vez más. Es eso lo que le da un poco de esperanza. Es eso lo que hace que se incline un poco más sobre ella, que deje que los filos arranquen los primeros hilos de sangre negra y murmure:

—Vamos, Ishtar. Dilo.

El chillido que el demonio emite entonces consigue que Caleb tenga ganas de soltar los puñales para cubrirse los oídos. Le perfora los tímpanos. Aun así, aguanta. Se mantiene donde está, bailando entre la esperanza y la desesperación.

Hasta que nota que las uñas sobre sus brazos dejan de hacer tanto daño.

Hasta que el demonio abre los ojos y él ve cómo cambian. Fluctúan. Recuperan su forma humana y titilan de un color al otro. Negro. Marrón. Negro. Marrón…

—Viv…

Caleb no se da cuenta hasta entonces de que está temblando.

Marrón. Un gruñido. Negro.

Ojos cerrados.

Cuando se vuelven a abrir…

Marrón.

Un jadeo. Una expresión sorprendida, ansiosa, humana. Un rostro que muestra miedo y unas manos que se aferran con fuerza a él, pero que ya no duelen.

—Vivir. —Ishtar de Odelia regresa a su cuerpo tomando una gran bocanada de aire—. Quiero vivir.

Caleb vuelve a respirar solo en ese momento. El cansancio también vuelve de golpe y todo su cuerpo se relaja. Deja caer los hombros, la cabeza. Suelta las dagas. Se permite cerrar los ojos y sentir que el alivio le llene el pecho y tire de una de sus comisuras hacia arriba.

Hay historias que están condenadas a repetirse, pero al menos esa no es una de ellas.

—Bienvenida de vuelta.

ISHTAR

Es como hundirse en lo más profundo del océano y volver a emerger. Por unos momentos, ha estado flotando en la más completa oscuridad, perdida en un lugar en el que los sonidos le llegaban ahogados y deformados, pero ahora está de nuevo en la superficie y siente todo con demasiada intensidad. La luz. Los olores. Los ruidos. Sus sentidos lo amplifican todo y no sabe qué hacer con ello, en qué centrarse. Caleb está ahí y la ayuda a incorporarse. Ishtar quiere preguntarle cuándo ha vuelto, cómo está, qué ha pasado. Lo ha escuchado a través del agua, pero le pareció que la voz que la llamaba no podía ser la suya. Tenía que ser un recuerdo perdido, un retazo de los días que solía pasar en la cama, cuando él aparecía para llevarla de nuevo a casa. Aun así, nadó. Aunque el agua intentara lanzarla hacia abajo. Aunque sus pulmones amenazaran, como siempre, con quedarse sin aire. Nadó para alcanzarlo. Para volver a verlo. Tenía que volver. Aunque fuera una última vez, tenía que volver.

«Bien hecho, niña».

La voz la paraliza. Viene de dentro de su cuerpo y solo cuando la escucha es capaz de volver a ubicarse. Está en un nido. Ha hecho un Trato. Debajo de su piel habita un demonio.

Lo ha conseguido.

—¡Ishtar!

El grito de Derek es lo que consigue que termine de reaccionar. Su abrazo, cuando llega, está a punto de volver a tumbarla y dejarla sin aliento, pero también es lo más cálido que ha sentido en mucho tiempo. Aunque nota la piel aterida, aunque está segura de que está temblando porque acaba de salir de lo más profundo del mar, el cuerpo del chico es una manta agradable con la que cubrirse.

—Derek.

Suena torpe, arañada, pero a él su voz le debe de parecerle preciosa, porque se separa lo justo para tomar su rostro entre las manos. Ishtar ve la sonrisa que tiene en la boca, nerviosa, y también las lágrimas que está conteniendo.

Derek se inclina sobre ella, tan cerca que sus labios están a punto de rozarse.

—Hola, brujilla —susurra él casi contra su boca—. Llevo mucho tiempo queriendo llamarte así, ¿sabes? Me parece más adecuado que «princesa».

Su primera reacción es soltar una risa nerviosa, confusa, desubicada.

La siguiente, sin embargo, son las lágrimas.

Realmente lo ha conseguido. Tiene un demonio dentro y lo siente, incluso lo escucha. Es consciente de su presencia, de su molestia por haber sido relevado y, al mismo tiempo, de ese deje de orgullo que parece sentir por ella. Porque ha conseguido arrebatarle el control y

eso significa que ambos van a poder convivir en ese cuerpo, que ella está a la altura.

Cuando toma aire, se da cuenta de que no le cuesta respirar. Se siente casi como si Caleb la acabase de curar, aunque no tan bien. Tiene un montón de cortes abiertos por todo el cuerpo y el rojo se mezcla con el negro de ese líquido que ahora corre por sus venas. Su sangre ya no es solo la sangre maldita que ha heredado, sino la de un demonio. No sabe cuánto tiempo más va a darle el pacto que ha hecho, pero espera que sea un poco más. Al menos, un poco más. Y lo ha conseguido sola, pese a todas las veces que su madre pensó que no podría hacerlo, pese a todas las personas que alguna vez la han considerado incapaz, insuficiente, pese a todas las veces en las que ella misma ha llegado a creérselo, aunque nunca dejara que nadie lo viera.

Pero no tenían razón. Siempre ha sido suficiente, por mucho que esté enferma. Suficiente para decidir su destino, para cumplir con sus objetivos. Suficiente no solo para sobrevivir, sino para vivir como ella quiera.

No es consciente de que la risa se ha convertido en un sollozo hasta que los brazos de Derek la envuelven de nuevo. Hasta que ella esconde la cara contra su cuello y aprieta su camisa entre los dedos. Hasta que él le susurra al oído:

—Todo está bien. Estás bien.

Sí, lo está. Ahora, por fin, lo está.

Ishtar se echa a llorar.

DARIEN

—Deberíamos salir de aquí.

Es Caleb quien lo dice y Darien está de acuerdo. La niebla todavía se arremolina a su alrededor, pero es más ligera, como si el hecho de que Ishtar se hubiera convertido en bruja fuera suficiente para diluirla. O quizá sea una reacción a la presencia de Caleb, porque incluso el caos tiene que saber que no es rival para él: se ha levantado sin un rasguño después de que el de la princesa lo lanzara por los aires, después de haber espantado al demonio con el que Darien iba a hacer un Trato…

Iba a hacer un trato. Realmente iba a hacerlo.

Se niega a pensar demasiado en ello. Derek ayuda a Ishtar a levantarse, aunque parece que ella no la necesita. Se seca los ojos con dignidad y, cuando vuelve a reparar en Caleb, se lanza hacia él para abrazarlo con fuerza. El necromante se tambalea, sorprendido, antes de suspirar y ponerle una mano en la cabeza.

—Cuando me quedé atrás para que os pusierais a salvo, no era esto lo que tenía en mente —les recrimina.

—Venga, vamos. —Derek le da un par de palmaditas en la espalda a su amigo—. Bien está lo que bien acaba, ¿no?

Caleb pone los ojos en blanco por toda respuesta.

Su mirada se encuentra con la de Darien justo después.

El contacto dura apenas un segundo, porque el celestial baja la vista de inmediato. Es un gesto nervioso, casi aterrado. Tiene miedo de que pueda ver en su cara todo lo que le está pasando por dentro, de que sepa lo mucho que lo ha echado de menos y sea consciente de todo con lo que carga. Que ha visto a Muerte, que ha estado hablando con ella. Que estaba dispuesto a vender su corazón por un poco de paz. Por un poco más de tiempo con él.

Eso sin contar con…

Se lleva una mano al cuello. Tiene las puntas de los dedos heladas y eso ayuda a apagar el ardor que cree sentir bajo la piel. Es como si la carne le quemase, un escozor parecido a la picadura de una ortiga. Pero no está ahí. No es más que su imaginación. Otro recuerdo que no es suyo.

Cuando se atreve a alzar la vista, esta vez se fija en Derek. Él sí se da cuenta, está seguro, pero no dice nada hasta que no emprenden la marcha hacia la salida. Deja que Ishtar y Caleb encabecen la marcha y él se queda a su lado, unos pasos por detrás, lo justo para susurrar:

—No puedes decir nada. Sobre todo, no a ellos.

Darien baja la mirada al suelo y aprieta la mano sobre el lugar exacto por el que Derek lo agarró del brazo. Una parte de él se siente un poco frustrado, molesto por la falta de confianza y, al mismo tiempo, está harto de tener que guardar secretos llenos de espinas.

—Yo no diré nada. —Porque nunca ha descubierto los recuerdos de sus amigos y ahora Derek es uno de ellos. Y porque, en el fondo,

comprende por qué quiere esconder lo que él le ha robado sin querer—. Pero tú deberías. No vas a poder esconderlo eternamente.

Derek aprieta los labios, baja la vista, se pasa la mano por el cuello.

No responde.

VI
ATEMPORAL

NATHAN

Nathan Tabiz ya no puede detener el tiempo, así que se refugia en el único lugar en el que el tiempo nunca existía.

La torre del Templo está tal y como la recordaba, repleta de trastos en desuso apartados contra la pared. Hay un sinfín de libros apilados, juguetes cuyos dueños tal vez murieran décadas atrás y sábanas que cubren objetos que nunca se ha detenido a examinar. En el suelo hay mantas recién estiradas, cojines y velas que titilan como estrellas plantadas sobre la madera.

Las vistas también siguen siendo las mismas. Desde el balcón, Nathan observa el Sacro Reino de Daiva a sus pies, sus luces y su silencio. Desde ahí puede observar el palacio, inmenso y brillante, así como la basílica. Le sigue pareciendo tan majestuosa como la primera vez que su madre lo llevó y le explicó qué eran los celestes, quién era Destino y por qué ellos habían nacido para servirlo. No recuerda demasiado de las explicaciones, solo que las estatuas le parecieron enormes e intimidantes. Le dio la sensación de que tenían demasiados ojos, de que jamás iba a poder esconderse de todas esas miradas, así que lo intentó contra el cuello de su madre.

Tabitha se rio, le dijo que no tenía nada que temer, que todos esos ojos estaban ahí para protegerlo, y eso fue todo.

Hoy, al mirar a las estrellas, se pregunta si su madre estará en alguna de ellas, observándolo con los ojos multiplicados que debió de conseguir al morir. Si es así, quizá esté decepcionada. Si es así…

—¿Qué piensas?

Nathan deja escapar un suspiro mientras unos brazos le aprietan la cintura desde atrás. Ese agarre que conoce tan bien tampoco ha cambiado. Es tan cálido y reconfortante como siempre. Los labios que caen sobre la curva de su cuello le arrancan el asomo de una sonrisa y consiguen que cualquier otra preocupación vuele lejos de esa estancia a la que los problemas nunca llegan.

—En nada.

—¿En nada? —La voz en su oído finge que está molesta—. ¿Ni siquiera en mí?

El gesto en los labios de Nathan crece y él se gira. Ahí está la constelación de lunares; ahí los ojos azules brillantes; ahí esa expresión de falsa indignación que pretende arrancarle una risa que ya tiene en los labios.

Adam se inclina sobre él, apoya la frente contra la suya, y Nathan admite:

—Siempre estoy pensando en ti.

La sonrisa de Adam se extiende. Inmensa. Eterna.

—Lo sé.

Nathan Tabiz ya no puede detener el tiempo.

Pero, en esa torre en la que nada ha cambiado, esa torre en la que Adam sigue a su lado, el tiempo no puede hacerle daño.

LILITH

El día que su hermano empezó su Peregrinación, Lilith lo vio marcharse desde la ventana de su cuarto. El sol apenas empezaba a asomar, pero Adam cruzó el claustro a grandes zancadas y, sin mirar atrás, desapareció de la vista. Se habían despedido la noche anterior, con un abrazo que ella fingió que le daba a desgana. Él le dijo:

—No aprovechéis que no estoy para meteros en problemas.

Ella apretó los labios y se olvidó de luchar contra sus brazos durante un instante. Quiso responderle de malos modos, pero no fue capaz de convocar ni una sola palabra. No pudo decirle que iban a estar mejor sin él, pero que prefería que volviese. Tampoco fue capaz de confesarle que lo iba a echar de menos, aunque durante los meses que siguieron se arrepintió de no habérselo dicho. Se maldijo por no haber sido lo suficiente valiente como para dejarle saber que lo quería, aunque fuera sin tener que pronunciar palabras de cariño demasiado obvias. Porque había celestiales que tardaban años en volver de aquel rito de paso y a lo mejor ese era el caso de Adam. Había celestiales que no regresaban nunca, y entonces lo

último que recordaría de ella sería aquel abrazo torpe y que había guardado silencio.

Tal vez se habría sentido mejor si se lo hubiera confesado a alguien. Darien la habría amonestado por no ser sincera (él podía hablar de sentimientos, él sí le había dicho a su primo cuánto lo iba a extrañar, aunque no lo hubiera abrazado hasta que Adam lo había obligado a hacerlo) y le habría asegurado que su hermano ya sabía todo lo que se callaba. Nathan, por su parte, habría aprovechado para burlarse de ella, pero también la habría consolado. Lo hizo sin saberlo un mes después, cuando se retiraron solos de la cena para ir a sus dormitorios y, al pasar por el claustro, su amigo se detuvo. Lilith lo recuerda porque se lo quedó mirando y fue la primera vez que no lo reconoció. Aquel día se preguntó desde cuándo parecía tan adulto. El corredor apenas estaba iluminado, así que su expresión seria estaba recubierta de sombras. Observaba las estrellas como si se hubiera perdido en ellas o estuviera buscando con ansias un mensaje escondido en su brillo.

—¿Has soñado con él?

En retrospectiva, la pregunta, junto a la actitud melancólica y amarga que tuvo durante el tiempo en el que Adam no estuvo en el Templo, debería haberle dado una pista de los sentimientos que Nathan tenía hacia su hermano, pero en aquel momento quiso pensar que su humor era un reflejo del de ella. Ambos habían crecido con la misma gente, así que lo más probable era que Nathan también pensase en Adam como un hermano. Por mucho que discutieran o se retasen, era normal que echase de menos al chico que le había enseñado a leer las estrellas y que los molestaba todo el tiempo.

—No. ¿Y tú? ¿Has visto algo?

Nathan apretó los labios con algo parecido a la preocupación, pero negó. Su mirada seguía anclada en el cielo y Lilith tuvo la sensación de que, por un segundo, se olvidaba de que estaba justo a su lado. Se preguntó si también la echaría de menos cuando llegara su propia Peregrinación. Si buscaría en el firmamento alguna noticia de su presente o su futuro.

—¿Alguna vez te preguntas cómo será? Estar sola ahí fuera. ¿No te preocupa?

El chico seguía demasiado serio y la celestial supuso que quizá tenía que ver con que esa sería otra cosa que él no podría vivir. El Portador no podía salir de Daiva. El Portador apenas podía salir del Templo.

—Por supuesto que no —mintió, porque cualquier otra respuesta habría sido cobarde—. Aunque no sé cuánto tiempo estaré lejos y tengo miedo de que, sin mí, no sobrevivas en el Templo. O en palacio, si para entonces ya estás allí.

La sonrisa de Nathan destelló en la penumbra y a Lilith le dio la sensación de que un hechizo se rompía, de que al mirarla volvía a ser él, el chico dispuesto a aceptar cualquier reto. El que estaba encantado de bromear, sobre todo si era para meterse con ella.

—¿No será que lo que pasa es que no puedes ni pensar en marcharte sin mí?

La celestial resopló al tiempo que reemprendía la marcha.

—Destino nos pone a prueba, pero tener que asegurarme de que no te mueres mientras hago mi Peregrinación es más de lo que podría soportar.

La carcajada de Nathan hizo eco por los pasillos vacíos.

—Estarás perdida sin mí en cuanto pongas un pie fuera de las murallas, Lilith Rheiz.

No recuerda qué le respondió a eso. Tal vez algo desagradable para que quedara claro que no lo necesitaba, que era superior a él en todo. Quizá incluso le dijo algo hiriente, como que ni siquiera lo iba a echar de menos o que estaba deseando tener un descanso de él después de tantos años obligada a aguantarlo. La Lilith de aquel entonces se escondía así, en burlas o comentarios dañinos, en silencios. Consideraba que los sentimientos la volvían débil, que las lágrimas eran una señal de fragilidad que no podía permitirse.

Y quizá no solo le ocurriera a la Lilith del pasado.

Mientras camina sola por Arsay, mientras se mueve por los bosques siguiendo la pista imposible del demonio de Nathan, la celestial es consciente de que en parte sigue siendo así. Sigue ocultando lo que siente, sigue parapetada detrás de un escudo que, aunque esté resquebrajado, todavía la protege. Del mundo exterior, pero también de todo lo que tiene dentro. De todas las culpas a las que debería enfrentarse, de todas las cosas que todavía no se ha atrevido a decir en voz alta. Admitir que Adam está muerto, que se ha ido para siempre y que ella se arrepiente de no haber podido despedirse de él es solo la primera de ellas.

La siguiente la encuentra en las caravanas de exiliados del Sacro Reino que se cruzan en su camino. Ve la primera a los pocos días de llegar, intentando abrirse paso por los caminos estrechos. Avanzan despacio, cargados con sus pertenencias. Tienen un par de carros, pero van más llenos de gente que de objetos y comida. Se ve que los han dejado para las personas que tienen más dificultades para caminar: hay varios ancianos, algunos niños pequeños que dormitan

contra sus compañeros de viaje y una mujer embarazada que se acaricia la prominente barriga y le canturrea una canción. Los demás avanzan por detrás con pesadez.

En cuanto los ve, la celestial se aparta para dejarlos pasar, con la capucha subida y el medallón bien oculto bajo la ropa. Sabe que es ridículo, que parece que tuviera miedo de ellos, pero no puede evitar sentirse responsable por el sufrimiento de esa gente que ha tenido que abandonar su hogar. Debería haber intentado evitar su exilio. Debería haber hablado más con Ammarah, haber encontrado la forma de contrarrestar la seguridad con la que su madre la convenció de que la Purificación era una respuesta adecuada.

Mientras observa a la comitiva, no puede evitar pensar que ella ha matado a gente como esa. Personas inocentes cuyo único pecado fue negarse a consagrarse o servir a otros dioses. Algunos viajeros la saludan inclinando la cabeza y ella corresponde con un cabeceo sutil, sin hacer nunca contacto visual, pero se arrepiente cuando ya se alejan. Esas personas pertenecen al Sacro Reino de Daiva, son su pueblo por mucho que hayan tenido que dejar atrás las murallas, y se supone que ella es su santa. Debería hacer algo por ellos, lo poco que pueda, precisamente por todo lo que no ha hecho antes.

—¡Disculpad!

La última persona de la comitiva es un hombre pelirrojo que se gira hacia ella con sorpresa y cierta precaución. Lilith se acerca a él y deja sobre su mano la bolsita con lo que queda de las monedas que Caleb le dio antes de abandonar Damira. Todavía son bastantes, de oro puro. Le sorprendió ver la cantidad cuando la comprobó en el barco.

Sabe que no es suficiente para pagar la deuda que tiene, pero espera que pueda ser un principio.

—Es todo lo que tengo, pero me gustaría que os lo quedarais.

El hombre parpadea, incrédulo.

—¿Por qué?

—Allá donde voy yo no lo necesito. Y a vosotros os vendrá bien. Si seguís el río, encontraréis un pequeño puerto fluvial: desde ahí hay barcos que van a Odelia. Espero que podáis encontrar una nueva vida gracias a uno de ellos.

—Pero…

Lilith no dice nada más. No espera el agradecimiento ni la adulación, no los quiere, no los necesita, así que solo agacha la cabeza y se apresura a alejarse para continuar su camino.

Es esa misma tarde cuando encuentra a la lechuza.

El animal se apoya sobre el tocón de un árbol mientras ella trata de decidir qué camino debería tomar a continuación, izquierda o derecha, y, por un momento, la celestial se tensa al verlo. Guarda la esperanza de que sea Altair, de que el celeste haya considerado que vuelve a necesitar un compañero de viaje o que haya decidido presentarse ante ella por la actitud que ha mostrado con los exiliados, pero sabe que es una idea tonta, la clase de esperanza que albergaría una niña. Aun así, en ese momento se da cuenta de lo mucho que le gustaría volver a verlo. A pesar de que no se lo merece, a pesar de que decidiera enfadarse con sus verdades en vez de afrontarlas y permitiese que la rabia lo apartara de ella, igual que ha estado apartando a todo el mundo.

Esa es otra de sus culpas. La lleva arraigada al pecho, como todas las demás.

—No eres tú, ¿verdad? —le dice al animal. Y se arrepiente casi al instante, consciente de que, por muy atento que parezca, no hay nada de celeste en esa criatura. Aun así, continúa hablando, por si Altair sí la está mirando desde alguna otra parte—. Lo siento. No me porté bien contigo. No estuve a la altura. Y… nunca te agradecí lo que hiciste por mí. Así que gracias. Por todo.

Le avergüenza darse cuenta de que las palabras pesan, de que las disculpas siguen siendo una lección que no se le ha dado bien aprender, pero en cuanto las deja ir se siente un poco más ligera. Se siente capaz de alzar el vuelo igual que lo hace el animal.

La lechuza desaparece entre la espesura, pero tras de sí deja una idea.

Los días con Altair hace mucho que quedaron atrás y Lilith no espera que vuelvan, pero pensar en él le hace pensar también en los dones que le mostró. Los sueños no han estado dando resultado, es obvio que está perdida dentro de ese bosque infinito y no puede seguir sin rumbo fijo, pero hace ya tiempo que no es solo una soñadora, sino una santa, alguien bendecida por Destino, con poderes que otros celestiales no pueden alcanzar. Altair le mostró cómo ver resquicios del futuro más inmediato sin necesidad de dormir, a adelantarse unos segundos en el tiempo a los movimientos de sus enemigos para defenderse.

Pero quizá pueda hacer lo mismo fuera de la batalla.

Quizá, en lugar de adelantarse a los pasos de otros, pueda adelantarse a los suyos propios.

Lo más difícil es concentrarse. Es un don que solo ha utilizado cuando estaba en peligro, pero el escenario en el que está ahora no es amenazante. De todas formas, respira hondo y trata de recordar

la desesperación que sintió esos días. Trata de convocar a Nathan, de evocar la imagen del demonio, su sonrisa retorcida, sus ojos capaces de devorar la luz. Intenta recordar también al chico que le lanzó su medallón para devolvérselo, el que le dijo que le había mentido con una sonrisa irónica en la cara. Piensa en el brujo que vio en las mazmorras, el que le dijo que Adam lo perdonaría sin dudar, hiciera lo que hiciese. Piensa en Nathan en todas sus formas, celestial y brujo, amigo y enemigo. Piensa en todo lo que es y todo lo que ya no, piensa en todos los años juntos y en todo el tiempo separados.

«Por favor, Destino, deja que lo encuentre».

Al principio es poco más que una sombra. Una ráfaga de viento que mueve el sotobosque. Le da la impresión de escuchar pisadas, pero no es hasta que un escalofrío le sube por la espalda que otra Lilith se materializa entre los árboles. La muchacha de su visión mira un segundo hacia atrás, como si quisiese guardarse la imagen del bosque en quietud, y echa a andar con paso seguro hacia la izquierda, hasta perderse entre los troncos.

Es una imagen tan rápida, tan borrosa, que Lilith no puede evitar dudar cuando se acaba, porque ni siquiera está segura de no habérsela imaginado. Porque seguir a esa chica significa confiar en ella y no recuerda la última vez que lo hizo. Quizá no lo haya hecho nunca, y por eso sus pasos son erráticos cuando se pone en marcha.

Apenas ha avanzado antes de volverse y mirar hacia atrás. Busca algo más, alguna pista, alguna otra señal de que está haciendo lo correcto. No la encuentra. Lo único que tiene a su alrededor es la foresta en calma y la sombra de un pájaro blanco que planea entre las ramas antes de desaparecer.

Lilith vuelve la vista al frente. Se aleja con pasos inciertos.
Y se obliga a creer.

CALEB

El sol ya ha empezado a caer cuando Caleb termina de curarlos a todos. Siente la cabeza ligera y las fuerzas al límite, así que suspira y apoya la espalda contra el muro de un antiguo templo abandonado y comido por la vegetación que han decidido utilizar como refugio para esa noche. Necesita dormir. Nunca había probado los límites de ese cuerpo, pero es evidente que los tiene: que no vaya a morir de cansancio o de hambre no significa que no pueda sufrir y está claro que se ha forzado más de la cuenta. Probablemente no tendría que haber sanado a nadie, pero ahora que es el único necromante del grupo, ¿qué otra cosa iba a hacer?

—Nunca pensé que diría esto, pero no tienes buen aspecto.

Caleb deja escapar un gruñido ante el comentario de Derek y entreabre los ojos para mirarlo. Su mejor amigo ha sido el último al que ha curado, aunque se ha negado a quitarse la camisa para que pudiera inspeccionarle bien las heridas. De todos modos, supone que su expresión burlona significa que está bien.

—Estoy seguro de que tengo mejor aspecto que tú la última vez que te vi.

Derek abre mucho los ojos y se lleva una mano al pecho.

—¿Haciendo bromas sobre mi dramática y heroica muerte? Qué ruin. Que sepas que estoy seguro de que estaba guapo incluso entonces.

Aunque Caleb pone los ojos en blanco, le alegra comprobar que su amigo sigue siendo el mismo, con sus bromas inadecuadas y su actitud despreocupada. Después de lo que vio en las mazmorras temía encontrarlo cambiado, que su energía se hubiera mezclado y enturbiado tanto como la de la madre de Astrey. No lo ha hecho, aunque eso no significa que esté bien. Sus poderes han desaparecido, Muerte ya no lo considera uno de los suyos, y eso no tiene que ser fácil para él. Aun así, Caleb no puede evitar preguntarse si la pérdida de la magia es el único precio que Derek tiene que pagar por seguir vivo cuando debería estar muerto. Conoce a su diosa y ha escuchado las suficientes historias como para desconfiar, así que está a punto de preguntarle cómo se encuentra.

Ishtar le da una colleja a su protector antes de que pueda hacerlo. Derek lanza una exclamación incrédula mientras se gira hacia ella, indignado, y se frota la nuca.

—Hay cosas con las que no se bromean —le recrimina la princesa. Después se fija en Caleb y cruza los brazos—. No voy a pegarte a ti también porque nos has salvado, pero lo haré si vuelves a hacer un comentario semejante.

Derek es la viva imagen de la indignación.

—¡Pero si tú eres la primera que hace chistes con la muerte!

—¡No es lo mismo!

—Creo que Caleb necesita descansar.

No es Ishtar quien lo dice, sino la persona a la que ha curado primero y que ha decidido mantenerse callada. Darien está apartado, apoyado contra otro muro, y juega nerviosamente con una flor que ha arrancado del suelo. La está deshojando y tiene el regazo lleno de los pétalos ambarinos que ya le ha arrebatado.

Caleb lo observa en silencio. Nota la separación que hay entre ambos, una distancia que va mucho más allá de esos pasos que podría salvar. Darien se niega a enfrentarlo. En todo ese rato, no ha conseguido mantener los ojos sobre los suyos más de un segundo. Aunque hacía tiempo que ya no huía de él, de su atención, aunque se había convertido en un experto en hacerlo claudicar primero, ahora ni siquiera parece capaz de comenzar una de sus batallas.

Ishtar y Derek intercambian una mirada antes de fijarse de nuevo en Caleb y luego en el celestial. Es ella quien cabecea y tira del chico para que se ponga en pie.

—Cierto. De hecho, será mejor que vayamos a por leña y a por algo de cenar antes de que anochezca.

Darien levanta la vista de golpe.

—Voy con voso…

—Lo cierto es que queremos un poco de intimidad y creo que vosotros también necesitáis la vuestra —señala Ishtar con una sonrisa brillante que hace que Darien se ruborice un poco. Después, se gira hacia Caleb—. Ah, por cierto, Derek y yo estamos juntos.

Esta vez quien enrojece es Derek, que la mira con los ojos muy abiertos.

—Ah, ¿estamos…?

—Claro que sí, estás loco por mí. Vamos.

Y tira de él con más energía de la que Caleb le ha visto nunca. Al principio ni siquiera sabe cómo reaccionar, así que los ve marcharse, hablando entre ellos. La princesa va por delante, distinta y al mismo tiempo la de siempre. Derek se deja llevar como si su único objetivo en la vida fuera seguir sus pasos y a Caleb no le pasa desapercibida la sonrisa que se le derrite en la boca, la fascinación con la que le brillan los ojos.

Una parte de él se pregunta si desde fuera él también se ve así. Como alguien irremediablemente atado a otra persona, gustoso de seguirla hasta los confines del mundo si fuera necesario. Si es así, no le molesta. Siempre se ha considerado una persona honesta y eso es exactamente lo que es.

Por eso se siente tan frustrado cuando, al volverse hacia el celestial, se encuentra de nuevo con su mirada baja y sus dedos sobre la flor. Caleb aprieta los labios antes de separarlos, dispuesto a cortar ese silencio, a lanzarlos a uno de sus enfrentamientos, que le parecen mucho mejor que esa tensión que se acumula en la distancia entre sus cuerpos.

Sin embargo, Darien se le adelanta:

—¿Sabes algo de Lilith y Nathan?

Le frustra más de lo que va a admitir que lo primero por lo que pregunte sea por su prima y por el antiguo Portador, sobre todo en esa situación. Le molesta que no quiera encararlo y que esté evitando hablar de ellos por todos los medios. O peor: que esté evitando hablar de sí mismo. De la razón por la que lo ha encontrado en un nido, a punto de hacer un Trato con un demonio.

Aun así, respira hondo. Bien, puede seguirle el juego un rato, puede fingir que no hay temas pendientes. Quizá de esa manera se

relaje un poco. Siempre ha encontrado huecos en los que colarse en medio de sus conversaciones, así que puede esperar a verlo receptivo y hacerlo otra vez.

—Ayudé a escapar a la santa. —Darien levanta la mirada hacia él, sorprendido, y Caleb considera una victoria que sus ojos se encuentren—. Nos encerraron juntos y pensé que eso es lo que a ti te habría gustado, así que lo hice.

Darien traga saliva. En sus iris verdes se arremolinan un montón de sentimientos, pero a Caleb no le da tiempo a descifrarlos antes de que el celestial baje de nuevo la vista, arranque otra flor y sume sus pétalos a los que ya ha coleccionado.

—Gracias —murmura muy bajo.

—Por el chico no pude hacer nada —continúa el necromante. Las manos de Darien se detienen al fin—. Parece que le ha cedido por completo el control a su demonio. Lo último que supimos de él fue que iba a buscar el cuerpo de tu primo: Astrey le prometió que podía revivirlo. Y es cierto, puede. Lo sé porque mientras estuve encerrado me utilizó para resucitar a otra persona que llevaba mucho tiempo muerta. Pero, si ese chico regresa de entre los muertos, lo más probable es que no sea el que conocíais.

Esta vez, cuando Darien se atreve a volver a mirarlo, en su rostro hay confusión y un terror que hace que Caleb piense que daría lo poco que le queda (sus armas, las escasas provisiones con las que salió de palacio) por acercarse a él y tomarle de la mano para tranquilizarlo. Sin embargo, porque le conoce, sabe que es demasiado pronto. Sabe que tiene que acercarse con cuidado, con los pasos necesarios, como si el celestial fuera un animal más de ese bosque que los rodea. Un pequeño cervatillo herido que echará a

correr en dirección contraria al más mínimo ruido que le haga sospechar.

—¿Qué quiere decir eso? Derek es el mismo. Tú…

—Derek y yo acabábamos de morir cuando usaron el Amuleto con nosotros. Y si tu amigo hubiera conseguido salvarle la vida aquel día, en la basílica, quizá también habría conseguido traerlo de vuelta sin demasiadas consecuencias, más allá del castigo de su dios. Pero ahora lleva meses muerto, Darien. —El celestial aprieta los labios, dolido por el recordatorio. Le brillan los ojos y esta vez a Caleb no le cuesta desentrañar la tristeza que hay en ellos—. Cada día que su alma pasa en otro cuerpo es un día más en el que la esencia de lo que fue se diluye. Lo que tu prima y yo vimos… —Frunce el ceño al pensar en la mujer pelirroja sobre el suelo de la mazmorra, en los distintos estados por los que pasó en cuestión de minutos—. Cuando descubrimos que podías ver mis vidas pasadas, estuve… confundido. Frustrado. No tenía claro qué sentimientos eran míos y cuáles de mis recuerdos y eso me hacía sentir perdido. Era una sensación desagradable, pero solo eso: una sensación. Al final, siempre he sido yo, mis sentimientos eran míos, al margen de los recuerdos que me arrancases. Pero, en ese caso, era una persona extraviada para siempre entre todas sus existencias, incapaz de agarrarse a una única identidad.

Darien se ha puesto tan pálido que Caleb teme que esté a punto de vomitar. Ya no deshoja la flor que tiene entre las manos, pero la aprieta con fuerza.

—Eso es…

—Tan horrible como te imaginas. Por eso tu prima ha ido a buscar al antiguo Portador: para evitarlo, sea como sea. Cree que ella

puede hacerlo entrar en razón.

El celestial deja escapar una risa carente de humor.

—¿Y cómo piensa hacerlo? Nathan no… No ha entrado en razón hasta ahora. No sabemos nada de él. Apenas sabemos quién es. Ninguno somos ya los mismos. Ni Lilith ni él ni… ni yo. Ni siquiera yo sé quién soy.

Lo dice como si pronunciarlo le doliera y eso es más de lo que Caleb puede soportar, así que se pone en pie. No se siente recuperado, pero tampoco tan al límite de sus fuerzas como hace unos minutos, por eso se acerca y se arrodilla frente a él. Darien lo observa con la mirada a punto de desbordarse y el necromante tiene que cerrar los puños para resistir la tentación de alargar las manos hacia él y tocarle la cara, el contorno de los ojos, esa boca que no deja de fruncir y que le gustaría que se relajara bajo la caricia de su pulgar o de sus labios.

Pero teme que un roce despierte un recuerdo que Darien no pueda controlar en ese momento, así que espera acariciarlo con las palabras, ya que no puede acariciarlo con el cuerpo.

—Yo sí sé quién eres, celestial. Te lo dije una vez, ¿no? Alguien imperfecto, a veces incomprensible, lleno de contradicciones. Sé que pierdes la noción del tiempo cuando lees, que te gustaría tocar a la gente que te rodea mucho más de lo que te permites, que estás tan acostumbrado a anteponer a los demás que a veces te olvidas de ti mismo. —Y cómo odia eso. Cómo odia que se haya acostumbrado a ser el último que importa—. Sé que a veces te sientes insuficiente y que dudas de todo lo que en el pasado te dijeron que no podías dudar, pero también sé que tienes más carácter de lo que el resto de la gente se imagina, porque confunden tu bondad con debilidad. Sé

que puedes parecer inofensivo, pero eso no significa que no sepas hacer sangre cuando te lo propones. —Y cómo adora esa faceta suya. Cómo adora que a veces le sorprenda incluso a él, que le encare y le enfrente y luche como si siguieran siendo enemigos, aunque ya estén muy lejos de aquello—. Sé cómo sabe tu cariño y tu desprecio, celestial. Sé cómo eres, sé quién eres. Ante mí nunca te has escondido, ¿no?

Darien toma aire y el necromante se clava las uñas en la palma de la mano cuando ve la primera lágrima que se desliza por su mejilla. Se inclina hacia él, pero no lo toca. Todavía no. Hasta que él no se lo permita, no.

—Eres Darien —continúa. La voz se le suaviza, como si su nombre fuera un hechizo fácil de pronunciar, un silbido al que la naturaleza debe responder— y conozco todo lo que se esconde bajo ese nombre. ¿Entiendes por qué?

El celestial deja escapar un sollozo.

—¿Por qué?

Y Caleb, casi contra su boca, sin llegar a rozarla, responde:

—Porque estoy enamorado de ti.

DARIEN

Darien siempre había dado por hecho que el romance era imposible en su vida. Siempre había creído que nadie iba a enamorarse de él si no podía tocarlo, si el precio por quererlo iba a ser desnudar su alma, sus recuerdos. Ahora supone que lo pensaba porque en el Templo todo el mundo lo rechazaba. Porque, en el fondo, siempre fue consciente de que nadie allí lo quería incondicionalmente.

Y entonces apareció Caleb y, poco a poco, llegó a pensar que, si lo que le habían enseñado sobre brujos y necromantes era mentira, quizá aquello de lo que se había convencido a sí mismo también podía serlo. A lo mejor no estaba mal desear un poco de romance. A lo mejor, si un beso de Caleb le resultaba tan natural, si esas manos sobre su cuerpo tenían sentido, era porque estaba destinado a querer. A querer*lo*.

Fue un sueño corto. Cuando la verdad sobre su maldición salió a la luz, supo que lo mejor era dar un paso atrás y poner distancia, por eso lo abandonó en su cama pese a que lo único que quería era volver a perderse en su cuerpo. Por eso, después, le dio la espalda durante la Noche de las Bestias y estaba dispuesto a alejarse todo lo posible de él. Dejarlo atrás, sin embargo, fue más difícil de lo que

esperaba. Todos esos días sin él han sido más difíciles de lo que esperaba.

Y ahora no sabe cómo enfrentarlo. Lleva recordándose que es mejor mantener cierta distancia desde que Caleb apareció en el nido. Ha estado resistiéndose a tocarlo, resistiéndose incluso a mirarlo. Apenas le ha hablado, ni siquiera mientras le curaba la herida en el pecho, y sabía que no debía darle la oportunidad de acercarse demasiado. Así quizá Destino se olvidaría de ellos y la condena que llevan siglos sufriendo no se repetiría una vez más.

Darien está acostumbrado a renunciar a todo tipo de cosas, así que estaba dispuesto a renunciar también a él si eso podía salvarlos a ambos.

Ahora, sin embargo, lo único que quiere es rendirse. Escuchar la confesión de Caleb es suficiente para que una primavera cálida le estalle bajo la piel y le abra flores en el pecho. Es un sentimiento que se parece demasiado a la esperanza y Darien está a punto de agarrarse a él y olvidarse de todo lo demás. Tiene ganas de echarse hacia delante, capturar la boca de Caleb con la suya y hacer que su beso revele cuánto lo ha echado de menos, cuánto ha temido por él, cuánto desea un futuro a su lado y a cuánto sería capaz de renunciar por conseguirlo. Quiere aferrarse a sus palabras y cavar en ellas un refugio que los proteja de cualquiera que quiera hacerles daño. Quiere tirar de él, desnudarlo de ropa y secretos, abrazarse a su cuerpo igual que hizo la última noche que pasaron juntos.

El problema es que a estas alturas ya ha aprendido que el amor no es suficiente. En todas las vidas que han compartido, quererse solo les ha hecho daño.

Así que, al final, escapa una vez más de los ojos de Caleb y murmura:

—Ayer Muerte vino a buscarme.

No lleva ni un día cargando con ese secreto, así que no sabe por qué se siente tan aliviado al confesarlo. Quizá porque al pronunciarlo consigue justo lo que quería: la mención a la diosa enfría el aire entre ellos y borra la suavidad del rostro de Caleb. Primero la sustituye la sorpresa, después la incomprensión y por último la desconfianza.

—Muerte no se aparece ante nadie sin un motivo.

Darien siente que puede respirar mejor cuando el necromante se aleja un poco. Sus ojos azules están entornados y tiene la expresión tensa, a medio camino entre la preocupación y el enfado. El celestial se aferra a eso. A su preocupación y su ira puede enfrentarse; a la honestidad y sus palabras hechas para hacerle temblar, no.

—Encontré la casa de Tara y Chronos y ella estaba allí. —La expresión de Caleb se endurece incluso más—. Me… Me llamó Tara. Me dijo que yo podía llamarla Sikil, me habló como si… como si me apreciara. Me dijo que no era nuestra enemiga y que… tenía expectativas puestas en mí.

Caleb aprieta los puños. Todo su cuerpo parece un resorte a punto de saltar.

—¿En ti?

—Me dijo que creía que yo podía solucionar los errores del pasado. —La risa que le sale es demasiado corta, demasiado seca—. ¡Yo! Pero yo no me siento capaz de resolver nada, Caleb. No sé qué espera ni por qué. A lo mejor cree que Tara podría haber llegado a la

respuesta correcta, pero yo no soy ella. Ya no. No del todo. No quiero serlo.

—No lo eres. —Caleb suena inflexible, como siempre. Tan seguro como si conociera todas las verdades del universo y esa solo fuera una más—. Quizá para ella seáis… indivisibles. Quizá para ella yo sigo siendo Chronos y, al mismo tiempo mil personas más, todas a la vez. Quizá para ella la energía es lo único que importa y es incapaz de separarla. Pero yo soy Caleb y tú eres Darien. Eso es lo único que importa. Ni los dioses ni sus deseos ni lo que quieren de nosotros ni…

Darien siente que las flores de su pecho se retuercen con ganas de volver a crecer, de echar raíces en sus pulmones y cubrirlo todo con su aroma, así que se apresura a interrumpirlo:

—También hablamos de ti. —Caleb vuelve a callar. Aprieta los labios en un gesto de frustración y no pregunta. Aun así, Darien continúa hablando—: De tu inmortalidad. Le pregunté si era cosa de Destino, si formaba parte de su venganza hacia Tara y Chronos…

—Darien, tienes que…

—No lo hizo. —El celestial baja la vista hacia sus manos, se aprieta los dedos. Sabe lo que quiere decirle Caleb, pero no puede escucharlo, así que sigue hablando, incansable—: Pero tampoco fue una consecuencia de usar el Amuleto. Tu padre solo te dio unos pocos años más, los que se arrebató a sí mismo. No sé cuántos, pero no creo que a él tampoco le importaran los que fueran mientras tú vivieses. Sobre todo porque sabía que santa Tabitha lo encontraría y, en cuanto lo hiciese, él moriría.

Caleb frunce el ceño, confuso, perdido. Aunque nunca duda, es evidente que ahora titubea, sin saber si seguir esa conversación.

—¿Qué quiere decir eso?

—Que tu padre la quería, Caleb. Santa Tabitha era tu madre.

Por fin, la expresión de Caleb se descompone. Es como si le hubiera dado un golpe que lo ha pillado desprevenido, un puñetazo en el pecho capaz de arrebatarle la respiración. Es la misma expresión que puso cuando descubrieron quién era su padre, qué pasó con él, qué llegó a hacer con el Amuleto.

Darien se siente culpable en cuanto la ve. Está a punto de pedir perdón, pero es consciente de que eso los acercaría de nuevo, así que se aleja un poco más. En lugar de extender las manos hacia él, se pone en pie y deja todavía más espacio entre ellos.

Caleb tarda en reaccionar. Lo sigue con la vista, desde el suelo, pero no dice nada. De pronto parece tan vulnerable que Darien tiene que clavar la mirada en sus botas.

—Ahora todo encaja —continúa—. Valerick huyó de Damira con el Amuleto y se refugió en Arsay por la misma época por la que Tabitha debía de estar haciendo su Peregrinación. Se encontraron y lo siguiente que sabemos es que Tabitha volvió al Templo con un niño en brazos… y Valerick se quedó atrás con otro. Tu madre no… no murió, Caleb. Dio a luz a dos niños y dejó que tu padre se quedara con uno de ellos, pero también le prometió que… que lo mataría si alguna vez ponía en marcha el Amuleto del Tiempo. ¿Entiendes lo que estoy diciendo?

Por supuesto que lo hace. Esta vez es Caleb quien aparta la mirada, abrumado. Por unos momentos, se queda tan quieto que Darien está seguro de que ha traspasado un límite. Está convencido de que va a enfadarse con él, o quizá con Sikil, o puede que con ese padre del que ha descubierto una mentira más. Su madre nunca

estuvo muerta, por más que le dijera lo contrario. Durante gran parte de su vida, creyó que estaba solo en el mundo, pero tenía toda una familia en el Imperio y una madre y un hermano en Daiva.

De haberlo sabido, ¿qué habría hecho? ¿Habría ido a buscarlos? Quizá sí. Quizá se hubieran conocido en el Templo y…

Sus pensamientos se detienen cuando Caleb por fin reacciona. Cuando vuelve a alzar la vista y se fija en él, parece enfadado. Sus ojos arden y están helados al mismo tiempo y es evidente que su furia no es con su diosa ni con su padre.

Su furia es con él.

Darien da un paso atrás y se golpea la espalda contra la pared cuando el necromante se levanta de golpe. Caleb tiene la mandíbula tan apretada como los puños y, aunque sigue sin tocarlo, se acerca a él sin darle opción a huida. Sus pieles no se tocan, pero, aun así, el celestial lo siente por todas partes. Odia que su mirada sea suficiente para atraparlo. Odia sentirse tan pequeño pese a que no hay tanta diferencia de altura entre ellos y odia no saber qué va a pasar a continuación. Debería sentirse satisfecho por haberlo enfadado, se supone que quería alejarlo, pero…

—¿Crees que no sé lo que estás haciendo, Darien?

El celestial siente que la comisura derecha le tira de los labios en un gesto nervioso. De pronto se siente expuesto, torpe.

—Te estoy intentando explicar lo que he…

—No. —La voz del necromante suena afilada, tajante. La palma de una de sus manos golpea la pared junto al rostro de Darien, que abre mucho los ojos, sorprendido—. Estás intentando evitarme. Llevas haciéndolo desde que he vuelto, y me parecía bien, estaba dispuesto a tener paciencia, pero se acabó. Te estoy hablando del

presente y tú me cuentas otra historia del pasado. ¿De verdad crees que me importa eso ahora? Mi padre está muerto. Mi madre, fuera quien fuera, también. Nosotros, en cambio…

—¿Qué? —lo corta él, irónico—. ¿Estamos vivos? Parece mentira que precisamente tú no sepas que hay sufrimientos que pueden ser peores que la muerte.

El necromante entrecierra los ojos y la mano sobre el muro se cierra en un puño, pero Darien se obliga a mantener la mirada sobre la suya. Es como volver atrás en el tiempo, a esas batallas de voluntades, a esos días en los que eran enemigos y las palabras, un arma más con la que atacarse.

Bien. Que lo hiera. Que lo destroce. Que haga lo que quiera con él.

—Y parece mentira que precisamente tú no sepas que hay cosas por las que merece la pena sufrir. Yo sufriría por ti, Darien. Dejaría que me abrieran el pecho en canal todos los días si fuera el precio por pasarlos contigo. No pienso huir más. No voy a dejar que Destino o quien sea…

—¡¡¡No es tan fácil!!! —La voz de Darien explota como un trueno, como la tormenta que siente dentro, peligrosa, dispuesta a destruir a su paso. Lo que no sabe es si puede dirigirla hacia el necromante o solo lo va a despedazar a él. Siente un nudo en la garganta y los ojos le queman, pero se obliga a tomar aire—. Estás dispuesto a aceptar tu propio sufrimiento, pero ¿aceptarías el mío?

—No voy a permitir que te pase…

—¿Nada? —Darien deja escapar una risa, aunque tiene ganas de llorar. Tiene que parpadear para que los ojos no se le vuelvan a llenar de lágrimas—. No puedes evitarlo. No has podido evitarlo en

ninguna otra vida y no vas a poder evitarlo en esta, del mismo modo que yo no puedo mantenerte a mi lado y a salvo. Lo único que puedo hacer para protegerte, para evitarte más dolor del que ya has tenido, es renunciar a ti.

Nunca había visto a Caleb tan enfadado, tampoco tan dolido. Está por todo su rostro, en la manera en la que lo observa como si lo acabara de apuñalar. No cree que le hubiera hecho más daño con un filo de verdad.

—Esa es una manera muy elaborada de decir que quieres rendirte.

Darien abre mucho los ojos, incrédulo.

—¿¡Y qué otra cosa quieres que haga!?

—¡Dejar de darle tanto poder a tu dios!

—¡Tiene poder, Caleb, lo quiera yo o no! ¡Tiene mi maldita alma, aunque yo ya no desee nada de él!

Caleb aprieta los dientes antes de dar un paso atrás y deja caer la mano que mantenía junto a su cabeza. Darien jadea como si hubiera corrido por el bosque, pero por un segundo se permite pensar que eso va a ser todo, que ha ganado esa discusión, esa batalla. Es solo un instante antes de que el necromante se lleve la mano al cordel que lleva alrededor del cuello.

—¿Esto es lo que te preocupa? —replica mientras le muestra su propio medallón.

El ojo de Destino se balancea entre sus dedos, mirándolo, juzgándolo. No hay ni una sola fisura en él. Ha estado a punto de hacer un Trato con un demonio, pero ni siquiera eso ha conseguido romperlo; sabe que no quiere seguir siendo un celestial, pero ni siquiera sus dudas han sido capaces de hacerle la más mínima grieta.

Ese trozo de oro no deja de recordarle a quién pertenece. Quién es el responsable de que esté ahí. A quién tiene que maldecir. A quién le debe sus bendiciones.

Odia verlo. Odia comprobar que sigue en sus manos.

Pero entonces Caleb cierra la mano sobre la joya y Darien toma aire cuando nota el escalofrío que le baja por la espalda. Cuando pasa el pulgar por encima del oro, el celestial siente que la caricia le recorre la piel. La percibe como un dedo en la nuca, como un beso en el cuello. Quema tanto como su mirada sobre él, dura, inflexible.

—Los dos sabemos que tu alma ya no es suya, Darien —declara—. Es mía.

Y después, con los ojos todavía anclados en los suyos, se lleva la joya a los labios con la devoción de un creyente.

Darien lo siente como si su boca estuviera por toda su piel al mismo tiempo. Le afloja las rodillas, le quita la respiración y lo deja indefenso, atado al estremecimiento que le recorre de arriba abajo. No es justo. No es justo que tenga ese poder sobre él. No es justo que siempre sepa qué palabras usar o cómo hacer que su pecho florezca incluso cuando él solo se siente atado al invierno. O quizá tiene todo el sentido, porque nadie se había aferrado a él con tanta fuerza.

Nadie, nunca, se había quedado a pesar de todo. A pesar de sí mismo.

Darien cierra los ojos en un último esfuerzo por resistirse. Caleb aprovecha la brecha para volver a dar un paso hacia delante. El celestial siente que vuelve a apoyar la mano cerca de su cabeza, que se inclina sobre él, tan cerca que podría besarlo. No lo hace.

—Te lo dije una vez, celestial, pero te lo voy a repetir: no importa quién crea que no debemos estar juntos, no hay dios ni mortal capaz de alejarme de ti. —Darien sabe que ha soltado el medallón porque nota su falta sobre la piel, igual que siente la respiración que bate contra su oreja, más calmada de lo que siente él su corazón—. Nadie tiene derecho a decidir sobre nosotros; el único que puede alejarme eres tú. ¿Es eso lo que quieres, Darien? ¿Que me aleje? Si me dices que sí, si de verdad quieres que desaparezca de tu vida, lo aceptaré. Me marcharé y no volverás a verme nunca más. Pero vas a tener que decírmelo.

Darien no se atreve a abrir los ojos, quizá porque sabe lo que se va a encontrar: una mirada difícil de rechazar, un chico que moriría por él. Que lo ha hecho durante más vidas de las que puede contar.

Un chico por el que él también moriría.

Sería muy fácil mentir. Sería fácil mantener los ojos cerrados, decirle que sí y dejar que desapareciera. Caleb cumpliría su palabra, lo sabe. Si él se lo pide, se apartará para siempre, para protegerlo o para respetar su deseo. Se acabarían las discusiones y el miedo al futuro. Tal vez tendría una vida larga, aunque fuera sin él.

Pero eso también significaría renunciar a la serenidad que siempre ha sabido darle solo con unas palabras. Desaparecerían esos ojos claros y repletos de seguridades a las que agarrarse, desparecería el asomo de esa sonrisa que solo le muestra a él. Nunca más podría hablar con él y sentirse tan comprendido, tan perfecto para alguien. Desde luego, no cree que vaya a volver a enamorarse. No podría. No se imagina queriendo a otra persona como lo quiere a él, por mucho tiempo que pasase. Viviría con su recuerdo pegado a la espalda, como una sombra.

«Entonces ¿desearías no haber conocido a Caleb jamás?», le preguntó Muerte.

No, claro que no. Conocerlo ha sido una de las mejores cosas que le han pasado en la vida, a pesar de que el camino que los ha unido ha sido pedregoso y complicado. Ha dolido, pero no lo cambiaría por nada.

Caleb tiene razón.

Hay sufrimientos que merecen la pena.

Cuando Darien vuelve a abrir los ojos, el necromante está tan cerca que solo tendría que estirar el cuello para besarlo. Está tenso, a la espera de sus palabras. De su condena o de su oportunidad. Es imposible, porque parece que Caleb no le teme a nada, pero en sus ojos le parece reconocer el miedo a que lo rechace.

—Lo que quiero es que… me jures que lo destruirás. —Su voz no es más que un hilo frágil—. El medallón. Si algo me pasa, quiero que lo destruyas. No… no le dejes que me aparte de ti para siempre. No quiero convertirme en celeste, Caleb. Quiero… Necesito volver a este mundo. Necesito saber que podré volver a ti. Que, si ser felices no es posible en esta vida, quizá lo sea en otra.

Caleb relaja los hombros. Su expresión cambia, se suaviza. Darien nota el suspiro que deja escapar, la manera en la que se inclina un poco más hacia él, hasta que sus frentes casi se rozan.

—¿Eso es lo que estabas haciendo en el nido? ¿Estabas buscando una forma de recuperar tu alma?

Ahora le resulta una idea absurda, casi vergonzosa, así que baja la vista.

—Odio sentir que estoy atado a él. El medallón sigue intacto, aunque yo haya dejado de creer en Destino. Sigue intacto diga lo

que diga, haga lo que haga, incluso si hablo con Muerte o acompaño a alguien a un nido. Pero pensé que… podría obligarlo a dejarme ir si hacía un Trato. Pensé que ni siquiera él podría retener mi alma si me convertía en brujo.

—Pero tú no quieres ser brujo. Nunca has querido.

—No, claro que no. Pero tengo miedo, Caleb. Estoy aterrado y desesperado y… Me pareció lógico. Me pareció… la única salida.

Esta vez el rostro del necromante se llena de una frustración triste, pero no hace comentarios al respecto. Quizá porque lo entiende. Quizá porque sabe que muchos pactos con dioses se hacen en situaciones desesperadas. Quizá porque él también hizo así el suyo con Muerte: cuando más perdido se sentía, cuando más asustado estaba, cuando pensaba que no tenía ningún otro lugar al que ir.

—¿Qué estabas dispuesto a dar a cambio de ese Trato, Darien?

Él traga saliva antes de volver a mirarlo. Está seguro de que lo sabe, de que puede imaginárselo, porque le curó las heridas en el torso. Vio las marcas de las cinco uñas que todavía le arden bajo la piel, que han tenido que dejarle muescas en las costillas.

—El demonio me pidió… el corazón.

—Pues dámelo a mí.

Caleb alza la mano y entonces, por fin, lo toca. Presiona sus dedos contra su pecho, allí donde a Darien se le disparan los latidos. Tiene la sensación de que hay ruido de fondo, de que la imagen que tiene delante está a punto de desintegrarse, así que se agarra a su brazo para evitarlo y aferrarse a él, al presente en lugar de al pasado que intenta tirar de ambos.

—Dame tu corazón y hagamos un Trato —continúa Caleb, tan cerca de su boca que las palabras le rozan los labios—. Yo te protegeré, Darien. De todo. De todos. Nada más podrá hacerte daño. Nadie más. Nunca. Haré todo lo que esté en mi mano para hacerte feliz, en esta vida y en las que vengan.

No sabe si pretendía que sus palabras sonaran tan solemnes, pero cada una de ellas toma la forma de una promesa. Resuenan entre las ruinas, se esconden entre las hojas de la hiedra que sube por los muros, caen sobre los pétalos dorados de las florecillas a sus pies. A Darien le hacen eco en el pecho, en los huesos, en su esencia misma, como si las hubiera susurrado sobre su medallón. Se siente incómodo y, al mismo tiempo, extrañamente feliz. Sí, que se lleve su corazón. Sí, que se le meta dentro, que ocupe cada recoveco, que se adueñe de cada secreto, de cada pensamiento. Está seguro de que, con él, podría vivir en armonía. A él merece la pena venderle una parte de sí mismo, porque sabe que cumplirá su promesa hasta las últimas consecuencias.

Darien suspira contra esa boca que se muere por volver a tocar.

—Está bien. Es tuyo.

Después, tira de él y lo besa como lleva queriendo hacer desde que volvió a verlo. Puede que desde antes. Desde que se tuvo que separar de él en la Noche de las Bestias o esa mañana en la que abandonó su cuarto dejándolo atrás, cuando todavía le quemaban en el cuerpo las caricias a las que se habían abandonado por la noche. Es una capitulación hecha caricia. Un compromiso para rendirse solo ante él, para permitirle que se lo lleve todo a cambio de un poco más de tiempo a su lado.

El que sea.

Toda una vida o mil segundos.

ISHTAR

Ishtar se ha preguntado cómo sería tener un demonio dentro desde que tiene memoria. Nació en un palacio plagado de historias sobre criaturas que anidaban tu cuerpo y se convertían en una extensión de ti, aspiraba a un trono en el que solo se habían sentado aquellos que habían conseguido domarlos de manera excepcional y convertirse en los más fuertes, creció en una ciudad que cambiaba cada día bajo su influjo. Su vida ha estado marcada por esas criaturas, por las ansias que tenía de fusionarse con una y la frustración que le provocaba tenerlo prohibido. Su deseo ni siquiera tenía nada que ver con la enfermedad: un demonio no era una solución a largo plazo. Un demonio no puede salvarla, lo sabe. Han sido muchos los príncipes que han muerto de la sharada, tuvieran o no demonios. Su propio padre necesitaba utilizar el Amuleto del Tiempo para mantenerse sano, siempre joven, eterno.

Pero, al parecer, lo que sí puede hacer un demonio es hacerla sentir más viva que nunca.

Tener a esa criatura en su interior es mejor que nada que haya probado. Se siente como si hubiera accedido a una nueva versión de

sí misma, con una nueva piel más resistente, la cual se puede transformar a su antojo, igual que ella puede transformar el mundo que la rodea. Ahora puede cambiar la materia a su voluntad y, con cada paso que da, se doblega ante sus órdenes. El terreno se convierte en una escalera que la alza sobre el suelo, las piedras se apartan de su camino o ruedan a su lado como si fueran compañeras de viaje. Ishtar apenas necesita concentrarse para caminar por encima de un tronco caído, manteniendo el equilibrio mientras convierte las ramas en una baranda sobre la que deslizar la mano. Cuando quiere bajar, una rampa de tierra y piedra aparece ante ella para que se deslice por su superficie.

Ishtar camina, salta y corre por ese bosque que se mueve con ella. No es consciente de que se queda sin aire hasta que se le entrecorta la risa, pero ni siquiera entonces tose, porque un demonio ha cambiado su cuerpo, le ha dado más energía, más resistencia, más fuerza.

«Pero recuerda que es Destino quien hace milagros, alteza, no yo», le advierte la criatura en su interior. Su voz está ahí todo el tiempo, pero a Ishtar no le resulta tan intrusiva como había leído. No parece querer luchar contra ella después de la batalla que tuvieron en el nido y, de hecho, parece satisfecho cada vez que hace uso de él y pone a prueba sus nuevos poderes.

—¿Es como te lo imaginabas?

Derek la sigue solo unos pasos por detrás. En todo ese tiempo no ha dicho nada, pero es obvio que ha estado observándola. Por un momento, Ishtar se pregunta si le resultará doloroso verla ahora que él ha perdido su magia, pero, cuando se gira hacia él, comprueba que en su expresión no hay ni ápice de lástima. En su boca se dibuja

esa media sonrisa que a ella tanto le gusta, sus hombros están relajados y sus ojos grises rebosan adoración. Está feliz. Por ella.

—Es mejor. —Dentro de ella, el demonio casi ronronea de placer por el halago—. Es como si no tuviera límites. Como si, por primera vez en mi vida, el mundo fuera a adaptarse por completo a mí en lugar de al revés.

Derek deja escapar una exclamación cuando la tierra se mueve bajo sus pies como una onda y lo arrastra sin remedio hacia delante, hasta dejarlo justo enfrente de la muchacha. No se chocan por una cuestión de un par de pasos, pero el chico la mira con los ojos muy abiertos antes de soltar una risa entrecortada, sorprendida. Mira hacia el suelo y después hacia ella, suspicaz.

—¿Vas a convertirte en uno de esos brujos borrachos de poder?

Ella esboza su sonrisa maliciosa, de diablillo.

—Puede. Me convertiré en una tirana. Seguro que mi padre estaría orgulloso.

Quizá incluso lo estaría su madre, aunque en ella prefiere no pensar. Ojalá pudiera verla. Ojalá todavía estuviera viva para poder presentarse de nuevo en palacio y demostrarle que se equivocó con ella.

Se pregunta si la miraría con la misma adoración con la que la mira ahora Derek o si la censuraría. Si le diría que ha cometido una locura y le recordaría, una vez más, que sigue enferma y el demonio que ahora tiene dentro no va a cambiar eso. Que el reloj sigue corriendo en su contra.

—¿Y yo seré tu sicario personal?

—Y mi más fiel servidor. —Ishtar enarca las cejas, burlona—. Además de mi pareja, por supuesto.

La sonrisa de Derek tiembla, cambia, se torna un poco tímida. Cuando aparta la vista y se frota el cuello, nervioso, Ishtar tiene ganas de reír.

—Pareja —repite él—. No recuerdo haber tenido una conversación sobre esto…

—¿No te parece bien?

Aunque intenta que su voz suene ligera, le preocupa haberse apresurado. Derek no se compromete con nadie, así que quizá tampoco quiera hacerlo con ella. Ni siquiera le ha dicho que la quiere, al menos no como se lo dijo ella, pero hay actos que hablan mucho más alto, que gritan. Derek la adora de la misma manera que ella lo adora a él, está segura, pero quizá no quieran lo mismo.

Las dudas se disuelven en cuanto él toma aire y vuelve a enfrentarla. En sus mejillas hay un rastro de rubor y en sus ojos una de esas miradas que hablan por sí solas.

—No he dicho eso.

Ella tiene que morderse el labio para contener la sonrisa. En su interior, el demonio se revuelve un poco.

«Es una pena que te guste tanto: estoy seguro de que su carne sabría deliciosa».

Es una broma, Ishtar está casi segura, pero aun así no puede evitar un escalofrío. De todos modos, sabe que la criatura no va a hacerle nada a Derek ni a Darien ni a Caleb aunque solo sea porque la armonía precaria que han pactado se haría pedazos en el momento en el que lo intentase. Y ninguno de los dos quiere eso.

Así que decide ignorar esa voz y acercarse un paso más a Derek, con las manos entrelazadas a la espalda en su actitud más inocente.

—Entonces, pareja —sentencia. Derek respira hondo, como si se le hubiera olvidado respirar, y ella sonríe un poco más. No sabe si sus nuevos poderes incluyen oler el miedo de sus enemigos, pero ella puede sentir sus nervios—. Aunque vas a tener que esforzarte. Mi demonio opina que pareces delicioso y quién sabe lo que podría hacerte si me rompieras el corazón.

Derek siempre ha sabido encajar mucho mejor las bromas que la seriedad, así que no le sorprende que relaje los hombros y resople.

—¿Es solo la opinión de tu demonio? ¿No fui de tu agrado la última vez que me probaste?

Ishtar lanza un vistazo demasiado evidente hacia el cuerpo que tiene delante. La boca que besó por última vez hace solo unas horas. La piel que esconde la ropa, que tuvo bajo sus dedos hace tanto tiempo ya…

El ambiente cambia. Sabe que Derek solo quería bromear, pero de pronto la bruja piensa en que lo único que los detuvo el día anterior fue la fiebre y ahora, en cambio, se siente bien. Ahora tiene un demonio dentro y la enfermedad se ha escondido por el momento. Se siente más osada que nunca, más resistente que nunca.

Ishtar se muerde el labio antes de avanzar el único paso que los separa. Es consciente de que él ve sus intenciones, que reconoce en su cara lo que quiere, porque desliza la mirada hacia su boca, tentado.

—Necesito un recordatorio.

Él parece dudar. Uno. Dos latidos.

—Deberíamos volver —murmura al final. Su voz suena ronca, nerviosa—. Le dijimos a Darien y Caleb que…

—Probablemente quieran estar solos. ¿Y tú? ¿No quieres estar a solas conmigo?

—Sabes que sí, pero…

—Pero ¿qué?

Derek calla y alza la mirada a sus ojos. Ella no sabe por qué lo hace tan complicado, de dónde vienen las dudas cuando es tan evidente que la anhela. Ishtar se muerde el labio y retrocede un paso para volver a dejar un poco de aire entre ellos.

—¿Tienes miedo de que no pueda soportarlo? —Él hace una mueca y abre la boca para protestar, pero, antes de que pueda decir nada, ella continúa—: Porque, si es así, déjame recordarte que ya no soy tan delicada.

El suelo cambia entonces bajo los pies de Derek. Tiembla, se mueve, y el chico pierde el equilibrio. Cuando cae de rodillas ante ella, Ishtar siente más satisfacción de la que debería, aunque no es nada en comparación con la que le despierta la expresión que ve en su rostro. La sorpresa está ahí, pero también hay algo más. Como si verla así, de pie ante él, tan poderosa sin ni siquiera tocarlo, fuera lo más atractivo del mundo.

Quizá sí que vaya a convertirse en una de esas brujas borrachas de poder.

Derek se humedece los labios. A Ishtar no le pasa desapercibida la manera en la que desliza los ojos por su cuerpo, desde el rostro hasta los pies, y después de nuevo hacia arriba. No intenta ponerse en pie. Se queda ahí, postrado como el fiel servidor que ella le ha dicho que debe ser, y la princesa se acerca de nuevo ese único paso que se ha alejado.

—No quiero que tengas cuidado conmigo nunca más. —Ishtar extiende la mano hacia él. Le roza el mentón con la punta de los dedos y después la desliza hacia los cabellos. Cuando los agarra, con firmeza, y tira de ellos hacia atrás, lo oye jadear. Su mirada enturbiada, ansiosa por tocarla, la hace sentir incluso mejor—. No lo necesito.

Y, para demostrarlo, se inclina hacia él y lo besa como nunca lo había besado. Sin reparos. Sin paciencia. Sin control. Desde luego, sin cuidado, porque no le importa perder la respiración. Su cuerpo aguantará. Puede que el demonio no haga milagros, puede que no vaya a curarla, pero puede darle la resistencia suficiente como para olvidarse, al menos por unos minutos, de que la sangre que le arde en las venas está contaminada.

Y Derek responde.

Lo hace como si ese fuera el beso que se ha estado guardando todos esos años. De pronto, está en pie y la tiene entre sus brazos, e Ishtar se queda sin aire, pero no tose y no le duele y solo puede pensar «sí, sí, sí». Eso es lo que quiere. Eso es lo que nunca ha tenido en su vida. La falta de precaución absoluta, la locura. A veces se permitía fantasear con ella. Ha imaginado muchas veces cómo sería volver a tener a Derek contra su cuerpo, contra su boca, y en ocasiones se lo imaginaba justo de esa manera, como un amante feroz con el que todo ocurría rápido, furioso, desesperado.

En ese momento es exactamente así y, al mismo tiempo, mejor incluso que en sus fantasías. Le lame los labios, se los muerde. Ambos se mueven con torpeza hasta chocar con una fría pared de piedra, apenas el rastro de otras ruinas del pasado, donde Derek la acorrala y se presiona contra ella. Hunde la boca contra su cuello, le

mete los dedos por debajo de la camisa y, cuando encuentra su pecho, los dos gimen.

—Más.

Es un jadeo entrecortado, una súplica. Derek gruñe en respuesta antes de apretarle el muslo con la otra mano y levantarle la pierna para acercarse más a ella, hasta que Ishtar puede sentir su cuerpo tenso contra el suyo, hasta que siente su piel temblar solo con esa fricción. Pero no es suficiente. Todavía no es suficiente.

—Eres mi peor pesadilla —murmura él contra su oído, sin aliento —. Eres… Eres la única cosa del mundo a la que no puedo resistirme y vas a acabar conmigo. Nunca has necesitado un demonio: tú eres uno.

Ishtar podría gritar solo con eso, pero esta vez es él quien le coge el rostro con la mano y se lo gira para volver a besarla, así que se traga su aliento, su saliva y sus sonidos. Pero sigue sin ser suficiente. Sigue queriendo más, sigue queriéndolo todo. Por eso lo agarra de la camisa para tirar de ella, para arrancársela o romperla, lo que ocurra primero. Quiere sentirlo por completo. Quiere desnudarlo y arañarle la piel.

Derek le agarra las muñecas antes de que pueda hacerlo.

Es un movimiento tan rápido y brusco que la sorprende, aunque no le desagrada. En realidad, le eriza la piel, le revoluciona el cuerpo. Quizá eso es justo lo que necesita. Quizá, después de toda una vida entre algodones, disfruta un poco del peligro. Así que no se queja cuando él le alza los brazos y se los sujeta contra la pared. Luego se separa lo justo para mirarla, con la respiración perdida y la mirada nublada y desprovista de humor. La observa como si fuera él

quien quisiera devorarla, quien tuviera que luchar contra un demonio en su interior, y a ella lo único que le parece mal es que se detenga.

Ishtar traga saliva. Tiene el corazón disparado y el demonio de su interior gruñe por más, más, más. Porque él también echa de menos sentir un cuerpo contra el suyo o quizá solo porque esa no es más que otra manera perfecta de provocar el caos.

Tras ese momento de tensión, de silencio roto solo por sus respiraciones agitadas, Derek se humedece los labios. Se pega un poco más a Ishtar, cuyas caderas lo buscan por inercia, por necesidad. Derek tensa la mandíbula, pero se asegura de que no queda aire entre ellos para darle lo que pide. Sus dedos fuertes y largos le aprietan las muñecas. Ishtar se tiene que morder el labio para que no se le escape otro gemido, aunque sin demasiado éxito. Es obvio que él lo sabe. Tiene que ser consciente de lo que le está haciendo.

Su boca vuelve a acercarse a la suya. Susurra contra sus labios:

—¿Sigues queriendo lo mismo?

Ishtar asiente, acelerada, nerviosa.

—Sin cuidado, Derek —jadea—. Haz… Haz lo que quieras conmigo.

Nota la manera en la que las palabras se le cuelan bajo la piel. Lo ve en sus ojos nublados por el deseo, lo escucha en el gruñido que deja escapar. Después, lo único que sabe es que Derek le suelta las manos para agarrarle la cintura y obligarla a girarse. De pronto, ella está frente a la pared en ruinas, con el cuerpo de él a su espalda, su aliento contra su oído y sus manos por todas partes. Le sostiene las caderas. Le sube la falda.

—Apóyate bien —le dice. E Ishtar obedece.

Después, no es delicado.
Y por eso es perfecto.

CALEB

Caleb abre los ojos sin saber muy bien cuándo los ha cerrado.

Despierta sobresaltado, con la sensación de que sigue en las mazmorras de Damira y una pesadilla en la que Astrey no deja de arrancarle tiempo sobrevolando los límites de su mente. Tiene el pulso y la respiración acelerados, pero se calma en cuanto baja la vista y descubre a Darien abrazado contra su cuerpo, dormido. Alguien los ha tapado con una manta y, cuando levanta la vista, descubre que Derek e Ishtar están tumbados un poco más allá, junto a un fuego encendido que batalla contra la noche cerrada que los rodea.

Tenía que estar agotado para quedarse dormido y ni siquiera enterarse de cuándo han vuelto sus amigos. Lo último que recuerda es besar a Darien, abrazarlo, sentarse con él, los dos muy juntos, hablar, compartir algún beso más y después… Después, se relajó lo suficiente como para cerrar los ojos. Supone que en gran parte la culpa ha debido de ser no solo del cansancio, sino del alivio. Por unos momentos, pensó que lo perdía. Que Destino había conseguido asustarlo lo suficiente como para renunciar de antemano al futuro que pudieran tener por delante.

Al final, sin embargo, se ha rendido igual que él. Ninguno de los dos tiene modo de saber qué les espera ahora, pero, mientras Caleb observa ese rostro dormido, se convence aún más que nunca de que va a hacer lo que haga falta para mantenerlo a su lado todo el tiempo que pueda. No tiene ni la menor idea de cómo romper la maldición que hay sobre ellos, ni siquiera está convencido de que pueda hacerse, pero no dejará de intentarlo.

Durante esos días de viaje, también ha pensado mucho en ello. En las posibles soluciones, si es que hay alguna. Una parte de él quiere obligar a Destino a presentarse ante él y enfrentarlo para ver qué inmortal cae primero, pero Destino no es como Muerte. Él no camina por ese mundo, no se relaciona con los mortales.

La otra opción, por supuesto, era llamar a Sikil. Esperaba poder exigir su ayuda, aunque no tenía claro cómo y, después de lo que le ha contado Darien, ni siquiera está seguro de que acceda a ayudarlo. Al celestial le ha contado cosas de la muerte de sus padres, mientras que a él nunca le dijo nada. Nunca le habló de su madre ni le dio la más mínima pista de que tenía un hermano vivo. Y, al mismo tiempo, quizá haya sido mejor así. Prefiere ser necromante a celestial. Prefiere la familia que ha encontrado a la que tiene su misma sangre.

Aun así, le gustaría ver a su diosa. Hay muchas cosas que quiere saber, no solo sobre sí mismo. Se pregunta si aparecerá si reclama su presencia, si estará cerca, observándolos. Lanza un vistazo a su alrededor, al bosque y sus sonidos. El crepitar del fuego. El viento suave de la noche moviendo las ramas de los árboles. Nota la energía de las criaturas nocturnas, desde insectos hasta los animales que duermen en madrigueras. Por lo demás, están solos. No hay ni

rastro de la Original, aunque se presentó ante Darien la tarde anterior en el antiguo hogar de Tara y Chronos.

El lugar donde empezó todo.

Si va hasta allí… ¿Se mostrará ante él también?

—¿Caleb?

Da un respingo y baja la vista para descubrir que Darien ha entreabierto los ojos y lo observa, todavía somnoliento, todavía cerca.

—Celestial.

—¿Estás bien…?

—Claro. —Su preocupación le resulta lo suficientemente dulce como para estar a punto de dejar escapar una sonrisa—. Sigue durmiendo. Es tarde.

Caleb aprieta los brazos que tiene alrededor de su cintura y Darien suspira y vuelve a cerrar los ojos. La mano que tiene apoyada contra su pecho se cierra sobre su camisa.

—¿En qué estabas pensando? —murmura más dormido que despierto.

No quiere mentir, pero tampoco traer de vuelta todos los miedos que ha conseguido espantar, así que solo le coloca un mechón de pelo tras la oreja y dice:

—En más cosas de las que me gustaría. Es lo malo de no necesitar dormir: resulta difícil dejar de pensar.

—¿Y hay algo que yo pueda hacer para ayudarte a dejar de pensar…?

Caleb lo observa mientras le perfila el rostro con el dorso de los dedos. La caricia le repasa la mejilla, desciende hasta sus labios, cae desde el mentón hasta el cuello. Darien se aprieta más contra él con

un suspiro que choca contra su clavícula y, por un instante, Caleb piensa en la noche que pasaron juntos. Mientras recorría ese cuerpo, mientras se lo aprendía y lo veneraba y se concentraba en obedecer sus peticiones, no pudo pensar en nada más…

Aparta la vista y la mano al mismo tiempo, turbado, con los dedos cosquilleando y el cuerpo tenso.

—Estaba pensando en ir a buscar la casa de Chronos.

Las palabras le salen a borbotones, pero, además de ser ciertas, las prefiere a dar más espacio a ese pensamiento intrusivo que le insta a acercarse un poco más, a olvidarse incluso de su nombre gracias a unos cuantos besos.

Darien se despeja de repente al escucharlo. Abre los ojos, sobresaltado, y lo mira como si acabara de decir una locura.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Tú la has visto, ¿no? Yo también siento curiosidad. —Aunque esa no sea toda la verdad, tampoco es una mentira—. Pero no tienes por qué venir conmigo.

El celestial aprieta los labios y se separa de él hasta incorporarse por completo. Se pasa una mano por los ojos para terminar de despertarse y sacude la cabeza.

—¿Qué esperas conseguir? No hay nada allí, no son más que… ruinas.

—Es lo esperable, ¿no? Han pasado mil años.

Mil años de encuentros y desencuentros. Mil años de una historia que no deja de repetirse y que él quiere comprender lo mejor posible, porque así quizá se le ocurra una solución.

Se pone en pie. Darien lo observa desde abajo, dubitativo, antes de extender una mano de la que Caleb no duda en tirar. Hay un eco

de voces, pero se aferran el uno al otro con la fuerza suficiente para que ningún recuerdo tire de ellos.

—No me sueltes —murmura Darien—. Ayer… Fue como perderme en el pasado. A veces… A veces me parecía que dejaba de ser yo. No quiero dejar de ser yo. No quiero que dejemos de ser nosotros.

Su miedo resulta tan evidente que Caleb odia de inmediato no haber llegado a su lado antes. Odia imaginárselo perdido entre los árboles, sin distinguir pasado ni presente, dejándose llevar por la sombra de una vida anterior.

Pero no va a dejar que vuelva a suceder.

—No voy a soltarte. Nunca.

De la mano, tal y como prometieron hacer algún día, se internan en el bosque.

DARIEN

Regresar a la casa de Tara y Chronos es diferente ahora que Caleb le sostiene la mano. Las visiones no lo asaltan, como si ya no pudieran atraparlo, y los fantasmas de otra vida no lo aterran de la misma manera. Durante el camino, se gira en varios momentos, convencido de que alguien los observa y de que hay gente caminando entre las sombras de las paredes derruidas, pero no es capaz de ver ni una sola silueta. En algunas de esas ocasiones, su acompañante también vuelve la vista atrás, le aprieta la mano y murmura:

—¿Todo bien?

Y Darien solo asiente y sigue adelante. Recorre el laberinto de casas como si pudiera encontrar la salida y se interna en el bosque con la sensación de que tropezará si piensa demasiado en dónde está pisando. Sobre ellos, las estrellas y la luna les ofrecen luz más que suficiente para perfilar el mundo que los rodea y darle algo de sentido a ese paseo nocturno.

Cuando al fin llegan a lo que queda de la casa, tiene la sensación de que el paisaje se convierte en un lugar salido de un sueño, familiar y extraño a la vez. Las ruinas están tal y como las recordaba, con sus piedras en precario equilibrio formando el

esqueleto de unos muros y las zarzas abrazándolas para que no cedan. Incluso en la penumbra distingue que el camino que abrió entre las espinas sigue intacto; las rosas se han cerrado con la llegada de la noche y las flores parecen ser lo único vivo que queda allí. La quietud solo logran romperla el mar lejano y el sonido amortiguado de sus propios pasos entre la hierba alta.

Caleb se detiene y Darien lo hace con él. Es curioso, pero, ahora que está acompañado, la casa le parece inofensiva, al contrario que el día anterior. Dio por hecho que ir hasta allí juntos despertaría esos recuerdos que solo son suyos a medias, que vería a la pareja de sus visiones en todos lados, pero esa casa está tan muerta como Tara y Chronos, más vacía incluso que la ciudad fantasma.

Colarse en el interior de lo que queda del edificio hoy también es más sencillo y dentro lo único que le demuestra que su encuentro sucedió es que el árbol sigue allí, inclinado, con un aspecto centenario pese a que apenas ha vivido más de un día. Casi espera ver a Muerte entre las ramas, quizá en forma de pájaro o columpiándose de una soga como el recuerdo de algún cadáver del pasado.

Por suerte están solos, apartados del mundo y de los dioses.

—¿Sientes algo?

Al celestial su voz le suena demasiado fuerte, pero a Caleb no parece molestarle. Niega con la cabeza y estudia la casa hasta que él también detiene la mirada sobre el gran árbol. A Darien le gustaría saber qué se le pasa por la cabeza y describirle lo que vio el día anterior con todo detalle; mostrarle, aunque sea con palabras, cómo era ese lugar cuando alguien vivía allí todavía. Quiere decirle que estaba lleno de vida, que esa cáscara rota y vacía no le hace justicia.

Al mismo tiempo, siente miedo. Quizá si convoca al pasado, vuelva a aparecer. Quizá, si sigue llamándolo, llegará un punto en el que se pierda para siempre en él.

¿Es eso lo que quiere? A lo mejor lleva tanto tiempo fijándose en quienes ya no existen porque siente el deseo de volver atrás. A lo mejor ya no recuerda bien cómo vivir en el presente. O puede que simplemente el futuro le dé demasiado miedo…

—¿Qué piensas?

Caleb ha dejado de fijarse en las ruinas y se ha girado hacia él. Al principio su única respuesta es encogerse de hombros, pero lo cierto es que necesita arrancarse de dentro todas las preguntas que lo consumen, todos esos pensamientos que seguirán ganando poder sobre él si se lo permite.

—Solo… pensaba en este lugar. En que aquí vivió un dios, pero nadie que venga y vea estas piedras lo sabrá nunca.

No sabe si sus palabras dejan entrever lo triste que eso le hace sentir. Es una prueba de lo insignificantes que son, de lo poco que importan en realidad. Muy pocas personas dejan huellas lo suficientemente hondas e incluso quienes lo hacen suelen estar condenados al olvido. Él ha sido Tara, Hela, Lev, Nevan, Ezra y tantas otras personas, pero solo unos pocos de esos nombres que tiene en la cabeza han pasado a la historia y menos aún sobrevivirán mil años más.

—No creo que a Chronos le importase el olvido —responde Caleb, con los ojos entrecerrados fijos en el árbol—. No creo que ni siquiera le importase ser un dios. Al menos, hasta que ella murió.

—Pero él tenía que saber que lo haría. Tara era mortal. Tenía que haber estado preparado para perderla desde que la conoció.

—Y tal vez pensó que estaba preparado. —La mirada del necromante cae de nuevo sobre él, tan intensa como siempre, incluso en la penumbra—. Si no lo hubiera pensado, habría usado su poder antes, ¿no crees? Quizá pensó que podía contentarse con algunos años, con cuidar de la familia que creasen juntos, pero, a la hora de la verdad, el dolor pudo más.

Supone que eso tiene sentido. Le parece una respuesta muy humana, impropia de un dios, pero quizá Chronos se volvió un poco más humano después de tanto tiempo entre ellos.

—No soy capaz de culparlo —confiesa—. La parte de mí que creció escuchando las enseñanzas de la Hermandad me dice que todo es culpa suya, pero la realidad es que él no le dio su poder a nadie. Llevo toda la vida pensando que Tara y Chronos lo empezaron todo, pero fue idea de Destino castigarlo por usar su poder. Fue Destino quien aceptó que su reliquia se dejara entre los humanos y la lucha que llegó después. Fue Destino también quien decidió atormentar a dos almas que ya no recuerdan qué pecado cometieron. —Darien aprieta un poco más esa mano que lo ancla al presente, a la realidad, todavía con miedo—. Y tiene cómplices que han dejado que sigan castigándolas, una y otra vez.

Caleb frunce los labios.

—Te refieres a Muerte.

—No la entiendo —masculla él, frustrado—. No sé qué quiere de mí, de nosotros. No deja de interferir, pero nunca es clara. Si no es cruel, si está de nuestro lado, ¿por qué viene solo para confundirme más? Y eso por no hablar del puñal.

Con la mano libre, busca el objeto entre su ropa. No ha dejado de llevarlo encima, aunque cada vez siente más rechazo por ese filo

que, por muy liviano que pueda parecer, le pesa tanto como todas sus preguntas. Incluso se ha planteado dejarlo ahí, en esa casa, enterrarlo entre las raíces del árbol y hacerle llegar así un mensaje claro a Sikil: «Déjanos en paz».

Pero lo cierto es que no se siente capaz de soltarlo. El acero destella con un rayo de luna y Darien alcanza a ver la sombra de su reflejo.

—Cada día estoy más convencido de que te lo dio para que me llegara a mí. Tara lo tuvo primero y siento que el hecho de que ahora lo tenga yo, siendo su reencarnación, tiene que significar algo, pero no sé qué.

Caleb observa el acero con tanta atención como él. Parece estar pensando en el arma, quizá incluso en el día en que su diosa se la tendió. Sin embargo, lo que piensa sobre Sikil y la daga se lo calla y lo único que dice es:

—Todavía no conozco una respuesta que no hayas sido capaz de conseguir.

Darien entiende de inmediato su insinuación. Sí, su don ha ofrecido solución a todas sus dudas y esa debería ser razón suficiente para no titubear, pero lo hace. Porque cada vez que usa su poder siente que pierde un poco el control y porque utilizar su don implica volver a recurrir a Destino.

O quizá sea solo que, en el fondo, le asusta lo que pueda llegar a ver. Tiene la impresión de que cada vez está más cerca de descubrir toda la verdad y no sabe si está preparado. Cada secreto que descubre le recuerda que pronto será demasiado tarde para volver atrás.

Aunque él no quiere volver atrás. No quiere volver a ser ese chico que no se acercaba a los demás, el que no expresaba sus sueños en voz alta y estaba demasiado preocupado de llamar la atención, el que siempre anteponía a los demás a sí mismo. No le gusta ese chico, quizá nunca le ha gustado, pero sí le gusta este otro, el que está en Arsay en medio de la noche, siguiendo la pista de un pasado que sucedió antes de que él mismo existiera. Le gusta que quiera desafiar a los dioses, que ya no confíe en las lecciones que le han metido a la fuerza en la cabeza. Ese muchacho, el que entrelaza los dedos con el que debería ser su enemigo, sigue perdido, pero ya no tanto como antes. Al menos tiene algo que sabe que quiere, algo por lo que luchar. Y, solo por eso, quizá, se siente más osado. Más libre. Más él que nunca.

Darien aprieta la empuñadura de la daga y, después, cierra los ojos. Se concentra, sin soltar a Caleb. Y, aunque no sabe de dónde viene la visión, si sale del acero o de la piel con la que está en contacto, se abre paso entre sus pensamientos, empujando, y…

—Sikil, no te esperábamos.

Hoy los ojos de mi hermana son dorados como el oro, dos medallones que destacan contra el blanco del hueso de la máscara que lleva. No sé de qué animal ha sacado el cráneo que le cubre el rostro, pero tiene aspecto fiero, con grandes dientes que le tapan la boca y grietas que se pierden entre las flores rojas con las que se ha hecho una corona. Rojo es también su vestido, decorado con pétalos en los que todavía se posan gotas de rocío. A la luz del sol poniente, toda ella brilla: su atuendo y sus ojos y las flores abiertas que parecen estar bebiendo de la luz. Su piel tostada también destella, pero ese fulgor es la única pista de que es una

diosa y no solo una mujer normal, baja y delgada, con unos dedos finos entre los que sostiene un bulto cubierto de tela.

A mi lado, Tara sonríe y le da vueltas al anillo que hace unas horas le he puesto en el dedo. Está tan poco acostumbrada a los adornos que creo que todavía le resulta extraño notar el peso y la presión de la joya.

—He escuchado que es tradición entre los mortales ofrecerles regalos a los recién casados.

Mi esposa la mira con sorpresa cuando le extiende el fardo, pero no duda en tomarlo, mordiéndose el labio en un fútil intento de esconder su emoción. Si el anillo sigue molestándole, ya no se acuerda, porque los dioses no ofrecen obsequios todos los días y Sikil no se relaciona con los humanos más que para acompañarlos de una vida a la siguiente.

—Muchas gracias, aunque no era necesario. Tu presencia es más que suficiente.

Mi hermana la mira con curiosidad y me pregunto si encuentra vacías las palabras de los mortales. Muchas de sus formalidades son innecesarias, aprendidas al vivir en comunidad, pero carecen de sentido para quienes nos hemos pasado toda nuestra inmortalidad caminando en solitario. Sin embargo, si mi hermana también lo piensa, no lo dice. Solo observa el rostro lleno de pecas, esperando a que termine de desenvolver el regalo. Yo, en cambio, me fijo en sus manos, curioso, incapaz de imaginarme qué le regalaría Muerte a una pareja.

La vaina es lo primero que queda al descubierto. Está decorada con flores y tallos que se abren y se enredan formando un patrón en el que las hojas se mezclan con los pétalos. Tara pasa los dedos por el relieve, reconociéndolo tanto con la vista como con el tacto. Después, envuelve la mano alrededor de la empuñadura. El acero del cuchillo, limpio, sin un solo defecto, parece cantar cuando lo desenvaina.

—Es preciosa. —A Tara le brillan los ojos mientras sopesa la daga, aunque la sonrisa que dibuja es incluso más resplandeciente que el metal—. Gracias, Sikil.

—No creo que sea tradición regalar armas a los recién casados —me burlo.

Tara me da un codazo. Es tan rápida que ni siquiera puedo prepararme, ni para eso ni para la mirada de reprobación que me lanza y ante la que tengo que contener una sonrisa. Al parecer, la cortesía es mejor que la sinceridad.

—No, pero creo que es un regalo acorde a mí. —Cuando resoplo me parece ver que una sonrisa asoma tras las mandíbulas de la máscara de Sikil. La diosa da un paso atrás y, cuando lo hace, sus pies descalzos asoman bajo la falda. Allí donde estaba hace un segundo empiezan a brotar nomeolvides que le enseñan sus pétalos azules al cielo—. Quizá habrías preferido que le ofreciera la inmortalidad a tu esposa, Chronos, pero ni siquiera yo puedo hacer eso.

Tara hace un mohín y aprieta el puñal envainado contra su pecho.

—Yo jamás pediría…

—Sé que tú no lo deseas así, pero creo que él todavía alberga alguna esperanza. Y no puedo hacerlo —repite mi hermana antes de volver sus ojos de oro hacia mí—. Sin embargo, sí puedo ofrecerte la mortalidad a ti, Chronos. Puedo ofrecerte morir, si todo te resulta demasiado, si la pérdida duele y no encuentras consuelo. Y puedo ofrecerle a ella una forma de protegerse incluso de ti.

La sonrisa se me cae de la boca. Esperaba que nos felicitara por nuestra unión y, en cambio, me encuentro con un augurio y un recordatorio que no quiero escuchar. Todavía nos quedan muchos años juntos antes de que algo le ocurra a mi esposa, pero esas palabras parecen querer matarla antes de tiempo.

Aprieto los labios, molesto.

—¿Crees que yo no voy a protegerla?

—Lo que creo, hermano, es que quizá llegado el momento quieras protegerla demasiado.

Un pinchazo de rabia se me clava en el pecho, pero me distraen los dedos que toman los míos. La mano de Tara no es suave, sino que está endurecida por el

trabajo en el campo, pero sus caricias siempre consiguen ser delicadas. Yo me aferro a ella en un intento de contrarrestar cada palabra de Sikil.

—Suena a maldición —le recrimino a mi hermana.

—No lo es. Este puñal es mi forma de equilibrar esta relación. De darle poder a quien no lo tiene y elección allá donde ya todo parecía decidido. Y viene acompañado de mi bendición.

Tara no se mueve cuando Sikil se acerca. Bajo mi atenta mirada, la diosa se pone de puntillas y alcanza el rostro de mi esposa con las manos. Ella no se resiste. Baja la cabeza, sobre la que de pronto florecen gladiolos de todos los colores, y deja que mi hermana le bese la frente.

Un beso de la muerte puede ser tanto una advertencia como una gracia, y ni siquiera yo estoy seguro de cuál es ahora.

—Gracias por hacer feliz a mi hermano.

La luz desaparece poco a poco, abrazada por la oscuridad que todavía reina en las ruinas de la casa. El silencio vuelve a ser ensordecedor, igual que lo son los pensamientos que van regresando a su cabeza. Aunque no debería, aunque sabe que todo lo ha visto desde la perspectiva de Chronos, el beso de Muerte le arde en la frente. Es extraño. Todo es demasiado abrumador y las piernas le fallarían si no tuviera a alguien en quien apoyarse. Aunque todavía no es capaz de enfocar a Caleb, aprieta su mano para volver a sentirse a su lado, igual que estrecha el agarre que tiene alrededor del puñal.

Con dificultad, mareado, observa el filo que aún brilla como el primer día. Un regalo de bodas. Esa daga fue un regalo de bodas y puede matar a un dios. Al menos, eso es lo que ha entendido. Ese filo no es muy distinto a Eunomia o Dysnomia, pero fue forjado

mucho antes de que ninguna de ellas existiese. La diferencia es que Muerte creó esa arma no como una condena ni un castigo, sino como una oportunidad. Les dio una manera de reencarnarse juntos, pero Chronos decidió que quería a Tara y a nadie más, ni siquiera a todas las vidas que pudieran venir después.

Darien siente un nuevo peso en el estómago, una incomodidad de la que sabe que no va a poder desprenderse así como así. Cuando mira hacia Caleb, la sensación se acrecienta. El necromante mantiene la cabeza baja. Se aferra con tanta fuerza a él que al celestial comienzan a dolerle los dedos, pero ni siquiera se plantea alejarse.

—¿Caleb?

El chico toma aire con una bocanada brusca en cuanto escucha su nombre y, cuando levanta la vista, es solo para mirarlo con una tristeza que le contorsiona el rostro. Lo siguiente que Darien sabe es que está entre sus brazos. Que Caleb se está aferrando a él con todas sus fuerzas y tiene la cara escondida contra sus cabellos.

—Me… —comienza a decir, antes de poder desprenderse de los restos de la visión, de los recuerdos de esa persona que fue pero que ya no va a volver—. Se equivocó. Chronos. Se equivocó al querer alargar la vida de Tara en lugar de renunciar a su propia inmortalidad.

El celestial aprieta los labios y alza una mano para enredarla en su camisa. Siempre había pensado que Chronos no tenía más opciones, así que podía llegar a entender que hubiera roto las reglas para que ella lo acompañase. Para no tener que recordarla durante el resto de la eternidad o para no tener que volver a enamorar, una y otra vez, a las existencias en las que ella se fuera convirtiendo. Para no tener

que sufrir al ser consciente de que ninguna de esas personas iba a volver a ser Tara, porque ella ya no estaba. Ella había sido única, inimitable. Por muchas veces que se reencarnara, nunca volvería a ser igual.

Pero lo que saben ahora cambia las cosas.

El silencio los envuelve. Darien no encuentra palabras para responder, así que calla y abraza al necromante, porque quizá así pueda recordarle que no son esa pareja de sus recuerdos, sino Darien y Caleb. Son su presente, el único tiempo que importa. No van a cometer los mismos errores que otras personas cometieron hace mil años. Tampoco pueden enmendarlos, porque ese cuchillo no podría matar a Caleb. Él no es un dios. Él solo es inmortal. A él lo ha herido antes con ese puñal y se ha curado. Incluso si rompe el medallón de Darien antes de que muera, quizá no pueda seguirlo hasta la próxima vida.

Su condena es más cruel que la del dios que fue un día.

—¿Darien?

El chico se tensa entre sus brazos, consciente del rumbo que han tomado sus pensamientos. Consciente de lo horrible que es la inmortalidad, de lo triste que es saber de antemano que siempre vas a perder, que estás condenado a quedarte en un mundo que los demás abandonarán una y otra vez.

—¿Sí?

—Necesito volver a ser mortal.

Es un susurro, un ruego, una plegaria.

—Encontraremos la forma. Sea cual sea la clave, la descubriré. Te lo prometo.

Caleb no ha dejado de esforzarse en cumplir sus deseos, a veces incluso antes de que él mismo fuera consciente de ellos.

Ahora le toca a Darien intentar cumplir los suyos.

LILITH

Durante el tiempo que pasa sola en Arsay, Lilith tiene muchas oportunidades de imaginarse el reencuentro con el que un día fue su mejor amigo. Piensa en ello cada noche, mientras observa las llamas de la hoguera que enciende, antes de que el sueño la alcance; piensa en ello cada día, mientras camina siguiendo la sombra de una muchacha que cada vez se parece menos a ella. En todas esas fantasías, Nathan se gira hacia ella en cuanto pronuncia su nombre y, al verla, sonríe como si durante todo ese tiempo hubiera sabido que lo iba a encontrar. Vuelve a tener el pelo negro y los ojos castaños y acepta sus disculpas y la abraza como cuando eran niños.

Sin embargo, Lilith es consciente de que las cosas rara vez suceden como ella quiere, así que no se hace ilusiones. No se regodea en esas visiones que no son producto de Destino, sino de su imaginación, y tan solo las usa como una razón más para seguir adelante.

Pasan tres días más hasta que alcanza las pozas que Caleb le describió, un lugar hermoso en el que la luz de la mañana lanza destellos al agua y en el que se detiene solo para asearse después de los largos días de viaje. Allí no hay nadie más que ella, pero

cuando se sumerge le parece escuchar las risas de los niños que un día jugaron en ese lugar, del mismo modo que ella jugaba con Adam, Darien y Nathan en el lago, junto a la basílica. Eran tan pequeños que ya no recuerda la última vez que fueron los cuatro juntos, pero sí que recuerda la última que fue con Nathan.

Fue el día que su hermano se marchó a su Peregrinación. A veces, algunos celestiales lanzaban piedras al lago como muestra de buenos deseos para aquellos que se marchaban. Ese día, Lilith fue hasta allí sin decirle nada a nadie, pero Nathan la encontró. No le dijo nada. No se burló de ella por preocuparse por Adam más de lo que demostraba ni por fingir ser más dura de lo que en realidad era. Tan solo se limitó a lanzar cantos junto a ella y convirtió esa despedida en una competición por ver quién conseguía que las piedras saltasen más sobre el agua antes de hundirse, como si rivalizaran también por ver qué deseos le llegaban antes a aquel chico que acababa de dejarlos.

Ganó Nathan. Ahora a Lilith le parece una señal más que no supo interpretar, pero también un recordatorio de que tiene que seguir adelante, antes de que su antiguo amigo se hunda por completo por el peso de esos anhelos que guarda en su interior.

Desde que divisa las pozas, tarda menos de una hora en llegar a su destino: una casa olvidada por todos excepto por la naturaleza, aunque se encuentra en mejor estado que la que un día visitó con Altair. Las paredes y el tejado están casi intactos, aunque la puerta, carcomida, apenas se sostiene en los goznes. Unas aves han construido un gran nido encima de la chimenea y, como en el resto de Arsay, la vegetación amenaza con asediarlo todo. Sin embargo, lo que más llama la atención es el par de árboles que se separan de la

foresta, como si hubieran conseguido levantar las raíces de la tierra y hubieran intentado acercarse al edificio. Parecen fuera de lugar y, al mismo tiempo, tienen el mejor sitio para que el sol pueda acariciar sus hojas.

Lilith pasa junto a ellos, rozando los troncos robustos con los dedos, y se dirige hacia la casa, aunque teme lo que pueda encontrarse. No quiere ver otra estatua como la del antiguo Portador, aquella obra extraña hecha de hueso y piedra, pero necesita saber si Nathan ya ha pasado por allí.

No espera encontrar un brujo agazapado en el interior de la estancia principal.

Está agachado en el suelo, observando algo en la madera podrida, una mancha oscura que incluso ella puede ver desde la entrada. La chica contiene la respiración. Él no se ha dado cuenta de su presencia, no se gira para mirarla, y ella no sabe cómo decirle que ha venido a por él. De pronto, solo puede quedarse muy quieta, sin voz. Los cabellos blancos son inconfundibles, pero a ella le resultan extraños, igual que no reconoce la forma familiar de su cuerpo, por mucho que lo haya visto crecer. Distingue los cuernos asomando entre el pelo; su sombra dibuja un extraño contorno bestial en la pared.

Lilith da un paso más hacia delante. Una última fantasía de la reunión que le habría gustado tener se le escapa entre los dedos.

—Nathan.

Creía que estaba preparada para el golpe, pero aun así le decepciona que nada sea como ella desearía cuando el nombre cae de sus labios sin que nadie lo recoja. De hecho, esa simple palabra parece convertirse en un exorcismo. Los hombros del chico se

tensan, su figura se encoge para protegerse igual que lo haría una criatura salvaje. Después, se vuelve hacia ella. En cuanto lo hace, Lilith lleva la mano hacia la espada que le cuelga de la cintura sin pensarlo, en un gesto tan aprendido como inconsciente. Es el acto reflejo de una soldado, de una guerrera que sabe que está en un lugar en el que no es bien recibida.

Nathan apenas se parece ya al amigo que lleva días imaginando. Parches de ceniza cruzan su rostro y destellan como brasas; los dientes se le han convertido en fauces afiladas que ahora le muestra como un animal, soltando un gruñido que no tiene nada de humano. Los ojos negros tienen una pequeña pupila naranja que refulge cuando la reconoce.

—Tú.

Su voz tampoco parece ya la de Nathan. Es más grave, ronca. Por un momento, la santa piensa que el demonio ha ganado la batalla, que le ha robado incluso eso. Tarda un par de segundos en darse cuenta de que no es así. Aunque está cargada de desprecio, es la clase de voz que le sale a alguien que lleva días sin hablar.

Lilith traga saliva. Una parte de ella, la santa, la que ha aprendido a odiar y a temer a las criaturas como la que tiene delante, quiere atacar de inmediato y pronunciar palabras sagradas que expulsen al demonio que ha ocupado el cuerpo de su amigo. Sin embargo, toma aire y murmura:

—No vengo a hacerte daño. Solo quiero hablar.

Adriel parpadea y después deja que una sonrisa retorcida, inhumana, se extienda por sus labios. Ese gesto sí que le resulta conocido. A ese gesto se ha acostumbrado más de lo que querría. Y puede que tenga la voz tomada de no hablar, pero sus movimientos

son fluidos cuando se pone en pie. Parece un gato estirándose, un depredador preparándose para saltar.

Lilith tiene que hacer un gran esfuerzo para no retroceder.

—¿Hablar? —La risa del demonio se mezcla con el suave chisporroteo de las ascuas que le manchan el rostro—. ¿Y a qué debemos el placer? Por lo que sé, normalmente desenvainas y atacas primero.

La chica aparta la mano de su arma, como si quisiera demostrarle que es inofensiva, porque sabe que tiene razón. Y, aunque quiere convencerse de que Nathan no lo ha hecho mucho mejor, es consciente de que no fue él quien atacó primero en las montañas. No, ella lo empezó todo. Ella dio comienzo a esa guerra en la que están sumidos. Ella se convenció de que debía luchar contra él, derrotarlo, desterrarlo de cada recuerdo y cada conversación. Se atrevió a tachar su nombre, incluso cuando fue el segundo que aprendió a escribir, justo después del suyo propio.

Pero ahora está ahí para intentar compensar todo eso.

—Quiero hablar con Nathan.

—Ya te lo he dicho, santa: él no quiere hablar contigo. Así que si has hecho todo el camino hasta aquí solo para…

—El Amuleto del Tiempo no funciona como tú crees.

El silencio que sigue a esa verdad está cargado de tensión. Adriel la mira con el ceño fruncido, tan sorprendido que no discute. Tan desubicado que Lilith puede colarse entre las grietas que, de pronto, ve en la fachada del depredador. Da un paso hacia delante, dos, con las manos alzadas para que vea que no va a atacar.

—Lo he visto. He visto al Portador revivir a una persona que llevaba tiempo muerta. Era una mujer que ya se había reencarnado,

que ya había pasado a su siguiente vida. Y la persona que volvió no era ella. Se comportaba de forma errática. Apenas reconoció al emperador más que unos segundos. —El estómago se le revuelve ante el recuerdo de su desesperación, de su confusión—. ¿Entiendes lo que te estoy diciendo? —Dos pasos más. Ya está lo bastante cerca como para notar el calor del demonio—. ¡Nathan! Si me estás escuchando…

—No te escucha. —Adriel pasa de la sorpresa al hartazgo—. Y no, no entendemos lo que quieres decir.

Lilith aprieta los dientes.

—Que Adam no va a volver. Al menos no como él quiere.

La criatura bufa con desprecio. Lilith vuelve a llevar su mano hacia la espada cuando él da un par de pasos hacia delante, pero pasa por su lado como si su presencia ni siquiera fuera algo reseñable.

—¿Qué sabrás tú de lo que quiere? No lo conoces, ya ha quedado claro.

No la toca en ningún momento y, sin embargo, ella siente ese golpe de manera física.

—Sé que quiere recuperarlo. Y así no va a conseguirlo.

El demonio no se detiene, dispuesto a dejarla atrás.

—Eso lo juzgaremos nosotros.

—¡Nathan! —Lilith se apresura a seguirlo—. ¡Por favor, escúchame! ¡No quieres hacer esto, lo sé! ¡Adam no…!

Sus palabras quedan interrumpidas por una risa que es más bien un bufido antes de que Adriel se detenga por fin y gire la cabeza hacia ella. Así, de lado, a contraluz, el perfil de Nathan no es más que una sombra en la que no se distingue nada más allá de esas

brasas que arden de forma perpetua. Parece salido de una pesadilla, un ser que no ha terminado de tomar forma.

—Eres patética.

Lilith se queda muy quieta mientras Adriel se vuelve por completo hacia ella. Nathan siempre ha sido más bajo y delgado que ella, pero ahora parece imponente. Quizá porque ahora hay algo mucho más grande debajo de esa carne humana, una criatura de un plano más allá del suyo.

—¿Sabes lo que creo, santa? Que no has venido para salvar a tu hermano ni ayudar a Nathan, sino para ayudarte a ti misma. Para hacer que por fin te elija a ti. —Su sonrisa crece, muerde—. Llevas los celos escritos por toda la cara, los huelo. Serías una bruja magnífica si entraras en un nido y dejaras que uno de los míos se alimentara de todas las cosas horribles que anidan en ese feo corazón tuyo. A estas alturas, todo el mundo sabe lo mucho que te molesta que Adam Rheiz fuera mejor que tú, que todo lo que has hecho ha sido un intento de superarlo a él y a su recuerdo. Pero he conocido a suficientes humanos como para saber que no es solo eso. —Alza la mano, pero no hay nada familiar en el gesto con el que le pone los dedos bajo el mentón. En cómo le acerca el rostro con una suavidad que no casa con esas palabras cortantes o con la manera en la que las uñas le pinchan la piel. Lilith siente que se le acelera el pulso—. ¿No será que en el fondo querías que Nathan te tocase como lo tocó a él…?

La bofetada resuena entre las paredes abandonadas.

No siente que sea ella quien ha movido la mano, pero de pronto la tiene en alto, la palma le arde y el demonio ha girado la cara con la fuerza del golpe. La sonrisa de Adriel se ha caído al fin, pero Lilith da

un paso atrás buscando distancia y se frota la barbilla como si temiera que el toque del brujo fuese venenoso. Se siente sucia, pero sobre todo se siente ridícula. No sabe si las lágrimas que le pican en los ojos son del dolor que le palpita en los dedos o de simple frustración, pero no importa, porque no va a dejarlas caer.

Esa criatura quiere colarse en su mente, quiere desestabilizarla, pero no va a conseguirlo. La idea de Nathan tocándola como algo más que una amiga le da asco y despierta en ella un rechazo inmediato, abrasivo. No, no se trata de esa clase de celos. Sí, quería que la mirara. Sí, quería su atención. Quería a Nathan para ella, quería algo que no tuviera que compartir con Adam. Quería que la eligiera por encima de cualquier otra cosa. Sí, todavía lo quiere y, si eso la convierte en una persona horrible, quizá lo sea.

Pero no lo ha buscado solo por eso.

—No me conoces. —Le gustaría que la voz no le temblase tanto, mantener más estable la mano que ahora guarda en un puño—. Puede que creas que sabes mucho de nosotros, pero la realidad es que no sabes nada. No de mí. Y tampoco de Adam.

El demonio se pasa la lengua por los labios y recupera la sonrisa. Recomponerse es así de sencillo para él, pese a que todavía tiene la marca de la mano en la mejilla.

—¿Y tú sí? ¿De verdad conociste a tu hermano o tan solo te quedaste con la versión de él que más te interesaba? Yo diría que te has pasado toda la vida entre gente que ni siquiera te molestaste en conocer. La única persona que siempre te ha importado eres tú misma.

Esas palabras le devuelven la bofetada, quizá porque empujan a la superficie pensamientos que ella misma ya ha tenido. Si siente que

Darien, con quien pasaba tanto tiempo, es un desconocido, ¿por qué no va a serlo su hermano, a quien ella misma alejó con los años? A él, que estaba segura de que era incapaz de hacer algo mal, lo vio romper con todo por Nathan. Él, que esperaba que se quedara siempre siguiendo a su madre, bailando a su son como el niño amado que era, era la última persona a la que esperaba ver dándole la espalda al Sacro Reino, a Destino y a la Hermandad.

Sí, quizá no lo conoció de verdad. Quizá aprendió a dar por hechas a las personas que la rodeaban. A lo mejor se quedó con la versión que conoció cuando era niña y nunca se atrevió a mirarlos más porque tenía miedo de verlos cambiar.

Delante de ella, Adriel se mueve hacia la salida, decidido a dejar la conversación ahí. Pero no va a permitirlo.

—Quizá no conocí a mi hermano tanto como debería —replica—. Pero conozco a Nathan mejor de lo que tú crees. Mejor incluso de lo que él mismo cree. Llevo toda la vida a su lado. Lo he visto cada día durante casi veinte años. Y lo voy a recuperar. Voy a hacer que me escuche, demonio, esté donde esté.

Otra risa. La criatura sacude la cabeza y el pelo blanco se alborota a su alrededor como el halo de un celeste. Así, de espaldas, si no fuera por el cabello, podría fingir que es su amigo. Que sigue como siempre, solo que lleva una ropa diferente.

—Puedes intentarlo, santa. Pero, aunque Nathan está en alguna parte de este cuerpo, la persona que tú estás buscando ya no existe.

Lilith aprieta los labios y lo sigue con paso fuerte. La mano aún le arde, pero se traga el dolor, igual que se ha tragado las lágrimas.

Está deseando demostrarle que se equivoca.

LILITH

Aunque Lilith odia la idea de seguir al demonio allá donde vaya, no le quedan más alternativas si quiere alcanzar a la persona que se esconde bajo la criatura, así que se asegura de no perderlo de vista. Teme que vaya a esfumarse si no lo vigila y entonces todo lo que ha hecho, todo el camino recorrido, sería para nada.

Durante la caminata que los aleja de la casa abandonada, ninguno de los dos habla. Lilith no sabe bien qué puede decir para conseguir su objetivo y él parece fingir que ella ni siquiera está ahí. Lo ve crear el caos a su alrededor, modificar la tierra a su paso, jugar a crear caminos imposibles que la obligan a encontrar alternativas más mundanas que no la alejen demasiado de su pista. Ella no puede saltar de rama en rama y esperar que el suelo la atrape al caer, no puede cruzar corrientes de agua anchas sin mojarse los pies. Y está segura de que él lo sabe y por eso se lo pone cada vez más difícil.

Es apenas una hora de camino, pero la carrera de obstáculos se le hace eterna. De hecho, está tan concentrada en seguirlo que no es consciente de que está entrando en un pueblo hasta que ya es demasiado tarde.

Aparece ante ella casi de repente. Lilith escucha las voces y los ruidos típicos de un asentamiento humano antes de ser consciente de lo que tiene delante y, durante un momento de pánico, lo único que se le pasa por la cabeza es que tiene que dar la vuelta. Durante todos esos días ha estado evitando los poblados de Arsay, pero ahora eso significa perder de vista a Nathan.

Y no puede permitírselo.

Sus ojos recorren el lugar, todavía sin atreverse a moverse. Ve a una mujer cargada con leña que se la queda mirando, pero el contacto visual no dura más que un par de latidos. Un hombre con una cesta llena de bayas pasa por su lado, seguido por una anciana que se apoya en un bastón y lleva de la mano a un niño que tiene los labios manchados del rojo de la fruta. Todos la miran y todos acaban apartando la vista, engañados por su ropa, por el hecho de que no lleva su medallón a la vista. Y ella, a pesar de los años que lleva escuchando historias sobre necromantes que matan celestiales, ni siquiera los ve como una amenaza. Parecen personas normales, con vidas más comunes de lo que ha sido la suya, más tranquilas que la del brujo en el que se fijan mientras hace que un trozo de tierra se alce lo suficiente como para poder saltar a una de las pasarelas que forman las calles de la aldea. Los hogares de esa gente no están en el suelo, donde puedan ser presa de depredadores: están en las alturas, se mimetizan con la naturaleza.

Lilith tarda un par de segundos más en entender que «mimetizar» no es la palabra que busca: las ramas y los árboles no son los cimientos del pueblo, sino que el pueblo no existiría sin ellos. Las paredes de las casas están llenas de nudos, de hojas, de brotes que le avisan de que no es simple madera, sino materia viva que va a

seguir creciendo, cambiando, amoldándose a los deseos de sus habitantes.

Pero eso no tiene sentido. La celestial está segura de que ha visto ilustraciones en los libros de viaje que había en el Templo y no se parecían en nada a lo que ahora tiene delante. En aquellas imágenes, se veían pueblos sombríos, ocultos en lo más profundo del bosque, formados por casas pequeñas y sencillas, apenas chozas en las que se apretaban familias enteras. Eran sitios de pesadilla, donde se llevaban a cabo ritos siniestros para adorar a Muerte. Ese, en cambio, es un lugar luminoso. El sol entra por los huecos en las copas y la brisa hace que las ramas y las hojas susurren en un idioma secreto. Parece un sitio al margen del mundo, al margen del tiempo.

Tarda unos instantes más en encontrar de nuevo a Adriel en ese ambiente. Se ha detenido sobre un puente colgante y habla con un necromante, aunque Lilith no entiende qué puede buscar en un lugar como ese. Con cuidado, tanteando cada peldaño antes de pisarlo, sube unas escaleras de caracol que se enroscan alrededor de uno de los árboles más anchos y entra en la aldea como tal. Se fija en sus detalles, estudia a los habitantes, busca enemigos. Cuando posa los ojos de nuevo sobre el cuerpo de Nathan, el tercer hombre junto al que se ha detenido está negando con la cabeza.

—Vas a tener que preguntarle a alguien que lleve más tiempo viviendo aquí. Prueba con Duna.

El necromante señala con la cabeza la puerta de una casa. Allí, sentada al sol, hay una mujer trenzando mimbre con manos hábiles. A su lado, en el suelo, hay un cesto ya acabado.

Nathan se dirige hacia ella sin dudarlo y Lilith se apresura a seguirlo.

—¿Qué estás haciendo?

Adriel la mira de soslayo. Parece no creerse que haya entrado en la aldea.

—¿Qué estás haciendo tú? ¿De verdad vas a seguirnos todo el tiempo? ¿Hasta dónde? ¿Hasta la tumba de tu hermano?

El estómago de Lilith se contrae al pensar en ir hasta la Fosa de los Infieles. Todavía recuerda cómo es y, por lo que sabe, no ha dejado de crecer en los últimos meses. Más cuerpos, más putrefacción, más cadáveres que no han sido incinerados.

Espera no tener que llegar hasta allí.

—Te seguiré hasta donde haga falta.

El demonio le dedica una de esas sonrisas capaces de morder.

—Voy a empezar a pensar que estás obsesionada conmigo, santa.

Lilith hace un mohín de disgusto, pero la criatura no se detiene a escuchar su réplica. Solo para unos pasos más adelante, enfrente de la mujer de las cestas, que alza hacia ellos un par de profundos ojos negros y enarca las cejas con curiosidad. Tiene la piel morena y el cabello rizado recogido bajo una pañoleta verde. El resto de su ropa muestra distintos tonos del mismo color, decorada aquí y allá con hojas y ramas, como si fuera más un espíritu del bosque que una simple humana.

No está sola. En el cesto que tiene al lado descansa un bebé: es una criatura delicada, de no más de un par de meses. Duerme plácidamente, con los labios entreabiertos y las manos cerradas en puños. Sobre su mejilla, tan morena como la de su madre, destaca una mancha más pálida, casi blanca.

—¿Puedo ayudaros en algo?

—Me han dicho que tú conocías al brujo que vivía a las afueras del pueblo, Nilam Ansen.

La mujer parpadea, tomada por sorpresa, y detiene su labor.

—¿Quién pregunta por él?

—Un amigo de la familia que dejó atrás.

La necromante frunce un poco el ceño, pero al final debe de decidir que no va a buscarse problemas con un brujo relacionado con otro que murió hace tanto tiempo. Baja la vista de nuevo al mimbre y retoma el trenzado con la confianza de quien está acostumbrada a realizar una tarea. En el dorso de su mano derecha asoma uno de los tatuajes que la marcan como sierva de Muerte, blanco contra su piel del color de la arena húmeda.

—De pequeña me llevaba bien con su sobrino. Solía acompañar al hombre hasta aquí y ponerse en la plaza a contar historias o aparecía para jugar entre los árboles, conmigo y con otros críos del pueblo. El chiquillo que Nilam adoptó después venía menos. Era más tímido, creo. —Duna devuelve la vista al brujo—. Supongo que, si estás aquí, significa que sabes lo que pasó.

Adriel asiente, aunque no dice nada al respecto.

—Lo encontraron muerto, decapitado, y en su hogar no había ni rastro de los muchachos. Durante un tiempo no se habló de otra cosa, pero al final llegamos a la conclusión de que aquel hombre había llegado aquí huyendo de algo y ese algo lo había terminado cazando. —La necromante se encoge de hombros. Habla de la muerte con la sencillez de quien está acostumbrada a la violencia, sin pesar—. Al menos eso pensaban los adultos.

Lilith querría decirle que se equivoca, que no fue ningún extraño quien acabó con aquel hombre, sino aquel chiquillo con el que ella jugaba de pequeña, pero se muerde la lengua.

—Busco sus restos —puntualiza Adriel—. No estaban en la casa.

La mujer arruga la nariz, desagradada. Sin embargo, un llanto la interrumpe antes de que pueda responder. El bebé ha despertado y todos apartan la vista hacia él, sobresaltados. Aunque no ha separado los párpados, ha abierto la boca y chilla como si quisiera hacerse eco por todo el bosque. Su madre se apresura a dejar de lado su proyecto y se inclina para tomar a la criatura en brazos. El gesto no parece ser suficiente para calmarlo, aunque ella empieza a mecerlo con paciencia.

Lilith ve a Adriel hacer una mueca de disgusto, pero no sabe si es porque no está consiguiendo la información que quiere o porque no le gustan los niños.

—¿Lo enterrasteis? —presiona por encima de los berridos.

La mujer vuelve la vista hacia él sin dejar de acunar a la criatura.

—Por supuesto que sí —replica, molesta—. Era un brujo, pero también era parte de nuestra comunidad después de tantos años viviendo cerca. El pueblo creyó que lo justo era devolver sus restos a la tierra, igual que su alma había vuelto al ciclo.

—La persona que lo busca tenía la esperanza de que quedara algo de él para recordarlo.

La necromante no parece muy contenta, ni siquiera cuando el bebé deja de llorar, aunque es difícil saber si lo ha hecho porque está en brazos de su madre o porque se ha quedado hipnotizado con las ascuas del rostro de Nathan, de quien no aparta sus grandes ojos castaños. Adriel no repara en el crío más de un segundo.

—Lo único que queda ahora es lo que la tierra ha hecho crecer de su cuerpo —sentencia la mujer—. Puedes decirle de mi parte a esa persona que podrá recordarlo a la sombra de los árboles cruzados que ahora hay cerca del que un día fue su hogar. Eso es todo.

Es una descripción tan concreta que Lilith no puede evitar pensar de inmediato en los troncos retorcidos que vio y rozó. Un escalofrío le nace en la punta de los dedos cuando se da cuenta de que ha tocado un sepulcro, algo nacido de los restos mortales de otra persona.

El demonio entrecierra los ojos. Es evidente que ese no es el resultado que esperaba, pero aun así intenta forzar otra sonrisa que no le sale bien.

—Comprendo. Gracias por la información.

El bebé sigue mirándolo incluso cuando se da la vuelta y, al ver que se aleja, estira las manos hacia delante y balbucea antes de volver a echarse a llorar con renovadas fuerzas. Su madre parece desesperada mientras le chista para que calle.

Lilith tiene que contener una sonrisa antes de agachar la cabeza a modo de despedida y apresurarse a seguir al demonio.

—¿Qué vas a hacer ahora?

Sabe que es una pregunta un poco vacía. Si no hay restos, no puede llevárselos al emperador, así que no le queda nada por hacer allí. Aun así, una parte de ella quiere que lo diga en voz alta. Quiere obligarlo a confesar que ha fracasado.

—No es de tu incumbencia.

—Eres consciente de que, aunque quedara algo de él, ese hombre tampoco iba a volver, ¿verdad? Ya te lo he dicho: el Amuleto…

—Incluso si lo que dices es cierto, ¿crees que importa? —la interrumpe él, alzando la voz por encima de la suya—. Es obvio que no puedes entenderlo, porque no quieres a nadie lo suficiente, pero cuando lo único que deseas es salvar a alguien, tienes que hacer todo lo que esté en tu mano para conseguirlo. Da igual si la solución no es perfecta.

Adriel comienza a bajar las escaleras y Lilith, molesta, tiene que apresurarse para darle alcance. No espera justicia de esa criatura, pero le frustra que diga que ella no quiere a nadie lo suficiente. No es cierto. Está ahí, en ese maldito bosque, por la persona que se ha perdido en el interior de ese cuerpo. Le ha dicho que lo seguiría allá a donde fuese.

Su amor no es menos válido que el de dos amantes.

—No estoy de acuerdo. Nathan no ha hecho todo lo que ha hecho por una simple cáscara vacía. Y eso es todo lo que va a conseguir si sigues adelante.

—¿Vacía? —La burla se cuela en esa voz conocida como tantas veces en el pasado, pero su tono no es el mismo. Adriel se detiene en medio de la escalera y se gira hacia ella, mirándola desde abajo. Lilith se obliga a parar también—. Lo que nos has contado no era la historia de un cuerpo vacío. Dijiste que se comportaba de forma errática, pero que reconoció al emperador, aunque solo fuera durante unos segundos.

Lilith hace un mohín de disgusto.

—Sí, pero…

—¿Pero?

—Nadie querría eso. La persona que el emperador pretendía recuperar estaba perdida entre muchas vidas, no sabía…

—Pero estaba ahí, ¿no?

Lilith frunce los labios, incapaz de negarlo. Sí, estaba ahí, aunque fuera debajo de muchas capas, de muchas existencias. La expresión de Adriel ante su silencio es socarrona, satisfecha.

—Pues eso es suficiente —concluye el demonio.

—¡No lo es! ¡No puede serlo! ¡No es…!

—Ya que conoces tan bien a tu amigo, santa —la interrumpe alzando la voz por encima de sus quejas—, ¿sabes por qué hizo su Trato conmigo? ¿Por qué me eligió a mí de entre todos los demonios del nido? ¿Sabes qué fue lo único que necesitó? ¿Lo único por lo que estaba absolutamente desesperado?

Ella duda, consciente de que es una trampa. Lo sabe por cómo paladea las palabras, por su postura casi arrogante. Está intentando desequilibrarla para tirarla por esas escaleras. Si le deja, la cogerá del brazo y la arrastrará al caos más absoluto.

—Le ofreciste unos ojos nuevos. Destino le había quitado la vista y él quería recuperarla.

Respuesta incorrecta. Se lo dice la sonrisa retorcida, los dientes que asoman detrás de los labios.

—Cualquier demonio podría haberle ofrecido unos ojos. Pero me eligió *a mí*.

Lilith aprieta los puños. Esa pupila naranja que ha aparecido dentro de sus ojos negros no deja de fijarse en ella. La estudia, la mide. Espera. El silencio se alarga durante lo que parece una eternidad sin que ninguno de los dos se mueva. Adriel aguarda a que ella diga algo, a que admita, con una simple pregunta, que se rinde. Que tiene razón, que no lo conoce. Que estaba equivocada.

La saca de quicio.

Pero Lilith tiene que ceder.

—De acuerdo, ¿por qué a ti?

El demonio se pasa la lengua por los labios, como si estuviera saboreando una victoria muy satisfactoria.

—Porque yo entendí que lo que más deseaba era volver a escuchar su voz. *Eso* es lo que lo está matando. No es haber traicionado a tu dios. No es saber que se ha quedado solo. Lo único que quiere es volver a hablar con él.

Lilith aprieta los puños con fuerza. No le parece justo. No le parece bien que haya apartado al resto del mundo por… ¿qué? ¿Por una voz? ¿Por una persona? Nathan no está solo, no tendría por qué estarlo. Incluso si quiere darle la espalda a Destino. Incluso si lo ha traicionado todo…

Sabe lo irónico que es que ella piense eso. Cuando ocurrió el desastre en la basílica, se convenció de que no merecía redención. Ella fue la primera que negó su nombre, que lo tachó y lo olvidó. Si Nathan llegó a pensar que no tenía a nadie más en el mundo, también es culpa suya.

Quizá la que no merezca redención sea ella.

—¿Y quiere hablar con él aunque esa voz no pueda decirle lo que quiere escuchar?

—¿Y qué crees que quiere escuchar, santa?

Lo que quieren todos. Incluso ella.

—Que lo perdona por todo lo que hizo o no hizo. Que todo está bien. Que, a pesar de todo, lo sigue queriendo.

La risa llena de agujas no aparece esta vez. La sonrisa muere poco a poco en los labios de Nathan. Los dientes quedan ocultos, las ascuas parecen perder su calor. Por un momento, ese rostro parece

casi humano y Lilith se pregunta si sus palabras han llegado hasta su amigo o solo han molestado al demonio. Porque Adriel, de pronto, ya no parece querer seguir burlándose de ella. Entorna los ojos, con esas diminutas esferas naranjas fijas en ella y, cuando habla, ya no hay burla. Las armas que se esconden en su tono son afiladas y venenosas, hechas para destruir:

—Lo escuchará —dice sin asomo de duda—. La única razón por la que tú crees que no lo conseguirá es porque nunca has querido que tu hermano vuelva, y que sea una herejía para los tuyos ni siquiera tiene nada que ver. Di la verdad: en el fondo, su muerte te vino bien. Solo así la gente comenzó a verte.

No, no es cierto. En los últimos tiempos, ha estado pensando en Adam, en cómo sería volver atrás. Si ahora supiera lo que iba a pasar, habría hecho las cosas de forma diferente. Igual que se arrepintió de no haberle dado una despedida apropiada cuando se marchó a su Peregrinación, ahora se arrepiente de no haberse detenido más con él la noche antes de que muriera. Tendría que haberle correspondido a aquel abrazo que ahora siente enquistado bajo la piel. Tendría que haberle dicho que lo quería. Que, pese a los celos, pese a la envidia, en realidad, quería ser como él. Quería ser intachable, perfecta, ese faro al que otros seguían.

Ahora también le diría más cosas. Que lo siente por no entenderlo. Que no tenía por qué ser siempre perfecto. Que probar lo que es estar en su lugar le ha demostrado lo duro que es.

—Tienes razón. —Las palabras son una bola seca que tiene que escupir para no atragantarse—. Hizo falta que mi hermano fuera un hereje para que todos empezaran a verme. Para que mi madre se fijase en mí. Para que otros empezasen a pronunciar mi nombre en

vez de ser «la hija de la Suma Celestial» o «la hermana pequeña de Adam». —Sus pies alcanzan el siguiente escalón. Y luego otro más. Cuando pasa al lado del demonio, este ni siquiera se mueve—. A veces incluso pienso que mi dios ni siquiera me dio una misión antes porque todo lo que estaba destinada a ser dependía de que mi hermano muriese antes. ¿Y sabes de qué me di cuenta cuando todo eso pasó? Seguro que lo sabes, ya que crees conocerme tan bien.

Es la confesión más terrible que ha pronunciado en voz alta, pero se concentra en seguir adelante hasta que pisa la hierba. Cuando se gira, se da cuenta de Adriel baja detrás de ella, pero sigue sin sonreír. Le gusta más así. Parece menos un depredador, incluso si sus intenciones son ilegibles.

Lilith no espera que le pregunte nada. No espera que muestre curiosidad. Al parecer, las criaturas del caos pueden ser incluso más orgullosas que los humanos.

—Me di cuenta de que eso no era lo que quería. De que me incomoda que me miren. Y supongo que es porque no creo que sea lo suficiente buena, que nunca lo he sido, que nunca voy a serlo. Porque estoy perdida sin Adam como guía, como inspiración. Porque los demás ya no nos comparan, pero a lo mejor yo sí sigo haciéndolo. —Quiere sonreír, quiere restarle importancia, pero no encuentra las fuerzas para hacerlo—. Haga lo que haga, esté aquí o no, Adam sigue siendo mejor que yo. Vuelve a ganar y a llevárselo todo. Incluso a ti, Nathan.

Y, aunque Adam nunca vuelva, ella nunca podrá competir contra él.

NATHAN

La torre sigue cerrada a cal y canto, pero Nathan escucha una voz familiar que se cuela por la rendija de la puerta. No llega a diferenciar palabras, no es más que un sonido distorsionado, una leve perturbación de la calma que hay siempre en ese lugar.

Frunce el ceño. Desde el balcón, mira hacia atrás, al fondo de esa estancia inmensa y vacía. La puerta es enorme y antigua, la llave está echada por dentro; la ve metida en la cerradura, dorada y brillante. Nadie va a poder entrar mientras esa llave esté ahí. Es la única manera que tienen de asegurarse de que nadie los descubre, ni a ellos ni su escondite. Gracias a esa llave, Adam y él están a salvo.

Aun así, se siente incómodo, en tensión. Como si alguien estuviera a punto de echar la madera abajo, aunque sabe que eso es imposible.

—¿Has oído algo?

Adam baja la vista de las estrellas y mira por encima de su hombro. Atiende al silencio que ha regresado antes de volver la mirada hacia él.

—No.

—¿Seguro? Me ha parecido…

—Estamos solos, Nathan. —Adam sonríe, como si su sospecha le resultase enternecedora. Se inclina hacia él y le aparta de la frente ese mechón moreno que siempre le cae por la cara—. Todo está bien.

Nathan se derrite ante ese contacto. La caricia desciende por su mejilla hasta el mentón, nota el roce de un pulgar repasando su labio inferior. El chico contiene la respiración cuando Adam se acerca. Cierra los ojos. Suspira cuando sus bocas se tocan.

Es cierto. Están solos, ahí, apartados del mundo, bajo las estrellas. No necesitan nada más. A nadie más.

Todo está bien.

VII
PALABRAS A TRAVÉS DEL TIEMPO

ASTREY

La noticia de que los prisioneros han desaparecido le llega la mañana después de resucitar a su madre, aunque al principio Astrey no se la cree. Ese día, sale de su despacho como un huracán, directo hacia las mazmorras, y recorre el pasillo mientras los gruñidos de su demonio se entremezclan con un solo pensamiento: «No puede ser». Se lo repite una y otra vez con cada paso que da y de nuevo cuando se detiene delante de las celdas vacías, porque no tiene sentido. Las rejas están intactas, los grilletes de Caleb están abiertos, pero no hay agujeros, no hay plantas asomando entre la piedra, no hay señales de lucha ni cerraduras que parezcan haber sido forzadas de ninguna manera.

Lo segundo que piensa es tan ridículo que rechaza la idea en cuanto se le ocurre. La palabra «milagro» no tiene cabida dentro de ese palacio. Ese es territorio de Caos. Ahí Destino no tiene ningún tipo de influencia.

La tercera opción ni siquiera se le ocurre a él. Viene de algún lugar de su interior, de un rugido que le tiembla en el pecho como si el mundo estuviera sacudiéndose a su alrededor.

«Traidores».

Pero eso tampoco tiene sentido. Ese es su castillo, solo debería obedecerlo a él. Aunque alguien hubiera llegado hasta las mazmorras, el palacio nunca habría dejado que sacaran a *sus* prisioneros de *sus* celdas.

Astrey se pasa las manos por el pelo, intentando pensar. Se siente torpe, aletargado, y le echa la culpa a la noche en vela que ha pasado intentando buscar una solución para el problema de su madre. Sabe que hay una forma, tiene que haberla, y probablemente pase por poner de nuevo en marcha el Amuleto el Tiempo, pero para eso necesita a Caleb, su fuente de energía inagotable.

Y ya no está.

Ayer seguían aquí, los viste con tus propios ojos. Solo necesitas volver a ese momento, Portador.

No, no puede. ¿De dónde va a sacar el tiempo? Está intentando hacer las cosas bien, está intentando ganarse la confianza de mucha gente y sabe que, si ahora hace eso, la perderá. Perderá el apoyo de Tamir y, por lo tanto, del nuevo gobierno de Ilan. La gente de la ciudad lo temerá. Perderá a Elira. Se convertirá en otro tirano que destruye a placer para su propio beneficio. Así que ignora las voces que hablan dentro de su cuerpo, vuelve a su despacho y se centra en poner en marcha soluciones.

Moviliza un pequeño destacamento de la Guardia Imperial para buscar a los fugitivos y ordena que peinen Damira, que pregunten en el puerto, en las posadas, en cualquier lugar donde una persona pueda conseguir un caballo. Les asegura que recompensará a quien le lleve a los prisioneros, pero, sobre todo, que tienen que asegurarse de que el necromante vuelva vivo a palacio. La santa

también, claro, pero no es su prioridad. No la necesita. Al menos no tanto como a Caleb.

Tarda tres días, tres días desesperantes ante la falta de noticias y la falta de resultados con su madre, en decidir que no puede dejar la búsqueda solo en manos de sus guardias. Necesita algo más rápido, más eficaz, que pueda investigar más terreno en menos tiempo. Y sabe perfectamente dónde encontrarlo, lo que no sabe es si va a conseguir su ayuda.

Astrey respira hondo mientras observa la puerta ante la que se ha detenido. A estas alturas la conoce bien, porque no es la primera vez que se para delante de ella en los últimos tres días. No es la primera vez que piensa en pedir ayuda ni es la primera vez, tampoco, en la que llega a alzar el puño. Nunca ha llegado a llamar, sin embargo. Normalmente, acaba volviendo por donde ha venido, consciente de que hay cargas que tiene que llevar solo, y la de haber revivido a Linette Ansen es una de ellas.

Esta vez, en cambio, aunque no le gusta pedir favores, aunque no le gusta depender de nadie y su demonio gruñe y lo llama débil, cierra los ojos y llama.

Los tres golpes que da en la madera parecen escucharse en todo el palacio.

El emperador espera. El silencio solo lo rompe la forma acelerada en la que respira, en la que le late el corazón, desacompasado. Trata de marcar el ritmo entrechocando sus anillos, pero hoy el truco no funciona. Suena disonante y se pregunta si es porque ha tenido que sustituir la joya en la que estaba su madre por otra o si es su culpa, si está a punto de perder los nervios. Se siente así, al borde de un precipicio, pero esta vez puede ver el suelo. Ve la caída, llena de

piedras afiladas, y el grupo de buitres que esperan a que solo quede un cadáver al que robarle todo lo que pensaba que había conseguido por fin.

¿Vas a sucumbir a la presión, Portador? ¿Tan pronto?

No, no va a hacerlo. Pero esa voz en su cabeza es un recordatorio de que el tiempo corre y su prisionero se aleja y…

La puerta se abre solo un poco y Elira aparece en el umbral, todavía con la camisa de dormir y el pelo revuelto. ¿Qué hora es? Astrey busca la luz del día y se da cuenta de que hace muy poco que ha salido el sol. Quizá debería haber esperado para venir. Quizá por eso ella parece tan sorprendida, tan confusa. Por eso y porque la orliana no es consciente de todas las veces que ha estado a punto de llamar a esa puerta.

—Necesito un favor.

Escupe la petición antes de pensar en disculparse por despertarla, pero también antes de poder acobardarse o de que las dos voces sobre las que no tiene ningún control lo convenzan de lo contrario.

El sueño se cae del rostro de Elira cuando esta frunce el ceño; la sorpresa se sustituye por la inquietud y la desconfianza. Aun así, tras unos segundos de silencio, de duda, se aparta para dejarlo pasar. Él entra, mirando a su alrededor, buscando un ancla que le recuerde sus objetivos, que le asegure que esa conversación va a ir bien. Lucha contra la pulsión de volver a entrechocar sus anillos cuando se fija en que Shiraz está sobre la cama deshecha, convertida en un ovillo. El animal le devuelve la mirada sin moverse, no sabe si estudiándolo o desafiándolo. Astrey tampoco le aparta la vista, ni siquiera cuando la puerta se cierra y escucha a la bruja apoyarse contra la madera.

—¿Puedo pedirte a Shiraz durante unos días? —pregunta el Portador. La voz le sale más serena y firme de lo que se siente—. Necesito que busque a alguien. Es importante.

La criatura mira hacia su compañera y gorjea, como si supiera que están hablando de ella y tuviera una opinión al respecto.

—Eres el emperador de Odelia —replica Elira con evidente disgusto—. Tienes ojos por todo el Imperio, ¿para qué necesitas un elir?

—Los ojos de los humanos son lentos, mientras que Los Elires son rápidos, vuelan más lejos y mejor que cualquier brujo. Si alguien se escapa, es mejor enviar un elir en su busca.

Eso se lo enseñó ella hace años y luego el espíritu lo puso en práctica al usar al ave para encontrar a Nathan. Cuando se enteró de que el Portador había salido de la muralla, que había celestiales rastreándolo por los bosques, se valió de Shiraz para buscarlo. El pájaro lo localizó desde el aire y le indicó dónde estaba.

El brujo toma aire y se vuelve hacia ella. La mujer tiene los brazos cruzados y las cejas alzadas en la expresión de quien ha comprendido lo que ocurre al fin.

—Ah, esto es por tus prisioneros.

Astrey debería haberse esperado la satisfacción en su voz, la manera en la que parece a punto de regodearse al saber que el necromante y la celestial han conseguido huir. Al fin y al cabo, la bruja siempre ha estado en contra de que utilizase a Caleb. Y supone que eso es lo que va a sellar que se niegue a prestarle ningún tipo de ayuda.

«Es inútil», le adelanta esa voz insidiosa en su cabeza. Y hay una parte de él que está de acuerdo, pero, aun así, tiene que intentarlo.

Quizá pueda hacerla entrar en razón. Quizá se apiade tras burlarse de él.

—Elira, por favor.

Pero la princesa de Orlaith ya está negando con la cabeza.

—No.

«No te rebajes más, no va a hacer nada por ti. Tú has intentado beneficiarla, pero ella no va a ayudarte, ¿no lo ves?».

Esto es tan sencillo como volver atrás, Portador. Solo son tres días. No la necesitas para arreglar nada.

«No necesitas a nadie».

—Dame una buena razón.

La expresión de ella se endurece. Sus brazos cruzados se tensan y sus dedos se crispan sobre las mangas de la camisa de dormir con la que lo ha recibido.

—Porque no estoy a favor de que se esclavice a nadie. Y hasta hace poco estaba segura de que tú tampoco, pero supongo que es otra de las cosas que pensaba sobre ti en las que me equivocaba.

—Yo no…

Pero calla, porque sabe que tiene que elegir sus batallas, que cada minuto que pasa en ese cuarto está más lejos de encontrar a Caleb.

Tictac, Portador. Tienes que ponerte en marcha.

—Escucha, Elira —comienza de nuevo—. Tú sabes mejor que nadie que el poder del Amuleto requiere recibir tiempo a cambio. Y el suyo es ilimitado. Caleb es lo más cercano que conozco a que el uso del Amuleto no suponga un precio para nadie…

Elira arruga la nariz.

—Tiene un precio para él.

—¡Apenas! —replica él, frustrado—. ¿Un poco de cansancio? ¿Falta de fuerzas? No es nada en comparación con el bien que puede hacer. No lo va a matar.

—Se te ha olvidado mencionar la completa y absoluta falta de libertad a la que pretendías someterlo. Las cadenas no tienen por qué matar a nadie, pero vivir encerrado tampoco es vida. —Los ojos de la bruja arden y Astrey aprieta los puños. ¿Por qué siempre tienen que acabar así? ¿Por qué ya no son capaces de entenderse? —. Además, ¿para qué necesitas usar el Amuleto ahora? Que tengas tantas ganas de encontrar de nuevo a ese chico quiere decir que tienes una idea rondándote la cabeza, ¿me equivoco?

Probablemente piense que quiere dar otro paso adelante con el Imperio, quizá incluso que va a cumplir su promesa de no dejar que nadie muera, pero lo único en lo que él puede pensar es en su madre. Tiene que conseguir que regrese del todo, que tenga plenas facultades, que nadie le arrebate la posesión de su propio cuerpo. En esos días no ha dejado de visitarla y no hay nada que la mantenga estable, así que su última oportunidad es el Amuleto.

Pero eso no puede decírselo a Elira. Eso se lo traga, igual que lleva tres días tragándose sus esperanzas y sus frustraciones.

—No importa. Venir no ha sido una buena idea. Te dejo que vuelvas a la cama.

Da un paso al frente, al tiempo que le hace un gesto a Elira para que se aparte de la puerta, pero ella se queda en su sitio y alza la barbilla.

—No. Dime para qué quieres al necromante, Astrey.

¿Para qué? ¿Para que encuentre más formas de juzgarlo? Más formas de odiarlo. Ya se ha equivocado al creer que podía pedirle un

favor, pero contarle la verdad sería un error incluso peor.

—Al menos dime lo que planeas esta vez, ya que no me has tenido en cuenta en el resto de tus planes.

«No le dejes ver lo débil que eres».

Los Portadores que confían en otras personas son los que menos duran.

—Me lo debes —insiste ella ante su silencio.

«No».

No.

—¿Para qué quieres saberlo? No te interesa tener nada que ver conmigo, así que no tiene sentido que preguntes.

Es obvio que el comentario se clava bajo la piel de ella, quizá precisamente porque ambos saben que Astrey tiene razón: si quieres dejar de estar atado a una persona, ¿no es mejor no saber nada de ella ni de sus planes?

—Respóndeme. Ibas a ser honesto conmigo, ¿no? No has dejado de repetirme que siempre lo has sido, así que demuéstramelo.

Ante eso él no encuentra la respuesta adecuada. Lleva con la mente en blanco desde que ha entrado en ese cuarto, sin más objetivo que conseguir ayuda, y Elira no ha encontrado ninguna resistencia a la hora de desarmarlo. Solo entonces se da cuenta de que se le ha olvidado ponerse el escudo de su sonrisa, quizá porque está demasiado cansado, demasiado desesperado. De pronto, incluso las voces se callan. Incluso ellas tienen que saber que nada de lo que digan va a sonar más alto que esa petición.

Astrey deja caer la cabeza, derrotado. Cierra los ojos y una parte de él, una que siempre resulta muy pequeña en comparación con las otras dos voces que tiene en la cabeza, le dice que quiere

confesárselo. El secreto que lleva con él le pesa demasiado, incluso si hace solo unos días que lo tiene. Sí, puede que ella lo juzgue, puede que lo mire con horror, que no le vaya a gustar lo que va a escuchar, pero quizá pueda ofrecerle una solución. Ha tenido una cada vez que Nathan necesitaba ayuda. Siempre sabe encontrar palabras de consuelo o un dato sobre el Amuleto que ni siquiera él sabía.

El pulso regular de sus anillos se encarga de llenar el breve silencio hasta que se da cuenta de que los está haciendo chocar, se detiene y dice:

—He resucitado a mi madre.

No abre los ojos después de abandonar el comentario en el aire. No se atreve a mirarla, pero no lo necesita para imaginarse su expresión: la de genuina sorpresa, la que le agranda los ojos y hace que se le ericen un poco las plumas.

—¿Cómo has dicho?

El Portador no se siente más ligero tras la confesión. Si acaso se siente juzgado. No se arrepiente de lo que ha hecho, pero quizá habría procedido de forma diferente si hubiera sabido lo que ahora sabe. Quizá habría estudiado más las crónicas sobre el Amuleto. Quizá habría aprovechado que tenía a Caleb a su lado para hacer más pruebas primero.

—Quería recuperarla. Quería… que algo volviese a sentirse familiar en este lugar y hacer lo que mi padre nunca hizo: usar el Amuleto para otros. Él no la salvó, no quiso, pero yo podía y… la perdí cuando era muy joven. ¿Por qué no iba a salvarla ahora que podía…?

Astrey se atreve a abrir los ojos solo entonces y descubre la expresión desencajada de Elira, su incredulidad. Está claro que ella no se esperaba nada semejante. Tal vez se había preparado para mil escenarios posibles, todos ellos políticos, porque es en lo que primero suele pensar y porque él es el emperador.

Pero antes que emperador es hijo. Es humano. Y quizá sea eso a lo que ella no sabe responder, porque sus brazos cruzados pasan de ser un escudo, una declaración de intenciones, a una manera de mantenerse entera, de abrazarse el cuerpo. Al contrario de lo que Astrey creía que iba a hacer, no le grita. Parece un poco desarmada y el espíritu se pregunta si está pensando en su propia madre, en que ella sabe lo que es echar de menos a una familia perdida de manera injusta. Quizá, pese a todo, pueda entender por qué alguien usaría el Amuleto para recuperarla.

A lo mejor llega a plantearse que ella también lo haría.

La bruja tarda unos segundos más en reaccionar. Aparta la vista al suelo, turbada, y frunce un poco el ceño.

—Pero no ha salido bien —adivina—. Por eso quieres volver a usarlo otra vez.

Astrey también clava la mirada en sus pies.

—No es ella. No del todo.

Es la forma más sencilla de decirlo, pero no cree que las palabras expresen el miedo que empieza a sentir cada vez que entra en su cuarto sin saber qué se va a encontrar al otro lado. Sin poder disfrutar cada vez que es la Linette que recuerda la que le sonríe, la que se preocupa por sus ojeras y le pregunta si está descansando. No puede porque no sabe cuándo se le va a romper la expresión y

va a volver a odiarlo, a insultarlo, a intentar atacarlo, siempre con la misma cara pero con otras personalidades.

Teme que llegue el día en el que Linette se marche y en su lugar solo queden una decena de desconocidos, aunque ni siquiera sabe si eso es posible.

No quiere pensar en qué haría entonces.

—¿Y por qué crees que el Amuleto va a mejorar las cosas? ¿Cómo sabes que no las va a empeorar?

—Porque es imposible que vaya a peor, así que déjame a Shiraz, por favor. Quiero intentarlo. Necesito…

—No puedes encarcelar a ese chico eternamente, Astrey. Sabes que no es justo.

Hace unos momentos le hablaba del encierro de Caleb con enfado, pero ahora aborda el tema con una nueva suavidad. Está seria, sí, pero de pronto intenta convencerlo en vez de discutir, intenta animarlo a que tome la que ella considera que es la decisión correcta.

Solo que no es la decisión correcta para él. No puede rendirse, mucho menos después de todo lo que ha hecho.

«No dejes que tenga poder sobre ti».

Por primera vez desde la Noche de las Bestias, cuando Elira da un paso hacia delante, el instinto de Astrey es retroceder, dejarle claro que no quiere su pena, que no puede aceptarla en medio de esa conversación. Ni siquiera es capaz de racionalizar que lleva días queriendo que se acerque, que debería aprovechar ese gesto para volver a ganársela. Todo lo que tiene en la cabeza es que ella es incapaz de comprenderlo, que no ha visto a su madre, que no sabe lo desesperante que es saber que está ahí, dentro de esa cabeza,

pero no poder alcanzarla. No es consciente de lo descorazonador que es saber que está así por su culpa, porque él ha querido recuperarla y no lo ha hecho bien.

Elira aprieta los labios ante el rechazo, pero no se rinde.

—Escúchame: entiendo qué puede haberte llevado a hacer algo así, pero quizá esta es la señal de que no puedes devolverle la vida a todo el mundo. A veces hay que aprender a vivir con la pérdida. Si tu madre no es quien un día fue, quizá lo mejor sea aceptar que ya no va a volver y…

—No. No lo entiendes. No puedo…

—Astrey…

—¡Tengo que arreglarlo! —estalla. La voz se le rompe contra las paredes, un trueno inesperado en medio de un día de sol. Elira se tensa, sobresaltada—. ¡*Necesito* arreglarlo! —Traga saliva y trata de bajar la voz, de calmarse, de respirar tan hondo como puede—. Necesito… intentarlo. No puede quedarse así, no puedo seguir viéndola así.

Aún no has agotado todas las opciones, Portador. No puedes rendirte ahora, aunque ella no lo entienda.

Astrey asiente casi en un acto reflejo. El Amuleto entiende que su madre lo necesita. El Amuleto está ahí para ayudarlo.

—Te está hablando, ¿verdad?

Astrey tarda un momento en enfocar a la bruja, en ser consciente de que se ha acercado más que ese paso que él ha retrocedido y ahora la preocupación se mezcla con la tensión en su rostro.

—No, yo…

Pero ni siquiera sabe por qué miente, cuando ella sabe la verdad mejor que nadie.

—No sé qué te está diciendo, Astrey, pero no deberías escucharlo —le advierte—. No más que a ti mismo. Puede que yo no lo sepa todo sobre el Amuleto, pero he leído suficientes historias sobre cómo se mete en la cabeza de los Portadores, cómo se aprovecha de su desesperación. Deberías tener cuidado si no quieres terminar mal.

¿Y qué tiene de malo si así consigues justo lo que quieres? Si me hicieras caso, yo me aseguraría de cumplir todos tus deseos. Si me hicieras caso, podrías recuperar a tu madre, a tu padre, a tus hermanos... Podrías recuperar toda la vida que se te arrebató un día. Si tan solo volvieras atrás...

Astrey se lleva una mano al Amuleto en un acto reflejo, como si así fuera a acallar la voz que le late dentro. Da un paso más atrás y sacude la cabeza. Odia no poder pensar. Odia sentirse tan frustrado y vulnerable y…

—Cállate.

Elira avanza los pasos que él ha retrocedido. De pronto, sus dedos están sobre los suyos y Astrey siente la suave presión de sus uñas como una bendición que no se merece. Incrédulo, la mira, y la bruja repara en lo que ha hecho solo entonces. Observa sus manos unidas como si hubiera sido ella quien ha perdido el control sobre sí misma y parece a punto de soltarlo y dar un paso atrás, pero al final respira hondo y afianza su agarre. Su mirada sigue ardiendo cuando enfrenta la de Astrey, pero esta vez su fuego no está hecho para atacarlo.

—Muéstramela. A tu madre. Cuidaremos de ella sin volver a usar el Amuleto. Te ayudaré. Buscaremos otra solución.

Astrey traga saliva, sin saber qué decir. Es todo lo que quiere y, al mismo tiempo, odia estar tan seguro de que lo único que la impulsa a decir eso, a tocarlo, a volver a acercarse, es la lástima. Debe de verlo desvalido, como cuando estaban en Ilan y Fabrice aplastó todos sus sueños y le hizo sentir pequeño e impotente y ella decidió olvidarse de todo por vengarlo. Odia que la historia se repita. Odia haber vuelto a creerse invencible solo para que algo le recuerde que en realidad no tiene tanto poder como le gustaría.

Pero esta vez podrías tener todo el poder del mundo de verdad si te atrevieses a tomarlo.

«Ignórala. No la necesitabas entonces y no la necesitas ahora».

Debería hacerlo. Debería marcharse de esa habitación y continuar con su plan, porque está seguro de que no hay más soluciones que el Amuleto para la suerte a la que él mismo ha condenado a su madre. Debería alejarse y demostrarle a Elira que puede valerse por sí mismo y que es ella quien se equivoca.

Pero entonces la bruja da un paso más hacia él. Le aprieta un poco más la mano.

—Astrey.

Y él, por primera vez desde que subió al trono, se rinde y se aferra a ella. Cierra los ojos, se aísla de todo menos de su voz y la sensación de su garra contra su piel. Escucha el suspiro entrecortado que escapa de esos labios que tantas veces ha besado y desea inclinarse y capturarlo con la boca. En lugar de eso, se acerca solo un paso más y apoya la frente contra su hombro.

Elira se tensa, pero no se aleja.

—Ayúdame. Por favor, Elira, ayúdame.

La princesa de Orlaith no contesta, no se mueve. No hace falta.

Que no se aparte es respuesta suficiente.

ELIRA

La habitación en la que descansa la madre de Astrey se encuentra en otra de las torres del palacio. El nuevo emperador la lleva hasta allí sin mediar palabra y, durante los minutos que tardan en llegar, el castillo se mantiene inmutable, como si supiera que su gobernante necesita tiempo para mentalizarse antes de alcanzar su destino. Elira le permite aferrarse a ella durante todo el trayecto, aunque los dedos que se estrechan contra su garra se sienten extraños después de todos esos días evitándolo. Debería haber seguido haciéndolo. Debería haberle cerrado la puerta en cuanto apareció e ignorar la forma en la que gritaban sus ojos grises. Debería haberle cruzado la cara con las uñas en cuanto admitió que había vuelto a utilizar el Amuleto y marcharse de ese palacio para no volver.

Pero no ha podido. No cuando Astrey parecía a punto de perder la cabeza, desesperado como no recuerda haberlo visto en mucho tiempo. No cuando le ha parecido que, si le daba la espalda, la próxima vez que lo viese no habría ni rastro de la persona que un día conoció. No después de ver el mundo que está empezando a construir. No después de tener la sensación de que todavía había

espacio para salvar, al menos, parte de su alianza. Porque todavía lo reconoce, aunque no vaya a admitirlo en voz alta, y no quiere que desaparezca. No quiere que se convierta, de verdad y sin remedio, en un desconocido.

No quiere que sea un desconocido. Solo quiere poder tratarlo como tal.

No quiere que sufra a menos que sea ella quien le haga las heridas.

Astrey se detiene frente a una puerta después de que suban una infinidad de escaleras. Sus dedos se aprietan un poco más alrededor de su mano y Elira se fija en él, en lo pálido que está, en las ojeras que tiene. Sus labios están cortados, como si se los hubiera despellejado al mordérselos demasiado. Se pregunta cuánto habrá dormido últimamente. Quizá parte del nerviosismo que demuestra venga de ahí y no solo de lo que esconda ese cuarto.

—Ten cuidado. —Astrey nunca duda al hablar, pero de pronto titubea—. No es consciente de lo que hace.

Elira no sabe si lo que quiere decir es que trate con cuidado a la mujer que aguarda al otro lado de la puerta o que se proteja a sí misma, como si en esa habitación esperase algún peligro impredecible. No pregunta, solo le aprieta la mano un segundo más. Es un intento de animarlo, de recordarle que ha prometido ayudarlo, pese a todo. Podrán seguir luchando después. Podrán volver a las discusiones, a los reproches y a las ganas de clavarse los dientes, con rabia o con anhelo o con las dos.

Si la viera, Denna le diría que está siendo irracional. Que está volviendo a dejar que esa serpiente se le enrede al cuerpo y que,

cuando menos se lo espere, va a encontrarse a sí misma sin aire y con la cabeza entre sus fauces.

Ni siquiera podría llevarle la contraria.

La expresión de Astrey grita un sinfín de cosas que Elira no consigue descifrar, porque hay demasiadas al mismo tiempo. Miedo. Anhelo. Agradecimiento. Cansancio. Frustración. Cuando alza una mano, Elira está segura de que va a tocarla. Va a rozarle el rostro, el pelo, las plumas, y quizá ella se lo permita. Solo porque es obvio que él lo necesita, no porque ella eche de menos sus caricias. Solo porque un roce es un precio que puede aceptar si es para ofrecerle un poco de calma, aunque no se la merezca. Aunque él mismo se haya buscado todo ese dolor.

No lo hace. Astrey aparta la vista y deja caer la mano sobre la puerta, que se abre sola tras un par de golpes sobre la madera.

El dormitorio al otro lado es enorme y da la impresión de ser todavía más grande al estar casi vacío. No hay mucho más que una cama deshecha, con altos postes de madera tallada pero sin cortinas, como si alguien las hubiera arrancado. Tampoco hay nada que cubra las ventanas, así que la luz de la mañana se desparrama por el cuarto, brillante y cálida, e ilumina a la figura que se sienta sobre el lecho. Resulta casi divina, bañada por los rayos de sol, y a Elira le recuerda a Astrey de inmediato. Lo ve en sus cabellos pelirrojos, en las pecas que le espolvorean la piel como salpicaduras de pintura, en los ojos grises que se fijan en ellos y destellan con reconocimiento. Lo ve incluso en su sonrisa, aunque la de Astrey suele ser peligrosa o anunciar un juego y la de la mujer que tienen delante es amplia y alegre como la de una muñeca.

—¡Sera! ¿Dónde estabas?

La mujer se pone en pie. Lleva un libro entre las manos que estaba leyendo cuando han entrado y que ahora aprieta contra su pecho. Elira le lanza un vistazo al brujo. Ese nombre no es con el que ella lo conoce, nunca se lo ha mencionado antes, y no tiene ni la menor idea de si a él le gusta volver a escucharlo o lo odia. No parece molesto, solo nervioso, a juzgar por cómo juega con sus anillos y por la sonrisa que no le llega del todo a los ojos.

—Tenía cosas que hacer. —Su mirada vuelve a encontrarse con la de Elira antes de que respire hondo y se acerque un paso más hacia la mujer—. Quería… presentarte a alguien, mamá. Esta es Elira. Elira, esta es Linette.

Linette. Astrey tampoco le había mencionado nunca el nombre de su madre. De ella solo sabía que murió cuando él era muy joven, igual que su padre. Aunque el espíritu lo sabe todo de su familia, aunque ella le hablado mil veces de su madre y de su hermana, ahora se da cuenta de lo poco que incidía él en la suya y de la elegancia con la que cambiaba de tema cuando no le interesaba profundizar más. Elira había dado por hecho que era incomodidad, incluso dolor. Una pena que no quería afrontar. Al único que mencionaba de vez en cuando era a su tío, ese hombre con el que creció después de quedarse huérfano, pero tampoco hablaba demasiado de él.

Se pregunta si ahora que está todo dicho, ahora que la verdad de su familia ha salido a la luz, estará dispuesto a contarle por lo que antes solo se atrevía a pasar de puntillas. Quizá no. Quizá ni siquiera ahora le deje ver quién es en realidad. Quizá nunca deje de taparse el rostro con una máscara y el pasado con un disfraz.

La sonrisa de Linette la distrae. La mujer la mira con curiosidad, como si fuera algo fascinante, y aprieta un poco más los brazos alrededor del libro.

—Eres preciosa, ¿te lo han dicho alguna vez? —Su mirada vuelve a su hijo y su sonrisa le recuerda todavía más a la de Astrey cuando se convierte en algo juguetón—. ¿Es tu novia? ¿Por eso me la presentas?

Elira nota que se le encienden las mejillas, pero se alegra de no ser la única. Astrey se ruboriza, abre mucho los ojos y levanta las manos, más apurado de lo que lo ha visto nunca.

—No, no. Es… Bueno, ella es…

Nada. No es ni amiga ni amante ni aliada.

Aunque lo han sido todo, ya no son nada.

El pensamiento le encoge el pecho, le clava en el corazón algo más afilado incluso que sus uñas, así que dibuja su mejor sonrisa para evitar el tema.

—Es un placer conocerla, Linette. Su hijo me ha hablado mucho de usted.

—¿Mi hijo? —La mujer se vuelve hacia ella, confusa—. Yo no tengo ningún hijo: solo tengo a Sera.

Astrey hace un mohín y Elira se muerde la lengua, consciente de que tenía que haber elegido otras palabras. Cuando intercambia una mirada con el emperador, sin embargo, él niega con la cabeza para que no se preocupe.

—Todavía no he tenido tiempo de explicárselo.

—¿Explicarme qué? —Linette pasa la mirada de uno a otro y, de pronto, abre mucho los ojos. Se lleva una mano a la boca antes de girarse hacia Astrey, como si acabara de comprenderlo todo—. ¡Oh!

¡Oh, dioses! ¡Lo siento! ¿Eres…? ¿Eres un hombre ahora? O sea, no *ahora*, claro, pero… ¡Lo que quiero decir es que está bien si es así! No quería… ¡Te quiero igual, Sera! Aunque quizá ya no te llames Sera… Lo siento, solo no…

La mujer parece muy apurada y Astrey la observa con los labios entreabiertos, sorprendido, sin saber qué decir ni cómo reaccionar. Después, sin embargo, llega la sonrisa. Se le deshace en la boca, le destella en los ojos, y Elira siente que lo que se le estaba clavando en el corazón se hunde un poco más. Nunca lo había visto así, tan conmovido. Nunca le había visto una sonrisa tan sincera, a medio camino entre la diversión y la ternura.

El espíritu da un par de pasos hacia delante y alza la mano para acariciar el pelo de su madre con suma delicadeza. Le saca una cabeza, así que Linette tiene que alzar la barbilla para mirarlo, profundamente avergonzada.

—Tendría que haberlo sabido. Pero, bueno, no pensé… no se me ocurrió…

—Está bien, mamá. —A Astrey se le escapa una risa que hace que Elira se abrace el cuerpo. No es capaz de dejar de mirarlo y se siente ridícula por ello. Desarmada. Indefensa—. No soy un hombre, pero tampoco una mujer. Ya hablaremos de ello. Ahora me llaman Astrey, pero tú puedes seguir llamándome Sera. No pasa nada. Trátame como prefieras.

La mujer se muerde la pequeña sonrisa que esboza para él.

—Astrey, ¿eh? —Su mirada cae hasta el ejemplar que lleva en las manos—. Como en…

No llega a terminar la frase. Su mirada se desenfoca y su expresión no es la única que cambia entonces. Astrey es consciente

de que algo va mal antes incluso de que su madre vuelva a reaccionar, así que se aparta rápido. La sonrisa se le pierde, los ojos se le apagan, y la precaución y la frustración aparecen en su cara.

Es solo un instante antes de que Linette alce de nuevo el rostro. Elira se queda sin aire en cuanto la ve, porque en esa expresión no hay nada de la mujer que estaba con ellos hace solo unos segundos. Aunque el cuerpo sigue siendo el mismo, la dulzura, la alegría y la vergüenza han sido sustituidas por el desprecio y la rabia. Su sonrisa ha desaparecido y, en su lugar, sus labios se repliegan para enseñar los dientes.

El gruñido que emite ni siquiera es humano.

—¡Astrey, cuidado!

La advertencia llega al mismo tiempo que Linette lanza el libro a un lado y se echa hacia delante como si fuera una bestia en lugar de una persona. El brujo, por suerte, actúa rápido: se aleja de Linette con un movimiento fluido y levanta las manos para que la magia cambie la habitación a su antojo. Antes de que la mujer pueda volver a intentar alcanzarlo, los postes de la cama se retuercen, se lanzan a por su figura y la inmovilizan, se convierten en grilletes de madera que la mantienen aferrada por mucho que ella se revuelva para intentar escapar.

—¡Suéltame, desgraciado! —gruñe—. ¡Hijo de mil putas! ¡No puedes encerrarme aquí! ¡Suéltame!

Astrey no responde. Tiene los ojos entrecerrados y en ellos Elira puede distinguir una tormenta que comprende perfectamente. A esto era a lo que se refería con que su madre no era ella, que no sabe lo que hace, que había que tener cuidado. Ese es el cuerpo de Linette, pero a la vez no es solo ella, y le parece… horrible. Una

pesadilla que no querría vivir jamás, ni desde dentro ni desde fuera. No querría ser ella, perdida en su cabeza, en identidades distintas, en vidas distintas, pero tampoco querría ser Astrey, obligado a verlo, a ser consciente de que ese resultado lo ha provocado él mismo.

De pronto, entiende que esté sufriendo. Entiende que esté tan desesperado y que quiera solucionarlo sea como sea. La cuestión es si hay solución para algo así. Ha leído algunas historias semejantes, pero eran sobre todo rumores y cuentos, nunca crónicas fiables. A veces, con el Amuleto, resulta demasiado difícil desentrañar qué es leyenda y qué es realidad.

Elira toma aire y da un paso hacia delante. Cuando extiende las manos, lo hace en actitud inofensiva, mostrando las palmas para parecer menos amenazadora.

—Tranquila —dice con suavidad—. No queremos hacerte daño.

La mujer la ignora. Se sigue debatiendo, maldiciendo, ajena a su intento de calmarla. Hasta que se detiene. Lo hace de golpe, una vez más. Se queda callada, con esa mirada apagada, como si se hubiera quedado completamente en blanco… y, cuando vuelve, es distinta de nuevo. En su expresión ya no hay rabia, solo confusión y, después, miedo al darse cuenta de que está atrapada. Su respiración se acelera y sus pupilas se dilatan mientras trata de zafarse.

—¿Qué está…? No. No. —Cuando su mirada se encuentra con Elira, el terror en su expresión es todavía mayor—. Aléjate de mí, demonio. Suéltame. No te acerques.

Elira se queda muy quieta, consciente de que avanzar más puede ser un error.

—No soy peligrosa. No voy a hacerte nada…

Pero ella no la escucha. Los labios que hace unos minutos estaban sonriendo se mueven ahora para comenzar a recitar versos que Elira reconoce como el conjuro de exorcismo de los celestiales. Las plumas se le erizan por instinto, su demonio se revuelve dentro de su cuerpo, pero no pasa nada. Fuera quien fuera esa persona en el pasado, ahora no es celestial, así que sus palabras no surten ningún efecto.

Una mano le aferra el brazo y Elira alza la vista, sobresaltada. Astrey tiene los labios apretados y una tormenta truena en sus ojos.

—Ya lo has visto. Vámonos.

No quiere estar ahí. Lo tiene escrito por toda la cara.

—No podemos dejarla así.

—Está así todo el tiempo, Elira. —Astrey aprieta un poco más, aunque Elira no sabe si es para tirar de ella o para aferrarse a algo —. Vuelve durante unos minutos y después se marcha otra vez. En tres días ha sido más personas de las que puedo contar. Salta de una a otra y no es capaz de recordar lo que pasa con la anterior. Con algunas soy capaz de razonar, pero con la mayoría…

Linette calla de nuevo y los dos se fijan en ella en cuanto escuchan el silencio. Otra vez esa mirada perdida. Otra vez ese instante de quietud antes del cambio. A Elira le recuerda a la lucha que algunos brujos tienen con sus demonios, pero los demonios al menos pueden acceder a todas las memorias del cuerpo que ocupan y, del mismo modo, los brujos pueden ser conscientes de cada cosa que haga el ser que han aceptado en su interior. En este caso no hay ninguna continuidad. No hay recuerdos compartidos, solo un laberinto que recorren muchas personas perdidas y del que ninguna es capaz de salir.

La mujer vuelve a alzar la vista. Entrecierra los párpados y después la expresión se le llena de pena, los ojos se le anegan de lágrimas. Hay tanta tristeza en esa cara que Elira le entran unas repentinas ganas de llorar. Astrey sigue teniendo la mano alrededor de su brazo, reteniéndola, pero ella se suelta con cuidado.

—Elira, por favor.

La voz de Astrey es una súplica que ella ignora. Avanza con pasos delicados, esperando un nuevo cambio, un insulto o un grito, pero la identidad que ahora ocupa el cuerpo de Linette solo la sigue con esos ojos tristes, agotados. Cuando se pone frente a ella y alza la mano, queda claro que la mujer no teme sus garras, sus uñas alargadas.

—Está bien —murmura Elira, mientras le roza la mejilla con el dorso de los dedos—. Estás a salvo.

Una lágrima solitaria se desliza por la cara de Linette. Su respuesta es un susurro, de nuevo con un tono distinto, un acento diferente:

—Dejadme volver al ciclo.

Elira aprieta los labios, sin saber qué responder.

Tras ella, Astrey le da la espalda y se marcha del cuarto.

ASTREY

La puerta se cierra tras Astrey con un golpe definitivo y él todavía avanza unos cuantos pasos más antes de detenerse de manera abrupta. Las palabras de su madre (no, no de su madre, de una de las muchas personas desconocidas que se han apoderado de su cuerpo) todavía le resuenan en los oídos y le enfrían el cuerpo. Ante los gritos puede blindarse, puede ignorar los insultos y los deseos de muerte, pero las súplicas como esa son mucho más difíciles de afrontar. Las súplicas se quedan con él, anidan en su pecho y se convierten en pesadillas en cuanto cierra los ojos.

Sus pasos se detienen en las escaleras que descienden de la torre. No puede seguir huyendo, porque no tiene ningún sitio al que ir. Y tampoco tiene fuerzas para hacerlo. Por primera vez desde que está en Damira, permite que el peso de la culpa y el cansancio tiren de él hacia abajo y se sienta en los últimos peldaños. Aguarda, sin saber muy bien a qué. Se hace pequeño, tan insignificante como se siente pese a que debería ser la persona más poderosa de Evren, puede que incluso del mundo. Oculta la cara entre los brazos, pero, aunque quizá llorar lo haría sentir mejor, ni siquiera es capaz de eso. La pena lo deja ahí, paralizado, mientras su demonio lo muerde por dentro,

le dice que se levante, trata de zarandearlo, y el Amuleto le susurra que todavía puede volver atrás, que puede arreglar el desastre en el que está metido, que no tenga miedo de usarlo.

Astrey trata de ignorarlos a ambos. Cierra los ojos, pero esta vez no cuenta el tiempo en minutos o en latidos. Ni siquiera en el pulso errático del tintineo de sus anillos.

Al final, la puerta se abre a su espalda. Escucha los pasos de Elira antes de que se siente a su lado, con cuidado de dejar una distancia abismal entre ellos. El brujo vuelve la vista hacia ella y frunce el ceño, confuso, al darse cuenta de que tiene entre las manos el libro que su madre lanzó al suelo justo antes de abalanzarse sobre él.

No es un tomo cualquiera. Astrey lo dejó en el cuarto con la esperanza de que algo del pasado, algo compartido, pudiera hacer que recordase. Tenía la esperanza de que los buenos recuerdos se quedasen, que pudiesen vencer a lo que fuera que estuviese arrastrándola al fondo de su propia mente.

Ahora es consciente de la forma estúpida en la que te hace comportarte a veces la esperanza.

—No es casualidad que el protagonista se llame como tú, ¿verdad? —murmura Elira.

Casi siente ganas de sonreír. Siente que nada de lo que ha hecho nunca es una casualidad, pero quizá lo que ella no espera es que pueda pecar de sentimental. Su mirada cae sobre la cubierta. El tomo es granate, sencillo, pero el título destaca, escrito en oro: *Astrey Roschart y el dilema de los mil brujos.* Las páginas están desgastadas por el uso, aunque está seguro de que nadie después de él lo ha cogido de la biblioteca. Los estantes se lo tendieron en

cuanto pensó en él, pero debía de llevar años sin que nadie lo leyera, porque cuando lo recuperó estaba lleno de polvo.

—Era mi libro favorito cuando vivía aquí. Uno de mis hermanos solía leérmelo y luego yo le contaba a mi madre todo lo que le había pasado al protagonista. Esperaba el momento de salir al mundo a vivir mis propias aventuras.

Eso, al menos, cuando era pequeño. En su cuarto, sentado en la cama o en el suelo junto a Valerick, soñar con aventuras, con buscar tesoros y resolver misterios había sido sencillo. Incluso en Arsay lo había sido, rodeado de bosques infinitos, con un niño de su mano que creía todas sus palabras. Astrey había desenterrado algunos de aquellos relatos para Caleb, susurrados a la luz de una vela moribunda. Pero luego, cuando consiguió su demonio, los sueños de aventuras murieron con su infancia. Y en Ilan, más tarde, la realidad lo golpeó con demasiada fuerza y él estaba demasiado ocupado como para seguir persiguiendo hazañas.

—No lo conocía. —Elira lo mira de reojo—. ¿Me lo prestarías?

Una parte de él quiere decirle que no, que no le va a gustar. Quiere quitarle importancia, reírse, dejarle claro que el protagonista de esas historias y él no tienen nada en común. Otra parte quiere asentir. Quiere decirle que se fije en todos los nombres que hay apuntados en la primera página, porque esos son todos los hermanos Brynsen que se enamoraron de esas líneas. Quiere contarle la historia de cada uno, pero sobre todo la del último, el que está escrito con la peor caligrafía y que hizo trampa porque prefería escuchar a hacer el esfuerzo de leer.

—¿Por qué? ¿Qué esperas encontrar?

La princesa de Orlaith se encoge de hombros.

—Supongo que una buena historia.

Hace que suene simple, a que solo quiere una lectura para antes de dormir, pero ambos saben que no es la historia de ficción la que le interesa. Elira siempre se ha sentido más fascinada por lo que tiene raíces en el mundo real, siempre le ha gustado descifrar las pistas y hacer equilibrismo sobre el hilo que separa lo imaginario de lo histórico.

—No creo que te guste —susurra.

—No lo sabremos si no lo leo.

El Portador baja la vista a su propio regazo. A los anillos que, sin quererlo, ha empezado a entrechocar de nuevo.

—De acuerdo. Llévatelo.

El silencio cae sobre ellos. Por el rabillo del ojo, ve a Elira abrazarse al libro. Él, por su parte, aprieta los puños para acallar sus gestos nerviosos. Es también una forma de detenerse antes de estirar la mano y alcanzar la garra de la bruja, a la que se aferraba antes de entrar en el cuarto. Sabe que, si se deja arrastrar por la tentación, solo va a incomodarla. No va a ser tan sencillo volver a lo que tenían antes. La herida que se ha abierto entre ellos no va a cicatrizar así como así. Puede que parezca que ha empezado a sanar, pero Astrey es consciente de que es solo una ilusión creada por la necesidad, por lo que han visto juntos en ese cuarto.

Elira siente pena por él, igual que puede sentir pena por cualquiera a quien vea en un aprieto. Igual que sintió pena por Nathan.

Y, aun sabiéndolo, siendo consciente de que en el pasado quizá se habría aprovechado de ello, en ese momento no puede. Lo único que es capaz de decir, tan bajo que su voz apenas parece real, es:

—Gracias. Por venir hasta aquí, por… verla. —Por no huir, al contrario que él, que ha salido de ese cuarto superado por la situación más veces de las que puede contar—. Por ofrecerte a ayudarme.

La fuerza con la que la bruja aferra el libro pronto hará que sus uñas dejen muescas en la encuadernación, pero ni siquiera debe de ser consciente de ello. Astrey está convencido de que va a decirle que no sabe cómo solucionar el problema de su madre. Va a decirle que se lo merece, por jugar con el Amuleto. Va a dejarle claro que quiere marcharse, que no va a ayudarlo más, que está harta de no saber qué esperar de él pese a que creía conocerlo mejor que nadie.

No lo hace. Tan solo se queda ahí, a su lado, en un silencio compasivo, mientras ambos se observan de soslayo. Sus cuerpos no se rozan, pero, aun así, a Astrey le parece que hay una caricia en la mirada que comparten, que por un momento todo vuelve a su lugar, que el tiempo se mueve y cambia y que ellos lo hacen también y, de pronto, son más jóvenes, aunque no más inocentes. Por ese instante, ni siquiera están ahí, en Damira, sentados en esas escaleras, sino que han vuelto a Ilan, a una de esas noches que eran solo suyas, a cuando todavía se lanzaban preguntas y debatían sobre filosofía y política y construían utopías; a cuando se intercambiaban cartas en las que se abrían el pecho y se podía leer entre líneas lo mucho que deseaban extender las manos y tocarse.

Y después, Elira suspira y aparta la vista. El presente cae sobre ellos.

—Los vi marcharse.

—¿Qué?

Astrey parpadea, confundido, pero ella deja el libro en su regazo y fija la mirada en la cubierta, concentrada en las letras doradas y los arabescos.

—Salieron del palacio en medio de la noche —murmura—. Los vi. Y los dejé marchar. No los liberé, pero tampoco hice nada para evitar que huyeran. Y no me arrepiento, Astrey.

Está hablando de sus prisioneros, aunque el emperador tarda demasiado en comprender ese detalle, igual que tarda demasiado en darle sentido a lo que le está contando. Porque no tiene ninguna lógica. Que consiguieran escapar en medio de la noche o que ella les ayudara al no hacer nada.

«Ella es la culpable. Como siempre».

El demonio dentro de él está rabioso, cada palabra es un gruñido, pero Astrey ni siquiera es capaz de enfadarse. Le gustaría hacerlo. Le encantaría volcar sobre Elira toda la frustración que siente, pero está demasiado cansado, demasiado incrédulo.

—¿Por qué me lo cuentas?

No le pregunta por qué lo hizo: eso lo sabe. Desde la Noche de las Bestias demostró estar en contra de mantener a Caleb en una celda, se lo ha repetido hace tan solo un rato. Por supuesto que iba a ayudarlo si tenía oportunidad. Por supuesto que iba a ponerse en su contra después de sentirse tan engañada y traicionada, sobre todo si eso significaba hacer algo justo, algo mejor.

—Porque ahora estás siendo honesto conmigo, así que supongo que yo también debo serlo.

¿Cómo no se ha dado cuenta antes? ¿Cómo ha podido ser tan ingenuo como para pensar que ella no se vengaría de él en cuanto pudiera? Elira puede ser impulsiva, pero también estratégica. Que no

decidiera atacar desde el primer momento nunca significó que no fuera a tomarse la justicia por su mano en cuanto tuviera la oportunidad, y sus garras no son la única manera en la que puede hacer daño. Su cabeza siempre ha sido mucho más temible.

A Astrey se le escapa una risa corta, incrédula, amarga. A pesar de todo, la admira como solo se puede admirar a un contrincante.

—Lo has hecho por venganza. —Y, en realidad, en cuanto la acusa, se da cuenta de que no es tan sencillo, que nunca lo ha sido. Elira es complicada, a veces incluso contradictoria. Es la mujer que lleva toda su vida obsesionada con el Amuleto del Tiempo, pero nunca ha pensado en usarlo. Es la mujer que ansía un trono, pero jamás ha intentado tomarlo por la fuerza. Es la mujer que más lo desprecia, la que más discute con él, la que más en contra está de todo lo que está haciendo, pero sigue ahí, cerca, al alcance de su mano, y ha sido la primera en brindarle su ayuda en cuanto la ha necesitado—. ¿O lo has hecho por justicia? ¿En qué estabas pensando? Explícamelo, porque no lo entiendo.

Elira se encoge de hombros, tranquila. Sin arrepentimientos, como le ha dicho. No le importa haber desbaratado sus planes: puede que incluso esté satisfecha de ello.

—Estaba pensando en las dos —admite—. Venganza y justicia.

Las mismas razones por las que él asesinó a Iraides, por las que ella mató a Fabrice. Las mismas razones por las que él ha llegado hasta ahí.

Astrey aprieta los labios, pero calla, tan molesto como fascinado. Puede que él también sea contradictorio. Puede que odie a esa mujer y que quizá precisamente por eso la adore. Porque es la única persona capaz de hacerle daño y curarle las heridas a la vez. Es la

única capaz de castigarlo y al mismo tiempo hacerle sentir agradecido.

Son iguales, están hechos de lo mismo.

Y que Elira se quede a su lado significa que ella también lo sabe.

DYNE

Dyne ha estado encerrada varias veces antes. La primera vez que la atraparon en medio de una misión fue en Orlaith, junto a Derek. Les habían encargado robar un collar bastante valioso de una de las casas nobles del lugar, pero los atraparon y los metieron en la cárcel, no sin antes propinarles una buena paliza. Apenas estuvieron allí una noche. Consiguieron escapar en cuanto fueron capaces de engañar al guardia que los velaba para que se acercase un poco. Después de aquella ocasión, vinieron algunos encierros más: una ocasión en Calais, otras dos en Eirwynn, donde dejaron de aceptar misiones por las temperaturas y la brutalidad de sus soldados. Hasta el momento, su peor experiencia había sido allí, en una fría celda en la que llegó a pensar que morirían congelados.

Nunca se imaginó que el Sacro Reino pudiera ser mucho peor.

No sabe cuántos días lleva ya en esa celda, pero sí que está segura de no poder aguantar muchos más. Desde que la atraparon, las torturas se han sucedido una tras otra, con lapsos de descanso y recuperación que solo sirven para que al menos esté consciente cuando los guardias vuelven a por ella. Hace mucho que los castigos no tienen nada que ver con la información: lo único que quieren es

que sufra y que acepte convertirse a su fe. Eso es lo que le ha estado ofreciendo la Suma Celestial en las últimas sesiones de tortura: si admite que Destino es el único dios que importa, este será misericordioso. La ejecutarán de todas formas, pero podrá salvar su alma al convertirse en un celeste.

Como no acepta, supone que van a matarla lo más lentamente que puedan.

Tiene el cuerpo lleno de heridas profundas que en el mejor de los casos están sanando mal y, en el peor, se han infectado. Está segura de que está enferma, porque se siente febril y mareada. Le dan de comer y beber lo justo para que no muera de sed ni inanición, pero apenas tiene fuerzas. En los delirios que ahora llenan sus días, se imagina que al menos consigue convencer a Muerte de que su vida sirva de compensación por la traición de Derek, pero su diosa no ha vuelto a visitarla y duda que esté orgullosa de su fracaso. También piensa en Caleb, en Ishtar. En cómo estarán y qué habrá sido de ellos. Odia no tener noticias de ellos. No sabe nada de lo que está pasando más allá de esa celda y de la sala de torturas y ella, acostumbrada a espiar, a escuchar, a saber, se siente ciega ante esa situación.

Tampoco sabe nada de Ammarah. No ha vuelto a dejarse ver por los calabozos y se pregunta si la reina es consciente de lo que le están haciendo. Quizá sí. Quizá ella misma decida las torturas. Al mismo tiempo, le resulta inconcebible que la muchacha que ha conocido sea quien haya ordenado que la rajen, le arranquen el pelo y la golpeen o que le corten un dedo por cada ocasión en la que se niega a consagrarse, como ha pasado últimamente. Van tres. Dos en la zurda, uno en la diestra. Supone que esa noche igualarán las dos

manos. La parte positiva es que no cree que resista hasta que se las corten enteras: morirá antes.

Como en la celda nunca entra luz y las pocas comidas que le sirven suelen suceder en momentos aleatorios, lo único que la ayuda a medir el tiempo es la hora a la que la torturan. Siempre comienza igual: con la visita de la Suma Celestial. Después, cuando se la llevan al potro, a la silla o la garrucha, le habla de perdón y arrepentimiento, de la calma después del sufrimiento, como si en vez de en una cámara de torturas diera un sermón en su preciada basílica.

Al principio, Dyne se burlaba de ella. Las dos últimas veces ya no ha sido capaz, por mucho que le gustaría seguir respondiéndole. La detesta. Le encantaría poder destruirla poco a poco, justo como están haciendo con ella. Primero haría trizas su medallón y después le cortaría la lengua para que no pudiera seguir envenenando a otras personas. A continuación, se encargaría del resto del cuerpo. Fantasea con hacerle todas y cada una de las cosas que le hacen a ella y al menos en esa locura encuentra algo de consuelo.

Dyne escucha unos pasos que se acercan y se tensa, convencida de que el descanso ha terminado, el tiempo se le ha escapado y ya es hora de volver a sufrir. Una luz se cuela por debajo de la entrada, por el hueco diminuto que hay y, un instante después, la puerta se abre. Le cuesta un poco que los ojos se le adapten a la luminosidad y se siente al límite de la consciencia, así que tarda en distinguir la figura que se dibuja bajo el dintel.

Ammarah de Daiva abre mucho los ojos al verla.

—¿Qué significa esto?

Suena horrorizada y Dyne piensa que eso no tiene ningún sentido, pero, al mismo tiempo, por supuesto que lo tiene. Cierra los ojos. Aunque esa mujer también es su enemiga, aunque sigue teniendo órdenes de matarla, no puede evitar relajarse un poco.

—¿Majestad? —La voz del guardia que la acompaña suena confusa—. ¿Hay algún problema?

—¿Vosotros le habéis hecho esto? ¿Con qué derecho?

Debe de tener un aspecto verdaderamente terrible si Ammarah está tan alterada. El pensamiento es tan irracional, tan absurdo, que le da ganas de reírse de sí misma. Lo haría si no le doliera tanto la cara.

—Son órdenes de la Suma Celestial, majestad. Ella misma está supervisando las torturas. Pensamos… Pensamos que lo sabíais.

Dyne vuelve a abrir los ojos solo para comprobar la expresión de la joven reina. Al principio parece confusa, incrédula, y después llega la furia. Su rabia no es especialmente llamativa, no es ni vehemente ni explosiva, sino templada y silenciosa. Es de las que arden a fuego lento y la vuelca sobre su vestido cuando se agarra las faldas, pero no permite que le cambie demasiado la cara. La han educado para ser contenida, al fin y al cabo. Para mantenerse estoica, incluso si por dentro se siente perdida o rota.

—Déjanos solas.

—Majestad, no creo que…

—Déjanos solas —repite con más fuerza—. Es una orden de tu reina. ¿Vas a cuestionarla?

No hay más protestas. El hombre se apresura a agachar la cabeza, deja la antorcha que lleva en la mano en uno de los apliques de la pared y se retira.

Dyne echa la cabeza hacia atrás. Todo le da vueltas, pero aun así se esfuerza por mantener los ojos abiertos para poder ver bien a la reina de los celestiales.

—¿Qué haces aquí, Ammarah?

La expresión de la muchacha se endurece.

—Creo haberte dicho que no tenías ningún derecho a pronunciar mi nombre, asesina. Del mismo modo, no tienes derecho a dirigirte a mí a menos que yo te dé permiso. Soy yo quien hace las preguntas aquí.

Dyne deja escapar una risa, aunque el tirón que siente en el pecho y en el estómago hace que se arrepienta de inmediato. La carcajada acaba en tos, pero se apresura a tomar aire y sacude la cabeza.

—¿Qué más quieres saber? Tus lacayos se han dedicado a arrancarme hasta el último de mis recuerdos estos días. A estas alturas sabéis más de mí que yo misma. Aunque, claro, quizá no hayan compartido contigo toda la información, dado que parece que tampoco sabías que me estaban tratando de manera tan… amable.

La reina aprieta los labios, frustrada, pero se niega a seguirle el juego. No le deja saber cuánto han compartido con ella y cuánto no.

—He estado pensando en lo que dijiste.

—Vas a tener que ser un poco más concreta, Amma…

—*Majestad* —gruñe la reina—. Me tratarás con el debido respeto u ordenaré a los guardias que vuelvan a entrar. Y no sé mucho sobre torturas, pero me basta con mirarte para saber que no podrás aguantar muchas más.

Dyne hace un mohín. Una parte de ella quiere seguir provocándola y masticando su nombre, pero sabe que no está en condiciones de

jugar más de la cuenta. Además, prefiere tratar con la reina de los celestiales que con la líder de la Hermandad.

Así que calla, frustrada, y deja que la muchacha continúe:

—Fue tu diosa quien ordenó mi muerte y la de mis tíos, ¿es así?

—Sí.

—Sí, ¿qué?

Dyne resopla.

—Sí, *majestad*.

Ammarah alza la barbilla, satisfecha, aunque no se permite sonreír.

—Mis lacayos, como tú les llamas, me han dicho que fue parte de un pacto para salvar a un amigo tuyo. Uno de los atacantes de la basílica.

—Si solo habéis venido para que os repita lo que ya sabéis…

—Pero no me han explicado por qué intentaste salvarme a mí. —Dyne calla ante la interrupción y Ammarah entorna los ojos. La luz de la antorcha lanza sombras por toda su expresión—. Eso fue lo que dijiste el otro día. Que no querías matarme a mí. Que intentaste evitarlo. ¿Por qué?

Dyne observa a la mujer que se alza ante ella, mucho más imponente de lo que la recuerda. No sabe cuántos días han pasado desde que la vio, pero le parece distinta, más grande, más peligrosa. Quizá solo sea a causa de la fiebre y el cansancio, o tal vez en todos esos días a ella la han roto en mil pedazos mientras que Ammarah se ha dedicado a repararse.

—¿Importa? ¿Vas…? ¿Vais a liberarme por haber tenido reparos?

—¿No ha quedado claro que no eres tú la que hace las preguntas? Respóndeme.

La necromante entrecierra los ojos, pero se acomoda todo lo que los grilletes le permiten. Tiene uno en cada muñeca y otro en el pie izquierdo.

—Os habría matado sin contemplaciones si mi diosa me lo hubiera ordenado el día del ataque en la basílica —responde. Ammarah frunce los labios, pero permanece en silencio—. No me importó matar a ninguno de los que cayeron ese día, ni a vuestra amiga poco después. Vos lo habéis dicho: soy una asesina. Llevo siéndolo tantos años que para mí matar es algo tan natural como vivir. Como todo, el asesinato es solo una cuestión de práctica. Cada persona con la que acabas es menos difícil que la anterior.

—¿Cómo puedes…?

Esta vez es Dyne quien la interrumpe a ella:

—Pero por lo general mato a personas que no conozco, Ammarah —dice, y esta vez no se detiene cuando la reina aprieta los puños, molesta al volver a escuchar su nombre—. Personas de las que como mucho sé cómo se llaman o pequeños detalles, como si tienen familia o si han cometido algún delito. Por lo general, lo descubro todo sobre ellas cuando ya no respiran, cuando les robo la identidad, pero entonces ya es demasiado tarde para sentir lástima.

La reina hace un mohín de desagrado.

—¿Así que por eso no querías matarme? ¿Porque te di lástima?

—Porque te conocí. —Dyne se encoge de hombros, consciente de que es una razón demasiado pequeña, demasiado sencilla—. Porque he convivido contigo todos los días durante los últimos meses y hasta los asesinos podemos sentir cierta debilidad por una persona con la que hemos compartido tanto tiempo.

—Eso no tiene ningún sentido. —Ammarah da un paso hacia delante, con los puños todavía apretados—. Precisamente porque has estado cerca de mí sabes mejor que nadie que no me merezco esa debilidad. Deberías… Deberías haberme matado a mí primero. Deberías haberte *alegrado* de que te ordenaran acabar conmigo. Mandé que masacrasen a los tuyos. Mandé que convirtieran a cualquier persona que quisiera vivir dentro de nuestras murallas y expulsé a todos aquellos que no aceptaron a Destino. Y sé que no te gustó. He estado pensando mucho en cómo no dejabas de cuestionarme. En cómo intentaste que hiciera las cosas de otra manera en varias ocasiones y yo te ignoré en todas ellas. Tendrías que haber querido matarme incluso si tu diosa no te lo hubiera pedido.

Suena frustrada. Suena confundida y, de pronto, Dyne comprende qué es lo que la ha llevado hasta ahí, por qué se ha obsesionado tanto con ese detalle de su última conversación.

Ammarah de Daiva quiere saber por qué una asesina querría salvarla cuando ella no se salvaría a sí misma.

Ammarah de Daiva piensa que, después de todo lo que ha hecho, merece la muerte.

Dyne lo ve con tanta claridad que ni siquiera sabe qué responder. Se atraganta con su propia saliva y comienza a toser demasiado fuerte, tanto que se marea un poco y tiene que apoyar la espalda de nuevo contra la pared cuando se le nubla la mirada. Está demasiado cansada, demasiado débil. Le parece que Ammarah da un paso hacia ella, pero puede que sea su imaginación.

Cuando recobra el aliento y la celda deja de girar, observa a la reina. De repente tiene muy claro que no se ha recompuesto en

esos días, pero se ha confeccionado un disfraz que le disimule las puntadas con las que se mantiene unida. Porque en realidad está sangrando. Está desesperada y debe de sentirse más sola que nunca, más perdida que nunca.

—Tienes razón: has hecho todo eso. Y no creas que te perdono por ello. Has sido cruel, ignorante y estúpida. Tienes las manos manchadas de la sangre de miles de inocentes y no creo que tengas justificación, igual que no la tengo yo. Si has venido esperando que expíe tus pecados, estás en el lugar equivocado. —La máscara de seguridad de la reina se rompe un poco, ve la brecha en la manera en que le destellan los ojos—. Pero puedo llegar a entenderte. Sé que has sufrido, Ammarah. Sé que estabas perdida y sola y sé que otros se aprovecharon de ello para convencerte de que la única manera de actuar era la que más les convenía. Sé que estabas furiosa y dolida y que en nombre de esos sentimientos a veces se cometen los errores más horribles. Y sé que te arrepientes.

Ammarah aparta la vista al suelo por primera vez desde que ha entrado.

—¿Y sirve de algo arrepentirse?

—Sirve para intentar hacerlo mejor. Ya te lo dije una vez, ¿no? Aunque no fuera bajo este aspecto. —La reina no la mira, pero Dyne sabe que la está escuchando, así que continúa—: No vas a poder borrar lo que ya has hecho, pero todavía puedes intentar reparar algo del daño y evitar que la herida se haga más grande.

Ammarah se queda en silencio, con la vista clavada en el bajo de su falda y la máscara cubriendo sus pensamientos. Cuando por fin devuelve su atención a Dyne, su frustración es evidente.

—Debería ordenar que te ejecutaran.

—Deberías. ¿Vas a hacerlo?

—Todavía no.

—¿Por qué?

Ammarah le da la espalda y comienza a retroceder de nuevo hacia la puerta.

—Porque, al contrario que para ti, para mí la muerte no es cada vez menos difícil.

La reina toca a la puerta un par de veces para informar de que ha terminado con la prisionera y que vuelvan a abrir. Dyne observa su espalda, los cabellos albinos que parecen reflejar el fuego bajo esa luz.

—Ammarah.

—*Majestad*.

La ignora. Ya sabe que no va a haber represalias por decir su nombre.

—Si no me matas, yo terminaré matándote a ti —le advierte—. Lo entiendes, ¿verdad? Encontraré la manera de escapar de aquí y acabaré contigo.

Aunque no quiera. Aunque vaya a ser una muerte complicada. Aunque le cueste. Al fin y al cabo, Derek sigue al otro lado de ese pacto. Y por él mataría a quien hiciera falta.

Ammarah no se altera. La puerta de la celda se abre, pero la reina no se marcha de inmediato. En su lugar, la mira por encima del hombro, con esos ojos ambarinos brillantes como joyas.

—Puedes intentarlo, pero te va a resultar complicado. Si no te mato yo, parece que lo hará el encierro.

Eso es todo. Traspasa la entrada sin mirar atrás y la cerradura vuelve a resonar cuando echan la llave. Dyne se derrumba un poco

más en cuanto la vuelven a dejar sola, agotada.

Ammarah tiene razón.

Si sigue así, no aguantará mucho más.

AMMARAH

La reina de Daiva lleva sintiéndose sola desde el atentado de la basílica, pero nunca tanto como esos días. Sin su padre, sin Lilith, sin Rina y ahora sin sus tíos, se siente a la deriva, demasiado pequeña en un mundo que ya no tiene ninguna lógica. La corona le queda grande, igual que el trono que se supone que tiene que ocupar, y a los días les sobran demasiadas horas. Las noches se alargan sin que consiga dormirlas enteras, despertándose de sueños intranquilos y pesadillas que se quedan con ella en la habitación incluso después de abrir los ojos. Desde que se descubrió que su doncella había sido sustituida y que la culpable había asesinado a la poca familia que le quedaba, la atienden celestiales del Templo y siempre hay al menos un miembro de la Guardia Celestial acompañándola allá a donde vaya. Ninguno de ellos la mira a la cara. Ninguno de ellos levanta la cabeza cuando pasa. Ninguno de ellos le sonríe o le habla sin razón. Nadie dice su nombre y está segura de que ella misma acabará olvidándolo en poco tiempo.

Es irónico que la necromante haya sido la única que se ha atrevido a pronunciarlo, pese a sus prohibiciones. La misma mujer que ha querido acabar con ella, que la ha engañado e insultado de mil

formas, la que se ha manchado las manos con la sangre de su familia. Odia que lo haya hecho, que la siga desafiando, y, al mismo tiempo, la conversación con ella es lo único que ha conseguido hacerle sentir algo en los últimos días. Aunque solo sea rabia. Aunque solo sea frustración. Aunque solo sea culpa.

—¿Queríais verme, majestad?

Ammarah se endereza en el trono cuando la Suma Celestial entra en el gran salón y se inclina ante ella. No falta mucho para que empiece la reunión diaria del Consejo, reducido a tres personas después de la muerte del Ojo del Tesoro y el Ojo de la Justicia, pero quería un momento a solas con la Suma Celestial antes de empezar.

—Así es. Necesito consejo.

La mujer se yergue, en un intento de enderezar su espalda maltrecha. El lado joven lo consigue. El lado más anciano todavía necesita del apoyo del bastón y tiembla un poco con el esfuerzo. La reina es consciente de cómo su expresión cambia, de cómo le brillan los ojos. ¿Siempre ha sido tan obvia en sus ambiciones? ¿O es que el día que le colocó la corona también le dejó una venda sobre los ojos que por fin se le ha caído?

«Es una lástima que solo seas un títere», le recuerda cierta voz desde una celda.

Sí, supone que lo ha sido.

—Sabéis que soy vuestra más humilde servidora.

Ammarah se echa hacia delante. El salón del trono es uno de esos lugares que la hacen sentir diminuta, pero esta vez se obliga a convencerse de que es digna de él.

—Imaginaos que dais una orden a un subordinado y este decide actuar a vuestras espaldas. Puede que tenga buenas intenciones, no

lo sabéis, pero os ha desobedecido. Ha… minado vuestra autoridad. ¿Qué haríais, Suma Celestial?

Una mitad del rostro permanece inmutable, pero la otra tiene un movimiento involuntario en la comisura de la boca. El rastro de una mueca o quizá de una sonrisa, es difícil saberlo.

—No me precipitaría —responde tras un silencio pensativo—. Lo que ha hecho está mal, pero quizá tenga sus razones. Una líder no toma decisiones a la ligera y eso también es cierto a la hora de juzgar la actitud de otros. La desobediencia a veces puede venir de un intento de ayudar, no de la provocación o el deseo de hacer mal. A veces tan solo somos… inconscientes.

—Ignorar una orden no me parece inconsciencia.

—¿Y qué os lo parecería? ¿Quizá salir en medio de la noche, aprovechando el cambio de guardia, para ir a ver a una mujer que ya intentó mataros una vez?

Ammarah frunce el ceño, aunque supone que no debería extrañarle que Rhea ya esté al tanto de lo que ha hecho. Quizá se lo haya dicho el guardia que la acompañó a la celda o los que, sorprendidos, la vieron aparecer en el pasillo cuando se suponía que estaba en sus aposentos. O a lo mejor se lo han dicho al comandante Elijah y él se ha encargado de transmitir el mensaje.

—No, Suma Celestial, eso no fue una inconsciencia, sino un acto premeditado. Quería conversar con la prisionera a solas, pero no quedaba mucho de ella con lo que hablar. ¿Acaso no ordené que la mantuvieseis viva?

—Y sigue viva, majestad.

Es una respuesta simple, tan aparentemente inocente que resulta insultante. Es la clase de respuesta que daría alguien que ha

pensado mucho en cómo evitar las normas; la clase de respuesta que esperaría de un demonio en una de esas historias que les cuentan a los niños para enseñarles el cuidado que hay que tener con ellos, porque retorcerán tus palabras y tus deseos para engañarte.

Por primera vez, Ammarah se pregunta si le ha dado demasiado poder a esa mujer. Poder sobre ella. Poder sobre el reino. Sabe qué es lo que diría Dyne si estuviese allí, aunque eso no debería importarle. Ni siquiera debería pensar en ella.

—Quizá no me expresé como debía: se acabaron las torturas. Enviad a una sanadora para que le vea las heridas y la trate. Dije que yo elegiría su castigo y, hasta entonces, nadie le pondrá una mano encima.

—¿Y cuándo pensáis elegir ese castigo, majestad? Siento que no estáis tratando sus crímenes con la gravedad que se merecen. Asesinó a vuestros tíos y atentó contra vuestra vida. ¿Qué más necesitáis?

Un par de golpes en las puertas la salvan de tener que contestar. Un momento después, el Ojo de la Muralla y el Ojo del Pueblo entran haciendo una reverencia. Elijah parece sorprendido de ver allí a las dos mujeres reunidas, pero la expresión de Noah no es de simple asombro. Es obvio que la Suma Celestial sigue sin ser de su agrado y verlas allí juntas le hace fruncir el ceño.

—Habéis llegado pronto, Suma Celestial.

—La reina me ha mandado llamar para hablar de la prisionera —responde ella, como si no le hubieran echado nada en cara—. Justamente le estaba preguntando cuándo piensa decidir su castigo.

Tres pares de ojos se vuelven hacia la monarca. Ammarah no quiere demostrar debilidad, así que no aparta la vista de ellos.

—Cuando hayamos cerrado otros asuntos. La necromante puede esperar mientras no tomemos una decisión respecto a Odelia.

Llevan días hablando del tema. Al margen de sus visiones, las noticias del ascenso de un nuevo emperador no se han hecho esperar. Lo que no saben (lo que Ammarah no consigue ver, ni siquiera con las botellas que sigue tomando casi cada noche) es en qué posición deja eso al Sacro Reino.

—Sigo diciendo que deberíamos aprovechar para atacar —dice Elijah—. Un nuevo gobernante siempre significa caos, sobre todo entre los brujos. Sigamos extendiendo las murallas.

—Debemos aprovechar que están desprevenidos —apoya Rhea.

Es lo mismo que lleva escuchando días: propuestas de guerra, de más lucha, de muertes que seguirán cayendo sobre su conciencia cuando todavía no ha podido superar las anteriores. Las de todas esas personas que sufrieron en el paso de las montañas, la de Nadra. Las familias todavía no han terminado de llorar a sus muertos y ellos pretenden lanzar a más gente a los brazos de Destino.

Pero esta vez se niega incluso a sopesar la idea.

—Agradezco vuestras propuestas —dice—, pero en esta ocasión yo había pensado en un curso de acción diferente: me gustaría pactar la paz con el nuevo emperador.

El silencio es absoluto en la sala, hasta el punto de que la reina puede oír los roces de la ropa cuando los consejeros se revuelven en sus sitios. Elijah y Rhea comparten una mirada rápida. Noah, en cambio, la estudia solo a ella, pero es una mirada cargada de dudas, como si creyese que alguien la ha sustituido.

—No negociamos con brujos, majestad.

La voz de la Suma Celestial suena tirante, como si estuviese obligándose a pronunciar cada palabra sin perder la compostura.

—No estamos hablando solo de un brujo. Estamos hablando del Portador. ¿Queréis que nos enfrentemos de nuevo al Inmortal? Sabemos cómo terminó eso para Daiva, para mi familia.

—Un desastre que ocurrió por hacer un trato con Ilan y Orlaith. Destino nos castigó por ello.

—El único que nos castigó fue el Inmortal al usar su poder —replica ella—. Pero eso es precisamente lo que pretendo evitar.

—¿Y qué proponéis?

Es Noah quien lo pregunta, cortando la respuesta que Rhea estaba a punto de dar. Ve a la mujer cerrar la boca, fruncir los labios con el gesto agriado. En cualquier otra circunstancia, Ammarah consideraría esa interrupción una señal de que el Ojo del Pueblo está de su parte, pero lo cierto es que tampoco parece del todo convencido.

—Les diremos que pararemos el avance de las murallas. Si juran no volver a atacarnos y nos devuelven a Santa Lilith, nuestro ejército volverá a casa y nosotros daremos por perdonadas las afrentas que el anterior gobierno cometió contra nosotros.

—¿Y el Amuleto?

Ammarah toma aire. Es consciente de que esa es la parte más complicada de su propuesta.

—El emperador podrá quedárselo.

La cara de Rhea se ha ido ensombreciendo todavía más a medida que la escuchaba, pero ante eso se le enrojecen las mejillas y ni siquiera trata de fingir que la ira no la consume:

—¡El Amuleto del Tiempo debe regresar a este lado de las murallas!

El golpe que da en el suelo con el bastón resuena tan fuerte que la reina piensa que se va a partir por la mitad allí mismo. Pero el trozo de madera se mantiene intacto, igual que su voluntad.

—El Amuleto no nos ha traído más que destrucción: dejemos que los brujos se peleen por él.

—¡Estáis condenando a Evren! ¡Santa Aiva…!

—¡Evren sobrevivió al Inmortal y sobrevivirá a otro Portador! —la acalla Ammarah—. Pero ¿cuántos celestiales murieron en la basílica? ¿A cuántos más tenéis que hacerles los ritos funerarios para dejar de repetir los mismos errores? Cada vez que el Amuleto ha estado dentro de las murallas, ha conseguido una forma de salir. Siempre va a haber alguien que quiera usarlo, así que ¿no es mejor mantener la tentación alejada?

Rhea parece a punto de lanzarse sobre ella y la reina se pregunta por qué no lo entiende. Por qué no es capaz de ver que este es el plan más seguro para todos. Nathan estaba bajo su cuidado y, aun así, sucumbió. Y antes que él lo hizo el propio Inmortal. Todos acaban haciéndolo.

Ese objeto maldito siempre acaba estropeándolo todo.

—Quizá Su Majestad tenga razón. —La Suma Celestial y el comandante se giran hacia Noah con horror—. Quizá deberíamos aprovechar esta nueva era para tratar de fomentar una tregua entre ambos bandos.

—¿Tregua…? —Elijah suena incrédulo—. Los brujos nunca accederán a algo así. Estáis perdiendo el tiempo, majestad: proponer la paz solo hará que nos consideren débiles. Además,

¿cómo podéis fiaros de la palabra de un demonio? Incluso si el actual emperador accediese a vuestra negociación, ¿quién os asegura que mañana no estará muerto y el siguiente honrará el pacto? —El hombre niega con la cabeza—. No, lo que deberíamos hacer es atacar Damira. Recuperemos el Amuleto de manos del emperador y regalémosle la paz a todo Evren.

Ammarah frunce el ceño.

—¿Damira? ¿Vuestro plan es luchar contra el Portador en su propio palacio? ¿El mismo que dicen que es inexpugnable gracias a la magia de Caos?

—No necesitamos entrar en palacio. Podemos obligarlo a salir de él. Arrasaremos la ciudad.

Noah deja escapar una carcajada incrédula.

—Eso sí que es una locura. ¿Cómo pensáis desplazar al ejército hasta allí sin que el Portador mate a nuestra gente antes de intentarlo? Con barcos suficientes quizá podríamos tener alguna oportunidad, pero no es el caso.

—No necesitamos un ejército. —Elijah se acerca un par de pasos al trono, con una sonrisa emocionada que a Ammarah le provoca un escalofrío—. El ejército debe continuar su avance hacia Orlaith y, en cuanto se sientan en peligro, los brujos enviarán a su ejército hasta allí. Pero solo será una distracción: mientras los ojos de todos estén en la frontera y la capital quede desprotegida, un pequeño destacamento navegará hasta Damira. Solo sería un barco, mi gente y yo: usaremos el caos a nuestro favor, quemaremos y arrasaremos a nuestro paso. Y cuando el emperador salga de su palacio, lo mataremos y nos haremos con el Amuleto.

Ammarah intenta imaginárselo, pero no puede. El comandante está muy seguro de cada palabra que dice, pero a ella se le ocurren mil cosas que podrían salir mal. ¿Pretende dejar morir a los soldados de la frontera al usarlos como señuelo? Le resulta horrible. Pero, más allá de eso, ¿cómo piensa ese hombre matar a alguien que puede manipular el tiempo? Lilith lo intentó y no fue capaz.

—Parece una opción a tener en cuenta, majestad —apostilla Rhea —. En cuestión de días podríamos poner un plan así en marcha.

No. No va a permitirlo. No quiere arriesgar la vida de nadie más y menos por un plan tan absurdo. ¿Por qué nadie más ve las consecuencias de fallar? ¿Por qué nadie más se imagina los cuerpos de los celestiales mutilados tras la batalla, los rastros de sangre en las calles de Damira, el caos descontrolándose y tragándoselo todo? ¿De qué sirve estar dentro de las murallas, a salvo, si el resto de Evren sufre las consecuencias? Si cada celestial que todavía está ahí fuera puede sufrir…

Odia que no la escuchen. Odia que su autoridad esté tan minada que hasta un militar ascendido hace pocas semanas pueda creerse con poder suficiente para proponer planes suicidas y creer que ella les dará su visto bueno.

Pero hay una autoridad que nadie se atreve a poner nunca en duda. Ni siquiera la Suma Celestial.

—Destino me ha enviado un sueño esta noche.

Le sorprende la facilidad con la que la mentira sale de su boca. Por un momento, mientras las palabras hacen eco por el inmenso salón, teme que su medallón vaya a romperse de inmediato, que su dios vaya a hacer que todo el palacio se resquebraje por usar su nombre en vano y mentir sobre su don. Nada de eso ocurre, sin

embargo. Los segundos corren y el mundo sigue exactamente igual tras pronunciar esas palabras, sin más consecuencia que un silencio tenso, y Ammarah aprieta las manos sobre los reposabrazos del trono.

Frente a ella, los consejeros tratan de asimilar sus palabras. Elijah parpadea y Rhea se yergue un poco más sobre su bastón. Noah alza las cejas, curioso.

—¿Un sueño, majestad?

—Destino me ha hecho saber que debo poner la paz del Sacro Reino por delante de todo lo demás. —Ammarah entrelaza las manos sobre el regazo, sus ojos pasan lentamente por los rostros de los presentes—. Incluso del orgullo, incluso de las reglas que llevamos tanto tiempo siguiendo. Soy la reina que lo cambiará todo, lo dijeron las cartas cuando nací, y eso implica que también debo ser la que cambie la forma en la que nos relacionamos con el mundo más allá de las murallas. Nuestro reino se ha extendido. Nuestro compromiso con nuestro señor ha quedado demostrado. Es hora de detenerse y comenzar una nueva era.

Las palabras están envenenadas, pero le salen con una naturalidad que la hace sentir más satisfecha que culpable. Hay algo atractivo en la mentira. Hay algo poderoso en ella, algo de lo que no se había dado cuenta, pero que le gusta. La mentira consigue que los consejeros la miren por primera vez como la reina que es.

Aun así, la Suma Celestial la observa de un modo que no le gusta.

—A veces los sueños pueden ser… difíciles de interpretar. No deberíais descifrarlo tan a la ligera. Deberíamos ir al Templo y reunir a un grupo de celestiales para estudiar los detalles de lo que hayáis visto y…

Ammarah no le permite seguir. Frunce el ceño, aparentemente contrariada.

—¿Dudáis de mi capacidad para interpretar mis propios sueños, Suma Celestial?

—Nada más lejos, majestad, pero…

—Yo nunca he dudado de vuestra capacidad para interpretar los vuestros. De hecho, siempre he confiado en las visiones que decís tener, como he confiado en las de cualquier otro celestial. Es una cuestión de fe, Suma Celestial. ¿De pronto os falta?

Rhea aprieta los labios. Tiene que bajar la vista, sin réplica posible.

—Por supuesto que no, majestad.

Ammarah asiente, se pone en pie y da la conversación por zanjada.

—He tomado una decisión y me mantendré firme respecto a ella, porque es lo que Destino desea. Podéis ayudarme a preparar los detalles de la misiva que enviaré al emperador de Odelia o, si no estáis de acuerdo, abandonar la sala.

Nadie se mueve. Elijah y Rhea ni siquiera dicen nada. Noah esboza el asomo de una sonrisa y asiente.

Nadie cuestiona a la reina.

O quizá no se atrevan a cuestionar a Destino.

ELIRA

—Últimamente siempre te encuentro leyendo el mismo libro.

Elira da un respingo y alza la vista para encontrarse con la sonrisa de zorro de Tamir. Su amigo ha debido de colarse en la biblioteca con el mayor de los sigilos, porque no lo ha sentido llegar, o quizá sea solo que ella estaba absorta en la lectura, igual que lo ha estado durante los últimos días. La historia ni siquiera es tan larga, le ha dado tiempo a terminarla ya un par de veces, pero no ha podido evitar volver a empezar cada vez que la ha acabado. Apenas lleva un par de capítulos de la tercera ronda.

—¿Tan bueno es? —le pregunta el orliano mientras se sienta en uno de los sillones junto a ella—. Voy a tener que leérmelo yo también. ¿Crees que me gustará tanto como a ti? ¿O no lo voy a entender igual de bien…?

La bruja aparta la vista de nuevo al ejemplar, ignorándolo. Mantiene una expresión neutra, o lo más cercano a ella que puede conseguir. Sus manos la traicionan al apretar un poco más las uñas contra la cubierta.

—No sé de qué estás hablando. —Lo sabe perfectamente, y lo más probable es que Tamir sea consciente de ello. La conoce desde hace demasiado tiempo—. ¿Hay noticias de Denna?

—Ha llegado al refugio ya. Dice que todo está en orden.

—Bien. —Elira pasa la página—. Seguro que prefiere estar allí hasta que se reúnan los cancilleres.

—Seguro. —La cola de Tamir se mueve de un lado a otro, su sonrisa a punto de saltarle de la boca—. Lo que es curioso es que tú no la hayas acompañado, aunque detestas este sitio y, sobre todo, a su soberano. La verdad es que me sorprendió que decidieras pedirle que fuera a informar de los últimos acontecimientos en lugar de ir tú misma, con lo poco que te gusta delegar…

Elira deja escapar un resoplido y cierra el libro con un golpe definitivo. La sonrisa de Tamir se extiende hasta mostrar sus caninos afilados.

—Habla. Sea lo que sea lo que quieras decir, dilo, vamos.

—¿Os habéis arreglado ya?

—No.

Es evidente que no es la respuesta que Tamir quería escuchar. Su sonrisa mengua y la cola de zorro detiene su movimiento. Parece confundido, como si hubiera dado por hecho que iba a recibir una respuesta muy diferente. Elira no soporta lo evidentes que le resultan los pensamientos de su amigo, así que se pone en pie, incapaz de quedarse quieta o quizá tan solo incapaz de encararlo, y se acerca a las estanterías como si buscase una nueva lectura. Como si no se conociera a sí misma y no supiera que no va a poder concentrarse en otra mientras siga obsesionada con la que tiene entre manos.

—Ayer os vi juntos por los pasillos. Pensaba que…

—Lo estoy ayudando con un asunto, nada más.

Es cierto. En los últimos días, Astrey y ella solo se han visto para visitar a la mujer que aguarda en la torre, aunque él siempre se queda menos que ella en el cuarto. Mientras su madre, la de verdad, está presente, es fácil, pero todo cambia cuando aparecen el resto de personas que viven dentro de ella. Ha habido días en los que Linette no ha aparecido en ningún momento, días en los que la han visto pasar por un sinfín de existencias pero han conseguido razonar con pocas de ellas. Algunas de esas vidas ya se han acostumbrado a la situación y no parece importarles, pero son las menos. El resto siguen queriendo huir, cuando no atacar. Los cambios son aleatorios e incontrolables, por eso también es imposible predecir cuándo van a ocurrir o quién será la siguiente persona que hable a través de la boca de la mujer.

Es un misterio. Es complejo y frustrante y, aunque le prometió a Astrey que lo ayudaría, cada vez tiene más claro cuál es la única solución lógica en esa situación.

Probablemente él también lo sepa, aunque no quiera aceptarlo.

Por lo demás, apenas hablan, a pesar de que Elira siente que se le acumulan las preguntas que quiere hacerle. Quizá por eso está obsesionada con el libro. Quizá intenta encontrar en él las respuestas que no consigue en otra parte. Ha conseguido algunas. Los nombres cuentan historias y a ella le resulta muy evidente por qué Astrey eligió el del protagonista de ese libro para fraguarse una nueva identidad: Astrey Roschart es un personaje valiente y ocurrente. Tras ser el único superviviente de un ataque en el que cientos de brujos de su pueblo perdieron por completo el control de

sus demonios, incluidos sus padres, Astrey se convierte en brujo con apenas catorce años y se embarca en una aventura por todo Evren para descubrir qué está provocando que a lo largo del continente cada vez más siervos de Caos pierdan el control por completo.

Es un libro de aventuras, sencillo y rápido de leer, con un final predecible y más bien sentimentaloide. No, no es bueno, pero Astrey está en él, por todas partes. En el dolor y en la rabia escondidos tras sonrisas, en el deseo de venganza y cierre del protagonista, en su incapacidad para aceptar que se ha quedado solo en el mundo. El Amuleto del Tiempo nunca sale en la novela, pero se menciona en un pasaje y Sherli, una bruja de Calais que se une a Astrey en su aventura, le pregunta si lo usaría si tuviera la oportunidad.

«Por supuesto que sí», responde el joven. «Con él podría salvar a mi pueblo. Podría salvar a tu familia, también. Los salvaría a todos».

—¿No crees que se merece una oportunidad?

Elira aprieta los labios y mira a Tamir por encima del hombro.

—Denna te mataría si supiera que has dicho eso.

—Por suerte para ambos, Denna no está aquí. Vamos, Eli. Sabes que ya no estás tan enfadada. Y tienes que admitir que no lo está haciendo tan mal.

—Nos traicionó —masculla ella.

No sabe si es un recordatorio para su amigo o para sí misma.

—No finjas que tú misma no piensas que a veces el fin justifica los medios. Sí, nos traicionó, pero no está contra nosotros. Y mucho menos contra ti. Dioses, al menos tienes que ser consciente de eso. No eres tan obtusa. Podrías pedirle la cabeza de un Original y él trataría de encontrar la manera de ofrecértela en una bandeja de oro.

Elira se estremece, pero se niega a pensar demasiado en esas palabras. Clava las uñas un poco más en la tapa del libro, pero no dice nada y escucha el suspiro de Tamir a su espalda.

—Habla con él. Una conversación de verdad, Elira. Solo eso.

—No sé cómo hacerlo.

—Pues sería la primera vez. Tú siempre sabes cómo hablar con todo el mundo.

Pero Astrey no es como todo el mundo. Con Astrey una simple conversación puede ser un oasis o un campo de batalla o ambas cosas a la vez. Cada vez que han intentado hablar en los últimos tiempos, han terminado discutiendo o dolidos o hiriéndose a propósito. Eso cuando la cercanía no tira de ella y le nubla el pensamiento y la hace sentir frustrada y confundida y…

Aunque eso no pasaría si no hablasen cara a cara. Si tuvieran tiempo y espacio de sobra para meditar cada respuesta, como cuando empezaron a conocerse. Cuando solo tenían papel y tinta para explicar todo lo que se les pasaba por dentro. En aquellos tiempos, ambos estaban en puntos muy alejados del mapa, pero las palabras a veces se sentían como abrazos. Como si, pese a toda la distancia que había entre ellos, estuvieran el uno al lado del otro.

Elira no responde y baja la vista al libro que lleva entre las manos.

La palabra escrita les ha unido desde el principio.

Y se pregunta si ahora podría hacerlo de nuevo.

ASTREY

El libro de su infancia lo está esperando cuando entra al despacho. Se encuentra sobre el escritorio negro, y Astrey frunce el ceño al verlo, tan fuera de lugar, rodeado de su correspondencia y los libros de cuentas y gobierno que ha estado consultando los últimos días. Mira alrededor, como si esperase ver a Elira escondida entre las sombras, pero incluso cuando se convence de que está solo, avanza con cautela. Sus dedos rozan las tapas desgastadas y encuentran el trozo de papel que sobresale entre las páginas, blanco contra el amarillo que ha pintado el paso del tiempo. Con cuidado, aunque sabe que no se romperá, tira de la hoja.

Astrey reconocería la letra de Elira en cualquier parte: los trazos rectos, meditados, de cuando comienza un mensaje, pero también la forma en la que se van curvando a medida que escribe más rápido. Los puntos son más bien manchas de tinta, provocadas por las pausas que hace cuando no sabe cómo comenzar la frase siguiente.

Durante años, esa caligrafía fue una obsesión. Esperaba con más ansias de las que le gustaba admitirse el siguiente mensaje escrito por esa letra caótica y a veces ni siquiera era capaz de aguardar a llegar a su cochambrosa habitación antes de leer las cartas que

recibía. Hace tanto tiempo ya de la última que intercambiaron, sin embargo, que tarda en comprender que esa es una nueva. No son anotaciones olvidadas. No es una reflexión sobre la historia del libro.

Es un mensaje. Para él.

Siempre he pensado que los nombres cuentan historias. Supongo que tiene sentido considerando que mi madre me llamó Elira, que en mi tierra significa «la que vuela libre», y que al final mi destino y el de las aves del que proviene mi nombre terminaron estrechamente ligados. Hubo un tiempo en que me convencí de que mi madre se había condenado a sí misma llamándome así. Creía que al darme un nombre tan grande, tan significativo, me convirtió en símbolo por encima de sí misma y por eso mi hermana y ella murieron tan pronto. Quizá te resulte ridículo, pero en aquel momento a mí me pareció lo más lógico. Las niñas pequeñas que se sienten impotentes siempre necesitan encontrarle una explicación a las injusticias que sufren.

Por supuesto, ahora ya sé que no es así. Los nombres que nos ponen al nacer no tienen por qué decir mucho de nosotros mismos, por eso tantas personas se lo cambian o lo desechan o lo convierten en algo parecido pero no igual. Si la materia puede ser modificada, retorcida, ¿cómo no van a serlo también las palabras? No, los nombres que nos dan no nos completan, sino que cada persona que recibe uno redefine su significado.

Sin embargo, sí que creo los nombres que elegimos (para nosotros y para otros) son importantes. Creo que hay historias ocultas en ellos. Creo que he encontrado parte de la tuya en

este ejemplar, pero lo cierto es que lo que he descubierto no termina de parecerme suficiente. Así que te propongo que me la cuentes tú mismo. Tu historia. La que se esconde detrás de tu(s) nombre(s). Yo leeré y juzgaré. A veces, haré preguntas. Solo hay una condición: no puedes contarme ni una sola mentira. No quiero ni una sola frase retorcida para que tú te puedas esconder en sus pliegues. Quiero la verdad, no otro cuento más. Quiero saber quién eres, no ver a otro personaje de un libro.

Si crees que puedes ofrecerme eso, responde a esta carta.

Si no, ni te molestes en volver a buscarme.

Como hace tanto tiempo, Astrey lee la carta una, dos, tres veces. Es algo compulsivo, algo que aprendió a hacer para no dejarse nada atrás, para que las palabras entre las líneas, esas que no se escriben pero se dejan sin querer, no pudiesen huir de él. En esta no las ve. No es capaz de encontrar significados ocultos, porque Elira ha decidido ser directa: le está diciendo lo que quiere y él decide que se lo va a dar, ya que no pudo hacerlo cuando se conocieron hace años.

Su mano ya está buscando la pluma antes incluso de apartar la vista de la carta.

ELIRA

El libro reaparece al día siguiente en la puerta de su cuarto. Y dentro, la carta:

Mi tío me enseñó que tenemos tantas caras como queremos mostrarle al mundo, que rara vez somos una sola persona, inmutable, pero supongo que en mi caso sí hay dos personas bastante diferentes. Lo suficiente para tener dos nombres distintos.

Sera fue la hija que el Inmortal tuvo con una de sus amantes. Era ilegítima y por eso no llevaba el apellido Brynsen, al contrario que muchos de sus hermanos mayores, pero a ella no le importaba. Quizá si hubiera crecido en estos pasillos le hubieran recordado más a menudo que solo era la hija de una sirvienta, pero en sus primeros cinco años de vida no le faltó de nada. Tenía la educación y el armario de una princesa, tantos compañeros de juegos como niños de su edad había en palacio y, hasta los cuatro años, una madre a la que quería con locura. Su padre, el hombre más poderoso de todo Evren, la sentaba en

su regazo y le consentía todos los caprichos. Ella lo idolatraba y creía que la única razón por la que alguien querría marcharse del palacio imperial sería para vivir las más grandiosas aventuras.

Sera murió la noche en la que murieron todos sus hermanos, supongo que porque entendió que el mundo era un lugar peligroso cuando comprobó en persona que el Amuleto del Tiempo podía convertir a la gente en polvo. El mismo hermano que le leía de este libro la sacó de la sala en la que ocurrió la matanza y la envió con su tío, pero esa misma noche, mientras se acurrucaba bajo la capa de la única familia que le quedaba, le dijeron que tenía que olvidar su nombre. Le dijeron que no podía seguir siendo quien era, que debía dejar de pensar en el palacio y en lo que había visto aquel día.

Astrey no nació de inmediato. Supongo que estuve días sin nombre, mientras recorría los bosques de Arsay de la mano de mi tío, hasta que pude salir de mi estupor. Y después, simplemente lo supe. Que tenía que ser Astrey y nadie más. Si no podía hablar de quién había sido, que al menos pudiese guardarlo en mi memoria. Quería quedarme en el recuerdo de mi cuarto de palacio, con mi hermano poniendo voces cuando Astrey y Sherli discutían o cuando el demonio decía aquellas frases que tan graciosas me habían parecido. Quería ser como un protagonista de cuento, audaz y un poco inconsciente, la clase de héroe que no pierde nunca su objetivo de vista.

O quizá tan solo quería recuperar a mi familia a toda costa, igual que el Astrey del libro. Quería dejar de ser demasiado

joven, demasiado ignorante, demasiado débil. No sé si lo conseguí.

Ahí lo tienes. Dos nombres, dos historias. Aunque no creo que te conformes con esto: tú siempre has querido más. Los nombres no son más que la superficie, así que, ¿cuán hondo quieres llegar, Elira? ¿Qué es lo que quieres saber?

Elira había olvidado cómo se sentía al leer las palabras de Astrey. La primera carta que le mandó, hace ya años, fue parte de un juego, un intercambio, un reto. Una extensión más de una relación que había empezado exactamente así: como una provocación, un misterio y un trato útil. Es consciente de lo irónico que resulta que se haya sentido tan dolida por ser un instrumento para él cuando eso fue lo que él fue para ella cuando lo conoció. Él tenía acceso a los libros de la biblioteca de Ilan y a parte de la élite y ella necesitaba a alguien así. La diferencia es que ella nunca trató de disimular que quería usarlo ni para qué. Nunca trató de fingir que le interesaba tenerlo cerca para sus propios objetivos ni escondió cuáles eran esos objetivos. Desde luego, no durante años.

Ahora no puede evitar pensar en aquellos días. Es un poco como volver atrás en el tiempo. Por un momento, en lugar de estar en ese palacio, se imagina a sí misma en su cuarto en el refugio, cobijada contra Shiraz. A ella la mira cuando termina de leer. El elir se da cuenta, levanta la cabeza y la observa.

—Esto ha sido una mala idea, ¿verdad?

Su amiga grazna. Elira está segura de que le está dando la razón, pero aun así se sienta ante el escritorio y redacta su respuesta.

ASTREY

No solo quiero más, Astrey: como tú, a veces lo quiero todo. Eso es lo que te estoy pidiendo, pero supongo que «todo» no es algo fácil de abarcar, así que podemos ir poco a poco. ¿Desde cuándo llevas planificando esto? ¿En qué momento decidiste que tenías que hacerte con el Amuleto del Tiempo? ¿Qué pasó con tu tío? Tal y como yo lo veo, te salvó, te dio una nueva vida, pero la única vez que me hablaste de él me dijiste que huiste de él porque quería encerrarte en un espacio demasiado limitado para ti. Pero no es cierto, ¿no? No del todo.

Lo que quería era evitar que hicieras lo que has hecho, ¿no es cierto?

Astrey mira por la ventana, sentado en el alféizar. En la biblioteca reina el silencio, como siempre, aunque hoy siente que hay mil historias que gritan por escapar de los libros. La suya también quiere huir, verterse sobre el papel. «Todo» es mucho, está de acuerdo, pero ella nunca se ha conformado con menos y él puede entenderla. Otra cosa en la que son iguales.

Otra cosa que puede condenarlos o unirlos para siempre.

ELIRA

¿Cuándo empezó todo? Supongo que cuando Sera se convirtió en Astrey. Poco después, me prometí que volvería a Damira con el tiempo, que recuperaría lo que me pertenecía. Porque puede que nunca se me hubiera reconocido como heredero y por tanto nunca hubiera tenido la oportunidad de llegar al trono, pero me habían quitado lo que más amaba. Iraides había destruido mi vida y me había obligado a crear una nueva. Seguro que ese sentimiento te resulta familiar. Seguro que entiendes la rabia, la frustración. El deseo de venganza. Venganza y justicia, Elira. Ese lema ya nos unía incluso antes de que nos conociéramos.

Mi tío, sin embargo, siempre me dejó claro que no estaba de acuerdo. Él quería protegerme, pero a veces los refugios pueden sentirse como cárceles. Yo lo sentía así. Seguía ofreciéndome lecciones de todo lo que se esperaba de la descendencia de un emperador, pero ¿para qué? Me enseñaba solfeo e historia, política, religión, filosofía. Y, al mismo tiempo, me susurraba que en el bosque estaría a salvo, que Arsay era

un buen lugar en el que quedarnos. Éramos una familia, él y yo, y con el tiempo se sumó un niño que trajo de la noche a la mañana. Un niño que no recordaba nada del mundo antes de despertar en nuestra casa, pero que yo adopté como hermano tras echar de menos durante años a los que Iraides me había arrebatado. Aun así, nunca pensé en aquel lugar como un hogar para siempre. Estaba deseando que llegase el momento de mi Trato, de ver un poco más del mundo que me mostraba mi tío en los mapas. ¿Para qué me los enseñaba si eran lugares que me estaban vedados? Era contradictorio.

Querría haber ido antes en busca de un nido, como el Astrey del libro, pero mi tío no me dejó. Tuve que esperar hasta los dieciséis y, el día siguiente a mi cumpleaños, sin perder más el tiempo, me marché. Tomé el camino largo, tanto para ir como para volver. Escribí algunas cartas a casa, para que nadie se preocupase y, tras muchos meses, regresé.

Pensé que las cosas serían diferentes. Yo había conseguido mi demonio, había cambiado, así que esperaba que la situación en casa también lo hubiera hecho. Que mi tío me viese por fin como a alguien digno. Después de tener la más absoluta libertad, de sobrevivir al exterior y al nido, esperaba que entendiera que había estado exagerando el peligro. Que habían pasado más de diez años y ya nadie nos buscaba. Pero no lo hizo. Cuando le dije que quería destronar a Iraides, que era mi derecho, que recuperaría el puesto que nos pertenecía, se negó a escuchar. Me dijo que eran locuras. Cuando le dije que juntos podíamos cambiar Odelia, convertirlo en un lugar mejor, me recordó que mi hogar estaba allí, en Arsay.

No quieres mentiras, así que no te engañaré: perdí el control. Tenía demasiada rabia acumulada que nunca había encontrado una vía de escape y mi demonio insistía en que nadie tenía derecho a encarcelarme. No era justo que tuviera que permanecer en los bosques, lejos de todo lo que había conocido en mi infancia. Queríamos poder, queríamos más de lo que mi tío me podía dar. Te ahorraré los detalles, pero tardé varios días en volver a tener el control sobre mi cuerpo. Cuando volví en mí, tenía la ropa manchada de sangre y la certeza de que había matado a mi tío. Y no solo a él, o eso pensé.

Te he dicho que había otro niño. Uno al que yo quise como un hermano, pero que mi demonio lo consideraba una molestia. Una amenaza. Una debilidad. También lo atacó a él. Durante años, estuve convencido de que había acabado con su vida, pero volvió a aparecer hace no tanto. Y hace todavía menos escapó de nuevo de mí, cuando tú le permitiste huir de este palacio. No me preguntes por él, porque sobre Caleb no tengo respuestas. No sé cómo es posible que sea inmortal, cómo sobrevivió a mi demonio ni cómo pudo soportar que usara el Amuleto sobre su cuerpo. No tengo ni la menor idea, pero si tú tienes alguna teoría, estaré deseando escucharla, porque ese chico es el único misterio que nunca he conseguido resolver.

El resto ya lo conoces. Llegué a Ilan, quise estudiar en la universidad, conocí a Fabrice. Mi plan era acceder a la élite de Odelia para acercarme cada vez más a Iraides y traicionarla, pero entonces apareciste tú. Tú, con unos objetivos semejantes. Tú, con tus planes de rebelión. Tú, con tus cartas, que avivaron esos sueños de un mundo mejor, de un mundo más justo, en el

que yo recuperaba la vida que había tenido. Con el tiempo, empecé a incluirte en ese mundo. En esa vida. Aunque sé que eso es más difícil de creer para ti.

En cuanto al Amuleto, durante mucho tiempo no pensé en él. Todo el mundo le había perdido la pista e Iraides insistía en que no lo tenía. Para cuando volvió a aparecer, en Daiva, yo todavía era demasiado joven, y cuando fui lo suficientemente mayor y fuerte como para plantearme ir a por él, las murallas del Sacro Reino me impedían el paso. Pero lo cierto es que nunca lo olvidé. Las historias de mi padre sobre las veces que lo había usado y lo que se sentía al tenerlo entre las manos no me habían abandonado.

Cuando me enteré de que el Portador se había marchado de Daiva, supe que debía aprovechar la oportunidad. Me ayudé de Shiraz para rastrear los bosques por los que buscaban los celestiales y lo encontré antes que ellos.

De nuevo, sin mentiras: al principio me planteé matar a Nathan. Estaba inconsciente, a merced de cualquiera que quisiera hacerle daño. Habría sido muy sencillo. Pero pensé que, si llegaba al refugio con el Amuleto al cuello, a ti no te haría ninguna gracia. Y sentía curiosidad. Con los días, incluso llegué a sentir cariño por él. Nathan no era más que otra víctima, un chico encerrado en un lugar demasiado pequeño para él, a quien le habían impuesto una identidad que ni siquiera había pedido. Estaba perdido y solo y pensé que nos parecíamos. Me dije que podía quedarse con el Amuleto hasta que llegáramos hasta Iraides. Yo no quería ser Portador de un objeto robado. Ni siquiera sabía qué precio había que pagar por eso.

Ahí lo tienes. Todo. Sin mentiras. No te gustará, lo sé incluso antes de que respondas. Pero ese es Astrey, la persona detrás del nombre, el brujo al que le dijeron que no podía ser lo que quisiera. Supongo que se equivocaron conmigo.

A lo mejor ahora piensas que tú también lo hiciste.

¿Me odias ya, Elira?

La pregunta que puntúa la carta es tan compleja que Elira tarda dos días más en responder. Porque no lo sabe. Porque la lógica le dice que debería despreciarlo, que toda esa historia debería bastarle para confirmar que seguir cerca de alguien como él es peligroso. Si mató a su familia por interponerse en su camino, nada le impide matarla también a ella. Podría volver a perder el control en cualquier momento. Ahora ya no tiene solo a su demonio, sino también al Amuleto del Tiempo. Dos voces que seguramente le griten que ella es otra molestia, otra amenaza, otra debilidad.

Debería alejarse.

Debería recoger sus cosas y marcharse sin mirar atrás, sin despedidas.

Pero al final, al tercer día, vuelve a coger la pluma.

ASTREY

La carta llega cuando piensa que Elira ya no va a contestar. No la culparía si quisiera detenerse ahí. Sería la respuesta que merece, la respuesta que la parte más lógica de él espera. Es también la que aguarda su demonio, o quizá simplemente la que quiere.

Pero, al final, el silencio se rompe. Lo hace por la mañana temprano, con una hoja solitaria que se desliza bajo la madera, ahora ya sin el libro. Supone que eso significa que han desaparecido los adornos. Que, para bien o para mal, vuelven a ser solo ellos, sin el pasado hechizándolos.

> *Quiero odiarte. De todos los deseos que he tenido en mi vida, ese es probablemente uno de los que ansío con más fuerzas. Quiero dejar de entenderte, quiero aborrecerte como creo que mereces, quiero clavarte las uñas y hacerte cicatrices que no sanen nunca y que tú también me odies a mí, porque todo sería más fácil así. A lo mejor eso es lo que busco en estas cartas, después de todo: motivos para despreciarte, para alejarme para siempre, para confirmar que no hay ni una mísera parte de ti que merezca ser salvada.*

Quiero odiarte porque a mí nunca me has amenazado y, sin embargo, me has hecho más daño del que podría haberme hecho jamás tu demonio. A esa familia los mató él, pero no fue él quien me engañó. Quien me manipuló. Quien me usó. Eso lo has hecho tú. Tú me has hecho creer durante años que eras una persona que no eras. Me has enseñado tu rostro solo a medias y me has besado, te has acostado conmigo mientras yo llevaba una venda en los ojos y estaba a oscuras. No era necesario. No eran necesarias las caricias ni la cercanía ni la necesidad. Podrías haberme dicho la verdad o podrías haberte aprovechado de mi causa sin aproximarte tanto a mí, pero en su lugar decidiste jugar conmigo a los amantes. Supongo que creíste que sería más fácil así, ¿no? Cuanto más cerca, mejor. Cuanto más cerca, más en tu poder.

¿Por qué? Puedo comprender lo que le has hecho al resto del mundo, puedo escuchar todos tus pecados y aprender a perdonarlos, pero ¿por qué tenías que hacerme esto a mí? Eso es lo único que no soy capaz de entender. Y no sé si algún día voy a poder hacerlo.

Astrey mentiría si dijera que sabe cómo contestar, por eso se queda sentado en el borde de la cama durante varios minutos, pasando los ojos por las líneas escritas sin llegar a verlas. «¿Por qué?». Es la pregunta que más temía, la que más incómodo le hace sentir. Aunque está seguro de que sabe la respuesta desde hace tiempo, nunca se ha atrevido a darle forma en voz alta. Nunca se ha atrevido a formular las palabras adecuadas, ni siquiera dentro de su cabeza. Creía que eso los mantendría a salvo.

Si no lo admitía, quizá nunca se haría realidad.

Si no lo admitía, nunca perdería el control.

Hasta ahora el silencio siempre había sido suficiente para ambos. Había cosas que simplemente no hacía falta pronunciar.

Pero sabe que ahora todo ha cambiado, así que vuelve a escribir.

ELIRA

La respuesta la espera en el suelo de su cuarto cuando vuelve a él, al atardecer, después de pasar un par de horas con Linette. Ha ido sola, como hace cada día últimamente. Desde que comenzaron las cartas, Astrey y ella no han vuelto a verse, en un pacto tácito que a veces a ella le cuesta no romper. El palacio tampoco los junta nunca en la misma habitación, como si supiera que está prohibido. Pese a ello, en ocasiones a Elira le gustaría ceder a los impulsos que le piden encararlo en persona. Siempre los contiene porque sabe que es mejor así. Las palabras sobre el papel son seguras. La distancia evita que haga cosas de las que luego pueda arrepentirse.

Elira recoge las hojas que conforman ese nuevo mensaje y comienza a leer como siempre, mientras camina por la habitación. El ritmo de sus pasos aumenta a medida que lo hace el de su corazón.

Tú sabes mucho de estrategia, así que seguro que entiendes que, cuando preparas un plan, siempre hay que dejar sitio a la improvisación. Hay cosas que crees que van a suceder y no ocurren, hay cosas que no se pueden prever. Tú no entrabas en

el plan, Elira. Cuando salí de Arsay, no tenía a nadie y decidí que debía seguir siendo así. Cuando conocí a Fabrice, sabía que no quería de eir más que su dinero y su influencia. Era consciente de que me desecharía en cuanto dejase de ser tan joven, en cuanto mostrase algo más que sumisión.

La noche que nos vimos en la biblioteca, pensé que eras un peligro y hacía demasiado que llevaba una vida lo suficientemente tranquila como para que me llamases la atención. A medida que te iba conociendo y me di cuenta a qué te dedicabas, pensé que podía conseguir algo de ti. Pero entonces empecé a desear que tus cartas llegasen y me distraía pensando en lo que te respondería incluso antes de tenerlas entre las manos. Creo que fuiste la primera persona con la que me sinceré desde que abandoné la casa de mi tío, aunque te cueste creerlo. Dejé en aquellas líneas más de lo que debía, pero no podía evitarlo. Y sabes que me atraías, cada vez más. Pensé que se acabaría si me acostaba contigo, pero supongo que en algún punto dejé de engañarme. No después de la primera vez, sino varios meses después.

Quizá no estás de acuerdo, sobre todo porque te he hecho dudar, pero hay cosas que no se pueden fingir. Y yo no fingía cada vez que te buscaba. Sé que tú también lo sentías. La forma en la que podíamos mirarnos a una habitación de distancia, en silencio, y hablar. La manera en la que parecíamos encajar, como dos piezas de un mismo mecanismo. Todavía lo creo. Lo que no creo es que la cercanía lo haya hecho más fácil. Si acaso, lo complicó. Si acaso, me hizo querer cosas que sabía que estaban fuera de mi alcance. Te lo he dicho: en algún

momento empecé a incluirte en mis objetivos. En mis sueños. Te he ofrecido Orlaith porque pensé que era lo que querías. Te he ofrecido Odelia porque un imperio es lo mínimo que mereces.

Me tienes en tus garras, Elira. Me has tenido durante más tiempo del que crees. Si no fuera así, ¿por qué estaría aquí, respondiendo a tus cartas, desnudándome para que veas que ya no me cubro con ningún disfraz? Si todo lo que tú y yo hemos vivido hubiera sido una mentira, no me habría pasado los últimos días temiendo que nunca más volvieras a escribirme. Si fuera la persona fría y calculadora que quieres que sea, la que te sería más fácil odiar, esta carta no existiría y te dejaría ir.

Pero la realidad es que, aunque me he pasado toda la vida aprendiendo a perder, a ti no puedo perderte.

Elira traga saliva. Nota el pulso disparado y las ganas de salir de ese cuarto para ir a buscarlo trepándole por el cuerpo, pero las contiene. Se obliga a echarlas abajo, las cubre con los miedos que le quedan.

Toma papel. Saca la tinta.

Y escribe rápido.

ASTREY

Dos golpes al otro lado de la puerta. Una nota que se cuela por debajo.

Pronto será de noche.

Suena a que te aterra volver a quedarte solo. ¿Es eso? ¿Soy eso? ¿Una compensación por todos los años que has pasado al margen del mundo? ¿Una excepción? ¿Un consuelo? ¿Algo a lo que quieres aferrarte solo por miedo?

Astrey ni siquiera se molesta en buscar otro papel. No lo necesita para escribir una sola línea.

Sabes que no.

Da dos golpes en su lado de la puerta. Desliza la hoja por debajo y cierra los ojos, con la frente apoyada contra la madera. Espera. Cuenta los chasquidos de sus anillos. Diez. Veinte. Treinta. Apenas han pasado dos minutos cuando escucha los golpes.

A sus pies, una sola frase garabateada a prisa:

¿Y entonces qué soy, Astrey? La verdad. Sin mentiras. Sin escondites.

El Portador se agacha y recoge las palabras del suelo. Las mira durante más tiempo del que necesita, las relee hasta que dejan de tener sentido.

Lo quiere sin disfraces, aunque él no está acostumbrado a estar tan expuesto. Sin sonrisas siquiera, sin máscaras que puedan hacerlo todo más fácil. Astrey lleva tanto tiempo mintiendo que no recordaba que las verdades fueran tan difíciles. Que pudieran hacerle daño. Pero esa le pellizca el corazón, hace que los dedos le tiemblen sobre la pluma. Las letras le parecen hoy más intrincadas que nunca y la tinta roja le hace pensar que se está desangrando. Su demonio grita para acallarlo, igual que lleva haciendo durante años. Trata de robarle el control, lo nota. Quiere obligarlo a destruir esa carta y todas las demás. Quiere escribir palabras que él nunca diría, mentiras más difíciles de creer que cualquiera que haya pronunciado antes. Que no es nadie para él. Que no quiere volver a verla. Que era un juguete y que ya se ha cansado de jugar.

Pero Astrey mantiene el control.

Con nueve palabras se quita la piel y la carne y se queda en los huesos.

Eres la mujer de la que me he enamorado.

Dos golpes en la puerta. La página vuelve a manos de Elira.

Y él se queda en su lado, con el corazón entre las manos.

ELIRA

Con nueve palabras le abre el pecho y reclama el lugar que hace mucho que le pertenece. Con nueve palabras anestesia un poco el dolor, la traición, la frustración y la confusión. Con nueve palabras consigue que todo lo que han compartido (todo lo que son) le llene el cuerpo y la ahogue y le nuble por completo el pensamiento. A lo mejor es una trampa. A lo mejor es una mentira más y ella está cayendo de nuevo como una tonta, confiando en palabras escritas como si fueran verdades absolutas. Es ridículo. La persona que las escribe se ha escondido mil veces a plena luz del día: ese papel puede ser otra manera de ocultar su rostro. Quizá solo le ha dicho lo que quiere escuchar. Quizá incluso el leve temblor de la caligrafía es falso. Quizá, en alguna parte, se está riendo de ella.

Por eso necesita verlo.

Abre la puerta de un tirón firme, sin llamar. Al otro lado no está el pasillo, sino el cuarto de Astrey, como si el mismo palacio que los ha mantenido alejados se hubiera cansado de ello. Y en el centro, él. Es obvio que estaba caminando por la habitación, nervioso; que se estaba tocando los anillos de manera compulsiva. Se detiene en

cuanto la ve, sobresaltado. Su expresión sorprendida no puede ser una máscara. Su mirada casi asustada no puede ser fingida.

—Elira.

La manera en la que pronuncia su nombre, casi sin voz, es lo último que ella puede soportar. Los nombres importan y él le da forma al suyo como si fuera algo complejo e inmenso, algo con demasiado significado como para poder moldearlo sin temblar.

Elira ni siquiera es capaz de pronunciar el de él.

Se lanza hacia Astrey como si fuera a atacarlo. Quizá él incluso piense que va a hacerlo, antes de que llegue el beso. Lo siente tensarse en cuanto ella toma su rostro con las garras y después… después, luchan. No hay otra manera de definir el estallido, las ansias, la violencia con la que se agarran el uno al otro. Abren la boca y se devoran como los animales que son. Astrey deja escapar un gemido de necesidad, de anhelo, mientras le clava las uñas en la cintura y la acerca tanto a él que podría deshacerle la carne y fusionar su piel con la suya. Y Elira se lo permitiría. Ni siquiera cree que hubiera mucha diferencia entre ellos si ambos habitasen el mismo cuerpo, el mismo corazón. Quizá lleven haciéndolo desde el primer beso que se dieron, hace muchos años, muy semejante a este y, al mismo tiempo, demasiado distinto. Porque aquel beso fue solo deseo, ardía de excitación después de cartas y cartas fantaseando con él; este, en cambio, está repleto de mucho más.

Ya no son solo dos jóvenes jugando, ahora la partida ha terminado y Elira ni siquiera tiene claro si ambos han perdido o han ganado. Ese beso está hecho de su derrota, su victoria o su rendición. Está hecho de algo más profundo que la atracción y la comprensión, de eso que han intentado extirparse de todas las maneras posibles y

que, al final, se los ha comido desde dentro. Ella, sin embargo, sigue sin ser capaz de ponerlo en palabras, así que su boca se lo dice sin ellas y sus manos, que siempre han sido la parte de sí misma que más habla, se lo repiten cuando comienza a tirarle de la ropa.

Astrey no se resiste. Sus manos también ansían desnudarla, su boca busca su cuello, su aliento le baña la piel. Se aferra a ella como si hubieran estado años separados, en lugar de haber estado todos esos días a un pasillo de distancia. Como si hubiera estado vagando por el desierto, muriéndose de sed, y ella fuera una fuente de la que beber. Baja las manos a sus muslos y la alza entre sus brazos; hunde la boca en su cuello y muerde. Elira sisea y se agarra a él con brazos y piernas. Le clava las uñas en los hombros y paladea el gruñido que le vibra contra la garganta. No es solo de dolor.

—Eres la serpiente más venenosa que existe.

Su jadeo está al límite de otro beso, justo cuando Astrey hace que su espalda choque contra la pared, y ella se aferra con un poco más de fuerza a él. El brujo la observa, su aliento perdido contra su boca entreabierta. Tiene las pupilas afiladas, demoniacas, pero es él. Es él, solo que sin disfraces. Sin la apariencia perfecta, diseñada para ser inofensiva y atractiva. Mostrándose tan terrible y real como es.

—Sí —responde, mientras pega más su cuerpo y se inclina de nuevo contra la garganta de Elira. Una lengua bífida se desliza por su piel—. Pero a ti mi veneno no puede matarte, mi reina.

Quizá tenga razón. Quizá sea la única persona en el mundo que pueda sobrevivir a él.

Pero eso no significa que no esté completamente intoxicada.

ASTREY

Tener a Elira a su lado, entre las sábanas revueltas, lo recoloca todo en su lugar. Sabía que la había echado de menos, pero no es consciente de cuánto hasta que las ansias se calman un poco, la razón vuelve y ambos se quedan abrazados, él con la cabeza apoyada contra el pecho de ella. Siente su hambre saciada, pero no es igual que otras veces: esta vez el sentimiento no tiene que ver solo con el deseo, con la atracción. Ahí tumbado, mientras esboza cartas con los dedos sobre la piel morena desnuda, se da cuenta de que quizá deshacerse de todas las apariencias, de las máscaras que había olvidado que llevaba, era lo que necesitaba para volver a sentirse cómodo en su propio cuerpo. Su demonio guarda silencio y la voz del Amuleto del Tiempo por fin se ha callado. En su mente solo está él, por primera vez en una eternidad, y el alivio le cosquillea por todo el cuerpo, en los bordes de una sonrisa que no tiene que forzar.

Elira le desliza los dedos por los cabellos, peinándolos con cuidado, como si temiera que un solo rasguño más fuese a romperlo. No ha sido tan delicada antes, cuando le ha arañado la espalda y le ha clavado las uñas en los hombros, pero a Astrey no le importa.

Como cada vez que ella le hunde las garras en la piel, se siente un poco más vivo, un poco más real, más nítido en los bordes.

—Supongo que ya no estás enfadada.

Le cuesta arrancarse las palabras. Si pudiera, se quedaría en ese presente callado, daría por perdonado el pasado y se olvidaría del futuro. Pero sabe que no pueden ignorar sin más lo que ha ocurrido. Puede que no vayan a hablar de lo que él ha escrito en su última nota (no hace falta, ya se lo han dicho todo sin palabras), pero supone que habrá más preguntas. No se dormirán en la misma cama como si no hubiera ocurrido nada sin hablar antes.

Elira mira al techo, pensativa.

—Dejémoslo en que ya no tengo ganas de matarte.

—Es un avance.

Considera una victoria que ella tenga que reprimir una sonrisa. Por un momento, su relación vuelve a ser la misma de siempre, con las palabras que no se dicen enterradas entre bromas. El espíritu puede jugar a eso. Puede volver a ser el brujo que intenta provocarla, mientras ella finge que se lo pone difícil.

Astrey la tantea cuando le roza la mano en un gesto casual, solo para llevarse su muñeca a los labios después. Su beso no es más que una caricia que Elira sigue con la vista.

—¿Astrey?

Él continúa dejando besos por su brazo, ascendiendo.

—¿Hmmm?

—No habrá más oportunidades después de esta. —El emperador se detiene y alza la vista a su rostro. Elira no ha cambiado la voz, que sigue siendo calmada y suave, pero quizá por eso a él le resulta todavía más peligrosa. Esa voz no está cargada de resentimiento ni

rabia, sino de la misma resolución que brilla en sus ojos—. Si vuelves a mentirme, a esconderme algo, se acabó.

Astrey no puede evitar un escalofrío. No es una amenaza, solo una advertencia, pero aun así siente que le clava las uñas en la garganta.

—Sin mentiras —le asegura él—. Sin escondites.

Lo dice sin dudar y, aunque ella aprieta los labios, sabe que va a creerlo. Al menos va a intentarlo. Por eso no se aparta cuando él se incorpora para ponerse a su altura y buscar su boca otra vez. Con el hambre saciada, lo único que queda es un gesto profundo, cálido, pero no ardiente. La clase de beso que podría convertirse en una promesa. En sus últimas cartas había duda, la que siempre acompaña al miedo de abrirse demasiado a alguien, pero ahora la deja de lado.

Es ella quien se aleja al cabo de un par de minutos, antes de que puedan volver a abandonarse por completo.

—Hay algo más.

Astrey se incorpora lo justo para observarla con el asomo de una sonrisa divertida en la boca. Por supuesto. Para ella siempre hay algo más.

—¿Sí, mi reina?

Elira toma aire y gira la cabeza. El Amuleto está ahí, sobre la mesilla. Le ordenó que se lo quitara en cuanto cayeron sobre el colchón y él, aunque llegó a dudar un instante, lo hizo. Quizá porque sabía que ella no se habría tomado bien que no obedeciera. Quizá porque no quitárselo habría sido elegir al Amuleto por encima de ella y no sabe si habría podido perdonarlo entonces.

Para ser honesto, se siente un poco más ligero ahora que no le cuelga del cuello. Aun así, le preocupa que vaya a pedirle que se deshaga de él. Una cosa es apartarlo durante unos minutos y otra…

—Ten cuidado con él. —Astrey se relaja un poco, porque esa petición le resulta mucho más sencilla—. No lo escuches. No lo uses si puedes evitarlo. Siempre hay otra alternativa, así que prométeme que no te dejarás llevar. No… No dejes que te consuma.

Él está a punto de decirle que su padre nunca se dejó llevar, que muchos Portadores han tenido el control hasta el final, pero sabe que no es eso lo que ella quiere escuchar.

—Puedo prometerte tener precaución, pero a veces no se puede evitar, Elira. Si Nathan no lo hubiera puesto en marcha en Ilan, por ejemplo… —La bruja hace un mohín y Astrey sacude la cabeza, sin querer pensar en ello—. Y todavía tengo que ayudar a mi madre. No mejora y…

—Astrey.

Su nombre lo hace callar. De nuevo, no hay dureza en su tono, pero lo silencia con la misma brusquedad que si lo hubiera gritado. La tranquilidad y la tristeza con la que lo ha dicho son mucho peores que la ira. Suena como esas verdades que duelen, igual que duele la forma en la que le acaricia el rostro con la punta de los dedos. Elira traza una línea desde el pómulo hasta la mandíbula y él se queda ahí, congelado, con todas las palabras que iba a decir escondidas bajo la lengua.

—Sabes que no puede seguir así.

—Lo sé, por eso…

—El Amuleto no es la forma de ayudarla, Astrey —lo interrumpe ella—. Sabes cuál es la única solución de verdad.

No. Se niega. No la ha devuelto a la vida para eso. No ha estado esperando más de veinte años para eso. Quería recuperarla y se merece más de lo que ha conseguido. Merece recuperar el tiempo perdido, escuchar más veces su nombre de esos labios. Quiere contarle todo lo que ha hecho en esos años. Quiere hablarle de los buenos momentos y de aquellos que no fueron tan buenos. De las personas que lo hacen feliz, de aquellas que han venido a su vida y desean quedarse en ella. Quiere que se reúna con Nilam, que recuerden juntos. Quiere…

—No. —Astrey se incorpora y se aleja de ella hasta sentarse en la cama—. No, no pienso… No voy a rendirme sin más. No puedes pedirme…

Elira también se incorpora. Tiene en la cara esa expresión de lástima que odia ver en ella.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Usarlo una y otra vez? Astrey, lo que intentas no es tan fácil. He leído mucho sobre el Amuleto y esto es… inusual, como mínimo. El tiempo y la muerte son cosas distintas, aunque estén entrelazadas, y tú estás tratando de controlar ambas.

Astrey no es consciente de que está apretando los dientes hasta que siente la tensión en la mandíbula. Que nadie haya sido capaz de utilizar el Amuleto de esa forma no significa que no pueda hacerse, sino que nadie ha sido lo suficientemente osado.

—Si estuvieras en mi situación, ¿no querrías darle al menos una oportunidad? —El espíritu estira la mano y le caza la garra, la aprieta entre sus dedos—. Si fueran tu madre o tu hermana, ¿serías capaz de seguir adelante sin preguntarte todos los días si podrías haber hecho algo más para ayudarlas?

Astrey ve la brecha en la expresión de la bruja, pero es demasiado pequeña.

—El problema de ese argumento es que es infinito, Astrey. Si vuelves a intentarlo y no funciona, querrás intentarlo de nuevo, y luego otra vez y otra…

—Entonces déjame intentarlo al menos una vez —la interrumpe él —. Un solo intento más para… que vuelva a ser ella. Para darle todo lo que no pudo tener. Para… volver a tener a mi familia aquí conmigo. —Traga saliva—. Es lo único que me queda, Elira. Y no quiero perderla de nuevo.

La tristeza inunda los ojos de la orliana, o quizá solo sea que él puede ver su propio rostro reflejado en el fondo de esas pupilas. Parece tan pequeño como se siente, demasiado desesperado. Le falta el aire y tiene la sensación de que todo su plan se desmorona, pese a que recuperar a su madre siempre ha sido solo una pequeña parte de todos sus deseos. Pero, ahora que puede tenerla, no quiere renunciar a ella. Ahora que ha recordado cómo es su rostro, su sonrisa, cómo pronuncia sus nombres, el viejo y el nuevo, no puede dejarla ir otra vez.

Elira tarda en contestar. Alza la mano hacia su rostro y Astrey ladea la cabeza hacia su caricia, sin apartar la vista de su mirada.

—Por favor, Elira.

—Todo esto… Todo lo que has hecho es por eso, ¿no? Porque… Porque echabas de menos a tu familia. La que te quitaron. Porque sentías rabia y soledad y… recuperar este palacio, recuperar el Amuleto, sería un poco como recuperarlos a ellos, recuperar todo lo que debiste ser. —Astrey frunce los labios, pero no responde. Ella ya sabe que está en lo cierto, igual que sabe que nada está saliendo

como él deseaba—. Pero a veces nos… aferramos demasiado al pasado, Astrey. A lo mejor no tienes que recuperar la familia que perdiste. A lo mejor puedes sencillamente… crear una nueva.

Él deja escapar una sonrisa que no tiene nada de feliz.

—Hablas como mi tío.

—A lo mejor tu tío tenía razón.

—Quizá, pero él ya no está. Lo maté, ¿recuerdas? Me ofreció una nueva familia y esa la destruí yo mismo. ¿Y para qué, si no sigo adelante? ¿Para qué…?

—Astrey.

De nuevo, ella solo necesita decir su nombre para callarlo. O quizá sea la forma en la que le toma el rostro con ambas manos. De pronto, parece un poco insegura, un poco avergonzada incluso. Astrey entorna los ojos, confundido.

—Yo te estoy ofreciendo una nueva familia ahora.

Tarda un par de segundos más en comprender lo que le está diciendo. Las palabras se le cuelan en la cabeza demasiado poco a poco.

Pero no significa lo que él quiere que signifique, está seguro.

—¿Qué?

Ella se muerde el labio. La ha entendido mal. Tiene que haberla entendido mal.

—Me ofreciste ser tu emperatriz, ¿no?

Dos veces. Se lo ha ofrecido dos veces y dos veces ella lo ha rechazado, lo ha mirado con horror. Así que él se prometió que no volvería a pedírselo hasta estar seguro de que iba a darle una respuesta afirmativa.

Pero ni siquiera después de las cartas estaba seguro de que eso fuera a ocurrir.

Astrey deja escapar el aire que estaba conteniendo en una exhalación temblorosa, incrédula. Nota que el pulso se le acelera, pero ni siquiera siente que sea él quien está viviendo ese momento. Quizá está ocurriendo en otra vida, en otro mundo, en otro tiempo.

—¿Y tú quieres… ser mi emperatriz?

Elira aparta la vista y las manos de su rostro para jugar con las pulseras de cuerda que lleva en las muñecas. Es evidente que está nerviosa, cada vez más azorada. Astrey nunca la había visto comportarse de ese modo, así que se siente un poco fascinado.

—Hay condiciones, claro —comienza a decir ella muy rápido—. Orlaith sigue siendo lo más importante para mí, así que tendríamos que hablar de qué ocurrirá si quieren la independencia y me eligen como su soberana. No sé cuántas probabilidades hay de que vaya a suceder, pero quizá tendría que irme por temporadas si fuera así y, por supuesto, no podrás intervenir en…

—Elira —la interrumpe él, incapaz de pensar en política justo en ese instante—. ¿Estás diciendo que te casarías conmigo?

Ella abre y cierra la boca, sin saber qué decir, y Astrey nota su propio pulso acelerado cuando le coloca un par de dedos bajo el mentón para obligarla a mirarlo.

—No tienes por qué hacerlo. No por mí. Por lástima o…

—No es eso lo que…

—Ya eres mi familia —continúa él—. Llevas siéndolo años, sin necesidad de ningún compromiso. Si te quiero como emperatriz es porque eres competente, inteligente y justa. Porque deseaba que gobernases a mi lado como una igual. Pero no tiene por qué ser así.

Ella se destensa un poco ante esas palabras, como si hubiera estado luchando contra algo y, de pronto, hubiera encontrado cierta calma en la rendición.

—Lo sé. Y también sé que quieres hacerlo bien. Que quieres crear otro mundo, uno mejor, y crees que podemos diseñarlo juntos. Y quiero… quiero verlo. —Elira traga saliva, pero en su mirada ya se adivina una decisión inquebrantable—. Quiero descubrir qué podríamos hacer.

El pecho de Astrey se expande. Conoce la esperanza, lo traicionera que puede ser, la facilidad con la que se te mete dentro y te susurra al oído sueños que nunca se van a cumplir. La esperanza es lo que hizo que aceptara ser el juguete de Fabrice. La esperanza es lo que hizo que creyera que la ruta hacia la cima podía hacerse como quería cuando tenía dieciocho años. La esperanza lo ha convencido de que podía ayudar a su madre.

Es la esperanza lo que lo mueve, con hilos finos, a quitarse el anillo que lleva en el pulgar derecho. La banda dorada destella a la luz tenue del cuarto, mientras que las piedras negras que tiene engarzadas atrapan esa misma claridad en su interior y la devoran. Ese fue el segundo anillo que tuvo. Lleva con él tantos años que lo siente como una extensión de sí mismo, como una seña de identidad, así que le parece que es justo dárselo a Elira, para que tenga un pedazo de él, de su historia. Su mano busca la de ella y le toma los dedos con suavidad.

La bruja baja la vista hacia el gesto. Astrey le acaricia los nudillos con delicadeza, deja el anillo cerca, pero no llega a ponérselo.

—Podría crear un mundo nuevo yo solo, Elira, pero nunca sería perfecto sin ti a mi lado. Permíteme que sea perfecto. Quédate junto

a mí. Cásate conmigo.

Elira se estremece, pero alza la vista para mirarlo a los ojos cuando responde, casi sin aliento:

—Sí.

Solo es una palabra, pero tiene más efecto en él que el discurso más elaborado. Le golpea en el pecho, le arrebata la respiración y una sonrisa. Los dedos le tiemblan cuando desliza el anillo por su anular, pero no le importa que vea lo que causa en él. Es justo lo que le ha estado causando desde el principio. Igual que su propio demonio, Elira se le ha metido dentro y, a veces, le hace perder el control.

Pero es una sensación que no cambiaría por nada del mundo.

Un poco de magia es todo lo que necesita para que la banda se ajuste alrededor del dedo de la princesa de Orlaith. No puede evitar contemplar el resultado, el brillo del oro contra su piel, las motas negras, tan oscuras como los ojos de un demonio.

Astrey se lleva la garra a los labios y besa el anillo en una promesa silenciosa, mientras su mirada vuelve a encontrar la de su prometida y ella esconde una sonrisa al morderse el labio. Esto es lo que tenía que pasar desde el principio. Este es el destino que merecen: los dos juntos en la cima. Con ella no se sentirá tan solo en ese palacio inmenso. Con ella creará un hogar. Ella puede acallar las voces. Ella lo mantendrá anclado a la realidad. Ella lo ayudará a decidir. Será su familia.

Lo será todo.

—Mi emperatriz.

El beso con el que se buscan es dulce y hambriento, ambas cosas, como si los demonios hubieran vuelto a despertar dentro de ellos. Es

todo lo que anhelan, todo lo que temen. Es la prueba de que encajan, de que están hechos el uno para el otro. De que, si quisieran, podrían gobernar Evren entero.

Si quisieran, podrían incluso reescribir la historia.

ELIRA

Mientras Astrey entra en la habitación de su madre, Elira se queda fuera, sentada en las escaleras. Es una decisión compartida, un pacto entre ambos. Ni ella quiere ver lo que va a pasar ni él quiere que ella esté presente, como si temiera que verlo usar el Amuleto del Tiempo fuera a romper lo que han reparado en las últimas horas. Lo que están a punto de crear entre ambos, igual que lo que tenían y, al mismo tiempo, diferente.

Una parte de ella cree que no debería haber cedido. Otra, la que está convencida de que no va a cambiar nada, se dice que quizá sea mejor así. Quizá sirva para que Astrey se dé cuenta de que el Amuleto no va a poder ayudarlo siempre, que hay cosas que ni siquiera los Portadores pueden hacer. Su madre murió hace demasiado tiempo. La única manera de salvarla de verdad sería volver el tiempo atrás, regresar a una época en la que estuviera viva y, dado que murió de una enfermedad, lo más probable es que ni siquiera eso le podría asegurar salvarla. Si el Inmortal la hubiera querido viva, quizá todo habría sido diferente, pero no lo hizo, y

Astrey no puede dedicar su vida entera a enmendar los errores del anterior emperador.

Siente el momento en el que el Amuleto se pone en marcha. No es porque nada cambie: el palacio se mantiene igual, no tiembla ni se rompe, pero el ambiente se enrarece, el aire se vuelve pesado y siente la magia a su alrededor; es algo espeso, casi palpable. Hasta cierto punto, la llama. Aunque ella no quiera el Amuleto del Tiempo, aunque lo considere peligroso, es un objeto que cualquier demonio querría probar al menos una vez. El suyo suele estar callado y cómodo en su interior, pero hasta él abre los ojos ante la energía que desata el talismán.

Elira se encoge un poco sobre sí misma y se fija en su propia mano, se concentra en el anillo que decora su anular y le da vueltas. Todavía se le hace extraño llevarlo puesto, desacostumbrada a llevar joyas que decoren sus garras. Le parece incluso demasiado bonito para unas manos tan horribles, hechas para hacer daño, pero no quiere quitárselo.

«¿Estás segura de esto?».

Sí. Más segura de lo que esperaba, incluso. No es solo por Astrey. No es porque el corazón se le haya ablandado con su confesión ni por las barreras que ha terminado de echar abajo con sus besos o por la comprensión que siente por él y su necesidad de volver a tener una familia (quizá ella sea igual, quizá el refugio solo fue su manera de seguir aferrándose a otras personas, de evitar sentir que se había quedado sola en el mundo). Lo que más la convence de lo que ha hecho, de lo que ha aceptado, es la perspectiva de futuro que tienen por delante.

No puede dejar de verla. No puede dejar de preguntarse qué pueden llegar a conseguir.

Quizá nunca vaya a caer ante la tentación que supone el Amuleto del Tiempo, pero a lo mejor no es tan fuerte ante la idea de reparar el pasado sin necesidad de usarlo.

La puerta a su espalda se abre y ella alza la vista a tiempo de ver a Astrey salir de la habitación. Solo necesita un vistazo para saber que no ha funcionado, que sus esperanzas han terminado de quebrarse ahí dentro. El espíritu se sienta a su lado en silencio, con la cabeza baja, y Elira traga saliva cuando ve el mechón de pelo blanco que le tapa a medias la expresión. No estaba ahí antes de que entrara en ese cuarto, pese a todas las veces que ya ha usado el Amuleto, y ella no tarda en entender por qué. Sin Caleb a su alcance, el único lugar del que puede robar tiempo sin dañar nada ni a nadie es de su propio cuerpo.

Por un instante, la peor parte de sí misma se arrepiente de haber dejado que aquel chico escapara.

Aunque duda, al final extiende un par de dedos para apartar ese mechón albino que destaca entre el fuego de sus cabellos. Astrey tiene la mandíbula tensa y los ojos grises hechos de tormenta, pero no le devuelve la mirada. No dice nada. No es necesario. Lleva la frustración y la pena escritas por toda la cara.

—Déjame hacerlo por ti —susurra ella.

Él no necesita más explicaciones para saber a qué se refiere. Sus labios se aprietan un poco más, su mirada continúa huyendo de ella, pero, tras unos largos segundos, asiente. Elira es consciente de lo mucho que tiene que costarle hacerlo. Pero quieren hacer las cosas bien, ¿no? Ella tiene que ayudarlo a tomar las decisiones correctas,

aunque a veces duelan. Esta es solo la primera cosa complicada que ambos van a tener que hacer.

Se inclina para dejar un beso sobre su sien antes de ponerse en pie.

—Te prometo que será rápido.

Astrey no responde. Se encoge un poco más sobre sí mismo, se tapa los oídos como si le diera miedo escuchar algo de lo que está a punto de suceder o como si quisiera aislarse de voces que Elira no es capaz de escuchar. Si es eso último, se encargará de acallarlas luego. Se encargará de distraerlo, de hablar lo suficientemente fuerte como para que solo pueda escucharla a ella. Si tiene que salvarlo de sí mismo, lo hará.

Le cuesta más de lo esperado abrir la puerta del cuarto. Durante todos esos días, ha estado visitando a la mujer que ahora se acurruca en una de las esquinas, murmurando para sí misma salmos que no pueden protegerla. Elira no conoció a Linette en vida, solo ha conocido los breves fragmentos de ella que ha conseguido cazar en esos días, pero eso ha sido suficiente para saber que debió de ser una mujer encantadora, alegre y vivaz. Espera que Astrey pueda recordarla así, y no como esa criatura asustada y cambiante que ahora tiene delante.

Linette la observa con los ojos muy abiertos, asustada, mientras Elira se acerca a ella. Un instante después, sin embargo, cambia. Al principio, como siempre, se queda con la expresión perdida. Después, el cuerpo se le relaja y su mirada se alza hasta ella. Hay un brillo de reconocimiento en sus ojos.

—Elira.

La bruja le dedica una sonrisa tierna que le cuesta más de lo que le gustaría. Se arrodilla frente a ella.

—Hola, Linette.

Es obvio que la mujer está sobrepasada, pero aun así sus comisuras tratan de responder a su sonrisa con otra. Es un gesto de disculpa, torcido, triste.

—Lo siento. No sé… Ojalá pudiera…

—No pasa nada. No es culpa tuya.

La mujer lanza un vistazo hacia la puerta y aprieta las manos contra la fina tela del camisón que lleva puesto.

—Sé que le duele —susurra—. Sé que está… intentando que todo esté bien, pero…

—Pero tú sabes que no lo va a estar, ¿verdad?

Linette vuelve a mirarla. En sus ojos, como en los de su hijo, vive una tormenta que no había visto nunca hasta ahora, pero que está a punto de desatarse y llevárselo todo. Elira no puede evitar preguntarse si Astrey no aprendió a disimular todo detrás de una sonrisa gracias a un libro, sino a su madre. Se pregunta si esa mujer lleva días padeciendo una angustia que nadie es capaz de describir, pero no quería que él la viese y que se sintiera culpable.

—No quiero que sufra.

La sonrisa de Elira se tiñe de tristeza. Con cuidado, alza la mano y acaricia una de esas mejillas repletas de pecas.

—Lo sé. Pero no te preocupes: yo cuidaré de él.

Linette ladea la cabeza contra su garra, la observa con una pregunta que sus labios nunca llegan a formular.

La caricia de Elira desciende hasta el cuello.

El anillo que Astrey ha puesto en su dedo se empapa de sangre.

VIII
TIEMPO DE DESEOS

CALEB

Caleb lleva años queriendo deshacerse de su inmortalidad, pero esa idea se convierte en una obsesión desde el momento en el que abandonan el antiguo hogar de Tara y Chronos. No se trata solo del miedo que le da repetir los errores de su primera vida, sino que hay cosas que no quiere tener que sufrir en esta. Los recuerdos de la muerte de Nilam se han reavivado, más punzantes que nunca, y el miedo a ser el único que sobreviva a toda la gente que quiere, el único condenado a presenciar una muerte tras otra, se ha intensificado hasta ocupar incluso sus sueños. En los breves momentos en los que cierra los ojos y duerme, Caleb se ve ante los cadáveres de todas las personas a las que alguna vez ha querido. Ve la muerte de su padre, la de su maestro, pero también la de Ishtar, pálida y quieta en una cama; la de Dyne, asesinada por los celestiales; la de Derek, desangrado entre las zarzas. Y, sobre todo, ve la muerte de Darien. A él lo ve morir de tantas formas, tantas veces, como vidas han compartido.

No lo soporta, así que se alegra de no necesitar dormir demasiado y se obliga a pensar que cada vez está más cerca de evitar ese

destino lleno de pérdida. Darien tuvo la idea la misma noche que fueron a la casa, mientras volvían al claro de la mano:

—Deberíamos buscar la casa de tu padre.

Caleb, todavía perdido en la visión de Tara y Chronos, lo miró como si hubiera hablado en otro idioma.

—Querías encontrarla, ¿no? Me lo dijiste la última noche que pasamos en Damira. Y, si hay algún lugar que puede sernos útil ahora, es ese. —La decisión brillaba en los ojos de Darien incluso en la penumbra—. Tu inmortalidad llegó el día que tu padre murió, Caleb. Pasara lo que pasara, las respuestas están en esa noche.

Así que a la mañana siguiente le expusieron la situación a Derek e Ishtar y ambos estuvieron de acuerdo en que merecía la pena intentarlo. Se pusieron en marcha sin más palabras, aunque también sin demasiadas pistas que seguir. Es difícil encontrar un hogar que no has pisado en catorce años y que solo recuerdas de fragmentos recuperados hace poco, de modo que durante los siguientes días tratan de trazar un mapa siguiendo memorias inconexas.

Llegan a la conclusión de que Valerick y Nilam no debieron de vivir en puntas demasiado alejadas de Arsay, porque de lo contrario su maestro nunca habría llegado hasta él, y eso los ayuda a delimitar una zona probable que, sin embargo, sigue siendo demasiado amplia como rango de búsqueda. Por eso Darien vuelve a hundirse en sus recuerdos. En cada descanso que hacen en el camino, el celestial toma su mano y se concentra en sacar a la superficie algunos retazos de una vida que el necromante descubre por primera vez y otros que ya había visto. Buscan sobre todo momentos en que su padre lo llevaba al exterior; buscan excursiones, lugares que puedan servirles de guía. Las noches en las que miraban juntos al cielo y

Valerick le contaba historias se convierten en mapas del firmamento para encontrar el punto exacto en el que estaban; la fauna y la flora de su hogar se convierten en tema de debate con Derek, que ha recorrido Arsay de punta a punta tantas veces como para conocerla mejor que nadie.

Solo hay una persona que podría guiarlos mejor por esos bosques: Dyne.

De ella no tienen noticias pese a que Caleb le envió un cuervo en cuanto consiguió huir de Damira. Sin embargo, ese mismo cuervo vuelve a él, con su mensaje sin entregar, cuando llevan tres días de viaje. Caleb no puede evitar un escalofrío en cuanto lo ve. Derek, a su lado, palidece un poco.

—¿Crees que la han descubierto?

Ambos se han adelantado al resto del grupo, acostumbrados a reconocer el terreno, pero se detienen en ese momento e intercambian una mirada. Un miedo. Es Derek quien lo ha puesto en palabras y Caleb quien lo convierte en un remordimiento:

—Tendría que haberla convencido de que dejase el Sacro Reino cuando fui a buscarla.

Su mejor amigo lanza un vistazo hacia atrás y observa a Darien e Ishtar, que caminan y charlan varios pasos por detrás. Después, le pone una mano en el hombro para animarlo a seguir hacia delante y mantener la distancia.

—Le dijiste que podía volver y ella insistió en quedarse allí. Dyne sabía cuáles eran los riesgos y, aun así, tomó su decisión. Y sabes tan bien como yo que ninguno de los dos podríamos haber hecho nada para disuadirla.

Tiene razón. Aun así, Caleb lleva demasiados días pensando en la muerte como para no ponerse en lo peor.

—¿Crees que…?

—No está muerta.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque me lo habría dicho.

Caleb frunce el ceño, confuso, y vuelve la vista hacia su amigo. Quiere decirle que eso no tiene ningún sentido, que los muertos no hablan, pero entonces comprende a lo que se refiere:

—El último deseo de los necromantes.

Derek asiente. Tiene el rostro demasiado serio para ser él y se roza de manera distraída el tatuaje que le baja por la cara.

—Yo usé el mío con ella, sé que ella habría hecho lo mismo conmigo. No sé qué le impide respondernos, pero no está muerta.

Caleb no se ve capaz de llevarle la contraria. Aunque Derek, Dyne y él hayan pasado tantos años juntos, es consciente de que la conexión que hay entre ellos dos es distinta. Han crecido juntos de una manera que él no puede comprender, los ha visto entenderse sin necesidad de cruzar una sola palabra en multitud de ocasiones. Caleb nunca se ha sentido de más entre ellos, pero a menudo notaba los años en los que él todavía no formaba parte de sus vidas. Son años de heridas compartidas, de soledad atenuada por la presencia del otro. Si las almas predestinadas existen, es probable que ellos también sean dos personas hechas para conocerse una y otra vez.

Si él está preocupado por Dyne, no se imagina lo que debe de sentir Derek. Si él sintió que se le rompía el corazón cuando su amigo se le murió en los brazos, no se imagina lo que Dyne debió de

sentir si llegó a descubrir lo que había pasado. Quizá hizo una locura. Sí, tuvo que hacerla. Dyne nunca se habría quedado de brazos cruzados ante la muerte de Derek. Lo más probable es que, como mínimo, quisiera venganza. Habría salido del Sacro Reino de inmediato, tanto para buscar al responsable como para buscarlo a él, incluso a Ishtar. Dyne no los habría dejado solos.

A no ser que algo se lo impidiera… o que sepa que Derek ha conseguido salvarse.

Caleb mira a su acompañante de reojo. Tiene la mirada fija en el camino y, al mismo tiempo, muy lejos de allí, perdido en su propia cabeza. Probablemente está pensando en cómo descubrir qué ha sido de su compañera y, sobre todo, cómo ayudarla en caso de que esté en apuros. Caleb también piensa en ella, en las posibilidades, pero Dyne no es la única que le preocupa. Al fin y al cabo, su amigo y él no han hablado de esos minutos que han tenido que cambiarlo todo para Derek ni lo que pueden suponer. No tiene confirmación, solo suposiciones e historias sobre traidores a Muerte, necromantes que le dan la espalda a su fe para irse con otros dioses o reniegan de ella por el dolor que les provoca una pérdida.

No considera que Derek sea un traidor, pero que haya perdido sus poderes implica que está pagando como si lo fuera.

Lo que no sabe es hasta qué punto.

—¿Crees que le llegó? —pregunta en voz baja. Su interlocutor lo observa como si se hubiera perdido en la conversación—. Tu mensaje. Estuviste muerto muy poco tiempo. ¿Crees que le llegó? ¿O crees que Muerte le diría…?

Que había conseguido escapar de sus manos. Que su alma había vuelto al ciclo y después había huido.

Derek lo mira con los ojos muy abiertos, sin saber qué decir. La sonrisa que dibuja después es dubitativa, nerviosa.

—Espero que no. Espero que el mensaje le llegara y ahora mismo siga pensando que estoy muerto.

—¿Por qué?

Derek se frota la nuca, pero no responde. Aprieta el paso y Caleb observa su ancha espalda desde atrás, el moño en el que siempre se recoge parte del pelo. No le pasa desapercibida la manera en la que abre y cierra la mano izquierda, como si la tuviera entumecida.

—Derek —lo llama—. ¿Hay algo de lo que quieras hablar?

Su amigo no contesta.

Y con eso lo dice todo.

DARIEN

Darien sabía que volver a un lugar que solo aparece en los recuerdos de la infancia de una persona iba a resultar difícil, pero es todavía peor de lo que había imaginado. Desgranar los momentos que Valerick y Caleb pasaron juntos en busca de pistas es un proceso lento y frustrante, repleto de intentos que no lo llevan a ningún sitio pero que aun así consumen su energía. Intentar buscar en los recuerdos, cada vez más hondos, hace que sea el primero en cansarse cuando caminan y afecta a su humor. Se nota inquieto, presionado por ser el responsable de ofrecer un rastro fiable. A veces no puede evitar pensar que están perdidos, caminando en círculos, pero nunca lo dice en voz alta, igual que no es él quien pide que paren a descansar ni admite que hay ocasiones en las que el agotamiento apenas le deja dormir. El paisaje de Arsay ya no lo satisface, porque hay pocas novedades en los bosques que cruzan, y los días se empiezan a arrastrar porque todos parecen iguales.

Al menos, hasta que ve los árboles adornados con cintas.

Darien ni siquiera es consciente de cuándo han aparecido. En un segundo estaban en un bosque cualquiera, siguiendo un camino entre la maleza, y, al instante siguiente, en una encrucijada, el

paisaje se ha abierto, despejado de helechos y hierba alta. Deberían ir hacia la izquierda, pero a la derecha es donde el sol a punto de ponerse brilla más y la brisa mueve los jirones de color como si fueran estandartes. Allí todo está más cuidado: los árboles parecen casi ordenados, como si alguien hubiera intentado darles un sentido al plantarlos formando algo parecido a pasillos. A la sombra de algunos crecen flores silvestres, pero son los trozos de tela los que le llaman la atención. Son de mil colores diferentes y forman un arcoíris del que le resulta difícil apartar la vista.

Sus pies se han detenido por voluntad propia y, al darse cuenta, el resto del grupo se gira para mirarlo.

—Es un cementerio.

Es Caleb quien lo dice, pero Darien no se vuelve hacia él, sino que mantiene la mirada en los árboles, en las cintas, en todo ese lugar tan extraño y que, sin embargo, le resulta tan atrayente. Sabe que «cementerio» es la palabra que usan los necromantes para los espacios en los que entierran a sus muertos, pero no se los imaginaba así. Ha escuchado las suficientes historias para entender que los fieles de Muerte plantan los cadáveres como si fueran semillas y dejan que algo crezca en su lugar, pero daba por hecho que algo así solo podía dar lugar a espacios sombríos, llenos de plantas deformes y venenosas.

Ahora que lo ve, sin embargo, se da cuenta de que debería haberse deshecho ya de ese prejuicio: nada de lo que los necromantes hacen es sombrío. En su viaje ya ha pasado por sus ruinas, por sus poblados, y, exceptuando el nido de demonios y sus alrededores, todo le ha quitado el aliento. A su manera, todo está lleno de belleza.

—Es precioso.

La confesión se le escapa sin pensar. Acostumbrado a los ritos funerarios de la Hermandad, ha aprendido a asociar la muerte con el fuerte olor de una pira ardiente, con el humo y el picor en los ojos si estás demasiado cerca. Es la primera vez que puede vincularla a la vida, a algo bello, a algo de lo que casi quiere formar parte.

—¿Quieres verlo?

Esta vez Darien sí que se gira hacia Caleb. Él, como siempre, es capaz de ver incluso los deseos que no se atreve a pronunciar en voz alta.

—No quiero retrasarnos…

—Si queríais estar a solas, solo teníais que decirlo, ¿eh? Un cementerio es un lugar extraño para una cita.

El celestial siente que la sangre se le agolpa en las mejillas e Ishtar le da un codazo a Derek, pese a que ella también parece divertida por el comentario. Su guardián finge que le ha hecho mucho daño cuando se encoge sobre sí mismo. O quizá se lo haya hecho de verdad: desde que tiene un demonio dentro, la fuerza de la chica es un misterio. Se mueve con mucha más soltura y tiene mucha más resistencia que antes, desde luego. La tos sigue apareciendo de cuando en cuando, a veces más fuerte y otras más débil, y en muchas ocasiones usa su magia para que sea el terreno el que se mueva en lugar de ella y así evitar cansarse, pero, por lo demás, es evidente que está mucho mejor. También mucho más feliz.

—Id —dice la princesa—. Pronto atardecerá, así que nosotros nos encargaremos de buscar un sitio para acampar y conseguir algo de cena.

Caleb enarca las cejas.

—¿Quiénes son aquí los que quieren excusas para estar a solas?

Ishtar ni siquiera disimula. Esboza una sonrisa inmensa, de diablillo, y se agarra del brazo de Derek para tirar de él.

—¡Pasadlo bien!

A Darien le gustaría responderle algo incisivo, pero lo único que puede hacer es seguirlos con la mirada mientras se alejan, muy juntos, hablando por lo bajo, mientras la risa de Ishtar resuena entre los árboles. Cuando vuelve la vista hacia Caleb de nuevo, se da cuenta de que este le está tendiendo la mano, como tantas otras veces. En esta ocasión sabe que no es para que use su don y el celestial se siente súbitamente nervioso por ello. No han estado solos desde la noche en la que fueron juntos a la casa de Chronos y Tara y, desde entonces, no se han tocado mucho más de lo necesario, quizá por eso ahora cada vez que lo hacen parece tan importante, tan intenso.

El celestial blinda su mente contra los recuerdos antes de que sus dedos encuentren los del necromante, ásperos bajo su tacto. Sus pensamientos continúan siendo suyos y el presente ni siquiera se difumina ante él. Sigue oliendo la tierra removida, la hierba. Los rayos de sol que se cuelan entre el follaje le calientan la piel, mientras que la brisa se encarga de enfriarle las mejillas. Un par de pájaros pían desde alguna rama, aunque lo que más escucha Darien es el murmullo de las hojas.

—Entonces ¿hay un árbol por cada persona que enterráis?

Caleb asiente antes de que Darien vuelva a fijarse en cada uno de los especímenes: todos son diferentes, tal vez como las personas que allí se encuentran, tan altos como si aspiraran a tocar el cielo y

tan bajos como si quisieran seguir siendo humanos. Algunos son tan espigados que parece que una corriente fuerte de aire fuera a romperlos y otros tan gruesos que deben de llevan ahí siglos enteros. Los hay jóvenes y viejos, perennes y de hoja caduca. Los menos todavía tienen algunas flores adornando sus ramas y otros empiezan a mostrar pequeños frutos. Darien se pregunta si alguien vendrá a buscarlos. Si se pudrirán en el suelo y serán otra ofrenda para el bosque o si habrá necromantes que los recojan y les den las gracias a los suyos por seguir alimentándolos.

—Y… ¿por qué?

—¿Por qué plantar un árbol?

—¿Por qué crear un lugar para los muertos?

Caleb lo estudia de soslayo, quizá intentando desentrañar qué le resulta tan fascinante. Con cada paso que dan, se adentran más entre los árboles y Darien supone que esa zona es más antigua, porque las cintas que cuelgan de las ramas están desteñidas por el sol e incluso deshilachadas. En algunas de ellas hay manchas negras que no consigue descifrar.

—No es un lugar para los muertos. Los cementerios son para los vivos, para darles un lugar en el que honrar a los suyos. Son un recordatorio de que alguien existió y que la vida continúa, pero también un refugio al que regresar cuando echamos de menos.

Hace una eternidad que Caleb le dijo que los necromantes también lloraban a los suyos, que lamentaban su pérdida, pero supone que no podía entender todo lo que trataba de explicarle. Ahora sí. Piensa en Adam, en cómo habrían sido sus ritos si hubiera muerto como un héroe en vez de como un traidor. Su cuerpo se habría incinerado y no habría quedado nada de él para llorarlo. Los

celestiales fallecidos se olvidan cuando muere la última persona que los conoció.

Darien se detiene ante un roble de aspecto imponente, de ramas lo suficientemente bajas como para alzar la mano y tocar las telas que cuelgan de ellas. Caleb, a su lado, también mira hacia arriba. Azul, verde, blanco que ha amarilleado con el tiempo, rojo. Parece que alguien hubiera querido vestir a ese árbol con las mejores galas.

—¿Y las cintas? ¿Qué son?

—Recuerdos. —Darien se gira hacia él y lo observa con los ojos muy abiertos—. No tan literales como los que tú podrías sacar de ellas si las tocaras, claro. Es solo algo simbólico. También pueden ser deseos o mensajes. Cosas que se quedaron por decir, por hacer, o historias de lo que esa persona no llegó a ver. Quienes saben escribir, lo ponen en palabras. Quienes no, se lo cuentan al árbol.

El celestial traga saliva y entiende las manchas negras: son palabras que se han corrido con el tiempo. Pero, aunque las letras se hayan borrado, supone que el sentimiento permanece, cosido de una manera que ni siquiera la lluvia o el viento pueden arrancar. Y esos sentimientos, esos recuerdos, esos mensajes… están por todas partes. Se da cuenta cuando intenta contarlos, cuando mira a su alrededor y es consciente de cuánta gente debe de visitar ese lugar. Quizá sea lo más parecido que tienen los necromantes a un sitio de peregrinación. Está seguro de que no rezan o, por lo menos, nunca ha visto a Caleb o a Derek rezar a su diosa, pero a lo mejor esta es su forma de hacerlo: a través de los muertos.

—¿Has enterrado a alguien alguna vez? ¿O… has colgado una cinta para alguien?

Caleb respira hondo y, aunque Darien lo ha preguntado sin maldad, de pronto se da cuenta de lo cruel que ha sido. Ha perdido a personas muy importantes para él, pero no pudo honrar a ninguna. Ni a su padre, a quien olvidó durante mucho tiempo, ni a su maestro, a quien tuvo que dejar atrás en la casa que un día fue su hogar.

—No, todavía no —murmura. Lo dice con la mirada baja, perdida, pero después le aprieta la mano y vuelve a mirarlo a los ojos—. Pero, llegado el momento, sí que me gustaría que otros me enterrasen a mí.

Cuando consigan encontrar la solución a su inmortalidad. Cuando sea libre de esa eternidad a la que otros lo han condenado y que él nunca pidió.

—Quizá no en un cementerio, pero sí en un jardín —continúa—. Los cementerios suelen estar cerca de poblados, pero los necromantes que evitan las comunidades y viven más apartados lo hacen así.

Darien esboza una sonrisa despistada, porque no es capaz de imaginarse del todo a ese Caleb adulto en el jardín de una casa. En el jardín de *su* casa, supone, porque no se está refiriendo a la casa de Nilam, llena de malos recuerdos y la más amarga de las despedidas. Tampoco a la de su padre.

—¿Eso es lo que deseas para tu futuro? ¿Una casa con jardín en la que vivir apartado como un ermitaño?

En la comisura del necromante se adivina una sonrisa.

—¿Tan extraño te resulta?

—No. —De hecho, le parece que tiene mucho sentido, que encaja con él—. Es solo que… llevas años siendo un mercenario. Pensé que

esa era la vida que te gustaba.

Aunque, siendo justos, nunca se lo ha preguntado. Quizá como él se ha sentido tan perdido en los últimos tiempos daba por hecho que los demás tenían muy claro qué querían hacer. O a lo mejor es solo que siempre lo ve tan seguro de sí mismo, tan cómodo en su propia piel, que no se había planteado que quisiera hacer las cosas de forma diferente.

Caleb vuelve la vista a los árboles. La luz del atardecer lanza un destello irreal a sus ojos claros.

—Supongo que ya he visto suficiente de este mundo. Ya he tenido suficientes misterios y luchas y… estoy cansado, Darien. Quiero un hogar de verdad. Un lugar al que volver y en el que poder pasar el resto de mis días tranquilo. Un lugar que sea solo mío… No. No solo mío. Quiero un lugar que sea *nuestro*.

Caleb vuelve a mirarlo y los árboles y los pájaros se quedan súbitamente en silencio. Las cintas dejan de agitarse sobre sus cabezas, hasta la brisa aguanta la respiración. Darien está seguro de que todo se detiene, como si el Amuleto se hubiera puesto en marcha y el tiempo solo siguiese corriendo para Caleb y para él. De pronto, ellos son las dos únicas criaturas que siguen en ese bosque y lo único que el celestial puede oír es la furia con la que le late el corazón.

—¿Nuestro?

Es una palabra muy sencilla, pero le cuesta pronunciarla, como si le pesara la lengua en la boca. O quizá tan solo sea ese el efecto que esos ojos azules provocan en él. No es capaz de mirar nada más. Caleb suele parecerle irreal a menudo, pero en ese momento le resulta casi etéreo, imposible, y por eso se aferra con un poco más

de fuerza a su mano. Tiene miedo de que se le escape entre los dedos.

—¿Vivirías conmigo, Darien?

Caleb deja caer la pregunta sobre ellos con esa calma que resulta casi solemne, igual que dice siempre las cosas importantes, todo lo que tiene que ver con ellos.

Y, durante un instante, Darien no sabe qué responder.

Ya ha llegado a la conclusión de que no puede volver al Templo, de que en el Sacro Reino no queda nada que quiera, nada que le haga feliz. En cambio, Caleb sí que lo hace feliz. Si mañana se separase de él, se levantaría y acostaría cada día pensando en el chico del que ha desnudado cada recuerdo, cada sueño, cada esperanza. No diría que está cansado de ver mundo, quiere seguir conociendo tanto como pueda, pero siente que hace años que él tampoco tiene un hogar, aunque viviese en un sitio fijo.

Y quiere esa paz, esa seguridad.

Tal y como Caleb ha dicho, un lugar al que volver.

Darien no es consciente de que está tirando de él hasta que están tan cerca que puede distinguir los diferentes tonos de azul de sus iris.

—Dime cómo sería —murmura—. Dime cómo te lo imaginas.

A Caleb se le escapa un vistazo hacia su boca, como si estuviera leyendo cada palabra de sus labios, pero luego vuelve a mirarlo a los ojos. Cuando habla, su aliento le hace cosquillas en el rostro. Sus dedos le rozan la cadera.

—Quiero una casa cerca de un río, para poder sentarnos a la sombra de los sauces en verano. Será de piedra para que nos proteja y sobreviva al tiempo y guarde nuestros recuerdos cuando

nosotros ya no estemos. —Caleb se inclina un poco más, roza su boca con su imaginación—. Quiero un gran jardín repleto de árboles y flores en el que poder pasar las horas contigo y un pequeño huerto donde trabajar para que nunca nos falte de nada. Quiero un refugio, pero también un lugar en el que cualquiera pueda visitarnos. Brujos, necromantes o celestiales, da lo mismo.

Darien deja escapar una risa que es casi un jadeo. Tiene un nudo en la garganta y la mano libre le tiembla un poco cuando la alza para enterrarle los dedos en la nuca. Suena perfecto. Y es justo lo que quiere. Quiere la casa y el jardín y despertarse a su lado y pasar las noches de verano mirando las estrellas con él. Quiere discutir junto al fuego mientras fuera llueve y leer en silencio apoyado contra su hombro. Quiere mil puestas de sol más como esa, ocultos entre los árboles, con un cielo sin límites sobre ellos, y que, al final, no tengan que colgar ninguna cinta, porque todo habrá quedado dicho, soñado, recordado.

—Sí —murmura contra sus labios—. Sí, yo también quiero esa casa.

Quiere ese futuro. Lo quiere a él, aunque eso no sabe aún cómo pronunciarlo. No sabe qué palabras usar, porque todas le saben a poco. Así que tan solo rompe la distancia que los separa y lo besa, tan despacio y dulce como puede.

Una casa es un sueño sencillo.

Pero Darien nunca había deseado con tantas ganas hacer un sueño realidad.

ISHTAR

Los manantiales no son extraños en Arsay. Durante los últimos días han pasado por un par de ellos, pero Ishtar no puede evitar alegrarse cuando encuentran uno junto al que acampar no muy lejos del cementerio. Los árboles todavía les dan un refugio, pero se apartan lo suficiente como para formar un claro sobre sus cabezas, desde donde pueden ver el cielo pálido que deja tras de sí el día moribundo.

La princesa de Odelia se queda de pie junto a la orilla, observando la superficie cristalina. Puede ver el fondo con nitidez, no demasiado hondo, y cuando se agacha para sumergir la mano, se da cuenta de que el agua está templada. A su espalda escucha a Derek manipular la leña que han recogido por el camino, preparándola para encender una hoguera.

—¿Sabes qué es lo único que echo de menos del palacio?

—¿La gran cama mullida? ¿Las mesas llenas de comida? ¿La seguridad de que no te vas a encontrar un oso por los pasillos?

Ishtar pone los ojos en blanco, aunque no puede evitar sonreír.

—No. Darme un largo baño de agua caliente.

La risa que Derek deja escapar se corta en el momento exacto en el que el chico se da la vuelta. La bruja no se gira para comprobar que la está mirando. No lo necesita, porque su silencio grita y le arranca una de esas sonrisas traviesas. Para entonces, ella ya se ha quitado los zapatos, el chaleco que llevaba por encima de la camisa ha caído al suelo y la falda se le desliza por las piernas hasta crear un círculo alrededor de sus pies.

Ishtar mira por encima de su hombro y sonríe un poco más al descubrir la mirada de Derek perdida en su cuerpo, con la expresión de un hambriento ante un festín vetado para él. Solo es un segundo, antes de que él se dé cuenta de que ella lo está mirando. Trata de disimular carraspeando y vuelve a centrarse en la leña, como si quisiera concentrarse en la tarea con todas sus fuerzas.

—Estoy seguro de que esa agua no está caliente.

—Todavía.

Ishtar llena la palabra de intención mientras se sienta en el borde y hunde los pies en el agua. Sus dedos rozan la superficie líquida, no más que otro tipo de materia, y piensa en la temperatura, la aumenta. Su demonio, dentro de ella, parece tan satisfecho como siempre que decide usar su poder para hacer que el mundo se amolde a sus deseos. No va a cansarse nunca de esa sensación.

Volutas de vapor se levantan de la superficie para cuando ella se hunde en el manantial, disfrutando de la sensación. La camisa que no se ha quitado flota a su alrededor, pero ni siquiera le importa. Lo único que hace es sumergirse y contener la respiración durante todo el tiempo que puede, hasta que los pulmones le reclaman aire. Cuando vuelve a la superficie, con el cabello y la camisa empapados, Derek vuelve a estar mirándola. Se ha acercado a la orilla, tentado

como si ella fuera una sirena, y se muerde el labio en cuanto la ve apartarse el pelo de la cara, con las luces del atardecer lanzando destellos al agua que la rodea.

—Sabes perfectamente lo que estás haciendo, ¿verdad? —le pregunta él, con la voz ronca.

Ella le dedica su sonrisa más inocente.

—¿Animarte a darte un baño? Son necesarios. Hemos caminado muchísimo. No querrás oler mal, ¿no?

—¿Eso es lo que le vas a decir a tu sobrino y al celestial si nos pillan?

—¿Si nos pillan haciendo qué? —Ishtar parpadea, inocente—. ¿Bañándonos? ¿Qué tiene de malo?

Derek resopla, pero Ishtar ve la sonrisa que se le escapa. Ella es incapaz de contener la suya, expectante, cuando ve que su caballero se inclina para comenzar a desabrocharse las botas.

—Demonio —masculla, y ella ríe.

Ishtar espera que se quite la ropa, quiere verlo hacerlo, quiere volver a descubrir su cuerpo y esta vez observarlo bajo la luz. La última vez ni siquiera se desnudaron, ansiosos y desesperados como estaban. Fue rápido y furioso, y fue magnífico, pero Ishtar quiere un poco más de calma esta vez. Quiere mirarlo de frente y repasar con sus dedos cada centímetro de piel. Quiere memorizarlo.

Pero Derek no le da el gusto de verlo desnudo. Se desprende del cinto en el que lleva las armas y de los pantalones, pero no de la camisa ni de los calzones. Sin importarle mojarse, se adentra en el manantial.

—Te vas a empapar la ropa si entras así, ¿seguro que no quieres quitártela…?

Él la ignora. Llega hasta donde está y extiende una mano hacia su cara. Ishtar se estremece con la caricia y, después, con la manera en la que le aferra el cabello empapado y tira de ella hacia él. Se le escapa un jadeo en cuanto Derek se inclina contra sus labios. Todo su cuerpo se enciende y se calienta con mucha más rapidez con la que lo ha hecho el agua a su alrededor.

—Ahora mismo me importa más quitártela a ti.

Después, la besa. Ishtar deja escapar un gemido contra su boca y se olvida de la calma que quería en cuanto siente las manos de Derek alzándola. No duda en aferrarse a él, en rodearle el cuello con los brazos y la cintura con las piernas. El beso es inclemente, descuidado, lleno de una sed que ni toda el agua del manantial podría saciar. De eso, como de la magia nueva que ahora le corre por las venas, tampoco va a cansarse. Durante los últimos días no ha podido tener suficiente de esa cercanía, de esos besos y esas manos, porque los ratos que pasan solos son demasiado breves, pero sabe que no sería suficiente ni siquiera si él la tocase todos los días, si la besara así a todas horas. Lleva tanto tiempo anhelando ese tipo de contacto, de descontrol, que ahora que por fin puede tenerlo no quiere que se acabe nunca.

La lengua de Derek abandona su boca para descender por su cuello y beber directamente de las gotas que se le cuelan por el escote. Ishtar se pega un poco más a él, se mueve hasta que siente su cuerpo duro contra el suyo y nota cómo la respiración se le entrecorta contra su piel. Después siente su mano. Los dedos le aprietan el muslo y después se deslizan por él y…

Y, de pronto, pierde fuerza.

Ishtar deja escapar una exclamación cuando se siente a punto de caer, pero se aferra con más fuerza y Derek la sostiene solo con el brazo derecho. Aun así, oye su gemido de dolor, el jadeo que se le escapa y, cuando se separa lo justo para poder mirarle la cara, descubre la palidez en su rostro.

—¿Derek?

Él traga saliva y la suelta con cuidado. Ishtar vuelve a encontrar el suelo del manantial con los pies, sintiendo un frío intenso que no tiene nada que ver con la temperatura del agua. Su caballero da un paso atrás y se lleva una mano al brazo izquierdo, observándolo con una tensión que hacía mucho que no veía en él. Se mira la mano. La abre y la cierra. Por un momento, incluso parece olvidarse de ella.

—Derek, ¿qué ocurre? ¿Estás bien?

Su caballero da un respingo, como si despertara de un trance. En cuanto se da cuenta de lo preocupada que está, se apresura a forzar una risa que le sale un poco estrangulada.

—Perdona. Me ha dado un tirón en el hombro. —Con cuidado, mueve el brazo, prueba de nuevo a mover la mano y después sacude la cabeza—. Que sepas que no suele pasarme esto. Por lo general, suelo ser un amante habilidoso, capaz de tener las dos manos ocupadas a la vez.

Ishtar frunce un poco el ceño. Le gustaría reírse, seguirle la broma, pero no puede. Se fija en su brazo y extiende los dedos. Antes de que pueda tocarlo, sin embargo, Derek le atrapa la muñeca. Es un movimiento tan rápido, tan inesperado, que solo puede ser instintivo. Su caballero tiene que ser consciente de su propia brusquedad, porque traga saliva y se apresura a suavizar el gesto al llevarse su mano a la boca y besarle los nudillos con cariño.

—Estoy bien.

No, no lo está. Ishtar ha mentido las veces suficientes sobre su propia salud como para saber cuándo alguien está intentando hacer lo mismo. Le duele que Derek lo intente, que trate de engañarla, que no se deje cuidar pese a todas las veces que él la ha cuidado a ella, así que frunce el ceño, retrocede un paso y aleja los dedos. En el momento en el que Derek pierde su contacto, pierde también parte de su seguridad.

—¿De verdad ha sido solo un tirón? —pregunta ella. Derek aprieta los labios y a Ishtar esa reacción le parece respuesta más que suficiente—. ¿Qué ocurre? ¿Qué no me estás contando?

—Ishtar…

La manera en la que pronuncia su nombre hace que todo su cuerpo se prepare para el golpe que está por venir. El frío se intensifica, como si el manantial se estuviera convirtiendo en un glaciar.

Ishtar se abraza el cuerpo, aunque sabe que eso no va a protegerla de la helada.

—Habla.

—Salgamos del agua primero. No creo que te venga bien coger frío y…

—¡Derek!

La exclamación le sale con tanta fuerza que un par de pájaros alzan el vuelo desde una rama. Tiene un mal presentimiento y comienza a sentir que el aire le falta, pero la sharada no tiene nada que ver con ello. El demonio de su interior está en silencio, tan expectante como ella.

Derek traga saliva. La mira como si estuviera ante algo aterrador, algo de lo que sabe que no puede huir. Se ha llevado la mano derecha al hombro izquierdo y se lo está apretando con más fuerza de la que seguramente sea consciente.

Al final, se rinde. Ishtar sabe que está a punto de recibir respuestas en cuanto él baja la vista hacia el agua.

—¿Sabes qué pasa cuando un necromante traiciona a Muerte?

La princesa se abraza un poco más el cuerpo. Siente que está a punto de empezar a tiritar.

—Pierde sus poderes. Ya… Ya hemos hablado de esto.

La sonrisa de Derek es tan irónica que no necesita decirle nada más para que entienda que no es solo eso. Como si no tuviera palabras para continuar, o como si no quisiera pronunciarlas, exhala un suspiro tembloroso y da un paso atrás para sacarse la camisa.

Ishtar entiende de repente por qué ha evitado quitársela hasta ahora.

El tatuaje que le baja por la cara y el cuello ahora se extiende mucho más allá. Es la misma hiedra de tinta negra de siempre, la que está acostumbrada a admirar y a acariciar, pero ha crecido y de pronto su sombra se alarga hacia el hombro izquierdo, comienza a bajar por el brazo, desciende hasta el pecho como si las ramas quisieran protegerle el corazón o devorarlo. Ishtar deja escapar un jadeo ansioso, porque está segura de que eso no es normal y, por hermoso que resulte, tampoco es bueno. El tatuaje parece vivo, se alarga muy poco a poco ante sus ojos, se retuerce en las puntas. Hay hojas pequeñas esperando a abrirse y crecer, brotes preparados para convertirse en ramas finas que seguirán extendiéndose por

toda la piel. La tinta quiere conquistar el cuerpo, como si más que una hiedra se hubiera convertido en una planta carnívora.

—No puedes ser un necromante y escapar de Muerte cuando te reclama.

Derek pronuncia las palabras sin mirarla, con la mandíbula tensa, e Ishtar solo es capaz de observar su rostro un segundo antes de que los ojos se le vuelvan a ir al tatuaje, a la manera en la que le marca la piel y lo reclama. La respiración se le acelera. Ahora sí, está segura de que el agua se ha quedado helada. O quizá sea ella quien esté provocando el cambio de temperatura, tal vez porque es justo lo que necesita. A lo mejor tiene que quedarse congelada dentro del hielo. No, no solo ella. Los dos. A lo mejor esa es otra manera de parar el tiempo que corre en su contra.

Ishtar toma aire con dificultad. Por el cuerpo de Derek se extiende la tinta y por el suyo comienza a extenderse la culpa.

—N-No. T-Tú no… Tú nunca quisiste…

Derek cierra los ojos. Los aprieta con fuerza, igual que los puños.

—Lo siento. —Ishtar quiere gritarle que no se disculpe. No es él quien tiene que disculparse—. Te juro que no quería ocultarte nada, pero no quería… No sabía… No quería preocuparte, Ishtar. No quería que te sintieras…

—¿Culpable? —A ella se le escapa una risa histérica—. ¡Por supuesto que me siento culpable! ¡Yo te he hecho esto! ¡Yo decidí devolverte a la vida y…!

—Y me salvaste. —Derek vuelve a dar un par de pasos adelante e Ishtar siente sus manos empapadas contra las mejillas. Le toma el rostro con seguridad, para obligarla a mirarlo a los ojos en lugar de dejar que la tinta se la arrebate también a ella—. Me salvaste, Ishtar.

¿Me oyes? Me salvaste y me estás regalando algunos de los días más felices de mi vida. Me dijiste que llevabas años enamorada de mí, pero ¿sabes cuántas veces he soñado yo con lo que tenemos ahora? ¿Sabes cuántas veces imaginé que te sacaba del palacio, te traía aquí y te tenía solo para mí? No, no lo sabes. No puedes saberlo, porque yo mismo he perdido la cuenta.

Ishtar deja escapar un sollozo ahogado, cargado de angustia, mientras las primeras lágrimas se mezclan con las gotas de agua que él deja sobre su cara. A pesar de eso, alza las manos y las pone sobre las suyas. Las aprieta, desesperada. Le duele el pecho. Le duele como si volviera a estar en el nido y los demonios se lo estuvieran desgarrando. Le duele como si la sharada se hubiera cansado de esperar y estuviera a punto de llevársela de una vez por todas.

—Tiene… Tiene que haber una solución. Tiene que… Me dijiste que te alegró estar vivo. *Quieres* estar vivo. Encontraremos… Encontraremos la manera de pararlo. Tiene que haber una manera. Tiene que…

Los ojos de Derek destellan y, aunque Ishtar jamás lo ha visto llorar, está segura de que está a punto de hacerlo. Está sufriendo. Está sufriendo y ni siquiera sabe si es por sí mismo o por ella.

—O podemos aprovechar el tiempo que tenemos, Ishtar. —Derek le roza las mejillas con los pulgares y diseña una sonrisa artificial, rota en los bordes—. El que me quede. Podemos… atesorarlo. No sé cuánto será. Quizá semanas enteras, si tenemos en cuenta el paso al que avanza. No… No es mucho. Sé que no es mucho, porque yo querría ofrecerte años enteros, y sé que no es justo para ti, pero…

es todo lo que tengo. Y es tuyo. Mis últimos días son tuyos si los quieres.

La última frase es apenas un sollozo y a Ishtar se le rompe el corazón en dos en cuanto lo escucha. Quiere decirle que no puede decir algo así, que no puede ser que eso sea suficiente para él, y, al mismo tiempo, lo entiende tan bien que solo le duele más. Ella sabe mejor que nadie lo que es vivir siendo consciente de que hay un punto y final pisándote los talones. Ella sabe lo que es aprender a apreciar un tiempo limitado. Derek siempre ha sabido que ella moriría joven, y aun así se ha quedado a su lado. Nunca le ha importado cuánto tiempo le quedara y ella, en cambio…

¿Qué está haciendo? Odiaba que su madre estuviera obsesionada con alargarle la vida. Se había decidido a aprovechar el tiempo que le quedase. Estaba viviendo los últimos días como si fueran un regalo, sin pensar en el futuro porque sabe que ni siquiera el demonio que tiene dentro podrá salvarla llegado el momento.

Qué egoísta es. Qué estúpida. Ella, que sabe mejor que nadie lo que es que otros te reduzcan solo a una enfermedad, que te recuerden día sí y día también que quizá no te queda mucho tiempo. No quiere hacer lo mismo con él. No quiere que él se sienta como ella se ha sentido siempre. No puede. No va a permitirlo.

Así que, aunque no puede evitar que se le escapen las lágrimas, aunque le sigue doliendo, asiente y se abraza a él. Besa su hombro, su pecho, allá donde el tatuaje le pinta la piel. Piensa hacerlo todos los días. Piensa anestesiar con su boca cada nuevo brote de tinta.

—Los quiero. Claro que los quiero. Te quiero. Mis últimos días son tuyos.

Derek se tambalea un poco por el abrazo, pero pronto la estrecha con fuerza. Ishtar nunca lo ha visto llorar. Jamás, en todos esos años, ni una sola lágrima. Ni siquiera cuando le confesó la historia de su familia ni cuando le hablaba de los días que pasó solo en el bosque antes de que Dyne lo encontrase. Ahora, sin embargo, lo siente temblar. Escucha el sollozo, siente su respiración entrecortada contra su cuello cuando esconde el rostro.

Contra ella, Derek por fin se rompe.

Caleb y Darien los encuentran poco después, cuando el sol ya ha muerto y las primeras estrellas se desvelan. Para entonces, ambos están sentados en la orilla, apretados el uno contra el otro, todavía con la ropa húmeda, pero dándose todo el calor que necesitan. Derek ni siquiera se ha vuelto a poner la camisa para entonces, así que lo ven. Los dos tienen que ser conscientes de la forma amenazante del tatuaje, de su avance sutil pero imparable. Caleb aprieta los labios, estrecha con un poco más de fuerza los dedos de su acompañante; Darien aparta la vista al suelo como si creyera que está viendo algo que no debería ver.

Derek los mira, aunque no hay palabras. No hay preguntas. Ishtar entiende rápido que es la última en descubrir la verdad, pero no le importa. Se aprieta un poco más contra él, deja otro beso sobre su hombro marcado, y no dice nada cuando Darien se sienta a su lado y le aprieta la mano. Caleb toma asiento junto a Derek. Cuando le aprieta el hombro libre de tinta, el otro lo despeina en respuesta.

Los cuatro callan, en un silencio solemne lleno de todas las cosas que les duelen y los miedos que comparten.

En el cielo se desprende una estrella.

LILITH

Durante los días que siguen a su encuentro, Lilith camina con los ojos clavados en la espalda de Nathan, aunque a veces no puede evitar pensar que en realidad va detrás del demonio. Al fin y al cabo, es él y no su amigo quien modifica el terreno a su paso, quien trata de ponerle las cosas difíciles creando escaleras, rampas imposibles, intentando que le pierda la vista de las maneras más rastreras. La celestial siente que no puede desconcentrarse, porque si lo hace puede acabar a tres metros del suelo, así que pasa las horas despiertas en tensión, consciente de que un gesto de su mano podría llegar a matarla.

Por supuesto, él lo sabe. Juega con ella y la provoca, se burla diciéndole que no puede seguirle el ritmo y usa la magia de forma indiscriminada, a veces solo por el placer de obtener una reacción de ella. La primera noche que acamparon, montó todo un espectáculo al encender la hoguera y transformar las llamas en orbes de luz. Incluso llegó a lanzar alguna hacia ella, que se negó a soltar un grito, pero se apartó con la cara pálida y los ojos desorbitados. Fue un error. El demonio tradujo la sorpresa y el instinto de supervivencia por terror y decidió que intentaría provocárselo cada

vez que pudiese. El fuego se convirtió entonces en un truco frecuente para mortificarla y a la celestial todavía le sigue costando no reaccionar cuando siente el calor demasiado cerca de la cara.

Pese a eso, la realidad es que nunca le ha hecho daño: la criatura parece entretenerse poniendo a prueba sus límites y nada más. Supone que eso sí es una decisión de Nathan que el demonio ha accedido a respetar, pero esa es la única certeza que tiene de que su amigo sigue ahí, en alguna parte, porque en todo ese tiempo no ha salido del lugar oscuro en el que está. No importa lo que Lilith hable por las noches, mientras mira las chispas saltar de la hoguera. No importa las historias que cuente o las formas en las que lo intente hacer salir, supone que porque hay pocas cosas nuevas que pueda decirle. Si esa criatura tiene acceso a todos los recuerdos de Nathan, a todos y cada uno de los días que ha vivido, tiene que saber ya cada cosa que le dice de ellos dos, de Darien, de Ammarah e incluso de Adam.

Aun así, cada vez que se detienen a pasar la noche (porque puede que Adriel no necesite dormir, pero el cuerpo humano de su anfitrión sí) ella sigue con sus historias:

—¿Recuerdas aquella vez que nos escondimos en…?

—Estaba pensando en que a Darien le habría gustado…

—¿Te acuerdas del juego en el que…?

—Ammarah nunca nos perdonaría si supiera que…

Y el demonio siempre responde, con un resoplido y algún comentario hiriente que le deja claro que sus palabras nunca llegan a su objetivo:

—Lo que no recordaba es que tuvieras tantas ganas de hablar siempre. ¿Ese también es un milagro de tu dios?

—Estaba pensando que en toda mi existencia no he conocido a nadie tan molesta como tú.

—¿Te acuerdas tú de cuando Nathan huyó sin mirar atrás de Daiva? Quizá porque no quería que lo siguieses.

—¿Y tu reina sí te perdonará que duermas tan cerca de un brujo?

Noche tras noche, el ser que vive dentro de Nathan trata de discutir con ella. Noche tras noche, ella intenta ignorar sus quejas y alarga unos dedos invisibles hacia su amigo, en un intento de llegar allá donde esté.

Noche tras noche se queda dormida sin obtener verdaderos resultados.

Esa en concreto, sin embargo, no sigue el mismo patrón. Como siempre, empieza de una manera que ya es casi rutinaria, con él deteniéndose una vez el sol se ha puesto. Lilith lo ve mirar a su alrededor y reconoce el momento en el que toma la decisión de que ese será el lugar en el que acampará. Ella se ha parado a solo unos pasos de distancia y se deja caer sentada en el suelo, agotada, soltando un suspiro de alivio. El demonio se ha pasado el día apurando el paso y poniéndoselo difícil, aunque ella no ha abierto la boca para quejarse. De alguna forma, siente que el camino que está haciendo es una prueba. Una de paciencia, de convicción, de fortaleza. Una que quizá su dios esté observando con especial atención. Y, si lo está haciendo, Lilith ha llegado a la conclusión de que mira sin hablar, sin lanzarle una sola visión. Es casi un alivio, aunque no vaya a decirlo en voz alta: desde que se ha reunido con el demonio, duerme profundamente cada noche, sin un solo sueño o pesadilla.

Ha decidido considerarlo una señal de que está donde debe estar.

—¿Sabes qué día es hoy?

—¿El día que me dejas en paz?

—La Noche de los Milagros. Hoy es el día en el que los celestes recorren el cielo buscando deseos que concederles a los fieles a Destino.

Hay un resoplido en la penumbra que deja claro que Adriel piensa que eso es una tontería. Una chispa se prende en sus dedos de uñas negras cuando los chasquea. Le ilumina la cara, que se vuelve todavía más angulosa, más llena de sombras, con unos ojos profundos como pozos.

—No enciendas la hoguera —le pide ella. No va a decir «por favor», pero su tono es suave, inofensivo—. El cielo se ve mejor sin luces.

Él parece pensárselo. Es obvio que tiene ganas de llevarle la contraria para provocarla, pero, para su sorpresa, la llama se va consumiendo entre sus dedos hasta apagarse por completo. Los únicos puntos de luz que quedan en la linde del bosque en la que se han detenido son los que arden en el rostro del brujo y las estrellas que brillan sobre sus cabezas.

Con un suspiro satisfecho, Lilith se tumba sobre la hierba. El demonio, a tan solo unos pasos, se sienta con las piernas cruzadas. Durante un par de minutos, se sumen en un silencio extrañamente cómodo, mientras ella mira al cielo en busca de estrellas fugaces. No deben de quedar muchos días para llegar a la Fosa y Lilith se pregunta si debería pedirle ayuda a los celestes para que ralenticen su avance o para encontrar la forma de llegar hasta Nathan. La cuenta atrás ha comenzado y sabe que, cuando lleguen a su destino, no va a poder convencer al demonio de que se aleje del

cuerpo de su hermano. Tendrá que luchar contra él y someterlo para asegurarse de que no se lleve a Adam.

«Y luego, ¿qué?».

La celestial ha pasado mucho tiempo centrada en seguir adelante, en no plantearse nada más, pero desde hace unos días, hay una voz que no deja de preguntarse qué va a pasar después de que lleguen a la Fosa, después de que consiga su objetivo, después de que devuelva a Nathan a la normalidad (porque tiene que hacerlo, tiene que haber una forma, no puede permitirse fallar) y se dé cuenta de que, a pesar de todo el cariño que pueda sentir por él, son dos personas que quizá no van a poder entenderse nunca más.

Siempre que esa voz sale a la superficie, Lilith se niega a escucharla. Intenta aplastarla, responderle que no puede centrarse en eso ahora. Pero la voz siempre vuelve, aunque a ratos consiga espantarla hablando del pasado en vez de pensar en el futuro:

—¿Te acuerdas de la primera vez que quisimos ver las estrellas esta noche, Nathan? ¿Cuántos años podíamos tener…?

—Espero que pocos. Sería muy ridículo que fuerais adultos y pensarais que pedirle deseos a las estrellas podía funcionar.

Lilith se niega a apartar los ojos del firmamento, aunque siente ganas de resoplar como hace el demonio siempre.

—Creo que siete —se responde a sí misma—. Fue idea tuya. Estuviste insistiéndome para que saliéramos de la cama en medio de la noche y, como sabías que en el claustro nos verían los adultos, propusiste que nos escondiéramos en los jardines, entre los arbustos de las azaleas. Y yo tardé mucho más de lo que en realidad quería en responderte que sí, que lo haría.

A eso Adriel no replica nada y, aunque Lilith no se atreve a mirarlo, le gustaría pensar que la está escuchando.

Que Nathan también lo hace.

—Así que nos escabullimos en medio de la noche. Acordamos que contaríamos las estrellas que caían del cielo y que ganaría el que viese más. Y tú, pese a lo mucho que me habías rogado que fuéramos, te quedaste dormido. Siempre dices que no, pero te vi dar un salto en el sitio cuando yo vi la primera estrella.

Silencio. Quizá la criatura se ha cansado al fin antes que ella. Quizá se ha retirado a donde sea que vayan a descansar los demonios y a su lado solo quede un cuerpo dormido. Le da igual. Quizá incluso dormido pueda llegar hasta su amigo. Quizá pueda colarse en sus sueños, si es que los tiene, y sentarse a su lado y hablarle.

—¿Sabes? Mi primer deseo durante aquella Noche de los Milagros fue que volviéramos a ver juntos las estrellas al año siguiente. Y ese fue también mi primer deseo todos y cada uno de los años que siguieron.

No sabe por qué no se lo había dicho antes, supone que porque le daba vergüenza. Porque se le hacía extraño confesarle que quería pasar todas las Noches de los Milagros con él y porque decir ese tipo de cosas la hacía sentir vulnerable. Porque abrir el pecho y mostrar lo que llevas dentro, tus sueños y tus anhelos y lo que de verdad te importa, implica confiar en que la otra persona no se atreverá a tocar nada. Y, aunque confiaba en Nathan, aunque le habría confiado su vida, quizá el problema es que el corazón es para ella algo más difícil de ofrecer.

Tal vez no estaba dispuesta dejárselo a nadie, ni siquiera a él.

Tal vez sigue sin estarlo.

—Los celestiales sois unos hipócritas.

Lilith da un respingo y mira a su lado, más allá de esos pasos que los separan. El pulso se le acelera, porque la dureza de esas palabras suena a Nathan, es su voz, es su tono, pero entonces ve la sonrisa retorcida, con todos esos dientes hechos para matar, y sabe que sigue siendo el demonio.

—Os escudáis en los designios de vuestro dios para no tomar las riendas de vuestra vida. Los deseos de Destino no son más que una excusa para no hacer las cosas que no queréis hacer. Incluso cuando rezáis, pedís milagros o rogáis que os mande una señal, lo único que hacéis es buscar una forma de excusaros si no conseguís lo que queréis.

—Eso no…

—Hacer realidad vuestros deseos no depende de nadie más que vosotros.

—¿Qué sabrás tú? —Lilith resopla y vuelve la vista al cielo justo cuando una línea blanca se desliza hacia el borde de esa parcela de cielo—. ¡Una!

Lo dice sin respiración, tan maravillada con esa estrella que cae del cielo como la primera vez que vio una. Esta vez, Nathan no da un respingo a su lado y se despierta. No vuelve de allá de donde esté, pero por primera vez en toda su vida, la celestial cambia su primer deseo y pide que regrese. Que vuelva a ella, aunque la realidad es que ni siquiera tiene que ser a ella. Estará bien si siguen caminos separados, pero él tiene que recuperar el control. Tiene que quedarse en ese cuerpo y tomar la decisión correcta.

—Niña, yo ya recorría Evren siglos antes de que nacieses —replica Adriel—. ¿Crees que no he hablado con celestiales? Tal vez sepa más cosas de los tuyos y de vuestras costumbres que tú misma.

—Sí, estoy segura de que conoces la oración del exorcismo de principio a fin.

—Por lo general, quienes la pronuncian en mi presencia nunca llegan al final. Suelo abrirles la garganta antes. O cortarles la lengua. Pensé que lo habías entendido y por eso no has insistido en usarla.

—¿De verdad crees que me das miedo, demonio?

—Oh, yo creo que sí. —Hay cierta satisfacción en su tono—. Aunque, en mi experiencia, lo que os da más miedo a los celestiales no son los demonios como tal, sino lo que significamos.

Lilith frunce los labios mientras una estrella se descuelga del cielo, tan rápido que podría haberse imaginado el rastro que deja tras de sí.

—Dos —murmura. Sabe que es la única que está jugando, pero, aun así, siente la necesidad de contar en voz alta, como lleva haciendo durante más de una década. Esta vez su deseo es para Darien. Ojalá él también esté mirando al cielo. Ojalá esté bien—. Los demonios significáis caos, violencia, suciedad. Pero a quienes llevamos a Destino con nosotros nunca nos daréis miedo.

Una risa suave, ácida, parece hacer vibrar el suelo.

—Incluso los más devotos entre los tuyos tienen miedo a la tentación. Incluso tú, santa. Os pasáis la mitad de vuestras vidas asustados por la idea de alejaros del camino correcto. ¿Y sabes por qué?

Lilith lo observa de soslayo. Las ascuas bajo la piel de ese cuerpo brillan con más suavidad, como si la criatura estuviera relajada.

—Porque no queremos convertirnos en monstruos.

Adriel sonríe y, aunque no enseña los dientes, es obvio que está disfrutando de esa conversación, de poder señalarle todo aquello en lo que cree que se equivoca.

—Porque no queréis que vuestro dios os abandone. Porque si hasta él os repudia, ¿quién no lo va a hacer? ¿Quién os va a querer? Ni siquiera tu familia volvería a pronunciar tu nombre nunca más si mañana Destino decide que no eres digna. Lo perderías todo y, ¿sabes lo peor? Que hasta tú acabarías creyendo que te lo mereces, santa. Si tu dios te diera la espalda, si no te quedase ni siquiera eso, tú no te enfadarías, como hizo Nathan. Simplemente te darías por vencida. Y eso te aterra. Por eso te aterro yo. Y por eso te has empeñado en salvar a Nathan. Porque quizá has creído que, si lo haces, alguien estaría dispuesto a salvarte a ti también.

Lilith traga saliva y aparta la mirada, incómoda. Se dice que es por el rostro en sombras, por esos ojos en los que sigue ardiendo una pupila naranja, pero sus palabras le dejan un poso extraño en las entrañas. Sabe que no debe escuchar, que así es como los demonios se te meten dentro, fingiendo que saben lo que quieres. Sin embargo, quizá tenga un poco de razón. Si su medallón se rompiese mañana, su madre sería la primera en olvidar que tuvo una hija, igual que hizo con Adam. Y ella… sí, a lo mejor pensaría que se merece perder lo poco que le queda. Pero el demonio se equivoca en lo más importante: no quiere salvar a Nathan porque piense que así alguien la salvará a ella. Lilith no espera que nadie la salve. Está sola, lleva estándolo un tiempo. No tiene apenas vínculos con el Templo, más allá de ser la hija de la Suma Celestial, y la única amiga que le queda dentro de las murallas es Ammarah. Espera que ella

esté bien. El deseo que le viene a la mente cuando susurra un apagado «Tres» va para ella. Quiere volver a verla. Sabe que nunca va a poder convertirse en su guardia personal o en su consejera, como bromearon tantas veces, pero espera poder decirle lo que piensa: que nunca debería haber enviado a las tropas fuera de las murallas, que tiene que haber otra forma de hacer las cosas. Que ella misma ha comenzado a darse cuenta de todos los errores que ha cometido.

—Estás equivocado, demonio —murmura—. No eres tú lo que me da miedo. Lo que me da miedo es que estés en ese cuerpo. Que lo hayas cambiado todo. Que, incluso si recupero a Nathan de donde esté, tú vas a seguir ahí… y eso significa que habrá una distancia insalvable entre nosotros.

—La distancia ya la había antes de que yo llegara, santa.

Sí, tiene razón, y eso duele incluso más. La distancia entre ellos empezó antes incluso de que él pusiera en marcha el Amuleto del Tiempo. La crearon los secretos, todas las cargas y los miedos que ambos decidieron callarse. Quizá si hubieran sido más sinceros el uno con el otro, si se hubieran cuidado más, si hubieran confiado más, nada de esto habría pasado.

Lilith cierra los ojos y se cubre los párpados con los brazos. A una parte de ella le gustaría seguir pidiendo deseos, pero otra es demasiado consciente de que el demonio tiene razón: nadie va a cumplir sus anhelos por ella. El año pasado pidió volver a mirar el cielo con Nathan esa noche y, como muchas de las cosas que ha anhelado en su vida, ese deseo se ha cumplido de una forma retorcida. El cuerpo de Nathan está ahí, a su lado, pero él está lejos

y no cree que la luz de las estrellas llegue al rincón en sombras en el que se encuentra.

La noche se ha vuelto fría y se siente tentada a pedirle al demonio que encienda la hoguera. De pronto, no quiere pensar en estrellas caídas, en celestes que pueden o no estar mirando hacia ella. Por primera vez, prefiere que no la observen.

—Ojalá pudiera olvidarme de él para siempre —murmura, como si no fuese más que otro deseo que lanzar al firmamento—. Pero no puedo. Lo echo de menos. Te echo de menos, Nathan. Y si crees que Adam te liberó, no entiendo qué haces encerrado de nuevo. Por favor, sal. Vuelve. Quiero verte…

Calla. El silencio se posa sobre ellos y, sin los sonidos de la hoguera haciéndoles compañía, la noche se siente más solitaria que nunca, más vacía que nunca. El demonio no se burla de ella. No se ríe ni le repite la pena que da, lo absurdo que es lo que está intentando, lo ridícula que resulta. Esa vez se lo dice ella sola.

A su lado, Adriel suspira.

—Cuatro.

Lilith no vuelve a mirar al cielo.

NATHAN

La voz al otro lado de la puerta se ha convertido en algo imposible de ignorar. Adam tardó en escucharla, pero incluso él es consciente de que está ahí ahora. Cada día es un poco más fuerte, un poco más clara, interrumpe sus conversaciones o los distrae. A veces, Nathan se acerca a la puerta, pega la oreja contra la madera y escucha, pero nunca se atreve a abrir. No puede. La puerta los protege, la llave echada los protege. Adam y él estarán en peligro en cuanto salga. No puede permitirlo. Están en la torre precisamente porque es el único lugar en el que pueden estar a salvo y juntos. Están en la torre porque el mundo que se encuentra más allá va a hacerles daño. Así que siempre termina centrándose en eso. En Adam. En su risa, en sus besos. En sus palabras, que son las únicas que importan.

Hoy, sin embargo, mientras cientos de estrellas caen sobre el Sacro Reino, la voz al otro lado de la puerta suena con tanta fuerza que Nathan termina apartando la vista del firmamento y se fija solo en la madera. De pronto, tiene la seguridad de que ha escuchado

esa voz antes. Hay un nombre que no recuerda atado a ella y a todas esas estrellas que hoy se descuelgan del cielo.

Nathan aprieta la mano de Adam mientras se dirige a la entrada. Su acompañante, tranquilo y complaciente, lo sigue.

Nunca habían conseguido diferenciar del todo lo que dice la voz. Hasta ahora:

—Te echo de menos, Nathan. Por favor, sal. Vuelve. Quiero verte.

Él entorna los ojos. No sabe quién está al otro lado, pero tiene que quererlo, porque la nostalgia empapa sus palabras. O quizá sea una trampa. Quizá alguien está intentando arrastrarlo fuera de la torre y, si cae, tanto él como Adam estarán perdidos. Su amante también lo sabe, porque lo mira con los labios apretados, preocupado.

Así que, un día más, no abre. Solo pone la mano libre sobre la madera, como si así pudiera tocar también a la persona que espera tras ella. No funciona. No se escucha nada más.

Nathan vuelve la mirada hacia el balcón. Las estrellas lo esperan, los deseos le esperan. No dejan de caer. Están lloviendo meteoros sobre la ciudad, un recordatorio de que todo lo que desee está al alcance de su mano. Todas esas estrellas son para él. Para Adam. El cielo les habla, les promete un futuro tan brillante como las perlas que se desprenden de él. Debería volver al balcón y admirarlo como se merece.

Pero se apoya contra la puerta y tanto Adam como él se sientan en el suelo, con las manos todavía entrelazadas.

Así, si la voz vuelve a hablar, quizá descubran quién se esconde tras ella.

DARIEN

Tardan varios días más en hallar la casa que están buscando, pero, cuando la encuentran, el primer pensamiento de Darien es que se han equivocado de lugar. Le cuesta asociar esas ruinas con el hogar que una vez fue: ya no quedan ni puerta ni ventanas, la chimenea es un amasijo de piedras caídas y el tejado ha empezado a derrumbarse. No puede creerse que ese jardín descuidado fuera hace poco más de una década un lugar de juegos, historias y aprendizaje. Su mente intenta reconstruirlo, encontrar los puntos en común y, a la vez, negar lo evidente: que el tiempo pasa, que los restos de ese edificio fueron un refugio años atrás, abrigo y descanso, pero ahora solo son un amargo recordatorio de otra vida.

Los ojos de Darien vuelan a Caleb, que pasa por su lado para adelantarse. El celestial tiene la pulsión de tomarle la mano y caminar a su lado, pero siente que no es el momento. El necromante parece muy lejos de allí mientras mira alrededor y se da cuenta de las cuerdas que siguen atadas al manzano pero que ya nunca volverán a ser un columpio, del pequeño huerto ahogado por las malas hierbas. Para Darien es fácil mirar con sus ojos porque conoce todos los recuerdos que tiene de ese lugar, pero una parte de él

desearía poder borrarlos. Se siente un intruso. Su dolor es prestado, una añoranza que no le corresponde, una vida que ha robado sin querer.

Detrás de él, Derek e Ishtar se mueven intentando no hacer ningún ruido, como si temieran perturbar el silencio del lugar, aunque no quede nadie a quien molestar.

—¿Estás seguro de que aquí encontrarás todas las respuestas, santito?

El chico del tatuaje se muestra escéptico, pero él tiene fe en que puede conseguirlo. No conoció a Valerick, pero sabe tanto de él que cree que hay un pequeño vínculo que los une. Además, las respuestas que está buscando se centran sobre todo en Caleb y espera que eso le facilite las cosas.

—Supongo que solo hay una manera de descubrirlo.

El necromante ya ha entrado en la casa para entonces, como si no quisiera pensar demasiado en todo lo que está ocurriendo, o quizá porque los recuerdos lo asedian y prefiere acabar rápido con ese trámite. Sus tres acompañantes lo siguen, pero todos se detienen en la puerta, sorprendidos por las dos figuras que los esperan dentro.

Valerick.

Darien sabe que es él incluso cuando parte de la estatua queda a contraluz. Domina la estancia principal, ese lugar que en otro tiempo servía de sala y cocina, y es lo único que la maleza no ha querido tocar: aquí y allá hay flores, hierbas que han nacido entre las hojas abandonadas en el suelo, enredaderas que usan las paredes para intentar trepar hacia la luz. Pero la estatua está intacta. Dos hombres se alzan espalda contra espalda, muy diferentes entre sí y, al mismo tiempo, tan parecidos como solo pueden ser la misma

persona. Uno tiene el rostro alzado, el otro lo esconde; uno tiene ambición, el otro lleva el dolor inscrito en la postura; uno todavía es joven, un muchacho que creyó que podía moldear el mundo a su antojo, mientras que el otro ha descubierto que lo único que le queda es proteger lo que ama y seguir fiel a sus ideales, a su familia.

Uno no ha tocado el Amuleto y el otro lo llevará encima hasta el final de sus días.

Uno no ha conocido a Tabitha Eliz y el otro, sí.

Darien supone quién creó ese recordatorio. El hombre que lo conoció siendo esas dos personas tan diferentes. El mismo que se llevó a su hijo y lo crio como si fuera otro sobrino más.

—¿Ese es…? —Ishtar está tan sorprendida como él.

—Mi padre. —Caleb conserva la misma calma de siempre, pero a Darien le parece sentir el más leve temblor en su tono—. Y tu hermano.

—Valerick Brynsen.

—Yo lo conocí como Walric. Supongo que tenía más de un nombre y más de una cara.

Valerick es el príncipe joven, el hijo de un tirano, el amante de su propia madrastra. El traidor que le robó el Amuleto del Tiempo a su legítima dueña. Warlic es el otro, el brujo que tuvo una relación con una celestial, el padre que lo habría hecho todo por su hijo. El traicionado que murió antes de poder contar sus secretos, con una misión autoimpuesta que Muerte quiere que Darien repita.

—Tuvo que hacerlo —murmura el sensible—. Ser esas dos personas. No habría sobrevivido de no ser por eso. Si Iraides hubiera sabido que el hombre que le robó el Amuleto estaba aquí…

Ishtar se revuelve en su sitio, incómoda ante la mención de su madre, pero incluso ella tiene que admitir que no era una mujer clemente. La emperatriz lo habría matado o, por respeto a lo que un día habían compartido, al menos lo habría capturado y encerrado en las mazmorras de palacio.

—Ten cuidado, santito, el camino hacia la perdición empieza cuando defiendes a un brujo.

Darien mira a Derek, pero se encoge de hombros. A una parte de él le gustaría que fuera tan fácil enfadar a Destino, pero ya sabe que no es así. Probablemente a su dios ni siquiera le importe que toque esa estatua, aunque a él la idea le ponga un poco nervioso. Quizá por eso, en un desafío silencioso, se adelanta para colocarse junto a Caleb.

—¿Estás bien?

Ese par de ojos azules que tan bien conoce se vuelve hacia él. Tiene la expresión seria, ilegible, pero lo ve asentir.

—¿Lo culpas? Por… no mostrarte las dos caras. Por no contarte toda la verdad.

El chico no responde de inmediato. Su mirada vuelve hacia la estatua, hacia el hombre penitente, el que se esconde, el que no se atreve a mostrar el rostro al cielo.

—No —contesta al fin—. No lo culpo. Yo solo era un niño cuando murió y tal vez creyó que no lo entendería. Quiero pensar que me lo habría contado cuando creciera, que esperaba tener la oportunidad. Al fin y al cabo, quería hacer las cosas bien, ¿no? Por eso huyó de palacio. Porque se arrepentía de lo que había pasado.

—La culpable de eso fue mi madre.

Ishtar se ha acercado también a la estatua y se ha detenido al otro lado del necromante. Tiene las manos apretadas y se retuerce los dedos en un gesto que evidencia que, aunque fuera la antigua emperatriz quien acabó con toda la familia imperial, siente un poco de responsabilidad.

—No. Mi padre también fue culpable. Él aceptó sublevarse contra el Inmortal. Él estaba allí la noche en que Iraides asesinó a sus hermanos y no hizo nada para detenerla. Decidió desaparecer con el Amuleto y… usarlo. Se equivocó. Pero supongo que todos lo hacemos. Yo también he cometido errores que han hecho sufrir a otras personas. —Sus ojos caen de nuevo sobre Darien, en una disculpa muda—. La cuestión es que después intentó hacerlo mejor.

Derek se ha acercado también y apoya una mano sobre el hombro de su amigo, pero después su mirada, como la de todos los demás, se fija en el celestial.

Es su turno.

Darien respira hondo antes de dar un paso más al frente, decidido. Trata de concentrarse, de aislarse incluso de las personas que lo rodean. No quiere necesitar más que un intento, así que piensa solo en ese hombre que ha visto a través de los ojos de su hijo y de todos los objetos que conservan una memoria de él.

Un roce. Eso es lo único que hace falta para que los recuerdos lluevan sobre él.

Es un niño feliz, uno que corre por los pasillos infinitos de su hogar, que cuenta todas las habitaciones que hay, que entra a todas sin llamar. Su madre le regaña, pero también se ríe cuando él la arrastra en esas aventuras que no se le pueden mencionar a su padre, porque no son dignas del hijo de un emperador.

También es un joven príncipe. Es el más pequeño de todos los hijos, así que nadie lo toma en serio. Su madre ha muerto y él mira por la ventana en lugar de atender a sus lecciones, pese a los esfuerzos del nuevo maestro, que lo trata con paciencia e intenta ganarse su interés. Pero él solo puede pensar en el día en el que salga de Damira, en cuando pueda convertirse en alguien más digno, en alguien a quien los demás respetarán.

Es un brujo que sale del nido de demonios de Yuda cojeando para no apoyar demasiado peso en esa pierna nueva, monstruosa, a la que no termina de acostumbrarse. El cuerpo le duele y la satisfacción que siente no es la que debería, pero, aun así, finge. Porque nunca admitirá que se ha equivocado. Porque tiene tiempo para aprender a confiar en esa extremidad nueva, ya que no piensa volver a palacio tan pronto. Es libre y Evren es grande y los meses pasan antes de que se entere de que su padre va a volver a contraer matrimonio.

Es Valerick Brynsen, el último hijo varón del Inmortal, y se siente perdido dentro del gran palacio, sin saber qué es lo que quiere hacer con su vida. Es uno más de muchos hermanos, de muchos hijos, pero el único que sigue a su madrastra con la mirada y se da cuenta de que cada vez está más triste, más consumida. Es el que la ve llorar un día y trata de consolarla, apenado, consciente del maltrato de su esposo, y acaba enredado en las sábanas de una cama que su padre solo visita con la esperanza de conseguir un nuevo heredero. Es el mismo que se sienta con la niña que el emperador se niega a reconocer como hija legítima y le lee cuentos y se inventa las historias más asombrosas para ella.

Es un traidor. Es el hombre que conspira contra su padre para salvar a la mujer que ama, para acabar con las injusticias, y el que ve a sus hermanos desaparecer convertidos en polvo. El que discute con la nueva emperatriz, el que se niega a aceptar lo que ha pasado, el que se calla que Sera ha sobrevivido. Es el que se mete en la cama de su amante una última vez antes de levantarse en medio de la noche y robar el Amuleto del Tiempo y la espada de Caos.

Es un ladrón, un criminal perseguido, y huye a Arsay con la esperanza de que no lo encuentren, pero lo hacen. Está malherido y sabe que tiene que ocultarse, así que entierra a Dysnomia y el Amuleto del Tiempo para librarse de ellos, pero no llega mucho más lejos sin desvanecerse. Lo salva una celestial. Es joven, un poco más que él, pero tiene unos ojos castaños preciosos que se apiadan de él a pesar de que es un brujo. Le ofrece la absolución. Le ofrece exorcizarlo, y él ve en eso una oportunidad. En Odelia buscan a un brujo, buscan a alguien que tiene el Amuleto, pero no le pasará nada si deja de ser ambas cosas.

Es un vagabundo sin una pierna, la sombra del hombre que fue, pero sus días se llenan con la sonrisa de Tabitha Eliz y el mundo no parece tan oscuro cuando deja que ella lo cuide como nunca nadie lo había cuidado, en esa casa en medio del bosque que encuentran cerca. Es un mentiroso y le esconde su pasado, su nombre, y la culpa lo corroe cuando, semanas más tarde, ella le dice que lo quiere. Cuando, no mucho después, también le confiesa que está embarazada.

Es solo un hombre enamorado y, cuando la mujer que ama muere después de dar a luz a dos niños, sabe que la forma de salvarla es poner en marcha el objeto que un día escondió en el bosque. No lo

suficientemente lejos para no sentir la tentación. No lo suficientemente lejos para no sentirlo llamándole y diciéndole que puede arreglarlo todo.

Es un hombre con el corazón roto, porque ella despierta, pero nunca lo perdonará por haberla alejado de su destino, pese a que su medallón aguanta la transgresión. Quizá no se rompe precisamente por el enfado. Porque su fe es más fuerte que su amor y ella lo odia por lo que ha hecho y por haberle escondido tantas partes de él. Aun así, le perdona la vida. Aun así, deja a uno de sus hijos con él. El que tiene los ojos claros, como los suyos, quizá porque prefiere abandonar a ese niño a recordarlo a él cada vez que lo mire. También deja el Amuleto en sus manos (no quiere verlo, no quiere tocarlo) y una advertencia: si alguna vez vuelve a usarlo, ella volverá para matarlo.

Es padre y vuelve a ser brujo, porque se siente demasiado indefenso sin un demonio y ahora tiene un niño al que debe proteger. En el Trato que hace pide la fuerza suficiente para poder cuidarlo. A cambio, da la única pierna que le quedaba.

Es feliz, pero ni siquiera su demonio es suficiente para proteger a su niño de la enfermedad que se manifiesta por primera vez cuando la criatura apenas ha cumplido los tres años. Sabe qué es lo único que puede ayudarlo. También sabe que, si lo usa, Tabitha volverá a por él, pero está bien. Aceptará el castigo. Si tiene que pagar el precio, lo hará. Si tiene que luchar por ese niño, aunque sea contra ella, lo hará. Así que, cuando está a punto de perderlo, salva a su hijo de la muerte, desentierra a Dysnomia y aguarda. Espera hasta que Tabitha aparece, pocos días después. Lleva a Eunomia en las manos y a él se le ocurre la idea en cuanto ve la espada de los

celestiales. Ese encuentro ya se ha dado mil veces antes. Si nadie lo detiene, ocurrirá mil veces más.

Es Valerick y Warlic, los dos a la vez, y la luz envuelve la sala y la sangre se derrama por su ropa, por el acero y la madera y…

Darien cae al suelo como si las piernas hubieran dejado de responderle y trata de alejarse de la estatua, en un intento de que la visión se desvanezca antes. Está mareado, las manos le tiemblan y un dolor sordo se le clava en la sien. Alguien pronuncia su nombre, lejos, muy lejos, pero apenas lo reconoce. Se lleva la punta de los dedos al estómago, pero la ropa está seca, y la agonía que siente no es suya. El presente y el pasado se funden, tratan de confundirlo. La habitación no deja de girar a su alrededor.

—¿Celestial? —Sí. Celestial. Es celestial, no brujo—. ¿Me oyes?

El chico intenta asentir. En algún momento, ha cerrado los ojos y ha escondido la cara entre las manos, y ahora siente las palmas heladas contra su frente. El frío le despeja un poco los pensamientos, le hace más consciente de lo que pasa a su alrededor, del ruido de pasos sobre las hojas, de ese cuerpo cálido que está cerca de él pero que no se atreve a tocarlo todavía.

Más consciente, también, de lo que acaba de ver, aunque eso le da náuseas.

La cabeza todavía le da vueltas cuando la levanta, muy poco a poco. La luz le acuchilla los ojos, pero se acostumbra pronto y, al hacerlo, la estatua vuelve a tomar consistencia delante de él. Es cierto, Valerick tenía muchas caras, pero todas ellas lo llevaron hacia su final. Viéndolo en perspectiva, quizá estaba condenado a acabar así. Se estremece, pero vuelve la vista hacia sus acompañantes, hacia sus expresiones de preocupación, y se da cuenta de que no

sabe cómo empezar a hablar. Caleb está tenso y se apresura a tenderle una mano que él no puede aceptar, porque teme que sea demasiado. Así que niega y se queda donde está, muy quieto, agarrándose las manos, tratando de encontrar las palabras.

—Estoy bien —dice al fin.

Caleb aprieta los labios, pero se nota que es solo una forma de contener la pregunta que se puede ver en su mirada.

—¿Qué has visto?

Es Derek quien pregunta lo que todos los demás están pensando.

Darien toma aire y mira al suelo en un intento de ordenar sus pensamientos. La desesperación que sintió Valerick en su última noche con vida le pesa en el pecho. Ese es el sentimiento más fuerte, el que se ha quedado con él. El brujo pensaba que estaba haciendo lo correcto, pero…

—Todo. Lo… he visto todo. —Su voz suena ahogada, le raspa en la garganta—. He visto que Valerick no solo robó el Amuleto, sino también a Dysnomia. Se la trajo a Arsay, aunque durante un tiempo la escondió, porque dejó de ser brujo y no podía empuñarla.

Caleb lo mira con el ceño fruncido, sin entender.

—La noche en que murió, tu padre volvía a empuñarla. Estaba dispuesto a luchar con ella por ti, pero cuando vio que Tabitha llevaba a Eunomia…

Darien calla. Por un momento, ni siquiera sabe cómo continuar.

—Quiso destruir las espadas —dice al fin—. Había estado conviviendo con una celestial durante mucho tiempo, se había enamorado de ella, tenía un hijo en el Sacro Reino al que nunca podría ver. Supongo que pensó que… que estaba harto de todo lo

que los separaba. Y que eliminar las espadas sería un buen primer paso para acabar con la lucha entre los bandos.

Puede entenderlo. Todo empezó con las espadas. Antes de que estas existieran, los fieles de los dioses no discutían. Aiva y Saenal no habrían sido marionetas de Destino y Caos sin ellas. Y sin ellas, probablemente, ni siquiera existirían murallas, porque el Sacro Reino jamás se habría fundado.

El error de Valerick fue creer que destruir el poder de los dioses en Evren podría borrar siglos de enemistad. Darien empieza a pensar que para eso habría que matar a todos los Originales y, aun así, está seguro de que la gente seguiría luchando por lo poco que pudiera quedar de ellos.

—Pero no lo consiguió, ¿no? —Ishtar no parece muy convencida.

Darien niega con la cabeza, pero todavía mira hacia Caleb, porque sabe que esa no es la pregunta que él quiere hacer. Ve cómo su expresión cambia poco a poco, cómo sus ojos se aceran, cómo empieza a llegar a una conclusión que no le gusta.

—¿Por qué nos cuentas esto, celestial? ¿Qué tiene que ver con mi inmortalidad?

Darien traga saliva.

—Pensó que podía usar el Amuleto para destruir las espadas. Se equivocó. En el último momento, perdió el control, porque estaba muriéndose, porque que entrases en el cuarto lo desconcentró. Eunomia y Dysnomia no desaparecieron. Sus energías solo encontraron un nuevo lugar en el que seguir viviendo.

La expresión de Caleb se descompone y el celestial siente como si lo hubiera abofeteado. Lo ve dar un paso atrás, negar con la cabeza. Llega incluso a entreabrir los labios, pero ningún sonido sale de

ellos. A su lado, Ishtar se lleva las manos a la boca. Derek se ha quedado tan pálido como callado.

Aun así, Darien continúa, porque prefiere no diluir la verdad. Prefiere que no quede nada sin decir.

—Eunomia y Dysnomia están dentro de ti, Caleb. Y la única razón por la que eres inmortal es porque no has dejado de alimentarte de su poder durante todo este tiempo.

CALEB

Caleb descubrió que no era como los demás niños poco después de empezar a vivir con Nilam y Astrey. Fue en medio de un juego, mientras Astrey y él se perseguían por el jardín. Se cayó porque eso es lo que pasa cuando los niños juegan, se hizo daño y comenzó a sollozar más por la sorpresa que por el dolor. Los pantalones se le habían roto y llegó a ver el corte que se había hecho en la rodilla. Astrey también lo vio, cuando acudió a él, preocupado y repitiendo su nombre con el susto atado a él.

Y, después, el corte se curó.

Como Caleb no recordaba lo que eran las heridas, al principio ni siquiera le sorprendió que desapareciera sin dejar marca. Al menos, hasta que vio la expresión incrédula de Astrey y comprendió que aquello no era normal.

—Se ha curado solo —le dijo Astrey a Nilam minutos más tarde. Caleb se aferraba con fuerza a la mano de su hermano adoptivo—. Se ha caído, se ha hecho una herida en la rodilla y se ha curado. ¿Cómo ha hecho eso?

En el poco tiempo que llevaba con ellos, Caleb nunca había visto a Nilam sorprendido. Era un hombre tranquilo y paciente, que siempre

tenía una expresión serena en la cara, la misma que él terminaría imitando años más tarde. Aquel día, sin embargo, se le descompuso. Se fijó en él y el chiquillo sintió ganas de esconderse contra Astrey, como si hubiera hecho algo malo y no quisiera ser descubierto. Quizá fue eso lo que hizo que Nilam se diera cuenta de que había reaccionado demasiado, porque esbozó una sonrisa pequeña en compensación y se acuclilló delante de él.

—¿Es eso cierto? —Caleb asintió, temeroso de haber hecho algo indebido—. Ya veo. Supongo que es una de esas cosas que los celestiales llaman milagro.

—Eso no tiene ningún sentido —protestó Astrey—. Caleb no es un celestial. ¿Por qué iba Destino a concederle un milagro? ¿No es raro?

«Raro». Caleb llevaba poco tiempo reaprendiendo palabras y ese día memorizó aquella. Lo que le había pasado era raro. Él, por extensión, era raro. No terminaba de entender el significado de aquel concepto, pero no parecía algo positivo.

—¿Crees que tiene algo que ver con el hecho de que no recuerde nada? —insistió Astrey.

Aquello también debía de ser raro.

—Quién sabe —respondió Nilam—. Quizá lo descubramos algún día.

Pero él ya debía de saberlo.

Debía de tener sospechas, al menos, porque estuvo allí aquella noche.

—Nilam llegó unas horas después de que tu padre muriera —murmura Darien. Ha estado buscando recuerdos por el resto de la casa y ahora se sienta a su lado, contra una de las paredes del salón, para terminar de contarle su propia historia. La que no

recuerda. La que le da sentido a todo—. Descubrió dónde vivía tu padre en cuanto naciste, porque su demonio sintió cómo ponía en marcha el Amuleto para salvar a Tabitha y decidió presentarse aquí. Te vio cuando eras un recién nacido y, desde entonces, se habían estado carteando. Valerick le pidió muchas veces volver a ver a Astrey, pero Nilam creía que era mejor que no lo hiciera. Quería que su sobrino viviese al margen de los recuerdos del palacio y, con Valerick cerca, nunca podría haberlo hecho.

Caleb frunce los labios, pero no dice nada al respecto.

—Tu padre le avisó de lo que podía pasar. Fue… Fue Valerick quien le pidió que se encargara de ti si moría. Tabitha todavía estaba aquí cuando apareció Nilam. Tú estabas en sus brazos, inconsciente, y ella se sentía… culpable. Perdida. Nilam le preguntó qué había sucedido. Y ella se lo confesó todo.

Así que Nilam lo sabía. Quién era su madre, por qué había perdido los recuerdos, por qué él era *raro*. Su maestro había tenido todas las respuestas, pero se las vetó, del mismo modo que le vetó a Astrey la posibilidad de reencontrarse con uno de los hermanos con los que había compartido sus primeros años de vida. El hermano que lo salvó de la muerte.

Por su seguridad, supone. Porque siempre les enseñó que el conocimiento era poder y, si él era el único lo sabía todo, quizá así pudiera mantenerlos a salvo.

Pero ¿a qué precio?

—Fue él quien hizo la réplica de Eunomia, para que Tabitha pudiera volver al Templo victoriosa y con el Amuleto en las manos —concluye Darien, con la mirada baja—. Creyó que estaría mejor en el

Sacro Reino. Cuanto más lejos de vosotros estuviera el Amuleto, mejor.

Caleb tiene ganas de reírse. Qué estupidez. Y qué irónico. Por mucho que Nilam quisiera mantener ese objeto lejos de ellos, él terminó asaltando la basílica de Daiva para intentar robarlo y Astrey ha conseguido colgárselo al cuello. Supone que su maestro nunca contó con eso. Con que Nathan Tabiz, su hermano, el de verdad, pudiera heredar algún día ese reloj robado y salir de las murallas con él. Que su hermano, el de verdad, tendría las mismas debilidades que un día tuvo su padre, aunque nunca lo conociera, y que, tal y como hizo el propio Valerick, se terminaría condenando a sí mismo por el deseo de salvar a alguien.

Es un ciclo.

Desde que el Amuleto existe, su uso es un ciclo y nunca va a tener fin.

—Hay que destruirlo.

Las palabras de Darien ni siquiera le sorprenden tanto como deberían. Entiende de dónde vienen. Entiende que deben de estar pensando en lo mismo y que esa es la única manera de romper esa rueda que lleva siglos dando vueltas.

Ishtar, en cambio, se alarma un poco. Como ellos, se ha sentado en el suelo, con la espalda apoyada en la pared, y tiene los brazos cruzados. Derek está justo a su lado. Aunque se han apartado de Caleb para darle espacio, no han querido dejarle solo.

—¿Quieres… destruir el Amuleto?

Darien asiente, decidido.

—Muerte vino a verme hace unos días. Me dijo que Valerick quiso acabar con todo y que estuvo a punto de conseguirlo, pero que se

equivocó en lo más importante: él creía que el problema eran las espadas, que eliminándolas se solucionaría todo. Pero ellas existen porque existe el Amuleto. Fueron diseñadas para que los brujos y los celestiales lucharan para conseguirlo y ha sido así durante tanto tiempo que la gente ya se ha olvidado de cualquier otra alternativa. Sin embargo, si nos deshacemos del Amuleto…

Las espadas dejarían de tener sentido. Las luchas de poder por ese objeto se acabarían.

—Pero no sabemos cuáles serían las consecuencias de destruir el Amuleto —replica Derek—. Si su uso hace que el mundo tiemble, ¿su destrucción no podría ser peligrosa también? El poder de un dios está contenido ahí dentro, ¿no? ¿Qué pasará con él si queda libre?

Darien no tiene respuestas para eso, así que es incapaz de decir nada.

—¿Y cómo lo haríamos? —interviene Ishtar—. Astrey es el Portador ahora y no va a dejar que nadie le arrebate el Amuleto. Aunque se lo quitáramos, no tenemos manera de…

—Tenemos las espadas.

Todos se giran hacia Caleb, tensos. Quizá sea solo porque no ha dicho ni una sola palabra en varias horas o quizá porque entienden de inmediato lo que quiere decir.

Darien parece luchar contra las ganas de tocarlo cuando se clava las uñas en sus propias manos. Tiene la duda escrita por toda la cara.

—Las espadas están…

—Dentro de mí. —Se lleva una mano al pecho, como si pudiera sentirlas debajo de la piel. No puede. La revelación solo le ha hecho ser más consciente de sí mismo, de todas las cosas que otros le han

ocultado, pero no ha cambiado nada más—. Su energía lleva años refugiándose en mi cuerpo, pero tiene que haber alguna manera de sacarlas.

—¿Cómo?

No lo sabe. Pero tiene claro quién puede conseguir reclamar al menos uno de esos objetos de leyenda.

—La santa.

Recuerda lo mucho que lo debilitó en la fiesta, cuando lo empujó; recuerda cómo le fallaron las fuerzas, cómo se sintió mareado y torpe. No cree que sea casualidad. Esa mujer y Eunomia están destinadas: si alguien puede recuperar la espada de Destino y empuñarla, esa es ella.

Darien tiene que seguir su razonamiento. Él, que se ha criado entre celestiales, sabe que Lilith Rheiz es la legítima elegida de su dios, y como tal, hay cosas que solo ella puede hacer. Al fin y al cabo, Darien también es un celestial, pero su tacto nunca lo ha debilitado.

—Aunque Lilith pudiera reclamar a Eunomia, algo que por ahora es solo una suposición, ¿qué pasa con Dysnomia? Caos no nombra santos.

—Porque no los necesita —señala Derek—. Todas esas historias de elegidos son cosa de Destino, pero a Caos le gusta el libre albedrío, la capacidad del ser humano de serlo todo o nada por sus propias elecciones. Los nidos son lugares fundamentalmente igualitarios: cualquier mortal puede obtener un demonio poderoso si consigue llamar su atención y ofrecer un buen Trato. Según esa misma lógica, cualquier brujo podría empuñar a Dysnomia, ¿no? Valerick Brynsen lo hizo y no parecía ser demasiado poderoso.

Sí, tiene sentido. Tiene tanto sentido, de hecho, que tres pares de ojos se fijan inmediatamente en Ishtar. Ella palidece y hace una mueca. Sabe lo que los demás están pensando y ya ha empezado a sacudir la cabeza incluso antes de que alguien diga algo.

—No, yo no…

—Inténtalo. —Ishtar niega con la cabeza, pero Caleb continúa—: Por favor, Ishtar. Eres la única bruja en la que confiaría para esto. Y la espada fue de tus padres antes de que el mío la robara, ¿no? De alguna manera, es tuya. Te pertenece por derecho.

Pero la princesa de Odelia se pone en pie, inquieta.

—Yo ni siquiera sé esgrima. No… No quiero esa espada para nada. Y, de todos modos, ¿no te preocupa lo que pueda pasarte si funciona? Llevas años alimentándote de dos objetos sagrados, Caleb: ¿qué va a pasar con tu cuerpo cuando no estén ahí? Dices que quieres dejar de ser inmortal, pero ¿estás preparado para morir pronto? Porque quizá sea eso lo que suceda. Quizá, si te arrancamos esas espadas de dentro, te matemos.

Caleb lleva tantos años sin temer a la muerte, consciente de que nunca vendrá a por él, que por primera vez en mucho tiempo se estremece al pensar en ella. De pronto, tal y como lleva toda una vida queriendo, perder la vida es una posibilidad y él…

Él siente que se le cierra el estómago ante la idea de su propio final.

Darien se ha quedado lívido, consciente de que Ishtar tiene razón. Ha estado tan preocupado por desentrañar el pasado, por encontrar las claves que puedan concederle su deseo de volver a ser mortal, que probablemente él tampoco ha reparado en lo que eso podría

llegar a suponer. Ahora que lo entiende, lo mira con miedo, con el mismo terror a perderlo que conoce de muchas vidas antes.

Aun así, tras esos primeros segundos, el celestial toma aire y baja la vista. Con cuidado, busca la mano de Caleb y entrelaza sus dedos en una muda señal de apoyo. Porque, por mucho que le asuste la idea de perderlo, no va a cometer los errores de sus antepasados. Respetará su decisión, sea la que sea. Traiga las consecuencias que traiga.

Caleb encuentra su propia seguridad en ese agarre.

—No quiero morir —admite tras volverse hacia Ishtar—. Todavía no. Quiero… Quiero disfrutar de una vida tranquila, sin más secretos del pasado ni preocupaciones para el futuro. Pero eso no va a pasar mientras siga siendo inmortal ni mientras el Amuleto todavía exista. No quiero morir, pero tampoco quiero seguir viviendo como hasta ahora.

Darien no dice nada, pero le aprieta un poco más la mano. Ishtar traga saliva, insegura todavía, pero Derek deja una caricia sobre sus cabellos que la obliga a fijarse en él. No dicen nada. Hablan sin palabras y, como si en esos ojos ella encontrara el valor o la comprensión necesaria, al final baja la vista y asiente.

—Lo intentaré.

Caleb respira hondo cuando la bruja se arrodilla frente a él. Se siente inquieto, abrumado por una incertidumbre a la que no está acostumbrado. No sabe qué va a pasar, qué va a sentir, pero lo peor es no saber si va a funcionar. Si Ishtar no puede arrancarle a Dysnomia de dentro, no sabe quién podría conseguirlo, y no cree que su inmortalidad vaya a desaparecer si una de las dos espadas se

mantiene en su interior. Seguirá alimentándose de ella, lo quiera o no.

La bruja extiende una mano hasta su pecho. A Caleb la sensación le resulta extraña, porque no está acostumbrado a que nadie más que Darien se acerque tanto, pero eso es todo. No le hace daño. No hay ni debilidad ni confusión. No se parece en absoluto a lo que sintió cuando lo tocó la santa.

—No siento nada —murmura Ishtar—. ¿Debería?

No está seguro, pero Lilith lo sintió. Supo desde el primer momento que había algo extraño con él, incluso si parecía tan confusa como el propio Caleb. Aunque, como Derek ha dicho, los brujos y los celestiales nunca han funcionado igual.

—Piensa en ella —sugiere—. Usa… Usa tus poderes, si es necesario.

—¿Estás seguro?

Él asiente, aunque Ishtar todavía tarda un poco más en llenarse de la seguridad que necesita. Titubeante, intercambia una mirada con Darien, que trata de sonreírle.

—Todo irá bien.

Caleb no sabe si las palabras del celestial son para la princesa, para él o para sí mismo, pero se aferra a ellas de todas formas. Ishtar también, porque cabecea y cierra los ojos, dispuesta a agarrarse a esa promesa. Aunque le tiembla un poco el pulso, su expresión se cubre de decisión. Pese a ello, al principio no pasa nada. Los segundos se deslizan entre el grupo en una tensión sostenida.

Y después lo siente.

Empieza como un cosquilleo desagradable bajo la piel. Es apenas un calambre que se extiende desde la carne y hacia dentro, recorriendo músculos, tendones y huesos. A medida que Ishtar se concentra, sin embargo, se convierte en algo más. Mientras el aspecto de la bruja cambia y las venas negras que vieron el día en que hizo su trato se marcan un poco más, el cuerpo de Caleb empieza a arder. Al principio la sensación es soportable, algo que solo le hace apretar los dientes, pero va aumentando poco a poco, hasta que le parece que la sangre le empieza a hervir. A Caleb se le escapa un gruñido, pero se obliga a no cerrar los ojos. Se aferra con más fuerza a la mano de Darien y aguanta.

Desde el fondo de su cuerpo, algo se queja y se revuelve.

Eso es solo el principio.

El verdadero dolor llega después, cuando el calor se le mete en las venas y se las abre. Las nota deshacerse, igual que nota cómo la carne se le derrite en los huesos, cómo cada órgano dentro de su cuerpo se convierte en una ascua incandescente. Con un jadeo y los ojos nublados, mira hacia abajo. La magia de Ishtar ha roto la tela de su camisa y las uñas de la bruja le marcan la piel, pero no es eso lo que le causa ese sufrimiento que amenaza con dejarlo sin consciencia. La agonía, en realidad, llega desde dentro. Más allá del calor, algo se agita cerca de su corazón. De pronto le parece que una criatura ha anidado allí y ahora le está clavando sus dientes afilados en los músculos, en las costillas. La siente deslizarse entre sus huesos y abrazarle los pulmones para que no pueda respirar. Caleb nota que se ahoga, que todas las palabras que nunca ha pronunciado se quedan atrapadas entre las fauces de ese monstruo que vive dentro de él, que intenta aferrarse a él incluso cuando todo

lo que quiere es que se lo saquen, que se lo quiten, sin importar si se lleva pedazos de su interior al salir. Siente ganas de tirar de su propia piel, de abrírsela y sacarse él mismo a esa alimaña, ese poder que se llevó parte de sus recuerdos y lo convirtió en un extraño en su propio cuerpo. Quiere…

El grito que le rompe la garganta ahoga el sonido desgarrado de su pecho al abrirse, desgarrando piel y huesos de una sola vez.

Ishtar se detiene de inmediato, tan asustada por su grito como por la grotesca imagen que ahora tiene ante ella. En su rostro, los rasgos de su demonio batallan contra los humanos; uno de sus ojos sigue siendo castaño, pero el otro se ha vuelto completamente negro.

Está aterrada. Caleb lo sabe, igual que sabe que quizá deberían parar, que no deberían seguir adelante, que puede que ni siquiera su cuerpo lo aguante, por más inmortal que sea.

Y, aun así, dice:

—¡Sigue! —Su voz es un gruñido cargado de dolor, pero también de decisión—. ¡Estoy bien!

Es mentira, todos deben de ser conscientes. Tiene el torso abierto en canal, con los órganos a la vista, como un animal dispuesto para ser destripado. La sangre le corre por la piel, le mancha la ropa, tan rota como su cuerpo. Pero en medio de todo ese horror surge una luz. Es roja, cálida y brillante. Nace de su interior, seductora como el canto de una sirena e igual de peligrosa. Aun así, Ishtar aprieta los dientes y se centra en ella. Le cuela la mano en la apertura de su pecho, buscando, y Caleb vuelve a gritar. Siente los dedos palpando en su interior, en algún lugar entre el corazón y los pulmones, y es insoportable. Aunque no quiera, aunque no desee nada más que

continuar hasta que acabe, su cuerpo se revuelve por inercia y Derek tiene que apresurarse a colocarse a su otro lado para rodearle los hombros y ayudarlo a mantenerse firme. Caleb apenas se da cuenta. En lo único en lo que es capaz de pensar es en la mano de Darien, en que no puede soltarla, no va a soltarla. Se aferra a él hasta que le clava las uñas, hasta que podría hacerle sangre. Ni siquiera entonces el celestial lo suelta. No intenta escapar de él. Le está susurrando palabras al oído, pero Caleb no puede diferenciarlas, así que se imagina que son promesas. Confesiones. Se imagina que le dice que está a su lado y que no va a dejar de estarlo nunca. Se imagina que le habla de su casa con jardín y de los días felices que todavía les esperan allí.

La mano de Ishtar se hunde en su cuerpo hasta la muñeca.

El sufrimiento deja de ser descriptible.

Cuando está a punto de volverse loco por el dolor, cuando siente ganas de suplicar que se detenga porque no cree ser capaz de soportarlo, cuando le da la impresión de estar reviviendo cada herida que le han hecho alguna vez, algo cambia. Ishtar jadea, con los ojos completamente negros y muy abiertos, y comienza a sacar la mano de nuevo. Sus dedos se aprietan alrededor de una empuñadura oxidada en la que se adivina la forma de una serpiente. El filo asoma justo después, mellado y retorcido.

Con un último tirón, Dysnomia abandona su cuerpo.

Y Caleb pierde el conocimiento.

—Al fin. Parece que vuelvo a tener ventaja, Xandre.

—¿Por qué estás tan orgulloso?
¿Quieres que tu princesa use la espada para romper el Amuleto?
¿Ese es tu gran plan?

—Mi plan es dejarle que decida qué hacer, como siempre.
Al contrario que tú, disfruto de los caminos insospechados.
Estoy deseando ver qué papel tiene Dysnomia esta vez.

DARIEN

Derek es el primero en reaccionar. Es él quien evita que Caleb se desplome y lo sostiene con facilidad, como si no fuera más que un muñeco hecho de tela y paja. Ishtar, todavía abrumada por lo que acaba de suceder, toma aire y aprieta los dedos con más fuerza alrededor de la empuñadura de Dysnomia. Sus ojos pasan del negro al castaño y las líneas bajo su piel pierden intensidad hasta volver a convertirse en los trazos delicados de un pincel.

Darien, en cambio, lo observa todo como si él no terminara de ser parte de esa escena, como si las imágenes que acaba de vivir pertenecieran a una pesadilla de la que él no es capaz de despertar. Su mirada se desliza hasta su propia mano, vacía después de que los dedos de Caleb resbalasen, sin fuerzas, entre los suyos. Le sorprende descubrir que tiene cuatro medialunas grabadas en el dorso, porque ni siquiera siente dolor.

—¿Está…?

No es él quien comienza esa pregunta que no quiere ni pensar. Ishtar ha dejado la espada en el suelo, a un lado, y se inclina hacia delante con la ansiedad escrita por toda la cara.

—Está curándose —responde Derek—. Parece que más lento de lo habitual, pero está dejando de sangrar.

Darien jadea. Es la mención a la sangre lo que hace reparar en toda la que hay a su alrededor. En el pecho de Caleb, empapándole la camisa. En las manos de Ishtar. En la espada. Su color rojo lo deslumbra, se le cuela dentro de la cabeza y emponzoña cada uno de sus pensamientos, que se mueven en círculo. Todavía le parece oír, por debajo de los gritos, el sonido húmedo y desagradable de unos dedos rebuscando entre la carne y los órganos. Todavía nota esa energía extraña que crepitaba en el aire como el anuncio de una tormenta.

—¿Darien?

El celestial da un respingo y la realidad le cae encima como una losa. Sus compañeros lo están mirando, pero ha sido la princesa quien ha pronunciado su nombre. Su expresión de preocupación es muy parecida a la que tenía hace un minuto, mientras observaba la herida de Caleb, pero él no tiene el pecho abierto, no se ha quedado inconsciente, no está más indefenso que nunca.

—Va a ponerse bien, santito —le asegura Derek antes de hacerle un gesto con la cabeza hacia la puerta—. ¿Por qué no salís fuera? Que os dé el aire. Y traedme un poco de agua.

Darien empieza a negar, incapaz de pensar en la idea de separarse del necromante. Ishtar, en cambio, se pone en pie y trata de limpiarse las manos manchadas de sangre en la falda.

—No —responde el celestial—. Quiero quedarme. Quiero estar aquí y…

—¿Y qué? —La mirada de Derek es inflexible—. ¿Sentarte a su lado a pensar en todas las cosas que no puedes hacer por él,

incluyendo tocarlo, porque estás demasiado alterado? ¿Frustrarte porque la curación es lenta y hundirte en tu propia cabeza? Eso no lo va a ayudar en nada. Sal de aquí, hazme caso. Lo necesitas.

Está dispuesto a protestar, a discutir, pero Ishtar asiente.

—Derek tiene razón. Y yo necesito quitarme toda esta sangre de encima.

Darien aprieta los labios y lanza otro vistazo al rostro dormido del necromante. Siempre ha sido pálido, pero hoy su tono de piel le resulta enfermizo. Aun así, sabe que es cierto: no hay nada que pueda hacer por él, aparte de volverse loco contando los minutos que tarda en responder. Ni siquiera va a poder volver a cogerle de la mano hasta que no se relaje un poco. Ahora mismo podría hacerle daño sin querer. Si no deja de pensar en lo que ha visto, en la sangre y la espada y su cuerpo rompiéndose, quizá convoque el recuerdo y lo obligue a revivir el dolor. Es eso lo que hace que se ponga en marcha: el sufrimiento que pueda provocarle si se queda cerca.

La casa está en penumbra, pero fuera el sol brilla y la luz le hace daño en los ojos en cuanto sale. Ishtar camina delante y él se deja guiar, sin saber muy bien hacia dónde se dirigen. Supone que van al río que vieron de camino, el mismo en cuya orilla solían sentarse Caleb y su padre hace mucho tiempo. Le parece escuchar la canción propia del agua fluyendo en la lejanía, pero también risas y voces que han escapado del pasado. Recuerda a Muerte diciendo que Valerick le dio a su hijo años que se quitó a sí mismo y se pregunta cuántos serán. Cuántos le quedan. Cuánto tiempo va a poder retenerlo a su lado.

Ni siquiera es consciente de que se ha detenido hasta que se da cuenta de que Ishtar se para varios pasos por delante. A él los pies le pesan como rocas y la cabeza, que inclina hacia delante, también. Sus dedos buscan las marcas de las uñas de Caleb en el dorso de su mano. Ahora sí siente el dolor. Uno que no sabe cómo encarar, que se le ha metido en los huesos, que le corre en las venas.

—Lo va a matar. Sacarle las espadas lo va a matar.

El pensamiento se le escapa, se convierte en palabras antes incluso de que él pueda pensar en detenerlas, y es todavía peor cuando lo escucha de su propia voz. El miedo rompe la presa tras la que lo estaba conteniendo y lo inunda todo, tira de él hacia abajo, cada vez más lejos de la superficie.

Ishtar se acerca. Cuando levanta la vista para observarla, ve en su expresión el rastro de los mismos miedos que lo sacuden a él, pero también precaución. Aunque hace calor, se abraza el cuerpo como si la sangre en la que está empapada le hubiese helado la piel.

—No lo sabemos. Lo que le ha sucedido a Caleb es… excepcional. No hay nada con lo que podamos compararlo, así que es imposible que sepamos qué va a pasar.

Tiene razón, pero…

—No deberíamos seguir adelante. Es… Es peligroso. Es arriesgado.

—Pero es su decisión. —Ishtar baja la vista—. No podemos dejar que nuestro miedo elija por él, Darien. No sería justo. Caleb se ha pasado toda la vida buscando respuestas y ahora tiene derecho a decidir qué hacer con ellas.

Quizá estaba mejor sin esas respuestas. Quizá todo lo que está pasando es responsabilidad suya, por ayudarlo a encontrarlas.

Quiere decírselo a su amiga, admitir que se siente culpable por haberse empeñado en descifrar todo ese misterio.

Pero lo que se le escapa es algo mucho más sencillo:

—No quiero perderlo.

La voz le sale rota, tan miserable y repleta de ansiedad como se siente. Contra eso Ishtar no puede discutir. Probablemente lo entiende mejor que nadie. Ella sabe lo que es sentir el mismo miedo que lo azota a él como una tormenta, la misma desesperación que la impulsó a suplicar que alguien usase el Amuleto del Tiempo para resucitar a la persona que ama sin pensar en nada más. Darien no va a hacer eso, sabe que Caleb no querría que lo hiciera y ya ha visto la misma historia repetirse demasiadas veces, pero quizá por eso duele tanto. Porque, si lo pierde, si arrancarle las espadas acaba con él, no va a haber vuelta atrás.

La princesa no dice nada. Nunca le ha importado que sus propias heridas salgan a la luz, que sus recuerdos y temores caigan encima de los dos, así que se echa hacia delante y lo abraza con todas sus fuerzas. Darien siente su cuerpo cálido a través de la marea que trata de llevárselo, una roca a la que aferrarse en medio de la riada.

Se aferra a ella, desesperado.

Pero el miedo no se va.

Caleb todavía duerme cuando el sol comienza a ponerse. Darien lo observa, con la mano entrelazada en la suya, esperando algún cambio en su rostro: una mueca, una sonrisa, algo que al menos le indique que está soñando. Ni siquiera puede asegurar que el leve

color que ha aparecido en sus mejillas no sea un truco de la luz. En su pecho descubierto, limpio después de todo el tiempo que el celestial ha dedicado a hacer desaparecer la sangre, la herida profunda que tenía hace unas horas ha desaparecido sin dejar rastro.

Mientras lo vela, Darien repasa todo lo que han descubierto ese día. Piensa en Valerick, en Nilam, en Tabitha. Piensa en el parentesco entre Nathan y ese chico que ahora duerme en el suelo, sobre una cama improvisada hecha con mantas. Lo han movido de la sala principal al que fue su dormitorio en otra época, aunque no se lo ha dicho a nadie: tan solo ha señalado que es una de las pocas partes de la casa que tienen el techo entero. Aquí durmió, aquí pasó su convalecencia. Aquí murió y resucitó.

Aquí vuelve a estar, como si no hubiera pasado el tiempo, a pesar de que ni él es el mismo ni le acompaña ya ese padre que habría hecho cualquier cosa por él, que sufrió a su lado cada instante de su enfermedad. Sabe, por los recuerdos de Valerick, que ese hombre solía hablarle cuando se quedaba junto a su cama, así que él también lo ha estado haciendo. Espera que lo ayude. Espera que su voz llegué allá donde esté y que solo tenga que seguirla para poder reunirse con él. Le ha hablado de cosas estúpidas, de anécdotas del Templo o de lo irónicas que le resultan ahora las primeras conversaciones que tuvieron. No se reconoce en el chico al que atacó en la basílica y tampoco lo reconoce a él en la persona fría y cruel que pensó que sería, pero, sobre todo, le parece increíble el camino que han hecho para llegar hasta ese momento, hasta ese lugar. Hace unos meses ni siquiera se conocían. Hace unos meses, Darien estaba seguro de que su vida iba a ser muy diferente,

estática, solitaria, anclada en la clase de rutina que lo habría hecho marchitarse poco a poco.

Al final, sin embargo, tras mucho tiempo hablando de cosas irrelevantes, pasa a pronunciar deseos en voz alta. Hace unas cuantas noches le pidió algunos a las estrellas fugaces, pero lo cierto es que tiene mucha más fe en ese chico que ahora duerme junto a él.

—Tienes que despertar, Caleb. Tienes que despertar para que podamos decidir qué hacer a continuación. Para que podamos… recuperar tu vida. La que mereces. Tenemos planes, ¿recuerdas? Me… Me prometiste que viviríamos juntos. Me prometiste esa casa y ese jardín y ahora no puedo pensar en otra cosa. Yo también estoy cansado. Yo también quiero que se acaben los misterios. Quiero… una vida ordinaria. La clase de vida que no aparece en los libros de historia, que nadie sabe apreciar de verdad. Porque, si es contigo…

Darien calla. El «valdrá la pena» muere en el aire antes de que pueda pronunciarlo, porque Caleb aprieta los párpados. El celestial siente que se le acelera el corazón cuando escucha el gemido que se le escapa. Después, el necromante gira la cabeza hacia él.

—¿Darien…?

Su nombre nunca ha sonado tan bajo de sus labios, tan dubitativo, pero el celestial no necesita más para echarse hacia delante. Al fin. Se le escapa una respiración agitada que casi es una risa y Caleb abre los ojos. Siguen siendo tan claros como siempre, despejados como el cielo del verano. Durante un instante, el necromante parece perdido, algo somnoliento. Aun así, le estrecha la mano. Es un gesto débil, pero no importa. Es real.

—¿Como te sientes? ¿Te duele algo…?

Darien cierra la boca antes de poder lanzarle todas las preguntas que le pican en la lengua. Se recuerda que está convaleciente, que no puede agobiarlo, pero eso no hace que su corazón vaya más lento.

—Estoy… —Caleb titubea, como si no pudiera confiar del todo en lo que le dice su cuerpo—. Estoy bien. No me duele.

No parece muy convencido, porque lo siguiente que hace es alzar la mano que tiene libre y palparse la piel. Darien supone que eso es que recuerda todo lo que ha pasado. Lo que no sabe es si se siente reconfortado o resignado al ver que no hay ni rastro de herida alguna. Quizá esperaba haber dejado de ser inmortal. A lo mejor aguarda ese momento en el que los cortes no se curen, en el que el cuerpo se le cubra de tatuajes y se sienta más unido que nunca al bosque.

—¿Y notas algo diferente?

—Me siento… cansado. —Y darse cuenta de ello debe de aliviarlo hasta el punto de que una sonrisa juega con la comisura izquierda de su boca. Alza las cejas en esa expresión irónica tan propia de él —. Quizá a partir de ahora podamos dormir juntos más a menudo.

Darien deja escapar una risa algo nerviosa y esta vez, cuando los ojos se le anegan, es por el alivio. Aunque la preocupación no llega a desaparecer, la tensión que lleva horas acumulando se deshace un poco. Está a punto de echarse a llorar cuando Caleb alza la mano libre y le roza el rostro con cuidado, como si fuera algo muy delicado. Le pasa las puntas de los dedos por el borde de los ojos, le limpia una lágrima antes incluso de que esta pueda descolgarse.

—Siento haberte preocupado.

Él tiene que contener un sollozo antes de echarse hacia delante e inclinarse sobre su boca. No está pensando cuando lo hace. Es un arrebato, una forma de demostrarle que, aunque estuviera preocupado, ahora gana la felicidad. O quizá sea un intento desesperado por sentir que todo vuelve a estar bien. No importa. Lo único que importa es que Caleb corresponde. Que enreda los dedos en su pelo, como suele hacer, y lo besa despacio, alargando los minutos, dejando que él se calme contra sus labios. Funciona. Mientras lo besa, Darien casi es capaz de olvidarse de todo lo que no sea ese gesto, de cualquier cosa que esté más allá de esa habitación.

Casi.

Al final, se separan. Al final, la realidad cae sobre él con más fuerza que nunca y lo obliga a recordar todas las conversaciones que tienen a medias, todas las preguntas que le queman en la garganta. Empieza por la más fácil:

—¿Estás seguro de que quieres darle a Eunomia a Lilith?

Caleb entorna los ojos al escucharlo. Tiene que ver sus dudas, sus miedos, pero no deja que eso le arrebate ni un poco de su decisión.

—Esa espada nunca debería haber entrado en mi cuerpo. Quizá ahora pienses que arrebatármela es un error, que al menos me mantiene a salvo, pero sabes tan bien como yo que es una trampa.

Claro que lo sabe, igual que sabe que la inmortalidad lo hace sentir miserable. Es una trampa porque se quedará solo, una y otra vez. Porque él no eligió esa vida. Pero vuelven a hablar los miedos que resurgen cuando recuerda los gritos de Caleb, las manos de Ishtar dentro de su pecho.

Daría lo que fuera por quitarse esa imagen de la cabeza.

—No viste cómo estabas. Había… Había sangre por todas partes y te curabas muy despacio y… —Odia sonar como lo hace, casi suplicante. Odia que parezca que está poniendo excusas—. ¿Qué pasa si la siguiente vez no te curas? ¿Qué pasa si es eso lo que…?

—No sabemos qué es lo que va a pasar —le recuerda el necromante con esa calma que él envidia más que nunca. No sabe cómo es capaz de mostrarse tan tranquilo después de lo que ha pasado—. Eunomia y Dysnomia funcionan de manera diferente, ¿no? Quizá sacarme la espada de Destino ni siquiera me abra una herida.

—Pero ¿y si lo hace?

—Tomaremos precauciones. Esto nos ha tomado por sorpresa, pero estamos en Arsay. Podemos buscar un necromante o un poblado cercano antes de sacar a Eunomia. ¿Eso haría que te quedaras más tranquilo?

Apenas, pero supone que no tiene muchas más alternativas. A estas alturas, solo pueden seguir adelante, sobre todo cuando Caleb está tan decidido. De todos modos, puede que todavía tarden en conseguir arrancarle la segunda espada. Primero tienen que encontrar a Lilith. Supone que el siguiente paso será ir a la Fosa de los Infieles, buscarla allí, pero quizá no la encuentren y su rastro se convierta entonces en algo difícil de seguir.

Darien suspira, sin querer seguir pensando en ello, y se inclina para apoyar la frente contra el hombro de Caleb en un gesto de pura rendición.

—Está bien —susurra a regañadientes.

El necromante enreda los dedos en sus cabellos, juega con ellos, deja caer un beso sobre su coronilla. Después de pasar parte del día entre visiones y estando tan pendiente de Caleb, después de todo el

miedo y la tensión, la manera en la que lo toca le relaja el cuerpo, le insta a cobijarse contra él.

—No te preocupes, celestial. —La voz del necromante es una caricia en su oído—. No me he olvidado de nuestra casa con jardín.

Un escalofrío le recorre la columna. Es una sensación de anticipación muy parecida a cuando Caleb toca el medallón que sigue llevando al cuello, pero esta vez no tiene nada que ver con la joya, sino con esa promesa de futuro.

No hay nada que quiera más.

Sus miradas se encuentran de nuevo cuando levanta la cabeza. El rostro de Caleb está muy cerca, tanto que solo tendría que estirarse un poco para poder alcanzar su boca de nuevo. Quiere hacerlo. Quiere que su beso vuelva a emborronar el mundo, que le haga pensar que no existe mucho más aparte de ellos. Se acerca, de hecho. Alza una mano y le roza la mejilla con la punta de los dedos mientras se inclina. Nota su respiración contra la piel.

—¿Seguro que estás bien? —susurra.

Su boca ya casi le toca cuando él responde:

—Estaré mejor cuando me beses, celestial.

Darien no puede evitar el estremecimiento que se le cuela debajo de la piel. En realidad, debería alejarse. Debería poner distancia y dejarlo descansar. El problema es que no quiere. Ahora que está despierto, que respira junto a él, contra él, lo último que desea es alejarse. Así que recorta el último suspiro que los separa y vuelve a su boca, a ese hogar en el que nada puede hacerles daño. Caleb lo está esperando. Al principio, su beso es dulce, cálido, un roce, pero se hace más real a medida que se aproximan un poco más. Los dedos de Darien se deslizan por su cuello hasta su pecho, los de

Caleb ocupan ese lugar en su cadera en el que siempre le gusta descansar. Son gestos casi inconscientes, automáticos, como si sus cuerpos supieran exactamente en qué lugar del otro encajan y no pudieran evitar buscarlo.

Ahora que están tan cerca, Darien no encuentra motivos para volver a alejarse. La piel de Caleb está al descubierto y él, de pronto, recuerda demasiado bien cómo se siente recorrerla. La única vez que lo hizo se sintió demasiado bien perdiéndose en ella. Mientras daba órdenes y Caleb obedecía y le dejaba hacer, no existió nada más. Puso su cuerpo a su disposición durante horas, pero no fueron suficientes para que Darien se cansara de tocarlo.

No cree que vaya a ser suficiente jamás.

Sus dedos se deslizan un poco más abajo. Su piel sigue siendo tan suave como aquel día. No hay ni rastro de la herida que sangraba hace unas horas, ni siquiera el recordatorio de una cicatriz, y eso lo tranquiliza tanto que lo único que quiere es olvidarse por completo de todo lo que ha pasado ese día. Quiere repasarle el pecho con los dedos y sustituir por completo el dolor con algo más agradable. Con mejores recuerdos…

Pero Caleb le detiene cuando su caricia le alcanza el estómago.

Darien despierta al notar sus dedos alrededor de la muñeca. El beso se interrumpe y ambos se observan, en un silencio tenso que tira de ellos. El celestial está a punto de abrir la boca, de pedir perdón, de avergonzarse. Pero lo cierto es que no se arrepiente demasiado y no cree que tenga nada por lo que sentir vergüenza. Quizá simplemente no puede pensar, porque el corazón le late acelerado en los oídos, en los labios, en la punta de los dedos, en todas partes. Le nubla el juicio, pero no lo suficiente como para ser

consciente de que, aunque el necromante lo ha detenido, no le aparta la mano. Sigue sintiendo su piel bajo las yemas. Está fría, como siempre, en contraste con esos ojos que parecen a punto de derretirse. Caleb está intentando controlar la respiración y su expresión es contenida, pero Darien lo conoce lo suficiente como para saber que ese no es su aspecto calmado de siempre.

—Deberíamos…

Parar. Caleb no completa la frase, pero está claro que se refiere a eso. Aunque la puerta del cuarto está cerrada, quizá piense que Derek e Ishtar están cerca. No lo están. Hace no tanto que le dijeron que irían a buscar algo de cenar. Con suerte, todavía tardarán un poco en volver.

—Sí —admite la parte más racional de Darien—. Deberíamos.

Pero él tampoco pronuncia la palabra «parar» y ya ni siquiera sabe a qué se refiere. Solo sabe que nota los músculos del estómago de Caleb bajo los dedos y están tensos y quiere seguir bajando. Puede que su cabeza y su boca consideren que es una mala idea, pero su mano desciende hasta el trozo de piel que hay por debajo del ombligo. Caleb respira hondo y le aprieta un poco más la muñeca, pero no lo aparta. Podría hacerlo, tiene fuerza más que suficiente para alejarlo si quisiera. Pero quizá no quiera. Eso es lo que le dice su otra mano, la que todavía le toca la cadera y lo aferra como si quisiera retarlo a separarse. Quizá, en el fondo, quiera lo mismo que él. El olvido. La perdición.

Darien traga saliva.

Su caricia baja un poco más.

Y Caleb decide abandonar por completo el control.

La manera en la que se lanza a por su boca entonces le recuerda a su primer beso, furioso, impaciente, desenfrenado. Fue algo caótico, igual que ahora, cuando la lengua del necromante se cuela en su boca al tiempo que sus dedos se cuelan por debajo de la cinturilla de su pantalón.

La primera vez que pasaron la noche juntos, la primera vez que se desnudaron delante del otro, fue lenta. Ambos eran conscientes de que tenían todo el tiempo del mundo, una noche entera por delante, así que no se apresuraron y se entretuvieron en las reacciones del otro, en los descubrimientos, en las peticiones a media voz. Darien llegó a soñar incluso con que tendrían muchas más, con que se aprenderían los ángulos y curvas del otro, con que no necesitaban el Amuleto para detener el tiempo y fingir que estaban solo ellos en el mundo.

Ese día, sin embargo, mientras el sol los deja solos en la habitación y las sombras caen sobre ellos, Darien no puede dejar de oír el tictac de un reloj haciéndose eco por todo el cuarto, cada vez más y más rápido, más y más rápido, más y más rápido. El sonido se le cuela bajo la piel, le acelera el corazón. Le arde en el pecho, en las manos, en los besos que se vuelven descuidados, puntuados por jadeos, por palabras entrecortadas que no llegan a ser capaces de pronunciar.

Se les acaba el tiempo.

Y lo único que pueden hacer es aprovecharlo sin preguntarse si el próximo beso desesperado, la próxima caricia, el próximo suspiro, serán los últimos.

IX
EL IMPERIO DEL TIEMPO

ASTREY

La carta de Ammarah de Daiva es ridícula.

La ha recibido esa misma mañana de manos de una emisaria celestial que lo observó como si tuviera que contener las ganas de exorcizarlo, pero no sabía qué esperar de su contenido. Esperaba dejar a los celestiales para cuando se encargase de sus territorios, pero que su reina haya decidido hacer el primer movimiento le ahorra trabajo y preocupaciones. Sobre todo cuando su mensaje es tan obvio. En las palabras de la soberana del Sacro Reino se percibe el miedo que le tienen (no sabe si al Imperio o simplemente al objeto que le cuelga del cuello), pero al menos tiene que admitirle la osadía de intentar poner sus propias condiciones cuando debe de ser consciente de quién tiene la victoria asegurada en caso de que se enfrenten. La tenían en la época en la que el Inmortal reinaba y la siguen teniendo ahora. Todo lo que pueden hacer los celestiales es ocultarse detrás de su muralla sagrada o intentar avanzar para que esta siga creciendo, pero las tropas se han mantenido quietas y Astrey suponía que era porque entendían las posibles consecuencias de atacar.

El Amuleto está en sus manos.

Y que no vaya a usarlo de cualquier manera no significa que no pueda emplearlo para proteger sus territorios si lo obligan a ello.

«Un buen emperador no solo responde a los ataques: se adelanta a ellos. Si aplastamos a los celestiales, Evren volverá a estar en paz por primera vez en un milenio. ¿No es ese el mundo que deseas?».

Su demonio no deja de molestarlo mientras vuelve a releer la carta, aunque intenta aislarse de su voz. Ammarah de Daiva no da la impresión de querer atacar, sino acabar con el conflicto que ella misma ha iniciado con su mal llamada «Purificación», pero aceptar sus propuestas significaría ignorar los crímenes que han cometido en los últimos tiempos. Los pueblos arrasados, las conversiones forzadas. Que parte de su ejército quedara sepultado en las montañas no es suficiente castigo para pagar todas las vidas que el Sacro Reino ha condenado en nombre de su dios.

Y Astrey está convencido de que la única voz a la que quiere escuchar va a estar de acuerdo con él. Así pues, aunque tiene un par de ideas para responder a esa misiva, al final la vuelve a enrollar y se dirige hacia la puerta del despacho. Dos golpes en su lado de la puerta son suficientes para que alguien fuera de la habitación le permita salir…

… o entrar, porque cuando el Portador abre, se encuentra ante él el desorden tranquilo de la biblioteca. Es obvio que esa se ha convertido en la habitación favorita de Elira dentro de palacio. Tras devolver la novela de la infancia de Astrey a las estanterías, ha decidido empezar con otras lecturas. Hay libros allí que ni siquiera están en la biblioteca de Ilan, libros que el anterior emperador reclamó a la universidad para adornar esos estantes. Tratados sobre el Amuleto del Tiempo, sobre historia antigua. Algunos se robaron

de los reinos que fue conquistando, relegados a ser trofeos de sus hazañas; otros, los menos, fueron regalos para ganarse su favor. Todos, sin excepción, deben de haber pasado ya por las garras de la princesa de Orlaith, y ha sido ella, de hecho, quien ha sugerido que sean devueltos a sus lugares de origen por medio de los cancilleres que pronto visitarán palacio.

Elira está incluso más nerviosa que él al respecto. Quizá por eso se ha puesto a leer de manera compulsiva, en un pobre intento de pensar en otra cosa. Ahora algunos de los libros por los que ha pasado están por todas partes, en el suelo, en las distintas mesas o en los sillones.

—¿Tienes un momento para mí, mi emperatriz?

La bruja está sentada en uno de los asientos, encogida sobre sí misma, pero alza la vista del tomo con el que estaba y enarca las cejas. Está preciosa. Siempre se lo ha parecido, pero en los últimos días a veces le resulta difícil apartar la vista de ella. O quizá es que ya no siente que tenga que apartar la mirada. Ya no tiene nada que esconder, ni sobre sí mismo ni sobre lo que siente por ella.

—Depende de para qué.

—Para darme tu visión sobre un asunto. —Astrey le dedica una de sus sonrisas mientras levanta la carta que lleva en la mano—. Me vendría muy bien una gran mente política.

Sabe que suena como un adulador, pero funciona, porque Elira entorna los ojos, intrigada, y cierra el libro que tiene entre las garras. El brujo se acerca y se inclina sobre ella, aunque no suelta el mensaje cuando ella intenta cogerlo. Su estrategia para conseguir un beso no funciona, sin embargo. Ella lo engaña cuando se acerca como si fuera a concederle una caricia de su boca y aprovecha que

él baja la guardia para apartarse y robarle la misiva. Al instante siguiente está en pie, paseando por el cuarto mientras la abre.

—¡Eso ha sido trampa! —protesta el brujo.

Elira esconde una sonrisa tras el papel.

—No eres el único que sabe tenderlas, serpiente.

Astrey resopla, pero los labios le tironean mientras se apoya en el reposabrazos del sillón y la sigue con la mirada, sin interrumpirla. Sabe que no tiene sentido hablarle mientras está absorta leyendo, así que espera mientras gira uno de sus anillos. Su mano elige, casi sin darse cuenta, la joya de las piedras rojas, esa que ahora le adorna el dedo anular. Elira la puso ahí en cuanto salió del cuarto de Linette la noche en la que esta volvió a morir. Tenía el rostro serio y la marca de una lágrima traicionera todavía cruzándole la mejilla, pero no dijo nada y Astrey tampoco preguntó. No quiso saber los detalles, así que solo dejó que deslizase ese anillo sobre su dedo y que después cubriera su pena con un beso y con las caricias desesperadas que vinieron después.

No han vuelto a hablar de ello.

Con la primera luz del alba, Astrey decidió meter ese recuerdo en el baúl de su mente, junto con todo lo que le duele. Todo lo que no quiere ver. No ha funcionado igual de bien que otras veces, pero ha adormecido el dolor, la frustración y la sensación de fracaso. Lo justo para poder volver a respirar. Lo justo como para que sus pensamientos no se centren todo el tiempo en su madre, en el hecho de que su propio tiempo no fue suficiente para devolverla a la normalidad, pese a haber pagado con ese mechón blanco que ahora se trenza todas las mañanas para apartárselo del rostro. Podría teñírselo, cortárselo, pero quiere que se quede ahí, que le recuerde

lo que no pudo hacer, del tiempo que ahora le falta y corre en su contra, de que es más difícil manipular el Amuleto que a la gente.

Lo odia, sobre todo porque a veces se siente tentado de volver atrás e intentarlo de nuevo. Lo único que se lo impide es ella. Elira. El presente que tiene sentido porque está a su lado, porque ha aceptado gobernar con él, porque ella siempre mira al futuro independientemente de lo mucho que le pese el pasado.

—No me lo puedo creer.

Su voz lo devuelve a ese instante y Astrey deja las manos quietas en el mismo momento en que ella se gira hacia él, ondeando la carta como una bandera. Cualquier rastro de diversión ha desaparecido del rostro de su prometida y ha sido sustituido por la indignación. Puede entender por qué.

—¿Qué no te crees? ¿Que quieran la paz o que se atrevan a ponernos exigencias?

—Que la mujer que ha escrito estas líneas piense que puede parecer inocente y pacificadora cuando ha exiliado a su propia gente, ha matado y ha obligado a convertirse a su fe a todos los pueblos libres que rodeaban sus murallas —replica ella—. Estoy segura de que, si la dejaran, si pudiera controlar a su dios, ya habría conquistado Orlaith y avanzaría hacia aquí. No es mejor que un Inmortal. No es mejor que aquello que dice querer evitar. Y tampoco puedo creer que piense que sus actos pueden quedar impunes.

El espíritu ha entrado en ese cuarto con la esperanza de encontrar una voz que le lleve la contraria a las que suenan en su cabeza, pero de pronto no está tan seguro de poder encontrarla.

—Daba por hecho que ibas a ser más… comedida, no que me instarías a mandarles de vuelta las cenizas de su carta y de su

mensajera.

—Tampoco he dicho eso. Acabas de llegar al poder: no quieres que tu primer gran plan sea enfrentarte a un pueblo que se esconde detrás de una muralla que ni tú ni tus soldados pueden traspasar. —Elira reanuda su camino por la sala mientras habla—. Pero la propia reina dice que tú no eres Iraides, que no eres culpable de sus delitos, mientras que ella no puede decir lo mismo. Todo lo que ha hecho Daiva en los últimos tiempos es culpa suya. ¿Quiere un nuevo orden? ¿Paz? Entonces quizá deberías decirle que, para conseguirla, el Sacro Reino debería seguir el ejemplo de Odelia y empezar de cero.

Astrey enarca las cejas.

—¿Me estás diciendo…? ¿Qué? ¿Que le diga a Ammarah de Daiva que abdique y ponga a otra persona en su lugar? Por muy aterrados que estén los celestiales, no creo que vayan a aceptar eso.

—¿Por qué?

—Porque en esa carta dice que es la única de su familia que queda viva. El trono es su destino y no tiene a nadie a quien nombrar. No…

—Ese no es nuestro problema. —La voz de Elira no es brusca, aunque habla cada vez más rápido, igual que camina más rápido y hace más aspavientos. Está pensando en todo lo que podría pasar, en las consecuencias, en los daños principales y colaterales, y toda ella se acelera para seguir el ritmo de su cabeza—. ¿No estás rompiendo con las tradiciones de Odelia, Astrey? ¿No estás intentando crear un nuevo mundo? Pues exígele a Daiva que haga lo mismo. Su sistema de gobierno ha sido el mismo desde la fundación del reino y ahora se ha quedado obsoleto. Que elija un sucesor que

no tenga la sangre de Aiva. Que demuestre que realmente está dispuesta a cambiar. Después de lo que ha hecho, ya le estamos haciendo un favor al exigir un cambio en vez ir directamente a por su cabeza.

El emperador sigue a su prometida con la mirada, tratando de continuar su hilo de pensamiento. Todo lo que dice es justo, como cabría esperar de ella. Y, al mismo tiempo, se pregunta si no podría ser un problema. Los celestiales han demostrado ser bastante imprevisibles, sobre todo cuando su dios se mete por el medio con visiones y profecías. Y se han declarado guerras civiles por cosas más insignificantes que un sucesor…

Aunque no es eso lo que más le preocupa.

—¿Y qué hay de las murallas? En la carta dicen que, si les devolvemos a la santa y aceptamos la paz, ellos detendrán el avance de las murallas. Dejando al margen que ya no tenemos a su santa y por lo tanto no podemos usarla para negociar, me pregunto hasta qué punto tienen ese poder. Y siguiendo tus argumentos, ya que yo estoy deshaciendo la conquista que mi padre hizo sobre Evren, ¿no deberían hacer ellos lo mismo?

Su prometida frunce un poco el ceño, confusa.

—¿Quieres exigirles que las murallas retrocedan hasta donde estaban antes? Es justo, pero no sé si serán capaces de…

—Quiero que las murallas caigan.

La declaración deja un silencio incómodo tras de sí. Esa muralla lleva ahí mil años y para los celestiales es uno de sus símbolos más importantes. El Sacro Reino jamás hubiera existido sin ella. Pero, después de lo que ha ocurrido, no pueden seguir arriesgándose a que continúe extendiéndose bajo los deseos del próximo soberano

egoísta o el capricho de cualquier dios. Si los celestiales quieren paz, que se ocupen de ella. Que la derriben piedra por piedra si hace falta. Ya no hay ninguna Aiva que tenga que esconderse detrás de los muros para escudarse de Saenal. Y siempre ha habido misioneros en Odelia, predicando sobre Destino a todo el que quiera pararse a escucharlos. Entonces ¿por qué los brujos no pueden entrar en el Sacro Reino? ¿Por qué deberían conformarse con ver su capital desde lejos?

Si los celestiales quieren formar parte del nuevo mundo que está creando, tendrán que recibir a los brujos y necromantes con los brazos abiertos.

Elira comprende su razonamiento sin necesidad de más explicaciones. Cruza los brazos y cabecea, pensativa.

—Es probable que te respondan que eso no depende de ellos. Lo más seguro es que se aferren a que Destino creó esos muros hace mil años.

—Ese no es nuestro problema. —Astrey paladea las mismas palabras que ha empleado ella hace solo unos minutos—. Que no hubieran hablado de las murallas como si tuvieran algún control sobre ellas. Que no finjan que tienen un poder que no tienen solo para asustarnos. Al final, la realidad es que un pequeño destacamento de Los Elires fue suficiente para pararles los pies en las montañas, ¿no? Ahora tenemos a toda la Guardia Imperial a nuestra disposición.

Y al Amuleto del Tiempo. Aunque eso no lo dice en voz alta.

Elira lo observa, pensativa. Ella misma tiene que estar de acuerdo en que los celestiales, al final, son bastante inofensivos. A menos que su dios decida enviar un ejército de celestes para allanarles el

camino, sus tropas están hechas solo de carne humana, y ni siquiera las bendiciones divinas pudieron salvarlos de un ataque bien orquestado. Tal y como él lo ve, en este momento tienen que echarle un pulso a la reina de Daiva.

Y ella ni siquiera tiene tanta fuerza.

Así que Elira asiente y vuelve a acercarse. Cuando se para delante del espíritu, él extiende los brazos para rodearle la cintura y ella se lo permite, aunque mantiene esa expresión aparentemente desinteresada que no se corresponde con el leve paso que da hacia delante o con la manera distraída en la que le aparta un par de mechones de la cara.

—La idea no les va a gustar —le advierte.

—Quizá. Pero el mundo que queremos crear no necesita murallas, ¿verdad? No tiene sentido ponérselas. Hubo un tiempo en el que no existieron y todo era mejor.

Elira no responde de inmediato. Sus dedos se detienen en la trenza blanca, siguiendo su contorno con las uñas.

—En realidad, no sabemos si todo era mejor, solo sabemos que era diferente. —Astrey abre la boca para protestar, pero ella continúa —: Pero tienes razón. No necesitamos un mundo con murallas imposibles de traspasar. Ya tenemos una historia que nos ha mantenido enfrentados durante muchos años: no necesitamos nada que nos separe más.

El Portador extiende una sonrisa y asiente. Por fin, esto es lo que tenía que pasar. Es justo lo que quería, lo que lleva toda una vida deseando. Poder para cambiar el mundo, para moldearlo a su antojo, para mejorarlo, y alguien a su lado para ayudarlo a decidir la forma que tiene que tener.

Está seguro de que pueden convencer a los celestiales.
La pregunta es si será por las buenas o por las malas.

AMMARAH

—¡Esas peticiones son un insulto!

Rhea se levanta y estalla con esa exclamación de indignación en cuanto Ammarah lee el final del mensaje de Astrey Brynsen, el nuevo emperador de Odelia. Por primera vez en mucho tiempo, la reina de Daiva está de acuerdo con ella, aunque no lo dice. Tiene un sabor agrio en la boca, como si cada palabra hubiera estado envenenada y le hubiera dejado un rastro rancio en la lengua. Con un cuidado controlado, hecho para que nadie pueda ver que le tiemblan las manos, la soberana del Sacro Reino vuelve a doblar la carta y la deja sobre la mesa. Siente los dedos agarrotados de sujetarla con demasiada fuerza mientras la leía.

Cuando la ha recibido, en medio de la cena, se ha apresurado a dejar la mesa y mandar llamar a sus consejeros. Ahora se arrepiente de no haber retrasado más la reunión: habría necesitado más tiempo para darle vueltas a esas ideas, para saber cuál es el siguiente paso. El par de lecturas de la misiva que ha hecho antes de que los Ojos se presentasen ante ella no le parecen suficientes.

Noah, la única otra persona que hay en el despacho de la reina aparte de Rhea y ella, guarda silencio, con los labios apretados.

Ammarah está segura de que él, como ella, tenía alguna esperanza de encontrar paz entre esas líneas, de ver el final de la enemistad entre celestiales y brujos, pero está claro que el sueño acaba de romperse. Puede ver los trozos sobre el suelo, de un cristal tan afilado que se alegra de que Elijah no esté allí. Sabe que no dudaría en recoger uno y abrirle la piel para meterle dentro la idea de atacar Damira y sembrar el mismo caos que deberían querer evitar. Pero, al parecer, el comandante lleva unos días enfermo, encamado, y la reina está dispuesta a considerar eso como una pequeña bendición de Destino.

Aunque en su lugar, por supuesto, está la Suma Celestial:

—Os dije que no podíamos dar espacio a la réplica, majestad. Ahora creen que tienen poder sobre nosotros. Pensarán que tenemos miedo del Amuleto, que vamos a ceder ante cualquier propuesta. —Rhea apoya las manos sobre el escritorio y se inclina hacia Ammarah—. Por suerte para nosotros, tenemos el plan del Ojo de la Muralla. Pongámoslo en práctica. No se lo esperan y les enseñaremos que no estamos indefensos. Si nos damos prisa…

—No. —Puede que la reina todavía esté digiriendo las palabras del emperador, pero no está tan desesperada como para mandar a sus tropas a una muerte segura—. El plan de ser Elijah es demasiado arriesgado. Tenemos que actuar con cuidado. Puede que sus condiciones no sean lo que esperábamos, pero…

La expresión de Rhea le deja claro que lo único que ve en ella es debilidad.

—¿Y qué haréis entonces? ¿Ceder a sus caprichos? ¿Me ordenaréis rezarle a Destino hasta que caigan las murallas y los brujos puedan

atacarnos? ¿Elegiréis a un heredero ajeno a la sangre de Santa Aiva para que os reemplace?

Frustrada, Ammarah aprieta los labios, porque es consciente de lo ridícula que sonaría si dijera que sí. La Suma Celestial la miraría con más asco todavía si supiera que, tras leer la carta por primera vez, se planteó aceptar. Llegó a pensar lo cómodo que sería dejarlo todo en manos de otra persona, desentenderse del trono, marcharse del palacio sin mirar atrás. Irse incluso de Daiva, a cualquier otro lugar en el que nadie supiera quién es. No han sido pocas las veces en las que ha pensado lo pesada que es la corona, que ella nunca la ha pedido, que no debería haberla recibido siendo tan joven.

Pero, si aceptase, quizá lo hiciera más por sí misma que por el reino.

—No podemos concederles lo que piden —acepta—, pero eso no significa que las negociaciones hayan terminado. Les daremos una muestra de buena voluntad y responderemos a su carta con una contrapropuesta. Las murallas no pueden caer, ni siquiera creo que podamos hacer que retrocedan, pero quizá podamos convencerles de que no somos una amenaza, de que podemos desarrollar una relación cordial. Retiraremos las tropas que queden fuera de las murallas. Que todos los soldados vuelvan a sus hogares. Dejaremos atrás solo pequeños destacamentos designados para mantener la paz en los pueblos anexionados más recientemente.

Es consciente de que eso es todo lo que puede forzar por el momento. Esos territorios pertenecen ahora a los celestiales y la gente no se tomará bien todas las bajas que ha habido solo para abandonar esos lugares de nuevo. Probablemente haya quejas de la Guardia Celestial de todas maneras, pero también habrá gente que

se alegre de las familias que van a poder reunirse o que se sentirá aliviada de no tener que seguir rezando por la salud de los suyos.

—¿Estáis segura, majestad? —Noah no parece estar en contra, solo sorprendido—. Es una gran muestra de buena voluntad, pero una vez se tome la decisión, no habrá vuelta atrás.

—La decisión ya está tomada —replica Ammarah, ignorando la forma en que Rhea niega con la cabeza—. Os recuerdo que Destino me envió una visión de paz. Y él nos pone a prueba, pero nunca más de lo que podemos soportar, ¿verdad, Suma Celestial? Quiere ver si podemos seguir su camino. Las dificultades solo le darán más valor al resultado.

Noah cabecea, pensativo.

—Entonces quizá también podríamos volver a abrir las murallas —señala—. No es lo mismo que hacerlas caer y los brujos seguirán sin poder entrar, pero será una muestra de que los tiempos de terror han acabado.

Ammarah aprieta los labios. Quiere hacerlo, porque cerrarlas en primer lugar y expulsar a su gente fue un error. Quisiera volver atrás, retirar las órdenes que dio, pero nada de lo que haga va a reparar el daño. Ahora lo sabe, como también sabe que mucha gente se enfadará con ella si se retracta de todo lo que dijo, del mismo modo que hay muchas personas que opinan que el reino debería ser solo para quienes han demostrado su fe en los últimos tiempos. Si vuelve a abrir las murallas, es posible que muchas de esas personas se vuelvan contra ella, que la consideren un fraude, solo una muchacha maleable que toma decisiones porque otros se las dictan. Si no lo hace, serán otros los que continúen sufriendo y

ella seguirá siendo la joven irresponsable que nunca hace lo correcto.

—Abrir la muralla está fuera de toda cuestión —responde Rhea por ella—. Lleva cerrada semanas y, aun así, una necromante consiguió engañarnos a todos y asesinar a dos miembros de la familia real. La reina ha estado en peligro ¿y ahora queréis ponérselo más fácil a nuestros enemigos?

—El emperador de Odelia no es nuestro enemigo, Suma Celestial —replica la reina—. La necromante seguía órdenes de Iraides, no del actual emperador, y después actuó por mandato de su diosa. Y ni siquiera las decenas de sirvientes y guardias del Templo con los que me habéis rodeado van a poder detener a Muerte si ella misma viene a por mí. Las murallas, desde luego, no la detuvieron.

Rhea hace una mueca. Sigue en pie, apoyada sobre el escritorio, y Ammarah empieza a preguntarse si se niega a sentarse por el simple gusto de mirarla desde arriba.

—¿Y por eso la tentáis, para que le cueste menos encontraros y acabe con vos? Parece que sea eso lo que estáis haciendo cada vez que le pedís a vuestros guardias que no os sigan cuando vais a ver a la prisionera. Como si no le temierais a nada.

Noah se vuelve hacia ella, casi incrédulo, y Ammarah se esfuerza por mantener una expresión impertérrita, aunque de pronto se siente expuesta. Como una niña a la que un adulto ha descubierto haciendo algo que no debería. Sabe que tiene una excusa en los labios, está a punto de pronunciarla, pero al final se detiene. No necesita dar explicaciones. Es la reina, esa mujer está por debajo de ella. No es ni su madre ni su maestra y ella no ha hecho nada malo.

—No es que no le tema a nada, pero no le temo a una prisionera encadenada, débil y desarmada.

—¿Entonces por qué vais a verla? ¿Por pena?

—Por justicia, Suma Celestial. Porque, si tengo que decidir su destino, no quiero arrepentirme cuando ya no haya vuelta atrás.

Ammarah ha llegado a pensar que las mentiras la pueden hacer poderosa, porque así se sintió cuando dijo que Destino le había enviado una visión. Cuando pronuncia esa, sin embargo, no siente ningún tipo de satisfacción. Está convencida de que pueden ver a través de ella, de que se van a dar cuenta de que no hay nada justo en bajar a la mazmorra todas las noches y hablar con Dyne. Aunque tampoco está segura de por qué lo hace. Quizá por soledad. Quizá para que alguien le recuerde su nombre, para asegurarse de que la criatura más miserable en toda la ciudad no es ella, sino esa mujer. Quizá solo es porque la prisionera no tiene ninguna razón para mentirle, porque nunca se calla lo que piensa, porque ahora que es solo ella misma (una necromante que no le debe nada, ni pleitesía ni cordialidad) no tiene ningún problema en hablarle de frente.

O a lo mejor es porque prefiere aguardar a que amanezca en esa celda que en su habitación, donde todo le recuerda que últimamente el título, la corona y todas las decisiones que toma le quedan demasiado grandes.

—¿Ya habéis decidido entonces? —insiste Rhea—. Cada día que vive es un día en el que demostráis que atentar contra vos no tiene consecuencias, majestad.

—La Suma Celestial tiene razón. —Noah se muestra incómodo al pronunciar esas palabras—. Sé que no es una decisión fácil, pero vos misma habéis dicho que la necromante servía a la antigua

emperatriz: estuvo en el ataque a la basílica y alguien tiene que pagar por ello. Puede que el poder del Amuleto echase abajo el edificio, pero fueron ella y su grupo quienes interrumpieron la ceremonia. Su muerte podría ser una compensación por los fallecidos y heridos de aquel día, una señal de que las artimañas de la emperatriz han terminado. Le habéis dicho al emperador que creéis en los nuevos comienzos, en que podría tenderse un puente entre nuestras naciones, así que demostrádselo al pueblo también: que puedan deshacerse de los miedos. Que la necromante se convierta en un símbolo del final del terror y del comienzo de una época de confianza y paz.

Ammarah traga saliva. Entiende lo que el Ojo del Pueblo quiere decir: una sola muerte podría apaciguar a la gente. Una sola muerte podría devolver un poco de tranquilidad a los corazones de los ciudadanos. Una sola muerte podría evitar enfados cuando ella devuelva a las tropas a casa o cuando abran las murallas de nuevo.

Suena a que una sola muerte también podría compensar todas las que ella ha provocado.

—Me estáis pidiendo que ordene una ejecución pública.

No sabe cuánto tiempo ha pasado desde la última. Por lo general, a los criminales se los ajusticia en las mazmorras. Después, los cuerpos se cargan en un carro y se sacan de la ciudad en medio de la noche, rumbo a la Fosa de los Infieles. Ammarah jamás ha visto hacer un espectáculo de la muerte en todos sus años de vida y… No. Sí lo ha visto. Eso fue lo que crearon cuando las tropas marcharon ante los ojos de todo el mundo para purificar los territorios más allá de Daiva.

Ella lo ha empezado todo.

—Una ejecución pública servirá para que la gente recuerde que el enemigo siempre tuvo rostro y nombre —señala Noah—. Los ciudadanos no tendrán que seguir buscando sospechosos entre ellos, señalando a sus vecinos o familiares: ella es todo lo que estaban buscando. La asesina de vuestros tíos y una de las culpables de que vuestra boda se arruinase. Junto a la emperatriz, ya fallecida, una de las responsables directas de que os vierais obligada a tomar las decisiones que habéis tomado últimamente.

La reina baja la vista a sus manos, entrelazadas sobre el blanco impoluto de su falda. Una parte de ella querría señalar que su boda no se arruinó solo por esa mujer, que no fue ella quien la traicionó, quien decidió que su destino era otra persona.

Sin embargo, en lugar de decir eso, responde:

—Está bien. La necromante morirá. Se leerán sus crímenes y se ajusticiará ante todo el pueblo.

—¿Cuándo?

La Suma Celestial le recuerda a un buitre deseoso de lanzarse sobre el cadáver de Dyne antes incluso de que deje de respirar. Tal vez ya esté pensando en lo que va a decir, en cómo azuzará a la Hermandad Celestial contra ella y, por extensión, contra todos los necromantes.

—Durante la inauguración de la basílica, dentro de diez días. —El corpiño del vestido le aprieta de pronto, le impide respirar, pero continúa hablando aunque siente que se ahoga—. Que su muerte sea en honor a todos los que perdieron algo en el ataque. En honor a mi padre, también. Para cerrar la etapa que empezó aquel día.

La sangre de Dyne a cambio de la sangre de su pueblo.

Bautizarán las nuevas escaleras con la vida que se escape de su cuerpo.

Y, como si ellos mismos se hubieran convertido en necromantes, festejarán la muerte dentro de las murallas disfrazándola de justicia.

DYNE

Hace ya doce días que dejaron de torturarla y Dyne lo sabe por las siete madrugadas en las que Ammarah de Daiva ha ido a visitarla.

Al principio pensó que lo hacía porque quería asegurarse de que nadie volvía a contradecir sus órdenes, pero a partir del tercer encuentro llegó a la conclusión de que esa era solo una de las razones. Ammarah va a verla por culpa de la misma soledad que la ha llevado a dejarse aconsejar por la Suma Celestial, la misma soledad que la instó a pedirle matrimonio a Lilith Rheiz, la misma soledad que la empujó a esas botellas con las que fuerza sueños premonitorios. Sus visitas a la celda son un acto desesperado más, otra búsqueda de consuelo o quizá un método de evasión. Puede que sean todas esas cosas a la vez. Dyne está convencida de que Ammarah de Daiva la detesta, de que la perdona tan poco por sus crímenes como ella disculpa los suyos, pero también que su presencia adormece parte del dolor que lleva dentro.

Lo sabe porque se siente igual. Los únicos minutos en los que esa celda no resulta tan horrible es cuando la reina entra en ella, justo como hace ahora, y la observa con esa expresión severa que pone siempre.

—¿Otra noche sin poder dormir, majestad?

A veces le da el gusto de llamarla así, pero la reina ya ha tenido que darse cuenta de que el título nunca está cargado del respeto que debería. Por eso siempre frunce el ceño cuando la escucha.

—Hoy ni siquiera es de noche todavía.

—¿No? Vaya, eso es una novedad. —Dyne tuerce la sonrisa—. Entonces ¿no podías esperar a verme? Ten cuidado o voy a empezar a pensar que te gusto.

La reina abre mucho los ojos ante el atrevimiento. Su reacción es tan visceral, a medio camino entre el horror y la vergüenza, que Dyne siente ganas de reírse. En los últimos días, ahora que por fin no tiene que fingir ser otra persona, ha concluido que, en otras circunstancias, esa mujer habría sido exactamente su tipo. La clase de chica transparente a la que le gustaría provocar solo para ver qué hace a continuación, qué cara pone, qué responde.

Por desgracia, las circunstancias son las que son y no hay ningún mundo en el que esa mujer y ella estén destinadas a nada más que a ser enemigas. Da igual si se entienden. Da igual incluso si se ayudan a su manera. Están destinadas a matarse, aunque todavía no sabe quién de las dos va a ganar en esa apuesta. Debería ser la reina, pero todavía no ha atentado contra su vida de ninguna manera, no ha decidido ninguna condena. Aunque debería mandar acabar con ella cuanto antes, sigue regalándole tiempo e incluso ha exigido que le cosan las heridas. Eso solo ha mejorado un poco su situación, porque sigue sintiéndose débil, pero ya es mucho más de lo que debería haber hecho por ella.

Por la cara que pone ahora la soberana, puede que se arrepienta de eso último.

—Vuelve a repetir algo tan desagradable y ordenaré que te corten la lengua.

—Perdón, perdón. —Dyne se encoge de hombros—. Ya sé que te gustan más las rubias.

La reina se tensa, avergonzada, pero alza la barbilla.

—No, me gustan honestas. Dado que tú eres una persona capaz de fingir ser otra durante semanas, es obvio que no entiendes lo que eso significa.

Dyne se traga otra sonrisa.

—¿No crees que no eres la persona más indicada para dar lecciones sobre honestidad?

—¿De qué estás hablando?

—Lo sabes perfectamente. Tú también mientes, Ammarah. A otros, pero sobre todo a ti misma.

No tiene sentido que intente negarlo, las dos lo saben, por eso aprieta las manos contra la falda de su vestido.

—Odio cuando haces eso.

—¿El qué?

—Hablar como si me conocieras.

—Pero es que te conozco. —Dyne alza las cejas. Pensaba que al menos eso ya lo habían aceptado las dos—. No solo porque tengo los recuerdos de tu doncella, que te vio crecer, sino porque te he estado observando. He visto lo que te duele y las esperanzas que no le enseñas a nadie más. He hablado contigo mil veces, en el jardín y en tu cuarto, y no siempre estaba mintiendo. De hecho, lo más probable es que ahora mismo yo sea la persona que más te conoce en este palacio. ¿Y sabes qué? Creo que por eso vienes a verme.

Ammarah hace un mohín de disgusto que no hace más que darle la razón. Una vez más, aunque no debería, Dyne siente un pinchazo de lástima por ella. Tiene que estar muy perdida, cada día más, sobre todo ahora que ya ni siquiera cree tanto en la Suma Celestial como antes. Se ha vuelto demasiado consciente de sus manipulaciones y eso es bueno, pero también debe de hacerle sentir abandonada. Es muy triste que lo único que le quede, lo único en lo que puede confiar al menos un poco, sea… ella. Una asesina. Una persona que, si tuviera libertad de movimiento, la mataría y huiría sin mirar atrás.

Aunque cuando tenía libertad de movimiento no le resultó fácil acabar con ella y no cree que después de los últimos días se haya convertido en una tarea más sencilla.

No le apetece pensar en ello. Pensar en lo que tiene que hacer también es pensar en Derek y en los demás, en la falta de noticias. Aunque Dyne querría escribirles, Ammarah no es tan inconsciente como para permitirle ponerse en contacto con ellos. Lo ha intentado, por supuesto. Hace dos días apeló a su piedad diciendo que quería mandar un único mensaje a su gente para despedirse, pero la reina sabe tan bien como ella que, si sus amigos se enteran de lo que ha pasado, tratarán de salvarla. De hecho, lo más probable es que ya se hayan dado cuenta de que algo va mal.

Eso considerando que sigan todos vivos y a salvo.

Ammarah está a punto de responder cuando Dyne la interrumpe:

—¿Por qué no jugamos a algo?

La reina parece incrédula. Cierra la boca y mira a ambos lados, como si pensara que alguien la está espiando por un hueco en las

paredes o como si temiese que ese fuera el principio de una trampa que no es capaz de ver.

—No somos niñas.

—Claro que no. ¿Por qué lo dices? ¿No juegas a nada desde que eras niña? Qué triste, ¿no?

Ammarah entrecierra los ojos, molesta.

—Las princesas no suelen tener demasiado tiempo para jugar. Y las reinas, menos.

—Pero no tienes nada mejor que hacer mientras estás en esta celda, ¿verdad?

Su acompañante aprieta los labios. Le da vueltas al sello real que lleva en el meñique y la observa como si sus palabras fueran una amenaza.

—¿En qué clase de juego estás pensando?

Dyne tiene que contener otra sonrisa. A pesar de que su voz suena seca, desinteresada y casi orgullosa, ve su curiosidad por todas partes, desperdigada por el calabozo. La necromante echa la cabeza hacia atrás y la apoya contra la piedra.

—Tiene que ver con la honestidad, precisamente. Cada día que vengas a verme, tienes que contarme tres cosas, las que tú quieras. Dos serán mentira y una será verdad. A cambio, yo también te ofreceré tres cosas sobre mí. Dos mentiras, una verdad. El juego será adivinar qué es cierto y qué no.

—No me parece muy justo. Tú has visto más de mí de lo que yo he visto de ti.

—Entonces tendrás que buscar mentiras y verdades que todavía no conozca. A no ser, claro, que no las haya. En ese caso,

tendríamos que llegar a la terrible conclusión de que ya lo sé todo de ti.

Y es demasiado orgullosa como para admitir nada semejante, quizá por eso cruza los brazos y alza la barbilla.

—Empiezas tú.

Esta vez Dyne no puede evitar que se le escape la risa. Tiene la garganta tan seca, después de horas y horas sin beber, que se le termina convirtiendo en una tos. Ammarah hace un mohín cuando la oye y mira a su alrededor en busca de algo de agua, pero no encuentra. Solo le sirven comida y bebida una vez al día y nunca sobra.

La necromante carraspea antes de echarse hacia atrás y clavar los ojos en los de la reina. Con calma. Para que pueda ver lo bien que se le da mentir.

—Odio las tormentas. Me resultan aterradoras desde que soy pequeña.

Ammarah entorna los ojos, analiza su expresión en busca de cambios, de un parpadeo traicionero o de un gesto que la destape, pero no encuentra nada, del mismo modo que tampoco pudo encontrar nada durante todos los días que pasó a su lado.

—Mentira.

Dyne sonríe un poco más, pero no dice nada al respecto.

—Solo tenía doce años la primera vez que maté a alguien.

La reina se tensa. A veces parece que se olvida de que eso es a lo que se dedica, que tiene las manos manchadas de sangre y que, de hecho, es el tipo de necromante con el que más cuidado hay que tener. Los sanadores, como Derek o Caleb, son más habituales y mucho más inofensivos. Pueden matar, y por lo general sin muchos

remordimientos, pero muchos eligen no hacerlo más allá del primer sacrificio. Los que son como Dyne, sin embargo, no son tan fáciles de encontrar, quizá porque tienen mucha más facilidad para acabar con otras vidas. Siempre ha pensado que Muerte solo le concede ese poder a quienes sabe que lo aprovecharán, personas para las que la vida no significa tanto o que están tan ávidas de sed de sangre que permiten que esta les ciegue por completo.

Dyne está segura de que ella habría terminado siendo alguien así, alguien mucho peor de lo que ya es, si no hubiera conocido a Derek.

Ammarah aparta la vista al suelo. Quizá le parezca horrible pensar en una niña con las manos manchadas de sangre o quizá está calculando las probabilidades de que fuera tan pequeña con lo que sabe de los necromantes. Al final, concluye:

—Esa… Esa es la verdad.

Se equivoca. Era incluso más joven cuando tuvo que matar por primera vez. Aun así, la expresión de la asesina no cambia.

—La noche que te encontré en tu cuarto, drogada por esa poción, pensé en acabar contigo y suplantar tu identidad para ocupar tu lugar. Habría sido muy fácil…, pero no fui capaz. Eres la primera persona en mucho tiempo a la que me cuesta matar.

Ammarah da un respingo y levanta la mirada hacia ella, sorprendida. Tal vez se dé cuenta entonces de que *esa* es la verdad. O tal vez no quiera creerlo. Tal vez le resulte mucho más sencillo pensar, pese a las evidencias, que no le costaría nada asesinarla.

—Mentira.

Dyne ríe.

—Has fallado. Te toca.

—¿Qué? No. —La reina frunce el ceño—. Tienes que decirme cuál era la verdad.

—¿Tengo que hacerlo? No recuerdo haber mencionado nada semejante cuando he explicado las reglas.

—Pero ¿de qué sirve jugar si nunca sabes la respuesta correcta?

—Por lo general, el ser humano actúa sin tener la certeza de que lo que hace es lo correcto, majestad, pero seguimos adelante de todos modos. Te toca.

Ammarah se muestra genuinamente ofendida, como si considerase que la otra ha hecho trampa, y es obvio que la lección no le gusta. Parece que está a punto de darle la espalda y marcharse, frustrada, como si toda ella la sacara de sus casillas. A Dyne le resulta muy complicado no reírse por ello, pero se contiene, pone su mejor sonrisa inocente y al final la reina resopla y acepta el reto. Tarda un poco en decidir con qué empezar y, cuando por fin lo hace, mantiene la misma expresión serena que su adversaria. De nuevo, levanta la barbilla con altanería y dice con calma:

—En ningún momento he dudado de mi capacidad para ser reina. Hoy, de hecho, me han pedido que abdique y no me he sentido tentada a aceptar.

A Dyne se le congela un poco la sonrisa en la cara. Sabe que esa es la mentira, es más que consciente de que esa mujer ha dudado sobre su capacidad para llevar la corona mil veces y que por eso ha resultado ser alguien tan maleable para las personas que tenía alrededor, lo que le sorprende es que mencione una posible abdicación. Se supone que el trono de Daiva solo les pertenece a los descendientes de Santa Aiva y ella misma se ha encargado de que ya no haya más aspirantes directos.

—Mentira. ¿Quién ha sugerido…?

—Ha sido la Suma Celestial quien me ha invitado a ello. Quería que dejara el reino en sus manos.

Su expresión no cambia y Dyne abre mucho los ojos, incrédula. Por supuesto que sí. Por supuesto que esa mujer ha decidido terminar de abusar de su poder. Lo único que le sorprende es que sea capaz de traicionar a la misma tradición que dice venerar, pero supone que no es la primera ni la última de sus incongruencias.

—Verdad —masculla—. ¿Has aceptado? No puedes darle el poder a ella, Ammarah. No puedes permitir…

La sonrisa que se extiende por los labios de la reina, la manera en la que alza las cejas hace que se dé cuenta de que ha fallado. Ha perdido en su propio juego y la muchacha quiere que sea consciente.

Dyne se queda con la frase a medias, sintiéndose ridícula.

—Supongo que no soy la única capaz de dejarse llevar por sus prejuicios —replica Ammarah con voz satisfecha—. Y que tú realmente no puedes saberlo todo.

La necromante resopla, aunque siente una sonrisa tirando de su boca. Nunca le ha importado perder. Los resultados de los juegos siempre son irrelevantes: lo importante es el juego en sí. Y, en este caso, le gusta ver esa parte de Ammarah de Daiva. La que entiende el terreno en el que se mueve y es capaz incluso de poner trampas en él.

—No tengo claro que eso haya sido justo —apunta, aun así—. Se suponía que tenías que contarme cosas sobre ti y esa ha sido sobre la Suma Celestial.

—En realidad, lo que has dicho es que yo tendría que contarte tres cosas, en general, y que tú, a cambio, me contarías cosas sobre ti. —La muchacha se encoge de hombros, incapaz de disimular que está disfrutando—. Tus reglas tendrán que ser más específicas la próxima vez.

La asesina la mira con los labios entreabiertos, sin palabras, antes de echarse a reír. Por unos momentos, se le olvida que está en esa celda, que esa mujer es su objetivo, que le duele el cuerpo y que tiene que conseguir escapar antes de que acaben con ella. Se le olvida todo, mientras ella se ríe y Ammarah de Daiva esconde la boca tras la mano en un intento de disimular el gesto de sus labios.

Sí, en otras circunstancias esa mujer sería su tipo.

Puede que lo sea incluso en esas.

—Está bien, tú ganas —concede—. Mi mentira era la edad a la que maté, por cierto: solo tenía diez años. Un brujo demasiado consumido arrasó el pueblo en el que vivía y yo fui la única que sobrevivió. Muerte me dio el poder para vengarme justo después.

Eso consigue que la sonrisa de Ammarah se pierda, Dyne lo sabe por cómo le cambia la mirada. Se hunde un poco, el brillo de diversión desaparece tras el horror. Supone que, para ella, que con esa edad no debía de tener ningún tipo de preocupación más allá de clases de protocolo e historia, esa debe de ser una historia inimaginable, lo suficientemente horrible como para que sienta pena por la chiquilla que fue.

El silencio que sobreviene es incómodo. Es un silencio que les recuerda que no son amigas y que no podrían ser más diferentes. Dyne puede hablar de su pasado con tanta naturalidad porque a esas alturas ya lo ha superado o porque considera que hablar de ello

hace que sea menos terrible; a Ammarah su vida debe de parecerle una pesadilla impronunciable.

La necromante carraspea y la reina baja la vista.

—Me has contado dos mentiras: te falta la verdad.

La celestial aprieta sus labios gruesos, esos en los que ya no hay ni un asomo de satisfacción. No vuelve a mirarla. Tarda todavía unos segundos en responder, como si de pronto fuera ella a quien le costara ser honesta, como si se hubiera acostumbrado tanto a las mentiras que ya se ha olvidado de la verdad.

O quizá tan solo le cueste pronunciarla más de lo que quiere admitir.

—Hoy he decidido tu condena.

Pese a estar habituada a la muerte, pese a estar más que preparada para ella, Dyne no puede contener el escalofrío que le baja por la espalda. No necesita que le diga más: es muy consciente de cuál es el único castigo posible para lo que ha hecho.

—¿Cuándo vais a ejecutarme?

Ammarah se aprieta las manos sobre el estómago, pero se esfuerza por volver a mirarla y poner de nuevo esa expresión serena y firme. La expresión de una soberana resuelta, segura de sus decisiones. Hasta ahora su fachada había sido perfecta, pero de golpe Dyne puede ver los bordes deshilachados de su disfraz.

—En dos semanas, ante la basílica que ayudaste a destruir.

La necromante asiente. No trata de defenderse ni de pedir piedad porque nunca le ha gustado perder el tiempo en imposibles. En su lugar, pregunta:

—¿Estás satisfecha?

—Sí.

Y, en esta ocasión, Dyne está completamente segura cuando responde:

—Mentira.

ELIRA

—¿Te has vuelto loca?

Elira está acostumbrada a que Denna no sea delicada a la hora de expresar sus opiniones. Siempre ha sido así, desde que era una niña, así que no debería sorprenderle que la respuesta a su compromiso sea tan directa y agresiva. Tamir, que ya debió de suponer la noticia hace días, se muerde el labio, incómodo, y observa a sus parejas. Garnet y Lilac han llegado desde Ilan hace solo unas horas, junto con una pequeña comitiva del nuevo gobierno del país. A dos días de la celebración del nombramiento de Astrey, han sido los primeros invitados en llegar.

Elira cambia el peso de una pierna a otra, inquieta. Le ha parecido buena idea reunirlos a todos en la biblioteca para darles la noticia antes de que se haga pública, pero ahora empieza a pensar que se ha equivocado. Al menos se alegra de que Astrey no esté ahí para escuchar la discusión que sabe que está a punto de desatarse.

—Vamos…

—No. —La necromante sacude la cabeza, incrédula, y se gira hacia Tamir—. ¿Cómo has permitido que pase esto?

—Tamir no es mi perro guardián, Denna —protesta Elira—. No puedes echarle en cara decisiones que yo he tomado libremente. Y en plena posesión de mis facultades, ya que te preocupa mi cordura.

Su mejor amiga frunce el ceño. Lilac esconde una sonrisa tras la mano, como si la situación le resultara casi cómica. Garnet, por su parte, enarca las cejas. En sus rostros no hay sorpresa, aunque tampoco desagrado. Quizá también se lo veían venir. Al fin y al cabo, ambos vieron cómo se conocieron, estuvieron ahí en los primeros pasos de su extraña relación, fueron conscientes de todas las cartas que intercambiaron porque estas siempre se enviaban desde o hacia El Cuervo Tuerto. Elira recuerda que una vez, en medio de una misión de Ilan, Garnet la miró y le preguntó si el espíritu le gustaba y ella, a la defensiva, le preguntó si a eir le gustaba Tamir. Solo uno de los dos fue lo suficientemente valiente como para decir la verdad, y no fue ella.

Ahora, eir líder de los ilenses se echa hacia atrás en su asiento, con los grandes brazos cruzados sobre el ancho pecho, y esboza una sonrisa que le dice que siempre supo que la historia entre Astrey y ella acabaría así.

—Enhorabuena, Elira.

—¡No la felicites! —gruñe Denna—. ¿Los demás también habéis perdido la cabeza? ¿Vais a aceptar que se case con ese… con esa… serpiente? ¿Nos hemos olvidado ya de que es una criatura falsa y traicionera que nos ha engañado a todos?

Tamir suspira y, como si estuviera exhausto, apoya la cabeza contra el hombro de Lilac, que lo mira con diversión y alza la mano para acariciarle una de sus orejas de zorro.

—Lleva así desde que Astrey subió al trono. Por favor, decidle que quizá no sea tan malo.

—Ha estado ayudando a Ilan —corrobora Lilac. Su tono es ligero y su sonrisa de disculpa—. Podría habernos ignorado por completo o haber aprovechado nuestra precaria situación para ofrecernos volver al Imperio con nuevas condiciones, pero ni siquiera lo ha intentado.

—Nosotros también tuvimos dudas al principio, Denna, pero nada de lo que ha hecho Astrey desde que está en el poder parece desfavorable —añade Garnet—. Y, ya que estamos, no se me ocurre una manera mejor de asegurarnos que eso sigue siendo así que teniendo a Elira a su lado.

Denna resopla, todavía disconforme.

—Eso si mantiene la cabeza fría, algo que ya ha demostrado no hacer demasiado cuando se trata de ese brujo.

Elira enrojece, no tanto por la vergüenza como por lo ofendida que se siente.

—He mantenido la cabeza fría todos estos días. Todos estos *años*, Denna. Incluso ahora, he aceptado pensando no solo en lo que pueda sentir, sino en lo que puede suponer para el resto del mundo. Si no hubiera mantenido la cabeza fría, me habría marchado de este palacio la primera noche. O quizá no. Quizá, si me hubiera dejado cegar tanto como tú crees, habría aceptado desde el principio su propuesta, pero no lo hice.

Denna tiene que saber que eso es cierto. Por mucho que desprecie a Astrey, por mucho que se preocupe por ella, tiene que ser consciente de que en este caso la decisión de quedarse a su lado no es solo un impulso, sino algo muy meditado.

—¿Y qué va a pasar con Orlaith si os casáis? ¿Has pensado también en eso?

—Orlaith tiene que autodeterminar su gobierno, igual que el resto de territorios del Imperio, y aún no sabremos cuál ha sido su decisión. Pero, si los orlianos eligen la independencia, y sabéis mejor que nadie que no hay nada que yo desee más, será eso lo que tendrán.

—¿Incluso si te eligen como soberana y tú te casas con el emperador?

—Sí. Astrey ha aceptado no tener ningún tipo de poder sobre Orlaith si ese es el caso. Yo seré su emperatriz, porque eso es lo que él desea, pero él no recibirá ningún título ni poder sobre mi reino: solo será mi consorte.

Lo cierto es que Astrey ni siquiera protestó cuando ella volvió a sacar el tema. En cuanto pronunció sus condiciones, él solo la miró como si considerase esa conversación innecesaria. «No voy a casarme contigo para robarte tu reino, Elira. Odelia es mi derecho de nacimiento y Orlaith, el tuyo. No me interpondré entre su trono y tú».

Denna taconea, impaciente, quizá porque se da cuenta de que sus argumentos en contra del enlace empiezan a agotarse. Tamir debe de pensar lo mismo y por eso extiende su sonrisa de zorro.

—Vamos, Denna. Piénsalo: podrías casarlos tú misma.

—¿Podría? —La necromante se gira de nuevo hacia él, indignada —. ¿Por qué lo dices como si fuera una posibilidad? Elira no se va a casar con nadie si no la caso yo. —Después, vuelve la cabeza hacia ella—. Espero que no pienses que puedes casarte con nadie si no te caso yo.

Esta vez el rubor que llena las mejillas de la princesa de Orlaith sí que es solo de vergüenza. Lo cierto es que no le ha dedicado ni un pensamiento a la ceremonia. El matrimonio ya le resulta un concepto demasiado extraño y, de todas formas, Astrey y ella no han hablado de los detalles ni han decidido una fecha todavía. Todo está a la espera de la fiesta que tendrá lugar dentro de dos días. Hasta que no sepan qué va a pasar con el Imperio, con Orlaith, con el principio de ese nuevo mundo que quieren crear, todo lo demás es secundario.

Hasta ahora, Elira solo se ha preocupado de las implicaciones políticas, pero de pronto piensa en cosas mucho más sencillas, como dónde, cuándo y cómo. ¿Será algo grande? Espera que no. Espera que sea algo modesto e íntimo, aunque se trata de Astrey. Quizá él espere todo lo contrario: una celebración por todo lo alto, puede que incluso extravagante, con cientos de invitados. Le gustará vestirse para la ocasión y esperará que ella haga lo mismo. Respecto al ritual del enlace, tampoco sabe qué es lo que él espera. Para los brujos el matrimonio es algo tan personal que cada ceremonia es diferente. Por lo general, son uniones simbólicas, en las que ambos brujos crean algo único fusionando objetos de los contrayentes: una cinta, cabellos, ropa, joyas. En cambio, los brujos más espirituales acuden a los necromantes, que creen en ceremonias que unen las almas.

Elira abre y cierra la boca, sin saber qué decir, y Denna frunce un poco más el ceño. Como parece a punto de protestar de nuevo, la bruja se apresura a responder:

—¿Aceptarías mi decisión si nos casaras tú?

Su amiga resopla y cruza los brazos. Lilac deja escapar una risita y Garnet y Tamir intercambian una mirada divertida.

—No tengo la misma visión de Astrey que tú —masculla su mejor amiga—. Y no estoy dispuesta a olvidar lo que ha hecho. Te ha mentido y te ha traicionado, haya hecho lo que haya hecho para que le perdones después. Y creo sinceramente que tu confianza no debería ser tan fácil de recuperar.

—No ha sido…

—Pero soy tu mejor amiga. Y no solo te respeto como líder, sino que te quiero más que a nada. Llevo a tu lado muchos más años que esa víbora. Y no voy a abandonarte cuando más me necesitas, incluso si no estamos de acuerdo. Si estás segura de que esto es lo que quieres, estaré contigo. Y, si resulta ser un error, también.

Elira traga saliva, sin palabras. Es cierto, Denna lleva a su lado toda la vida, igual que Tamir. La ha visto equivocarse en mil ocasiones antes, han discutido, han estado en desacuerdo en tantas cosas que sería incapaz enumerarlas todas. Pero siempre ha seguido a su lado, tan cerca como le era posible. Siempre ha creído en ella. Incluso ahora, que está en contra de perdonar a Astrey, que probablemente seguirá desconfiando de él haga lo que haga, está dispuesta a ser ella misma quien se encargue del enlace.

No puede evitar emocionarse un poco. Quizá sea solo por los nervios, quizá esté tan alterada por todo lo que ha pasado en los últimos días, por todo lo que todavía queda por pasar, que no puede evitar que el corazón se le encoja y la mirada se le nuble. Tamir se da cuenta, porque sonríe, se pone en pie y se acerca a ella. No dice nada, no la deja en evidencia. Solo le rodea los hombros con un brazo y, moviendo la cola felizmente, proclama:

—Va a ser la boda del siglo.

ASTREY

Astrey los ha visto llegar a todos. Desde las ventanas del despacho, sentado detrás de la mesa negra, ha observado a las pequeñas comitivas desfilar hacia el palacio y ha reconocido a todos sus invitados, repasando los rostros en su mente: los nobles de Odelia cuyos títulos se remontan a la época de su padre o incluso antes, los grandes comerciantes que dirigen el puerto y las calles de Damira, los altos cargos de la Guardia Imperial, los jefes de los gremios de la capital e incluso algunos venidos de fuera de la ciudad. Por sus caras ha visto pasar todas las emociones posibles, desde la genuina curiosidad hasta el recelo de quien cree que va directo a una trampa, desde la mirada crítica de quien está dispuesto a poner en duda todo lo que vea esa noche a la simple hostilidad de quien va preparado para odiar cada palabra que salga de la boca del nuevo emperador. Por supuesto, el espíritu espera todo eso: la desconfianza y el resentimiento, la falsa simpatía y el mal disimulado asombro.

Por las reuniones que ha tenido con los diferentes cancilleres, también se hace una idea de qué puede esperar de cada uno de los séquitos que han viajado hasta allí esa noche: de Eirwynn y el

enorme Ronan Fiasen espera el mismo desdén con el que lo trató durante sus discusiones previas, como buen seguidor de Iraides que era; en la discreta Chadia Tasen y su escolta llegada de Calais confía encontrar mentes abiertas dispuestas a escuchar. Y de Ratna Adisen… De ella y del grupo de orlianos no sabe qué pensar, quizá porque hay una parte de él que no puede dejar de preocuparse por Elira, por lo que va a significar esa noche para ella.

«¿Qué importa ahora ella? Céntrate, es tu noche. Si ven el mínimo asomo de duda, te aplastarán como a un insecto».

—No dudo —murmura Astrey, antes de ponerse al fin en pie y echar a andar hacia la puerta. Para entonces todos los invitados están dentro del palacio, así que no debería hacerlos esperar: han venido a verlo, a ponerlo a prueba, a ofrecerle su lealtad o a intentar arrebatarle el trono y el Amuleto—. Sé lo que tengo que hacer.

Lo sabes, pero ¿lo harás si es necesario?

El espíritu sacude la cabeza. A esa voz se niega a responderle, ya que ha llegado un punto en el que no puede ignorarla. A veces le cuesta distinguir dónde empiezan sus pensamientos y acaban los de ese fantasma que lo acompaña a todas partes y le preocupa que vaya a más. Le preocupa que llegue un día en que los deseos de ambos sean los mismos.

No eres tu padre, insiste la voz del Amuleto. *Nadie en esa sala te guarda respeto todavía y nadie lo hará a menos que te vean usar la fuerza. A menos que seas capaz de eliminar a quienes que te desafíen. Úsame y te temerán.*

Pero Astrey no quiere que le teman. No espera ganarse su respeto así. No es su padre, no va a destruir a tres ejércitos solo para

conservar su soberanía.

Y tiene fuerza sin necesidad de usar ese objeto. Tiene un demonio poderoso y aliados entre los asistentes. Puede que Astrey no sea actor, que nunca haya querido subirse a un escenario, pero lleva años interpretando papeles, poniéndose máscaras que le han dado el poder de llegar hasta donde está esa noche. Así que se arregla la ropa por última vez, se asegura de que los anillos y la corona de rubíes están en su sitio, respira hondo y se pone la sonrisa, la confianza. Se viste con la ilusión de que controla todo lo que está ocurriendo dentro y fuera de su cabeza y abre las puertas del despacho.

El silencio se apodera de la estancia por completo cuando da el primer paso dentro del salón del trono. La única salida se cierra detrás de él en cuanto comienza a avanzar por la alfombra roja que cubre el suelo y su demonio gruñe y se revuelve, consciente de la cantidad de brujos que abarrotan ese espacio cerrado. Los murmullos empiezan casi de inmediato. No le importa, no hace contacto visual con nadie: sus ojos están en el frente, en el trono negro y rojo que espera sobre el estrado. Aun así, intenta captar lo que dicen. Comentan su ropa, el hecho de que la blusa que lleva deje su espalda al aire, «como si quisiera que lo apuñalasen». Pretendido. Hablan de su aspecto, de que lleva la moda de Ilan, que ayudó a los rebeldes a liberar ese territorio, que colaboró en el asesinato de eir canciller Fabrice Lambersen. Sí, que lo recuerden, que lo repitan por si alguien no lo sabía. Por el rabillo del ojo ve algunas caras que se vuelven hacia la delegación de Ilan, de hecho, aunque la mayoría siguen giradas hacia él y sabe, sin necesidad de estudiar sus expresiones, que habrá más de una y de dos que

codicien el objeto que cae sobre la seda de sus ropas rojas. Se pregunta cuántos invitados se sentirán tentados a alargar la mano y quitárselo, cuántos coquetearán con la idea de crear un arma de la nada y probar su suerte con un ataque sorpresa, cuántos estarán a punto de dar un paso al frente y retarlo.

Astrey salva los escalones de la tarima y les da la espalda a todos los presentes durante el instante que necesita para asegurarse de que la máscara no se le ha movido ni un ápice.

Solo cuando se vuelve hacia su pueblo es consciente de la cantidad de gente que hay en esa sala, de todos los que han aceptado su invitación y se apiñan ante él. Sus ojos barren las caras y se detienen solo un latido de más en los rostros de los cancilleres, antes de concluir su observación enganchado a un par de ojos naranjas. Aunque no la tenga a su lado, siente a Elira cerca. Le encantaría poder tenerla allí con él, sentada en un segundo trono, con la mano del anillo sobre la suya.

Pero su demonio tiene razón: este es su momento, no el de ella.

—Pueblo de Evren, cancilleres, nobles del Imperio…, os doy la bienvenida a esta reunión tan especial. —Las palabras se le deslizan entre la lengua y el paladar, encajan las unas con las otras a la perfección. Los murmullos a su alrededor se van apagando—. Gracias por aceptar mi invitación. Según tengo entendido, las puertas del palacio de Damira han permanecido cerradas desde hace dos décadas excepto en ocasiones muy especiales, pero hoy yo os he citado aquí como prueba de que esa es solo una de las muchas cosas que están a punto de cambiar.

Una pausa. Las noches de ópera y teatro le enseñaron a construir la tensión, a utilizarla a su favor. Que ese primer saludo cale, que les

llegue a los presentes a la cabeza y a los huesos. A él le sirve para ver quién se revuelve de impaciencia. Quien, como el canciller de Eirwynn, hace una mueca de asco. No esperaba que empezara tan pronto. Entonces no le va a gustar nada lo que quiere decir a continuación:

—Como algunos de vosotros ya sabéis, es mi deseo reformar este imperio desde sus raíces. Odelia lleva mucho tiempo anquilosada y ya es hora de que avance. De que se adapte a los nuevos tiempos. Algo que no podría hacer sin vosotros.

Ahí está. El rictus de odio, de asco. Ronan Fiasen tiene mucho que decir y, cuando da un paso al frente, deja claro que no va a seguir callándose ni un minuto más. Aunque no lo estuviera mirando, sería difícil pasarlo por alto: mide casi dos metros y, pese a la noche templada que hace, va envuelto en uno de los pesados abrigos que se usan en las montañas. Recuerda a un lobo de uñas negras, mandíbula prominente y ojos ambarinos. Detrás de él, como una manada, los hombres que lo acompañan se cierran en un abanico protector. Se mueven como si fueran uno, coordinados.

Sin embargo, antes de que abra la boca, Astrey se adelanta con una sonrisa:

—¿Sí, canciller Fiasen? Parece que tenéis algo que decir.

—Que no será un bastardo del Inmortal quien decida por el Imperio. Odelia está bien tal y como está. Estaba bien con Su Majestad Iraides al mando.

El nuevo emperador amplía su sonrisa. Conoce a los hombres como el que tiene delante. Sabe que les mueve el orgullo, que le tienen miedo al progreso y que se aferran a las tradiciones porque son conscientes de que, en cuanto el mundo los zarandee un poco,

se caerán de sus pedestales. Está hablando con alguien incapaz de adaptarse, que perderá la partida en cuanto las reglas cambien un poco.

Le parece un truco barato utilizarlo para su espectáculo, la clase de desafío que no tiene ninguna dificultad, pero esa noche incluso los cancilleres son herramientas que usar en su beneficio.

—No seré yo quien decida por Odelia, es cierto. De hecho, mi voluntad es que el pueblo tenga voz propia. —Astrey ladea la cabeza, con su mejor expresión de inocencia en el rostro, mientras vuelve a recorrer la sala con la mirada—. Y por eso he hablado con los cancilleres y en cada territorio de Odelia se ha celebrado una votación para decidir sobre su soberanía. —Los murmullos y los pocos rostros sorprendidos le indican que las noticias vuelan y no son pocos los que ya sabían su plan—. Mi padre conquistó muchos de esos territorios por la fuerza; mi madrastra no hizo nada para cambiar la situación. Por supuesto, a ella jamás le importó Evren más allá de lo que simbolizaba llevar la corona, y por eso…

—Iraides nos libró de un tirano —gruñe Fiasen—. ¿Qué has hecho tú?

Algunos asentimientos. Ronan no está solo, pero eso ya lo esperaba. Dicen que todo lo que se necesita a veces es una voz discordante entre la multitud para que otras se unan. El problema es cuando esa voz se gana el apoyo de la mayoría.

—Vencerla. Con un solo movimiento, si no recuerdo mal. —Astrey se pasa la lengua por los dientes, como si aún recordase el sabor de su sangre. Su demonio se relame y pide más. Esta vez, la cabeza de ese gran lobo que lo está molestando—. La ley de Odelia siempre ha sido la del más fuerte, ¿no es cierto? Y, de momento, yo lo soy: no

solo he vencido a la anterior emperatriz, sino también a todos los que han querido retarme hasta ahora. ¿Queréis intentarlo también, canciller?

Lo que parte la cara de Ronan Fiasen podría ser una sonrisa o una mueca, una demostración de su furia o el gesto amenazante de un animal hambriento. Da otro paso hacia delante, inclinándose como si se preparara para atacar, y la gente que lo rodea se aparta de su camino para abrirle un pasillo hasta el espíritu. Astrey no retrocede. No pierde la expresión de calma, que es a la vez una invitación y una provocación.

«Somos más fuertes que él. Devorémoslo. A él y a su pequeño grupo. Aliméntame».

—Pareces muy seguro de ti mismo, pero creo que se te olvida que incluso tu padre cayó, con el Amuleto al cuello y todo —gruñe Fiasen —. Astrey Brynsen, el emperador de las tres semanas. Agradece haber durado tanto.

El aludido suspira con hastío. Si no contesta es porque no va a darle el placer de responder a sus provocaciones. Esa voz es como las del Amuleto y su demonio: si la ignora, pierde fuerza, se hace pequeña, desaparece en el silencio. Ni siquiera se mueve. Que vaya él hasta donde está. Que pierda el tiempo corriendo. Que le deje estudiar por dónde va a venir y la manera más humillante de vencerlo. El espíritu incluso abre un poco los brazos, como si quisiera recibirlo.

—Quien le corte el cuello se puede quedar con el Amuleto del Tiempo —le dice el canciller a sus esbirros—. La corona es para mí.

Y entonces se lanza a por el emperador.

Astrey ya se ha sacado uno de sus anillos para convertirlo en un arma cuando la cúpula se alza a su alrededor. Está hecha de las mismas vidrieras granates que hace un momento cubrían las ventanas, así que de pronto todo su mundo se cubre del tinte escarlata de una pesadilla. Lo primero que piensa es que han construido una jaula para él, pero el pensamiento se diluye en el mismo momento en el que se da cuenta de que esa cúpula no es un movimiento que provenga de los brujos de Eirwynn, no es un ataque, algo que necesite destruir, sino una defensa. Un truco para ponerlo a salvo, aunque el grupo de Ronan Fiasen ya no se está moviendo hacia él. Como si las baldosas se hubieran convertido en arena en la que hundirse, los norteños son incapaces de avanzar, ralentizados por un obstáculo que no esperaban. Desde su refugio, el emperador los ve luchar contra el propio suelo, dar golpes al aire, intentar usar su magia en vano.

Unos pasos por detrás, la comitiva de Calais permanece muy quieta, concentrada, con los rostros vueltos hacia el suelo.

—Tranquilízate, Ronan. El resto de los presentes queremos tener una conversación y conocer al nuevo emperador. Si no eres capaz de controlarte, quizá no deberías estar aquí.

Chadia Tasen, la canciller de Calais, habla desde detrás de su velo, que cuelga desde las astas que le sobresalen de la cabeza. Toda su comitiva lleva las mismas gasas que les protegen la cara, de tal modo que el resto de asistentes apenas pueden adivinar su perfil. Ni siquiera se les ven los ojos, aunque es obvio que ellos pueden ver a través de la tela.

—Sucia traidora, ¿te vas a poner de su parte? ¿Es que no tienes honor?

Ante las miradas de los presentes, las baldosas oscuras del salón del trono vuelven a la normalidad y la cúpula de cristal se deshace para que cada pieza vuelva a convertirse en un trozo de vidriera. Uno de los seguidores de Ronan todavía pisa con cuidado en el suelo, confuso, esperando que se lo vuelva a tragar si apoya todo su peso en él. Es una imagen tan ridícula que algunos de los invitados incluso dejan escapar risitas, quizá en un intento de rebajar la tensión. Otros se han apartado todo lo posible hacia las paredes, deseosos de estar todo lo lejos posible de cualquier enfrentamiento entre brujos. Las conversaciones y los murmullos van y vienen como un zumbido incesante.

—Mi honor está ligado al pueblo de Calais —responde la bruja, imperturbable—. Y los míos han elegido seguir dentro del Imperio. Si la mayoría ha considerado que hay que darle una oportunidad al nuevo emperador, yo también lo haré.

Astrey intenta no mostrarse sorprendido. En la primera reunión que tuvieron, le pareció una mujer tranquila y directa, poco dada a los preámbulos, pero esto se lo confirma. Se alegra. Aliados como ella son justo lo que necesita.

—Lo agradezco, canciller Tasen —interviene, incapaz de disimular la satisfacción en su voz—. Estoy deseando que podamos empezar a trabajar juntos.

La respuesta de la mujer es bajar la cabeza en señal de respeto, sin más palabras innecesarias.

—Está bien que quieras atajar la conversación, pero eso no te da derecho a interponerte en un reto, Chadia. —La voz de Ratna Adisen se sobrepone al resto de los comentarios que llenan la sala. El suyo

es un tono autoritario, acostumbrado a dar órdenes—. Todo el mundo tiene derecho a desafiar al emperador.

—Y todo el mundo tiene derecho a protegerlo también —es la simple respuesta de la mujer del velo—. De todas formas, sois libres de batallar como bestias si así lo deseáis y retarlo mañana y noche durante las próximas horas, días o semanas, pero no nos hagáis perder el tiempo a los demás. Mi gente y yo estamos aquí para tratar las cuestiones referentes a este nuevo gobierno.

Ronan resopla, como si le molestase la mera existencia de la calense.

—Quizá no te ha quedado claro, Chadia, pero en Eirwynn no creemos en este gobierno. No lo aceptamos y no tenemos nada de qué hablar. Estamos aquí para luchar por el control, no para satisfacer los caprichos de un bastardo.

La más leve sombra de una sonrisa baila detrás del velo de la bruja.

—Gracias, Ronan. Aprecio que, por una vez, recuerdes cuál es el tema de conversación y seas claro al respecto.

Astrey no solo agradece el apoyo, sino la forma en la que Chadia maneja al norteño, aunque no sabe cómo dos personas tan diferentes han podido acabar siendo cancilleres. Se pregunta si alguna vez Iraides les hizo colaborar, pero descarta la posibilidad casi de inmediato: aunque sobre el mapa son territorios vecinos, las montañas se ocupan de separarlos lo suficiente.

El emperador acaba posando los ojos sobre Ratna, aprovechando el momento de pausa. La mujer tiene la espalda muy recta y lo mira de frente, seria. Es la viva imagen de una comandante acostumbrada a dar las órdenes.

—Esto significa que solo queda Orlaith por expresar su decisión. ¿A qué conclusión habéis llegado, canciller Adisen?

La bruja esboza la más leve sonrisa en respuesta a la suya. No es un gesto amable, sino satisfecho, victorioso.

—Orlaith desea su independencia, igual que Ilan.

Un silencio atronador se instala en la estancia, o quizá sea solo que Astrey no puede dejar de escuchar esas palabras, chocando contra las paredes y volviendo a sonar una y otra y otra vez. Ahí está. Lo que Elira quería. Su reino, libre al fin. El Imperio lo dejará ir y el esplendor regresará poco a poco, Los Elires volverán a ondear en su bandera.

Ese es el mundo con el que soñaba desde que era pequeña. Y va a ser…

—Y, para guiarlo de vuelta a la libertad que le arrebataron en Yuda, el pueblo me ha elegido a mí como gobernante.

ELIRA

Desde que le propuso su idea a la canciller, Elira se ha repetido muchas veces a sí misma que había muchas posibilidades de que el pueblo de Orlaith nunca la eligiese a ella. Era consciente de que las apuestas estaban en su contra, sin importar lo mucho que amase ella el reino de sus antepasados, así que ha querido ser realista y mantener las esperanzas a raya, contenidas, para que no pudieran clavarle las uñas y robarle el corazón.

Eso no significa que la decisión final sea más fácil de escuchar.

Aunque se consideraba a sí misma preparada para el rechazo, le duele igual. La decepción la abofetea y la obliga a bajar la mirada al suelo para que nadie vea la marca que le deja en la cara. Aun así, está segura de que es inevitable. Está segura de que todo el mundo la está mirando, de que los murmullos que llenan el salón son para reírse de ella, de su fracaso. ¿Fracaso? No es un fracaso. No debería pensar en ello como un fracaso. Orlaith es libre. Orlaith es libre y su independencia nunca fue sobre ella, sobre su propio poder. No debería reaccionar así. No debería dolerle. No debería ser tan egoísta. No puede ser tan egoísta.

A su lado, Denna busca su mano y se la aprieta; Tamir, Garnet y Lilac la rodean para protegerla de ojos indiscretos. No deberían reaccionar así. No es necesario. Todos sabían que esto podía pasar. Deberían estar celebrándolo, no teniéndole pena. Y aunque se lo repite, aunque se lo dice una y otra vez, lo cierto es que siente ganas de marcharse. Si no lo hace es solo porque es consciente de que eso solo sería peor. Eso solo la dejaría como la mujer irracional y hambrienta de poder que se creyó lo suficiente buena para ser elegida por un pueblo que no la conocía. Una mentira atroz. Si quería que la gente confiase en ella tendría que haber hecho más. Tendría que haber sido mejor. Tendría que haberse enfrentado a la canciller. Tendría que haber demostrado que podía ser una alternativa. Tendría que…

—Espero que nuestros países puedan tener buena relación en el futuro entonces, Ratna. —La voz de Astrey es firme y calmada, pero Elira no se atreve a mirarlo por miedo a descubrir que él también piensa que ha fracasado. Quizá de pronto se esté dando cuenta de que durante todo ese tiempo no ha sido más que una impostora, una mujer ridícula con aspiraciones imposibles. Quizá está pensando en que no quiere tener a su lado a alguien así—. Como Ilan, podréis confiar en Odelia para ayudaros en esta nueva era para Orlaith. Es mi deseo que las transiciones sean favorables para todo el mundo.

—Gracias, majestad, aunque estoy convencida de que Orlaith se acostumbrará pronto a esta nueva situación.

Por supuesto que sí. Orlaith siempre ha sido sinónimo de resiliencia y fuerza y, además, han elegido conservar en el poder a alguien que conoce su gobierno y sus necesidades como la palma de su mano, en lugar de a una desconocida que apenas ha pisado sus

calles. Han sido inteligentes. Elira debería sentirse orgullosa de su patria, pero solo siente un nudo en la garganta y ganas de llorar al pensar en que no importa lo libre que vaya a ser esa tierra, ella nunca va a verla más que de lejos. Prometió no volver. No puede volver. Nunca.

—Gracias a todos por vuestras aportaciones y por haber hecho posible esta ronda de votaciones —continúa el emperador—. Es evidente que hoy es una gran noche, un atisbo del magnífico futuro que nos aguarda si todos colaboramos para crear el Evren más brillante que ha existido jamás. —Elira da un paso atrás. Necesita marcharse. Quiere desaparecer. Quizá, si lo hace ahora, mientras él desvía la atención de los presentes, la mayoría no se dará cuenta de lo insignificante que es—. Así que me gustaría aprovechar para compartir con vosotros una noticia más.

Elira apenas está escuchando cuando suelta la mano de Denna. Con la mirada clavada en el suelo, da otro paso atrás.

—El Evren que anhelo no estará libre de desafíos, por eso he decidido tener a mi lado a alguien que pueda ayudarme a enfrentar todos y cada uno de ellos.

Se detiene. Todo su cuerpo se tensa cuando se da cuenta, antes de que suceda, de lo que está a punto de pasar. Levanta la vista en el mismo momento en el que la mirada de Astrey la busca y la encuentra en medio de la muchedumbre. La mira como si fuera la única persona de la estancia. Como si, pese a estar ante los futuros dirigentes de un nuevo mundo y ante toda la nobleza de Odelia, no pudiera pensar en nadie más importante que ella.

—Es una de las personas más brillantes que conozco —continúa Astrey. No alza la voz, su tono sigue siendo dulce como la miel, pero

aun así a Elira le parece que está gritando, que quiere asegurarse de que ella escucha bien esas palabras que no se merece—. Y por eso le he pedido que sea mi esposa. Permitid que os presente a mi prometida, vuestra futura emperatriz, Elira Surya.

El revuelo regresa a la estancia cuando el espíritu pronuncia su nombre y alza la mano hacia ella. Las voces surgen de todas partes, chocan y se enfrentan entre la curiosidad, la sorpresa, la diversión y la indignación. Aun así, no suenan más altas que las que ella tiene en su propia cabeza. Ni siquiera suenan más altas que la mirada de Astrey, que se clava en la suya y le habla. No está decepcionado, o al menos no con ella. No cree que sea una fracasada ni que sea estúpida, nunca lo ha creído. Le está tendiendo esa mano porque sabe que ahora es ella quien la necesita, puede que más que nunca.

Hay una promesa en esos dedos extendidos. Hay un futuro justo cuando ella siente que le han arrebatado otro.

Orlaith no confía en ella, Orlaith no la quiere.

Pero Astrey sí.

Elira tarda más de lo que le gustaría en reaccionar. Lo consigue solo gracias a la manera sutil en que Denna le pone una mano en la espalda y la anima a dar un paso hacia delante. Escucha su voz cerca, un susurro cómplice en medio del caos:

—Demuéstrales la soberana que puedes ser.

Elira traga saliva, pero acaba asintiendo. Tamir sonríe mientras echa los hombros hacia atrás y levanta mucho la barbilla para recordarle que ella también tiene que hacerlo. Lilac, justo a su lado, tiene los ojos un poco brillantes por la emoción y se encoge bajo el brazo de Garnet, que le rodea los hombros. Eir líder de los ilenses le dedica un asentimiento de aprobación, de ánimo, algo que a la bruja

le recuerda a todas las misiones en las que han colaborado. Quizá el trono de Odelia, la creación de un mundo nuevo, sea solo una más.

Y no puede permitirse fallar.

Elira inspira hondo y ese aire la llena de la seguridad que le falta. No es una seguridad real, pero ahora es la prometida del rey de los mentirosos, así que quizá pueda aprender algo de él. Quizá pueda fingir que tiene todo bajo control, que las dudas no le gritan en los oídos, que la decepción no le ata la cintura y que las piernas no le tiemblan cuando da un paso hacia delante, hacia la persona que aguarda en el estrado con la mano todavía extendida. A medida que avanza y la gente habla, el trono a espaldas de Astrey comienza a cambiar, a retorcerse, y de su materia nace otro justo a su lado. Idéntico, como ellos. Punzante y retorcido, como ellos. Una extensión el uno del otro, como ellos.

Cuando por fin llega a su lado, Astrey se inclina ante ella, le toma la garra y deja un beso sobre el anillo que le colocó en el dedo anular hace una semana. Si antes todavía escuchaba la algarabía del salón, en ese instante todo se queda en silencio. Están solos en ese lugar. Están en El Cuervo Tuerto y es la primera vez que se ven. Están en la biblioteca de Ilan y se retan. Están a días de distancia y se escriben. Están en todos los espacios que han compartido alguna vez, en todos los besos, en todas las discusiones. Están al mismo tiempo en todos los momentos que han compartido, como si el Amuleto, que brilla sobre el pecho de Astrey, hubiera destruido por completo la línea entre el pasado, el presente y el futuro.

El presente se impone y recupera su forma con los aplausos. Surge desde donde estaba antes, iniciado por Denna, pero se extiende por todo el salón, con más o menos intensidad. Elira se

atreve a fijarse en el resto del mundo solo entonces, cuando Astrey y ella se giran hacia su audiencia. Hay caras molestas, entre ellas la de Ratna Adisen, que tiene los ojos entrecerrados y probablemente piense que ella lo tenía todo preparado. Que este era su plan para, de una manera u otra, hacerse con una parcela de poder. No es cierto, pero Elira supone que habrá personas que lo creerán. Que darán por hecho que lo único que quería era gobernar, sin importar el territorio.

Está bien. Puede soportar algunas voces disonantes y rumores que la conviertan en un monstruo que no es. Ya lo ha hecho antes.

Elira estrecha los dedos alrededor de los de Astrey. En ese agarre encuentra las fuerzas que le estaban fallando.

—Este es solo el primer día de una nueva era —anuncia con voz fuerte. Firme. Segura. La voz que se espera de una reina. No, no de una reina. De una emperatriz—. Hagamos que sea la mejor que Evren ha visto nunca.

ASTREY

Astrey se deja bañar por los aplausos como si fuera el final de una función. Los dedos de Elira aprietan los suyos y, por un momento, todo en esa sala, en su vida, está en su sitio: esos dos tronos a su espalda, su prometida (su futura *emperatriz*) a su lado, el apoyo estruendoso de su pueblo. La voz del Amuleto guarda silencio y su demonio acepta que lo ha hecho bien, pese a que hace unos minutos, mientras hablaba de su compromiso, le arañaba las entrañas y lanzaba amenazas al aire. El futuro que había soñado está más cerca que nunca e Ilan y Orlaith tienen la independencia por la que tanto han luchado. Calais ha decidido aceptarlo como emperador y Eirwynn…

Eirwynn es un problema que tiene que solucionar, aunque esperaba que Fiasen se acobardase cuando se diese cuenta de que está en minoría.

Está claro que ha infravalorado la estupidez de un hombre que avaricia la corona, porque en cuanto los aplausos pierden fuerza, en cuanto se puede oír algo por encima de ellos, la voz fuerte del canciller se alza como una nota disonante en medio de una melodía perfecta:

—Magnífico. —La mirada oscura del brujo norteño recorre a Elira, se detiene en sus curvas y en el elir bordado que decora su falda—. Supongo que esto significa que voy a robarte la corona y una prometida, bastardo. Me vendrá bien para recuperar la parte del Imperio que acabas de perder.

La escena se tiñe de rojo ante los ojos de Astrey. El espíritu está seguro de que las luces no han cambiado, del mismo modo que la temperatura de la sala sigue igual y, sin embargo, un fuego se despierta dentro de él. Su demonio quiere morder, quiere arañar y destrozar, clavarle los colmillos en el cuello a ese hombre y dejar que la sangre y el veneno se mezclen. No, no es solo el demonio. El ser en su interior tan solo está harto de ese insurrecto y quiere darle una lección; él, en cambio, solo piensa en el insulto hacia Elira.

La mujer a su lado ha fruncido el ceño, desagradada. Astrey es consciente de que su prometida puede defenderse sola, de que nunca ha necesitado a nadie que luche sus batallas.

Pero esa también es su lucha.

«Si dejas que sea ella quien le raje la garganta a ese lobo estúpido, será ella quien se gane el respeto de los presentes».

Sí. Lo sabe.

Si no les demuestras lo que puedes hacer, nunca dejarán de desafiarte.

Sí. Lo sabe.

Así que, aunque es Elira la primera que desliza la garra lejos de su mano, dispuesta a atacar, es el espíritu quien se adelanta. Los tacones de sus botas resuenan por la estancia cuando baja los escalones que lo separan del resto de la sala. El ritmo que marcan tiene la precisión del segundero de un reloj.

—Mi prometida decide por sí misma y por eso va a ser ella quien decida si te mato o no cuando acabe contigo.

Un bufido escapa de la boca del eirwyano antes de que se convierta en una risa de la que sus acompañantes se hacen eco. Astrey es consciente de lo pequeño y menudo que es en comparación con el canciller cuando se detiene a tan solo unos pasos de él. Una de las manos del gigante norteño podría ser suficiente para partirlo por la mitad.

—¿Tú y cuántos más? ¿Pedirás a tu mujer y a Chadia que te defiendan?

—Me basté yo solo para matar a Iraides. No necesito a nadie para vencerte.

No le da opción a réplica. El siguiente sonido que sale de la boca de Fiasen es un grito que hace temblar las paredes, cuando el primero de los anillos de Astrey se convierte en un dardo que sale disparado de su mano y se clava en el ojo del norteño. El emperador está tan cerca que la sangre le salpica la ropa, añadiendo más tonos de rojo a los que ya lleva encima.

Los invitados que no quieren tener nada que ver con la pelea vuelven a retroceder, pero los acólitos de Fiasen no se quedan quietos. Hay un segundo de sorpresa, de genuina parálisis, mientras los alaridos de su jefe se cuelan en sus cabezas.

Al momento siguiente, sin embargo, ya se han puesto en movimiento.

Astrey los está esperando. Un golpe en el suelo con el tacón de su bota basta para que una grieta se abra y devore a uno de los brujos, que cae dentro de una de las mazmorras. Uno de los collares que se ha puesto se convierte en una cadena que lanza hacia delante y se

enreda alrededor del cuello de un segundo. Los eslabones le aprietan la garganta hasta que el rostro empieza a ponérsele escarlata y se le clavan en la piel incluso cuando el eirwyano trata de meter las uñas bajo el oro, pero solo consigue arañarse en el proceso. Un tercer escolta de Fiasen se lanza sobre Astrey y llega tan cerca que el emperador tiene que esquivarlo. El filo de una daga le roza el hombro, pero sabe que es un sacrificio necesario para que él mismo pueda alcanzar a su contrincante. Ataca con la corona, convertida en un filo de oro y rubíes.

Las manchas de sangre ajena vuelven a teñirle la ropa cuando clava improvisada arma en uno de los costados del hombre.

Astrey da un par de pasos atrás para observar la obra de cuerpos caídos que ahora decora el suelo del salón del trono. «Mátalos», le susurra esa voz dentro de él. «Si muestras piedad, te verán débil. Deja que los devore».

Se siente tentado a acceder. El olor metálico que llena el aire le abre ese apetito animal que a veces se le despierta. Tiene la falsa sensación de que hace una eternidad que no alimenta a su demonio y, cuando Ronan vuelve su rostro empapado en sangre hacia él, cuando lo mira con la locura llenando el único ojo que le queda, sabe que va a caer en la tentación, aunque haya dicho que sería Elira quien decidiría qué iba a ocurrir.

Fiasen gruñe cuando se echa hacia delante y es obvio que deja que su demonio tome el control, porque el rostro le cambia. Empieza a mutar para volverse animal: la pupila se le dilata, el vello le gana terreno a la piel, la mandíbula se le desencaja para dar cabida a dientes más grandes, más afilados, más mortíferos. Cuando se

yergue, le saca una cabeza más a su contrincante y sus extremidades se vuelven más voluminosas.

Astrey no se mueve. Alza la barbilla y sonríe con la confianza de quien no necesita cambiar de forma ni intimidar para ganar esa batalla.

—Vamos, Fiasen. Creía que ibas a demostrarle al pueblo de Odelia que eras el más fuerte.

El insulto que profiere Ronan no es más que un gruñido gutural, grave. Por encima de sus cabezas, el candelabro de rubíes que cuelga del techo tiembla y cada una de las piedras que lo forman se descuelga para caer como una lluvia de cristales sobre Astrey. El Portador apenas tiene tiempo de crear una barrera mientras esquiva las flechas que el otro brujo crea con las vidrieras de las ventanas. Es un ataque torpe, violento pero ineficiente, así que Astrey permite que continúe solo porque le gusta ver que se retrata a sí mismo, que es tan ridículo en la lucha como cuando habla.

Al final, sin embargo, se cansa. Un gesto es lo único que necesita para recoger los cristales que ahora adornan el suelo y convertirlos en dos serpientes que se lanzan a por su enemigo. No lo muerden, sino que se enredan alrededor de su torso. Se derriten para amoldarse a ese gran cuerpo, se convierten en cuerdas que ni siquiera el canciller pueda romper con fuerza bruta. Astrey disfruta de cómo se resiste, cómo intenta contrarrestar la magia con la suya propia, pero su demonio no es tan fuerte.

El chasquido de huesos al romperse se mezcla con los gritos del hombre, pero nadie hace nada por detenerlos. Algunas caras se giran hacia otro lado, intentan ignorar lo que pasa ante sus ojos. Otros rostros están fijos en el nuevo Portador, que ni siquiera ha

necesitado poner en marcha el Amuleto y que no pierde la sonrisa pacífica mientras ve sufrir a su contrincante.

Astrey aprieta un poco más las cuerdas. Le molestan los gritos, así que supone que en algún momento dejará de emitirlos.

Un poco más.

Un poco más.

Un poco…

—Astrey.

Elira está detrás de él y le ha colocado una mano sobre el hombro.

«No la escuches. Devorémoslo».

El espíritu siente la boca seca. Es consciente de las uñas de su prometida sobre la ropa, nota cómo las clava en su piel. Es consciente del dolor de su enemigo y siente una satisfacción insana cuando este deja los ojos en blanco y calla, lo que hace que el salón del trono se suma en un silencio sepulcral.

Si solo apretase un poco más…

No es Elira quien se lo impide, sino la explosión.

El estallido no ocurre en el salón del trono, pero aun así resuena entre sus paredes, más allá de las vidrieras. Fuerte, aterrador, capaz de hacer temblar los cristales que quedan. Y no es solo uno. Apenas un segundo después de que escuchen el primero, llegan los demás. Dos. Cuatro. Seis. Los gritos llenan la estancia, junto con el pánico, a medida que lo hacen las detonaciones. Astrey se tensa y vuelve en sí de golpe, se gira hacia Elira, que lo observa con los ojos muy abiertos, tan sorprendida como él. A su alrededor, la gente se encoge por instinto, esperando un ataque que no llega. Porque el palacio está a salvo. Sigue siendo tan inexpugnable como siempre.

Lo que sea que haya ocurrido, ha ocurrido más allá de esos muros.

Astrey se fija en las ventanas a tiempo de ver cómo el cielo comienza a pintarse con columnas de humo.

—¿Qué demonios…?

Es Elira quien comienza la pregunta, pero él no tiene respuestas. Lo único que sabe es que no puede quedarse quieto. Si se trata de un ataque, tiene que descubrir su alcance y de dónde proviene. ¿De sus invitados? No, no tiene sentido. Si cualquiera de ellos fuera el culpable, si lo hubieran considerado débil a causa de sus propuestas de paz y reforma y hubieran querido conquistar la capital, el palacio estaría bajo asedio. Los ha dejado entrar. Quizá ha sido un error. Quizá tendría que haber hecho las cosas de otra manera. Quizá debería haber sido más aterrador, como insistía su demonio. Como Iraides. Como su padre. Quizá…

Sus pensamientos los detiene la puerta del salón, que se abre de golpe. Se tensa hasta que se da cuenta de que solo es una bruja de la Guardia Imperial. Tiene unas inmensas alas extendidas, el rostro manchado de hollín y los ojos aterrados de quien acaba de ver a la mismísima Muerte.

—Majestad —jadea—. Los celestiales están atacando la ciudad.

ASTREY

Damira arde.

Astrey aprieta los dedos alrededor de la balaustrada, con los ojos puestos en la ciudad, en el caos que se escapa de sus manos, que amenaza con engullirlo todo. En cuanto la guardia le ha dado las noticias, él ha traspasado el umbral por su lado para aparecer ahí, en el punto más alto del castillo. Por un momento, ha pensado que las figuras en las calles, armadas con faroles y magia, eran un ejército extranjero, pero no: es su propio pueblo. Las tropas de los celestiales parecen invisibles y, como todo enemigo que no puedes ver, eso los convierte en los contrincantes más temibles.

—Se han vuelto locos.

No sabe cuándo lo ha seguido Elira, pero ahora está a su lado y ambos contemplan los fuegos que se divisan aquí y allá iluminando la noche. Algunos son consecuencia de las explosiones, de esos edificios que se caen y, como el inicio de un efecto en cadena, se llevan consigo todo lo que hay a su alrededor. El olor del humo llega hasta ellos, carga el aire. Aunque las llamas se pueden apagar y él mismo ve cómo van desapareciendo poco a poco, por cada incendio

que se controla surge uno diferente en otro punto de la ciudad. El viento arrastra cenizas que se le pegan en la ropa y en la piel.

—No se han vuelto locos: saben perfectamente lo que hacen.

Y ese es el problema. Astrey puede adelantarse a sus enemigos si los conoce, puede intentar adaptar sus acciones a las reacciones de otro, pero lo que lo deja desubicado es que hayan sido capaces de sorprenderlo. No tiene un plan, aunque se le tiene que ocurrir uno rápido porque esto, al igual que el desafío de Ronan, mina su autoridad. Necesita detener a los celestiales, necesita poner a su pueblo a salvo, necesita…

Necesita sentir que vuelve a tener el control.

Vuelve atrás. Una hora podría ser suficiente.

El Amuleto le quema sobre el pecho, demasiado tentador. Lo suficiente, de hecho, como para tardar más de lo que le gustaría en responder con un «no».

—No tiene sentido, dijeron que querían la paz.

—Ese era su discurso antes de que les provocáramos, Elira. Quizá están haciendo esto como respuesta a nuestras peticiones.

Elira aprieta los dientes. Es obvio que está enfadada, pero también tan sorprendida e incrédula como él.

—¿Crees que quieren el Amuleto?

Los dedos de Astrey rozan el objeto. Arde contra su palma, tanto que le parece que va a dejar grabados sobre su piel todos los símbolos que adornan su superficie.

Pero no lo vas a permitir, ¿verdad?

«Son ellos o tú».

Van a por ti, pero no han dudado en hacerles daño a los tuyos. Si les das la oportunidad, te quitarán lo que más quieres.

«Destrózalos, igual que ellos están destrozando la ciudad».

Conviértelos en polvo.

«Que ardan. Que sepan lo que se siente».

Úsalos en tu beneficio.

Las dos voces hablan cada vez más alto, la una por encima de la otra, ahogando el resto de sonidos, la lógica, sus propios deseos.

—Iré a buscarlos entonces. —Astrey no sabe si está hablando con la mujer que está a su lado o con las dos conciencias que intentan controlarlo—. Si lo quieren, tendrán que luchar por él y por él morirán. Le enviaré sus cenizas a su reina.

Y después irá a por ella. A por su Consejo. A por cada celestial que se oculta tras esas malditas murallas y cree que sus actos sobre el mundo al otro lado de sus murallas no tendrán consecuencias.

—Astrey.

La garra de la bruja vuelve a estar en su hombro y su nombre de sus labios es un intento de hacerle entrar en razón. Cuando él la mira, casi espera encontrarse una mueca en su rostro. Espera que le diga que no lo haga, que se tranquilice. Espera que lo obligue a detenerse y pensar. No va a intentar convencerlo de que la venganza no es la solución, porque ella conoce esas ansias tan bien como él, pero sabe que no quiere que juegue con el presente y el pasado.

Sin embargo, parece que los celestiales no son los únicos que van a sorprenderlo esta noche. Elira no lo mira con horror, sino seria. En su expresión hay una advertencia, no una prohibición.

—No uses el Amuleto sin tener claro de dónde sacar el tiempo. No quieres provocar un desastre como el del teatro de Ilan. Nadie respetará a un emperador que destruye su hogar, por mucho que sea intentando protegerlo.

Astrey ya sabe todo eso, pero agradece el recordatorio, porque sus palabras son lo único que lo obligan a soltar el Amuleto. A recordarse que solo él está al mando.

—Por supuesto, mi emperatriz.

—Me adelantaré para reconocer el terreno desde el aire. Necesitamos ubicar a los culpables cuanto antes. —Su prometida se acerca para rozarle el rostro con sus dedos bestiales y Astrey ladea la cara hacia su caricia. Aunque el gesto es dulce, las miradas de ambos son feroces—. Ten cuidado, pero no piedad. No se la han ganado. Justicia y venganza.

Astrey gira la cara y besa la palma de esa garra con la misma suavidad con la que ella lo ha tocado.

—Justicia y venganza —susurra contra su piel.

Elira da un paso atrás antes de desplegar las alas y subirse a la balaustrada de un solo salto. Como si fuera una gárgola más de las que decoran el castillo, se agazapa antes de saltar. Normalmente, Astrey se quedaría a verla planear y remontar en el aire, admiraría la forma en la que se convierte en el ave más hermosa y letal que ha existido, pero esa noche no lo hace. En lugar de eso, traspasa la puerta y sale al jardín. La mayoría de sus invitados ya han abandonado el palacio, pero algunos todavía están allí, aguardándolo: Garnet, Lilac, Tamir y Denna esperan justo al lado de la puerta; Chadia y su séquito, junto a Ratna Adisen y los suyos, no están mucho más lejos. Lo que le sorprende es encontrar también a un grupo de mercaderes y un par de nobles.

—¿Cómo podemos ayudar? —se apresura a preguntar Garnet.

—Estamos a vuestras órdenes, emperador —confirma la canciller de Calais.

Astrey observa a los diferentes grupos. Una parte de él considera que debería encargarse de esto solo, pero sabe que ser un líder significa también saber aprovechar los recursos. Si solo corriese peligro su integridad, rechazaría la ayuda. Pero hoy es su pueblo el que debe ser protegido. Y no todo el mundo en Damira es brujo. No todo el mundo en Damira puede defenderse por sí solo.

Su mirada cae primero sobre los amigos de su prometida.

—Denna, Tamir. Elira se ha adelantado, coged a Shiraz y encargaos de cubrirla. —Aunque Denna no suele estar de acuerdo con él, en esa ocasión no duda en asentir y es la primera en ponerse en marcha. Tamir le da un beso rápido a Garnet y otro a Lilac antes de apresurarse a seguirla. Astrey se gira hacia el resto—. Los demás nos dividiremos en grupos. Chadia, Garnet, conmigo. Lilac, en vuestra comitiva hay necromantes, ¿verdad? Necesito que te ocupes de gestionar toda la ayuda posible para los heridos. El resto, encargaos del fuego. Evitad que se extienda y apagadlo allá donde podáis. Traed aquí a todo el que lo necesite: incluso si el resto de Damira ardiese, el fuego no podrá traspasar estos muros.

—¿Y qué hay de los celestiales? ¿Qué hacemos si nos encontramos con alguno?

Es Ratna Adisen quien lo pregunta y el emperador es consciente de que esa es otra prueba, de que todos los presentes le prestan atención. Lo están estudiando para ver si duda, si le tiembla la voz, si ha podido trazar un plan o sigue tan perdido como cuando ha oído las explosiones.

No titubea. Por primera vez, las tres voces dentro de él están de acuerdo.

«Úsalos». *Úsalos*. Sí. Va a usarlos.

—Los quiero vivos. A todos y cada uno de ellos. —Una lengua bífida le humedece los labios antes de sonreír—. Van a sernos muy útiles.

ELIRA

Los celestiales se han cansado de convertir a todos aquellos que no comparten su fe y ahora van a destruirlos sin preguntar. Esa es la única conclusión a la que llega Elira mientras vuela sobre Damira, porque por lo demás la situación no tiene ningún sentido. Si alguna vez hubieran querido enfrentarse directamente al Imperio, lo habrían intentado mucho antes, cuando ni siquiera era tan arriesgado porque Iraides de Odelia no tenía en su poder el Amuleto del Tiempo. La estrategia que han elegido parece más bien una provocación para usarlo. Un acto suicida, impulsivo, demencial. En siglos de historia, los celestiales jamás se habían atrevido a nada semejante.

Claro que tampoco se habían atrevido a intentar extender sus territorios. Hasta hace no tanto, sus murallas siempre se habían mantenido estables, delimitando su pequeño espacio protegido. Quizá ese cambio les haya envalentonado. Quizá su reina se siente tan atada al poder que se ha vuelto loca por las ansias de mantenerlo y ampliarlo, pero eso no encaja con lo poco que sabe de Ammarah de Daiva. Nathan habló alguna vez de ella y la describió como una persona creyente, pero no fanática. Dulce, incluso

divertida, alguien que no esperaba gobernar tan joven. Cuando las primeras noticias de los avances de los celestiales llegaron, a él le pareció inconcebible que su antigua prometida hubiera permitido algo así. Y la carta que recibieron hace tan solo unos días rezumaba miedo y arrepentimiento, no odio.

Entonces ¿cómo han llegado a este punto?

Elira no es capaz de dejar de pensar en ello mientras sobrevuela la ciudad herida. El humo nace en puntos diseminados que le dejan claro que es un ataque muy organizado. Los celestiales se han colado en la ciudad, se han extendido por ella como una plaga y las explosiones resultan imposibles de prever. Es irónico, considerando lo mucho que desprecian al dios de los brujos y los demonios, pero su avance es tan caótico como si pertenecieran a sus filas en lugar de a las de Destino. Ni siquiera ve túnicas blancas por ninguna parte: todo lo que encuentra es el gris del humo, el negro de la noche, el rojo y el naranja del fuego. Desde las alturas, Elira ve cómo los ciudadanos intentan ponerse a salvo, cómo se ayudan entre ellos. Pese a la distancia, huele su miedo. Que nadie sepa dónde va a caer el siguiente ataque significa que no pueden contraatacar, que no pueden protegerse. Si lo supieran, podrían cambiar la materia a su antojo y aplastar a sus enemigos, pero no pueden hacer nada contra sombras intangibles.

Tienen que encontrar a los culpables.

Cueste lo que cueste, tienen que detener el ataque.

Un nuevo estallido demasiado cerca la sobresalta. Su mirada sigue el sonido a tiempo de ver el siguiente edificio que cae y se derrumba en medio de una humareda que cubre el cielo y lo llena del olor a ceniza y fuego. Al principio solo es capaz de fijarse, horrorizada, en

la gente que se aleja del lugar del incidente en un intento de ponerse a salvo. Es toda una estampida, aunque sus movimientos son más erráticos. Hay personas que se quedan descolgadas del grupo y algunas que caen y no se vuelven a levantar, pisoteadas por el resto. Elira oye que los chillidos de miedo y de agonía avanzan, mientras que el silencio es lo único que queda en la zona del derrumbe: quienes se encuentran bajo la piedra ya ni siquiera podrán gritar.

Con la sangre ardiendo en las venas, la bruja busca un rastro, una pista de los culpables, y lo encuentra en las calles aledañas, en un grupo de personas cubierto de arriba abajo con ropas negras. No parecen heridas ni estar huyendo para ponerse a salvo, sino que se mueven en sincronía, organizadas, sin el pánico espoleando sus pies. Si escapan, no lo hacen de las explosiones: corren seguros de que a ellos no van a hacerles daño. Demasiado seguros.

Sin pensarlo, Elira sacude las alas y se lanza de cabeza hacia ellos.

El grupo deja escapar exclamaciones ahogadas cuando les corta el paso. Debajo de las capas llevan armas y Elira no siente demonios en su interior, pero lo que le confirma que se encuentra ante celestiales es el tirón que siente de inmediato en su interior.

El exorcismo empieza tan rápido que apenas es capaz de asimilar el ataque. Nota a su demonio gruñir desde dentro y un fuego abrasador que le nace en las muñecas, allí donde comienzan sus garras. El gemido que se le escapa suena a pájaro herido, pero no se permite dudar: con un batir fuerte de sus alas, se echa encima del hombre que ha comenzado la oración. Cae sobre él con fuerza, igual que un ave rapaz y hambrienta caería sobre una presa.

Las palabras se apagan cuando le clava las uñas en la garganta.

Cuando Elira levanta la cabeza, los ojos le brillan como dos soles rojos en medio de esa noche ahumada.

—¿Alguno más quiere intentar eso?

Los celestiales han retrocedido y se miran entre sí antes de que uno dé la orden:

—¡¡¡Dispersaos!!!

Elira entrecierra los párpados mientras todos sus contrincantes huyen en diferentes direcciones, sin preocuparse por su compañero caído. En otras circunstancias, le parecerían cobardes, pero en esta ocasión tiene claro que no están escapando solo por supervivencia. Es parte de la estrategia. Separados, perdidos entre las calles cambiantes, pueden seguir provocando el mismo caos que estaban generando hasta ahora.

Así que va a tener que cazarlos uno a uno.

Con el chillido de un águila encajado en la garganta, Elira sacude las alas, extiende las garras y elige a su primera víctima. No le da ninguna oportunidad: se lanza hacia ella y se mancha las uñas de sangre cuando la agarra de los hombros y la hace caer al suelo con dureza. La capucha le cae hacia atrás y descubre a un chico joven, demasiado, que la mira con los ojos muy abiertos por la sorpresa y el miedo. Trata de comenzar una oración, pero se detiene de inmediato en cuanto ella alza una de sus garras en actitud amenazante.

—Ya has visto cómo le ha funcionado eso a tu compañero. Si quieres tener alguna oportunidad de salir vivo de aquí, te aconsejo que respondas a mis preguntas.

El celestial no vuelve a intentar exorcizarla, pero la sonrisa temblorosa que se le extiende por los labios le indica que no se toma

su amenaza en serio. O quizá no le importe. A lo mejor todos han aceptado esa misión siendo conscientes de que quizá fuera la última.

—No pienso decirte nada, bruja. Vuestra ciudad está perdida. Por fin vais a tener vuestro merecido. Por fin, después de siglos, los celestiales vamos a erradicaros. Vamos a…

Ella hace una mueca. La parte más bestial de su interior quiere cortarle el cuello solo por ese discurso, pero se contenta con clavarle las uñas en el costado y disfrutar del grito que lanza.

—¿Cuántos sois? ¿Qué queréis? ¿Habéis venido solo a destruir la ciudad? No sois tan estúpidos como para pensar que podéis conquistarla, ¿verdad? Vuestras murallas son impenetrables, pero también lo es nuestro castillo. Nunca lo haréis caer y menos con una artimaña tan sucia como esta.

Pese a su expresión de dolor, el celestial extiende la sonrisa. Tiene la mirada encendida, desquiciada, como si encontrara esa situación muy entretenida.

—¿Y quién necesita hacer caer el castillo? No hará falta si quienes se esconden en él vienen a buscarnos.

Una trampa. Han utilizado el ataque como un señuelo para que todo el mundo saliera del palacio. No, no a todo el mundo. Tal vez solo les importa una persona. Quizá ni siquiera eso. Quizá solo les importe un objeto.

—Venís a por el Amuleto.

—El Amuleto del Tiempo es la herencia de Santa Aiva, que luchó y mató por nosotros, así que ahora nosotros luchamos y matamos por ella. —El fervor recubre sus palabras, le ilumina la cara—. Su reliquia volverá al Sacro Reino. Así lo ha decretado Destino.

Elira no sabe de dónde saca el puñal, solo que de pronto un filo le corta la cara. El dolor es un latigazo que la obliga a encogerse, le arranca un gruñido y la ciega por unos segundos que el celestial aprovecha para revolverse y escapar de su agarre. Para cuando alza la vista, con el rostro empapado de sangre y la herida abierta cruzándole la expresión, su contrincante ya se ha puesto en pie y la señala con el acero de la espada que se apresura a desenvainar.

A su espalda, un rayo ilumina el cielo, rápido, fugaz, y convierte su silueta en una sombra amenazante.

—Este es el principio de una nueva era, bruja. —Su sonrisa parece un cuchillo más—. Ammarah de Daiva va a cambiar el mundo.

Elira entrecierra los ojos, con la sangre empezando a gotear sobre su vestido de gala. Quiere saltar sobre el celestial. Quiere devolverle el golpe y marcarle la cara con las uñas igual que él ha marcado la suya y acabar con sus gritos después al clavarle las garras en el corazón.

Pero no se mueve. No lo necesita.

—Estamos en el principio de una nueva era, sí. Pero tú no vivirás para verla.

El celestial frunce el ceño justo antes de que suene el trueno y una sombra se descuelgue del cielo como el siguiente rayo.

Shiraz, con las alas recogidas y el pico dispuesto, cae sobre su víctima con un graznido que suena a tormenta.

Su presa apenas tiene tiempo de gritar antes de que le desgarre el cuello.

—¡¡¡Elira!!!

Ella aparta la vista del elir y su víctima para fijarse en Denna y Tamir, que entran en el callejón a toda prisa. Su amigo hace una

mueca en cuanto la ve y se apresura hacia ella para ayudarla a ponerse en pie.

—¿Estás bien? —pregunta Denna, agitada, unos pasos por detrás.

—Le han herido en la cara —responde Tamir—. No hacía falta que te hicieras una herida tan fea para ser una emperatriz temible y respetada, ¿sabes, Eli?

Elira se pasa una mano por el rostro en un intento de limpiarse la sangre, pero el corte es profundo y tocarlo solo consigue que le escueza más.

—Las cicatrices visibles siempre cuentan buenas historias —masculla—. Seguro que podemos inventarnos una para la que me quede.

Tamir extiende su sonrisa de zorro, divertido por la idea, pero Denna hace un mohín de disgusto.

—Este no es momento para bromas.

La necromante se apresura a extender las manos hacia ella y palpar la herida con los dedos pese al siseo que deja escapar su amiga. Shiraz deja el cuerpo del celestial inerte en el suelo y se acerca a ellos también. El gorjeo que emite, mientras camina en círculos inquietos a su alrededor, deja claro lo preocupada que está.

La ciudad sigue siendo un caos. Los estallidos continúan a lo lejos y Elira siente que el ruido del fuego y los gritos le late detrás de las sienes, pero decide concentrarse solo en los silbidos de Denna y en la manera en la que la música se mezcla con el sonido de la lluvia que empieza a caer. Su melodía, demasiado pacífica en medio de un mundo en guerra, le resulta tan reconfortante como que la herida comience a cerrarse. La ayuda a calmarse, a poner en orden unos pensamientos que no dejan de correr en todas las direcciones.

Necesita un rumbo. Necesita saber qué hacer a continuación. Necesita una estrategia, porque es obvio que sus atacantes han pensado mucho en la suya.

—¿Dónde está Astrey?

—Ha salido del palacio junto con Garnet y la canciller de Calais. Nos hemos dividido en grupos para ayudar y ha dado órdenes de…

Un gemido interrumpe a Denna y consigue que todos se giren hacia el cuerpo tirado en el suelo, solo unos pasos más allá. El celestial sigue vivo, pese a descansar sobre un charco de su propia sangre, y Shiraz eriza las plumas en cuanto lo ve moverse, preparada para rematarlo.

El hombre gira la cara para mirarlos.

Elira se tensa en cuanto ve su sonrisa empapada de carmín. Entiende lo que va a hacer solo un segundo antes de que saque una esfera blanca y brillante de entre sus ropas.

—Que Destino me guíe hasta su Corte.

—¡¡¡Cuida…!!!

El resto de la advertencia queda ahogada por la explosión.

ASTREY

Astrey no recuerda haber estado en las calles de Damira cuando era pequeño. Su mundo se reducía al palacio y, desde que ha vuelto a él, se ha mantenido entre sus muros, como su padre solía hacer la mayor parte del tiempo. En el castillo está todo lo que el monarca de Odelia necesita. Desde el castillo puede ver esas calles siempre que le plazca o asomarse a los confines del Imperio con solo rozar el cristal de las ventanas.

Aun así, pese a no haberlas recorrido más que para ir desde la entrada de la ciudad al palacio durante la Noche de las Bestias, el emperador estaba convencido de que conocía la capital de Odelia. Ha estudiado los planos de cómo se construyó, la ha observado desde el punto más alto de palacio día y noche. Pero, a la hora de la verdad, ese lugar es un laberinto. Las calles estrechas se suceden, las cuestas se convierten en escaleras, en callejones sin salida, en patios improvisados y jardines ocultos. Aunque no se mueve por sí misma, la ciudad está viva. Y ahora, malherida.

Han llegado a una zona en la que hay poco más que ascuas que todavía humean y escombros que tienen que apartar o saltar para seguir avanzando. Los adoquines están llenos de madera quemada,

piedras, cristal. Los vivos han huido y han dejado atrás a quienes no podían salvar. Las telas que se han puesto alrededor de la boca no los ayudan a respirar tanto como esperaba y debajo de ellas se cuela el olor a piras funerarias, a carbón, al hollín y la ceniza que van removiendo a su paso. Astrey está seguro de que oye a la ciudad agonizar, de que la respiración que le resuena en los oídos es la de una criatura que habita bajo los adoquines, que sufre por cada habitante caído, por cada incendio, por cada llama que baila e intenta saltar de casa en casa.

Al ritmo de ese corazón que aletea bajo el suelo, con la desesperación de un loco o un enfermo, las dos voces dentro de él siguen hablándole, haciéndose más fuertes a cada paso.

Úsame. Acaba con esto. «Úsalo. Destruye a tus enemigos». *Úsame.* «Destrózalos». *Úsame.* «Hazles pagar». *ÚSAME.*

—Astrey.

El Portador asiente ante la advertencia de Garnet. El grupo se detiene, parapetado entre los restos de lo que debió de ser una tienda. El frontal de cristal ha desaparecido y lo único que queda son esqueletos de estanterías y pilas sin forma de lo que fuera que vendieran. El cartel sobre la puerta está completamente negro, colgado de forma precaria de una sola cadena. Unos pasos por delante, las sombras se mueven con sigilo. No es un grupo demasiado grande, pero se dividen al llegar a una encrucijada. Lo hacen sin mediar palabra, observando los gestos silenciosos de uno de los encapuchados. Debe de ser quien está al mando de la pequeña tropa. También es la única silueta que se marcha sola, echando un leve vistazo sobre el hombro antes de echar a correr.

—Chadia, derecha. Garnet, izquierda. Yo seguiré de frente —murmura Astrey.

Sus acompañantes no lo cuestionan. Si alguien piensa que es una locura que se marche solo, no lo mencionan. El grupo de Calais con el que van se divide para poder seguir a Chadia y Garnet y, sin hacer ruido, como si caminaran por el aire, avanzan. El emperador es el último en ponerse en marcha. Sus pasos sí hacen ruido, la cadencia del tiempo resuena en cada uno de sus golpeteos contra el suelo. *Úsame.* «Mátalos». *Úsame.* «Véngate». *Úsame.* «Aplástalos». Intenta ignorarlos, pero las palabras le resuenan en el pecho, se le meten bajo la piel. Trata de escapar de ellas, así que acelera. Sabe que no debe poner el Amuleto en marcha sin tener un plan. Sabe que Elira tenía razón cuando le pidió precaución, cuando le recordó que su magia puede destruir más que ayudar.

El espíritu se detiene de pronto cuando, al girar una esquina, se da cuenta de que delante de él solo hay un callejón sin salida. El muro es demasiado alto y liso como para que un celestial lo haya escalado en tan poco tiempo, así que mira hacia atrás buscando una alternativa.

No le da tiempo a nada más que a apartarse.

Una sombra se lanza a por él con una espada en alto. El arma no lo roza, pero oye el silbido del acero al cortar el aire, más cerca de lo que le gustaría. Con la respiración atrapada en la garganta, se lanza al suelo para esquivar un segundo golpe y rueda. Aprovecha el impulso para ponerse de pie justo cuando el hombre se gira hacia él. El cielo se ilumina con un rayo y Astrey ve el atisbo de una expresión satisfecha.

—Empezaba a pensar que no saldrías de tu palacio, Portador.

El brujo aprieta los dedos alrededor de la piedra que ha tomado del suelo al levantarse. Es pesada, no muy grande, pero se ajusta a su mano cuando la transforma en un cuchillo. Es un pobre sustituto para un arma de verdad, pero le sirve por el momento.

—¿Quién te envía, celestial? ¿Tu reina o tu dios?

Al guerrero la pregunta parece hacerle gracia. Sin embargo, en lugar de hablar, aprieta la empuñadura de su espada y se lanza de nuevo a por él. Esta vez, Astrey no se aparta. Clava los talones en el suelo y deja que la piedra que tiene entre los dedos reciba el golpe, aunque le resuena en cada hueso. Su demonio gruñe. El Amuleto arde. Bajo los pies del emperador, los adoquines respiran y se transforman, tratan de hacer que el atacante trastabille, pero este se separa antes de acabar en el suelo.

—¿Quién te envía? —repite.

El celestial aparta la vista hacia el cielo. Es un instante tan corto que el espíritu podría habérselo imaginado, sobre todo cuando su atacante apenas tarda en volver a por él. Esta vez, sin embargo, está preparado. Las paredes del callejón se mueven, se hacen más estrechas. Una de las grandes piedras que forman los muros se desprende y sale despedida hacia el celestial, que tiene que lanzarse al suelo para esquivarla.

—¡¡¡Ahora!!!

Astrey no entiende lo que ocurre hasta que nota el tirón. Su demonio se revuelve, le clava las uñas por dentro, le hace daño. No. No es la criatura que hay en su interior. Sorprendido, alza la vista y descubre las sombras que se retuercen en los tejados que rodean el callejón. Son varias, cinco, puede que seis, pero sus cuerpos no

resultan tan amenazantes como sus voces, que llegan hasta él como un coro.

No necesita entender lo que dicen para saber que lo están exorcizando.

Es una sensación angustiante, como si alguien estuviera apuñalándole los pulmones desde dentro para impedirle respirar, como si le cogieran el corazón con las manos y apretasen. Astrey ni siquiera es capaz de pensar, porque solo siente el dolor que tira de él en todas las direcciones y el grito de su demonio en su interior. El celestial que está en el callejón aprovecha la distracción para arremeter contra él. La única razón por la que la herida no es mortal es porque Astrey se aparta a tiempo, pero no lo suficiente: el corte le abre un tajo en la pierna, su sangre mancha los adoquines y el dolor que siente dentro del cuerpo se junta con el de fuera.

No sabe si cae por el golpe o por el exorcismo, pero las piernas le ceden y las rodillas encuentran un suelo que empieza a humedecerse con las primeras gotas de lluvia. En alguna parte, lejos, se escucha otra explosión. Quiere pedir ayuda, gritar, pero le cuesta respirar. Le cuesta enfocar. Debajo de su piel, su demonio lucha por anclarse a sus huesos, empuja para meterse bajo su carne. Siente que quiere tomar el control, pero no puede y es agónico, porque son uno, siempre han sido uno, y lanzarlo fuera de su cuerpo significaría destruirlo también a él.

Úsame.

«Sí».

Los pasos del celestial armado se acercan a él.

Úsame.

«Sí».

Siente una arcada. La cabeza ligera. Jadea. Todos sus músculos se tensan, resistiéndose a que le roben lo que le pertenece. Sabe que tiene que detenerlo, tiene que hacer algo, pero no puede moverse, no puede…

—Hoy acaba tu reinado, Portador.

Úsame.

«Sí».

Sí. Lo que sea.

Otro estallido, pero esta vez viene de él. El poder le atraviesa como un latigazo, un empujón que le recuerda que solo él tiene el control de todo, que no necesita a nadie más para darle al mundo la forma que se le antoje.

Con un suspiro de alivio, el tiempo se detiene y Damira se queda en silencio.

El Portador necesita un momento para recuperar la respiración, para que el mundo que lo rodea recupere su consistencia y la imagen ante sus ojos deje de bailar. A su alrededor, las gotas de lluvia se han quedado detenidas de camino al suelo, el humo que no le dejaba respirar se convierte de pronto en una niebla que puede apartar con las manos. Bajo la piel, el corazón le late con la fuerza de un tambor, pero al menos la presión que notaba contra los huesos ha desaparecido. Sus músculos, poco a poco, se relajan. La parálisis se vuelve un temblor en cada extremidad.

El demonio se asienta de nuevo en su interior, furioso, hambriento, vengativo.

«Mátalos. Mátalos a todos».

Quiere hacerlo. Quiere dejarse llevar por la ira, por el instinto. Quiere que los celestiales paguen por su dolor, por la herida que le

han infligido a Damira, por estropear la que podría haber sido la noche de su victoria. Cuando se pone en pie, inestable, con la pierna sangrando, sabe que nada le causaría más satisfacción que convertir en polvo a sus atacantes. No. Necesita que su muerte sea lenta y dolorosa. Necesita que tengan tiempo de arrepentirse de todos sus crímenes. De entender que cada acción tiene una consecuencia. Necesita enviarle un mensaje al mundo.

Delante de él, el celestial armado, el único que no estaba pronunciando el exorcismo, tiene la espada en alto, preparado para luchar o para matarlo. Reconoce el hambre de poder cuando la ve y ese hombre está famélico. Probablemente le piquen los dedos por las ansias de hacerse con el Amuleto.

Bien, pues esta noche probará en sus propias carnes todo lo que es capaz de hacer su codiciado talismán.

Con un gesto, Astrey convierte el acero de la espada de su enemigo en unas cadenas pesadas que serpentean por los brazos de su atacante. A los demás, los que están en las alturas, los amordaza con sus propias ropas, a pesar de que su demonio insiste en que debería cortarles la lengua y dejar que se desangren. Pero los necesita. Le pidió a los suyos que le llevaran vivos a los celestiales y eso piensa hacer él también.

¿Eso es lo que quieres? Véngate ahora. Demuéstrales que tú también puedes hacer milagros. Que eres más dios de lo que Destino será nunca.

El brujo siente ganas de sonreír.

«No esperes. Mátalos ahora. Cada instante que mantienes el tiempo parado…».

En eso su demonio tiene razón: no debería entretenerse. Los celestiales han destruido la ciudad, pero el Amuleto se encargará de terminar el trabajo si sigue arrebatándole segundos al mundo que lo rodea.

El Portador acaricia el borde del reloj, que arde como si tuviera una llama dentro. En cuanto lo hace, los sonidos vuelven a trompicones, igual que la brisa. El fuego todavía crepita en la distancia y hay alguna última explosión que retumba de forma definitiva. Si quedan celestiales corriendo por esas calles, espera que los atrapen o que tengan el juicio suficiente para escapar.

Delante de Astrey, el líder se tambalea bajo el peso de sus cadenas. Se mira la mano vacía con los ojos muy abiertos y tiene que ser consciente de que se acabó.

Cuando el emperador lo agarra de la barbilla y aprieta los dedos sobre su mandíbula, el hombre hace el ademán de escapar. No puede. El suelo se le ha cerrado alrededor de los pies y lo ha enterrado hasta los tobillos. Está tan atrapado como si estuviera convirtiéndose en una estatua.

Quizá erija una con lo que quede de sus huesos cuando acabe con él.

—Sea quien sea quien os haya enviado aquí, os quería muertos —murmura el espíritu. Sus dedos bajan hasta la cadena que cuelga sobre el pecho del celestial y se la arranca de un solo tirón—. Y yo me voy a encargar de que así sea.

Cuando cierra el puño alrededor del medallón con el ojo de Destino, lo único que cae de entre sus dedos es una arena finísima y brillante, oro convertido en poco más que polvo.

Con el grito de su enemigo, la ciudad empieza a temblar.

El celestial todavía no ha pagado su precio, pero el Amuleto del Tiempo comienza a cobrarse el suyo.

ELIRA

Es el temblor lo que la hace volver en sí. Lo siente por debajo del cuerpo, en sus propios huesos, en la cabeza, que le duele como si alguien estuviera intentando aplastársela con las manos. Antes de abrir los ojos, lo único que oye es un pitido constante, un sonido afilado que lo llena todo. Sigue ahí cuando entreabre los párpados y ve el caos de ruinas que la rodea, cuando se incorpora con el cuerpo ardiendo y descubre el humo que la envuelve. Está herida, sepultada entre piedras que le pesan por todas partes: sobre la espalda, en las piernas, en el brazo izquierdo. Gruñe, o cree hacerlo. No lo sabe. No escucha nada más que ese ruido agudo y constante, ni siquiera a sí misma. Tarda unos segundos en disipar la confusión, en recordar lo último que ha pasado.

La explosión.

En cuanto se acuerda de lo que ha pasado, la incomprensión da paso a la agonía y a la angustia. No sentiría tanta si no fuera consciente de que no estaba sola cuando el celestial hizo estallar su explosivo. Denna. Tamir. Shiraz. Todos estaban con ella, pero no es capaz de ver nada más que humo y restos del edificio que tenían

cerca cuando consigue incorporarse un poco. No hay nadie a su alrededor.

El mundo sigue temblando y Elira sabe lo que eso significa, pero ni siquiera tiene tiempo de preocuparse por ello.

Aprieta los dientes antes de concentrar su magia para librarse de los restos que amenazan con aplastarla. Poco a poco, los sonidos vuelven, amortiguados, lejanos. El cuerpo le duele como si se lo hubieran roto en mil pedazos y los trozos no fueran a recomponerse jamás. Está segura de que tiene huesos partidos, el pecho le arde, respirar resulta agónico y no es capaz de estirar la pierna derecha, pero no importa. No importa. Tiene que levantarse. Tiene que encontrar a sus amigos antes de que la fuerza del Amuleto derrumbe más edificios. Tiene que sacarlos de ahí.

—¡Tamir! ¡Denna! ¡Shiraz!

Un gorjeo le responde. Elira se apresura a girarse a su izquierda y descubre al elir junto a Tamir, unos pasos más allá. El brujo está cubierto por una de las alas de la criatura, como si el ave hubiera intentado protegerlo, pero ni siquiera eso ha evitado que se le haya abierto una brecha en la cabeza. La bruja quiere apresurarse junto a ellos, pero moverse le resulta una tortura. Aunque intenta desplegar las alas, la espalda le duele tanto cuando lo intenta que abandona la idea y se obliga a avanzar sobre la pierna sana, casi arrastrando la otra.

—¡Aguantad, ya voy!

La respuesta de Shiraz es otro sonido que Elira apenas consigue oír, pero se aferra a que sigue viva y se apresura. Cuando consigue llegar hasta ella, se deja caer en el suelo y hace acopio de todas sus fuerzas para convocar su magia y quitarle las piedras que se han

derrumbado sobre el elir. La sangre le apelmaza las plumas, aunque consigue recogerlas, así que supone que está bastante entera. En un gesto de cansancio, se acurruca contra Tamir, hacia quien la bruja también se inclina con miedo. Está herido, tan manchado de polvo y sangre como ella, pero el pulso le late con fuerza en el cuello.

—¡Tamir! ¡Tamir, despierta!

El brujo gruñe y, tras apretar los párpados, abre los ojos. Aunque por lo general nunca deja ver su miedo, esta vez Elira lo distingue con claridad en el fondo de sus pupilas cuando la enfoca. Todo su cuerpo habla de terror, desde las orejas gachas que se le pegan contra la cabeza hasta la forma en la que la cola se le enreda alrededor del cuerpo, como si quisiera protegerse. Jadea, angustiado, y se lleva una mano a la cabeza.

—¿Eli…?

—Estoy aquí. Estás bien. Estamos bien. —Elira no tiene claro si se lo dice a sí misma o a Tamir y Shiraz, pero las lágrimas están a punto de ganarle la batalla. Al menos ahora son solo de alivio—. Tenemos que encontrar a Denna.

Tamir asiente casi por inercia, desorientado. Shiraz responde con un graznido y trata de echar a volar, pero el ala herida no le responde como debería y solo es capaz de alzarse un poco antes de rendirse y dejarse caer de nuevo entre las ruinas.

Elira se da cuenta solo entonces de que el mundo ha dejado de temblar.

La bruja mira a su alrededor para asegurarse, buscando el rastro de un nuevo desastre. Sin embargo, nada ha cambiado demasiado. Aunque Astrey ha utilizado el Amuleto, no debe de haberlo hecho durante el tiempo suficiente como para causar demasiados estragos,

o quizá tan solo lo haya puesto en marcha lo suficientemente lejos de donde están como para que las consecuencias no les afecten. Tiene ganas de buscar a su prometido, de comprobar qué ha ocurrido. No sabe qué puede haberlo obligado a usar el Amuleto, pero tenía que estar en apuros para hacerlo. O eso espera. No lo habría usado si no hubiera sido necesario. No sin pensar. No sin tener claro de dónde sacar el tiempo…

¿Verdad?

El sonido de unos escombros al removerse un poco más allá interrumpe el hilo de sus pensamientos.

—Denna.

El nombre es un jadeo en su boca mientras Tamir la ayuda a levantarse y ambos se adelantan en dirección hacia el ruido. A ella el cuerpo le sigue ardiendo con cada paso que da, se siente tan agotada que le cuesta usar la magia para apartar las piedras que se interponen en su camino. Cuando encuentran a Denna, ella también está medio sepultada entre los restos de la explosión. Tiene los ojos cerrados, pero saben que todavía está viva porque la ven mover la cabeza.

Tamir y Elira se apresuran a apartar todos los escombros que la rodean. A la bruja se le hace un nudo en el estómago en cuanto ve las piernas desfiguradas de su amiga, una doblada en un ángulo antinatural y la otra completamente aplastada. Los huesos ensangrentados asoman entre la carne rota. Tienen que encontrar un necromante. Tienen que darse prisa, pero Denna se pondrá bien. Tiene que ponerse bien.

Elira siente que la angustia le espolea el corazón cuando se inclina sobre ella.

—¡Denna! Denna, ¿me oyes? Vamos a sacarte de aquí. Tamir, ayúdame, vamos a levantarla. Cargaremos con ella y…

—Eli.

Tamir parece un poco más pálido, horrorizado, pero no se fija en las piernas, sino en el charco de sangre que nace justo debajo de la cabeza de la necromante. Es una mancha carmesí que no deja de crecer, que empapa la piedra y cubre el mundo con su textura espesa. Elira siente que se ahoga en cuanto la ve. Es como si la sangre se le metiera por la nariz y por la boca y le impidiese ver o sentir cualquier otra cosa. Está por todas partes. Está por todas partes y la marea y le da ganas de vomitar. Pero no pasa nada. No pasa nada. Ellos también están heridos y están vivos. Las heridas en la cabeza a menudo parecen mucho más catastróficas de lo que son. A veces sangran demasiado y hace que todos pierdan la perspectiva, pero todo está bien. Todo está bien. Todo está bien.

—Denna —jadea—. Denna, dime algo.

La mujer aprieta los párpados con fuerza.

—Elira.

Ella deja escapar una risa estrangulada, inquieta, incluso si la necromante habla tan bajo que tiene que acercar la oreja a sus labios para escucharla.

Está bien. Está bien, está viva. Está bien.

—Estoy aquí, Denna. Vamos a sacarte de este lugar, ¿de acuerdo? Vamos a ponerte a salvo y…

—No… dejes que lo use.

—¿Qué?

—Conmigo… No dejes que lo use.

Elira tarda en comprender lo que dice. Es como si de pronto Denna hubiera decidido hablarle en un idioma que no reconoce, como si las palabras se hubieran desnudado de significado. No tiene ningún sentido, porque siempre se han entendido. Llevan años juntas, la una al lado de la otra. No siempre están de acuerdo, pero siempre se han acompañado, se han apoyado. Siempre han sabido leer incluso los silencios de la otra.

Así que lo peor es aceptar que sí que la entiende. Precisamente porque la conoce, porque sería capaz de desentrañar todo un mensaje solo observando su rostro u escuchando el ruido que hace al caminar, sabe lo que Denna quiere decir. Está hablando de Astrey. Está hablando del Amuleto, pero no tiene ningún sentido que lo haga, porque para que alguien usara el Amuleto del Tiempo con ella, ella primero tendría que morir.

Y no va a morir.

No puede morir.

Elira traga saliva y acomoda el cuerpo de su amiga entre sus brazos, lo estrecha hasta que siente cada uno de sus recodos contra el suyo. La sangre le mancha las mangas, se extiende por su vestido destrozado, le corre por la piel. En un intento de detenerla, lleva la mano a la cabeza de su amiga, buscando la herida para cubrirla. Solo tiene que parar la hemorragia. Solo tiene que evitar que su diosa se la lleve.

—No digas tonterías, Denna —responde, casi sin aire. Tamir da un paso atrás, pero Elira quiere exigirle que no se aleje, que no se atreva a rendirse—. ¿Me oyes? Estás viva. Estás aquí. Estamos contigo.

La necromante asiente con un leve movimiento. Gira el rostro hacia ella, con cuidado, y dibuja una sonrisa pequeña, de las que no suele enseñarle a casi nadie. Hay una lágrima descolgándose de sus pestañas.

—Ella también está aquí. Ha venido a por mí. La veo, Elira. A ella… A ella sí puedo verla.

Elira abre mucho los ojos y alza la vista. Busca por todas partes, desesperada, pero ahí solo están ellos. Ese cuerpo entre sus brazos, Shiraz justo a su lado, Tamir a su espalda. No hay nadie más. No puede haber nadie más. Sobre todo, no puede estar *ella*. No justo junto a ellos. No cuando tendría que estar acompañando otros cuerpos, recogiendo otras almas en medio de toda esa destrucción, saltando de cadáver en cadáver, comiéndose los últimos latidos de cientos de corazones. Sí, es innegable que Muerte tiene que estar ahí, en alguna parte, atraída por todas esas vidas que se extinguen y que no llegarán a ver un nuevo amanecer con los mismos ojos que tienen ahora.

Pero no puede llevarse a su amiga.

Elira vuelve la vista hacia Denna. Siente que se traba. Siente que se queda sin aire (es el dolor en las costillas, solo eso) y que no va a ser capaz de hablar, pero lo intenta.

—Estamos solos, Denna. N-Nadie va… Tu diosa no…

La necromante niega. No parece que pueda mover el cuerpo más allá de ese pequeño gesto, pero aun así hace un esfuerzo por extender la mano y Elira se apresura a estrecharle los dedos entre los suyos. Denna ni siquiera le devuelve el apretón.

—Está aquí. —Su voz suena tan rota como sus huesos—. Está justo a mi lado. Me ha concedido un deseo.

—No. No, Denna, escúchame. —Elira toma aire, pero siente que no es suficiente. Se le va. Se le va el aire y se le va ella. A lo mejor tenía aliento gracias a Denna y quizá, si ella se marcha, no sea capaz respirar nunca más—. No puedes dejarme. Tienes que quedarte a mi lado. Necesito que te quedes a mi lado. Ibas a casarme. Ibas a…

Iba a seguir acompañándola, como su amiga, como su consejera, como su voz de la razón. Su parte más lógica, más firme, la que la mantenía anclada a la tierra. Una cosa es estar lejos de ella durante unos días y otra, perderla para siempre. No puede. No puede vivir sin ella. No sabe en qué se puede convertir sin ella.

A su espalda, oye el sollozo de Tamir y siente ganas de girarse hacia él y gritarle que no puede llorar. No puede llorar, porque hacerlo significa aceptar que la muchacha con la que ambos han crecido los va a dejar. Y no va a hacerlo. No va a irse. No puede irse.

Pero Denna también llora. A Denna la sonrisa se le mancha de lágrimas.

—Me ha dejado despedirme. Ese… Ese era mi último deseo.

Elira odia que se le empañen los ojos. Odia el sollozo que le rompe la voz. Odia saber que ella misma se está rindiendo, que cuando la agarra con más fuerza ya no es para levantarla, sino solo para sentir que todavía puede aferrarse a ella un poco más. Solo un poco más. Al menos unos segundos más.

—Denna, por favor.

—Este mundo… Este mundo será mejor en mi próxima vida gracias a ti, Elira. Gracias… a todos. Hicimos que importara, ¿verdad? Hicimos… Hicimos que esta vida importara.

—Claro que sí. —Elira aprieta los dientes, se inclina sobre ella, apoya su frente contra la suya. Le duele el cuerpo, le arden las heridas, pero no es nada en comparación con lo que se le hace trizas por dentro—. Claro que sí, Denna. Nunca… Nunca habría llegado tan lejos sin ti. No puedo… No puedo ir más lejos sin ti. Por eso, por favor… *Por favor…*

Shiraz deja escapar un graznido tan triste que un rayo despierta en el cielo. Lo parte en dos mientras la lluvia arrecia. Le cala los huesos. Le empapa la ropa y le limpia la cara hasta que el llanto y el agua son la misma cosa, indistinguibles la una de la otra.

Por fin, Denna consigue apretarle un poco los dedos.

Su sonrisa empapada es la más tranquila que le ha dedicado nunca.

—Lo harás bien, Elira. Lo harás bien.

Después, la presión sobre su mano desaparece. La sonrisa sigue ahí incluso después del último suspiro.

Elira abre la boca.

Un trueno se traga su grito.

ASTREY

—Parece que estos son los últimos.

Ratna Adisen obliga a un par de celestiales a postrarse en el suelo. Tienen la cara llena de golpes y la ropa rajada, pero están vivos, tal y como Astrey pidió, así que el brujo asiente.

Las explosiones se han detenido al fin. Si queda algún invasor en Damira, o ha decidido esconderse o ha considerado que era mejor huir. La lluvia empieza a amainar, como si hubiera sido una advertencia del peligro, y los rayos ya no parten el cielo con esas pinceladas de colores.

Ante Astrey aguardan poco menos de cincuenta prisioneros. Aunque se lo ha pensado mucho, ha decidido no llevarlos al castillo: ese lugar será mucho mejor escenario para lo que tiene pensado. Quiere que la gente vea lo que va a hacer. Quiere que todo el mundo sea testigo de su plan y, como si hubiera escuchado sus deseos, el pueblo ha empezado a invadir la plaza poco a poco. Brujos, necromantes y laicos por igual no solo comparten espacio, sino el sentimiento de odio hacia sus atacantes. La Guardia Imperial permanece en tensión, custodiando a los presos, pero el emperador es consciente de que no temen tanto que se escapen como que la

gente decida tomarse la justicia por su mano. Porque el pueblo está descontento, como indican los retazos de conversaciones que escucha:

—Deberíamos sepultarlos entre los edificios, igual que han hecho ellos con nosotros.

—¿Y si están haciendo lo mismo en otras ciudades en este momento?

—¿Los ha enviado su dios?

—Esto es culpa del nuevo emperador. Con Iraides nunca ocurrió nada parecido.

—Es porque tiene el Amuleto del Tiempo. Ese objeto solo nos traerá problemas.

—¿A qué estamos esperando? Deberíamos estar vengándonos.

—¿Va a usarlo? ¿Va a arreglar algo de lo que ha causado?

Sí, Portador, ¿vas a arreglar algo? Sería muy sencillo. Si volvieses al principio de la noche...

Pero para arreglar lo que ha ocurrido no serviría con volver al principio de la noche. Eso solo empeoraría las cosas. Nathan retrocedió mucho menos en Ilan y aun así destrozó un cabo entero. Si usase el Amuleto para volver tan atrás, Damira pagaría por cada minuto arrebatado. Y, por otro lado, de esa manera la gente no sabría jamás hasta dónde son capaces de llegar los celestiales. Solo lo sabría él, solo existiría su palabra y ninguna prueba de su ataque. Ahora, en cambio, todo el mundo ha podido comprobar lo que ha pasado. Todo el mundo sabe, igual que lo sabe Astrey, que el Sacro Reino ha resultado ser una amenaza mayor de la que nunca habían considerado.

Y todo el mundo quiere que pague tanto como él.

No. Su plan es otro. Uno que implica a los celestiales que esperan en esa plaza, indefensos y amordazados. Les han atado las manos y tienen las rodillas hundidas en la piedra, sin posibilidad de moverse. La mayoría tienen manchas oscuras que destacan contra el negro de sus trajes deshilachados, que dejan ver parte de los golpes y cortes a los que han sido sometidos la mayoría. Algunos bajan la cabeza, con las lágrimas empapándoles los rostros, y el emperador supone que rezarán a su dios, arrepentidos. Otros tienen la vista fija al frente y la mirada desafiante de quien no lamenta nada.

El Portador está seguro de que el desafío les durará lo que tarden en darse cuenta de cuál es su destino. Y si no ha empezado todavía es porque no quiere hacerlo sin *ella*, aunque su demonio proteste y su gente se impaciente.

—Deberíamos comenzar, majestad —murmura Chadia.

No, necesita un poco más. Necesita…

—Astrey.

Garnet le pone la mano en el hombro. Cuando se gira hacia eir, el espíritu de Ilan le hace un gesto hacia la multitud, que se aparta para dejar paso a una figura cabizbaja. Elira está empapada y cojea. El vestido que lleva está desgarrado y manchado de sangre, tanto que el elir bordado en la falda resulta casi irreconocible. A su lado, Shiraz camina en vez de volar, arrastrando la punta de las alas por el suelo como si no tuviera la fuerza necesaria para alzarlas.

Un par de pasos por detrás, Tamir camina con lentitud, lastrado por el peso del cuerpo inerte que lleva entre los brazos. Astrey tarda un instante de más en darse cuenta de que se trata de Denna, porque no parece ella. Nunca le había parecido tan pequeña, tan frágil, como ahora. Es como si se hubiera quedado dormida contra el

pecho de su amigo, con la cabeza apoyada en su hombro. Está tranquila, ajena a todo.

El espíritu no se mueve cuando Garnet echa a correr para ayudar a Tamir, porque solo tiene ojos para su prometida, para la forma en la que las sombras se van apartando de sus mejillas gracias a las luces de la plaza y le muestran el claro rastro que las lágrimas han dejado en su rostro. Cuando Elira alza la vista, sus ojos naranjas están bordeados de rojo. Tiene los labios apretados en dos finas líneas y la expresión más desoladora que le ha visto jamás.

A Astrey la verdad le resulta tan inconcebible que siente que es el último de la plaza en aceptarla. En cuanto lo hace, sin embargo, se olvida del resto del mundo, porque su lugar está junto a Elira. Por un momento, la plaza se queda vacía y en silencio cuando se apresura hacia ella y toma su rostro. La bruja tiene las mejillas frías y húmedas y una cicatriz le atraviesa media cara, pero no parece ser capaz de reaccionar. Solo lo mira, vacía, temblando, y lo único que él consigue decir es:

—¿Cómo?

No lo entiende. No entiende nada.

A Elira le cuesta encontrar las palabras.

—Un celestial usó uno de esos explosivos. Todo… Todo se vino abajo.

Astrey sabe que no es una historia muy diferente a la que contarían los cadáveres que salpican las calles de Damira. Sabe, también, que Denna solo es uno más de los nombres que se han pronunciado esa noche entre lágrimas. Pero los otros nombres no los conoce. Y aunque Denna y él siempre han sido polos opuestos, el espíritu siempre ha pensado que en el fondo estaban del mismo

bando, que podían convivir. Pese a sus choques, ambos habrían hecho cualquier cosa por Elira.

—Lo arreglaré.

Es una promesa a media voz, pero no por ello menos real. Sabe que puede hacerlo y es lo mínimo que puede ofrecerle a la necromante, pero también a Elira. Hará que el dolor que siente desaparezca. Ya han llorado demasiado a sus familias, no tienen que perder a nadie más.

Pero Elira ya está negando y apartando el rostro antes de convocar la respuesta:

—No.

Astrey acaricia el aire un momento más antes de dejar caer las manos.

—Sí. Puedo hacerlo. Haré que vuelva. Haré que…

—Ella no quería. Me pidió que me asegurase de que no usases el Amuleto con ella.

El Portador siente que los labios le tironean en una mueca parecida a una sonrisa. Está a punto de replicar, está a punto de decir que no tuvo tiempo de pensarlo, que nadie en su sano juicio rechazaría… Pero esto, en realidad, ya estaba hablado de antes. Recuerda a Nathan, en el refugio, preguntándoles si querrían ser salvados por el Amuleto. Recuerda la negativa de Denna, firme y resuelta como ella. A Astrey le pareció una respuesta estúpida, como estúpida le resulta ahora su decisión de no querer volver. De no querer vivir. Suena a que se rinde.

Pero nunca le pareció que Denna fuese una persona derrotista.

Si volvieses atrás, no tendrías por qué cumplir con su petición. Nadie lo recordaría, Portador. Solo tú sabrías lo que ha pasado. Podrías

revertir este desastre.

No puede decir que no se sienta tentado. Si activara el Amuleto, Elira no tendría que vivir con el dolor. Nadie tendría por qué hacerlo. Lo único que tendría que recordar de esa noche es la felicidad de sus manos entrelazadas, de los tronos a sus espaldas. Si volviera atrás Tamir no tendría que cargar con el cadáver de su amiga, Garnet no tendría que estar consolándolo. Si volviese atrás, esa plaza estaría tranquila, silenciosa, y la gente estaría durmiendo en su casa, ajena a cualquier peligro. Nadie recordaría el temor. Nadie se ahogaría en la rabia, en el sufrimiento, en el duelo.

Todo estaría…

No. No estaría bien. El Amuleto solo intenta engañarlo. Quiere que piense que no va a haber un precio, que imagine un mundo que no existe.

—Está bien, prometo no traerla de vuelta. —Su prometida se destensa un poco, como si una parte de ella hubiera estado esperando que le llevase la contraria—. Pero hay mucha gente que no quería morir esta noche, así que espero que entiendas que no puedo quedarme de brazos cruzados.

Elira lo observa entre las pestañas, cauta. Es obvio que está debatiéndose, pero ni siquiera ve en ella todo el rechazo que esperaba.

—Ya lo has usado.

—Era una cuestión de vida o muerte.

No necesita explicarle más sobre lo que ha pasado. Supone que lo ve en su aspecto. En que lleva la ropa sucia y rota, que el tajo que le han hecho en la pierna ya no sangra, pero le ha manchado los pantalones y la herida se ha recubierto de una costra que le tira de

la piel cada vez que da un paso. No se ha visto en un espejo, pero sabe que no tiene buen aspecto y que usar su magia, luchar y permanecer en pie durante tantas horas tiene que estar dejando marca en su rostro.

Eso por no hablar de lo que nadie ve. Del dominio que tiene que mantener para manejar esa lucha interna con las dos voces que siguen asediándole la mente.

—¿Y ahora? —pregunta Elira.

—Ahora todo está bajo control. Voy a solucionar esto.

La bruja no parece convencida, pero no pone en duda ni una sola de sus palabras. Astrey se pregunta hasta qué punto cree en lo que dice y hasta qué punto es de pronto consciente de todos los ojos que hay sobre ellos. De toda la gente que aguarda, de los celestiales arrodillados, de los cancilleres y de la Guardia Imperial.

—Espérame aquí.

El beso que deja sobre su boca es rápido, apenas una presión antes de alejarse para subirse al borde de la fuente que corona ese espacio abierto. Solo necesita un gesto de su mano para que la fuente se alce un poco más, para que todos los presentes puedan verlo. Él también quiere observarlos a ellos. Quiere grabarse cada rostro herido y cubierto de cenizas. Quiere mirar en sus ojos llenos de dolor y desconfianza y demostrarles todo lo que puede hacer por ellos.

Ya ha convencido a las élites en palacio, pero esto le servirá para convencer al pueblo. Por eso es mejor que el tiempo siga su curso. De las peores desgracias a veces surgen las mejores historias. Y él se va a encargar de que todo el mundo recuerde esa.

—¡Pueblo de Damira! —clama—. Esta noche nos ha puesto a prueba a todos. Los celestiales nos han atacado y han abierto una herida en nuestra tierra para la que no estábamos preparados, aunque vuestra fuerza ha quedado más que demostrada: nuestros enemigos nos han subestimado. Os han subestimado a vosotros, que habéis luchado, habéis salvado, habéis sido heridos y os habéis levantado. Os han subestimado al pensar que la destrucción y la desesperanza serían suficientes para romperos como pueblo, como comunidad. Y me han subestimado a mí, porque han desafiado mi autoridad y han creído que dejaría que me arrebataran el Amuleto del Tiempo.

Astrey aprieta el objeto que brilla sobre su pecho. Todavía lo siente templado, pero ya no le quema los dedos. Las manecillas han vuelto a quedarse quietas, a la espera.

Quienes no esperan son los ciudadanos. Sus murmullos se convierten en gritos osados cuando menciona el Amuleto. Cuando se lo enseña. Los ojos que lo enfocan no lo miran con codicia, sino con miedo. Con asco. Quizá todavía puedan ver la sombra del Inmortal en su superficie brillante. A lo mejor esa noche les ha despertado un nuevo terror: que sus vidas sean sacudidas por algo que ni siquiera tienen en sus manos.

Lo entiende. Entiende su rechazo, igual que entiende que aún no saben lo que ese objeto puede hacer por ellos. Por eso alguien grita:

—¡Quizá deberían habértelo quitado!

Y otra persona responde:

—¡Esto es tu culpa! ¡Nunca nos habrían atacado si no fuera por el maldito Amuleto!

Y una última, coreada por un montón de voces más, replica:

—¡Con Iraides jamás estuvimos en peligro!

Astrey sabe que las comparaciones son inevitables, pero odia que piensen que esa mujer hizo las cosas mejor de lo que puede hacerlas él.

Pero está bien. Va a demostrarles lo equivocados que están.

—Este objeto no es solo mío —les dice—. Lo llevo yo al cuello porque tiene que haber un Portador, pero está a vuestro servicio. Y los celestiales me han dado una oportunidad de demostrároslo. —Hace un ademán hacia sus presos, que miran a su alrededor con ojos aterrados o desafiantes—. No puedo borrar la herida. No puedo hacer que olvidéis, no puedo devolveros todo lo que se ha perdido hoy. Tendremos que trabajar en reconstruir la ciudad, en limpiar las calles. Pero os puedo devolver a los vuestros. Puedo borrar la muerte o, al menos, sacrificar el tiempo de nuestros enemigos para recuperar el que han robado.

Astrey deja que las palabras calen, que se metan en la cabeza, en el pecho de todos los presentes. Recorre los rostros conocidos (la calma de Chadia, el recelo de Ratna y la conformidad de Garnet) y se detiene en la expresión de Elira. Ve la sorpresa en medio de la tristeza que todavía gobierna su expresión, pero también la comprensión. La satisfacción, incluso, cuando entrecierra los ojos. No va a prohibirle hacer lo que tiene en mente. Quiere verlo. ¿Y por qué no iba a hacerlo? Le dijo que no usara el Amuleto si no tenía muy claro de dónde sacar el tiempo, pero ahora tiene años enteros a su disposición. Es un precio justo. Y ella siempre ha querido justicia.

Justicia y venganza.

Por Denna, pero también por todos los que no tienen nombre.

—Traedme a vuestros muertos —anuncia a la multitud—. Sacadlos de debajo de las piedras, recogedlos de las calles. Yo me encargaré de que vuelvan a respirar, de que podáis abrazarlos de nuevo. Todo el que quiera ser salvado tendrá la oportunidad de revivir.

Hay un momento de pausa en el que la plaza entera se queda en silencio y aguanta la respiración. Después, alguien se mueve entre la multitud. Una persona se desprende del público y se marcha corriendo, desesperada por aferrarse a esa pequeña posibilidad. Le siguen cinco, diez, veinte personas más. De pronto, todo el mundo se está moviendo. En sus pasos hay urgencia, pero no es la misma prisa de cuando escapaban del ataque y del fuego. Es la prisa de la esperanza, de las ganas de creer. Su emperador les ha prometido un imposible, pero no hay nada que deseen más que confiar.

—Si pones en marcha ese maldito objeto, Destino te lo hará pagar.

Astrey mira al único preso al que no han amordazado, el único que ya no es un celestial, de hecho, porque él mismo deshizo su medallón con magia. Se ha negado a responder a sus preguntas, pero parece que sigue teniendo opiniones sobre el camino que recorren los demás.

—Pues que venga. Le estoy dando tiempo para que baje y os salve. Que se enfrente a mí. —El Portador baja de un salto de la fuente, todavía acariciando el borde del Amuleto, y alza la voz hacia el resto de daivenses—: Rezad. Pedidle un milagro y veamos si os lo concede. Pero mi apuesta es que, esta noche, el único milagro vendrá de mi mano. Y será para mi pueblo.

Es curioso cómo los mortales siempre se creen con la potestad de decidir quién vive y quién muere. Una vez más, un Portador escoge a quienes deben salvarse y sacrifica a otros para traerlos de vuelta. Ese es el problema con el Amuleto del Tiempo: como si estuviera maldito por las últimas decisiones de Chronos, les hace creer que tienen más poder del que en realidad tienen, que pueden hacer tratos conmigo a los que yo nunca he accedido.

Las almas que llevo entre los brazos titilan.
Algunas desean volver atrás, otras están demasiado cómodas contra mi pecho, pero no podría decir cuántas van a arrebatarme y con cuántas podré quedarme. Quizá algunas se vayan simplemente para volver a mí en unos días, incapaces de ajustarse a vivir de nuevo.

Desde las alturas, me limito a observar, a seguir con la vista a quienes corren por las calles, a quienes se agrupan para quitar escombros, a quienes desentierran cuerpos irreconocibles con la esperanza de que alguien los restaure, a quienes arrancan los cadáveres de las calles como si fueran flores que trasplantar para que vuelvan a abrirse. Los crujidos de las ruedas de los carros empiezan a sonar y alguien decide apilar carne y huesos en ellos como si fueran fruta madura. Niños, adultos, ancianos e incluso animales se recolectan y se llevan hasta la plaza donde espera el Portador. Allí tumban a sus seres queridos en el suelo y contemplan la obra que han creado con ayuda de los celestiales. Una obra roja,

llena de sangre, de miembros rotos, de rostros desfigurados, de huesos resquebrajados que asoman entre la piel.

Es una imagen tan hermosa como macabra, una que los vivos no olvidarán mientras respiren, pero que los ayudará a darse cuenta de lo frágil que es la diferencia entre un corazón que late y uno que ha dejado de hacerlo.

Desde las alturas, observo.

Sé el momento exacto en el que la leyenda del nuevo emperador de Odelia comienza.

ASTREY

Los minutos se van desgranando mientras los vivos llevan a sus muertos a la plaza. Astrey no es consciente de cuánta gente ha caído hasta que los carros comienzan a llegar y, uno por uno, van abandonando los cuerpos en el suelo. Diez, treinta, cincuenta… Más de un centenar de cadáveres riegan los adoquines con su sangre. A esos se le siguen sumando decenas y, finalmente, el emperador decide que va a necesitar más tiempo. Por eso envía a Chadia y a los suyos a palacio. A su lado, Elira, más quieta que nunca, le lanza una pregunta sin palabras que él responde sacudiendo la cabeza. Su mano busca la de ella. Sabe que cuando se queda así callada es mejor no presionarla, así que no lo hace. Se dedica a acompañarla en su tristeza, mientras el cuerpo de Denna, apartado de los demás, descansa cerca de ellos. Realmente parece dormida. Parece que fuera a despertar en cualquier momento, aunque con cada instante que pasa es más difícil que lo haga.

Al final, Chadia vuelve. Tras ella, Ronan Fiasen y su pequeño grupo de sublevados avanza bajo la atenta mirada de los calenses, enredados en su férrea magia para que no hagan ninguna tontería. El lastre de los grilletes debe de pesarles en las muñecas. Los de

Eirwynn fruncen el ceño al ver la colección de cadáveres y a los celestiales, que se dividen entre los que rezan con los ojos cerrados y el cuerpo inclinado hacia el suelo o con la cara levantada hacia el cielo, los que lloran y los que se han acabado resignando. Su jefe, el hombre sin medallón, tiene la vista perdida en el suelo, como si estuviera muy lejos de allí.

—¿Qué significa esto? —pregunta Fiasen.

Astrey ni siquiera cambia su expresión.

—He encontrado una utilidad para ti y para los tuyos, Ronan.

El canciller de Eirwynn está demasiado confuso como para ofenderse de que se dirija a él por su nombre de pila.

—No pienso ayudarte, bastardo. Tú solo te has metido en este lío.

—Ah, pero la decisión no depende de ti. —El espíritu se encoge de hombros—. Así me aseguro de que vuestra muerte sirva para algo.

Astrey señala los muertos con la cabeza y Fiasen no necesita decir ni una palabra más para saber a qué se refiere. El grupo hace tintinear las cadenas de los grilletes cuando intentan moverse hacia el emperador, pero los calenses ya se han ocupado de mantenerles los pies pegados al suelo.

—No. —El rostro de Ronan se contorsiona en una mueca angustiada—. No, espera. Estábamos en nuestro derecho a desafiarte. La ley funciona así.

—La ley también dice que el vencedor puede hacer lo que quiera con el vencido, ¿no? Y yo elijo usaros como tiempo para los que ya no lo tienen.

¿Y no tienes tiempo suficiente delante de ti para volver atrás? ¿No sería más efectivo? Empieza la noche de nuevo, sin que nadie te desafíe. Puedes borrarlos de la historia. Puedes reescribirla.

Astrey frunce el ceño ante la voz.

«No. Dales una lección. Que todo el mundo sepa lo que pasa cuando se te reta».

El asentimiento que hace es casi imperceptible. Sí. Su demonio tiene razón. Está haciendo esto para asegurarse de que hay justicia y eso implica enseñar lo que les pasa a los enemigos de Odelia. No con los suyos, esto no lo hace por una cuestión de orgullo, sino porque tiene que proteger a su pueblo.

Entonces esto debería ser solo el principio, ¿no? ¿Es suficiente con deshacerte de estos celestiales? Otros vendrán detrás. Otros buscarán venganza.

«No si vamos nosotros a por ellos primero».

Sus ojos se detienen sobre los prisioneros. Eirwynn no le preocupa, porque tiene pensado asignar un nuevo canciller, alguien en quien sepa que pueda confiar, pero el Sacro Reino es un problema que escapa a su control. Uno que amenaza con hacerse cada vez más y más grande si no tiene cuidado. Ammarah de Daiva es una enemiga que ha permitido lo que ha ocurrido esa noche. Ella es la raíz de toda esa destrucción, de toda esa muerte.

Si no acepta apartarse del trono, quizá tenga que obligarla.

—¿Astrey?

Elira le aprieta la mano y estudia su expresión, pero él sacude la cabeza. Las voces se han vuelto a callar en cuanto su prometida ha pronunciado su nombre, pese a que estaban hablando más alto que cualquiera de las quejas de Fiasen y sus hombres.

—Sí. Todo bien. Solo quiero que se acabe ya esta noche.

Como si el cielo hubiese escuchado su deseo, una leve palidez empieza a aparecer más allá de la línea que dibujan las casas contra

el firmamento. Pronto amanecerá y, como si la capital de Odelia lo supiera y celebrase el fin de una pesadilla, todo el mundo se empieza a congregar alrededor de la plaza. Todos los cadáveres se han recuperado y cubren el suelo alrededor de la fuente, mientras los vivos se amontonan en los bordes, apretándose contra las fachadas de las casas que siguen en pie, desbordándose por las calles aledañas. Algunos incluso se han subido a los tejados, otros abarrotan los balcones y las ventanas.

Nadie quiere perderse lo que va a ocurrir allí y, al mismo tiempo, Astrey ve rostros que todavía dudan, que temen. No los culpa: mucha de esa gente no ha escuchado más que cuentos de terror sobre el Amuleto. Muy pocos habrán visto cómo es cuando se pone en marcha.

Pero él está dispuesto a mostrarles un lado mucho más amable de su poder.

—¡Pueblo de Damira! —brama desde el mismo lugar que ocupaba hace unas horas—. ¡Hoy nos han atacado, han creído que podrían acabar con nosotros! Pero esta afrenta también servirá para que le demostremos a todo el mundo que, mientras estemos unidos, nada ni nadie podrá vencernos. Ni siquiera la muerte.

No espera más. El tiempo es un bien preciado y él se ha cansado de perderlo, así que simplemente alza el Amuleto. Las manecillas ya están girando y hay exclamaciones de sorpresa, expectación y pánico a partes iguales. Aun así, la realidad es que la mayoría de los presentes no pueden apartar la mirada de esa joya, de sus movimientos, de su brillo. Incluso el Portador se siente un poco hipnotizado. No tanto por la visión como por el poder que le corre por dentro, que se mezcla con la sangre de sus venas, que enciende

una chispa en su pecho. Esta vez no estalla. Esta vez intenta mantener el control, dominar la corriente de energía. No se puede desperdiciar ni uno solo de los segundos a su alcance, no puede permitir que el sacrificio que va a hacer no sea suficiente.

Esta vez, usar la magia del tiempo se siente como enhebrar una aguja y empezar a dar puntadas muy prietas, precisas, las necesarias para arreglar una seda que se ha rasgado. El hilo es el tiempo de los celestiales, de los brujos de Eirwynn que han osado enfrentarse a él. Cada hora de sus vidas está destinada a volver atrás el reloj de uno de los cadáveres que motean las calles. Y, con cada instante que se trasvasa de un cuerpo a otro, el mundo cambia. Los rostros de los prisioneros se transforman ante los ojos de todos, se llenan de arrugas, se consumen poco a poco. Sus ropas se ajan, como si los años pasaran por los tejidos, y los medallones de los celestiales, esos objetos que les prometían la entrada al plano de su dios, se resquebrajan cuando el emperador decide que también robará su tiempo. Por el contrario, los cadáveres que ellos mismos han creado se retuercen y la dureza de los músculos se va ablandando. Los huesos rotos se recomponen, la piel abierta se cierra. Uno por uno, los corazones detenidos vuelven a latir y los pechos se expanden para recibir el aire que les ha faltado en las últimas horas. Las bocas se abren para volver a respirar. Los párpados se apartan y los muertos vuelven a ver.

Una por una, el Portador arranca las almas de la gente de Damira de los brazos de Muerte y, a cambio, le entrega aquellas que no merecen vivir más.

Astrey respira hondo y cierra los ojos, dejándose mecer por el poder, por la sensación de que todo está en su lugar. Sus manos lo

están arreglando todo. Resulta adictivo, igual que lo es saber que la gente lo admira. La herida de su pierna desaparece sin dejar rastro con un solo pensamiento; el cuerpo de Elira se remienda; Shiraz deja escapar un graznido cuando se da cuenta de que puede estirar las alas. Si tuviera más tiempo entre sus manos, si pudiera deshacerse de alguien más, recompondría cada edificio, llevaría cada piedra de nuevo a su sitio. Pero sabe que no está en su poder. El carrete de hilo que está usando ya casi ha llegado al final, pero no necesita más.

Podrías hacer tantas cosas, si no tuvieras miedo de ponerte límites...

Quiere decirle que no se está poniendo límites, que el mundo los tiene, pero no lo hace. Se esfuerza en luchar por mantener la calma, por mantener el control, aunque el Amuleto no deja de susurrarle posibilidades, arreglos que podría hacer con *solo un poco más de tiempo, unos minutos de cada persona presente. Ni siquiera lo notarían. Podrías alargarte la vida un poco cada vez, alargársela a tu prometida. Asegurarte de que se queda contigo para siempre. Porque la necromante podría haber sido ella. Podría haber muerto esta noche. Todos podrían haberlo hecho.*

Astrey jadea, pero se aleja del flujo de magia, le pide que se detenga. Abre los ojos de pronto y las manecillas se paran tras un último empujón, dejándolo desorientado. Mientras el Portador trata de recordar dónde está, quién es, Damira entera vuelve a contener la respiración. Todas las miradas están puestas sobre él, que deja caer de nuevo el Amuleto sobre su pecho.

Sobre sus cabezas, el cielo pálido se ilumina a medida que el sol asoma en el horizonte.

En el suelo, quienes han vuelto a la vida parecen tan confundidos como su sonrisa, que es débil, menos que nunca un escudo y más un gesto con el que intenta convencer a todo el mundo de que todo está bien.

Todo está bien. Lo ha reparado todo. Ha remendado el mundo con tanto arte que ni siquiera se ve su mano en él. El polvo de los cuerpos que ha destruido se mezcla con la ceniza que cubre el suelo cuando el viento empieza a soplar. Los atacantes de esa noche no son más que un mal recuerdo. Lo ha conseguido. La muerte ha intentado tocar su reino otra vez, igual que hizo cuando solo tenía cinco años, pero esta vez la ha expulsado. No ha conseguido recuperar a su madre e incluso si Nathan vuelve con el cuerpo de su tío lo más probable es que también sea incapaz de recuperarlo a él, pero ha podido salvar a todas esas personas que, cuando abren los ojos, sí que saben quiénes son, dónde están, cuáles son sus vidas.

Saben quién es él. Saben que los ha salvado.

—¡Larga vida al emperador!

El primer grito le sorprende. Viene de una mujer que llora sobre el cuerpo de un niño pequeño, que lo abraza mientras el chiquillo intenta comprender qué sucede a su alrededor, por qué lo último que recuerda es estar en su casa, durmiendo, y ahora está ahí. No debe de ser mucho mayor de lo que él mismo era cuando lo obligaron a huir de su hogar.

—¡Larga vida al Resurrector! —clama una voz todavía más fuerte.

Astrey es incapaz de ubicar a la primera persona que utiliza ese título, pero pronto se convierte en un eco en medio de la algarabía de gritos, llantos y celebraciones. «Resurrector», dicen con orgullo,

con asombro, con satisfacción. «Resurrector», susurran en los oídos de los que han vuelto a la vida, para explicarles lo que ha pasado.

El espíritu respira hondo mientras el reino corea su nombre. En su interior, su demonio se acomoda, satisfecho, pero él solo es capaz de volver la mirada hacia el mismo lugar de siempre, a ese rostro que lleva años buscando, a veces de forma inconsciente. Elira también lo está mirando. No sonríe. De hecho, tiene lágrimas en los ojos y sabe que está triste, que no va a poder quitarse de encima ese sentimiento en mucho tiempo. Que probablemente querría estar abrazando a Denna igual que lo hace la gente que ha recuperado a los suyos. Pero, pese a la pena y el cansancio, su prometida asiente y le tiende la mano para ayudarlo a bajar del borde de la fuente. Él se aferra a esos dedos mientras los vítores llueven sobre él, mientras se gana los corazones que ha conseguido que vuelvan a latir, pero también los del resto de los presentes.

No ha estado mal, le concede el Amuleto. *Pero el problema de los milagros es que para ser un dios necesitas más de uno. ¿Es eso lo que quieres, Portador? ¿Convertirte en un dios?*

No, claro que no. Eso es lo que han intentado otros Portadores antes que él. Ese es el peligro del que siempre le advertía Elira cuando hablaba del Amuleto.

«Tú no eres como los demás Portadores. Tú buscas el bien de tu pueblo. Buscas crear un mundo mejor».

Sí, es exactamente eso…

Entonces tendrás que evitar que lo de esta noche se repita.

«Tendrás que salvar a todos del peligro que acecha».

Astrey aprieta la mano de su prometida. Mientras alza sus dedos entrelazados al cielo y el pueblo los aclama es consciente de que

está dispuesto a cualquier cosa para conservar esa felicidad, esa paz que otros intentan arrebatarles.

En un mundo ideal, los dioses son justos. Los dioses diseñan milagros para quienes los merecen.

Y eso es justo lo que van a hacer.

ELIRA

Elira no derrama ni una sola lágrima durante el entierro de Denna. Deciden honrarla así, dándole sepultura, porque, aunque todos son brujos, saben que es lo que ella habría querido. Aun así, no está segura de que le hubiera gustado el sitio que eligen para ella. Los jardines de palacio son un lugar donde la naturaleza es falsa, fabricada, hecha de metal en vez de verdadera vida. Quizá por eso la orliana ha querido que fuese justo ahí. Porque si Astrey y ella van a rediseñar el mundo, si van a alumbrar uno nuevo, si han llegado al trono de Odelia para hacer que Evren se sacuda de arriba abajo, quizá también deba hacerlo el que va a ser su hogar. Quizá sea hora de que todo cambie, incluido ese jardín, así que no se le ocurre mejor manera que convertir el cuerpo de su amiga en el primer árbol vivo dentro de esos muros.

Astrey se lo ha permitido en cuanto lo ha sugerido.

—Este palacio es tan tuyo como mío —le ha dicho—. Puedes hacer con sus terrenos lo que desees, mi emperatriz.

Así que han hecho llamar a un necromante y ha elegido un lugar que pueda ver siempre desde su ventana. Para entonces, todos los

invitados de otras regiones se han retirado ya a sus aposentos, agotados tras la noche en vela, y los únicos que asisten a la pequeña ceremonia, aparte de ella y Astrey, son Tamir, Lilac y Garnet. A su amigo no se le han agotado las lágrimas. Él todavía puede sentir, por eso se esconde entre sus parejas y deja que lo consuelen, que Lilac llore con él y que Garnet lo abrace con fuerza. Shiraz también llora, a su manera. Encogida sobre sí misma, gimotea y deja escapar graznidos tristes que hacen que no deje de llover.

Elira, en cambio, solo es capaz de escuchar el silbido solemne de la necromante que se encarga del entierro. Es una melodía dulce, armoniosa, el tipo de canción que alguien podría componer para calmar un corazón doliente. Con el suyo no funciona. Su corazón está roto, frustrado y lleno de odio, así que la música no le sirve de nada. Por eso tampoco llora. Permanece con los ojos secos mientras el cuerpo de Denna se hunde en la tierra, se fusiona con ella y permite que algo nuevo nazca de sus entrañas. Algo que vivirá como ya no lo hace ella. Algo que respirará y crecerá y florecerá cada primavera y se desnudará cada invierno. Primero surgen las raíces, fuertes y firmes; después el tronco y las ramas, que se llenan de hojas y flores abiertas de color carmín. A Elira le parece un último mensaje, un recordatorio más de la sangre que se ha derramado esa noche. El árbol en el que Denna se convierte es rojo porque roja fue su muerte. Es rojo porque no murió como debería haber muerto, tranquila, anciana, en su cama, sino asesinada.

Asesinada.

Elira esperaba sentirse mejor al ver pudrirse a los celestiales que los han atacado, pero no ha sido suficiente. No ha sentido ni la más mínima satisfacción cuando los ha visto convertidos en cenizas, a

ellos y a sus medallones. No ha sentido ni un ápice de alegría cuando ha visto a los muertos regresar, tampoco orgullo cuando todo el pueblo ha aclamado a Astrey por su decisión, por su manera de usar su poder. Ni siquiera ha sentido miedo por el uso del Amuleto. Ya no. Al fin y al cabo, el Amuleto no es lo único que hace que el mundo sufra. No, el mundo sufre por muchos otros motivos. Sufre por las ansias de poder. Por el egoísmo de unos pocos. Por el odio ancestral que se ha arraigado entre grupos enteros de personas y que parece imposible de solucionar.

Si el Amuleto del Tiempo puede borrar eso, quizá valga la pena usarlo.

Si el Amuleto va a darle a ese mundo al menos un poco de justicia, quizá deba dejar de pensar que solo puede ser una condena.

Astrey le aprieta la mano, justo a su lado. Elira se da cuenta solo entonces de que ya no hay música, de que Tamir, Lilac y Garnet se alejan del lugar y de que Shiraz se restriega contra ella para llamar su atención. El tiempo ha pasado y, por un momento, tiene la sensación de que esa joya que cuelga del cuello de su prometido le ha quitado minutos enteros. Por supuesto, no es así. El Amuleto está quieto y ella lo observa un instante antes de alzar la mirada de nuevo hacia su dueño. Sus ojos grises están cansados, pero incluso entonces no dejan de preocuparse por ella. Aun así, también hay algo más en ellos. Una decisión. Una promesa.

—Sabes lo que tenemos que hacer, ¿verdad?

Ella aparta la vista de nuevo hacia el árbol. La lluvia repiquetea sobre las hojas y los pétalos, se escurre por las ramas y el tronco. Por el reflejo del color de las hojas, casi parece que está sangrando.

No deja de sangrar. Denna no deja de sangrar. Elira todavía tiene la ropa y las manos manchadas de esa sangre, la siente en todas partes; por mucho que la lluvia caiga sobre ella, por mucho que la limpie, va a seguir ahí. No va a poder librarse de esa sangre jamás, porque una parte de ella está convencida de que ese árbol existe ahora por su culpa. Denna está muerta por su culpa. Porque ella le propuso a los celestiales una solución diplomática, ella fue lo suficientemente estúpida como para pensar que se podía llegar a dialogar con monstruos como ellos. Si no se hubiera dejado engañar por sus falsos deseos de paz, quizá el ataque a Damira jamás habría sucedido y Denna seguiría ahí. A su lado. Como siempre.

Sí, es su error. Es su culpa. Pero no va a equivocarse más.

Rojas son las flores de ese árbol.

Rojos son también son también los ojos de Elira cuando responde:

—Acabemos con ellos.

X
TIEMPO DE DECIR ADIÓS

LILITH

La leyenda dice que la Fosa de los Infieles se creó después de los tiempos de Santa Aiva. Que, mientras ella gobernó, nadie rompió las reglas, pero después de su muerte, la corrupción se coló serpenteando dentro de las murallas. El primer traidor en el Sacro Reino fue un hombre violento e irracional que asesinó a otro por una disputa que ni siquiera se recuerda. Lo que sí se recuerda fue el juicio, en el que se lo consideró culpable, y la sentencia que lo condenó a muerte. El verdugo le cortó la cabeza y la Suma Celestial de aquel entonces se negó a darle rito funerario alguno. Fue ella quien estableció que los pecadores no podían arder. Que no podían ser considerados parte de la comunidad, así que no se les lloraría ni se les rendiría ningún tipo de tributo. Fue idea suya que los cuerpos se abandonasen lejos de las murallas y fuesen relegados a poco más que alimento para los necrófagos. Se hizo una pequeña zanja en la tierra y el criminal se lanzó allí sin ceremonias, abandonado como merecen quienes desafían las leyes de Destino.

Con los años, otros cuerpos se unieron al primero. Con cada uno de ellos, la Fosa se hizo más grande, como un recordatorio de que el

caos y el mal siempre están al acecho, que son una herida en la existencia humana que nunca se cierra.

Lilith conoce la Fosa de primera mano. La visitó con su madre y su hermano cuando era pequeña y ha estado teniendo pesadillas recurrentes con ella desde que viaja con el demonio.

Pero ni sus recuerdos ni sus sueños la han preparado para volver a verla.

Cuando aparece ante ella, todavía la escuda el bosque, que se termina de manera abrupta a unos pasos de distancia, como si ningún árbol quisiera crecer cerca de esa brecha en la tierra. El lugar está falto de vegetación y, por lo tanto, falto de sombra, de cualquier tipo de escondite. Sobre ellos vuelan las aves carroñeras y se escucha el zumbido incesante de moscas y mosquitos. A la celestial se le encoge el estómago pensando en lo que van a ver, los cadáveres descompuestos y destrozados por picos y dientes. El olor nauseabundo ya llega hasta ellos, así que se sube el cuello de la ropa en un intento de filtrar ese aire infecto y extiende la mano para cazar al chico que va a su lado. Sus dedos acaban alrededor de su muñeca. Sus pies se detienen, como lo hacen los de él. Una mirada negra se vuelve hacia ella y la mueca de asco que aparece en su rostro le deja claro lo mucho que le disgusta su roce.

—Déjame adivinar: vas a intentar convencernos una última vez de que no hagamos lo que hemos venido a hacer, porque es obvio que todavía te niegas a aceptar que has estado perdiendo el tiempo.

No lo ha estado haciendo. Nathan está ahí, en alguna parte, y le ha parecido tener atisbos de él tras esa mirada, tras esas palabras que han estado intercambiando durante los últimos días. Nathan

está ahí y eso lo sabe porque ese es su cuerpo y todavía hay un pulso que le late fuerte contra las yemas de los dedos.

—Voy a tratar de convenceros una vez más de que estáis equivocados, de que esto no va a servir para nada. De que… —Los ojos de Lilith vuelan hacia la Fosa, pero vuelven rápido a ese rostro conocido—. De que todo lo que queda está perdido. Lo único que vas a encontrar ahí es carne podrida. No va a poder reconocerlo. No…

Adriel la corta con un suspiro hondo, aburrido, y se suelta de su agarre de un solo movimiento, tranquilo.

—Esa es la razón por la que vamos a usar el Amuleto para revivirlo, aunque supongo que puedo adivinar qué me vas a decir: «El Portador no te lo va a devolver» —la imita agudizando la voz—. «El chico que vuelva de entre los muertos no va a ser Adam». ¿O insistirás en usar el argumento de todos los celestiales? «Nada de eso es parte de los designios de Destino». —El demonio esboza su sonrisa retorcida, esa que le hace la boca más ancha—. Lo cual me hace preguntarme si tu dios estará contento contigo, santa. ¿Crees que quiere que estés aquí, hablando con nosotros? ¿Crees que le gusta la idea de que su favorita haya pasado los últimos días persiguiéndonos, durmiendo a unos pasos de distancia, en lugar de cumpliendo tu misión? ¿Qué crees que piensa tu amado Destino de ti ahora?

Esas preguntas también la han estado rondando a ella, pero quiere pensar que nada de eso le importa a su dios. Le gustaría creer que le está dando libertad, que la está dejando elegir. Altair le aseguró que había muchas formas de continuar su camino sin salirse de él y Lilith se ha empeñado en creer (porque su medallón sigue

entero, porque no ha soñado que tenga ningún otro lugar al que ir) que todavía se mantiene dentro de sus límites.

—Yo no…

—¿No has pensado que quizá es el momento de que vuelvas a casa? ¿O es que en el fondo ya sabes que nadie te echa de menos, ni siquiera en Daiva?

El golpe la pilla desprevenida y la zarandea de una forma en la que no esperaba que el demonio fuese capaz de hacerlo. Durante los últimos días, ha estado escuchando de sus labios insultos y burlas, pero no le había vuelto a resultar tan certero al apuntar como en la Noche de los Milagros. Porque sí, eso también lo ha pensado. No ha dejado de desgastar pensamientos por la gente de Daiva, por Ammarah, por su madre. Pero es consciente de que allí no le queda nadie más y… es consciente de que ella no marca ninguna diferencia. Su papel empieza y acaba en ser la santa, la única hija viva de la Suma Celestial. Supone que heredará el título, pero no cree que sea por convicción de su madre, sino como un símbolo.

No es más que una sustituta, la hija pequeña que no podía aspirar más alto que su hermano. No es más que las expectativas que su dios ponga sobre ella, ni más ni menos. Y nunca será nada si no cumple su misión. Si no recupera la espada. Si no recupera el Amuleto del Tiempo.

Si hoy muriese, si el demonio la matase y lanzase su cuerpo dentro de la Fosa, solo Destino lo sabría. Y con la misma facilidad con la que la eligió a ella, alzaría la mano y señalaría a otra persona deseosa de un poco de afecto, de un poco de atención. De una señal de que merece la pena quedarse en el mundo.

Como si no fueran todos sustituibles.

Lilith baja la vista con los puños apretados. El suelo a sus pies se emborrona. Delante de ella, las botas del brujo se giran para seguir su camino.

—Es curioso que alguien como tú, tan desesperada por un poco de cariño, no pueda entender cómo nos sentimos. No dejas de hablar de lo que deberíamos o no deberíamos hacer, pero ni siquiera has intentado ponerte en la situación de Nathan.

Adriel le da la espalda y sus pasos se alejan. Ella sabe que tiene que seguirlo, pero, a la hora de la verdad, no es capaz. Se siente paralizada, presa de una magia sobre la que no tiene ningún control. Siente que sus piernas se han convertido en piedra, pero cuando las enfoca ve que sigue siendo ella, que no hay ningún obstáculo en su camino. Que el único impedimento se lo está poniendo ella misma. Siente ganas de reír, tantas como de llorar. Porque el demonio tiene razón: está desesperada por un poco de amor. Está desesperada por que alguien le diga que está donde tiene que estar, que es necesaria, que es importante. Sabe que no va a escuchar esas palabras de los labios de su madre, por supuesto. Quizá Ammarah podría decírselas, pero está lejos, con mil asuntos más importantes de los que ocuparse. Así que una parte de ella quizá esperaba que ese chico le dijese lo que quiere oír. Que volviese de ese lugar oscuro en el que está perdido y, tal vez, le sonriese como solía hacer y le diese las gracias.

En su lugar, se encuentra con las palabras que Adriel le ha lanzado y que le han caído como piedras sobre los hombros, haciéndole moratones en la espalda. Son palabras frías, desagradables, que duelen. Pero ¿cómo se va a poner en su lugar? Ella no podría amar

incluso después de la muerte. Ella no podría seguir a nadie hasta la tumba para recuperarlo. Y, al mismo tiempo, entiende lo que es aferrarse a alguien con esa fuerza que hace daño. Lo ha estado haciendo con Nathan. Ha intentado cerrar los dedos alrededor de su mejor amigo, se ha negado a dejarlo ir, a dejarlo cambiar. Por eso sabe también lo doloroso que es. La forma en la que no solo haces daño a la otra persona, sino a ti mismo. Las mil maneras en las que se te puede romper el corazón cuando te das cuenta de que nada va a volver a ser igual, de que es imposible que algo, que alguien, permanezca inmutable para siempre.

No, el demonio está equivocado: sí sabe lo que es estar en el sitio de Nathan. El problema es que ella ya es consciente de cómo acaba esa historia.

Y está ahí porque quiere protegerlo de una conclusión inevitable. Está ahí porque aún lo quiere.

Porque quizá siempre lo va a querer, incluso si sus caminos están condenados a separarse.

—Nathan.

Su nombre sale de sus labios como un quejido, tan bajo que es imposible que él (el chico que fue, el demonio que es, el brujo que espera recuperar) la escuche. Lilith alza la vista y observa esa silueta difuminada. Durante un momento, vuelve a estar en la basílica, con el caos rodeándola. Durante un momento, sueña que Nathan se vuelve hacia ella, que deja de caminar, que sus miradas se cruzan y que los labios de Nathan se mueven y le gustaría pensar que lo que dijo aquel día, lo que nunca ha llegado a entender, fue una disculpa. Por no habérselo contado todo, por romper las reglas, por llevar el caos a Daiva, por no quedarse. Por dejarla atrás.

Por no haberle tendido la mano, por no llevarla con él y por condenarlos a ambos a estar solos, apartados, a pesar de que siempre se habían tenido el uno al otro.

El primer paso es el más difícil. Los pies le pesan, igual que el corazón y, aun así, lo da. El siguiente es un poco más sencillo. El tercero cuesta menos que el segundo y cada vez puede moverse más rápido. Casi sin darse cuenta comienza a correr, porque sabe que no va a llegar, que él está demasiado cerca del borde de la zanja, que…

Adriel la mira por encima del hombro y chasquea la lengua, disgustado. Un movimiento de su mano es lo único que necesita para detenerla. El viento la golpea de frente, la ciega y le hace perder el equilibrio. La caída no es dura, porque es obvio que el vendaval no ha sido creado para hacerle verdadero daño, al igual que las trampas que le ha puesto durante todo el viaje, pero la ralentiza. La obliga a usar toda su fuerza para incorporarse, para hincar una rodilla en el suelo e intentar levantarse. Son unos segundos agónicos.

Los segundos que el cuerpo de Nathan necesita para llegar al borde de la Fosa.

El viento se detiene justo en ese momento, porque hay otra cosa que requiere la magia del demonio. Todavía en el suelo, paralizada por sus propias dudas, Lilith observa la forma en la que Adriel se balancea sobre la punta de los pies, como si pensara. Después, alza las manos: una de ellas se cierra sobre el colgante que lleva alrededor del cuello mientras que la otra se levanta en un gesto que la santa ha aprendido a asociar con la magia. Con ese ademán, una forma extraña se alza en el aire desde la Fosa.

La celestial tarda en entender lo que está pasando, porque la imagen parece sacada de una pesadilla. Porque lo que se alza en el aire no es nada humano, sino una mezcla de tierra, insectos y huesos. En algún momento, quizá ese cuerpo estuviera cubierto por una de las túnicas del Templo, pero ahora solo son jirones sucios que cuelgan como debería hacerlo la carne que los animales ya han devorado. El esqueleto no está limpio, todavía le quedan algunos trozos de lo que en otro tiempo quizá fueron músculos, grasa y piel, pero aun así podría ser cualquiera. No puede asociar a Adam con esa calavera, no queda nada de su pelo rubio, no quedan ojos en los que mirar. Lo único que se mantiene intacto, lo único que lo marca como un celestial, es el colgante que se le ha quedado enredado en las vértebras y las costillas, un medallón que quizá en otro tiempo fuera uno de los ojos de Destino pero que ahora está quebrado y manchado.

Lilith se lleva la mano a la boca en un intento de detener una arcada mientras el cadáver, de la misma forma en la que caería una hoja seca de un árbol, se posa en el suelo con el sonido de los huesos chocando entre ellos.

Una parte de ella daba por hecho que sería en ese momento cuando él volvería a la superficie. Cuando Nathan, por fin, entendiese que ese no es Adam, que Adam no va a volver. O quizá cuando se diese por satisfecho al pensar que está más cerca de recuperarlo que nunca. Sea como fuere, la santa esperaba un cambio, una muestra de que su amigo sigue ahí, en algún lado. Sin embargo, sigue siendo Adriel quien está al mando. Lo nota por la postura, por la forma de moverse. El demonio se agacha y roza con

un dedo la calavera, un macabro reflejo de cómo un amante acariciaría la mejilla de su enamorado.

La saliva que Lilith traga le sabe a bilis y la hace ser consciente de que nunca podrá borrarse de la cabeza la imagen que tiene delante. Que se quedará con ella incluso si el resto de sus recuerdos se pierden, que quizá incluso la acompañe en su siguiente vida en el reino de Destino.

Aun así, consigue la energía necesaria para ponerse en pie.

El sonido de la espada al ser desenvainada parece expandirse en ese espacio abierto, como si quisiera despertar a los muertos de su letargo.

Adriel se irgue al escucharla. Cuando se gira para centrar toda su atención en ella, en sus ojos no hay más que desafío.

—Vaya, ¿al fin te has cansado de intentar razonar?

Ella hace una mueca mientras acomoda los dedos alrededor de la empuñadura. Sus pasos la acercan más a él, mientras sus músculos se tensan en anticipación, consciente de que la pelea es ya inevitable.

—No, pero ya me has dejado claro muchas veces que no me va a servir para nada, así que no siento que me estés dejando otra opción.

—Eres tú la que no quiere elegir ninguna otra opción, porque la realidad es que podrías marcharte, por ejemplo, y no volver a pensar en nosotros. Podrías aceptar que Nathan no puede vivir sin tu hermano y desear que Adam Rheiz volviese. Podrías dejar de sentirte amenazada…

—No me siento amenazada —lo interrumpe ella, con los nudillos cada vez más blancos—. Pero esto no está bien. ¿Cuántas veces te

lo he dicho? Lo que traiga de vuelta el Portador no será mi hermano. Será un…

—¿Un monstruo? —concluye él, al ver que ella no es capaz de pronunciar esa palabra—. Sí, quizá. Pero, aun así, Nathan podría amarlo. Da igual si no vuelve de la misma manera, porque aceptará lo que sea. Se quedará a su lado. Le hará recordar quién fue y lo cuidará como no pudo cuidarlo antes, porque no tuvieron tiempo. Lo amará con todo su ser, incluso retorcido y roto, porque sabe que Adam también lo querrá a él después de todos los pedazos que ha perdido por el camino.

Lilith no entiende que pueda hablar con esa seguridad. El Adam que renacerá ya no será el mismo, muchas partes de él ni siquiera recordarán al amante que tuvo en su última vida, así que ¿cómo va a amarlo sin recuerdos? ¿Cómo lo va a reconocer? Las palabras de Adriel no son más que un deseo lanzado al aire, un sueño condenado a desaparecer por la mañana.

—Pero, por supuesto, tú no puedes entenderlo. Tú nunca serías capaz de querer a un monstruo, ¿no? Tú prefieres a Nathan muerto a convertido en algo que no puedas reconocer. —Adriel abre los brazos, invitador, y la sonrisa, ahora sí, vuelve a su cara—. Adelante, entonces: acaba con él. Termina de retratarte.

No quiere. No quiere, no quiere, no quiere, pero no ve otra solución. Su mente rechaza enfrentarse a él y hacerle daño, pero su cuerpo da un par de pasos más hacia delante. Llega a levantar la espada, aunque los brazos le tiemblan. Nunca un arma había pesado tanto, pese a que el objetivo jamás había sido más sencillo: ahí está, con el torso desprotegido, como si quisiera asegurarse de que no pueda fallar. De que va a matarlo. Pero Nathan no quiere morir. Es

un truco del demonio, otra forma de tentarla, de alejarla de su camino.

Aun así, hay algo de Nathan en ese gesto. A él siempre le gustaron los desafíos y, por un momento, Lilith tiene la impresión de que le está lanzando otro más. Por un instante, incluso con los cuernos, el pelo blanco, los ojos negros y el rostro demacrado, le parece el mismo chico que la enfrentaba en el claustro cuando entrenaban. Y ella debería aceptar el reto, debería demostrarle una vez más que no puede ganar, igual que se lo demostró en las montañas. En aquella ocasión, él le suplicó mientras ella se esforzaba en cumplir con el que suponía que era su cometido. Ahora él tan solo se rinde y ella debería aprovechar esa oportunidad.

Pero no puede.

Está cansada de luchar. Contra él. Contra sí misma.

Deja caer los brazos. Es lo más difícil que ha hecho nunca y, al mismo tiempo, siente más alivio del que ha sentido en toda su vida.

—No. —Tiene la voz ronca, la mano entumecida—. No te quiero muerto, igual que… que no quería que Adam muriese. No quiero que la historia acabe así, Nathan. No quiero que todo lo que hemos vivido tenga este final.

El fuego que asoma detrás de esos ojos negros arde con más fuerza que nunca. Los labios finos se aprietan. No sabe si lo que hay en ese rostro es una mueca de odio o de dolor, pero sí que incluso el demonio tiene que verla ahora de manera diferente. Como en un trance, va bajando los brazos. Da un paso hacia delante. Otro.

—Solo vas a tener esta oportunidad, santa.

En respuesta, ella abre los dedos entumecidos. La espada cae al suelo con un golpe seco y queda abandonada en esa tierra yerma. El

viento sopla, le revuelve los cabellos, le arranca las lágrimas que le brillan en los ojos y se las lleva.

—Supongo que te equivocabas, Adriel. —La sonrisa tira de su boca, triste, irónica. Lleva tanto tiempo sin esbozar una que le cuesta recordar cómo se hacía—. Supongo que, después de todo, yo también puedo querer a un monstruo.

NATHAN

Después de días escuchándola, Nathan por fin reconoce la voz que viene del otro lado de la puerta. La seguridad viene acompañada de un cúmulo de recuerdos que lo asaltan al mismo tiempo, como si hasta ese momento alguien hubiera tapado una grieta en las paredes de su cabeza y, de pronto, esa grieta hubiera estallado y no pudiera seguir conteniendo todas las cosas que querían escapar por ella. Ve a una pequeña que duerme a su lado, con una mano alrededor de la suya. A una niña un poco mayor a la que él arrastra por unos pasillos inmensos. A una chiquilla que sonríe con satisfacción mientras lo amenaza con una espada de madera. A una joven que llora tras unos matorrales de azaleas. A una adolescente que se apoya contra su hombro bajo las estrellas. A una mujer que posa la punta de una espada de leyenda en su corazón mientras una lágrima solitaria se le desliza por la mejilla.

Conoce su nombre.

Sabe perfectamente quién se esconde al otro lado de la puerta y, aunque parte de sus recuerdos le llevan la contraria, está seguro de que no va a hacerle ningún daño. Así que se pone en pie antes

incluso de poder pensarlo. Adam no se lo impide. Adam, a su lado, lo mira con su sonrisa tranquila, como si siempre hubiera sabido quién lo estaba llamando y que él terminaría respondiendo. Solo intercambian una mirada mientras Nathan aprieta el pomo entre los dedos, asustado. Quizá sea una trampa. Quizá se equivoca. Quizá no debería abrir. Quizá salir siga siendo un error.

Pero Adam ve sus miedos, como siempre ha hecho, y se encarga de borrarlos cuando pone la mano encima de la suya y le susurra al oído:

—Es hora de volver, Nathan. Ya está amaneciendo.

En esa torre siempre es de noche, siempre hay estrellas, pero el sol se traga la estancia cuando abren la puerta juntos. La luz es tan fuerte, tan inesperada, que lo ciega y lo obliga a cerrar los párpados, pero tras ellos es capaz de ver algunos recuerdos más. Una melodía de ocarina. Una estatua delicada partida en mil ojos que lo miran. Un pajarillo sin vida. El suelo de una basílica repleto de los destellos de color de las vidrieras rotas.

Y cuando los abre de nuevo, ella.

—Lilith.

La muchacha está frente a él, con los ojos azules brillantes de lágrimas contenidas. El nombre le suena extraño, deforme, ajeno; la voz le sale arañada. La torre ya no se encuentra a su espalda y tiene la mano alzada, pero no sostiene ninguna puerta. Están al aire libre, en un lugar en el que un olor inmundo se le mete en la nariz y le da ganas de vomitar y donde el viento le sacude las ropas y los cabellos. Tiene que parpadear un par de veces más para acostumbrarse a la luz del día. Su cuerpo no se siente suyo. Sus extremidades tardan en responder, como si hubiera olvidado cómo

usarlas o como si ellas estuvieran esperando las órdenes de otra persona.

El abrazo llega antes de que pueda recordar cómo moverse.

Nathan se queda helado cuando Lilith salta sobre él y lo rodea con los brazos con una desesperación que no cree haber visto en ella jamás. Desde luego, nunca lo había abrazado así. Por lo general, todos los abrazos que se han dado alguna vez, en toda su vida, los ha iniciado él, y ni siquiera es capaz de pensar cuándo fue el último. Así que tarda en comprender qué está pasando, tarda en creerse que ese mundo que ahora habita es real y que conoce a esa muchacha que llora contra su cuello. Oye su llanto, siente sus lágrimas sobre la piel, y es en parte eso lo que consigue que empiece a reaccionar. Sus manos se mueven poco a poco. Una de ellas se posa sobre la espalda de la celestial; la otra, sobre sus cabellos. Son gestos todavía distraídos, inseguros.

Lo que consigue atarlo de verdad a ese momento es la voz rota de Lilith al decir:

—Lo siento. Lo siento, Nathan, lo siento, lo siento…

Entonces sí, todo regresa. El presente termina de consolidarse a su alrededor y, con él, el dolor que trae consigo y que provoca que los ojos se le aneguen. Lilith. Lilith está ahí y lo ha seguido, lo sabe. De pronto tiene un sinfín de recuerdos que son suyos y, al mismo tiempo, no, porque los pasos que ha dado últimamente, las palabras que ha dicho, le pertenecen a otra criatura. Él mismo le dio el mando cuando todo fue demasiado. Perdió el Amuleto y se perdió a sí mismo. Y lo único que lo ha estado moviendo, lo único que Adriel ha intentado conseguir para que él tuviera algo a lo que aferrarse, lo

único que lleva meses deseando, lo único que siente que puede arreglar algo de lo que ha ocurrido, está ahí.

Adam está ahí.

Lo ve a unos pasos, solo huesos, solo restos. El golpe que supone ver la calavera en el suelo casi le da ganas de esconderse de nuevo, de volver a llamar a Adriel para que sea él quien tome ese cadáver y se lo lleve, porque él no puede mirarlo. No puede verlo. No es capaz, porque en esos huesos no existe la constelación de lunares que tenía dibujada en la piel, en esas cuencas ya no vive el color del mar, esos dientes no los recubren labios que besar y entre esas costillas ya no se contiene un corazón que lata por él. Le horroriza. Le horroriza verlo convertido en eso. Le horroriza lo mucho que ha tardado en encontrarlo, haber permitido que su cuerpo se convierta en menos que una sombra de lo que fue. Le horroriza el paso del tiempo, sobre todo ahora que el tiempo ya no está en sus manos.

Lilith lo abraza un poco más fuerte y él se aferra a ella como no recuerda haber hecho desde que su madre murió. Se esconde contra sus cabellos, la estrecha contra su cuerpo y deja que su llanto llame al suyo. Le arrastra como una marea y, cuando estalla, ni siquiera sabe muy bien por qué se lamenta, si por Adam o por ellos. Quizá por los tres. Quizá por Darien también. Por Ammarah. Quizá no llora por esos huesos, porque sabe que ese cuerpo es recuperable. Ese esqueleto puede volver a recubrirse de piel y músculos, esa boca puede volver a besar, bajo ese pecho todavía puede tener cabida un órgano que palpite al mismo ritmo que el suyo. Está a su alcance. Todo eso está todavía a su alcance.

Lo que no está a su alcance es la muchacha que está entre sus brazos. Los días en el Templo, los combates en el claustro, las tardes

en los jardines, las noches en la torre. No están a su alcance ni los juegos ni las travesuras ni toda la paz que en algún momento le pareció una condena. Ya no es un celestial. Ya no se parece en nada al muchacho que nació y creció en Daiva. Ya no es el Portador, nunca lo fue, pero tampoco sabrá nunca lo que habría sido vivir sin tener que llevar la carga del Amuleto.

Nathan llora por una existencia que nunca tuvo y otra que nunca va a recuperar.

LILITH

Desde aquel día en la basílica, puede que incluso desde antes, Lilith se ha obligado a mantenerse firme. En cada desastre ha mantenido la cabeza fría; en cada nueva misión se ha centrado solo en conseguir lo que se esperaba de ella. Al final, sin embargo, nadie puede permanecer impasible para siempre y reconocer a su mejor amigo es lo que termina de romper todas sus defensas. Es como si sus cimientos se tambaleasen y la presa que había construido encima con tanto cuidado reventase de golpe. El torrente de lágrimas llega sin avisar, se lo lleva todo por delante, pero por primera vez en mucho tiempo no le importa que eso la haga parecer vulnerable. No le importa estar desarmada ni mostrarse tal y como es, con sus miedos al descubierto, sus debilidades, su fragilidad a flor de piel. Durante esos minutos, vuelve a ser una niña, una que se siente sola pese a tener una familia, incomprendida pese a tener a su alrededor a otros niños de su edad, porque da por hecho que solo puede confiar en su mejor amigo, en que él es el único que ha estado y estará siempre a su lado. Sabe que por él lo desafiaría todo y él, a cambio, rompería todas las reglas para permanecer juntos.

De pronto, vuelven a ser el apoyo incondicional del otro, ellos dos contra el mundo.

Al final, sin embargo, la realidad se impone. A medida que el llanto remite, deja tras de sí un vacío imposible de llenar y, al mismo tiempo, una calma con la que Lilith no está familiarizada. Se siente sorprendentemente ligera, pero también agotada. Le duelen los músculos como si hubiera estado luchando durante horas, días, años enteros. Quizá lo ha estado haciendo y, sin saberlo, ella misma era la enemiga.

Nathan también deja de llorar poco después, pero aun así continúan abrazados, en busca de un calor que saben que van a perder en cuanto se separen. El hechizo que han creado juntos se romperá cuando se alejen y entonces volverán a ser el brujo (el antiguo Portador, el traidor) y la celestial (la santa, la elegida de Destino), aunque ellos solo quieran ser Nathan y Lilith.

—¿Por qué…? —Él es el primero en hablar, todavía con la mejilla apoyada en el hombro de ella—. ¿Por qué me has seguido? Tendrías… Tendrías que haber vuelto a Daiva. Tendrías… —Calla, como si no supiera bien qué habría sido lo lógico en esa situación, y se aparta un poco para mirarla a la cara. La brisa le remueve ese pelo tan fino como el hilo de seda, igual de blanco—. Te dejé atrás.

Sí, pero ¿acaso no ha hecho ella cosas mucho peores? Desterró su nombre de sus pensamientos y estaba dispuesta a matarlo. Lo habría hecho si él no hubiera usado el Amuleto. Y, aunque sabe que después se habría arrepentido, también se habría excusado en que eso era lo que Destino deseaba de ella. Se lo habría repetido mañana y noche, todos los días de su vida, hasta que se hubiera convencido o se hubiera vuelto loca por la culpa.

Lilith aparta la vista primero. Es ella también quien se separa un paso, dos. Como esperaba, el frío es inmediato. Se siente huérfana cuando él la deja ir. Le cuesta contener las lágrimas cuando su mirada cae sobre el cadáver de Adam, pero lo consigue.

—No… No podía olvidarme de todo, Nathan. No podía desentenderme. Me devolviste el medallón, aunque nadie te obligaba a hacerlo.

Él frunce el ceño, confuso.

—¿Me has seguido porque creías que tenías una deuda que pagar?

No. No es eso lo que está diciendo, pero ¿cómo va a saberlo él? Llevan luchando demasiado tiempo, obligándose a ser enemigos demasiado tiempo.

A Lilith le cuesta más de lo que le gustaría arrancarse de dentro las siguientes palabras:

—Te he seguido porque… porque pensé que necesitabas ayuda y yo quería estar ahí para ti, porque no lo he hecho en todos estos meses. —Toma aire y se obliga a mantener los ojos sobre ese medallón deslucido que cuelga entre los huesos del esqueleto—. Y porque… porque Adam es mi hermano, Nathan. Lo que pase con él me afecta.

Su amigo también aparta la vista hacia lo que queda de su amante. Sus pasos son titubeantes cuando decide acercarse a los restos, como si no recordase muy bien el funcionamiento de su cuerpo. O quizá tan solo haya dos fuerzas que están tirando de él: una que se niega a reconocer nada humano en esa pila de huesos y otra que insiste en que hay algo familiar incluso en ellos. Lilith, en cambio, no se mueve.

—No sé cómo vivir sin él. —Nathan se arrodilla delante del cadáver y extiende los dedos hacia la calavera, como si todavía pudiera acariciar los lunares que Adam tenía en la cara. A Lilith se le encoge el estómago cuando ve su mirada hundida, triste, y aun así tan enamorada—. Lo he intentado, Lilith, pero no… no recuerdo quién era sin él. No soy nadie sin él. No soy nada. Ni siquiera el Portador.

La sonrisa que tuerce los labios de su amigo es irónica, tan apenada, que las lágrimas amenazan con volver a escaparse. De pronto, ella entiende aquello que le dijo una vez, hace mucho tiempo: si nadie te dice qué debes ser, puedes serlo todo. A Nathan, en cambio, le dijeron desde muy pequeño quién debía ser y cuál era su futuro, pero al final ha descubierto que todas esas obligaciones no eran más que humo.

La única persona con la que podía escapar por completo de ellas, la única persona con la que pudo construir otra identidad, un refugio de verdad, no fue ella, por mucho que le duela admitirlo. Fue Adam. Eso es lo que Adriel ha estado días tratando de explicarle: Nathan quiere recuperar a Adam porque lo quiere, pero sobre todo porque cree que es la única manera de recuperarse también a sí mismo.

Pero está equivocado.

—Eso no es cierto. —Lilith aprieta los puños y se adelanta un paso —. Existías antes de enamorarte de él. Existías antes de que tu madre muriese y te dejase el Amuleto del Tiempo.

Nathan ríe. Es una risa amarga, tan afilada que corta.

—Hace tanto tiempo de eso que ya no me acuerdo.

—Pero yo sí. Yo sí me acuerdo, Nathan, porque he estado a tu lado desde el primer día en el que despertaste en el Templo. Yo te lo

recordaré si hace falta.

Su amigo pierde la sonrisa irónica y traga saliva antes de alzar la mirada hacia ella. Parece un poco abrumado, lo suficiente como para no poder encontrar las palabras pese a que él siempre sabe cómo contraatacar a todo lo que ella dice. Ahora, sin embargo, solo la observa con esos ojos opacos, vacíos. Después, vuelve la vista hacia el cadáver, más perdido de lo que lo ha visto en mucho tiempo.

—¿Sufrirá? Si lo traigo de vuelta. Sé lo que le has estado diciendo a Adriel, pero no me importa si no me reconoce. No me importa si tengo que recordarle todos los días quién soy y quiénes somos juntos. Puedo dedicar toda mi vida a cuidarlo. Pero no quiero que sufra. No podría… No podría soportar hacerle daño. A él no, Lilith.

A una parte de ella le gustaría responderle que sí, sin dudas, para ayudarlo a tomar la decisión correcta. Otra, en cambio, sabe que es injusto. No ha llegado hasta ahí para mentir, para aprovecharse de su desesperación.

—No… No lo sé, Nathan. Supongo que no sufrirá físicamente, pero quizá sí de otras maneras. Quizá sea consciente de los cambios y le resulten… agónicos. Quizá odie la idea de condenarte a cuidarlo. Quizá sea él quien sufra por ti, cada vez que vuelva. Quizá te haga daño mientras otra de sus vidas ocupe su cuerpo y Adam se sienta culpable cuando se dé cuenta. No tengo ni idea, Nathan. No vi lo que pasó con aquella mujer más allá de unos minutos.

Él se encoge sobre sí mismo. Su mano sigue sobre la calavera, su caricia desciende hasta los dientes descubiertos.

—Entonces no puedes saber si hay solución. Quizá Astrey haya conseguido estabilizar a su madre. Solo viste el momento en el que la resucitó, ¿verdad? No sabemos qué ha pasado después. Y esa

mujer debía llevar… décadas muerta. Adam solo lleva unos meses. Puede que no sea lo mismo. Puede que…

—Nathan.

Su amigo se gira hacia ella. De pronto parece rabioso, frustrado.

—¿No lo echas de menos? Le dijiste a Adriel que te sentías perdida sin él. Es tu hermano, lo quieres. ¿No quieres recuperarlo? Podemos hacerlo, Lilith. Podemos…

—Sabes tan bien como yo que, incluso si lo trajeras de vuelta, nada volverá a ser igual.

Ponerlo en palabras le duele mucho más de lo que esperaba y resulta ser un golpe igual de eficaz para Nathan, que la observa con los ojos muy abiertos, como si lo hubiera golpeado. A eso no es capaz de responder. Igual que ella, no va a mentir. No va a manipularla para convencerla de que todavía queda alguna posibilidad de volver a tener una vida semejante a la que tenían cuando todos vivían en el Templo.

Traer de vuelta a Adam no va a hacer que recuperen lo que su muerte se llevó consigo.

Derrotado, el brujo vuelve a fijarse en el cadáver.

—Todo lo que he hecho desde que hui de Daiva ha sido por él.

Suena a capitulación, a las últimas palabras de un reo antes de su ejecución. Suena como los fieles que acuden ante la Suma Celestial para confesar sus pecados esperando una expiación. Lilith no dice nada y, aunque duda, aunque una parte de ella quiere retroceder y pedirle que se marchen de ese lugar, se arma de valor y avanza para arrodillarse al lado de su amigo. Él no aparta la vista de las cuencas vacías del cadáver, como si siguiera esperando que unos ojos claros le devolvieran la mirada.

—Nunca me contaste vuestra historia.

Eso consigue que él la mire, incrédulo. Lilith sabe que es demasiado tarde para que Nathan recupere la confianza en su dios, en la Hermandad, pero a lo mejor una historia, *esa* historia, es lo que hace falta para que recupere al menos un poco de la confianza que los unió alguna vez. O para que la recupere ella, porque está harta de tener que descifrarlo todo, de encontrar intenciones ocultas en el pasado, como le ocurrió con Tabitha, o en el presente, como le ocurre con su madre.

—No podía —se excusa él—. Quise hacerlo muchas veces, los dos queríamos, pero…

—Lo sé. Lo entiendo. —Aunque duela. Aunque una parte de ella siempre vaya a lamentar que no confiasen en ella—. Pero puedes contármela ahora.

Nathan tensa la mandíbula. Los ojos le destellan con lágrimas contenidas, pero a Lilith le parece que esta vez no son de tristeza, sino de emoción, puede que incluso de agradecimiento. Quizá lleve tanto tiempo como ella deseando tener esa conversación. Quizá sea cierto que él sufrió guardando el secreto tanto como ella al descubrirlo.

—No va a ser agradable. Hubo… Hubo muchas mentiras. Hacia ti, hacia Darien. Hacia todo el mundo, en realidad. Tuvo que haberlas. Al principio yo ni siquiera quería pensar en que él pudiera atraerme de ese modo y después, cuando fue innegable, decidimos que nadie más podía saberlo. No queríamos que nadie más tuviera que cargar con lo que hacíamos. Mucho menos vosotros.

Lilith aprieta los labios, pero asiente. Nathan ha apartado la mano del cadáver de su hermano y ella aprovecha para tomarla y

entrelazar sus dedos. Para que recuerde lo que es un tacto real, humano, cálido, en comparación con la sensación fría y dura de la muerte.

—Cuéntamelo todo.

Nathan traga saliva, pero estrecha la mano de Lilith como si necesitara encontrar fuerzas en ella.

Después, empieza a hablar.

DARIEN

La Fosa de los Infieles era otro cuento de terror para los niños del Templo. Igual que las historias de demonios y sus tentaciones, de necromantes rompiendo medallones y de voluntades robadas, aquella hendidura en la tierra se dibujaba como un destino aciago, el culmen de una vida de pecados y herejía. Allí iban a parar los cuerpos de quienes cometían crímenes tan imperdonables que eran condenados a muerte, de quienes en sus últimos días le daban la espalda a su dios y demostraban que no merecían entrar en la Corte de Destino.

Durante su niñez, para Darien la Fosa era otro de los miedos que a veces le impedían cerrar los ojos por las noches. ¿Y si no volvía a despertarse? ¿Y si Destino decidía que su hora había llegado, pero no había sido lo suficientemente bueno como para convertirse en un celeste? ¿Y si alguien lo acusaba de ser indigno y su historia terminaba con su cuerpo en el fondo de aquel hueco, con su carne siendo picoteada por los pájaros, alimentando a insectos y depredadores?

Darien aún recuerda esos miedos vívidamente y, aunque ahora ya no siente el mismo terror, no ha podido evitar que se mezclaran con

los escenarios en los que se encontraba a Nathan y Lilith allí. En algunos de esos supuestos, uno había matado al otro antes de que pudiera llegar y lo único que lo esperaba era un cuerpo abandonado. En otros, se imaginaba llegando mientras luchaban e, igual que en las montañas, se convertía en un espectador de la batalla, tan paralizado y asustado que volvía a no ser capaz de intervenir. Una vez más, se quedaba al margen. Una vez más, todo lo que podía hacer era contemplar el desastre y gritar los nombres de sus amigos sin que ellos llegaran a mirarlo.

Sin embargo, cuando alcanza la linde donde el bosque acaba y la Fosa aparece ante sus ojos, la imagen que le espera es muy diferente a cualquiera que pudiera haber convocado. Desde el refugio que le dan los árboles, el celestial ve la cicatriz cavada en la tierra, sí, pero también a las dos personas sentadas cerca del borde. Algunos pájaros sobrevuelan la zona, mientras que otros se han apoyado en las ramas de los árboles y hacen guardia, quizá esperando que las figuras se levanten y desaparezcan. Pese a que están de espaldas a él, pese a que sus siluetas ya ni siquiera son tan familiares como deberían (nunca había visto a Lilith vestida de otro color que no fuera blanco; los cabellos morenos de Nathan se han teñido por completo de blanco), los reconoce.

—¿Son ellos?

La voz de Ishtar no es más que un susurro, como si temiera que fueran a oírla. Darien asiente, un paso por delante de los demás, sin poder apartar la mirada de sus antiguos amigos. Se le hace extraño verlos sentados el uno al lado del otro, muy pegados, con los hombros casi tocándose. El alivio lucha contra la tensión que siente, contra la sensación de que es cuestión de tiempo que se encaren. Lo

que está viendo no debe de ser más que la calma antes de la tormenta.

—¿Por qué no vais a buscar un sitio donde pasar la noche? El torreón por el que pasamos hace un rato parecía un buen lugar para descansar —dice tras pasar unos segundos más observándolos—. Necesito unos minutos a solas con ellos.

Es una verdad a medias. Aunque es cierto que necesita estar solo con Lilith y Nathan, también es consciente de que tiene que retrasar el encuentro con su grupo: Ishtar, Derek y Caleb tienen demasiados vínculos con Iraides de Odelia y el ataque a la basílica. Caleb ayudó a Lilith a escapar de palacio, así que quizá ella tenga menos reservas, pero no sabe cómo puede reaccionar Nathan.

Derek e Ishtar se miran antes de asentir; Caleb, en cambio, parece desconfiado. Darien no puede evitar el asomo de una sonrisa cuando se da cuenta de que su rostro es tan inexpresivo como de costumbre, pero él puede adivinar lo que piensa.

—Estaré bien. No van a hacerme daño, Caleb.

—Hay muchas maneras de hacerle daño a una persona.

Y probablemente considere que Lilith y Nathan ya lo han herido suficientes veces en el pasado, incluso sin darse cuenta. Aun así, Darien no cree que sigan teniendo ese poder. Antes solo les tenía a ellos, pero ahora las cosas han cambiado. Él ha cambiado.

—Estaré bien —insiste.

Caleb suspira y al final asiente, pero Darien sigue sintiendo su mirada sobre él cuando sale de la protección de los árboles. El frescor del bosque desaparece, igual que las posibilidades de esconderse. Expuesto, aprieta el paso. El viento le viene por la espalda, como si lo animara a ir más rápido, y sus ojos siguen fijos

sobre las dos figuras sentadas junto a la grieta que se extiende por el suelo.

Lilith es la primera en darse cuenta de su presencia y girarse hacia él.

—¿Darien?

La celestial abre mucho los ojos al verlo, incrédula, aunque no más que Nathan. Darien se da cuenta de que delante de ambos hay un cuerpo que hace que se le encoja el estómago. No tiene ninguna duda de a quién pertenece y, aunque sabía que existía la posibilidad de verlo, aunque pensaba que estaba preparado para encararlo, la imagen le golpea con más fuerza de la que quiere admitir.

Aun así, se obliga a centrar toda su atención en los vivos.

—Lilith. Nathan.

El brujo se pasa una mano por la cara, como si quisiera limpiársela. Es un gesto rápido, como rápida es la forma en la que se gira hacia todos lados, tal vez buscando una trampa, un acompañante, una pista de que Darien ni siquiera es real. A su vez, Lilith se pone en pie y busca su espada con la mirada. Está tirada en el suelo, más cerca de Darien que de ella. Le lanza solo un vistazo antes de fijarse de nuevo en él, precavida.

—¿Eres tú de verdad? ¿Cómo… nos has encontrado?

—Cuando escapaste de palacio, le dijiste a alguien que te dirigías hacia aquí. No sabía si os encontraría o si llegaría tarde, pero… tenía que intentarlo.

La muchacha deja escapar un suspiro de alivio ante esa explicación y, después, da un paso hacia él. Y luego otro. De pronto, se mueve, en un trote apresurado que acaba de la manera más inesperada: con un abrazo. Darien se queda helado mientras los

brazos de su prima lo rodean. Está tan poco preparado para ello que no puede evitar que su don le regale un vistazo de los días que Lilith ha pasado caminando detrás de Nathan, la imagen de un bebé con una marca en la mejilla, una noche repleta de estrellas acompañada de un demonio que no quería pedir deseos con ella. Lo ve todo muy rápido, en fogonazos que le cuesta comprender, pero su prima no retrocede. No lo suelta. Por primera vez en mucho tiempo, se aferra fuerte a él, casi como si su poder le resultara un alivio en lugar de algo que repeler.

Darien tarda más de lo que le gustaría en reaccionar de tal modo que, cuando al fin alza los brazos, lo hace a destiempo. No recordaba que ese cuerpo fuera tan cálido. No recordaba tampoco que fuera tan alta, que pudiera sentirse tan pequeño a su lado.

—Así que al final te encontró —murmura ella.

—Y parece que tú has encontrado a Nathan.

La celestial asiente. Cuando finalmente se aparta, está sonriendo. Es un gesto suave, casi tímido, y su primo se da cuenta solo entonces de que tampoco recordaba una expresión así en ese rostro. La hace ver más joven, más… humana. Por alguna razón, los santos nunca sonríen en las representaciones que hacen de ellos.

Cuando ella retrocede un par de pasos, Darien se queda helado pese a la calidez del día, un poco inseguro sobre sus pies. Nathan también se ha levantado y aguarda, todavía en el mismo sitio, quieto, confundido. No parece el mismo chico que vio la Noche de las Bestias, y no solo porque ya no lleve el Amuleto alrededor del cuello: le falta la confianza que vio en él durante la fiesta.

—¿Qué haces tú aquí?

Darien se muerde el labio. Siente que no puede decirles la verdad, todavía no, así que se encoge de hombros.

—¿No te alegras de verme?

Nathan alza las cejas en un gesto que a Darien le recuerda a otra persona, una con la que ahora no puede evitar buscar semejanzas. No encuentra tantas como desearía, aunque lo cierto es que ese chico ya ni siquiera se parece al muchacho con el que convivió en el Templo durante tantos años. Sigue siendo humano, pero los rasgos del demonio han reclamado demasiado de él.

—Bueno, sí, pero…

—Deja de darle vueltas y ven aquí —lo interrumpe Lilith.

La santa extiende un brazo hacia Nathan y este, aunque duda, avanza hasta ellos. Para cuando se une a su abrazo, Darien ha tenido un par de segundos para prepararse, para intentar contener su don, pero aun así le llega el eco de las risas de unos niños que conoció hace mucho. Cierra los ojos y los aprieta todavía más contra él, en un intento de recuperar a esos chiquillos que fueron. ¿Cuánto hacía que no estaban así los tres? Ni siquiera lo recuerda. Y está convencido, de pronto, de que no va a durar. No puede durar. Ya no son los niños que un día fueron. Ya no viven juntos en el Templo. Siempre han sido muy distintos, pero antes al menos vestían la misma ropa, veneraban al mismo dios, compartían cada una de las horas que pasaban despiertos. Ahora ni siquiera les queda eso. Todos han crecido, por fuera y por dentro; todos han cambiado, por fuera y por dentro. Sus caminos se han separado y, pese a que han vuelto a juntarse, Darien no es tan ingenuo como para pensar que vayan a volver a ir en la misma dirección durante demasiado tiempo.

Cuando los demás estrechan los brazos a su alrededor, el celestial está convencido de que todos piensan lo mismo: aunque ese abrazo es un reencuentro, de alguna manera sabe a despedida.

Nathan es el primero en apartarse, incómodo, y Darien es consciente de que vuelve a pasarse una mano por la cara antes de volverse hacia él. Lilith, por su parte, se concentra en arreglarse la ropa para que nadie vea que tiene los ojos brillantes.

—En el palacio… —murmura el brujo, inseguro—. No recuerdo bien todo lo que pasó, pero creo que te amenacé. Lo siento. No era yo. Mi demonio, Adriel, a veces puede ser…

—¿Desesperante? ¿Insufrible? ¿Un incordio con aires de superioridad? —interviene Lilith.

Nathan carraspea.

—Impulsivo.

Darien se adelanta antes de que su prima pueda volver a intervenir:

—No te preocupes: sé que no eras tú y no me hizo nada. Estoy bien, Nathan.

Su amigo todavía parece un poco culpable, pero asiente.

—¿Qué pasó después? —Nathan lanza un vistazo a su alrededor, con el ceño fruncido, como si buscase algo. O a alguien—. Te marchaste con la princesa y ese chico al que Astrey resucitó…

Esa es justo la conversación que prefiere evitar de momento.

—Es una larga historia, pero Arsay me pareció un lugar seguro al que venir.

—¿Más que Daiva?

Darien es consciente de todas las preguntas que se esconden detrás de esa otra, en apariencia tan inocente y, al mismo tiempo,

con un borde tan afilado como la espada que Lilith está recogiendo del suelo. La guarda de vuelta en su vaina, pero Darien no puede callarse la respuesta con la misma facilidad.

—En Daiva no me queda nada, Nathan. Las únicas personas del Sacro Reino que se han preocupado un poco por mí en los últimos meses sois vosotros.

Su prima mira al suelo, incómoda, pero ni siquiera trata de convencerlo de lo contrario. Todos ahí saben que, si no hubiera sido por el antiguo Portador, quizá no habrían vuelto a verse. No va a culparla, porque es consciente de que ella solo seguía órdenes, pero hay una parte de él que todavía se está lamiendo las heridas de sentirse abandonado por todos.

Casi espera que Nathan le pregunte qué piensa hacer entonces, pero el brujo aprieta los labios, incapaz de continuar con la conversación. Darien sabe que ni él ni Lilith quieren hablar de lo que va a ocurrir ahora. Él tiene un plan, un sueño, pero sus acompañantes quizá no se hayan permitido pensar más allá de ese momento. Es irónico que sea él, el único que jamás tuvo el don de adelantarse a lo inevitable, el más anclado en el pasado, quien ahora no le tenga miedo al futuro.

Por eso quizá vuelve a sentirse responsable de ellos. De guiarlos, porque los ve perdidos. De instarlos, no a hacer lo correcto, porque él mismo no sabe qué lo es, pero sí a ponerse en marcha.

Su mirada cae en el cuerpo inmóvil que aguarda tan solo unos pasos más allá. Todavía le cuesta mirarlo, pero sabe que no puede seguir ignorándolo.

—Es él, ¿verdad?

El silencio que sigue es reverencial, incómodo, hasta que Nathan baja la vista y susurra:

—Sí.

—¿Y qué deberíamos hacer?

—¿Hacer? —repite Lilith.

—¿Queréis incinerarlo? ¿Queréis enterrarlo?

La expresión de sus amigos cambia, aunque de manera muy distinta: Lilith solo parece triste, mientras que Nathan levanta la mirada de golpe, con el pánico escrito por toda la cara. Darien hace un mohín en cuanto se da cuenta. De alguna manera, daba por hecho que la paz que había en ese lugar se debía a que el antiguo Portador había aceptado por fin la muerte de su amante, pero supone que se equivocaba.

—No vamos a hacer nada de eso. —El brujo niega con la cabeza, ansioso—. No podemos deshacernos de él. No…

Calla, atragantado con sus propias palabras, y mira a Lilith en busca de un apoyo que no encuentra. La santa tiene los labios apretados y se abraza a sí misma.

—Nathan, hemos hablado de esto. No puedes traerlo de vuelta.

Pero él no quiere escucharla. Cuando retrocede un par de pasos, parece que sea para convertirse en un escudo que los separe de lo que queda de Adam. A Darien le resulta un gesto tan desesperado como innecesario, pero también es consciente de que ese chico no está pensando con claridad, que sigue añorando a su amante tanto como el primer día. Lleva meses aferrándose a su memoria y, ahora que tiene cerca algo mucho más tangible, no va a dejarlo ir así como así.

Lo peor quizá sea ser consciente de que puede entender su tristeza, su necesidad, pero eso no quita que él tomaría una decisión muy diferente:

—Yo tampoco creo que sea buena idea usar el Amuleto.

Aunque de camino hacia la Fosa no ha dejado de pensar que era mejor no inmiscuirse en las elecciones de Nathan, las palabras le salen sin pensar. Su amigo abre los ojos y el dolor (la traición) pinta la mueca de su cara.

—Seguro que Lilith te ha contado lo que pasó cuando Astrey revivió a su madre, pero, aparte de eso, el nuevo Portador ya no puede usar el Amuleto como lo hizo en la fiesta —intenta explicarle —. Caleb ya no está en sus manos. Y, aunque lo estuviera, lo más probable es que a estas alturas Adam ya haya renacido, por lo que recuperarlo a él significaría romper otra familia como hace meses se rompió la nuestra.

El brujo aprieta los dientes, frustrado, y aparta la vista al suelo. Tiene los puños apretados y tiembla, pero Darien no sabe si es de tristeza o de furia. Aun así, no deja que la lástima lo detenga:

—Sabes que a él no le habría gustado, Nathan. Sabes tan bien como nosotros qué clase de persona era Adam. Sabes que pensaba en los demás mucho más que en sí mismo y que por eso dio la vida por ti.

—¡No tendría que haberlo hecho! —El brujo estalla con una fuerza que hace que tanto Darien como Lilith se sobresalten. Se lleva una mano a la cara y gime, angustiado—. No tendría que haberlo hecho. No tendría que haberme dejado aquí sin él. Si no me hubiera dejado aquí, yo no estaría obligado a decidir si vale más su antigua vida o la nueva, la suya o la de otros. Si no me hubiera dejado aquí…

Darien no sabe qué responder a eso. Una vez más, es la historia de un sacrificio que no deja tras de sí ni calma ni felicidad, solo dolor.

Lilith clava la vista en sus propios pies. Incluso ella tiene que estar de acuerdo con Nathan en eso: Adam no tendría que haberlos dejado. Adam no tendría que haber aceptado morir por la persona que quería. Adam tendría que haberles contado a todos que sabía que estaba condenado, tendría que haberse revuelto contra esa suerte, haber escapado y traicionado a Destino si hubiera sido necesario. Nathan lo habría seguido sin dudar y entonces ambos habrían perdido la vista, pero no la vida.

El silencio se alarga unos segundos más, eternos, pesados. Nathan tiene la cabeza gacha y los cabellos le cubren el rostro. Cuando toma aire, todo su cuerpo se estremece.

—Al menos… Al menos dejad que convierta sus restos —murmura.

Aunque Darien ya sabe que esa es la tradición entre los seguidores de Caos, la petición le sorprende. Al mismo tiempo, le parece lógica, porque Nathan ha estado viviendo entre brujos, viajando con ellos. Es normal que haya adoptado sus costumbres, sus creencias. Sobre todo esa, que va a hacer que pueda llevarse a Adam con él si quiere.

El celestial titubea, pero decide permanecer en silencio, porque no cree que tenga ni voz ni voto sobre esa decisión. Lilith, por su parte, permanece cerca, tan sorprendida como él. El rechazo es evidente en la tensión de su mandíbula, en el gesto de sus labios y las arrugas de su frente.

—No estoy segura, Nathan… Los muertos no deberían convertirse en otra cosa que cenizas.

—Por favor, Lilith —suplica él. Su voz es solo es un hilo, tan fino que podría romperse de un solo tirón—. Deja que se quede conmigo al menos así. No… No me lo quites. Por favor, no me lo quites.

Darien no se mueve, no intercede. Entiende a las dos partes. Entiende que Nathan necesite un poco más de tiempo con Adam, aunque sea así, y entiende que su prima considere que lo que quiere hacer es un sacrilegio. Lilith siempre ha sido la más consciente de las normas de los cuatro y, al mismo tiempo, ¿realmente pueden aplicarlas en ese caso? Las leyes de la Hermandad son para los celestiales y ese es el cadáver de un traidor: Destino le ha dado la espalda. La herejía sería darle unos ritos funerarios propios de Daiva.

—Yo…

Su prima ha dado un par de pasos hacia atrás, como si quisiera huir de tomar esa decisión, y Darien está seguro de que se va a negar una segunda vez. Sin embargo, Nathan actúa antes de que ella pueda pensar nada más, decir nada más. Avanza hasta ella y extiende las manos hasta dejarlas sobre sus brazos. Sus ojos se encuentran, negro contra azul, y los de Lilith nunca habían parecido tan pequeños, dos diminutos charcos contra la inmensidad del vacío.

—Por favor. Si no puedo recuperarlo, al menos permítenos estar juntos así. —Su mano derecha se alza hasta el medallón roto, oxidado, que cuelga de su cuello—. Es… Es lo último que voy a pedirte, Lilith.

Darien ve la grieta que se abre en el rostro de su prima, la fina línea que une cada uno de sus lunares y resquebraja su cara. De alguna forma, Nathan le está diciendo que no lo revivirá, que se conformará con lo poco que pueda tener de él, y ella está dispuesta

a aceptar eso como una promesa. Por un momento, vuelve a ver a la chiquilla que siempre se dejaba convencer por los deseos de su mejor amigo. Y como la conoce, como ha visto esa escena decenas de veces antes, sabe cuál va a ser la respuesta antes de que la dé.

El celestial no está tan convencido. Su mirada vuela al esqueleto, que sonríe sin necesidad de labios. Tiene la cara un poco girada hacia ellos y contempla la escena, complacido, aunque las cuencas de sus ojos estén vacías. Una araña le recorre el pómulo. El medallón, oxidado, le recuerda a una reliquia de otra vida, de hace mil años.

Darien, en un gesto casi inconsciente, recorre con los dedos la forma del puñal que ahora siempre lleva encima.

—Está bien —escucha decir a Lilith—. Hazlo.

NATHAN

Adam lo está esperando. Su cuerpo, desnudo incluso de piel, le aguarda tendido en ese frío suelo en el que ahora vuelve a arrodillarse. Observar lo que queda de él no se vuelve más sencillo con el paso de los minutos, pero se obliga a no apartar la vista, a grabarse en la mente el estado en el que se encuentra, la forma de sus huesos y lo poco que queda de carne. Tendría que haber llegado antes, haber venido a buscarlo en cuanto escapó de la basílica. Aunque por entonces no supiera nada del funcionamiento del Amuleto, quizá le habría concedido el deseo de traerlo de vuelta si lo hubiera repetido con la suficiente intensidad. Puede que hubiera destruido ese sitio en el proceso, pero habría sido un coste que no le habría importado pagar.

Ahora, sin embargo, ya es tarde para lamentarse por las decisiones que tomó, por las cosas que hizo o no hizo. Adam está ahí, aunque apenas pueda reconocerlo, y aguarda por él como aguardaba cada noche en su torre. Lleva todo ese tiempo viendo las estrellas sin él, pero eso se ha acabado. A partir de ese día, no va a volver a estar solo. Ninguno de los dos va a estar solo nunca más.

«¿Estás seguro de esto?».

Nathan traga saliva, pero no responde al demonio que susurra desde su cabeza. Se ha mantenido al margen hasta ahora, dejándole su espacio y su tiempo para recuperar el control sobre sí mismo, para tomar sus propias decisiones. Por un segundo, le asusta que incluso Adriel vaya a juzgarlo, que incluso él vaya a decirle qué debería hacer, pero no es el caso. El demonio vuelve a callar, porque no necesita palabras para tener su contestación. Lo conoce. Lo conoce mejor que nadie, mejor incluso de lo que un día lo conoció Adam. Adriel puede descifrar todos sus pensamientos, los más retorcidos y los más simples. Es posible que conozca sus deseos y sus límites, si es que le queda alguno, mejor que él mismo.

Nathan traga saliva. En lugar de responderle a él, se dirige a las dos personas que aguardan a su espalda:

—¿Hay…? —Nathan tiene que tomar aire cuando siente que se ahoga, que el ambiente opresivo y nauseabundo de ese lugar le impide respirar—. ¿Hay algo que queráis decirle? Algo que no os diera tiempo.

No sabe por qué lo pregunta. No está seguro de si eso es algo que se suela hacer en los ritos funerarios de los brujos, nunca ha hablado con nadie al respecto, pero quiere darle esa última oportunidad tanto a Darien como a Lilith. Quizá sea precisamente porque el problema entre ellos siempre han sido las cosas que no se han dicho, los secretos que se han guardado, las palabras que no se atrevían a pronunciar. Quizá por eso sus mejores recuerdos juntos son de la infancia, porque los niños siempre son honestos y a ellos, de adultos, se les olvidó cómo serlo.

Darien es el primero que se adelanta. Se arrodilla a su izquierda y le lanza un vistazo precavido antes de volver a fijarse en el cadáver. Nathan es consciente de que todos han cambiado en los últimos tiempos, pero tiene la impresión de que ese chico lo ha hecho más que ninguno. Más incluso que él. Puede que su aspecto sea el mismo, pero su actitud no se parece en nada ya al muchacho apocado e inseguro que era antes de aquel día en la basílica. A Lilith todavía la reconoce, porque siempre ha sido obstinada, orgullosa y llena de ansias de cariño, pero en Darien le cuesta identificar rasgos familiares más allá de sus ojos verdes.

El celestial se humedece los labios antes de encontrar las palabras que nadie le dio la oportunidad de decir hace meses.

—Lo siento, Adam. —La voz le sale débil, floja—. No pude cumplir la última promesa que te hice. No… No pude quedarme cerca de Nathan. —El aludido se fija en él, sorprendido, pero Darien no se detiene—: Y ahora tampoco puedo. Es… Hay otras personas que me necesitan más. No, no es solo eso. No es solo cuestión de quién me necesita. La realidad es que hay otro camino que quiero recorrer. Uno que es solo mío. Por fin tengo mis propios sueños y sé que… sé que lo entenderías. Tú siempre me hacías imaginarme el mundo más allá de las murallas y, ahora que por fin lo estoy viendo con mis propios ojos, no quiero parar. Y tengo a alguien a quien quiero proteger por encima de todo, como lo tuviste tú. Alguien que hace que entienda por qué decidiste irte tan pronto, aunque todavía… todavía no me acostumbro. Es muy raro que no estés aquí, Adam. Es muy raro decirte todo esto y saber que no vas a poder responderme. Pero sé que la siguiente vida te será dulce, más que esta. Sé que hay personas que no dejan de enamorarse, una y otra

vez en cada vida, y espero que tú puedas volver a hacerlo. Espero que Nathan y tú podáis volver a encontraros, y que la próxima vez tengáis la historia que os merecéis. Si hay algo de justicia en la muerte, quiero pensar que así será.

La voz de Darien se quiebra con el final y Nathan siente que una parte de él se rompe también. No lo entiende, no sabe a quién se refiere, de quién se ha enamorado su amigo para poder hablar así, pero la mirada que intercambian le deja claro que es el mismo tipo de amor que lo vuelve loco a él. El mismo amor que lo consume todo, que te hace débil y fuerte al mismo tiempo. El tipo de amor que, como dijo Astrey una vez, siempre lo complica todo.

No puede evitar pensar en Adam, en la noche que pasaron en la posada. Aquel día ellos se prometieron algo no demasiado distinto a los deseos que ahora Darien vierte sobre esos huesos. Otra vida. Otra oportunidad.

«Para que eso ocurra, antes tienes que dejarlo ir. Lo entiendes, ¿verdad?».

Nathan aprieta los dientes, pero no responde. Adriel tiene que ser consciente de lo que le provoca esa idea. El rechazo. El miedo. El dolor. Por suerte, Lilith se arrodilla a su derecha justo entonces y lo distrae. La que fue su mejor amiga tiene los ojos perlados de añoranza. Sus labios necesitan varios intentos erráticos antes de emitir algún sonido:

—Quería ser como tú —admite la muchacha, y tras esa verdad, tan simple, tan difícil, se desprenden todas las demás—. Toda mi vida he deseado ser una mínima parte de lo que eras tú. Y no era solo… no era solo porque la gente te quisiera. No era solo porque siempre parecieses brillar y ser el centro de todo, porque cuando yo

conseguí eso no… no me sentí más llena. Solo quería ser como tú porque te admiraba, Adam. Realmente pensaba que eras el tipo de persona que podía mejorar el mundo. Para mí, tú siempre has sido el verdadero santo, no yo.

Nathan es incapaz de contener las lágrimas, porque entiende muy bien lo que Lilith quiere decir. ¿Cuántas veces pensó él mismo así? ¿Cuántas veces convirtió a Adam en su única fe, en objeto de su idolatría? Adam no era perfecto, pero no necesitaba serlo para que Nathan lo adorase como solo puede adorarse lo sagrado.

—El mundo no ha vuelto a ser el mismo desde que no estás —continúa la celestial, con la voz deshecha y el pecho abierto. El llanto, una vez ha comenzado, empieza a caerle por las mejillas. Nathan puede verle el corazón—. Para mí, el mundo no se rompió cuando el Amuleto se puso en marcha, sino cuando tú dejaste de existir. Y no supe entenderlo. No podía entenderlo. No quería aceptarlo, así que preferí odiarte. Preferí… odiaros a los dos. Y lo siento. Lo siento por eso, pero también por no haber entendido que te estabas despidiendo. Siento no… —Lilith cierra los ojos, se encoge sobre sí misma—. Siento no haberte abrazado una última vez cuando me acompañaste hasta mi cuarto. Siento no haber sido yo la que te besara en la frente cuando lo necesitaste. Siento haber sido tan orgullosa y no haberte dicho más que… que te quiero, hermano. Te quiero. Te voy a querer siempre.

Lilith termina de romperse con esa confesión. Se cubre el rostro como si así pudiera detener los sollozos, pero no lo consigue. Las costuras con las que se ha obligado a mantenerse entera se deshilachan y ella sangra por todas sus heridas abiertas. Nathan lo entiende porque siente su dolor como una réplica del suyo, como un

eco. La diferencia es que él no ha conseguido dejar de sangrar ni un solo día. Su corazón no acepta agujas que lo cosan, así que nunca va a poder cicatrizar.

Las lágrimas son cálidas contra sus mejillas cuando vuelve la vista a esas cuencas vacías. A él las palabras le sobran, porque ha hablado con Adam cada día desde que lo perdió, le ha dicho de todo, en su mente y fuera de ella. O quizá solo sea que no puede ni pensar en decir mucho, porque hablar como han hablado ellos significa despedirse y él… él no está preparado para despedirse. No está preparado para algo tan definitivo, tan inevitable.

Así que solo se lleva una mano al pecho, al medallón que cuelga de su cuello, que lo ha acompañado desde la última noche que pasaron juntos, y se inclina sobre la calavera. Se imagina la piel, los párpados, la constelación de lunares. Los labios, contra los que susurra:

—Te quiero. Te he amado desde antes incluso de entender el significado de esa palabra y te seguiré amando incluso si algún día lo olvido. Desde que no estás… —Toma aire. Respira cerca de él, como si así pudiera insuflarle vida con su aliento—. Desde que no estás, el tiempo no tiene sentido.

El beso sobre su boca inerte es lo que puntúa su discurso. Y con él, como en un cuento, la magia empieza a fluir. Viene desde el fondo de su pecho, desde ese corazón sin cura, y se extiende por sus venas hasta sus dedos, que aferran el medallón; hasta sus labios, que besan esa sonrisa repleta de dientes. No sabe qué se deshace primero para fundirse, si el oro del medallón que cuelga sobre su propio pecho o el del que asoma entre los huesos de Adam y que un día le perteneció a él.

Los huesos se convierten en polvo poco a poco, acorde a sus deseos. La materia que lo rodea está muerta, pero precisamente por ello resulta moldeable, fácil de mezclar, de convertir. Nathan abre los ojos para ver cómo el cuerpo de Adam se confunde con el rastro de sus dos medallones, cómo las tres sustancias se encuentran y se abrazan y se besan como un día lo hicieron ellos. Es casi hipnótico y, aunque tiene los ojos nublados por las lágrimas, no puede dejar de mirar. Se siente un artista con un bien muy preciado entre las manos; se siente casi capaz de crear vida, pese a que en esa magia solo haya muerte.

Cuando extiende la mano, lo único que cae sobre ella es un collar con la forma de una estrella de ocho puntas, dorada y brillante. Porque fueron las estrellas las que los unieron. A las estrellas miraban y bajo las estrellas se besaron por primera vez. Las estrellas estaban en sus ojos, en su sonrisa, en su constelación de lunares. Quizá Adam no fuera más que eso. Una estrella. Una sobre la que todo el mundo volcó demasiados deseos, hasta que la carga fue demasiado pesada para soportarla y por eso se cayó del firmamento.

Las lágrimas todavía le arden en el rostro, se evaporan contra las ascuas de su cara cuando aprieta el colgante entre los dedos. A su lado, Darien deja caer los párpados, agotado, triste. Lilith, rota, deja escapar un último sollozo antes de poner una mano sobre su hombro. En el fondo de su mirada azul, esa mirada idéntica a la de su hermano, hay pena, pero también un agradecimiento que sabe que no se merece.

Sí, Adam siempre fue una estrella. Su estrella.

Y mientras la tenga cerca, siempre habrá un último deseo que pueda cumplir.

CALEB

Aunque nunca va a decírselo a Darien, Caleb observa parte del reencuentro desde los árboles y solo les deja completa intimidad cuando ve el abrazo que comparten los tres. Una parte de él temía que la situación fuera a ser más complicada, que la santa y el brujo fueran a ser irracionales o rehuir el contacto de Darien, que volvieran a abrirle las heridas que tanto le ha costado cerrar, pero supone que el celestial no es el único de ese grupo que ha cambiado. Se alegra. A él esas personas no podrían resultarle más indiferentes, pero sabe lo importantes que son para el celestial, que lo más probable es que siempre vayan a serlo. Son una parte de su vida, una transcendental, tanto como lo fue Astrey para él en su momento. No sabe qué va a ser de esos tres chicos que crecieron juntos en el Templo del Sacro Reino, pero espera que al menos Darien pueda mantener ese pasado junto a ellos como algo que atesorar, que recordar con cariño y no con simple rencor. Para Caleb, algo así hace demasiado tiempo que dejó de ser una posibilidad.

Ha estado pensando mucho en él últimamente. En Astrey. Si quieren destruir el Amuleto, van a tener que destruirlo a él primero, porque el brujo nunca permitirá que nadie le arrebate ese objeto

que tanto ha tardado en conseguir, pero sobre todo no permitirá que nadie lo rompa mientras siga respirando. Así que espera ser él quien lo venza. Debería ser él. De ese modo, tendría la venganza con la que lleva años soñando y el Amuleto volvería a su alma después de mil años solo para que entre todos puedan encontrar la manera de deshacerse de él de una vez por todas. Quiere pensar que eso también solucionaría la condena que pende sobre su cabeza y la de Darien. Quizá Destino le levante el castigo si es él, una reencarnación de Chronos, quien acaba con el objeto que lo empezó todo. Esa podría ser la penitencia que el dios espera a cambio de su perdón. Odia haber pagado durante cientos de vidas por un pecado que solo cometió en una, pero alguien va a tener que saldar la deuda.

La cuestión es si va a ser capaz.

Para cuando pueda enfrentarse a Astrey, al fin y al cabo, ya no será inmortal.

Derek tampoco lo es. Su propio castigo avanza de manera inexorable y ya ha conseguido que pierda por completo la movilidad del brazo izquierdo. El tiempo corre en su contra y Caleb odia cada segundo que lo ve sufrir, pero no se le ocurre ninguna manera de salvarlo, aunque no ha dejado de darle vueltas. Ha intentado convocar a Muerte, ha susurrado su nombre en medio del bosque con la esperanza de que apareciese, pero quizá haya dejado de ser su favorito en los últimos tiempos, porque no ha respondido a su llamada. Así que tan solo le queda observar, igual que observan los demás, cómo su amigo se deteriora un poco más cada día. Sin embargo, nadie hace comentarios al respecto. Derek no quiere la pena de nadie, por eso mantiene su actitud despreocupada la mayor

parte del tiempo. Supone que la única persona con la que se permitirá ser honesto es con Ishtar, que entiende mejor que nadie la pena que se siente ante una suerte inevitable.

No le cuesta encontrar a sus amigos. Siente sus energías cerca y los escucha antes incluso de verlos, al amparo de las ruinas del antiguo torreón que Darien señaló.

—¿Te duele?

Caleb se detiene junto a la entrada del refugio, lo suficientemente pegado a la piedra como para que no puedan verlo.

—Es más incómodo que doloroso. Como cuando se te duerme una parte del cuerpo. —Después Derek suspira y la ligereza de siempre vuelve a su voz—. Pero todavía tengo una mano funcional, ¿quieres que te lo demuestre?

Ishtar no le sigue la broma. Aunque la mayor parte del tiempo hace esfuerzos por no parecer preocupada ni culpable, ahora no es capaz de reírse ni de aceptar su sugerencia. Hay un silencio incómodo, tenso.

—Quizá deberíamos parar —sugiere—. Unos días, al menos. Quizá el ritmo que hemos estado siguiendo, las jornadas enteras caminando, no te estén ayudando. A lo mejor todo este agotamiento solo está acelerando el proceso y…

El silencio es demasiado abrupto como para resultar natural, así que Caleb está seguro de que ahí se ha robado un beso. Se lo confirma la manera en la que se alarga, el suspiro que llega poco después.

—Estoy bien, brujilla. Detenerme es lo último que quiero. Además, ahora que hemos encontrado a la santa, tenemos que descubrir qué ha ocurrido con Dyne. Estamos a solo un par de días del Sacro Reino

y estoy seguro de que necesita ayuda. No puedo pensar en descansar mientras seguimos sin noticias suyas.

—De Dyne puedo encargarme yo.

Ishtar y Derek levantan la mirada, sobresaltados, cuando Caleb abandona su escondite y entra en el torreón. Las escaleras de caracol que en el pasado subían hasta la cima están medio derruidas y cubiertas de una vegetación salvaje que devora también parte del suelo y las paredes. Un mural de flores blancas se ha abierto sobre los escalones y algunas más decoran la esquina en la que sus dos amigos han dejado los petates y se han sentado aprovechando un bordillo de piedra. El sol de la tarde se cuela por los huecos del techo y por las ventanas que el tiempo ha ido abriendo en la piedra.

A Caleb no le pasa desapercibida la manera en la que Derek se baja la manga de la camisa para que no vea los tallos que le recubren la piel, ahora hasta la muñeca.

—¿A ti nadie te ha enseñado que está mal espiar a la gente?

—No. De hecho, tanto tú como Dyne me enseñasteis justo lo contrario. —Su amigo abre la boca para protestar, pero Caleb se adelanta—: Ishtar tiene razón: quizá deberíais quedaros aquí unos días. Os vendrá bien a los dos y hará que la operación sea más sencilla. Para Darien entrar en el Sacro Reino no supondrá ningún problema: sigue siendo el sobrino de la Suma Celestial. Además, la santa me debe un favor por ayudarla escapar y me deberá otro en cuanto consiga la espada de Destino. Con su colaboración podremos encontrar a Dyne, la tengan donde la tengan. E Ishtar, de todos modos, no podrá traspasar la muralla: ahora es una bruja.

Derek frunce un poco el ceño cuando se da cuenta de que su propuesta es lógica, incontestable. Nunca se quedaría esperando en

ese lugar por una cuestión de salud, mucho menos de la suya propia, pero sí lo hará en caso de que sea lo óptimo para el plan. Y, probablemente, no quiera dejar sola a la princesa.

Al final, su amigo resopla.

—Odio cuando tienes razón.

—Siempre tengo razón.

Ishtar sonríe, divertida, y pone una mano sobre el brazo derecho de su acompañante, ese que todavía no ha visto afectado por la maldición de Muerte. Es obvio que está feliz de poder tener un descanso junto a él.

—Mira el lado positivo: ¿no te quejabas hace poco de que apenas pasábamos tiempo a solas? Ahora vamos a tener varios días para hacer todo lo que quieras.

La mirada de Derek se desliza por el cuerpo de la muchacha y el asomo de una sonrisa torcida florece en sus labios. Abre la boca, pero Caleb vuelve a adelantarse:

—Guárdate lo que sea que estés pensando para cuando yo no esté delante.

Su amigo pierde la sonrisa tan rápido como la había convocado.

—Aguafiestas —farfulla, mientras Caleb se acerca a ellos y se sienta a su lado—. ¿Cómo está el santito? Si estás aquí supongo que el reencuentro con su prima la fanática y tu hermano demoniaco no ha ido del todo mal.

Caleb arruga la nariz en cuanto escucha esa palabra en la que se ha negado a pensar desde que descubrió la verdad sobre su nacimiento. Considera que «hermano» es un término demasiado importante como para otorgárselo a alguien con quien solo comparte su sangre.

—No lo llames así. El único hermano que tengo eres tú.

Las palabras caen sobre ellos como una más de sus verdades incontestables, una de esas cosas que puede decir con simpleza porque no alberga ni la más mínima duda al respecto. Quizá por eso, y porque Derek lo conoce y sabe que él nunca dice cosas por decir, lo mira con expresión sobrecogida. Desarmado, aprieta los labios y alza la mano para despeinarlo. Caleb frunce un poco el ceño, pero no protesta.

La siguiente hora pasa tranquila. Por un rato, los tres apartan los planes y los pensamientos sobre el futuro y se esfuerzan en centrarse en cosas más sencillas, como en recuerdos de los días en palacio o de la expedición a Yuda en la que la princesa los conoció. También hablan de Dyne, pero no como alguien que se encuentra lejos de ellos, sino como la mujer que un día le ganó a toda una taberna en una competición de beber o la que salía a pasear bajo las tormentas. Cuando Ishtar admite que los primeros días tras conocerlos ni siquiera entendía por qué Caleb y Dyne permitían que Derek estuviera en su grupo, el necromante tiene que taparse la boca para que nadie vea que el comentario le hace la gracia suficiente como para casi echarse a reír.

El momento acaba cuando siente las energías que se acercan al torreón. Darien es el primero en llegar y Caleb se pone en pie en cuanto lo ve, consciente del rastro que le han dejado las lágrimas sobre las mejillas y los ojos rojos. En cuanto sus miradas se encuentran, el celestial le dedica un solo asentimiento para indicarle que está todo bien. Luego, se gira hacia la entrada para ver entrar al antiguo Portador. La santa va justo a su lado y, mientras que el chico

parece desconfiado, ella hace un ademán con la cabeza cuando ve al necromante, un gesto de reconocimiento entre aliados.

Derek e Ishtar también se ponen en pie, mucho más tensos que Caleb. Darien titubea mientras mira a los dos grupos entre los que se encuentra, a medio camino entre los amigos de su pasado y los de su presente.

—Supongo que no hacen falta presentaciones.

Nathan Tabiz enarca las cejas. Caleb se fija en él, en su estatura, más baja que la suya, y su complexión, más delgada. Se fija en su rostro, en sus manos, pero no ve nada en él que reconozca como propio. Quizá de niños se parecieran un poco más. O quizá no. Quizá a su madre le resultó muy fácil elegirlo a él porque incluso como recién nacidos fueron muy distintos. Quizá lo crio para que no hubiera nada en él que pudiera recordarle al hombre al que abandonó después de que este le devolviese la vida.

—No, pero no vendría mal alguna explicación. —La mirada de Nathan cae sobre Caleb, desconfiada—. Por ejemplo: ¿ese no es el chico que te llevó a Damira y del que no querías saber nada durante la Noche de las Bestias? —Darien enrojece, pero antes de que pueda responder, el brujo se vuelve hacia él y continúa—: De hecho, ya que estamos: ¿me podrías explicar cómo has terminado teniendo ningún tipo de relación con las personas responsables del ataque a la basílica?

El efecto de esa acusación es más fuerte. Golpea a Darien de lleno, quizá por lo inesperado, y Caleb entrecierra los ojos y avanza un paso para interceder. Derek también parece preparado para un enfrentamiento, aunque Ishtar, a su lado, baja la vista al suelo con cierta culpabilidad.

Sin embargo, antes de que Caleb pueda hablar, Darien levanta una mano para indicarle que se quede donde está.

—Te explicaré todo lo que quieras saber. Pero lo primero que tienes que entender es que ni Caleb ni Derek ni Ishtar son vuestros enemigos.

El antiguo Portador se muestra incrédulo.

—¿Que no son…? ¡Adam murió por su culpa!

—¡A Adam lo mató su propia madre, Nathan!

La santa baja la vista ante la respuesta de su primo, tan firme, tan definitiva. El brujo, en cambio, entrecierra los párpados, tenso pero incapaz de protestar. Sabe que es cierto. Lo más probable es que su odio también tenga a esa mujer como objetivo, que desee vengarse y acabar con ella, pero la Suma Celestial nunca va a salir de las murallas del Sacro Reino y él ya no puede traspasarlas, así que está fuera de su alcance.

—Pero, aunque ella fuese la mano ejecutora, hubo muchas más cosas que llevaron a ese momento —continúa Darien—. Sí, Caleb y Derek estuvieron allí aquel día. Sí, atacaron la basílica porque Iraides de Odelia se lo ordenó, para ayudar a su hija o quizá solo por las ansias de volver a tener el Amuleto en sus manos, nunca lo sabremos. Pero no lo habría hecho si alguien no se lo hubiera robado primero. Si tu madre, después, no hubiera acabado con la vida de ese ladrón y hubiera vuelto al Templo con ese objeto. Quizá, si todo eso no hubiera pasado, Adam seguiría vivo. O quizá no. Quizá habría muerto joven de todos modos, porque eso es lo que Destino esperaba de él. Quizá sea más culpa suya que de nadie.

A Caleb ya no le sorprende escuchar al celestial hablar con esa dureza de su dios. Sabe que lo que se cuela en esas palabras es el

rencor por su propia historia, por el juego que mantiene con ellos desde hace siglos. Sus antiguos amigos, en cambio, no tienen la menor idea de su desprecio, así que lo miran como si no pudieran terminar de creerse lo que han escuchado. La santa se ha llevado una mano a su medallón, como si quisiera escudarlo de la herejía, mientras que el antiguo Portador solo parece confuso, como si las palabras de Darien le hubieran golpeado con la misma fuerza que él había puesto en las suyas.

—¿Ahora estás contra Destino? —El chico entrecierra sus ojos negros—. Pero sigues teniendo tus poderes y…

La risa irónica de Darien lo interrumpe. Es tan amarga que Caleb siente ganas de avanzar, de alcanzar su mano. Tiene que cerrar los dedos en un puño para suplir su falta.

—Mis poderes siempre han sido más una maldición que un don, deberíais saberlo. Y, aun así, ni siquiera es la peor maldición que me ha tocado.

—¿Qué quiere decir eso?

La pregunta la hace Lilith, tensa. A Darien, sin embargo, le cuesta encontrar las palabras con las que responder. No sabe por dónde comenzar, así que Caleb acude a su rescate:

—Será mejor que os sentéis. Tenemos mucho de lo que hablar.

NATHAN

Esto es lo que Nathan sabe sobre Tara y Chronos antes de que Darien comience a hablar: que se quisieron, que su amor fue el comienzo de mil años de disputas por el Amuleto del Tiempo, que Saenal trató de evitarlo tres veces y que, tras esos tres intentos, se rindió y dejó que su hermana la matase. El resto es historia. Nada de lo que el celestial cuenta niega nada de eso, sino que lo completa. Hace que los huecos en la historia tengan más sentido y, al mismo tiempo, la hace incluso más horrible.

Lo que no tiene ninguna lógica es que, después de saber todo lo que saben, después de todo lo que han tenido que sufrir, en esa vida y en las otras, hayan llegado a la conclusión que culmina el relato de Darien:

—Tenemos que destruir el Amuleto del Tiempo.

El chico lo dice mirándolo a él a los ojos, como si quisiera evaluar su reacción. Como si supiera de antemano que, de todos los presentes, él es el único que podría no estar de acuerdo con algo así. Desde luego, Lilith no parece disgustada con la idea, porque asiente sin dudar. Ha escuchado toda la historia casi sin moverse,

entre la incredulidad y la pena que siente por esos muchachos condenados, pero de pronto vuelve a ser la santa de Destino, la mujer predestinada a ir contra ese objeto y su Portador a cualquier precio.

Nathan no puede evitar preguntarse si habría seguido yendo tras él si hubiera resultado ser el verdadero heredero del Amuleto. Si el motivo por el que han podido volver a acercarse, aunque solo sea por unas horas, es que él ya no tiene el poder del tiempo entre las manos. Quizá sea así. Quizá haya sido lo suficientemente estúpido como para creerse que esa muchacha lo seguía queriendo pese a todo, pero lo más probable es que eso sea una mentira más que está desesperado por creerse.

Si el Amuleto siguiera en sus manos, serían enemigos.

Si el Amuleto siguiera en sus manos, ella no le perdonaría por usarlo.

La sonrisa que le tuerce la boca es irónica. Le sigue una risa que rompe el silencio y aumenta la tensión en el grupo. Es absurdo. Absurdo.

—Disculpad, quizá me he perdido algo —dice con una falsa inocencia que le envenena la voz—. Estábamos hablando, si no me equivoco, de cómo *Destino* os ha condenado a los dos. *Destino* se encaprichó con la muerte de una mortal y decidió que no podía pasar por alto que otro Original usara su poder para evitarla. *Destino* se ha dedicado a jugar con vuestras vidas, entrelazándolas solo para después cortar los hilos de la manera más dolorosa posible. ¿Y para vosotros el problema es el Amuleto del Tiempo?

Darien aprieta los labios, frustrado ante su razonamiento.

—Destino no es inocente, pero no está a nuestro alcance. El Amuleto es…

—¿Quién dice que Destino no esté a nuestro alcance? —Nathan se pone en pie, harto de estar sentado—. Una mortal ya mató a un dios una vez. A lo mejor lo único que necesitamos es encontrar la manera de matar a otro.

Y no entiende que nadie parezca haberlo pensado. No entiende que no lo *deseen* cuando él lo hace con tantas ansias. Chronos y Tara no son los únicos amantes con los que ha jugado. Si Adam nunca hubiera recibido la visión de su propia muerte, si no se hubiera convencido de que su fin estaba escrito y debía morir para protegerlo a él, todo habría sido muy distinto. El problema no es el Amuleto. El problema nunca fue Chronos, cuyo único pecado fue amar y hacer todo lo posible para mantener a una persona a su lado. Es un pecado que él puede comprender, que nunca sería capaz de castigar.

El muchacho al que Astrey revivió deja escapar un silbido impresionado.

—Tenemos las expectativas altas por aquí. Y la confianza también, por lo visto.

La princesa de Odelia le da un codazo para que se calle. Lilith, por su parte, se fija en Nathan como si se hubiera vuelto loco.

—Todo esto comenzó precisamente por la muerte de un dios: matar a otro no es una solución. No puedes… Tiempo rompió las normas. Sabía que había límites, que no podía romper el equilibrio entre los Originales dándole más tiempo a una mortal por simple egoísmo, y decidió hacerlo de todas formas. Destino solo…

—No vamos a defender a Destino —la interrumpe Caleb, antes de que ella pueda excusarlo. La santa hace un mohín, pero el necromante solo se fija en Nathan. Tiene unos ojos claros penetrantes, fríos, casi vacíos. O quizá sea la calma perpetua que hay en su rostro, lo poco expresivo que resulta—. Y nadie querría acabar con él más que yo. Pero Darien tiene razón: no está a nuestro alcance. Destino decide sobre nuestro mundo, pero no es como Chronos, no interactúa con él; ni siquiera sus santos lo han visto jamás. No se puede matar lo intangible.

—El Amuleto, en cambio, sí puede ser destruido —continúa Darien —. *Debe* ser destruido, Nathan. Mientras exista, alguien se sentirá tentado a usarlo. El ciclo que comenzó con Tara se repetirá hasta la eternidad. Siempre es la misma historia: alguien ama, decide que no puede aceptar la pérdida y lo usa; otros lo anhelan y luchan por conseguirlo. Y mientras, todos sufren por ello. Incluso tú, Nathan. Tú… Tú eres otra víctima del Amuleto, aunque no lo sepas.

De nuevo, el aludido tuerce una sonrisa irónica. Supone que se refiere al hecho de haber creído ser el Portador toda la vida. A que eso lo definió, lo quisiera o no. Pero lo cierto es que, una vez comenzó a usarlo sin tanta culpa, no fue tan horrible. Lo horrible fue perderlo. Fue sentir que había vivido una mentira. Fue no saber quién era sin esa joya al cuello.

Quizá sigue sin saberlo.

—Sé mejor que nadie de qué soy víctima.

—No, no lo sabes. —Darien lanza un vistazo inquieto al necromante que está a su lado, que suspira—. Hay muchas cosas que no sabes, Nathan. Cosas sobre tu madre, por ejemplo.

A él se le pierde la sonrisa casi de inmediato.

—¿De qué estás hablando?

Lilith también está sorprendida por la información, aunque parece entender de inmediato qué quiere decir. Se echa hacia delante, en tensión.

—Eunomia. Habéis descubierto dónde está. Sabéis qué hizo con ella.

—Oh, sí —interviene el chico del tatuaje en la cara—. De hecho, se podría decir que la tenemos nosotros, ¿verdad, Caleb? ¡Ay! —Se vuelve a girar hacia la princesa de Odelia mientras se frota las costillas—. Estás muy violenta hoy.

—Y tú más idiota que de costumbre —replica la chica.

—No es verdad, es solo que alguien tiene que disipar esta tensión. Me estoy agobiando con tanto drama.

Si pretende aligerar el ambiente con sus bromas, no lo consigue, porque Nathan y Lilith solo tienen ojos para Darien y Caleb. Están uno al lado del otro y, aunque en todo ese tiempo no se han tocado, a Nathan le da la impresión de que en la mirada que comparten hay algo más íntimo que cualquier roce. Le duele un poco verlo, del mismo modo que a veces le dolía ver a Elira y a Astrey. El amor de otros se vuelve punzante cuando tú has perdido el tuyo.

—¿Es cierto? —pregunta Lilith—. ¿Tenéis a Eunomia?

—A mí Eunomia no podría importarme menos: ¿qué ocurre con mi madre? ¿Qué sabéis que yo no?

Darien titubea mientras busca las palabras adecuadas para empezar una nueva historia. Cuando no las encuentra, el muchacho a su lado clava la mirada en Nathan y se humedece los labios. Da la impresión de que él sí sabe qué decir. No le gusta. No le gusta ni su tranquilidad ni lo difícil que es leer su expresión.

—No podemos hablarte de tu madre sin que sepas quién fue mi padre: todo lo que hemos descubierto de ella es gracias a él. Pero antes de eso, debes saber que la razón por la que me llevé a Darien después de vuestra disputa en las montañas fue porque no tenía recuerdos de mis primeros años de vida y quería rellenar los huecos. Sobre todo, quería saber más de mi padre… y de la noche en la que lo mataron.

Nathan frunce el ceño, confuso. No entiende qué tiene que ver eso con su madre. A su lado, sin embargo, Lilith se lleva una mano a la boca, como si de pronto algo en esas palabras hubiera completado un rompecabezas del que el brujo ni siquiera tenía constancia.

—¿Tu padre es…?

—Se llamaba Valerick Brynsen. —Nathan da un respingo en cuanto reconoce el apellido. El tono del necromante no cambia, como si revelar que es miembro de la familia imperial de Odelia no supusiera nada—. Fue un hijo del Inmortal y colaboró con Iraides de Odelia en su traición. Sin embargo, se arrepintió en cuanto vio cómo ella reducía a cenizas al resto de su familia. Por eso después la traicionó a ella. Le robó el Amuleto del Tiempo y huyó.

Nathan hace un mohín, porque entiende cómo sigue la historia. Si el padre de ese chico fue quien tuvo el Amuleto del Tiempo antes de que su madre lo devolviera al Templo…

—Y Santa Tabitha lo mató —murmura Lilith.

Darien asiente, aunque su expresión deja ver que hay algo más. Su mirada sigue sobre Nathan, precavida, y a él esa actitud comienza a ponerlo nervioso.

—Mi madre solo hizo lo que Destino esperaba de ella —masculla, antes de girarse de nuevo hacia el necromante—. Siento lo que le pasó a tu padre, pero esto solo prueba que tenemos un enemigo común, que…

—Tabitha no conoció a Valerick la noche que lo mató, Nathan.

Cuando se vuelve hacia Darien, está todavía más confuso, perdido en medio de esa conversación demasiado grande, llena de unas implicaciones que no consigue comprender.

—Tu madre conoció a Valerick Brynsen hace algo más de veinte años, durante su Peregrinación —continúa el celestial.

Nathan puede sentir de manera física el silencio que viene después, pese a que su cabeza está llena de ruido. La Peregrinación de su madre. El viaje en el que se perdió durante más de un año, del que contaba historias que nunca parecían ser del todo verdad, algunas verosímiles y otras absolutamente increíbles.

El viaje del que regresó con él.

Lo entiende antes de cruzarse con la mirada turquesa del necromante, tan distinta a la suya. Su calma le resulta incluso peor cuando, sin inflexión en la voz, dice:

—Valerick Brynsen no fue solo mi padre, Nathan Tabiz. También fue el tuyo.

LILITH

Tendría que haberlo sabido. De alguna manera, mientras Darien les cuenta la historia de Valerick y Tabitha, se da cuenta de que ella ya tenía todas las pistas delante. Por supuesto que Tabitha estaba relacionada con el antiguo Portador más allá de la noche en que lo mató. Por supuesto que sabía dónde estaba el Amuleto: ¿no se lo dijo a su propia madre durante su enfermedad? Que estaba preparada para su final, que tendría que haber muerto mucho antes. Lo que Rhea no sabía era que alguien la había salvado usando el mismo objeto que luego llevaría al cuello. De golpe, el velo que cubría el rostro de Tabitha Eliz se cae y su rostro borroso se vuelve nítido ante sus ojos. Todo lo que Lilith habló con la Suma Celestial en su despacho el día que intentaba completar la historia de la Portadora cobra sentido, pero, sobre todo, que volviera tan cambiada de su Peregrinación. Su madre insistía en que la culpa era de haber dado a luz a Nathan, pero ahora entiende que, si cambió, debió de ser por haberse enamorado, por haber sido traicionada, por la culpa de dejar atrás a uno de sus hijos. Piensa en la estatua que vio con Altair en aquella casa abandonada, en los dos rostros que

mostraba: uno joven y orgulloso; el otro derrotado y perdido. Se pregunta si Tabitha dejó en él la misma huella que él dejó en ella.

Sus ojos vuelan de un hermano a otro. No se asemejan y, al mismo tiempo, hay algo familiar en ambos, en la forma del rostro, quizá, o puede que tan solo en la manera en la que ambos están dispuestos a todo por conseguir sus objetivos. O quizá se lo está imaginando. Quizá está sugestionada, ahora que sabe que están relacionados, porque la realidad es que Caleb es estoico, siempre en calma, en dominio de la situación, mientras que Nathan es impulsivo, visceral en sus reacciones. En ese momento, de hecho, este último calla, pero solo porque parece muy lejos de allí mientras Darien habla de Valerick y sus deseos de acabar con el conflicto entre brujos y celestiales destruyendo las espadas de Destino y Caos.

—No lo entiendo —dice Lilith. Siente que tiene demasiada información en la cabeza, que solo falta una pieza para que termine de encajarlo todo, pero no deja de escapársele entre los dedos—. Si no consiguió destruirlas, ¿por qué Tabitha no devolvió a Eunomia al Templo?

Es Caleb quien contesta:

—Porque hubo un error y las espadas terminaron en otro lugar. Y tú, de hecho, has estado lo suficientemente cerca como para percibirlas, aunque no creo que nunca hubieras podido adivinar que estaban ahí.

La celestial no acaba de comprender lo que le quiere decir. En el silencio que sigue, intenta pensar. Trata de convocar en su mente la imagen de la casa abandonada en el bosque antes de ser consciente

de que ellos no saben que estuvo allí. Pero, si no está en ese lugar, que fue donde tuvo lugar la pelea aquella noche…

Caleb se inclina hacia delante y extiende una mano hacia ella, sin levantarse del lugar donde se encuentra sentado. Aquel día solo estaban Tabitha, Valerick y…

La última pieza cae en su sitio y la escena por fin se pinta completa. La santa entreabre los labios mientras deja que su mirada caiga sobre esos dedos pálidos y alargados. Por un segundo, Lilith se pregunta si el día en el que él la ayudó a escapar se llegaron a tocar. No, juraría que no.

Con un temblor de expectación casi imperceptible, alarga la mano.

Es como una descarga, como si cayera un rayo sobre ellos. Es la misma corriente que sintió al tocarlo la Noche de las Bestias y, al mismo tiempo, muy diferente. Ese día sintió rechazo al mismo tiempo que atracción y hoy, en cambio, ya no siente ningún tipo de aversión. Por el contrario, algo la llama desde debajo de esa piel. Una voz pronuncia su nombre dentro de su cabeza y le pide que clave las uñas en la carne de ese brazo, que escarbe, que aparte músculo y tendones y hueso y llegue tan adentro como pueda, que estire los dedos y trate de alcanzarlo y…

Lilith se echa hacia atrás, jadeante, al mismo tiempo que Caleb se aparta con una mueca en el rostro. El cosquilleo permanece un poco más en la punta de los dedos y le asusta darse cuenta de que es una sensación agradable, lo suficiente como para que incluso se sienta tentada a tocarlo de nuevo.

—La tienes tú —susurra sin aliento.

No necesita que el necromante se lo confirme para saber que está en lo cierto. El chico sacude la cabeza, turbado todavía, y alza la

mirada hacia la princesa de Odelia. Ese gesto es suficiente para que la muchacha se ponga en pie y se acerque hasta el lugar donde ha dejado sus escasas pertenencias. Cuando vuelve junto a ellos, lleva una vaina entre las manos. La empuñadura del arma que carga está deslustrada y muestra el detalle de una luna en el pomo y una serpiente que apoya la cabeza en el guardamanos. Un escalofrío le sube por la espalda cuando la chica desnuda el acero para que todos puedan ver la hoja y la celestial siente el poder que emana de ella. Siente rechazo, deseos de decirles que la aparten de ella, porque algo le quema bajo la piel solo con tenerla cerca. Al mismo tiempo, quiere tomarla entre las manos, romperla, hundirla en lo más profundo de la Fosa de los Infieles. Tenerla cerca es lo más desagradable que ha sentido nunca, como si un insecto largo y hambriento se arrastrase por sus entrañas.

—Para sacar a Dysnomia solo hizo falta la mano de una bruja, pero creemos que para sacar la espada de Destino vamos a necesitar a su elegida.

Lilith se obliga a apartar la mirada de la espada de Caos y fijarla de nuevo en los ojos claros del necromante. Todavía tarda un instante en ser consciente de lo que le está pidiendo, en entender que ese chico le está ofreciendo a Eunomia. Siente ganas de reír, confundida. ¿Ya está? Siente que decir que sí es hacer trampas, porque no ha sido ella quien ha descubierto los secretos de Tabitha. No ha sido ella quien ha desenredado sus mentiras, pero, por otro lado, ¿cómo iba a hacerlo? Es Darien quien puede ver el pasado. Es él quien tiene el don de desentrañar las historias de las que ya no quedan testigos. Pero entonces ¿cuál es su papel? Se siente un poco perdida, como si le estuvieran dando un premio inmerecido. Abre la

boca, intenta buscar las palabras para explicar lo que se le está pasando por la cabeza, pero en ese momento, Nathan se pone en pie. Lo hace sin mirar a nadie y, de la misma manera, le da la espalda al grupo.

—¿Nathan? —Darien pronuncia su nombre con preocupación.

—¿A dónde vas? —pregunta Lilith al mismo tiempo.

—Esto no tiene nada que ver conmigo, ¿no? —No se gira hacia ellos, no se detiene—. Pues hablad de lo que tengáis que hablar. Yo necesito que me dé el aire.

Y se marcha sin más. Sin darle tiempo a pensar si quiere ir con él o a preguntarle si está bien. No cree que lo esté. Al mismo tiempo, no cree que vaya a hacer ninguna locura. No va a volver a dejarle su cuerpo al demonio, o eso espera. Tiene la tentación de seguirlo, de asegurarse de que habla con ella, pero sabe que no puede ir tras él sin más. Debía encontrar a Eunomia y ahora la tiene delante, así que tiene que concentrarse en eso.

—Está bien. —Su mirada vuelve a Caleb—. ¿Qué tengo que hacer para conseguirla?

—Ishtar la convocó con su magia, pero mi teoría es que a ti debería resultarte incluso más sencillo. —El necromante se encoge de hombros—. Podrías intentarlo.

—¿Ahora?

—No. —La negativa de Darien es categórica y la mirada que deja caer sobre Caleb, censuradora—. Me prometiste que no te pondrías en peligro. No vamos a hacer esto sin tomar precauciones.

El necromante titubea por primera vez en toda la conversación.

—Quizá no sea necesario. Podríamos intentarlo y, si es demasiado…

—No —insiste Darien, inflexible. Su mirada se vuelve hacia Lilith—. Mañana. Iremos a un poblado de necromantes y lo intentaremos cuando haya cerca alguien que pueda prestarle ayuda en caso de que sea necesario. Dysnomia ya lo dejó lo suficientemente débil y no sabemos lo que puede pasar.

Lilith alza las cejas, porque nunca había visto a Darien actuar con tanta decisión, nunca lo había visto dar órdenes de esa manera, ni siquiera a los aprendices más jóvenes del Templo. Le entristece un poco saber que hay una parte de él que desconocía, una parte que quizá nunca vuelva a ver, porque la conversación que han tenido ha sido suficiente para dejarle claro que su primo no va a regresar a Daiva.

El chico que está a su lado suspira y asiente, resignado, como si el medallón que le cuelga del cuello le obligara a cumplir órdenes en lugar de otorgarle el poder de darlas.

—Mañana entonces.

A Lilith le parece bien. Ha esperado meses enteros para tener a la verdadera Eunomia en su poder, así que unas horas más no van a cambiar nada para ella. El Portador seguirá siendo el mismo al día siguiente. El Amuleto seguirá en Damira.

Ese es su siguiente objetivo. Tiene que volver a Odelia, matar al emperador, recuperar el Amuleto… No. Destruirlo, porque Darien tiene razón: el Amuleto es el problema. La solución no es devolverlo al Sacro Reino, sino acabar con él de una vez por todas. Por un instante, piensa en Altair. Lo recuerda en esos mismos bosques, con los ojos dorados encendidos, brillantes, viendo un futuro que ella en ese momento no era capaz de imaginarse pero que ahora le resulta más claro que nunca.

«Veo el fin de un imperio y el nacimiento de otro y la muerte del tiempo gracias a ti», le dijo. Las palabras del celeste resuenan en su mente como si estuviera susurrándoselas al oído.

«Vencerás, Santa Lilith. Estás destinada a ello».

NATHAN

Nathan lleva toda la vida intentando descifrar algunas de las palabras de su madre, pero solo descubre la verdad tras ellas en ese momento, mientras los recuerdos se amontonan los unos sobre los otros y se desnudan de una manera totalmente diferente a todas las veces que ha pensado en ellos. La noche en que su madre se marchó a por el Amuleto. «Voy a solucionarlo todo». El día en que volvió con él, con la ropa empapada de sangre. «Lo siento». Durante mucho tiempo pensó que esa disculpa se debía a que sabía que lo había convertido en el próximo Portador, pero ahora se da cuenta de que lo más probable es que no tuviera nada que ver. Se estaba disculpando por mucho más. Por matar al padre que nunca le permitió conocer. Por abandonar a un hermano de cuya existencia nunca le habló.

De pronto, incluso su muerte tiene sentido: la rapidez con la que enfermó, de la noche a la mañana, y que nadie pudiera hacer nada por ella, que sus síntomas fueran tan extraños, que se deteriorase tan rápido cuando durante años había sido una mujer con una salud de hierro. Se le agotó el tiempo regalado que el antiguo Portador le

había dado. Ocho años. Eso es todo lo que pudo conseguir para ella después de salvarla. Un tiempo demasiado corto, pero quizá demasiado largo para una mujer que vivía con tantas culpas bajo los labios cerrados, a rebosar de secretos. Recuerda sus ojos febriles mientras le daba el Amuleto. Recuerda que no los cerró hasta que él juró que nunca lo usaría.

Mintió, aunque ahora al menos le queda el consuelo de que no fue el único.

«A estas alturas deberías saber que nadie es lo que parece». La voz de Adriel le llega desde lo más profundo de su pecho y se hace eco por todas partes. «Sobre todo vuestros muertos: todos tienen secretos. Y la mayoría, también, razones para mantenerlos ocultos que quizá nunca consigáis desentrañar».

Nathan se detiene, aunque ha estado caminando a buen ritmo sin rumbo desde que ha salido del torreón, incapaz de quedarse quieto mientras todos sus pensamientos corren. La noche ha caído y el frío le muerde la piel, pero ni siquiera se da cuenta hasta ese momento. Una risa se le atraganta en la garganta, nerviosa.

—¿Qué quiere decir eso? ¿Estás justificándola? ¿Estás…? —No, no quiere saberlo, si es así. No quiere entenderla. Ahora no—. ¡Me odiaría! ¡Me odiaría si viera en lo que me he convertido, todo lo que he hecho! Le horrorizaría saber que al final fui igual que el hombre del que ella huyó. No. No, en realidad, ni siquiera estoy a su altura. —Nathan alza la mano hacia el colgante que pende de su cuello, lo aprieta con tanta fuerza que las puntas de la estrella se le clavan en la piel de la palma—. Ese hombre al menos consiguió salvarla a ella. Consiguió salvar a su… a su otro hijo. —Su *hermano*. La palabra le resulta ajena, complicada de pronunciar. Es otra cosa en la que no

quiere pensar—. En cambio, yo no he conseguido salvar a nadie. Yo solo…

«Salvaste a Elira Surya de morir en Ilan», lo corrige Adriel. «Al hacerlo, ayudaste a que toda una región se levantara contra la emperatriz».

Elira. Piensa en ella, en su abrazo, en la manera en la que le susurró que lo perdonaba y lo bien que se sintió su expiación. De pronto, la echa mucho de menos. Bajo el control de Adriel, los sentimientos como la añoranza o la soledad no podían alcanzarlo, pero ahora no puede evitar pensar en ella, en cómo estará después de lo que ocurrió durante la Noche de las Bestias. Tiene recuerdos de Adriel hablando con ella, con Astrey. Sabe que ambos intentaron llamarlo, sacarlo de nuevo a la superficie, pero él no podía escucharlos. No, en realidad simplemente no quería.

«Pero si lo que quieres es salvar a más gente, no es tarde. Estás vivo, que es más de lo que pueden decir tus padres. Mientras lo estés, todavía hay muchas cosas que están en tu mano».

Nathan traga saliva. Bajo su mano se encuentra ese colgante hecho de los restos de Adam. Es cierto. Es cierto, todavía hay muchas cosas que puede hacer.

—¿Qué opinas? Sobre lo que quieren hacer con el Amuleto. Sobre… destruirlo.

«Que probablemente no son los primeros que piensan en ello, pero es más fácil proponérselo que conseguirlo. Al fin y al cabo, Astrey no va a entregárselo a nadie sin luchar. Y ya vimos todos lo que hizo con la emperatriz».

—No es eso lo que te estoy preguntando —protesta él, frustrado —. ¿Tú lo harías? ¿Lo… destruirías?

«No. ¿Por qué iba a hacerlo? Destruirlo no solucionará tantas cosas como ellos creen. Incluso si el Amuleto dejara de existir, el mundo encontraría nuevas razones por las que luchar. El caos es inherente al ser humano, Nathan. No podéis huir de él y por eso siempre encontraréis excusas para destruiros los unos a los otros».

Sí. Sí, está de acuerdo. Quiere decírselo, pero el sonido de pasos sobre la maleza a su espalda le distrae. Lilith aparece tras los árboles y su expresión se llena de alivio en cuanto lo ve.

—Estás aquí. ¿Cómo…? ¿Cómo te encuentras?

Nathan deja escapar un resoplido y aparta la vista. La pregunta le resulta ridícula. Lo es, sobre todo porque ella, que se supone que lo conoce, o que lo conoció en algún momento, debería saber bien cómo se siente después de todo lo que ha escuchado.

—No tan bien como tú —replica. Cuando se gira hacia ella, le resulta más satisfactorio de lo que debería ver cómo la celestial recibe el golpe, sorprendida. Llega a mirarlo casi con sospecha, como si creyera que Adriel vuelve a tener el control. Pero no, ahora es solo él, y nunca ha necesitado los dientes de un demonio para morder—. Estarás contenta, ¿no? Por fin vas a conseguir a Eunomia.

Lilith hace un mohín de disgusto.

—Sé lo que estás haciendo, Nathan, pero no va a funcionar. Vas a tener que buscar a otra persona sobre la que lanzar tu rabia. He venido por si necesitabas hablar, pero…

—No necesito hablar, así que puedes volver por donde has venido, conseguir esa dichosa espada y concentrarte en tu nueva misión —gruñe él—. Eso es lo que viene ahora, ¿no? Tu gran objetivo como santa, que seguirás a rajatabla pese a que ya ha quedado demostrado que tu dios no es más que un manipulador que se

dedica a manejar las vidas de los mortales a su antojo. ¿Qué más tiene que hacer para que le des la espalda? ¿Qué más tiene que hacer para que comprendas que la divinidad a la que idolatras también está jugando contigo?

La expresión de su amiga se descompone un poco, pero es solo unos instantes antes de que respire hondo y dé un paso hacia delante.

—No creo que ningún dios sea inocente. No creo que ninguno sea ni benevolente ni justo. Hablas de Destino, pero Caos no es mucho mejor, ni tampoco Muerte. Son Originales, creadores de este mundo, y, por tanto, todos ellos se considerarán con más poder sobre él y sobre nosotros. —Nathan abre la boca, pero esta vez es ella quien lo interrumpe cuando sigue hablando—: Pero me gusta ser celestial, Nathan, igual que a ti te gusta ser brujo. Creo en el camino establecido, en el orden, en que hay un equilibrio en lo escrito, en que cada vida tiene un objetivo, aunque a veces no podamos discernirlo. Me gusta que los celestes no puedan mentir y me gustaría ser más como ellos, mentir menos, al resto del mundo y sobre todo a mí misma. Me gusta pensar que detrás de la muerte me espera otro mundo y que puedo ser algo más que mortal, que tendré a alguien a quien proteger desde lo alto y que quizá incluso pueda volver a este plano para ayudar a quien me necesite. No creo que… No creo que la Hermandad sea perfecta, ni que mi dios lo sea. Ya… ya no. Creo que hay cosas que podrían cambiar. Que deberían cambiar. Pero me gusta mi fe y no puedes obligarme a renunciar a ella.

Nathan traga saliva, sin saber qué responder a eso. Durante esos meses, desde que descubrió que Lilith había sido nombrada santa,

no ha pensado demasiado en ella como uno de los personajes sagrados cuyas vidas tuvo que aprenderse en las lecciones del Templo, pero de pronto le da la sensación de poder verla casi iluminada, tallada en piedra o hecha de cristales de colores. Es por la calma. Por la forma en la que sus ojos azules, iguales a los de su hermano, lo miran de frente con mucha más templanza de lo que lo han hecho jamás.

Lilith siempre se ha parecido a Adam, pese a los años de distancia que había entre ellos. Aun así, Nathan nunca lo había visto tan claro como en ese momento. Tanto que tiene que apartar la vista.

—¿Qué haces aquí, Lilith? —murmura—. ¿Por qué…? ¿Por qué haces esto? ¿Por qué sigues fingiendo que no ha pasado nada? Todo ha cambiado. Tú y yo hemos cambiado. No voy a volver al Sacro Reino. Del mismo modo que tú no vas a renunciar a tu fe, yo no voy a renunciar a mi demonio. No estoy de acuerdo con tu misión. Nuestros caminos no van a volver a ir en la misma dirección nunca más.

—Lo sé. —A la muchacha se le quiebra un poco la voz, pero aun así da otro paso hacia delante. Las comisuras de sus labios tiran hacia arriba en un gesto agridulce y ella se encoge de hombros—. Pero, de todas formas, estemos donde estemos, incluso si volvemos a luchar el uno contra el otro, incluso si volvemos a odiarnos y a hacernos daño, para mí tú siempre serás mi mejor amigo.

Eso lo desarma más de lo que le gustaría. Aunque estaba protegido hasta los dientes, con armadura, escudo y puñales en las manos, de pronto se siente expuesto y vulnerable. Tiene una herida abierta en el pecho, a la altura del corazón. De pronto, la rabia familiar a la que se estaba aferrando le resulta fría y desagradable

en vez de cálida y hogareña. Él siempre ha sido fuego y Lilith siempre ha sido aire, pero si antes el viento de ella solía avivar sus incendios, ahora es una brisa ligera que lo apaga con la suavidad con la que se extingue una vela.

Al final, solo le queda bajar la mirada. Rendirse. Hacer una última súplica.

—No lo hagas —murmura. Sabe que es inútil, pero tiene que intentarlo—. No vayas a por Astrey. Lo has visto, tienes que saber que no eres contrincante para él, incluso con Eunomia. Vuelve a Daiva, deja que te adoren y usa tu poder para hacer que los celestiales entren en razón con respecto al mundo más allá de las murallas. Enséñales que no todo es tan malo. Quédate junto a Ammarah, ayúdala a convertirse en una buena reina. —Cuando vuelve su mirada hacia ella, casi parece un fiel dispuesto a rogarle a una imagen sagrada—. Olvídate del Amuleto del Tiempo, por favor, Lilith.

Sabe la respuesta antes incluso de que ella termine de acortar la distancia que hay entre ellos y ponga una mano sobre su brazo, en una caricia suave, sutil.

—Lo siento, Nathan. No puedo.

Nathan deja caer los hombros, vencido. Se siente tan cansado, de pronto, que ni siquiera tiene fuerzas para enfadarse por su obstinación. O quizá no quiera. Quizá, pese a todo, pese a que duela, la entienda.

Siente que no tiene nada más que decir, que ha perdido una batalla y solo le queda retirarse para curarse las heridas, pero Lilith se aferra a su muñeca cuando él está a punto de alejarse. Nathan enarca las cejas, sorprendido, sin saber qué viene a continuación.

—Quédate un rato conmigo. Solo… Solo un poco. Ni siquiera hace falta que hablemos. —Su mirada se alza hacia el cielo nocturno, a la luna que ilumina la escena—. Por los viejos tiempos y… porque me lo debes. Me dejaste a solas con tu horrible demonio durante la Noche de los Milagros.

«Fui un encanto», masculla Adriel. A su pesar, Nathan casi siente ganas de sonreír. Aunque su demonio finja despreciar a la celestial, tiene la impresión de que hace ya tiempo que no le disgusta tanto como le gustaría.

El brujo también alza la mirada hacia el firmamento y se pierde durante unos segundos en esas estrellas que antaño sabía leer. En ellas ahora no encuentra ni rastro del futuro que tiene por delante, pero sí un pequeño retazo del pasado, poco menos que un recuerdo, una melodía. Sabe que no debería acceder, que debería marcharse sin más, pero quizá eso es lo mínimo que le debe a esa muchacha que lo ha seguido hasta allí. Pese a los enfrentamientos. Pese al odio y al dolor y a la desconfianza.

Cuando baja la vista a la tierra, lo hace buscando algo a su alrededor. Hay un tronco de madera unos pasos más allá y él levanta la mano para volcar un poco de magia sobre él, para partir un trozo y moldearlo. Después de lo que ha hecho con los huesos y el oro, modificar ese pedazo de materia resulta un juego de niños. Lilith se fija en él mientras le da forma, confundida, aunque entreabre los labios cuando se da cuenta de cuál es el resultado.

Nathan observa la ocarina que queda entre sus manos con algo de añoranza. Hace mucho que no toca, pero es que antaño solo lo hacía para ella. Ni siquiera lo hizo nunca delante de Adam, porque siempre le dio demasiada vergüenza. La música de la ocarina era

algo que existía solo entre Lilith y él, precisamente porque un día ella le descubrió probando el instrumento y se quedó a su lado, fascinada y divertida, aunque él quiso huir en dirección contraria.

—Por los viejos tiempos.

Nathan toma asiento contra uno de los árboles. Un ademán con la cabeza es suficiente para que Lilith se apresure a acomodarse a su lado con los ojos brillantes.

Cuando la música comienza a sonar, la ve sonreír. También le parece ver una lágrima deslizarse por su mejilla, pero podría haber sido un espejismo, porque se pierde cuando ella aprieta su rostro contra su brazo, se olvida de las estrellas y se queda ahí, callada, escuchando esa canción que los devuelve años atrás. Él, igual que ella, cierra los ojos. Aunque hace mucho que no practica, se deja llevar por las notas, por el sonido dulce que evoca otros tiempos de una manera que ni siquiera el Amuleto del Tiempo podría conseguir.

Lilith puede ver el futuro, pero Nathan se concentra en crear un buen recuerdo para cuando quiera mirar al pasado.

Y así, cuando vuelvan a alejarse, al menos les quedará esa canción.

LILITH

La gente te corta el paso, pero tú te cuelas entre los huecos que separan unos cuerpos de otros. Te abres camino, consciente de que cada vez estás más cerca del estrado, más cerca de la figura de Ammarah, de la Guardia Celestial, de la prisionera. El discurso ha terminado y, con ese final empiezan los gritos, que te zarandean, que hacen que te sea más difícil avanzar. Te reverberan dentro, te sacuden. Llaman al caos y piden muerte. Piden justicia. Piden venganza por los caídos. Piden sangren y violencia.

Ammarah se aparta un par de pasos y deja sitio para que los soldados empujen a la rea hacia delante. La van a ejecutar y tú tienes que detenerlos, tienes que cumplir tu palabra, y la espada arde contra tu cadera. Exige tu atención, que la uses, que la empuñes, que te hagas ver porque eres invisible, silenciosa incluso cuando tus labios se mueven, incluso cuando no dejas de repetir:

—Deteneos.

Y te sientes inútil, ignorada, pequeña, menos que diminuta, devorada por el ruido, por la rabia, por lo que sea que esté pronunciando tu nombre, una, dos, tres…

—¡¡¡Deteneos!!!

La luz te ciega. La escena cambia. El suelo tiembla bajo tus pies, pero sigues corriendo por esas calles que, de pronto, te parecen desconocidas, completamente extrañas. Lo es el paisaje. Lo es la nube de tierra y polvo que se levanta a lo lejos. Por un momento, dejas de correr y sabes que es demasiado tarde, que no puedes hacer nada, nunca has podido hacer nada. Hay fuerzas contra las que no tienes poder y esa es una de ellas. Lo comprendes cuando los primeros trozos de piedra se desprenden de los altos muros y caen al vacío y eres consciente (deberías haber sido consciente antes, lo viste en un sueño) de que hagas lo que hagas, no vas a poder evitarlo.

Ya solo queda una misión para ti.

*Ante ti, la obra de un dios (*tu *dios) se resquebraja y tú solo puedes mirar y seguir adelante.*

Lilith abre los ojos y se atraganta con una bocanada de aire, con un grito que se convierte en un sollozo que no consigue volver a tragarse. Las lágrimas le arden en los ojos y el letargo del sueño se le escurre de encima como una capa que se hubiera soltado. Se endereza, confundida, y se echa hacia delante en un intento de controlar su respiración.

—¿Lilith?

Ella sacude la cabeza. Se lleva las manos al pecho, consciente de la rapidez con la que el corazón le late contra las costillas. Igual que si intentara abrirse paso para llegar hasta Ammarah, igual que si hubiera visto el desastre con sus propios ojos. Pero no lo ha hecho. Está en el bosque, sentada entre las raíces de un árbol, y la calidez que siente de pronto en la mano es el roce inofensivo de Nathan. Su

amigo está a su lado, con la ocarina abandonada en el regazo. Las ascuas de su rostro son el único punto de luz en medio de los árboles e iluminan su expresión sorprendida, preocupada.

—Tranquila, solo era un… —Él mismo se corta, consciente de que para ella los sueños no son solo eso desde hace mucho tiempo—. ¿Ha sido una visión?

Lilith asiente, incapaz de calmarse. Sus piernas se mueven antes de que sea consciente de lo que está haciendo, pero necesita un par de intentos hasta conseguir que la sostengan y ponerse en pie, todavía apoyada contra el árbol. Nathan también se levanta.

—Lilith, dime algo. ¿Qué…?

—Las murallas. —Su voz se quiebra, se convierte en polvo, cae en trozos al suelo—. Las murallas van a caer.

—¿Estás segura?

A la luz de la hoguera que el grupo mantiene encendida, Darien se abraza a sí mismo y mira a sus compañeros sin saber muy bien qué hacer. Todos han despertado y permanecen alerta después de escuchar la visión que Destino le ha enviado a la santa. Nathan es el único que no se ha sentado, como si quisiera dejar clara la distancia que hay entre el resto y él, y se apoya contra una de las paredes con los brazos cruzados.

—Estoy segura. Y no sé cómo ocurre, pero… —Lilith traga saliva y centra su atención en la madera que cruje y chisporrotea entre las llamas, incapaz de mirar a ninguno de ellos a la cara—. Solo puede

haber una magia lo suficientemente poderosa para romper las murallas.

—Tenemos que hacer algo. —Su primo aprieta los labios y ella comprende solo entonces que no le es indiferente lo que pase en Daiva. Aunque quiera romper todos sus lazos con el Sacro Reino, eso no significa que desee que su gente sufra—. Tenemos que ayudarlos.

—Diría que es un buen momento para usar las espadas, para acabar con el Amuleto —interviene la princesa de Odelia—, pero la visión no nos dice dónde va a estar el Portador, ¿no?

—Si lo conozco, estará cerca, en un lugar desde donde pueda verlo todo y regodearse —interviene Caleb. Nathan resopla y este vuelve sus ojos azules hacia él—. ¿Tienes algo que aportar, brujo?

—Pues ya que lo dices, sí. Yo también conozco a Astrey y dudo que hiciera algo así sin una buena razón.

El necromante enarca las cejas, como si creyera que es estúpido.

—Entonces no lo conoces en absoluto.

—Quizá quien no lo conoce eres…

—Basta. —Lilith corta la conversación de manera tajante antes de que el conflicto escale—. No tenemos tiempo para esto. Tengo que volver a Daiva y necesito a Eunomia. Si quiero defender el Sacro Reino…

—¿Cómo era? —La santa pierde el hilo de lo que iba a decir cuando Derek la interrumpe con el rostro serio—. La prisionera. Dijiste que estaban juzgando a una mujer delante de la basílica. ¿Recuerdas algo de su aspecto?

Lilith no entiende qué tiene que ver eso con nada.

—Piel negra, ojos oscuros, delgada. Estaba… Estaba malherida… —Frunce el ceño, intentando encontrar algún detalle más definitorio, algo que la hiciese única. La imagen le vuelve a la cabeza en ese momento, fugaz pero clara—. Tatuajes blancos. Tenía tatuajes de enredadera, como los que tienen… los que tenéis los necromantes.

El chico aprieta los labios, pero su única respuesta es la mirada que intercambia con la muchacha a su lado y luego con Caleb. Ambos están tensos, preocupados.

—Es ella —les dice—. Estoy seguro.

—¿Dyne? —pregunta Darien muy bajito.

Nadie le responde, como si hacerlo supusiera aceptar algo que no quieren enfrentar. De todas formas, en el silencio que sigue todo el mundo sabe que está condenada. Si esa mujer estaba ahí, rodeada de guardias, con ese aspecto demacrado, no le quedaba mucho tiempo. Parecía que fuesen a usarla de ejemplo, de escarmiento, así que Lilith supone que lo siguiente sería que su sangre bautizara las escaleras de la nueva basílica.

Aunque en la visión quería salvarla, no sabe muy bien por qué.

—Está bien, santa. —Caleb se vuelve hacia ella con esa calma que ella comienza a admirar—. Te daré la espada ahora mismo con una condición.

—¿Ahora mismo? —repite Darien, disgustado—. Caleb, no…

—Tu prima tiene razón, celestial: no podemos perder el tiempo. Ella necesita llegar a Daiva y nosotros tenemos que llegar hasta Dyne. Y ella nos va a ayudar.

Sus ojos vuelven a encontrarse con los de Lilith. Su propio grito en la visión le resuena en los oídos, como si las vidas de toda esa gente dependieran de que nadie se moviese. Sabe lo que quieren de ella.

Sabe lo que van a pedirle, pero también que va a contradecirse con lo que el resto de celestiales desean. Su madre se enfadará y Ammarah… No tiene claro lo que la reina va a pensar. No tiene claro nada sobre ella, porque lleva años dando por hecho que la conoce y, sin embargo, nunca se habría imaginado que pudiera empezar una guerra o presidir una ejecución pública.

Pero tampoco tiene que contentar a ninguna de esas personas. Al único al que le debe lealtad es a su dios, como le dijo a Nathan. Y como le dijo a él, también, quiere empezar a hacerlo todo mejor. Quiere alzar la voz cuando alguien se equivoca. Quiere demostrarle a toda Daiva que hay formas mejores de enfrentar los conflictos. Y no sabe qué ha hecho esa tal Dyne, pero sabe que está dispuesta a perdonarla por un bien mayor.

—Queréis que salve a vuestra amiga.

—Ni siquiera te pediré que la salves, solo que distraigas a la gente lo suficiente para que yo pueda hacerlo —responde Caleb—. ¿No crees que es justo? Te saqué del palacio de Damira y te voy a dar la espada de tu dios. Me merezco algo a cambio.

Lilith duda, pero odia la idea de estar ahí sentada, discutiendo, mientras el peligro asola las murallas, así que asiente. ¿Y acaso no es eso lo que tiene que pasar? Lo ha visto.

—Está bien. Os ayudaré. Ahora, la espada.

Nathan chasquea la lengua, como si estuviera disgustado con su decisión, pero ella lo ignora y se acerca al necromante. Al lado de Caleb, Darien aprieta los labios, claramente disconforme. Se nota que querría tirar del muchacho hacia atrás y protegerlo de Lilith. Aunque no lo hace, sí que se fija en ella, casi desafiante.

—Si en algún momento te lo pide, pararás.

No es una petición, es una orden. Aunque está dirigida a su prima, el necromante se da tan aludido como ella, porque lo mira de reojo.

Su expresión se suaviza; su tono también.

—Estaré bien, celestial. —Caleb le ofrece la mano y Darien se apresura a aferrarse a él—. No me he olvidado de nuestra promesa.

Es obvio que al sensible le gustaría estar enfadado o resentido, pero la molestia se le derrite con el beso que el necromante deja sobre sus nudillos. Se miran a los ojos durante un solo segundo, pero a Lilith le parece que hay una conversación de horas en ese instante. Al final, es Darien el primero en apartar la mirada, resignado, y el necromante se vuelve entonces hacia ella. Su mano sigue entrelazada con la del celestial.

—Estoy listo.

La santa respira hondo, más nerviosa que él.

—¿Qué se supone que va a pasar?

—La percibirás. —Es la princesa de Odelia quien responde. Se frota los brazos como si hiciera frío, pese a la hoguera. El chico del tatuaje la atrae contra su costado para darle más calor—. Concéntrate en su energía y… aférrate a ella. Piensa en tenerla entre las manos, siéntela incluso si no es tangible. Al final, lo será. No… No puedo explicarlo de otra manera.

Lilith asiente, aunque no está segura de que eso sea suficiente. Al mismo tiempo, prefiere no saber más detalles. Ya tiene suficiente miedo a fracasar, a demostrarle al resto del mundo lo que ella ya sabe: que no está a la altura. No se merece ser la favorita de su dios, no merece empuñar la espada que le dio a la primera celestial, a la primera de sus santas, a la fundadora de su reino. Puede que Eunomia la haya llamado pero ¿y si no vuelve a hacerlo? ¿Y si la

espada la rechaza? ¿Y si su oportunidad ya ha pasado? ¿Y si…? ¿Y si…? Los supuestos se van apilando en su cabeza, hasta que siente ganas de levantarse y darles la espalda a todos.

Si no lo hace es solo porque está harta de tener tanto miedo de sí misma.

Trata de dejar la mente en blanco y estira los dedos de la mano derecha. Los siente entumecidos, torpes, igual que torpe es el movimiento con el que los lleva hacia delante. Durante un momento, ni siquiera tiene claro dónde apoyarlos sobre el cuerpo del necromante, pero le parece que el sitio correcto es su pecho. Allí siente la calidez de la piel incluso a través de la tela de la ropa. Allí, el cosquilleo que ya conoce empieza a correrle bajo la piel, le vibra en los huesos. Una chispa crepita contra su palma antes de metérsele bajo la carne, en las venas, y hacer todo el recorrido hasta su corazón, donde prende y empieza a arder antes de extenderse por todo su cuerpo. No es como un incendio, como las llamas de esa hoguera que tienen cerca: es como tener un rayo de sol dentro, como si se hubiera recostado en la hierba en una tarde de verano. Quema, pero puede aguantarlo, y llega a la par que lo hace la voz, un zumbido en los oídos que pronuncia su nombre, que la llama, que la insta a inclinarse hacia delante, a apretar la palma con más fuerza contra ese cuerpo. Le susurra que ella es mucho más fuerte, que esa piel se combará bajo su voluntad, que su mano sería más que suficiente para partir esos huesos frágiles, para rebuscar entre los órganos, para sacarla fuera.

La celestial se asusta ante esos pensamientos insidiosos. No son suyos, pero tampoco pueden provenir de su dios, sino de algo que pide sangre. Pero ¿qué arma no lo hace? Las espadas están hechas

para matar, para hacer sangrar… No. Eunomia está hecha para proteger, para honrar a Destino. Puede que se haya asesinado con ella, pero siempre ha sido con una intención clara en mente. Y ella pretende usarla para escudar a los suyos, para salvar, para lo que es correcto. No va a volver a cometer los mismos errores que la mantienen despierta por las noches, no va a permitir que nadie se invente nuevos enemigos para ella. No va a volver a participar en luchas sin sentido, en guerras sin sentido.

No va a volver a seguir órdenes sin sentido.

Lilith toma aire con precipitación cuando siente un bulto bajo la piel del necromante, cuando cierra los dedos y algo palpable se materializa en ellos. Abre mucho los ojos, sorprendida. Delante de ella, el rostro del necromante se contorsiona en una mueca de dolor, pero no se queja, no dice nada, así que aprieta un poco más la mano alrededor de ese objeto, cálido como si fuera una extensión más del cuerpo del que está saliendo.

La tiene. Tiene a Eunomia entre los dedos. Tiene una empuñadura que parece moldearse bajo la fuerza que ejerce su mano, incrustada con detalles dorados que brillan a la luz de la hoguera. No hay sangre, no hay una herida de la que salga, no es como nada que haya visto antes. Es un milagro, porque no hay otra palabra para describir que esa espada haya estado tanto tiempo en una vaina de carne y hueso y siga intacta, perfecta. Siente ganas de arrancarla de un tirón, igual que si estuviera en combate, pero es como si algo dentro del necromante quisiera retenerla, como si hubiera una mano aprisionando el filo y ella tuviera que echarle un pulso. Lo hace. Aprieta los dientes y usa más fuerza y entonces el guardamanos se deja ver. El ojo que lo adorna parpadea, las alas se despliegan. La

santa está a punto de soltar la empuñadura, sorprendida, pero quizá si lo hace se desvanezca, así que mantiene el agarre pese a que empieza a notar el cansancio. Caleb deja escapar un gruñido, pero aun así no dice nada, sigue sin pedirle que se detenga.

Otro tirón y parte del filo queda al descubierto. Es blanco, como si todavía estuviera en la fragua, ardiendo, listo para ser moldeado. Si Dysnomia le pareció deslustrada, Eunomia es todo lo contrario, recién nacida, perfecta.

Otro tirón. Lilith tiene que incorporarse a medias sobre una rodilla, tiene que echarse hacia atrás para conseguir más espacio. Las llamas de la hoguera alargan las sombras y las que se dibujan en una de las paredes derruidas de la torre se asemejan a las de un asesinato.

Con un último tirón, la espada queda libre y ella se pone en pie. El acero brilla, hipnótico. El brazo deja de dolerle y un poder nuevo le recorre los músculos, la llena de una forma que ni siquiera su don había conseguido. Su mano, todavía cerrada alrededor de la empuñadura, no quiere volver a abrirse jamás. Estira los dedos, uno por uno, los vuelve a apretar en ese puño firme. Se siente más poderosa que nunca, más completa que nunca, incapaz de apartar la mirada de ese filo. Quiere aprenderse esa arma como se ha aprendido las líneas de su palma, igual que se aprendió en su momento las oraciones a su dios. Los labios le duelen cuando los estira en una sonrisa. Puede que incluso deje escapar una risa incrédula.

Eunomia está en sus manos, por fin.

Y ella está preparada para cumplir su misión.

—¿Caleb?

Lilith aparta la vista de la espada y se da cuenta de que su primo tiene los brazos alrededor del necromante, que no sangra ni muestra ninguna herida, pero está agotado y respira con dificultad. Tiene los ojos cerrados y está empapado en sudor, como si hubiera sido él quien le hubiera estado echando un pulso a la fuerza de la celestial. Ni siquiera debe de ser consciente de lo que pasa a su alrededor, porque no se inmuta cuando la princesa y el chico del tatuaje se acercan a toda prisa.

—¿Caleb? Caleb, dinos algo —pide la muchacha.

—Está temblando —apunta el moreno antes de sacarse la capa y tratar de envolverlo con ella.

Caleb sacude la cabeza, aunque se encoge contra el cuerpo de Darien.

—Estoy… —lo escucha susurrar. Le cuesta arrancarse cada sonido que pronuncia—. Estoy bien. Solo…

No termina la frase. Está al borde de la inconsciencia, pero es la tos la que lo corta. Lo sacude, le desgarra el pecho, parece partirlo en dos. Todos escuchan lo ronca que suena, cómo le arranca la respiración, lo ahoga.

Todos ven la sangre que le mancha la boca y la mano con la que se la cubre.

Él mismo tiene que darse cuenta. Él mismo observa el color escarlata contra su pálida palma, se fija en ella como si pudiera leer su futuro en el rojo que queda sobre su piel. Después, sus ojos se alzan hacia Darien, que está pálido, con la expresión horrorizada. El necromante separa los labios, quizá para pedir una disculpa, quizá para hacer una confesión.

Antes de poder encontrar las palabras, se desvanece.

DARIEN

Cuando Ishtar sacó a Dysnomia del cuerpo de Caleb, Darien fue incapaz de reaccionar. Se quedó con la mente en blanco y lo único que pudo hacer fue observar mientras Derek se ponía en marcha, como si todavía fuese necromante y pudiera ayudarlo con su magia. Esta vez, sin embargo, la cabeza del celestial bulle con mil ideas, con mil pensamientos. Sigue sintiéndose paralizado, pero es solo porque no sabe a qué hacer caso, por qué debería dejarse guiar. De fondo, muy lejos, escucha a Nathan preguntar qué está pasando. Desde más lejos aún, como si fuera un grito lanzado desde la montaña más alta, la respuesta de Ishtar se hace eco en todo Evren. Esas palabras sí que las escucha, pero solo porque ya las tiene en la cabeza, porque él mismo no puede dejar de repetirlas:

—Es la sharada.

Si Darien no conociese la enfermedad, si no hubiera visto los síntomas manifestarse en su amiga, quizá podría resultarle más ajena. Podría incluso parecerle inofensiva, otro cuento para asustar a los niños, para obligarlos a apartarse del camino de las tentaciones.

Ahora, sin embargo, le resulta aterradora. Esa enfermedad es la maldición de la familia imperial de Odelia. Esa enfermedad hizo que

el Inmortal se rebelase contra Destino y después mató a varios de sus hijos. Terminó persiguiendo incluso a su nieto y lo tuvo encamado, delirante por la fiebre, hasta que finalmente logró devorarlo por completo. Hasta que lo mató y obligó a otro Portador a revivirlo.

Y ha vuelto. Ha vuelto, no sabe muy bien cómo. Quizá nunca se fue. Quizá estaba ahí, dormida, esperando. Las espadas, la inmortalidad que le concedían, el poder que le permitía curarse a sí mismo, mantuvieron la enfermedad a raya durante años. Y ahora que Dysnomia y Eunomia lo han abandonado, ahora que vuelve a ser mortal, está completamente indefenso. La sharada ha despertado y ha sonreído enseñando los dientes; se los está clavando, mordiéndolo por dentro, despedazándolo, arrastrándolo lejos de él. Quiere quitárselo. Quiere quitárselo, y Darien cierra los dedos alrededor de su rostro, le sostiene la cabeza sobre el regazo. Quiere gritarle a esa sombra de manos pérfidas que no, que es suyo, que no tiene ningún derecho a tocarlo. Está temblando cuando alza los dedos y le limpia el fino hilo de sangre que le mancha los labios de carmín. Esos labios demasiado calientes, por los que escapa una respiración acelerada. Se los frota una, dos, tres veces, pero la suciedad sigue ahí. Se le derrama entre los dedos, le empieza a caer por la mano, a subirle por el brazo, a…

—Darien.

El chico da un respingo cuando escucha el nombre en su oído, demasiado cerca, aunque nadie lo toca. Vuelve en sí, solo para darse cuenta de que los labios de Caleb están limpios y él solo tiene una pequeña mancha en el lateral del índice. Toma aire, intentando serenarse. Al levantar la cabeza, se da cuenta de que todos lo están

mirando, de que Derek es el que lo ha sacado de su ensoñación, porque es quien está más cerca. Con mucho cuidado de no rozarlo, le quita la cabeza del necromante del regazo y la deja sobre una manta doblada. Ishtar está de pie a su lado. Lilith y Nathan, al otro lado de la hoguera, lo miran con una pena que no quiere, que no merece.

Él también se pone en pie. Tiene que hacer algo, ponerse en marcha, centrarse y ayudar, no como el día en que recuperaron a Dysnomia. Caleb lo necesita. Caleb…

—Voy a buscar a un necromante.

Eso es. Pueden ayudarlo, igual que ayudaban a Ishtar. Se ha desmayado porque está débil, pero no significa que vaya a morirse. No significa que la enfermedad sea más fuerte que él: solo ha aprovechado la oportunidad, ese momento de indefensión. Nada más.

Le da la espalda al grupo. Echa a andar.

—No hagas tonterías, no hay ningún pueblo a menos de varias horas de camino —señala Derek—. Y, si echas a andar por el bosque en medio de la noche, lo más probable es que te pierdas.

Darien se ha detenido en cuanto su amigo ha empezado a hablar, pero no quiere volverse hacia él. No quiere pensar que pueda tener razón. No quiere girarse y ver a Caleb ahí tirado, tan quieto, tan vulnerable.

—¿Y qué se supone que tenemos que hacer entonces? ¿Esperar a que se despierte o a que no lo haga? ¡Nos necesita! ¿Y si se…?

No quiere decirlo. No quiere pensarlo. Se tambalea, como si se hubiera golpeado contra un muro invisible, como si se hubiese hecho daño a sí mismo, y siente que las lágrimas se le agolpan en los ojos.

Detrás de él, más cerca de lo que le gustaría, oye unos pasos. No sabe quién es, pero lo descubre en cuanto lo toca. No pensó que nadie lo fuese a tocar.

Está tan alterado que no puede evitar el recuerdo.

La noche se convierte en día antes de que pueda evitarlo y las ruinas del torreón se transforman en las de la basílica. El blanco del mármol está borroso ante sus ojos, igual que el rostro de Adam, que le sonríe pese a la sangre que se le escapa de entre los labios, pese a que le florece en la túnica blanca como una gran rosa roja. Su mano le está acariciando la mejilla y es el roce más suave, más dulce, pese a dejar lágrimas escarlatas a su paso.

—Gracias… Gracias por todo el tiempo que me has dado.

No.

El día deja paso a la noche, el torreón en ruinas le deja ver el cielo estrellado. Cerca de él, la hoguera lanza sombras sobre el suelo y la suya aparece con los brazos extendidos. No sabe en qué momento ha empujado a Nathan, pero el chico lo mira ahora con los ojos muy abiertos y las manos levantadas, abiertas, en una señal de indefensión. Sabe que no pretendía que eso pasara, pero ha ocurrido y su mente empieza a jugar con él, quizá con malicia, quizá solo confundida. La cara del Adam del recuerdo se transforma en la de Caleb, sus ojos azules se están fijando en él. Hay sangre en todas partes, incluso en el propio Darien, y de pronto se encuentra intentando sacudírsela, como si fuesen hojas encarnadas. Pero no hay nada en su ropa, solo esa manchita en la mano, la cual se frota y se frota mientras intenta convencerse de que Adam está muerto, sí, pero Caleb vivirá. Caleb tiene que vivir, le ha hecho una promesa. Caleb tiene que vivir, Destino no puede ganarles. No los volverá a

separar. No así. No cuando su medallón sigue entero, cuando esta vida podría ser la última en la que podrían estar juntos.

Caleb tiene que vivir o él no será capaz de sobrevivir a la pena y todo habrá sido en vano.

Da un par de pasos hacia atrás. Le cuesta respirar y el mundo está emborronado. Todos los presentes lo miran, Eunomia lo mira, el medallón en el pecho de Lilith lo mira, la estrella que cuelga del cuello de Nathan lo mira. En alguna parte, Destino se ríe y Darien sacude la cabeza, se tapa los oídos, pero las carcajadas siguen y siguen y no se suponía que esto fuera a pasar así. Muerte le dijo que tenía grandes expectativas para él y está seguro de que no las ha cumplido y…

Muerte.

Un sollozo se le atraganta en la boca. Muerte está de su lado. Muerte le dijo a Caleb que era su favorito. Muerte quiere que sean ellos quienes ganen la partida. Muerte odia a Destino.

Si alguien puede ayudarlo, esa es Muerte.

—Sikil. —Su voz no es más que un jadeo, un nombre entrecortado que, sin embargo, hace que Derek enderece la espalda. Ishtar entreabre los labios. Lilith frunce el ceño, como si no entendiera lo que ha dicho, y Nathan da un paso atrás—. ¡Sikil! —repite Darien, pero no lo suficientemente fuerte. Tiene que conseguir que lo escuche allá donde esté—. ¡¡¡Sikil!!!

A su llamada le sigue un silencio. Sus ojos recorren las ruinas, las flores cerradas que duermen en las paredes, en el suelo junto a Caleb. Sus amigos lo imitan, como si esperasen encontrarse con una diosa aguardando entre ellos. El único que no se mueve es Derek, que le lanza una mirada censuradora.

—¿Qué haces? —Está molesto y Darien no sabe si es una emoción que viene del miedo a que su diosa aparezca o a que la haya ofendido al llamarla sin venerarla—. Ella no lo va a curar. No funciona así, celestial.

—Darien. —La voz de Nathan es suave, apaciguadora—. Lo que has visto… No tiene por qué pasar lo mismo. ¿Lo entiendes? Solo era un recuerdo. Solo…

Pero él no quiere escucharlos. No va a hacerles caso. Muerte ya se presentó ante él una vez, así que tiene que volver a hacerlo. No va a dejar que sean solo los dioses quienes decidan cuándo los va a escuchar. Su mano busca a tientas entre su ropa el puñal de Tara, lo aprieta entre los dedos mientras camina alrededor de su pequeño campamento, mientras busca a la Original en los arbustos que crecen en una esquina, el musgo que cubre las piedras rotas, la luz de la luna y las estrellas que cae sobre ellos.

—¡¡¡SIKIL!!! —Vuelve a gritar, haciendo que los muros se estremezcan—. ¡¡¡Me lo debes!!! ¡¡¡Se lo debes a él!!!

—No te equivoques, Darien Veriz. Yo no estoy en deuda con nadie.

La voz lo hace detenerse a medio paso. La reconoce, igual que reconoce el frío que le inmoviliza el cuerpo, que le hiela la sangre y le llega hasta los huesos. La siguiente bocanada de aire que exhala es una mancha blanca en el aire y la que inspira, agujas que se le clavan en los pulmones.

Darien se da la vuelta muy despacio, a tiempo de ver a una figura apenas humana materializarse fuera de la pared. Lleva un vestido hecho de musgo y enredaderas, de flores que se han abierto como si hubiera salido el sol en medio de la noche. Su rostro está cubierto

por un velo hecho de la más delicada tela de araña, tan tupido que solo deja adivinar un par de ojos que se fijan en él. Tienen el brillo del cristal y, como si estuvieran mostrando un reflejo, se ve a sí mismo. Es solo un momento. Al instante siguiente, cambia y ve al Adam de su visión. Ve los huesos en la Fosa de los Infieles. Ve el cadáver de Derek en la Noche de las Bestias y la carcasa vacía de aquel brujo que mataron para ayudar a Ishtar en el palacio de Damira. Ve las piras funerarias que montaban en Daiva, junto al lago, para honrar a los muertos y los árboles del cementerio de los necromantes, donde las cintas ondeaban al viento.

Lo ve todo en solo un segundo, antes de volver a observarse a sí mismo, y no puede evitar preguntarse si eso significa que va a ser el siguiente.

—Le dijiste que era tu favorito. ¿No quieres salvarlo? Cúralo. Haz algo por él. No dejes que Xandre gane la partida.

Suena suplicante, derrotado, pero ni siquiera le importa. Si son súplicas lo que hace falta, suplicará durante horas, durante días. Hará lo que sea.

Lo que sea.

—Es él quien ha decidido volver a ser mortal —responde ella con la calma de la brisa entre los árboles—. Quería la posibilidad de morir y ahora la tiene, con todas sus consecuencias. Ya ha tenido mucho más tiempo de lo que le habría correspondido. Primero su padre lo salvó y después yo le concedí muchos años más. —Darien entrecierra los ojos, sin comprender, y la diosa ladea la cabeza como si su confusión le resultara enternecedora—. ¿Quién crees que empujó la energía de las espadas hacia su cuerpo aquella noche?

¿Las espadas? No, eso no es lógico. No pudo ser ella la que hizo que las espadas acabaran dentro de Caleb. ¿Por qué iba a hacer eso? ¿Por qué iba ella a convertirlo en inmortal? ¿Por qué…?

Porque es una diosa. Porque podía hacerlo.

—No es cierto. —Le vuelve a costar respirar. Le cuesta creerse sus propias palabras—. Tú no… No has podido usarlo todo este tiempo. No… ¿Por qué le darías esa carga? Por entonces ni siquiera te servía. Era… Solo era un niño. Por tu culpa perdió seis años de recuerdos. ¿Y para qué? —Le duele la mano en la que aprieta el puñal de Tara, siente los dedos helados—. ¿Para dejarlo morir cuando le sacasen las espadas? ¿Ese era tu gran plan?

—No tenía modo de saber que perdería la memoria, pero supongo que fue demasiado para un cuerpo mortal —responde ella, como si considerase eso una disculpa—. Solo quería comprobar qué elegía en esta vida. Si seguía atrapado en los errores de mi hermano o lo hacía mejor. Si podría elegir ser solo humano. Y lo ha hecho.

Sus ojos vuelan más allá del celestial y él tiembla al seguirlos, al darse cuenta de que está mirando al chico que yace inconsciente junto a la hoguera. Derek sigue a su lado, en tensión, arrodillado. Detrás de él ha escondido a Ishtar, como si así creyese que Muerte no va a fijarse en ella. Al otro lado del fuego, Lilith y Nathan están muy cerca: su prima tiene a su amigo agarrado del brazo y parece haberse olvidado por completo de que todavía empuña a Eunomia.

—Lo ha hecho bien —murmura Sikil con algo similar al cariño llenando su voz—. Los dos lo habéis hecho bien. Y ahora ya sabes qué tienes que hacer: tienes que dejarlo ir, igual que él tendría que haberte dejado ir a ti al principio de los tiempos. Tendréis otras vidas. Os volveréis a encontrar.

Darien ya está negando con la cabeza antes de que termine de hablar. El sonido que le escapa de entre los labios está a medio camino entre una risa y un sollozo.

—Eso no tiene sentido.

No quiere dejarlo ir. No va a dejarlo ir. No pueden haberlo obligado a ver todas esas vidas, a perderlo tantas veces, para tener que hacerlo una más. No así. Deberían poder decidir. Debería haberles dado al menos un pedazo más de felicidad. Debería permitir que Caleb cumpliera su promesa o, al menos, haberle impedido hacer promesa alguna, porque sabe que ahora no va a poder quitarse de la cabeza lo que podría haber sido, la vida que podrían haber tenido juntos.

—No voy a dejarlo ir —insiste—. No… No quiero olvidarlo. ¡No podéis haberme obligado a recordarlo todo para volver a empezar ahora! Y ni siquiera podré empezar porque mi medallón… —Se atraganta, se ahoga, y se deja caer al suelo de rodillas—. Haré lo que sea. Por favor, por favor, déjalo a mi lado. Solo un poco más. Solo… No puede acabar así. No dejes que acabe así. Al menos deja que probemos la felicidad. Deja que, cuando nos despidamos, haya más recuerdos buenos que malos.

No sabe cuándo han empezado a caer las lágrimas, solo sabe que tiene un agujero en el pecho y que sus ruegos nacen directamente de ahí, de ese dolor desgarrador que silencia el resto del mundo. Siente la tentación de alargar la mano, de tocar su falda de musgo y besarla y suplicar, suplicar, suplicar, porque sabe que no le queda mucho más por hacer. Siente la tentación de dar su vida a cambio de la de él, de pedirle compartir los años que le quedan entre los dos, pero sabe que entonces Caleb se sentiría culpable y no quiere que

viva el resto de sus días con culpa. Darien ni siquiera quiere morir aún, no quiere convertirse en un recuerdo, pero en ese momento ofrecería su corazón (el mismo que le prometió a él) a cambio de unos meses más.

Si tan solo pudiera alargar esa vida un poco más…

—Está condenado —responde Sikil, impasible—. Está enfermo y ni su padre ni yo ni nadie puede evitar que deje de estarlo. Nació enfermo y, más tarde o más temprano, morirá por culpa de esa enfermedad. Lo entiendes, ¿verdad?

Claro que lo entiende. Y lo odia. Odia la sangre del Inmortal. Odia a Destino por metérsela en las venas.

—¡No estoy pidiéndote que le saques la enfermedad del cuerpo! Solo te estoy pidiendo un poco más de tiempo. Que lo cures o… o…

No sabe de dónde sale la idea. No sabe si ya estaba en su cabeza cuando llamó a Sikil o solo es la conclusión lógica a esa conversación. No sabe si todas las decisiones que ha ido tomando en los últimos tiempos lo han llevado hasta ahí o es una elección de la que acabará arrepintiéndose.

Pero de pronto tiene claro lo que tiene que hacer.

—O que me des la magia necesaria para que lo cure yo mismo. —La proposición nace de sus labios con más facilidad de la esperada. Con la simpleza de lo inevitable. Darien toma aire y clava sus ojos en esos cristales que le devuelven su reflejo. Está roto, desesperado, pero también más decidido de lo que se ha sentido en mucho tiempo—. Si tú no puedes salvarlo, deja que lo haga yo. Conviérteme en necromante.

Darien escucha la exclamación de Lilith tras de sí.

—¡Darien! Espera, no puedes…

Pero él aprieta los párpados y alza la voz por encima de la de su prima:

—¡Por favor! Reniego de Destino, aquí y ahora. Conviérteme en uno de los tuyos.

Sus palabras suenan lo suficientemente alto como para llegar a las estrellas, como para llegar hasta los oídos de los celestes, allá donde estén. Desde luego, llegan a los oídos de Muerte, que al fin se mueve. Un solo paso y está junto a él. Se agacha para obligarlo a alzar el rostro y que mire directamente en ese par de espejos que le devuelven su expresión ansiosa, desesperada. Sus dedos tienen la rugosidad del musgo.

—Sabes cuál es el precio, ¿no? Y sabes que, incluso con tu ayuda, solo podrás darle algunos años más.

Sí. Sí, lo sabe todo. Aunque se estremece, aunque le tiemblan los labios, las lágrimas han dejado de caer y Darien asiente. El precio es un sacrificio. El precio es también la traición a Destino. El precio le pesa como piedras en el estómago, pero quiere pensar que será más fácil cuando esté pagado.

Caleb y él no necesitan la inmortalidad, solo necesitan unos años más. Juntos.

Aun así, aunque está seguro de que está preparado para hacer lo que haga falta, un mal presentimiento se asienta en su pecho cuando Sikil aparta la vista de él y la posa sobre el grupo que espera a su espalda.

—Tres de los presentes han escapado de mí en el pasado —anuncia la diosa. Darien se queda sin respiración—. La santa debió morir en las montañas, pero Xandre lo evitó. —Los ojos de Muerte muestran un reflejo de Lilith, ensangrentada, destrozada. No—.

Ishtar de Odelia hace años que debería haber sido mía, pero ha demostrado ser demasiado escurridiza. —Un parpadeo y los dos espejos muestran a Ishtar, hundida en una cama, dormida, con los labios carmesíes y el rostro demacrado. No—. Y Derek, mi niño… A él me lo quitaron de las manos cuando ya lo estaba acunando.

Una última imagen aparece, pero esta vez no es el cadáver de Derek, sino un simple orbe de luz entre los brazos de Muerte.

No.

Lo siguiente que Darien puede ver en esos ojos es a sí mismo de nuevo, negando con la cabeza, con los labios crispados en esa negación que no se atreve a pronunciar. Sabe lo que viene a continuación, pero no quiere escucharlo. No puede.

—Dame a uno de ellos y te concederé lo que deseas.

Aun habiendo adivinado lo que iba a decir, las palabras son como un golpe que le cruza la cara. Todavía sigue negando con la cabeza y lo hace hasta que reúne la valentía para mirar a los demás. Nathan se ha puesto delante de Lilith, como si quisiera protegerla de la mirada de la diosa, y las ascuas en su rostro chispean y arden con más fuerza que nunca. A su espalda, su prima ha palidecido, incrédula, pero Darien solo se permite observarla durante un instante antes de volver los ojos hacia Derek e Ishtar. Ellos se miran entre sí, inmóviles. La princesa ha puesto la mano sobre la de su caballero, pero es la que el muchacho ya no puede mover. Con él, Darien llega a cruzar una mirada. Tiene los labios apretados en un gesto de tensión, como si estuviera teniendo una lucha consigo mismo. Ishtar vuelve la vista de Caleb a Derek y después hacia él, horrorizada.

Darien no soporta mirarla, no soporta mirar a ninguno de los tres, así que se gira hacia la diosa que aguarda, impertérrita, a que tome una decisión imposible.

—No puedo. —Los ojos de Sikil lo atraviesan. No hay sentimiento en ellos, no hay ni piedad ni pena—. Pídeme a cualquier otra persona, pero no a ellos. No me obligues a elegir entre ellos. Son mis amigos, mi familia, no…

—Seré yo.

La voz suena con fuerza, reverbera en el suelo, le vibra en los huesos, hace que el mundo entero se estremezca. Como si fuera un chillido, lo hace encogerse sobre sí mismo y cerrar los ojos. Si no los abre, no tendrá que encarar a la persona que se ha presentado voluntaria, no tendrá que aceptar uno más de esos sacrificios que tanto detesta.

Pero sus pasos ya se acercan entre la hierba.

—No —gime—. No puedo…

Por favor, que no le obligue a hacerlo. Por favor, que se arrepienta. Por favor…

Pero cuando abre los ojos, Derek está detrás de él, con la mirada fija en la diosa que lo acompaña. La enfrenta con la tranquilidad que solo podría tener un necromante, con el sosiego de quien sabe que no le queda mucho tiempo. Su brazo izquierdo cae inerte contra su costado y las puntas de unas hojas ya asoman bajo la manga.

—Solo es adelantar un poco lo inevitable, ¿no? ¿Cuánto me queda, de todas formas? ¿Semanas? ¿Un par de meses?

Muerte asiente, pero el muchacho mantiene la compostura, sin permitir que la confirmación rompa su máscara de calma. Porque es

una máscara, Darien lo sabe. No puede estar tan tranquilo. No puede aceptar esa situación sin más.

—Pero debes saber que también hay una salvación posible para ti —advierte la diosa—. Dyne hizo un trato conmigo el día que moriste, Derek. Y, si cumple su parte, yo cumpliré la mía: tu traición será perdonada y recuperarás tus poderes y mi favor.

Esa información es todo lo que hace falta para que la expresión de Derek pase de la paz a la incredulidad y termine en la preocupación. Darien lo conoce lo suficiente como para estar seguro de que odia la idea de que su amiga se haya endeudado por él, que se haya metido en sus asuntos, pero probablemente también se sienta agradecido. Probablemente la entienda, porque él haría lo mismo. Porque él también estaría dispuesto a cerrar un trato con Muerte por cualquiera de los suyos. Está a punto de hacerlo.

Pero de pronto duda. Una cosa es ofrecer tu vida cuando estás seguro de que no te queda mucho tiempo y otra muy distinta hacerlo siendo consciente de que quizá haya una oportunidad para ti.

—¿Dyne? ¿Qué…? ¿Qué trato? ¿Qué te ha prometido?

—Eso es entre ella y yo.

Derek aprieta los labios, sin palabras. Hay algo que grita en sus ojos, un asomo de esperanza al que no quiere agarrarse. Darien traga saliva cuando sus miradas vuelven a encontrarse. «No puedes», quiere decirle. «No puedo». No quiere matarlo. No quiere arruinar una vida que podría seguir por tantos años, que quizá incluso podría a llegar ser más larga que la suya. Es su amigo. Es su amigo, incluso si al principio no se soportaban, incluso si…

—Seré yo.

La propuesta es un eco de las palabras que ha pronunciado Derek al levantarse, pero en esta ocasión no salen de sus labios. La voz es diferente, más suave pero igual de convencida.

A Darien se le congela la sangre en las venas en cuanto la escucha.

Dispuesta a ofrecer todo lo que ha sido y todo lo que es, Ishtar Brynsen da un paso al frente. Aunque tiene los ojos brillantes de lágrimas contenidas, su mirada es pura valentía cuando, después de toda una vida huyendo de ella, se encara por fin con la diosa de la muerte.

—Seré yo —repite—. Soy yo quien tiene que morir.

ISHTAR

Ishtar de Odelia siempre ha sabido que moriría joven. Esa verdad tan absoluta, tan irrefutable, casi se le había olvidado durante las últimas semanas, mientras respiraba aire limpio, sentía una fuerza que se le había negado durante años y disfrutaba de una vida que nunca se había atrevido ni siquiera a imaginar. El demonio de su interior había conseguido darle la impresión de que podía deshacer con sus propias manos la piedra en la que estaba escrito su final.

Pero incluso ella sabe que todos los sueños llegan a su fin.

«¿Qué estás haciendo?». El demonio que lleva en su interior gruñe en cuanto ella se ofrece como sacrificio. Nota cómo lucha, se retuerce como si quisiera escapar de su agarre. Se siente burlado. Engañado. «Viniste a por mí porque querías vivir. Hicimos un Trato porque querías vivir. ¿Qué crees que…?».

Ishtar respira hondo, ignora la voz y se concentra en mantener el control. La criatura en su interior se siente traicionada y precisamente por eso trata de hacerse con el poder sobre sus movimientos, sobre su consciencia. Pero ella no va a dejar que eso ocurra. No va a dejar que nada le haga cambiar de opinión. Se lo

promete mientras se clava las uñas en las palmas de las manos, da un paso al frente y deja que Muerte la enfoque con sus pupilas hechas de cristal. Su reflejo le devuelve la mirada, firme y determinado, aunque le escuezan los ojos y el miedo le acelere el corazón. Sin embargo, no es la diosa la que la asusta. Esa criatura la ha perseguido desde que era solo una niña, así que, aunque es la primera vez que se la encuentra, que puede darle una forma concreta, siente que ya se conocen, que son amigas. Ha estado jugando al escondite con ella desde la primera tos, desde el primer desmayo, pero ahora la ha encontrado y ya no hay ningún refugio en el que ocultarse.

No, lo que le asusta no es la muerte. Es la despedida. Es el dolor que sabe que va a dejar detrás y que daría lo que fuera por poder apaciguar. Lo que le asusta es la expresión de Darien, que se descompone cuando se fija en él. Le asusta la mano que siente de pronto en su brazo, fuerte, segura, firme.

—No.

Ishtar tiene que hacer acopio de todas sus fuerzas para atreverse a mirar a Derek. Los tatuajes del rostro le enmarcan la expresión horrorizada, su mano se aprieta un poco más contra su piel. Dentro de su cuerpo, el demonio se sacude con tanta fuerza que el pecho se le aprieta, que la respiración comienza a fallarle. La está castigando. Quiere debilitarla, quiere recordarle lo que es la sharada sin su ayuda para apaciguar esa sangre maldita que le corre por las venas.

Mejor. Aunque duela, aunque sea angustioso, la convence incluso más de que está tomando la decisión correcta.

—Tú no. —Derek tira de ella hacia sí mientras niega con la cabeza. Tiene los ojos grises muy abiertos, repletos de la misma ansiedad que ha sentido ella en cuanto lo ha escuchado ofrecerse—. No puedes. Nunca habías estado mejor. Nunca…

—Por eso mismo tengo que ser yo —lo interrumpe ella. Ishtar se esfuerza en sonreír cuando alza los dedos hasta esa mejilla marcada, hasta ese rostro del que no ha dejado de enamorarse cada día un poco más—. Por eso mismo quiero que sea ahora. Caleb siempre me dijo que todo acabaría cuando yo quisiera, ¿verdad?

Esa fue la promesa desde el principio. Ese fue el pacto que hizo hace años con el chico que ahora descansa sin fuerzas a solo unos pasos de ellos, víctima de la misma enfermedad de la que la rescató a ella tantas veces. El chico que le ha ofrecido su energía en mil ocasiones, el que le ha permitido tener esperanza muchas más veces de las que puede contar. Sin él nunca habría vivido tanto, está segura. A Caleb le debe mucho más que a ese demonio que ahora le clava las uñas, vengativo, molesto por su insurrección, por lo que él considera una transgresión de su Trato.

Derek vuelve a negar, pero ha palidecido, demasiado consciente de que tiene razón. Su vida siempre ha estado en sus propias manos, su final siempre ha sido una decisión que solo le pertenecía a ella, a nadie más. Ni siquiera a él, del mismo modo que ella nunca debió tener derecho a decidir sobre el de su guardián. Aun así, Derek se aferra a ella con desesperación, mudo, demasiado dolido ante la simple posibilidad de perderla. Sabe bien cómo se siente. Sabe el daño que va a hacerle y es lo único que no va a poder perdonarse.

Pese a ello, Ishtar entrelaza sus dedos y da un paso hacia él. Espera que en su sonrisa vea la tranquilidad suficiente como para darle un poco de paz. Espera que se quede con eso y no con su mirada nublada.

—Estos días han sido los mejores de mi vida —dice con suavidad —. He vivido más en estas semanas que en años enteros, Derek. He… He conseguido convertirme en bruja, he visto el mundo más allá del jardín de palacio, he podido amarte. No tengo más deseos que cumplir. Nunca quise más que el tiempo para hacer todas las cosas que pensé que nunca podría, todas las cosas que siempre me dijeron que estaban fuera de mi alcance, y… ya está. Lo he conseguido. Es suficiente. Es más que suficiente.

Sus dedos capturan la primera lágrima que se descuelga de las pestañas de su amante, que la observa con la desesperación de quien se ha quedado atrapado en una pesadilla. No es capaz de hablar, de encontrar las palabras adecuadas para responder. Parece ahogado en sus propias dudas, en esa batalla imposible que ella conoce mejor que nadie: aceptar sus deseos y dejarla marchar, o negarse y obligarla a quedarse.

—No es suficiente. N-Nunca nada ha sido suficiente para ti. Tú siempre quieres más. Eres insaciable. Eres…

Ella se ríe, aunque la risa le sale arañada. Se le escapa una tos.

—Es cierto. Tienes razón. Siempre quiero más. Y… Y sí que hay una última cosa que deseo. Quiero… Quiero que te aferres a esa oportunidad que te queda. Quiero que ayudéis a Dyne y que disfrutes de una vida larga y que cuides de los demás como siempre has cuidado de mí.

A Derek se le escapa un sollozo que sacude todo su cuerpo.

—Ishtar…

Pero no es capaz de añadir nada más a ese gemido lastimero que es su nombre, a esa súplica que sabe que no va a tener respuesta. Ella no soporta verlo así, no soporta escuchar esa herida abierta en su voz, por eso se adelanta y lo acalla con un roce de labios. El beso es húmedo y sabe a sal, a despedida, pero aun así Derek se aferra a ella como si al alargarlo pudiera hacerla cambiar de opinión o les diera tiempo para encontrar otra solución. Durante los segundos que dura, le permite esa pequeña esperanza, se la permite a los dos. Ishtar lo besa como si en sus labios se escondiera una escapatoria, pero también como si fuera lo último que va a hacer en la vida. Es un beso en el que se contiene todo lo que no podrá darle en el futuro.

Cuando se aleja, ella también tiene las mejillas manchadas de llanto y los sollozos le aprietan el pecho, pero aun así le dedica una sonrisa empapada.

—Te amo, Derek. Te amo y solo me arrepiento de todo el tiempo que tardé en decírtelo.

Él aprieta los dientes cuando ella se desliza fuera de su alcance. Aprieta los puños, se obliga a no atraparla de nuevo, aunque probablemente nada le gustaría más que sostenerla, que impedir que se le escurra entre los dedos para siempre.

—Te amo —responde él, casi sin voz—. Te amo y… no voy a olvidarte, así que no me olvides tú a mí. Vayas donde vayas, recuérdame. Recuérdame y espérame.

Ella vuelve a reír, su carcajada convertida en una campanilla rota. Le encantaría prometerle algo así, pero no depende de ella. Eso solo hay una criatura en ese mundo que puede concedérselo y es la

diosa que aguarda, paciente, unos pasos más allá. Cuando se gira hacia ella, la sonrisa sigue en su boca.

—¿Nos harías ese favor? —le pregunta, tranquila—. ¿Nos permitirías encontrarnos y recordarnos en otra vida? Creo que he sido una rival digna para ti, así que al menos me merezco eso.

Muerte la observa con esa expresión difícil de desentrañar, con esos ojos en los que Ishtar solo se ve a sí misma, pero le parece que hay una sonrisa bajo ese velo de tela de araña cuando le tiende la mano. Como si realmente fueran amigas. Como si llevara mucho tiempo esperándola y estuviera feliz de poder encontrarse con ella por fin.

—Veré qué puedo hacer.

Ishtar sonríe un poco más antes de poner sus dedos sobre esa mano y dejar que la Muerte la lleve hasta Darien como si fuera una novia acompañada hasta el altar. Enfrentarlo a él es la última cosa complicada que tiene que hacer, junto con mantener el control sobre su propio cuerpo y luchar contra esa fuerza de su interior que se niega a aceptar su decisión. Su amigo se pone en pie a duras penas, tambaleándose sobre sus propios pies. Está pálido, más angustiado de lo que lo ha visto nunca. Aunque tiene el puñal aferrado en una de sus manos temblorosas, es incapaz de alzarlo contra ella.

Sabe que a él también va a hacerle daño. Sabe que habrá noches en las que tenga pesadillas con ese recuerdo, madrugadas en las que se despertará con la sensación de tener las manos empapadas de sangre, por eso quiere hacérselo lo más fácil posible.

—¿Sabes qué he estado pensando últimamente, santito?

Darien traga saliva. Las lágrimas caen a borbotones por su cara y es obvio que se le está rompiendo el corazón, que después de ese

día no va a volver a latir igual, pero aun así da un paso hacia delante.

—¿Qué? —pregunta en medio de un sollozo.

—Que al final sí que me acompañaste a un nido de demonios, como me dijiste aquel día en palacio. —Ishtar amplía su sonrisa—. Ha sido una buena aventura, ¿no?

Eso es más de lo que el celestial puede soportar. Se rompe al escucharla, Ishtar lo sabe porque por primera vez es él quien se lanza a sus brazos, desesperado por abrazarla. Por un segundo, la princesa vuelve atrás. Se ve en las escaleras de palacio, estrechando la mano de ese chico por primera vez. Escucha las notas de un clavicordio, las risas en medio de una sala de música, se ve ofreciéndole un sinfín de objetos extraños. Se ve bailando bajo el sol, pero también caminando entre los árboles. Sobre todo, se ve riendo, alegre, con su sonrisa de diablillo, y cuando el presente se asienta de nuevo a su alrededor y ella corresponde a ese abrazo que se estrecha sobre su cuerpo, espera que todas esas imágenes signifiquen que es justo así como Darien va a recordarla.

Ojalá sea así como la recuerden todos.

—Gracias… —La voz del celestial es un hilo con el que se ha cosido la pena más grande del mundo—. Gracias por dejarme formar parte de tu familia.

Ella le moja la piel cuando esconde su rostro contra su cuello.

—Aprovechad el tiempo. Cada minuto. Cada segundo. Es lo más valioso que vais a tener. —Cuando Ishtar se separa, es solo lo justo para dejar un beso en su mejilla, tierno, dulce—. Te quiero, Darien. Os quiero a los dos. Cuando despierte, dile que yo lo elegí, que

quería devolverle algo del tiempo que él me ha regalado estos años. Dile que no ha sido su culpa. Y recuerda que tampoco es la tuya.

Darien deja escapar un gemido agónico, pero asiente, la estrecha con más fuerza.

—Te quiero —responde, deshecho—. Lo siento, Ishtar.

Ella cierra los ojos, tranquila. En su interior, el demonio lucha, muerde y se revuelve, pero supone que es normal. Ella entiende mejor que nadie lo que es aferrarse a la vida con ansias, con desesperación, con uñas y dientes. Pero está bien. La vida es eso. En algún momento, tan solo se acaba. Y esa es una magnífica manera de terminar la suya. Bajo una mano amiga, con el sabor del amor de su vida todavía en los labios y por salvar a alguien a quien quiere, por devolverle de alguna manera todo el tiempo que él le ha dado. Ahí fuera, en un mundo que nunca pensó que vería, en lugar de en una cama, consumida y sin fuerzas.

Sí, es una buena manera de morir.

Cuando el puñal se clava entre sus costillas, siente el dolor.

Pero, sobre todo, siente paz.

DARIEN

El corazón de Ishtar Brynsen, la última hija del Inmortal, la mujer más maravillosa que ha conocido nunca, deja de latir entre sus brazos. La escucha exhalar su último aliento contra su cuello y sus piernas pierden las fuerzas justo después. Ambos caen cuando el peso de la muchacha lo arrastra hacia abajo y Darien está seguro de que él sigue descendiendo mucho después de que hayan encontrado el suelo. Baja y baja y sigue bajando y todo se vuelve oscuro a su alrededor. Le duele ese lugar entre las costillas que ha conseguido apuñalar en ese otro cuerpo. Le duele respirar y está seguro de que va a hacerlo siempre, de que nunca olvidará lo que se siente al notar cómo la sangre de la que ha sido su mejor amiga le empapa la mano y la ropa.

A partir de ese día, soñará para siempre con la disculpa que le ha dado y sabrá que no fue suficiente. Aunque ella le ha dicho que no es culpa suya, se va a recordar que fue la mano ejecutora cada segundo de cada día del resto de su vida.

Darien se abraza a ella con todas sus fuerzas. Entierra el rostro entre sus cabellos y deja que las lágrimas sigan brotando. Ahí, hundido en ese pozo de oscuridad, lo único que todavía importa es

lo que le ha hecho, las estaciones que le ha robado, la seguridad de que nunca más va a verla sonreír. Nunca más va a llamarlo «santito» con ese retintín en la voz. Nunca más se va a burlar de él. Nunca más mostrará esa curiosidad que podía rivalizar con la suya ni lo tocará por sorpresa cuando él más lo necesite, porque ella no tiene nada que esconder, porque siempre es transparente, como si no tuviera secretos propios o, al menos, no le importase que él los descubriera.

Duele. Duele saber que todos los recuerdos que atesora de ella son los últimos, pero más duele preguntarse si lo que ha hecho merecerá la pena.

Alguien cae de rodillas junto a él.

Derek tiene el rostro empapado y los ojos abiertos, pero es completamente ciego a cualquier cosa que no sea la mujer a la que ama. Aunque una parte de Darien solo quiere seguir aferrándose a ella, se la cede porque sabe que es lo único que quiere, lo único que necesita, y el chico aprieta los dientes mientras la estrecha contra sí. Sus dedos son delicados cuando le acaricia el rostro, cuando le aparta el pelo de la cara, cuando le roza los ojos cerrados. Las marcas negras que el demonio le había dejado en la piel ya no están y sin ellas vuelve a parecer frágil, humana, perfecta.

—Ishtar…

Su nombre es un gemido doloroso, un intento de arrastrarla de vuelta a este mundo. No hay respuesta. Ella no abre los ojos, no sonríe. Sus labios se han quedado apenas entreabiertos y él los besa como si quisiera insuflarle su aliento.

Darien baja la vista. Llora sin hacer ruido, con ansias de hacerse lo bastante pequeño como para que todos lo olviden, tan diminuto

como su voz cuando dice:

—Lo siento. Lo siento, lo siento…

Derek no responde y Darien se pregunta si va a odiarlo después de esto o si podrá perdonarlo algún día. Sea cual sea la respuesta, no podrá culparlo. Él no sabe cómo va a perdonarse a sí mismo.

Los pasos de Muerte no hacen ruido cuando se acerca. Roza la cabeza de Derek en un gesto de consuelo que el chico ni siquiera debe de sentir y luego, con un ademán de esos dedos de musgo y hojas, convoca una pequeña luz que sale directamente del pecho de Ishtar. Como un pajarillo redondo, aletea hasta posársele en la mano y entonces la mirada de Sikil se endulza. Cuando cierra el puño a su alrededor, la luz se disuelve en mil otras que se dispersan hacia el cielo, como las pavesas de una hoguera, dispuestas a convertirse en estrellas con las que llenar esa noche que a Darien se le antoja tan oscura.

Después, la diosa se vuelve hacia él y avanza hasta que su falda le roza. Desde ahí abajo, todavía sentado entre la hierba, Muerte le resulta gigantesca, lo llena todo y amenaza con devorar su mundo. Se le hace temible y, al mismo tiempo, más amable de lo que nunca le pareció Destino. Ella está viva, es tangible, camina entre los mortales como si fuera una más. Cuida de sus fieles concediéndoles su magia y un deseo final.

Ahora Darien también tiene derecho a pedir ese deseo. Ahora, por ese acto cruel que le ha manchado las manos de sangre, que ha empapado el cuchillo de Tara que ha dejado tirado en la hierba, ha pasado a formar parte de sus niños, y quizá esa sea la razón por la que no se siente más que eso cuando ella se inclina sobre él.

—Que la tierra te honre, Darien.

Muerte le arrebata su apellido y se alza el fino velo como una novia desposada. Su rostro está cubierto de un campo de tréboles con flores blancas, las diminutas nomeolvides que crecían a su paso en aquella visión que tuvo de ella con Chronos y Tara. Con cuidado, como si temiera que su cercanía lo asustase o fuese a romperlo todavía más, la diosa se acerca para dejar el más suave de los besos sobre su frente. Darien lo nota, es consciente de la suavidad de su roce, igual que es consciente de lo fríos que están sus labios de flor. El mismo frío que lo recorre de repente por dentro y por fuera. Como si se hubiera sumergido en un lago helado, el cuerpo del chico se estremece y él tarda un momento en ser consciente de que no es solo hielo sino poder lo que ella planta bajo su piel.

Ante él, el mundo cambia.

Es una sensación extraña. Como si alguien hubiera encendido una luz en una habitación oscura, como si alguien empezase a susurrar después de un silencio que ha durado toda una vida. Cada uno de los cuerpos que lo rodean desprende un fulgor, una energía que le resulta cálida incluso cuando no cree que emitan ningún tipo de calor. Sus colores son más vibrantes que nunca, incluso de noche. Y todo tiene sonido. Cada corazón desacompasado de los demás. Cada brizna de hierba, cada flor y cada hoja de hiedra que trepa por las piedras inertes. Darien no sabe hacia dónde mirar, a qué prestarle atención, se siente mareado por el súbito estallido de sensaciones. Muerte, que se ha apartado un par de pasos, es la luz más brillante de todas, hipnotizante, desbordante, única.

Es consciente de la presencia que hay detrás de él un segundo antes de que la mano se pose en su hombro. Aunque es un gesto

inofensivo, muy suave, su acto reflejo es hacerse pequeño, cerrar los ojos, esperar el golpe del recuerdo.

Pero nada pasa.

—¿Darien…?

Lilith está a su espalda, de pie, y su primo se da cuenta de tres cosas: que su energía no puede eclipsar a la de Eunomia, como si el arma tuviera vida propia; que el medallón que cuelga del cuello de la muchacha brilla, palpita como si marcara los latidos de un corazón, y que el contacto de la mano en su hombro se siente lejano, como si no le estuviera pasando del todo a él. Como si llevara ropa demasiado gruesa como para sentir más que una presión leve allá donde lo toca.

No dice nada. La mira con los labios apretados y ella se acuclilla ante él, con el rostro más triste que le ha visto en mucho tiempo. Lo sabe. Sabe al menos una parte de lo que le está ocurriendo, sabe toda la pena que le marchita el corazón, el dolor que siente. Sus manos le tocan la cara, supone que en un intento de limpiarle el rastro de lágrimas que se ha enfriado sobre su piel.

—Está… Está bien.

Al menos ella no lo odia. Eso es lo único que puede pensar mientras mira en sus ojos azules. Que ella tampoco lo culpa, que lo más probable es que esté agradecida de que en ningún momento pensase que ella era una opción que sacrificar.

Ninguno lo era. Ninguno debería haber muerto.

—No está bien. Ella… Yo…

Solo es capaz de balbucear, pero no hace falta que ponga más palabras en sus labios para darle sentido a lo que quiere decir. Ambos miran hacia la figura que Derek acuna entre sus brazos. El

chico ya no llora, pero continúa con el rostro enterrado entre esos cabellos oscuros, presente en cuerpo pero muy lejos de allí en espíritu.

Ishtar está tan inerte como la piedra, con sus colores apagados.

—Recuerda que este es solo un nuevo principio para ella —lo consuela Sikil—. Y quizá sea uno más amable que…

La diosa se interrumpe cuando el filo de una espada amenaza su cuello. Llega de pronto y Darien se gira, en tensión, hacia la figura que sostiene a Dysnomia. Nathan tiene los ojos negros más oscuros que nunca y las ascuas de su rostro tan brillantes como si todo su cuerpo estuviera a punto de prender en llamas. Darien no sabe cuándo ha cogido el arma de Caos, pero la sostiene como si fuera algo natural, como si el filo y él hubieran estado esperándose durante años y se pertenecieran el uno al otro.

En él, la energía chisporrotea, ruidosa y descarnada.

—Ya has acabado todo lo que tenías que hacer aquí, ¿verdad, Sikil? —Las palabras del brujo también queman, escuecen—. Entonces te invito a marcharte y a desaparecer de nuestras vidas. A menos que quieras que repitamos la historia de Chronos contigo.

Darien no es capaz de ponerse en pie, de detenerlo, pero traga saliva. Lilith sí se levanta a toda prisa, alarmada. Muerte, en cambio, no se altera. Solo observa de soslayo al muchacho que se encuentra a su espalda.

—Eso sería una mala idea, Nathan Tabiz.

Él tuerce una sonrisa más afilada que el arma que porta.

—Soy conocido por mis malas ideas, así que mejor no me provoques. —Sus ascuas se avivan, una llama roja se enciende en sus ojos—. Márchate.

Los dioses no aceptan órdenes de los mortales, pero Muerte suspira y empieza a alejarse con paso tranquilo. Con cada una de sus pisadas, se hace más pequeña: en cada una abandona un trozo de ella, dejando un camino de hojas y musgo, de tréboles y nomeolvides. Sobre la tierra o sobre la piedra, todas las plantas echan raíces por donde ella pasa, todas respiran, todas viven, todas tienen el brillo de esa energía que ahora Darien ve en todas partes.

—Doce años —le dice Sikil a Darien cuando pasa por su lado. No se lo susurra, no pretende que sea un secreto. Lo que no sabe es si es una advertencia o una amenaza—. Doce años tenía cuando hizo un pacto conmigo y doce años le otorgo yo ahora. Ni uno más. Volveré a visitaros entonces… y espero que estéis preparados para recibirme.

La Original no espera a escuchar una respuesta, quizá porque no hay forma de rebatirla. Ese es el trato, ella ha elegido las condiciones. Ahora, lo único que Darien puede hacer es asegurarse de que puedan llegar tan lejos. Lo harán. Se quedarán el uno junto al otro, cuidándose.

Doce años.

Ishtar ha vendido su vida por doce años.

Él se ha convertido en necromante por doce años, ha renegado del dios que le dio su don por doce años.

Va a ser castigado por doce años.

Darien vuelve la vista hacia Caleb. Sigue inconsciente, junto al fuego, ajeno a todo lo que ha pasado a su alrededor. Ajeno a la muerte, a la tristeza, al dolor. Cuando despierte lo hará en un mundo diferente y descubrirá que, mientras dormía, le han abierto el pecho y le han arrancado un pedazo de corazón. Y él ha sido la mano

ejecutora. Ha sido él quien le ha cortado ese pedacito y lo ha tirado lejos. Ha sido él quien ha tomado la decisión de salvarlo al coste que fuera, aunque quizá Caleb le eche en cara que no tenía derecho a hacer algo así en cuanto abra los ojos.

Darien se acerca a él como en un trance. Cuando cae de nuevo a su lado, arrodillado, le examina el rostro y se da cuenta de que la fiebre le arde en las mejillas, de que su corazón late de forma errática, de que su respiración es superficial y demasiado rápida. Alrededor de su cuello todavía lleva su medallón, pero ahora está roto. Sus dedos acarician las grietas, la forma en la que el ojo se ha deformado, más monstruoso que divino. Por un momento, se plantea arrancárselo de un tirón, pero al final lo deja en su sitio porque, con su alma o sin ella ahí dentro, esa joya hace ya mucho que es suya.

Su mano se detiene en su pecho y aprieta un poco más de lo necesario cuando se da cuenta de que el contacto le resulta un poco más distante de lo normal. Pero no puede pensar en eso ahora. Ahora lo importante es curar a Caleb. Usar el nuevo poder que ha recibido y mantenerlo a su lado. Hacer que todo merezca un poco la pena.

Nadie le ha explicado cómo emplear la magia que se le ha concedido, pero supone que no sentiría toda esa energía si no pudiera hacer algo con ella. Si no estuviera a su disposición. La de las plantas, la de los animales que duermen en sus madrigueras bajo tierra, las de los pájaros que anidan en los árboles. Es consciente de los insectos, de la araña que camina por el velo que Muerte ha dejado abandonado un poco más allá. Es consciente de sí mismo. Aunque se sienta embotado, rebosa vida.

Por ese día, ya ha tomado demasiado de otros, así que lo único que quiere darle a Caleb es algo de sí mismo. Serán latidos, será su propio aliento. Sin saber muy bien qué hace, toma aire y empieza a silbar. Y se siente bien al hacerlo. Con cada nota, un poco de su fuerza se va con el necromante. Es como desinflarse, como arrebatarse pedazos para intentar ponérselos a otra persona, pero no le importa. Sabe que no se quedará vacío. Sabe que ya ha perdido más de lo que desearía y sigue vivo, así que sobrevivirá. A esto. A todo lo demás.

Tiene que sobrevivir durante los próximos doce años.

No se da cuenta de qué melodía está silbando hasta que las notas empiezan a perderse sobre su cabeza. Cuando se percata, sin embargo, le parece que tiene sentido. Es la única canción que le pertenece de verdad. Es una melodía de otra vida y está hecha de lo que están hechos los recuerdos, incluso si él ahora ya no los roba, sino que solo los atesora.

Suena a un amor perdido. A un amor que no va a volver.

A un amor al que, por primera vez en mil años, le han dado una segunda oportunidad.

NATHAN

En cuanto Muerte se marcha, Nathan aprieta los dedos alrededor de la empuñadura de Dysnomia, lleno de rabia. No sentía el menor aprecio por la hija de Iraides de Odelia o el chico que ahora la llora, y la habría sacrificado él mismo sin dudar si alguien hubiera intentado elegir a Lilith en su lugar; aun así, odia la situación, porque le resulta demasiado familiar. Es, una vez más, la misma historia que él vivió con Adam. Un dios decide y un mortal tiene que debatirse entre el amor o la vida tal y como la conoce. Tiene que mancharse las manos de sangre porque la alternativa es perder a quien quiere. Una vez más, piensa en Astrey, en su manera de hablar del amor. Pero quizá el amor no sea el problema. El amor es lo mismo que el Amuleto: algo poderoso que puede ser un arma o un escudo. Algunas personas dejan que los consuma, otras no. Algunas, como Lilith, Adam o Elira, son capaces de anteponer el deber, la responsabilidad, aunque eso también los devore de otras maneras. Otras, como él, como Darien, siempre elegirán el amor, incluso si eso significa perderse a sí mismos.

Nathan piensa en Saenal, en la primera portadora de la espada que sostiene entre los dedos. Ella también sufrió por amor, también lo dio todo por su causa. Amor por su hermana, por su familia. Todo lo que hizo, incluso rendirse, fue por ellos. Se parecen. Ella y él se parecen, lo pensó leyendo su historia y lo vuelve a pensar ahora, así que por eso decide que va a quedarse la espada. De todos modos, ya no hay nadie más en ese lugar que pueda cargar con ella. A Dysnomia solo puede empuñarla un brujo y él es el único que queda en ese grupo. Lo cierto es que le habría encantado probarla. Le habría gustado cercenar la cabeza de Muerte con ella, arrancársela sin contemplaciones y desafiar al resto de los dioses a enfrentarse a él después. El único motivo por el que no lo ha hecho es por Darien. Porque no podía estar seguro de qué iba a pasar con él si la diosa a la que acababa de jurarle lealtad, por la que acababa de sacrificar a una amiga y parte de sí mismo, dejaba de existir.

Aparta la vista del filo oscuro cuando el chico de los tatuajes por fin se mueve. Con mucho cuidado, observa a la princesa que yace entre sus brazos. Su tristeza es evidente, pero su expresión también refleja el entendimiento inevitable de que no va a volver. Se acabó. Al menos la muchacha parecía convencida, tranquila y segura de su decisión. Ahora, el chico trata de ponerse en pie sin soltarla, pero le cuesta porque solo puede sostenerla con un brazo; el otro no debe de poder moverlo. Lilith también se da cuenta, porque se apresura a acercarse a él y ayudarlo. Nathan está seguro de que, en otras circunstancias, él le impediría acercarse, pero en ese momento, pese a la tensión, lo permite. Se pone en pie, deja que la santa lo ayude a acomodar el cuerpo contra el suyo hasta que puede aferrarlo bien y, sin palabras, se marcha, aunque Nathan no es capaz de imaginarse

a dónde. Lejos, supone. Todos sus amigos son necromantes, así que querrán enterrarla, pese a que en vida fuera una bruja. Querrá asegurarse de que encuentra el rincón perfecto para que ella descanse y florezca, para que se convierta en un lugar al que peregrinar.

Lo ve alejarse consciente de que probablemente el hombre ni siquiera esté pensando en qué está haciendo. Se moverá por inercia, igual que él cuando perdió a Adam. Quizá camine durante horas y horas y ni siquiera se dé cuenta. Siente un poco de compasión por él, un poco de esa pena que siempre hay entre quienes viven algo semejante. A ese chico, sin embargo, no lo conoce. Apenas sabe su nombre y no tiene ni idea de quién es, de su historia. Lo único que sabe es que estaba en la basílica aquel día, así que el rencor suple la empatía.

Quizá sea justo que pierda a un amor cuando provocó que él perdiera al suyo.

Por quien sí siente lástima es por Darien. No ha dejado de silbar en todo ese tiempo, siempre la misma melodía. Es probable que él tampoco sea demasiado consciente de sí mismo ni de lo que ocurre a su alrededor, que esté sumido en el mismo estado catatónico en el que él se sumió durante días, hasta que Astrey lo encontró. Hablar con él fue lo único que consiguió que empezara a despertar. No la persecución, ni el cansancio, ni el hambre. Fue Astrey. Fue poder conversar con otra persona y sentir que el mundo dejaba de ser un lugar en el que estaba completamente solo.

Lilith y él parecen pensar lo mismo cuando intercambian una mirada. Con cuidado, se acercan a él y se dejan caer uno a cada lado del muchacho que sigue silbando. Darien mantiene la mano

sobre el pecho del chico al que está curando, aunque Nathan se pregunta si todavía podrá sentir el cuerpo bajo sus dedos. Como celestial, fue un sensible, y, del mismo modo que él perdió la vista por traicionar al dios al que le había jurado su alma, Darien tendrá su propia penitencia. No le pregunta, sin embargo. Lo último que necesita es alguien que le recuerde todo lo que ha perdido.

Así que, en lugar de eso, murmura:

—Es complicado sacrificar tanto por alguien que amas, ¿verdad?

Él lo sabe mejor que nadie, quizá por eso sus palabras llegan hasta su amigo. El silbido se detiene, aunque Darien no aparta la vista del rostro de ese muchacho al que ha amado durante vidas enteras.

—No es justo —murmura—. No es justo.

—No, no lo es. Y no… se te va a olvidar —admite Nathan. La santa lo amonesta con la mirada, pero él la ignora. Darien no necesita mentiras piadosas, sino alguien que lo comprenda. Alguien que sepa lo que va a pasar, porque ya lo ha vivido—. Vas a recordar este momento durante el resto de tu vida y te preguntarás a menudo si podría haber sido diferente si tan solo hubieras hecho una sola cosa de otra forma. Algunos días, te odiarás a ti mismo y te preguntarás en qué instante todo se torció tanto. La culpa no va a desaparecer. No del todo. Nunca del todo.

—Nathan…

Lilith pronuncia su nombre en un tono a medio camino entre una queja y un suspiro de pena y Darien levanta la vista. Se fija en Nathan como cuando era pequeño y escuchaba a Adam contar historias, siempre prestando más atención que cualquiera de los

demás. Tiene los ojos cansados, los párpados medio caídos, pero parece despertar un poco al oír su voz.

—¿Pero?

—Pero aprendes a vivir con ello. —Nathan apoya una mano sobre su hombro y se lo aprieta con suavidad. Darien no se mueve, con la mirada clavada en la suya, tan ansioso de sus palabras como una planta por un poco de luz que le permita respirar—. Aunque hoy parezca impensable. Aunque hoy y mañana y pasado te duela el corazón y te parezca imposible seguir adelante. Al final, lo haces. Lo hice yo, incluso con el poder de volver atrás en mis manos, así que tú también lo harás.

—¿Cómo?

Sí, ¿cómo? El brujo tarda un poco en responder a esa pregunta porque él mismo tiene que pensarlo. Los días que siguieron a la huida de la basílica son un borrón que le cuesta recordar, algo que le resulta ajeno y que viene cortado en fragmentos inconexos cuando piensa en ello. Los recuerdos de verdad empiezan con Astrey. El viaje a su lado. El mundo que comenzó a descubrir. La esperanza que le dio, aunque probablemente no fuese su intención. Su intención siempre debió de ser llegar hasta el Amuleto, mantenerlo cerca, pero, aunque así fuera, sigue sintiéndose en deuda con él. Le tendió la mano, lo acompañó cuando más lo necesitaba, respondió a todas sus preguntas, lo protegió cuando estaba indefenso. Lo liberó de la culpa y de los prejuicios de su fe y lo acompañó hasta un nido para hacer su Trato. Le permitió conocer a Elira, a Denna, el refugio de Los Elires y, después, a Los Arlequines.

Fuera o no su intención, le dio otro lugar al que pertenecer. Pero, sobre todo, le dio esperanzas. Incluso después de conseguir el

Amuleto del Tiempo, le prometió a Adriel que le devolvería a Adam.

Astrey nunca lo juzgó. Jamás. Ni por lo que ocurrió en la basílica ni por sus errores ni por sus deseos de traer de vuelta a alguien que ya no estaba.

—Escuchando a las personas que te perdonan.

Una vez más, piensa en Elira. En sus brazos rodeándolo, abrazándolo, diciéndole lo que llevaba semanas deseando escuchar. Dos palabras tan sencillas y, a la vez, tan llenas de significado. Tan liberadoras. Piensa en los brujos, en el propio Adriel, cobijado en su interior, más consciente que nadie de todas sus faltas.

Nathan calla un par de segundos, súbitamente consciente de qué es lo siguiente que debe hacer. Tanto Darien como Lilith parecen tener ya muy claro dónde pertenecen, mientras que él había renunciado a tener un nuevo hogar.

Pero quizá hace meses que lo encontró.

—Nosotros te perdonamos —murmura Lilith, muy bajo, casi como una absolución, mientras pone una mano sobre la de su primo.

Es eso lo que lo trae de vuelta a la conversación. Nathan se fija en ella solo un instante antes de volver la mirada hacia Darien, que cabecea, todavía inconsolable. Aprieta un poco más la mano sobre su hombro.

—Y él también te perdonará —le asegura—. Y ese otro chico, el de la cicatriz. Y así, más tarde o más temprano, tú también podrás perdonarte a ti mismo.

Darien aprieta los labios, con los ojos enturbiados fijos en él.

—¿Tú lo has conseguido? ¿Te has perdonado, Nathan?

Él esboza una de sus sonrisas irónicas, de las que tiran, de las que esconden algo.

—Tengo mis días. —Esa es la única mentira piadosa que va a contarle, quizá porque también quiere contársela a sí mismo. Quiere pensar que sí, que a veces se perdona, aunque no sea cierto—. Pero sé por qué he hecho todo lo que he hecho, sé que volvería a hacerlo. Y creo que tú piensas lo mismo. Lo harías todo otra vez, mil veces, si supieras que es la única manera de salvarlo.

Su amigo de la infancia se encoge un poco sobre sí mismo, pero no lo niega. Sin palabras, aparta la vista hacia el muchacho al que vela (su hermano, aunque todavía le resulte inconcebible pensar así en él) y lo observa como si fuera lo único que existiera en el mundo. Nathan entiende exactamente cómo se siente.

—Tienes doce años por delante, Darien —le recuerda—. No los desaproveches perdiéndote en el pasado. Yo lo habría dado todo por ese tiempo.

Él, de hecho, lo daría todo por doce segundos. En doce segundos caben un sinfín de posibilidades. Un último beso, un último te quiero, una última sonrisa.

Doce segundos, cuando ya no te queda nada, pueden durar una eternidad.

CALEB

El amanecer está cerca cuando despierta sin recordar en qué momento se quedó dormido. Durante los primeros instantes, mientras la consciencia vuelve poco a poco, tan solo se siente cómodo, bien y, al mismo tiempo, extraño. Nota a Darien contra él, tumbado a su lado, como todas las noches, y su único impulso es rozarlo, apretarlo contra sí, mover el rostro para buscar su frente con los labios. Es algo intuitivo, una fuerza superior a la que se ha ido acostumbrando cada vez más, con cada noche y día que han pasado juntos. Por lo general, Darien siempre responde a esas caricias estrechándose un poco más contra él y cobijándose contra su pecho como si en él hubiera encontrado un refugio.

Sin embargo, hoy se tensa. Hoy, en lugar de buscar sus caricias, se aparta de ellas al incorporarse a toda prisa.

—¿Caleb?

La ansiedad en su voz es suficiente para que él frunza el ceño y entreabra los párpados, confundido. Darien está inclinado sobre él y toma su rostro entre las manos, pero su mirada no desborda anhelo, sino preocupación.

Caleb entrecierra los ojos, sin comprender qué ocurre.

Los recuerdos llegan justo después, junto con el pinchazo que siente en el pecho. Es solo eso, poco menos que un pellizco, pero es suficiente para arrancarle la respiración por un instante, junto con la consciencia de lo que ha pasado. Recuerda a Eunomia saliendo de su cuerpo, pero sobre todo recuerda la tos, la sangre. Recuerda sentirse de nuevo como el niño que fue un día, igual de vulnerable y frío y débil. Recuerda el dolor, la sensación de que su cuerpo se convertía en piedra.

Recuerda pensar: «Sharada». Y querer decir: «Lo siento».

¿Cómo no se dio cuenta? ¿Cómo no se le ocurrió que esa enfermedad seguía dentro de su cuerpo, esperando el momento en el que él bajara la guardia? ¿Cómo se creyó lo suficientemente especial como para pensar que estaba por encima de ella? ¿Es porque se acostumbró a la inmortalidad? ¿Es porque, en el fondo, aunque quisiera poder morir, siempre se ha creído invencible?

—Caleb. —Darien se inclina un poco más sobre él, ansioso—. Por favor, Caleb, dime algo. Háblame. Sabes quién soy, ¿verdad? Dime que sabes quién soy.

—Darien.

Tiene la garganta tan seca que el mero hecho de pronunciar ese nombre acaba en un ataque de tos, pero Darien se apresura a tomar un odre de agua y ayudarlo a incorporarse para que pueda beber. Caleb lo hace por inercia. Bebe y bebe y bebe, sediento como nunca. También tiene hambre, más de la que recuerda haber sentido en mucho tiempo. A la vez, se siente repleto de energía, extraño dentro de su propio cuerpo. Como si algo en su interior hubiera cambiado y se moviera a un ritmo diferente, mucho más tranquilo, mucho más… normal.

El necromante se acaba el agua antes de alzar la vista hacia su acompañante. Se da cuenta entonces de que no solo él es distinto. Hay algo diferente en él también. Su energía está alterada, aunque no sabría decir por qué. Parece más lleno, más…

—¿Qué ha pasado?

Darien aprieta los dientes ante esa pregunta. Tiene los ojos rojos e hinchados y Caleb se da cuenta solo entonces de que ha estado llorando. Por él. Ha debido de pasar mucho miedo, probablemente haya llegado a temer que no fuera a despertar de nuevo. Y es su culpa. Aunque le prometió que no se arriesgaría, que no pondría en peligro el futuro que habían soñado, al final ha hecho que se preocupe. Se siente culpable, aunque sabe que no podían esperar, que tenían que ponerse en marcha, que…

Quiere pedirle disculpas, pero se le atragantan cuando Darien se echa encima de él y se aferra a su cuerpo con desesperación, abrazándolo como si pensase que se va a desvanecer en el aire. Caleb suspira, posa una mano sobre sus cabellos, otra sobre su cadera, y lo mantiene cerca.

—Estoy bien —murmura en su oído—. Estoy bien, celestial. Estoy aquí.

Esas palabras no son las adecuadas, porque Darien se queda paralizado al escucharlas. Su abrazo desesperado, ansioso, pierde fuerza. Caleb nota un sollozo roto contra su cuello y sabe de inmediato que algo va mal. Que hay algo que no entiende, no todavía. Ese sollozo no es de alivio por volver a estar entre sus brazos, sino de pena, de dolor.

—¿Qué ocurre? ¿Qué…?

—No… No vuelvas a llamarme así. Por favor, no vuelvas a llamarme así.

Caleb frunce el ceño, confuso. Un presentimiento le llena el pecho, agónico, pero no sabe desentrañarlo. Se siente lento, con la cabeza embotada.

—¿Así cómo? ¿Qué…?

—Celestial. No vuelvas a llamarme celestial así.

Caleb entiende por qué antes incluso de tomarlo de los brazos y obligarlo a alejarse de él para mirarlo. Su rostro sigue siendo el mismo, aunque esté manchado de lágrimas, aunque esté lleno de pena. El necromante repara en la sangre que le ensucia la ropa solo entonces, pero ni siquiera es eso lo que más le llama la atención. Es todo lo que hay más allá de la piel, del cuerpo. Eso es lo que más ha cambiado. Ahora es más vibrante. Más ruidoso. Incluso su corazón late de manera distinta, más fuerte, y de pronto es consciente de la razón.

Cuando baja la vista hacia su propio pecho, el medallón oxidado de Destino le indica que en él ya no hay alma alguna.

Eso es lo que se siente diferente. El espíritu de Darien está de nuevo en su cuerpo, no en ese objeto. Pero eso significa…

—Alguien tenía que curarte. —confiesa Darien. Caleb alza la vista de nuevo hasta esos ojos verdes de los que se ha enamorado mil veces. Están llenos de angustia, pero también de resolución. Él, en cambio, se siente paralizado—. Te… Te ibas a morir. Realmente te ibas a morir, y yo no… No podía permitirlo, Caleb. Lo siento, Caleb. Lo siento, no podía. No… No tan pronto.

No, él tampoco quería morir tan pronto. Todavía tiene muchas cosas que hacer, todavía hay deseos que quiere cumplir. Tiene que

rescatar a Dyne, que está en apuros. Tiene que ayudar a destruir el Amuleto, quiere acabar con ese símbolo que, de alguna forma, empezó con él. Y, cuando todo eso acabe, quiere esa casa con jardín en medio del bosque, quiere años enteros al lado del muchacho al que le ha entregado su corazón.

Pero no tenía que ser así. Darien no tenía que pagar por sus deseos. Por su tiempo. La historia no tenía que repetirse, pero parece que no pueden evitarlo. Parece que, incluso habiendo aprendido la lección, están condenados a caer en los mismos errores una y otra y otra vez.

Caleb traga saliva y los remordimientos le suben a la garganta. Su mirada, sin quererlo, se desliza de nuevo por la ropa del antiguo celestial. La sangre está por todas partes, como rastros de pintura seca, y Darien se hace un poco más pequeño cuando se da cuenta de que se está fijando en ella. Se cubre el estómago, se abraza a sí mismo, como si así pudiera evitar que la viera, pero ya es tarde. Las huellas del sacrificio que ha tenido que hacer para convertirse en necromante están ahí y, aunque no fuera así, él sabe muy bien cuál es el precio que Muerte pide por sus dones. Una vida. El coste siempre es una vida.

La cuestión es cuál.

Ansioso, con el mal presentimiento estrechándose en torno a los pulmones, Caleb se apresura a mirar a su alrededor. Siguen en el mismo torreón en el que estaban cuando se desmayó y están solos. El cielo ha empezado a clarear, pero ya era de noche cuando Eunomia salió de su cuerpo. Está seguro de que han pasado solo algunas horas, pocas, no las suficientes para encontrar una víctima lejos y volver. Así que busca. Aprieta los puños y cierra los ojos, se

concentra y el mundo que lo rodea le responde con una muestra de toda la vida que palpita en él. Escucha a los animales que todavía duermen y a los que vigilan la noche; siente a las plantas que respiran bajo el rocío. En medio de todo ese ruido, de toda esa vida, por fin percibe tres energías humanas. Dos se alejan, una siguiendo a otra. Una tercera espera, muy quieta, entre los árboles. Están todas demasiado lejos como para que pueda identificar a quién pertenece cada una, pero no importa, porque eso es suficiente para confirmar las sospechas.

Son tres energías, no cuatro. Tres.

—¿Quién?

Caleb hace la pregunta sabiendo que la respuesta está entre dos nombres y siendo consciente también de que cualquiera de los dos se le va a quedar tatuado sobre la piel como una cicatriz. Cuando vuelve a abrir los ojos, la expresión dolida de Darien, las lágrimas que han comenzado a deslizarse por sus mejillas, es suficiente para sentir que le apuñalan el corazón.

—Ishtar.

El nombre de la princesa de Odelia es un gemido, un sollozo, una queja que a Caleb se le clava entre las costillas, en esos pulmones contaminados por la misma sangre maldita que compartía con ella. Por supuesto que ha sido ella. Por supuesto. Sabe exactamente cómo ha sucedido antes incluso de que Darien continúe hablando con la voz rota:

—Se ofreció ella. Muerte… Muerte me dio a elegir entre Derek, Lilith y ella, pero yo no podía escoger, no podía. No era justo escoger, y ella… ella… Me pidió que te dijera que fue su elección.

Que quería… quería devolverte algo del tiempo que tú le habías dado.

Caleb baja la vista, con los ojos nublados y la rabia ardiendo en las venas. Le recorre el cuerpo entero, tan abrasiva como la pena que la acompaña. Que haya sido su elección solo es un pobre consuelo, porque eso no evita que haya sido por su culpa. Ishtar ha muerto por él, justo cuando mejor estaba, cuando más posibilidades tenía de alargar su vida un poco más de lo esperado sin necesidad de ayuda. Había conseguido un demonio después de toda una vida deseándolo. Era feliz con Derek, con quien tendría que haber pasado los siguientes días, a salvo de todo, disfrutando de la paz que ambos se merecían. Derek, que debe de haber perdido una parte de sí mismo al perderla a ella.

Y ha tenido que hacerlo Darien. Darien, que la adoraba. Darien, que la quería como a una hermana, tanto como la quería él mismo. Darien, que era un celestial y ya no lo es. Darien, a quien él se había jurado proteger a toda costa.

—¿Cuál es el castigo? —Esos iris verdes desbordados de llanto lo miran con confusión—. Tu castigo, Darien. Ya no eres un celestial. ¿Cuál es el castigo? ¿Qué te he hecho?

Darien abre mucho los ojos, sorprendido.

—Tú no… no me has hecho nada, no…

—Sí, claro que sí. —Su interrupción es dura, firme, una estocada hacia sí mismo más que hacia él. Se odia. *Se odia.* Tiene ganas de arrancarse la piel. Tiene ganas de hacerse daño, de probar su nueva mortalidad y ver cuál es el límite. Tiene ganas de llenarse el cuerpo de nuevas cicatrices que compensen al menos un poco el sufrimiento que ha provocado en otros—. Es culpa mía. Siempre es

culpa mía. Lo has hecho por salvarme y salvarme siempre tiene un coste demasiado alto. Primero mi padre. Ahora Ishtar. Y *tú*. Tú, aunque me juré que nunca más te haría daño. Te he obligado a convertirte en necromante. Te he obligado a acabar con la vida de alguien a quien quieres. Te he… ¿Qué más te he hecho? ¿Qué te he hecho?

—¡Nada! ¡Nada, Caleb, porque esta ha sido mi decisión! —Darien se apresura a tomar su rostro para exigirle toda su atención, como si así pudiera asegurarse de que entiende todas y cada una de sus palabras—. Yo llamé a Muerte. Yo le pedí que me convirtiera en uno de los suyos. Y sabía las consecuencias, sabía lo que me costaría, incluso si no sabía qué vida tendría que dar a cambio. ¡Y estaba dispuesto a pagar! —Un sollozo rompe su exclamación, hace que pierda fuerza en la última palabra—. A Muerte. A Destino. A cualquiera que me prometiera que seguirías a mi lado. No me arrepiento, Caleb. Me duele, puede que me duela siempre, pero no me arrepiento, porque nunca me había sentido tan aliviado como cuando has vuelto a pronunciar mi nombre.

Caleb aprieta los dientes, sin saber qué responder a eso. No se lo merece. No se lo ha merecido nunca, pero ahora menos todavía. Y, al mismo tiempo, ¿no habría hecho él lo mismo? ¿No habría renunciado él a todo lo que fuera necesario, sacrificado a quien fuera necesario, por un poco más de tiempo a su lado? ¿No sigue siendo, en el fondo, el dios egoísta que fue en otra vida? Aun así, no puede sentirse tranquilo. La culpa sigue ahí, punzante, haciéndolo sangrar.

—¿Y si una mañana descubres que no mereció la pena? ¿Y si esto solo sirve para darme unos días más? Unos meses más. Incluso si

son años, estoy… estoy enfermo. —Le cuesta pronunciar la palabra, arrancársela de dentro—. No es la vida de un enfermo la que te prometí.

Esta vez la mirada de Darien se suaviza, llena de compasión. Cuando apoya su frente contra la suya, con los dedos todavía acariciando su rostro, lo hace con la mayor delicadeza, como si, pese a lo resistente que ha sido siempre, de pronto temiera que fuera a romperse si lo toca con demasiada fuerza.

—Doce años —susurra—. Muerte me ha prometido… doce años. Y lo habría hecho por un día. No me importa si estás enfermo, Caleb. Voy a cuidar de ti. Y sé que tú cuidarás de mí. Harás todo lo que esté en tu mano para hacerme feliz. Eso es lo que me prometiste a cambio de mi corazón, ¿verdad?

Doce años. Así que ese es el tiempo que les queda. Doce años en los que compartir una vida mortal, sencilla, en esa casa con jardín con la que ambos han empezado a soñar, similar a la que tuvieron al principio de los tiempos. Le parecen un milagro y, al mismo tiempo, insuficientes. Doce años no bastan para darle a ese muchacho toda la felicidad que se merece, pero va a tener que intentarlo. Tendrá que hacer que cada día cuente. Que cada noche se acueste pensando que todo el dolor que ahora siente valió la pena. Tendrá que esforzarse por crear un sinfín de recuerdos buenos, uno al menos cada mañana, para que los amargos sean muy difíciles de encontrar.

Caleb todavía está calculando los días que eso les deja por delante (cuatro mil trescientas ochenta mañanas, cuatro mil trescientas setenta y nueve noches) cuando Darien deja caer sus manos. Cuando baja la vista, es a él a quien domina la culpa.

—¿Podrás… perdonarme? Por lo que he hecho. Por tomar esta decisión por los dos.

La pregunta le resulta absurda. De todo lo que se le pasa ahora por la cabeza, culparlo a él ni siquiera ha estado jamás dentro de la lista de posibilidades, así que es Caleb quien lo obliga a mirarlo entonces. Sus dedos rozan su mentón y evita que sus ojos verdes, esos ojos verdes que ha amado en tantas vidas, huyan de los suyos.

—No tengo nada que perdonarte. Me has salvado la vida, Darien. No solo hoy. Antes era inmortal, pero a veces creo que no sabía lo que era vivir hasta que te conocí.

No hay palabras que respondan a las suyas, solo un beso. Llega en medio de un sollozo y él lo recibe con el corazón roto. Aun así, pese a la desesperación que hay en esos labios que se juntan, también encuentra alivio en medio de la culpa. Es un beso que sabe a tiempo. A esos doce años que les quedan por delante, a las ansias de aferrarse a ellos, de empezar a aprovecharlos desde ese mismo segundo. Cuando se acaba, Darien no se aleja demasiado. Mantiene su rostro muy cerca, una mano sobre su mejilla y otra sobre su pecho, allá donde debe de sentir la fuerza con la que le late el corazón. Ahora puede oírlo con la misma intensidad con la que él ha oído siempre el suyo.

—Más —pide Darien, como ha hecho tantas otras veces. En esta ocasión, sin embargo, lo que grita tras sus ojos no es deseo, sino un anhelo distinto—. Bésame un poco más y… abrázame fuerte. Quiero… Quiero poder recordar cómo se siente.

Caleb tarda unos instantes en comprender qué quiere decir eso y, cuando lo hace, el pecho se le abre un poco más. Un nuevo remordimiento se le acomoda entre las costillas y se queda a vivir

con él para siempre. El castigo. Siempre hay un castigo, él mismo lo ha dicho. Y, de pronto, le resulta evidente cuál será el de Darien. Quienes ven en los sueños se llenan de pesadillas, quienes buscan en las estrellas dejan de poder verlas, y quienes ven gracias al contacto con su piel… dejan de sentirla.

Tiene lógica, pero no por ello resulta menos cruel. Sobre todo, para alguien que se pasó toda la vida rehuyendo el contacto de otros. Y ahora, justo cuando podría tocar sin miedo de que los recuerdos lo arrastren consigo…

Se le hace un nudo en la garganta. Aunque sabe que Darien no quiere su lástima, que no quiere su culpa, no es capaz de evitar la lágrima que se le escurre, solitaria, desde los párpados hasta la boca.

—Darien…

—Por favor. —Su súplica le roza los labios—. Por favor, solo… bésame. Abrázame.

Caleb no dice nada. Destinado a obedecerlo incluso entonces, se traga todas las disculpas que querría volver a pronunciar, todo el dolor que siente dentro, y lo besa como si fuera la primera vez.

Como si fuera a ser la última.

LILITH

El bosque se cierra a su alrededor en cuanto se aleja del torreón en ruinas. Allí fuera nada duerme: la brisa zarandea las ramas de los árboles, que bailan contra un firmamento donde el sol despertará en breve; los animales acechan y llenan la vegetación de ruidos a los que no le pone nombre. Las plantas estiran hojas y tallos hacia ella, le humedecen la ropa con el rocío helado y levantan las raíces en un intento de atraparle los pies o ralentizar su avance. En su mano, Eunomia brilla con una tenue luz dorada, dejándole intuir el camino, pero incluso así se tropieza varias veces, evidenciando que no pertenece a la espesura. Por mucho tiempo que haya viajado por Arsay, sigue sin sentirse cómoda ahí, y no puede dejar de preguntarse qué espera y vigila dentro del sotobosque. Sobre todo, no desde que vio a Muerte. Tiene su rostro irreal grabado en la mente y allá a donde mira se la imagina observándola, echándole en cara que ha escapado de ella una segunda vez. Su voz terrosa, llena de los crujidos de las ramas, se escuchará de nuevo cuando menos lo espere y está segura de que le perseguirá durante el resto de sus días.

Con un escalofrío, Lilith aprieta el paso. Siente la tentación de volver atrás, de regresar al refugio del fuego, pero se obliga a seguir un poco más. Nathan tiene que estar ahí, solo unos pasos por delante. Lo ha perdido de vista, pero no le debía de sacar mucha ventaja cuando ella decidió levantarse y seguirlo. Lo vio ponerse en pie y salir de la seguridad del campamento hace tan solo unos minutos y, aunque al principio estaba fuera de toda cuestión ir tras él, decidió que tenía que hacerlo en cuanto lo vio recoger a Dysnomia del suelo y asegurarse la vaina a la cadera.

Sabe qué es lo que está pensando, lo que va a hacer.

Y considera que es una idea terrible.

El sonido de una corriente de agua cercana llega hasta ella. Lilith puede ver su propia respiración convertida en una cortina de vaho y escucha el sonido de los pájaros que comienzan a despertarse. Justo por debajo de sus trinos se oye el suave susurro rítmico de una persona al avanzar. Sí, ahí está, un poco más adelante, ligeramente a su derecha. El cabello despeinado asemeja una nube y su ropa de color borgoña, el rastro de un sacrificio como los que Muerte reclama.

Sin perder un instante, sus largas zancadas se convierten en una carrera.

—¡Nathan!

El brujo mira hacia atrás. Se queda a medio paso y se vuelve con la mano apoyada en el pomo de su nueva espada. No la desenvaina, al menos de momento, pero aun así Lilith se detiene a una distancia prudente. Tiene la respiración acelerada por la dificultad de la caminata y por ese último esfuerzo. Tiene ganas de gritarle, de recriminarle que iba a irse sin despedirse y tantas otras cosas más.

Al mismo tiempo, de pronto se da cuenta de que sí se ha despedido. Lo estaba haciendo cuando tocó la ocarina. Se estaba despidiendo de Darien cuando le dio ese último consejo.

Lleva toda la noche pensando en irse.

Lilith aprieta los dientes y da un paso más hacia delante.

—Vas a volver con él. A pesar de que sabes lo que va a hacer.

Nathan esboza el principio de su sonrisa irónica.

—Y tú vas a volver con ellos, a pesar de lo que ya han hecho.

A pesar de los errores imperdonables, de las ansias de guerra, de cerrarles las puertas a quienes no estuvieran dispuestos a aceptar sus reglas, a aceptar su fe de la manera en la que ellos dictaban. A pesar de las matanzas sin sentido, de esa expansión que no se diferencia tanto de la que hizo el Inmortal y que tanto se ha criticado a través de la historia: a la fuerza, regando el terreno conquistado con la sangre de enemigos e inocentes por igual. Sí, Lilith sabe todo eso. Lilith es consciente de cuántos niños huérfanos han dejado, de que ni todas las disculpas del mundo serían suficientes para reparar los daños, de que nada borrará lo ilógicos que han sido. Los movía el miedo, la idea de un enemigo común, pero eso los ha convertido a ellos en la amenaza, en la pesadilla.

Una parte de ella se pregunta si la caída de las murallas no es una respuesta a sus actos, si no se lo han buscado con su avaricia y su arrogancia al usar el nombre de su dios para justificar lo injustificable. Otra parte de ella, una que no quiere escuchar, que se aferra a las creencias que le han susurrado desde la cuna y le guarda lealtad ciega a la Hermandad y a su reina, le dice que, si no hubiera existido esa expansión, el nuevo Portador habría encontrado

otra excusa para lanzarse sobre ellos y devorarlos enteros, como la serpiente que es.

—Voy a volver con ellos porque esto tiene que parar, Nathan. Vuelvo con ellos porque me necesitan y porque alargar este conflicto no es la solución. Lo sabes tan bien como yo. Tienes que saberlo tan bien como yo, tienes que…

—Las murallas no deberían haber existido nunca —rebate él—. Son solo un símbolo más de ese conflicto del que hablas, una manera de mantenernos alejados, de señalar a los brujos como un enemigo que erradicar, como monstruos prohibidos con los que nadie debe relacionarse. Quizá Astrey pretenda acabar con él al romperlas. Quizá, en el fondo, solo quiera igualarnos a todos.

Lilith deja escapar una risa incrédula. Sus dedos se aprietan un poco más alrededor de la empuñadura de Eunomia.

—No puedes ser tan inocente. No puedes… ¡Te utilizó, Nathan! ¡Te ha estado manipulando todo este tiempo! ¿No lo ves? ¡Solo le has servido para conseguir el Amuleto!

Un destello de molestia asoma a los ojos de Nathan cuando los entorna. Todo su cuerpo se gira hacia ella para encararla, mientras aferra con fuerza el arma que ha robado.

—¿Quieres que te diga quién me ha utilizado durante toda mi vida, Lilith? El Sacro Reino. Intentó moldearme como quiso, desde que era un niño. Decidió mi vida entera y me convenció de qué cosas podía querer y cuáles me estaban prohibidas. Tu madre decidió incluso con quién debía casarme, solo para conseguir que el Amuleto terminara en manos de la familia real.

—Eso no…

—¿No qué? ¿No crees que fuera ella? Porque yo cada día estoy menos convencido de que tuviera una visión real. Al fin y al cabo, ¿por qué tu dios elegiría juntar a Ammarah con un chico que jamás fue un Portador legítimo? Si nos hubiéramos casado, si hubiéramos tenido hijos, solo habríamos alargado una mentira, nada más.

Lilith hace un mohín, porque tiene razón. Destino lo sabe todo, así que siempre ha sabido que Tabitha le había quitado el Amuleto a un ladrón, igual que sabía que la espada que devolvió a la capilla de Santa Aiva no era más real que ella como Portadora. Su dios siempre fue consciente de todas las mentiras, de todos los secretos, pero decidió no compartir la verdad con la líder de la Hermandad.

La santa llega a abrir la boca, piensa en defender a su madre, pero no es capaz de empujar las palabras fuera de sus labios. Porque Rhea no se portó bien con él; porque ha estado convenciendo a Ammarah de ideas equivocadas y arrastrándola a sus propios planes. Porque nunca lloró por su hijo, solo por la credibilidad que perdió.

Porque en el fondo sabe que, si ella misma muriese mañana, lloraría por su santa heredera, no por su hija.

—Lo que haya hecho Astrey para conseguir el Amuleto sigue sin ser peor que lo que los celestiales hicieron conmigo —continúa Nathan, ajeno a la forma en la que a ella se le empequeñece el corazón—. Él, al menos, me acogió cuando estaba solo en el mundo, cuando pensé que no me quedaba nada por lo que vivir. Regreso con él porque nunca me ha culpado por sentir como siento, por ser como soy, pero en Daiva todo lo que hicieron fue intentar convertirme en otra cosa.

Y sabe que no se refiere solo al hecho de ser el Portador. A las reglas que le pusieron cuando el Amuleto llegó hasta él de manos de su madre. Sabe que no se refiere solo a eso porque ella también lo ha vivido, porque sabe lo que es tratar de plegarse para encajar en un lugar demasiado pequeño. Conoce el dolor de resignarse, el mismo que ahora tiene él en la voz. Ella lo vivió al intentar convertirse en una copia del hermano que nunca podría ser, porque no dejaban de compararlos cuando no podrían haber sido más diferentes. A Nathan lo intentaron domar, lo obligaron una y otra vez a seguir las normas cuando solo quería ser libre. Incluso Darien lo sufrió. A él lo aislaron, consideraron que no estaba a la altura, que era un desperdicio que tuviera un don que no podía utilizar.

Así que Lilith entiende el enfado, lo que no entiende es que su única alternativa sea acudir al Portador. Lo que no entiende es que pueda ponerse de su lado, incluso cuando sabe cómo va a acabar esa historia.

—Y se lo vas a pagar diciéndole qué es lo que pretendemos, ¿es así? Vas a llevarle a Dysnomia, por si no tuviera suficiente con el Amuleto…

Nathan enarca las cejas. La bruma del río se le arremolina alrededor de los tobillos como unas manos fantasmales.

—No voy a darle la espada: me gusta cómo me siento al empuñarla. Además, no quiero perderme la oportunidad de enfrentarme a ti cuando volvamos a encontrarnos.

Entonces serán Dysnomia contra Eunomia, una vez más. Para sumarse a todas las ocasiones en las que se han cruzado desde que se crearon. Y él contra ella, Nathan contra Lilith, porque ya saben que hay historias condenadas a repetirse.

Le da pena que sea así.

—No quiero que seamos enemigos.

El brujo le muestra los dientes al sonreír, esos que ella no ha podido dejar de pensar que han cambiado, que ahora están hechos para morder y hacer sangrar. Aun así, no hay maldad en el gesto. En ese rostro, junto a esos ojos que no acaban de sonreír, la sonrisa se queda en un gesto agridulce.

—Tú y yo nunca hemos sido solo eso, Lilith Rheiz. Nunca lo seremos. Pero sé que eso tampoco te va a detener, ¿verdad? Si volvemos a encontrarnos, lucharás contra mí.

Esta vez es él quien lanza ante ellos una verdad que ambos conocen, por dolorosa que sea. Por mucho que a ella le parta el corazón. Siente que le falta un poco el aliento, aunque su corazón ya se había calmado.

—Lucharé contra cualquier enemigo de Daiva, Nathan. Voy a defender el Sacro Reino. Y, si nos encontramos, no voy a contenerme. No si la vida de otra gente depende de mí.

La risa de Nathan es muy queda, tan disonante como el sonido que hace Dysnomia al salir de su vaina. El ruido, desagradable como el chirrido del acero contra la porcelana, y hace que la santa se ponga en guardia. En un acto reflejo producto de años de entrenamiento, de las batallas que ha luchado en los últimos tiempos, alza a Eunomia y se pone en posición de defensa.

El brujo parece complacido, como si fuera justo eso lo que espera de ella, y clava los pies en el suelo.

—Lo siento, pero ya te he vencido tantas veces que tu discurso no me da ningún miedo —dice con el mismo tono que solía usar para

molestarla cuando estaban en el Templo—. Vas a tener que enseñarme de lo que eres capaz.

Lilith alza las cejas, incrédula, aunque siente el asomo de una sonrisa en las comisuras, tirándole de los labios mientras ajusta los dedos alrededor de la empuñadura. Por un segundo, ese bosque es el claustro y los árboles son los otros aprendices, que los miraban con fascinación cuando peleaban. Por un instante, esas no son espadas afiladas que arrastran una historia de sangre y muerte a sus espaldas; son espadas de madera, livianas para sus manos casi infantiles. En ese mundo que ella puede ver, que se presenta como un espejismo, no existen los duelos a muerte ni las decisiones que pueden cambiar el destino de Evren.

—Eres un engreído. No vas a durar ni un asalto. Como siempre.

Él resopla con burla por toda respuesta y ella se abalanza hacia delante, directa, sin ganas de lanzarse más pullas. Nathan está ahí para recibirla. Sus filos chocan y el golpe le resuena en los huesos, la obliga a plantar los pies en la tierra para asegurarse de que no se desequilibra, incluso si no es Nathan quien la sorprende, sino las propias espadas. El ojo de Destino que adorna el pasamanos de la suya se abre, la serpiente que se enreda en la empuñadura Dysnomia se desliza alrededor de la mano de su contrincante y abre la boca para enseñar los colmillos. La magia le llena las manos, como si el arma que lleva volviera a ser energía, un poder que le sube por los brazos, que le da fuerza. La celestial contiene la respiración cuando se da cuenta de que el viento se detiene y el mundo se queda en silencio, como si no quisiera interrumpirlos. Los dos espadachines se miran a través del hueco que dejan sus filos.

Los ojos azules de ella parecen grises bajo la luz naciente, los de él se tragan los rayos de sol como si fueran un pedazo de noche.

El momento acaba cuando ambos dan un paso atrás a la vez, pero no para dejar de luchar. Sus espadas se encuentran, una, dos, tres veces más. Empiezan a crear un ritmo, una música conocida, una canción de la que ambos se saben la letra, incluso si hacía mucho que no la cantaban. Sus cuerpos se acuerdan sin ayuda de cómo bailar esa danza, de lo compenetrados que han estado siempre. Lilith se adelanta a la pierna que Nathan intenta usar para hacerle la zancadilla y salta por encima de ella, él se mueve hacia un lado para evitar un corte en el hombro. Como si pudieran leerle la mente al otro, rechazan estocadas, amagan fintas y cortan, atacan, retroceden, avanzan. El brujo usa su magia para crear obstáculos, la celestial trata de convertir en ventajas los escollos que le pone. Y es… sí, divertido. Es la confirmación de que se siguen conociendo. Son dos personas completamente distintas, como esas espadas, con pensamientos incluso opuestos, pero de alguna manera pueden llegar a complementarse. En esencia, están hechos de lo mismo, de los recuerdos que comparten, que se contienen en cada uno de sus movimientos. Unos recuerdos que les hacen daño, más de lo que consiguen hacerse ellos en ese duelo.

Acaban a la orilla del río, con los guijarros crujiendo bajo sus pies. Las aguas siguen corriendo, profundas, lo suficientemente rápidas como para que nadar sea un ejercicio complicado, y Nathan se aprovecha de ello. Obliga a Lilith a detenerse cuando alza una pasarela de rocas para poder cruzar el cauce y, a medida que avanza, la hace caer para asegurarse de que su contrincante no puede seguirlo. Solo cuando llega al otro lado se vuelve. Solo

entonces se ríe, alto, fuerte, como si fuera un juego al que ha ganado. Ella se queda en la orilla contraria, con el ceño fruncido y las puntas de las botas tocando el agua, con la espada aún levantada y la sensación de injusticia de una niña a la que le han arrebatado un juguete.

Quiere gritarle que eso es trampa, que no puede acabar un duelo así, que tiene que volver. Que ella no va a tener piedad. Que quiere seguir luchando.

Que no se puede ir hasta que haya un ganador.

Que no puede volver a dejarla.

—¡No ha estado mal, santa! —le grita él al tiempo que envaina a Dysnomia. Cuando lo hace, desde el otro lado del río, Lilith tiene la sensación de que la serpiente cierra la boca de nuevo y vuelve a convertirse solo en un adorno. En su mano, Eunomia mantiene su único ojo abierto—. Pero espero que lo hagas mejor la próxima vez que nos veamos si realmente quieres vencerme.

Ella aprieta los dedos de forma inconsciente alrededor de la espada.

—Estás condenado, brujo. Ni siquiera con la espada de un dios y la magia de un demonio has conseguido sacarme ventaja. De hecho, me preocupa que no llegues vivo para que volvamos a enfrentarnos, así que esfuérzate: recuerda que solo yo puedo vencerte.

El brujo cabecea, como si fuese una petición digna de tener en consideración. Da un paso atrás y luego otro. El hilo que no ha dejado de unirlos hasta entonces se estira, amenaza con romperse. A pesar de toda la distancia que los ha separado, de los caminos tan diferentes que han recorrido, a Lilith le da la sensación de que es en ese momento, junto a ese río que se interpone entre ellos, cuando

dejan de caminar el uno al lado del otro. Un nudo se le instala en la garganta, pero se promete que no va a llorar. No va a volver a derramar ni una lágrima delante de él. No, al menos, hasta que uno de los dos gane el próximo duelo en el que se encuentren.

Nathan tampoco llora, aunque su voz suena ronca cuando dice:

—Adiós, Lilith.

La distancia se encarga de emborronar sus palabras, de convertirlas en un susurro, de arrastrarlas río abajo. Aun así, llegan hasta ella. La toman de la mano y le acarician la frente. Le llenan el pelo de azaleas y los oídos de la melodía de una ocarina.

Lilith traga saliva y el nudo que se le hace en la garganta y asiente.

—Adiós, Nathan.

Su despedida cae al agua, se mezcla entre las hojas y las ramas que juegan en la corriente y se hunde hasta el lecho pedregoso, donde ni nadie ni nada va a encontrarla jamás. Lilith la ve ahogarse, junto con todo lo que han sido, y da un paso hacia atrás. Es la primera en girarse, en darles la espalda a los recuerdos que se hunden en esas aguas, en echar a andar. Quizá porque en la basílica fue al revés y ya sabe lo que se siente al quedarse atrás. Quizá porque no sabe si puede soportar volver a ver cómo él la abandona.

Con los ojos al frente y Eunomia en una mano, desanda sus pasos para poner rumbo al campamento. El sol ya está saliendo y la luz le acuchilla unos ojos que apenas ha podido cerrar en toda la noche. Se dice que es eso, que es solo eso, lo que hace que se le descuelgue una lágrima. Se dice que es solo eso, la necesidad de apartar la mirada del cielo, lo que la insta a echar la vista atrás.

El río todavía está a sus espaldas.

La otra orilla ya está vacía.

—¿No te recuerdan a ellas?

—¿A mi Saenal y a tu Aiva?

—Sí. La misma fuerza, el mismo vínculo que en el fondo ninguna de las dos quería romper, la misma fe en ti y en mí. Hacía tiempo que no veía a dos portadores de Eunomia y Dysnomia que fueran tan semejantes a las hijas de Chronos.

—Es cierto.
La pregunta, supongo, es si terminarán igual que ellas.

XI
LA MUERTE DEL TIEMPO

AMMARAH

Al principio, Ammarah de Daiva confunde el sueño más importante de su vida con una simple pesadilla. Para entonces, las pociones que usaba para forzar visiones se han acabado hace días y ha estado sufriendo su abstinencia sintiéndose enferma durante el día e insomne durante la noche; ha tenido que acostumbrarse a un temblor constante en las manos y a un dolor agudo en el fondo de su cabeza. Esa noche ha conseguido dormir unas horas, pero despierta de golpe, con la respiración agitada y las sábanas alrededor de las piernas. El techo que enfoca no sangra ojos ni ella los nota abiertos como heridas sobre su cuerpo; hoy lo único que es capaz de ver en la más completa oscuridad es polvo. El polvo de las cenizas de las explosiones, el polvo de los huesos en los que se ha convertido a toda una tropa de celestiales.

Una pesadilla. Ha sido solo una pesadilla.

Sin embargo, a medida que pasan los segundos, a medida que la realidad se asienta a su alrededor y los detalles del sueño no se diluyen, sino que se hacen más vívidos, se da cuenta de que no. Una visión. Es una visión, lo que no sabe es si del futuro o de algo que ya ha pasado. Los ojos se le humedecen de todos modos, porque en

cualquiera de los dos casos sabe que lo que ha visto es inevitable. El caos, la muerte. Aun así, no sabe si las lágrimas se le saltan por la pena o por la rabia. No sabe si es dolor por los suyos o por lo que los suyos han hecho o están a punto de hacer. No sabe si es por la traición, la impotencia o solo por la incomprensión. No entiende qué hacían esos celestiales ahí. No entiende qué hacía Elijah Noviz allí, delante de todos, con la barbilla bien alta, esperando su muerte. No entiende cómo podría enfrentarse al nuevo Portador, por qué iría a buscarlo. Ella prohibió su plan y él… él sigue enfermo, postrado en la cama.

O eso le ha dicho la Suma Celestial.

Ammarah cuenta los días que lleva sin ver al comandante mientras se incorpora con una náusea en el fondo del estómago. Puede que los suficientes como para ir en barco hasta Damira. Pero no, no puede haber visto el presente, porque eso significaría que la Suma Celestial le ha mentido. Que ella y el comandante han tramado a sus espaldas.

Que han desobedecido sus órdenes.

Cuando consigue ponerse en pie, ya tiene claro que lo que arde en sus ojos es rabia. Aun así, se limpia las lágrimas rápido y se apresura a taparse con una bata antes de salir de sus aposentos. Los soldados que hacen guardia ante su puerta se yerguen en cuanto la ven aparecer.

—Majestad, ¿os encontráis…?

—Llevadme hasta las habitaciones del comandante —ordena antes de echar a andar.

Los guardias se miran entre sí, confusos, pero no desafían sus órdenes. En medio de la noche, la guían por los pasillos dormidos de

palacio. Ellos mismos parecen inquietos cuando se presentan ante una puerta y nadie responde a los golpes que dan.

—Abridla. Echadla abajo si es necesario.

—Pero majestad…

—¿No he sido lo suficientemente clara? —pregunta sin inflexión en la voz—. Obedeced.

Lo hacen. Uno de ellos se lanza contra la madera con tanta fuerza que la cerradura cede y tropieza dentro del cuarto oscuro, iluminado solo por la luz del pasillo. Aun así, no les hace falta más para darse cuenta de que la cama está hecha, intacta. El dormitorio está vacío, frío, como si hiciera días que nadie entra allí.

Ammarah aprieta los dientes, pero ni siquiera se sorprende. Lo sabía. Lo ha sabido desde que ha entendido de verdad lo que ha visto. Su dios le ha permitido ver la traición, lo único que odia es que no le advirtiera de ella antes. Quizá haya sido un castigo por no haber confiado más en él, por haber mentido diciendo que había recibido mensajes que jamás había recibido. Por haber forzado las visiones cuando estaba desesperada por ellas, en lugar de aguardar a que él le brindase todo lo que necesitaba saber. O quizá solo esté jugando con ella. Quizá consideró que eso es lo que tenía que pasar. Quizá consideró adecuado mandar a tantos celestiales a una muerte segura. Quizá consideró que, si se creían tan fuertes, tan importantes, debían sufrir por ello.

Con una calma que es todo fachada, porque por dentro siente que le hierve la sangre, Ammarah se sienta en la cama del comandante.

—Id a buscar a la Suma Celestial y traedla aquí. La reina exige verla.

Esta vez los guardias ni siquiera protestan. Nerviosos, conscientes de que hay algo importante sucediendo justo delante de sus narices, se apresuran a desaparecer por el pasillo. Probablemente mañana por la mañana, después del cambio de turno, todo el mundo sepa que el comandante no estaba en su cuarto en medio de la noche, que su enfermedad era una mentira.

Que era un traidor.

Aunque no el único.

Ammarah se ha puesto en pie y observa por la ventana cuando los guardias regresan un rato después, escoltando a la Suma Celestial. La reina la ve en el reflejo del cristal antes de girarse. La mujer está vestida y peinada, como si hubiera estado esperando esa llamada, y se muestra tan tranquila y compuesta como siempre. Su rostro atrapado entre dos épocas la mira con esa condescendencia que en algún momento confundió con cariño, con empatía.

—Dejadnos solas —exige la reina.

Los hombres hacen una inclinación de cabeza y, aunque lanzan miradas entre nerviosas y curiosas de una mujer a la otra, no se les ocurre replicar. No solo sería insubordinación, sino que no conciben la idea de desconfiar de la líder de la Hermandad. Quizá ese haya sido el problema: todo el mundo en Daiva considera que Rhea Moriz jamás haría algo que pudiese dañar al reino.

Cuando la puerta se cierra, Rhea suspira.

—Esta noche he tenido un sueño —dice antes de que Ammarah pueda pensar en qué palabras quiere lanzarle a la cara primero—. Y cuando he recibido vuestra llamada, lo único que he podido pensar es: «Ella también lo ha visto». —Sus ojos claros están puestos sobre la cama, no sobre la reina—. Qué desgracia, pobre Elijah. Murió

como un héroe, luchando por todos nosotros tal y como Santa Aiva luchó un día, y ahora su alma ni siquiera tendrá el consuelo de pisar la Corte de Destino en su siguiente vida.

Ammarah siente un ramalazo de desprecio que le recorre las venas y le deja el cuerpo ardiendo. No puede creerse esa lástima, pero sobre todo no puede creerse esa falta de vergüenza. La Suma Celestial ni siquiera va a molestarse en disimular, en intentar fingir que no era consciente de lo que estaba pasando. Como si no tuviera nada de lo que arrepentirse y no hubiera colaborado a la hora de mandar a decenas de celestiales a una muerte segura.

—Me habéis mentido —escupe la reina mientras se aferra a la rabia que siente—. Me habéis traicionado. Os prohibí que llevarais a cabo ese plan abocado al fracaso y, aun así, lo hicisteis. Me mirasteis a la cara y me dijisteis que el comandante estaba enfermo a pesar de que sabíais que se dirigía hacia Damira.

—Y vos me mirasteis a la cara y me dijisteis que habíais tenido visiones que ambas sabemos que no existen.

No hay furia en la voz de Rhea. No hay temor. Su tono está impregnado de la calma de siempre y sus ojos claros la enfrentan con la seguridad de que ambas han hecho lo mismo, de que son iguales. Por un momento, Ammarah sí que siente vergüenza. Se siente descubierta, culpable y más segura que nunca de que lo sucedido es culpa suya, de su atrevimiento, por usar el nombre de su dios en vano.

Es solo un instante. Al siguiente, la furia gana la batalla y la soberana da un paso hacia delante. Sí, ha mentido, pero al menos sus mentiras intentaban proteger a su pueblo, en lugar de continuar

con la destrucción que esa mujer que se disfrazó con las ropas de una madre y una guía la ha instado a esparcir por el mundo.

Qué error. Qué equivocada ha estado.

—¡Mentí porque os negabais a entrar en razón! ¡Porque estáis tan obsesionados con llevarme la contraria, con hacer las cosas a *vuestra* manera, que estabais siendo ilógicos!

—¿Ilógicos? No somos nosotros quienes están aterrados. Quienes se niegan a moverse y, por lo tanto, se niegan a dejar que el reino avance.

Ammarah siente el golpe de manera casi física, aunque Rhea no se ha movido de su sitio; sigue cerca de la puerta, apoyada en ese bastón del que ya no se separa. Parece inofensiva, pero sus palabras pican como aguijones llenos de veneno. Sí, es cierto, está asustada. Lo ha estado desde el día en que la basílica se vino abajo, junto con todas las seguridades que algún día tuvo. Pero ahora su miedo no tiene nada que ver con eso. Su miedo ya no es sobre el futuro, sino sobre el pasado, sobre todas las decisiones que ha tomado hasta llegar a ese día, comenzando por confiar en esa mujer. Teme las consecuencias, las que ya ha habido y las que todavía no puede prever. Teme que no haya solución posible para todo lo que han hecho, para el caos que están provocando cuando se supone que su papel siempre ha sido luchar contra él.

Ammarah toma aire. Aprieta un poco más los puños y, después, se relaja. Ocurre de pronto, de un segundo para otro. Es su tranquilidad lo único que consigue que Rhea entorne los ojos, que parezca ponerse en tensión, suspicaz.

La reina entrelaza los dedos sobre el vientre.

—Tenéis razón —le concede. Su voz imita la de la Suma Celestial: la misma cadencia que ha aprendido de ella, la misma suavidad retorcida capaz de convencerte de cualquier cosa—. He estado asustada. He tenido demasiado miedo de tomar mis propias decisiones por temor a que fueran las equivocadas para el reino, pero no tendría que haber sido así. La pasividad, cuando se tiene un poder y una responsabilidad como los míos, es un privilegio que puede condenar a muchas personas. Gracias por enseñarme esa lección, Suma Celestial.

La mujer se permite relajarse de nuevo y esboza una sonrisa satisfecha, partida por la mitad. Esta vez, Ammarah solo es capaz de fijarse en la parte anciana, incapaz de ver el rostro de Lilith en la joven.

—No os preocupéis, majestad. Ese ha sido siempre mi trabajo. Destino sabrá perdonar vuestra falta y…

—Será la última.

Rhea frunce un poco el ceño, confusa por la interrupción.

—¿Disculpad?

—Será la última lección que me enseñéis. ¡¡¡Guardias!!!

La puerta se abre casi de inmediato y dos rostros preocupados se asoman. Uno de ellos ya lleva la espada en la mano, pero parece confundido cuando se da cuenta de que no hay ningún intruso, sino que allí dentro solo siguen las dos mujeres más poderosas de Daiva.

—No te atrevas… —empieza a decir la Suma Celestial.

Pero la reina no le presta atención.

—Apresadla.

Los guardias las miran sin moverse. Dudan, sin entender lo que está pasando, y se fijan en la Suma Celestial como si de pronto ni

siquiera pudieran estar convencidos de que es la mujer que conocen. La líder de la Hermandad. La viva imagen de la fe en Destino. La madre de Santa Lilith, capaz incluso de sacrificar a un hijo por su dios. La celestial más leal y fervorosa que hay en ese país.

Aunque está en tensión, Rhea alza la barbilla cuando se da cuenta de que los guardias no obedecen de inmediato. Su sonrisa reaparece, una muestra de lo pagada de sí misma que se siente.

—Soy la Suma Celestial, niña. Soy el Ojo de Destino, la voz de nuestro dios en este mundo. No tienes ninguna potestad para hacerme arrestar.

Ammarah entorna los ojos. Le ofende la manera en la que esa mujer es capaz de minar su autoridad, pero sobre todo está harta de permitirlo, así que avanza hasta ella para encararla. Son casi igual de altas, pero Ammarah le saca unos dedos más, los suficientes para, por primera vez, no sentirse pequeña a su lado.

—Y yo soy Ammarah Aiviz, soberana del Sacro Reino de Daiva, única heredera viva de Santa Aiva, descendiente del mismísimo Tiempo. Tengo la potestad para acusaros de traición, porque eso es lo que significa que actuéis a mis espaldas y me mintáis durante el Consejo. Igual que tengo la potestad para destituiros de vuestros títulos y cargos. A partir de este momento, Rhea Moriz, ya no eres la Suma Celestial. Ya no eres el Ojo de Destino. Solo eres una criminal más. Y como tal, tu destino está en las mazmorras.

La sentencia cae con fuerza sobre la acusada y, por un instante, casi parece intimidada, furiosa. Ammarah la ve a punto de levantarle la mano y desea que lo haga, que la ataque delante de los guardias, que condene su credibilidad por completo. Pero es mucho más

inteligente que eso, siempre lo ha sido, y por eso su respuesta es solo un murmullo:

—Te has vuelto loca. El mío es un puesto vitalicio y representa la unión del pueblo con nuestro dios. Atacarme es atacar a Destino. ¿No lo ves? Nadie está de tu parte. La gente del Sacro Reino cree en mí, no en ti. Yo he sido su guía durante años y tú solo eres una muchacha perdida e insegura que no sabría qué hacer sin mí. No puedes hacer nada contra mí.

Ammarah aprieta los puños, pero las dudas de los guardias le dan la razón. Es cierto, esa mujer lleva ganándose la confianza de todo el mundo desde antes incluso de que ella naciera, y es consciente del poder que le da eso.

Pero no va a dejar que eso la amedrente. Por primera vez, tiene claro qué es lo que tiene que hacer.

—Te equivocas, Rhea. Puedo condenarte y darle al pueblo una nueva figura en la que creer. Y estoy segura de que todos celebrarán que una verdadera santa ocupe tu puesto. —Su mirada se alza hacia los guardias al mismo tiempo que lo hace su voz—. ¿¡No me habéis oído!? ¡Apresadla!

Esta vez sí, los guardias acatan la orden sin más titubeos. Rhea da un respingo cuando la cogen de los brazos y vuelve la mirada de uno a otro con el frenesí de un animal acorralado mientras trata de soltarse.

—¡Lilith no está aquí! —gruñe. Los soldados la aferran con más fuerza y ella entonces por fin deja mostrar su verdadera cara cuando aprieta los dientes—. No está preparada. Es solo una niña, como tú. Es… —Uno de los hombres le da un tirón y ella planta los pies en el suelo y alza todavía más la voz—: ¡Nadie ha hecho más por este

reino que yo! ¡Nadie ha sacrificado más por el bien de Daiva! No puedes relegarme de un puesto que siempre ha sido mío, que el propio Destino decidió para mí. ¡No puedes…!

—Pues que Destino se presente aquí y me lo diga. Si de verdad tienes que seguir siendo la Suma Celestial, estaré esperando un sueño esta noche. Pero, si ni siquiera él aparece para defenderte, me encargaré de que pagues por todo esto. Me encargaré de que te arrepientas de todo lo que has hecho hasta el día de tu muerte.

La reina hace un gesto con la cabeza para que se la lleven, pero Rhea no se detiene mientras la arrastran. Grita, por fin fuera de sí, y está segura de que todo el palacio la escucha, de que Daiva despierta con sus maldiciones.

—¡Tú sí que vas a arrepentirte de esto! ¡Vendrás a mí cuando el reino se caiga a pedazos! ¡Cuando no sepas cómo enfrentarte a los brujos! ¡Nunca debiste ser reina!

«Nunca debiste ser reina», reverbera la voz en su mente, una y otra vez.

«Nunca debiste ser reina», golpetean sus propios pasos cuando los guardias vienen a buscarla para escoltarla de vuelta a su habitación.

«Nunca debiste ser reina», le repiten las paredes cuando se queda a solas en su cuarto.

Ammarah se acerca al espejo y se observa, como tantas otras veces. Así, solo en camisón, sin joyas ni corona, no parece una reina. Solo parece lo que es, lo que lleva siendo meses: una chica perdida, sin amigos ni familia. Una marioneta que otros han usado a su antojo. Y lo odia. Lo odia tanto que, incapaz de soportarlo, deja escapar el grito que lleva dentro desde el día en que empezó a

perderlo todo y empuja el espejo con tanta fuerza que lo tira al suelo. El estruendo del cristal al estallar llena la estancia, pero no le importa, como tampoco le importa que algunos cristales le agujereen las zapatillas de seda cuando se acerca a ellos para mirar su reflejo multiplicado. Está jadeando. Está al borde del llanto, de la desesperación. Vuelve a haber ojos por todas partes, pero no son los de Destino, solo los suyos, y su juicio es todavía peor.

—Nunca debiste ser reina —le dice a esa chica partida en mil pedazos.

Sabe que es cierto. Si nunca hubiera sido reina, no se habrían perdido tantas vidas, nadie se habría aprovechado de su dolor, de su ignorancia, de su odio. Si nunca hubiera sido reina, el Sacro Reino habría seguido como siempre, y eso habría sido mejor que cambiarlo como lo ha hecho.

Esa es la razón por la que escribe la carta. Porque no necesita visiones para saber que, si no hace nada, se avecina un desastre, pero quizá todavía haya una posibilidad de evitarlo. Es ínfima, pero aun así tiene que intentarlo, por todas las veces en las que no lo ha hecho.

Ammarah se echa a toda prisa sobre su escritorio, toma papel, pluma y tinta y sangra disculpas y explicaciones en un último mensaje desesperado por arreglar una situación que no sabe cómo ha llegado tan lejos. Por último, propone su abdicación y su condena como compensación por todos los errores cometidos. No puede hacer nada con la muralla, no puede echarla abajo con sus propias manos, pero puede renunciar a esa corona demasiado grande, demasiado pesada, para la que no ha estado a la altura. Puede cedérsela a otra mujer, a la única que se imagina aceptando esa

responsabilidad con mucha más determinación de la que ella ha tenido nunca, con mucha más sabiduría.

La única mujer a la que podría confiarle ese reino, porque le confiaría su vida.

Ammarah exige que envíen la misiva lo más rápido posible al palacio de Damira. Es la primera decisión que toma a solas, sin dejar que nadie interfiera en ella, y sería capaz de cambiar el mundo, el destino, si tan solo la carta llegara a tiempo.

Pero no lo hace.

ASTREY

La proa del barco se hunde en las aguas y se abre camino río arriba más despacio de lo que a Astrey le gustaría. No es que deteste navegar, pero se le hace extraño. Por lo general, disfruta más de los caminos por tierra, donde es difícil sentirse encerrado, donde hay tantas opciones para seguir adelante como uno quiera. Por el contrario, estar embarcado significa estar quieto, desocupado, esperar a que algo pase, asomarse a la barandilla mientras desgrana minutos en su cabeza y se pregunta cuándo llegará a su destino.

Aun así, pese a que los dos días que lleva a bordo se le han hecho eternos, sabe que remontar la corriente es la opción más rápida para llegar hasta Daiva. Y necesitan llegar pronto. Su plan implica tomar a los celestiales por sorpresa, igual que el grupo de atacantes los tomó a ellos. En el par de días que necesitaron para preparar el viaje, esa fue la conclusión a la que llegaron. Sentados a una mesa cubierta de mapas, Elira, Garnet, Lilac, Tamir, Chadia, Ratna y Astrey han trazado esa estrategia: ellos y un pequeño grupo de élite de la Guardia Imperial se colarán en Daiva a través de un hueco que el Amuleto del Tiempo les ayudará a abrir en las murallas y asaltarán el palacio.

No empezarán una guerra, no matarán civiles si pueden evitarlo, no crearán el caos de la misma manera que los celestiales hicieron en Damira. Será más parecido a lo que hicieron ellos la Noche de las Bestias, solo que en este caso van sin invitación.

—Nuestros objetivos principales serán la reina y la Suma Celestial —les recordó Elira en todo momento—. Eso será suficiente para que el gobierno de Daiva sucumba. Si la santa está con ellos, lo más probable es que se muestre ante nosotros por sí sola para intentar acabar con Astrey y recuperar el Amuleto, así que también nos encargaremos de ella. Seremos rápidos. Ante todo, no podemos quedar a la altura de los celestiales: tenemos que demostrar que podemos cambiar el mundo sin que los inocentes sufran.

Porque suponen que hay inocentes atrapados entre esas paredes. Suponen que hay muchas personas en ese lugar a las que han obligado a convertirse, a aceptar a un dios en el que no creen a la fuerza, tan solo porque no tenían ningún otro sitio al que ir. Hay muchas personas que quizá deseen en secreto ver las puertas de las murallas abiertas, cuando no destruidas.

Y Astrey tiene en sus manos la clave para hacerlo, o al menos eso cree. Supone que el Amuleto puede enfrentarse a esos muros creados por Destino, que será como lanzar el poder de un dios contra el de otro. Y el suyo ganará, aunque sea una cuestión de voluntad.

Caerán, le ha estado asegurando la voz del tiempo. *Esas murallas deberían haber caído hace mucho, pero nadie se ha atrevido a hacerlo. Podemos hacer más que una fisura, de hecho. Podemos destruirlas, convertirlas en polvo para siempre.*

Astrey ha estado tratando de ignorar al Amuleto cada vez que habla, pero, como si cada uso lo hiciera un poco más real, las palabras suenan con más fuerza de la acostumbrada. Y si fuera solo esa voz, quizá podría fingir que no existe, pero últimamente su demonio está de acuerdo con cada palabra que dice lo que queda de Chronos. Él también quiere destruir a los celestiales. Él, de hecho, considera que la aniquilación es la única forma de deshacerse de ellos de una vez por todas.

«Si dejas cabos sueltos, te arrepentirás. ¿No te das cuenta de que cada persona a la que permites vivir podría volver pidiendo venganza?».

¿Y qué ha hecho esa gente para merecerse tu benevolencia? Todos los que se ocultan en esa ciudad han propiciado una matanza.

«Ese no es el mundo que queríamos crear, ¿verdad? Uno en el que la gente tolere injusticias solo porque no le atañen, que miren hacia otro lado cuando no les convenga…».

Tendrías que darles un escarmiento. Tendrías que reducir su preciado Templo a cenizas. Deberías borrar todo rastro de su dios. Destino es el que te ha llevado a esta situación, con sus Purificaciones, sus visiones y sus santas. Y piensa en lo que podrías hacer con el tiempo de todos esos celestiales.

«¿Por qué no darles su tiempo a los tuyos? ¿Por qué no eliminar la muerte, como habíamos pensado?».

¿Por qué no destruir Daiva, sus murallas, y crear algo más perfecto en su lugar…?

Sus preguntas, sus sugerencias insidiosas, se le meten en la cabeza. Ha dejado de responder, porque sabe que hablarles siempre

es peor. Darles la razón o llevarles la contraria les da alas por igual, así que mientras las voces hablan, Astrey calla y se pregunta cómo lo hacía su padre. Si el Inmortal también sentía que el Amuleto ardía contra su pecho en todo momento, tentándolo a volver a usarlo. Si él también lo escuchaba con tanta claridad, si no se volvía loco ante la idea de no poder sacárselo de la cabeza, de no poder descansar. Él siente que está perdiendo la cabeza. Que camina sobre una cuerda muy fina, que necesita volver a dormir una noche del tirón. Le gustaría dejar de gritar para escuchar sus propios pensamientos.

El único momento en el que conoce el silencio es cuando Elira está a su lado. Su presencia se ha vuelto un bálsamo, aunque solo sea porque su cercanía desagrada a las dos voces. Al principio pensó que era porque ella les asustaba, aunque no tuviera sentido, pero ha llegado a la conclusión de que lo único que ocurre es que quieren escucharla para morder cuando ella se equivoque, para intentar arrastrar al Portador también a su bando, para poder manipularlo. Para destrozar a su prometida con sus dientes largos aunque ella nunca sepa que están ahí. Astrey no las menciona, porque sabe que Elira se preocuparía, que le diría que no puede seguir así, que lo convencería de dejar de llevar ese objeto, de deshacerse de él.

Pero no puede. No quiere dejarlo, no puede dejarlo. El Amuleto lo ha convertido en lo que es y sin él no quedaría nada de su leyenda. Sin él apenas sería más que el hijo bastardo del Inmortal. Sin él no existiría Astrey el Resurrector. Sin él no lo respetarían, no lo aclamarían, no…

—¿Astrey?

La voz de Elira viene acompañada de una mano sobre su hombro y el espíritu da un respingo. La bruja está a su lado, apoyada en la

baranda del barco, igual que él. No sabe muy bien cómo ha llegado allí. Le agobiaba estar en el interior y necesitaba respirar. Sí, le agobiaban las voces, que no se callaban, y le pareció que la cubierta le ofrecería una sensación de escape, pese a seguir en los confines delimitados del barco.

Se pregunta si Elira lo mira con el ceño fruncido porque ha visto algo en su rostro que no le gusta, si se ha vuelto tan transparente que ella puede distinguir que algo no va como debería.

—Mi emperatriz.

Intenta poner su mejor sonrisa, pero hace mucho que con ella no funciona. Elira solo entorna los ojos, como si el sol le molestara, y hace una pequeña mueca. Su mano se desliza por su brazo, hasta encontrar sus dedos, y Astrey aprovecha para encajar los suyos entre las garras de ella.

—¿Estás bien? No tienes buen aspecto.

Es irónico que sea Elira quien haga esa pregunta, porque ella tampoco está en su mejor momento. Desde que Denna murió, se levanta en medio de la noche, come menos, está más distraída. La pena se mezcla con la furia en sus expresiones y la noche en la que murió su mejor amiga se ha convertido en algo que los dos evitan mencionar. Durante los dos días que estuvieron en palacio después del ataque, la bruja visitó el árbol del jardín en cada uno de sus momentos libres, que ni siquiera fueron tantos. Ella ha sido la más implicada en los preparativos para ese viaje y Astrey no duda que el tiempo a bordo se le está haciendo todavía más largo que a él. Por eso son varias las veces al día en las que extiende las alas y se dedica a volar con Shiraz. Juntas, fingen que tienen todo el cielo para ellas. El resto del tiempo, lo pasa con Astrey. Hablando, pero

también besándose, utilizando el cuerpo del otro para dejar de pensar, para asegurarse de que siguen ahí. Donde el Portador busca borrar el caos del resto del mundo, ella tan solo quiere aferrarse a la vida, asegurarse de que no lo ha perdido ni lo va a perder.

—Quiero pisar tierra ya —responde el espíritu. Ni siquiera cree que cuente como mentira: quiere enfrentarse ya a la muralla, demostrarse que puede romperla—. Aquí me siento en una cárcel y yo no tengo alas con las que escapar…

Elira le aprieta los dedos, aunque no relaja su expresión de preocupación.

—Podría llevarte conmigo cuando quieras, pero a lo mejor deberías aprovechar para descansar.

—¿Desde cuándo te parezco el tipo de persona que puede dormir cuando tiene asuntos sin resolver?

Ella no responde. La trinchera entre sus cejas se hace más pronunciada y sus labios se tornan casi blancos, dos finas líneas que a Astrey le gustaría besar antes de que puedan escupir palabras que se vuelvan contra él. No lo hace. En su lugar, deja que estudie su rostro y alce la mano. Amolda la palma contra su mejilla y, con el pulgar, le acaricia las líneas oscuras que le adornan los párpados inferiores. Sabe que están ahí tan bien como ella. Y sabe a qué las asocia, aunque no le ponga palabras y tan solo baje la vista a la joya que pende de su cuello.

—No te deja en paz, ¿verdad?

El brujo intenta escapar de su mirada, pero es consciente de que no existe un sitio en todo Evren donde esconderse de ella. Los dedos le pican con la necesidad de proteger ese objeto, igual que le pesa la lengua con todas las formas de defenderlo que se le ocurren.

Va a decir que ese es el precio por llevarlo, va a tratar de calmarla diciéndole que no es tan horrible. Le gustaría ser capaz de explicarle que no se ha sentido tentado por él en ningún momento, pero entonces tendría que confesarle las cosas que le ha dicho, las maneras en las que ha intentado influir en sus acciones. Elira va a saber, en cuanto abra la boca, que todo lo que pronuncie será un intento de excusar a esa voz, así que lo único que se le ocurre decir es:

—Suele callarse cuando estoy a tu lado.

Qué cosa tan estúpida que decir. Como si eso fuera a tranquilizarla. Como si eso no sonase a un torpe intento de evadir el tema.

Para su sorpresa, sin embargo, ella no se lo echa en cara. No presiona para pedir explicaciones ni saca a colación la posibilidad de que usar de nuevo el Amuleto sea una terrible idea, quizá porque sabe que lo necesitan. Que es la única forma de entrar el reino de Daiva.

Así que todo lo que hace es inclinarse hacia delante, hasta que sus frentes se tocan. Elira cierra los ojos y Astrey entorna los suyos, sin querer perderla de vista. A veces le parece que, si lo hace, se desvanecerá y solo dejará tras de sí el sonido de un batir de alas y una pluma abandonada.

—Entonces céntrate en mí. Cuando te hable, búscame, mírame, escúchame a mí.

Astrey siente que se destensa un poco, agotado. El Amuleto lo lastra hacia abajo, amenaza con hundirlo, pero decide empezar a hacerle caso a Elira de inmediato. Por eso toma aire, hondo, y se fija en ella, en su cara, en sus labios, a los que se acerca.

—Está especialmente callado cuando me besas —susurra.

Ella resopla. El naranja que ve en su mirada tiene el tono suave de un amanecer y su expresión, pese a la molestia fingida, también se relaja un poco.

—Eres una serpiente aprovechada.

Lo es, pero alguien verdaderamente molesto por ello no se echaría hacia delante, no uniría sus labios con los suyos. Astrey deja escapar el principio de una risa entrecortada contra la boca de su prometida, divertido pero también lleno de alivio. La atrae contra su cuerpo, consciente por fin de cada uno de sus movimientos, del suelo bajo sus pies, del aire que lo rodea. Aunque Elira crea que lo ha pedido como una broma, ese beso lo ancla al presente, a esa mujer. Su demonio se revuelve un poco, llamándole débil, diciendo que esa bruja será su perdición, pero suena muy lejano, y lo único en que puede pensar el Portador es en que el ser humano más poderoso del mundo no es el que lleva el Amuleto al cuello, sino ella, que es capaz de darle más paz que toda la magia de Evren.

—No puedo creerme que os hayáis reconciliado mientras yo no estaba.

No son los únicos que se vuelven hacia la voz, que resuena por toda la cubierta y se pierde río abajo. Astrey y Elira alzan la vista de inmediato hacia el castillo de popa. Allí, sentado en la barandilla, está Nathan, con la expresión de un niño a punto de hacer una travesura. El viento mece sus rizos blancos, sus ojos negros se tragan la luz del sol.

—¿Nathan?

Elira suena tan incrédula como se siente Astrey. El chico ha salido de la nada y el espíritu ni siquiera entiende cómo los ha encontrado,

cómo ha sido capaz de asaltar el barco sin que nadie se diera cuenta. Por un instante, incluso se pregunta si ese es realmente el chico que conocen o solo su demonio, que estaba en control del cuerpo la última vez que se vieron. Sin embargo, la manera en la que extiende su sonrisa es un gesto demasiado humano, demasiado suyo.

—Me alegra ver que todavía os acordáis de mi nombre.

El recién llegado salta desde su improvisado asiento y cae agazapado en cubierta. Todavía lleva la ropa roja oscura con la que salió de Damira y de su cadera cuelga la funda de una espada que Astrey no recuerda haberle visto cuando se marchó de palacio. Le llama la atención. Siente una energía extraña proveniente de ella, tentadora.

—¿Cómo…? —empieza a preguntar.

—¿Cómo os he encontrado? —ataja Nathan—. Pues he tenido un poco de ayuda. Resulta que me he hecho con un objeto muy interesante.

El espíritu entreabre los labios cuando el chico desenvaina el arma y lo apunta con ella. El filo de acero brilla con una luz fría, similar a cuando los rayos de sol caen sobre el hielo. La serpiente de metal que adorna la empuñadura se mueve hasta rodearle la mano y sisea antes de abrir las fauces.

Elira y el Amuleto del Tiempo pronuncian el nombre del arma a la vez:

—Dysnomia.

La bruja suena tan sorprendida como fascinada. Astrey sabe que esa espada siempre le ha resultado interesante y que soñaba con robársela a Iraides cuando todavía creía que estaba en sus manos,

así que tenerla delante debe de ser poco menos que un sueño para ella. Tiene que sentirse atraída, deseosa de estudiarla.

—Al parecer, tiene facilidad para encontrar al objeto que debe proteger. —Nathan encoge un hombro, relajado—. Tiene sentido, ¿no? Al fin y al cabo, Caos la creó para defenderlo. Así que solo he tenido que seguir el rastro… para venir a reclamar lo que debería ser mío.

La sonrisa se le borra de la cara en ese momento y tanto Elira como Astrey se tensan. El espíritu, sin pensar en lo que está haciendo, se lleva una mano al Amuleto. Lo cubre con ansias, en un gesto protector…

… Y lo vuelve a soltar, todavía envarado, cuando escucha el resoplido burlón de Nathan y ve que la sonrisa vuelve a su boca.

—Tendríais que veros las caras ahora mismo. —El antiguo Portador envaina la espada de Caos con la expresión divertida—. ¿De verdad creéis que volvería solo para eso? Estoy mejor sin él. La verdad es que…

No es capaz de continuar con lo que fuera a decir, porque Elira lo silencia al lanzarse hacia él. Sucede tan rápido que Astrey tarda un instante en comprender si quiere atacarlo o solo acercarse. Nathan tampoco parece estar seguro y por eso se queda paralizado incluso cuando la bruja lo envuelve en sus brazos. Cualquiera diría que está incómodo, pues tiene los ojos muy abiertos y el más leve rubor asalta sus mejillas, pero no hace nada por quitársela de encima. Solo se queda ahí plantado, abrumado, incapaz de reaccionar.

—No sabía si volveríamos a verte —dice ella—. No sabía si tu demonio…

No acaba la frase, pero tampoco hace falta. Esas palabras son las justas y necesarias para que Nathan se calme en su abrazo. Para que, de la manera más torpe, alce solo una de sus manos y la ponga en su espalda, mirándola de soslayo. Sus dedos se crispan apenas al agarrarse a su ropa y su expresión se suaviza. El principio de una sonrisa conmovida aparece en su boca.

—Adriel solo me protegió cuando yo no podía protegerme a mí mismo. Pero ya estoy de vuelta.

A Astrey la escena le resulta lo suficientemente enternecedora como para volver a relajarse, pese a que la criatura en su interior gruñe ante la idea de que un ser humano le ponga nombre a uno de los suyos, como si fuera una mascota o, peor, como si fueran iguales.

Con las manos metidas en los bolsillos, se acerca a su prometida y a ese chico al que un día encontró perdido en los caminos y que le recuerda tanto a sí mismo.

—Bienvenido de nuevo entonces, Nathan. A tu cuerpo… y a casa.

El muchacho lo mira cuando Elira se aleja un poco de él y le sonríe. No sabe si había visto esa sonrisa en sus labios antes, carente de sarcasmo o burla. Es una sonrisa calmada, que no casa del todo con el Nathan atormentado que él ha conocido. Ese es otro Nathan, uno que, ahora que se fija, ha cambiado su antiguo medallón de celestial por un pequeño collar del que pende una estrella de ocho puntas que destella bajo el sol.

—Tenemos mucho de lo que hablar.

Las siguientes horas las pasan encerrados en el camarote principal del barco, donde los tres comparten los eventos más importantes de los días que han estado separados. Es Nathan quien les informa de que, igual que él ha recuperado a Dysnomia, la santa ha conseguido a Eunomia y pretende usarla contra él. Es Nathan, también, quien les dice que sabe que su plan es atacar la muralla precisamente porque Lilith Rheiz ha visto cómo lo hacían, así que ellos le explican por qué. Le hablan del ataque a Damira, de la muerte de Denna, que es suficiente para conseguir que el rostro de Nathan se ensombrezca y vuelva a perder la sonrisa y la calma con la que estaba hablando hasta ese momento. No es el único. Todavía incapaz de hablar de ello, sin querer revivir demasiado la noche en la que perdió a su mejor amiga, Elira se pone en pie en cuanto la historia acaba.

—Me alegro de que hayas vuelto, Nathan —dice. Pese a todo, se esfuerza por sonreír y le da un apretón con sus uñas afiladas en el hombro—. Iré a avisar a los demás. Esperábamos poder aprovechar el factor sorpresa, pero puede que esto cambie las cosas, así que será mejor que estén sobre aviso.

No dice nada más. Con Astrey solo necesita intercambiar una mirada para despedirse antes de dejarlos a solas. Nathan ha bajado la vista y parece furioso, molesto, probablemente también dolido. Aunque no conocía a Denna tanto como los demás, fue ella quien lo ayudó a moverse por el mundo cuando no podía ver y quien más se encargó de él y sus heridas en el refugio. La apreciaba. Quizá, si hubiera dependido de él, también habría querido salvarle la vida.

Pero Astrey no quiere hablar de eso. Prefiere distraerlo de la rabia (o quizá distraerse a sí mismo, o a su demonio, o al Amuleto, que le

recuerdan que debería vengarse de la manera más atroz posible) y lo cierto es que hay algo que todavía no entiende.

—¿De dónde sacasteis las espadas? No nos lo has explicado.

Nathan da un respingo y lo observa, tomado por sorpresa. La rabia queda entonces sustituida por la inseguridad. Astrey enarca las cejas, sin entender por qué duda de repente.

—¿Qué ocurre? ¿Los dioses se presentaron ante vosotros para nombraros sus paladines?

Su comentario parece hacerle gracia a su pesar.

—Eso habría estado bien. Quizá podría haber tenido unas palabras con Destino entonces. —Después, suspira y el asomo de sonrisa irónica que ha esbozado se vuelve a perder. Baja la vista, incómodo, y se frota la nuca—. No. Fue gracias al chico inmortal. El que usaste durante la Noche de las Bestias. También nos encontramos con él, o más bien él nos encontró a nosotros y… —Le cuesta varios intentos de abrir y cerrar la boca decidir cómo seguir—. La cuestión es que él tenía las espadas. Estaban dentro de su cuerpo. *Por eso* era inmortal. Y por eso, también, ha dejado de serlo.

«Y ahora no podrás volver a usarlo. Y es todo culpa de la bruja, porque ella lo dejó escapar». El demonio de Astrey se encarga de volver a morder donde duele, pero él no deja que sus palabras calen demasiado hondo, porque está confuso. Esa historia parece sacada de un cuento retorcido y, al mismo tiempo, supone que responde a las preguntas que Nilam y él se hicieron durante años, las mismas que él ha seguido haciéndose después de la muerte de su tío.

—¿Cómo…? ¿Sabes cómo llegaron hasta él?

La única respuesta que consigue es el silencio y eso, en sí mismo, supone que es una contestación. Nathan aprieta los labios, lo

observa entre las pestañas como si no supiera bien cómo continuar.

—Fue un error. Mi madre y su padre… —Calla, suspira, aparta la vista al techo—. Nuestros padres tenían las espadas. Y, cuando nuestro padre intentó destruirlas, acabaron dentro de él.

Eso es suficiente para que Astrey comprenda su incomodidad. Para que abra un poco más los ojos, incrédulo, y por un momento se olvide incluso de esas armas de leyenda.

—¿*Vuestro* padre?

—Somos hermanos. —Nathan frunce el ceño, como si la palabra le sonara extraña, y se encoge de hombros cuando lo mira de nuevo. A partir de ese momento, habla rápido, quizá en un intento de ignorar la magnitud de lo que está diciendo—: Nacimos el mismo día, de la misma mujer. Pero él se quedó con nuestro padre y nuestra madre me llevó al Sacro Reino con ella. Mi madre… —Solo titubea entonces, cuando traga saliva—. Mi madre murió en el parto. Pero mi padre la salvó.

La mirada del muchacho cae entonces sobre el Amuleto del Tiempo y eso es suficiente para terminar la historia. También es suficiente para que Astrey se sienta mareado.

—¿Tu padre era el antiguo Portador? ¿El que traicionó a Iraides?

Casi se atraganta con la pregunta. Nathan asiente y toma aire antes de decir:

—Se llamaba Valerick. Valerick Brynsen.

El mundo se queda quieto, aunque las manecillas del Amuleto no se han puesto en marcha. O quizá el único que se quede muy quieto sea el espíritu, porque tiene la seguridad de que, a su alrededor, todo sigue: el sonido del agua contra el casco del barco, los crujidos de la madera combándose y asentándose, las voces que llegan del

exterior. Oye los pájaros, pasos lejanos. Escucha a Nathan repetir ese nombre, aunque está seguro de que no abre la boca, así que quizá ha salido de sus labios. Quizá nadie lo haya dicho ni una sola vez. Quizá ha entendido mal.

Valerick estaba en el salón la noche en la que Iraides mató a Brynjart y a toda su estirpe. Sacó de allí a su hermana pequeña, pero no la siguió. Astrey siempre se ha preguntado por qué no la siguió. Siempre se ha preguntado si lo condenó, si podría haber hecho algo, si tendría que haberse enganchado a su manga, decir que no saldría de allí sin él. Había dado por hecho que había muerto allí, con todos los demás, pero ahora entiende que no. Valerick no huyó porque sabía lo que ocurriría aquella noche, o al menos parte de ello. Era consciente, como mínimo, de que su vida no acabaría esa noche. Valerick, que siempre tenía una historia en los labios, envuelto en esa ternura que lo hacía sentir a salvo a su lado, le robó el Amuleto a la emperatriz, como si fuese uno más de aquellos héroes con demasiadas buenas intenciones, y salió del palacio. Vivió lejos de allí.

Tuvo dos hijos.

La certeza de que Nathan dice la verdad es lo que le hace despertar. Eso y la crueldad que de pronto descubre en Nilam. Su tío tenía que saber perfectamente quién era Caleb, de dónde venía, y nunca se lo dijo. Vio que Astrey lo trataba como a un hermano y no lo corrigió. No le confesó que en realidad era su sobrino, no el huérfano que pensaba. Tampoco se lo dijo a Caleb, a pesar de que sabía lo desesperado que estaba por encontrar respuestas.

El suelo bajo sus pies se inclina y el espíritu está convencido de que se va a caer de la silla, de que se van a ir a pique, de que el río

se los va a tragar. De pronto entiende que Caleb pudiera escapar del palacio de Damira y se pregunta si ya sabía sus orígenes entonces. ¿Importa? Supone que no. Caleb ya no es nada para él. Hace mucho que los hilos que los unían se rompieron. Hace mucho que son dos extraños.

En cambio, el chico ante él, ese que no dice nada, que aguarda con expresión tensa…

—¿Tú…?

Nathan le enseña las manos, como recordándole que está desarmado.

—No tengo ninguna intención de reclamar ningún derecho sobre Odelia —se apresura a decir—. El trono es tuyo, yo no lo quiero.

Pero a él ni siquiera se le había pasado por la cabeza. Astrey hace un mohín, aunque no puede culpar al chico por pensar que eso pueda ser lo único que le importe.

—No estaba pensando en nada parecido. Estaba pensando en que llevo años creyendo que Iraides me había arrebatado a toda mi familia, pero resulta que durante todo este tiempo he tenido a alguien de mi propia sangre mucho más cerca de lo que pensaba.

Esas palabras consiguen que Nathan se relaje un poco, aunque también lo hacen ver un poco más vulnerable. El chico aparta la vista hacia sus manos, jugando con ellas con cierto nerviosismo, igual que él suele jugar con sus anillos.

—No tienes que pensar en mí así si no quieres. Yo no soy capaz de pensar en ese chico como mi hermano y… —Aprieta los labios, dubitativo—. Soy consciente de que mi padre ayudó a que Iraides te lo quitara todo, así que quizá lo odies. Quizá… Quizá odies que te

haya contado todo esto. Quizá te resulte extraño pensar que tú y yo…

Astrey no puede evitar el asomo de una sonrisa. A ese Nathan inquieto, más joven, casi tímido, tampoco había tenido oportunidad de verlo hasta ahora.

—Nathan, tú no lo sabes, pero si hoy estoy aquí es porque tu padre me salvó aquella noche. Era… Era un buen hombre. No creo que quisiese que las cosas acabaran así. No lo odio. Igual que no te odio a ti ni la idea de que seamos familia. —Aunque duda, Astrey extiende la mano para cubrir la del muchacho y detener sus movimientos nerviosos. Él se atreve a volver a mirarlo solo entonces y traga saliva, sobrecogido—. Lo cierto es que me alegro de haberte encontrado aquel día, Nathan Tabiz.

El chico se muerde el labio y guarda silencio unos segundos antes de esbozar su sonrisa irónica, torcida, esa a la que Astrey sí que está más acostumbrado.

—Claro que te alegras. Tienes el Amuleto gracias a mí y es justo lo que querías, ¿no? De nada.

Astrey resopla, pero se relaja un poco. Supone que ambos van a encarar mejor esa situación con bromas, aunque sean tan retorcidas. Aun así, quizá porque no quiere dejar lugar a dudas, responde:

—Sabes que ahora no estoy hablando de eso.

Nathan baja la vista de nuevo, pero Astrey ve que la sonrisa se le ensancha un poco más, cambia y se convierte en un gesto un poco más tranquilo, más tierno.

—Sí. Lo sé.

El espíritu se siente tentado a sonreír también, aunque el demonio gruñe en su interior, desagradado por el sentimiento cálido que se le extiende por el pecho. No le gusta que se acerque, no le gusta comprobar que el cariño que siente por ese chico es real, genuino, y que le hace feliz la idea de tener cerca a alguien de su familia, alguien que no va a darle la espalda, sino que ha vuelto a él pese a todo.

Aun así, también hay algo que le hace sentir culpable, sobre todo en esas circunstancias. Aunque le gustaría dejar la conversación ahí, o quizá hablar de Valerick, sabe que tiene una deuda con ese chico.

—No sé si voy a poder cumplir mi promesa —admite. Le cuesta mucho más de lo que le gustaría, pero Elira le ha enseñado la importancia de ser honesto con las personas que quiere mantener cerca—. Lo que te dijo la santa es cierto. Intenté recuperar a mi madre, pero…

La sonrisa de Nathan se pierde.

—¿Qué ha pasado?

—No conseguí que volviera a ser ella misma. —Odia que el pecho le duela al tomar aire, odia el sentimiento de derrota que le sigue provocando. Ya tendría que haberlo superado, pero algo vuelve a romperse en su interior cada vez que piensa en Linette. Sus dedos rozan de manera distraída el anillo gracias al que siempre la lleva consigo—. Y no tenía sentido tenerla así. No tenía sentido hacerla sufrir o sufrir yo cuando no me reconocía. Era peligrosa y… Esa no era forma de vivir, Nathan.

El chico ha palidecido un poco y sus dedos buscan de manera instintiva el colgante en forma de estrella que ahora cuelga de su cuello. Se aferra a él igual que a veces se aferraba al Amuleto del

Tiempo, como si en él pudiera encontrar una magia capaz de ayudarlo a combatir al resto del mundo.

Astrey toma aire. Se siente lo suficientemente responsable como para intentar darle alguna esperanza:

—Pero tal vez lo que queremos se pueda conseguir en un futuro. Creo que todavía hay muchas cosas que no sabemos del Amuleto. Y, si hay una forma, la encontraremos, Nathan. Juntos, si tú quieres. —Se esfuerza en convocar una sonrisa para él, un poco más burlona, porque así es como se entienden—. A menos, claro, que decidas usar a Dysnomia contra mí.

Nathan no llega a sonreír, pero deja caer la mirada sobre la espada de Caos. El filo descansa a su lado, apoyado contra la mesa en la que se han sentado. Tarda unos segundos más en responder, en volver a mirarlo, y cuando lo hace está serio, decidido.

—No tengo pensado usarla contra ti, pero quiero quedármela. Quizá la use para atravesar con ella a la Suma Celestial, igual que ella asesinó a Adam con Eunomia. Haced lo que queráis con el resto del Sacro Reino, pero su vida me pertenece.

«No deberías dejar que se la quede». Astrey se esfuerza para que nada en su rostro deje ver la protesta de su demonio. «Es un peligro. Podría volverse contra ti en cualquier momento».

Nathan Tabiz es un sujeto impulsivo, Portador, corrobora el Amuleto. *He estado en sus manos, lo conozco. ¿De verdad vas a fiarte de él? ¿Y si algún día quiere recuperarme? ¿Y si te traiciona, como tu hermanastro traicionó a Iraides?*

Astrey sacude la cabeza. No. Nathan no va a traicionarlo. Si quisiera hacerlo, ya ha tenido oportunidades.

—Es tuya —acepta Astrey—. Tú la has conseguido. Y tuya será también la vida de la Suma Celestial, si es lo que quieres. Tú también mereces venganza y justicia, Nathan.

El chico asiente, más frío, más severo.

—Van a intentar acabar con el Amuleto. Lilith, Darien, Caleb… Colaborarán para ir a por ti y, sobre todo, a por él. Creen que es el origen de todos los problemas de Evren y que la solución es destruirlo.

Ante eso, el espíritu casi siente ganas de echarse a reír. Con calma, se recuesta en la silla que ocupa como si fuera un trono y roza el borde del Amuleto con los dedos. No tiene miedo. Este podría ser el último obstáculo antes de su gran victoria. Antes de que el mundo que siempre ha deseado pueda nacer.

—Pues que lo intenten. Pero primero tendrán que destruirme a mí.

DYNE

El día en el que la van a ejecutar, a Dyne la sacan de su celda antes incluso de que amanezca. Le ponen grilletes en muñecas y tobillos y la inmovilizan entre varios guardias con tanta fuerza que le hacen daño en los brazos. Le sorprende lo temprano que es, porque le habían dado a entender que su muerte sería al mediodía, pero sobre todo le sorprende el lugar al que la llevan. Comienza a sentir la vida antes incluso de que esta la rodee por todas partes, en cada flor y en cada planta, en cada árbol y en cada fruto maduro que está a punto de caer de las ramas. Dyne respira al mismo tiempo que lo hace el jardín de palacio, se llena de aire como si hubiera pasado años sin él. Encerrada en las mazmorras, ajena a cualquier tipo de naturaleza, le había parecido que era así, que se estaba quedando poco a poco sin oxígeno, pero ahora siente que lo recupera todo de golpe. Se llena los pulmones con una respiración, los ojos con la imagen del rocío sobre los pétalos abiertos.

Casi sonríe. Casi. Aunque no sabe si es por la visión de los jardines de palacio, tan magníficos, o por la energía familiar que siente acercándose a su espalda. Los guardias la obligan a arrodillarse en el suelo de un empellón, pero Dyne ni siquiera intenta

resistirse. No se queja, ni siquiera cuando siente el filo de una espada amenazando su cuello, a la espera de cualquier movimiento en falso.

—Sabes que traerme a un jardín es una temeridad, ¿no? Podría mataros a todos sin parpadear.

—Mentira.

A Dyne se le escapa una risa antes de alzar la mirada y observar a Ammarah ante ella, bajo la luz pálida del amanecer. La reina del Sacro Reino lleva un vestido sencillo, ninguna joya encima y el pelo blanco suelto. En esos momentos, como en todas las veces anteriores que han recorrido juntas ese jardín, le parece una muchacha más, no la reina que le ha tocado ser. Tiene aspecto de haber dormido poco, quizá no solo esa noche, sino durante varias. Puede que no descanse desde que mandó encarcelar a la Suma Celestial, algo que ocurrió hace días. Llevaba sin verla desde antes de que eso pasara, pese a que ha deseado preguntarle cada día desde entonces qué ha ocurrido, qué ha hecho esa mujer para que por fin se haya dado cuenta de que nunca fue su aliada. Aunque la celestial no ha dejado de montar escándalo cada uno de los días que ha estado encerrada, y aunque es obvio que algunos guardias la tratan con más deferencia de la debida y le llevan agua y comida en cuanto ella lo solicita, nadie ha sido tan osado como para liberarla.

Al menos, todavía.

—Lo digo en serio: solo necesito utilizar alguna de estas plantas. Esto es muy arriesgado. Podríais terminar ensartados por rosales en cualquier momento.

Los guardias se tensan a su espalda, su energía se altera, el filo que siente contra su cuello se aprieta un poco más contra la carne.

Ammarah, sin embargo, tan solo resopla, como si la sacara de quicio.

—Mentira —repite.

—Estás preciosa.

La reina de los celestiales da un respingo antes de apartar la vista, tan avergonzada que ni siquiera tiene el valor de señalar que esa es la verdad, aunque debe de saberlo. Carraspea, con toda su entereza perdida solo con ese comentario, y Dyne tiene que apretar los labios para no reírse. No quiere que piense que se está burlando de ella, porque ahora no lo está haciendo. Le apena no haber tenido más oportunidades de hacerla avergonzar.

En realidad, le apenan muchas cosas, ahora que está a punto de morir, y varias de ellas tienen que ver con esa muchacha. No siente haber matado a su sirvienta, tampoco a sus tíos. No siente haber destrozado la basílica ni haber intentado secuestrar a su prometido. Sus remordimientos son mucho más sencillos, más egoístas. Lamenta no haberle mostrado su verdadera personalidad desde mucho antes, lamenta no haberla halagado un poco más, lamenta no haber podido pasear a su lado por ese jardín contándole mentiras que la reina pudiera reconocer en lugar de medias verdades en las que ella podía esconderse.

Supone que la celestial también tiene sus propios asuntos de los que arrepentirse, aunque no debería lamentar nada de lo que ha hecho con ella. La encarceló porque se lo merecía, porque se había manchado las manos con la sangre de su familia. La ha condenado porque es lo que tenía que hacer.

—¿Qué hacemos aquí, Ammarah?

La soberana respira hondo antes de volver a fijarse en ella. Recupera algo de su serenidad y observa a los guardias antes de clavar los ojos en los suyos. Sus manos se aprietan un poco sobre su falda.

—He decidido perdonar todos tus pecados. Te he traído a este jardín porque he estado meditando y he decidido liberarte de tu condena. No te la mereces.

Dyne extiende su sonrisa.

—Mentira.

Ammarah aprieta los labios. A la necromante le gustaría que fuera uno de esos gestos que hace para esconder su propia diversión cuando la considera inadecuada, pero en este caso es más bien un signo de lástima. Como si en el fondo quisiera que esa fuera la verdad.

—Te equivocaste con la Suma Celestial. Me alegro de no haberte escuchado nunca, ni sobre ella ni sobre todo lo demás. La Purificación. Mi reinado. Estabas equivocada. Siempre has estado equivocada.

Esta vez incluso Dyne tiene dificultades para seguir sonriendo. Se le hace un nudo en la garganta porque siente la impotencia y la frustración en su voz, así que no se atreve a decir que sabe que eso también es mentira. De nuevo, quiere preguntar, quiere saber qué ha ocurrido o qué va a ocurrir, pero no se ve capaz de interrumpirla.

Ammarah toma aire y da un paso hacia delante, hacia ella, de tal manera que Dyne tiene que alzar un poco más la cabeza para poder seguir mirándola a los ojos, ansiosa por escuchar su verdad. La última. La que va a decirle con esa mirada triste, brillante, llena de pena.

—Odio haberte conocido, Dyne.

La necromante deja escapar una risa entrecortada. Es una verdad que escuece, agridulce. No tiene ninguna duda de que es cierto, pero tampoco de todo lo que se esconde tras esas palabras. No se refiere solo a que sus caminos se hayan cruzado, sino a haber descubierto quién es, porque todo sería mucho más sencillo si no hubiera sido así. Por eso ha usado su nombre, está segura. Es la primera vez que lo pronuncia y no haber tenido tiempo de escucharlo más de su boca se convierte de inmediato en otro remordimiento más.

—Yo también odio haberte conocido, Ammarah.

Si no lo hubiera hecho, habría sido solo una vida más, tan fácil de aplastar como las flores que tienen a su alrededor. Ambas lo saben. La reina de los celestiales parpadea y parece a punto de llorar, pero no derrama ni una sola lágrima. Dyne tampoco. El sol la ciega un instante, cuando comienza a salir, justo a la espalda de la soberana. Dyne nunca ha creído en santos, nunca ha sentido interés por los celestiales y siempre ha ignorado a cualquier dios que no fuera Muerte, pero ahí, en ese jardín, mientras la luz se derrama sobre esa piel negra y esos cabellos blancos, le parece estar admirando a una Original.

La visión dura solo un segundo. Después, Ammarah se aparta y se pone justo a su lado, con la mirada fija en ese cielo que empieza a clarear.

—Disfruta de tu último amanecer —susurra la celestial.

Dyne traga saliva, siente un escalofrío que le baja por la espalda, pero no responde. Han visto amanecer juntas más veces de las que puede contar, pero en esta ocasión se esfuerza por retener cada

detalle, por percibir toda la vida que la rodea, por sentir que las dos forman parte de ella. Si se concentra solo en sus energías, ni siquiera son tan distintas. Las dos vibran igual. Respiran igual. Laten igual.

El sol alumbra un nuevo día.

DARIEN

Tras la muerte de Ishtar, Darien descubre que el sentimiento que empieza donde acaba la melancolía es la rabia.

Comenzó con la marcha de Nathan. Minutos antes, en su corazón solo había podido albergar una de las penas más grandes que había probado nunca, pero cuando Caleb, Derek y él volvieron a las ruinas de la torre después de enterrar a Ishtar y se encontró a Lilith allí sola, sentada al lado de la hoguera avivada como si se estuviera helando de frío, la tristeza comenzó a mutar.

Ella fue quien le dio la noticia:

—Se ha ido. Y se ha llevado a Dysnomia.

Darien podría haber llorado en ese momento, pero las lágrimas se le habían acabado mientras veía a su mejor amiga convertirse en raíces y flores. Podría haberse apresurado a buscarlo para obligarlo al menos a despedirse, pero se dio cuenta justo después de que la última conversación que había tenido con él había sido justo eso, una despedida. Le había consolado, le había prestado su apoyo y le había hecho sentir comprendido, como si compartieran una carga similar, y después se había marchado. Sin embargo, eso no fue lo que peor le pareció.

Lo que consiguió enfurecerlo fue que se hubiera llevado consigo la espada.

De la manera más irracional, su mente decidió centrarse en ese detalle, como si hubiera sido lo más injusto que Nathan había hecho desde que lo conocía. Aquella había sido la espada de Ishtar, incluso si ella nunca la había querido. Ella había sido quien la había recuperado de las entrañas de Caleb, así que le pertenecía. Aunque solo otro brujo pudiera empuñarla, tendría que haberla dejado atrás, con ella. Si iba a irse, si iba a abandonarlos de esa manera, entonces al menos tendría que haber permitido que enterraran aquella arma junto a la princesa. La habrían dejado en sus manos, como un símbolo de valentía, de ferocidad, aunque ella nunca hubiera sido esgrimista. De esa manera, Dysnomia se habría hundido en la tierra como una extensión más de su cuerpo, oculta para siempre del resto del mundo. El árbol que había nacido de su amiga habría rodeado el acero con sus raíces, se habría vuelto eterno y lo habría custodiado para que nadie pudiera volver a reclamarlo.

Nathan, sin embargo, se lo estaba llevando directamente a Astrey, a luchar por y para el Amuleto del Tiempo, como si no hubiera aprendido nada del pasado. En lugar de ayudarlos a destruirlo, había decidido preservarlo. Le pareció tan absurdo, tan irracional, tan injusto, que agarró el puñal de Muerte y lo lanzó contra un árbol, donde se clavó con firmeza. Por primera vez en su vida, Darien se imaginó que ese era un ataque contra aquel antiguo amigo al que nunca había querido enfrentarse y que, sin embargo, había decidido volverse contra ellos.

Al principio creyó que Lilith también estaría furiosa. Estaba seguro de que en ella podría encontrar la misma ira fría que la había

acompañado desde el incidente de la basílica, pero durante las siguientes horas, mientras emprendían el camino, su prima solo se mantuvo callada y un poco ausente. Sintió que eso también estaba mal. Que, de pronto, se habían intercambiado los papeles. Que era otra muestra más de lo mucho que habían cambiado los dos.

—¿No estás enfadada? —le preguntó aquella noche, junto al fuego.

Esperaba que dijera que sí. Quería que lo mirara y, con el rostro serio y los labios apretados, confesase que nunca había dejado de estarlo. En lugar de eso, su prima lo observó con algo parecido a la sorpresa y, después, bajó la vista a sus propios pies.

—No. Creo que ahora solo estoy triste.

—Pero nos ha abandonado —protestó él, frustrado—. Se supone que éramos sus amigos y ha preferido marcharse con el brujo que lo usó. Prefiere ser nuestro enemigo. ¿Qué sentido tiene eso? Tenía que haberse quedado. Tenía que… que…

Tenía que haberlos elegido. Tenían que haberse elegido, los tres, todo el tiempo, y quizá así las cosas habrían sido muy diferentes. Quizá se hubieran salvado.

Lilith torció una sonrisa. Le recordó al tipo de gesto que solía esbozar Nathan, igual de irónico.

—A lo mejor ya no podemos reducirlo todo a «amigo» o «enemigo». Es más complicado que eso, ¿no? Tú deberías saberlo mejor que nadie.

Darien siguió la mirada de su prima. Caleb dormía unos pasos más allá, rendido, mientras que Derek tan solo observaba las llamas de la hoguera, ajeno a la conversación. En general, parecía ajeno a todo. Las últimas palabras que le había escuchado pronunciar habían sido

para Ishtar. Tras el entierro, tras unirse a los silbidos que tanto Caleb y él emitieron para convertir la carne en vegetación como si siguiera siendo un necromante más, tan solo se acercó al tronco que había resultado, puso una mano sobre él y murmuró: «Vendré a verte. Espérame».

Tanto Caleb como él fingieron no ver el beso que dejó sobre la corteza.

Le resultó muy injusto que Lilith comparara a Nathan con ellos y, al mismo tiempo, lo entendió. Se sintió desarmado, pero también con demasiada rabia dentro todavía como para rendirse.

—¿No lo odias, entonces?

—Un poco, supongo. No lo suficiente.

—¿Estás enamorada de él?

Su réplica los sorprendió a ambos. Aunque hasta el momento Lilith había estado tranquila, dio un respingo y se giró hacia él con los ojos muy abiertos, incrédula. Darien tragó saliva. No sabía de dónde había salido eso. Supuso que del enfado, como todo lo demás, y por eso la pregunta había sonado más bien a acusación. Aun así, no la retiró, quizá porque sentía verdadera curiosidad al respecto. Porque a veces le había parecido que era así, como cuando le robó aquel recuerdo durante su enfrentamiento en las montañas, y otras, sobre todo ahora que él mismo sabía lo que era amar a alguien, lo dudaba.

Lilith tardó en responder. Lo miró como si la idea ni siquiera se le hubiera pasado por la cabeza y de pronto él la hubiera obligado a planteársela.

Al final, volvió la vista a la hoguera.

—No lo creo —murmuró. Y, después, con un suspiro, admitió—: No lo sé. No sé si soy capaz de entender el tipo de amor que sientes

tú por Caleb o el que sentía Nathan por Adam. —Se encogió de hombros, en una disculpa muda—. No creo que importe. Lo que sí sé es que lo voy a querer siempre. Incluso en los momentos en los que lo odio, lo quiero, y sé que él tampoco ha dejado de quererme a mí ni un solo día y eso… eso me alegra, aunque las cosas hayan acabado así. Por primera vez, me parece suficiente. Antes quería ser la persona más importante del mundo para él, pero eso solo era porque Nathan era exactamente eso para mí, porque sentía que solo él me comprendía del todo. Creo… Creo que en el fondo solo tenía miedo de no poder quererme a mí misma si él no me quería primero. Y me he dado cuenta de lo injusto que es eso. Para Nathan, pero también para mí.

Darien tragó saliva, sin saber qué decir. Ni siquiera estaba seguro de si alguna vez había escuchado a su prima hablar tanto rato de sí misma, de una manera tan honesta. Tan vulnerable. Cuando lo miró, ella misma parecía no saber qué hacer con todas las palabras que se le habían escurrido de los labios. Nunca la había visto más necesitada de un gesto de cariño, así que se apresuró a extender la mano hacia la suya. La sintió más lejos de lo que le habría gustado, pero se alegró de poder notar el apretón de sus dedos contra los suyos.

—Entiendo.

Al menos un poco. Pese a que una parte de él deseaba volcar sobre Nathan todo el sentimiento de injusticia que llevaba dentro, él también seguía queriéndolo. Quizá por eso su marcha dolía tanto. Quizá por eso no podía dejar de recordar la manera en la que se había mantenido cerca mientras él velaba a Caleb, la manera en la que le había hablado para obligarlo a reaccionar.

«Tienes doce años por delante, Darien. No los desaproveches perdiéndote en el pasado».

De las cosas que más odia de Nathan es que tuviera razón. Odia saber que va a recordar su última conversación mientras viva, odia ser consciente de que tiene una oportunidad que Adam y él nunca tuvieron. Aun así, eso no significa que el coste sea fácil de sobrellevar. La maldición de Destino ya ha empezado a extenderse en silencio por su cuerpo, arrebatándole el tacto poco a poco. Nace de las puntas de los dedos, que se le vuelven insensibles, como si las hubiera metido en agua fría durante demasiado tiempo, pero sabe que seguirá avanzando. Ahora, cuando alguien lo toca, tarda unos instantes en reaccionar, como si hubiera perdido reflejos, y sabe que pronto comenzará a encontrar dificultades en lo que antes daba por hecho. El frío y el calor empiezan a ser conceptos cada vez más lejanos y teme el momento en el que le afecte al equilibrio. Al mismo tiempo, supone que la nueva magia que le corre por las venas le servirá para compensar parte de la pérdida. Al fin y al cabo, su poder es exacto y le permite percibir todo lo que lo rodea de una manera completamente diferente a como lo hacía.

Ahora, por ejemplo, el Sacro Reino consigue marearlo.

Ni siquiera han llegado todavía, pero nota toda la energía que se desprende de las murallas incluso a la distancia en la que se encuentran, a menos de una hora de viaje. La piedra emana poder, una presencia parecida a la de Eunomia, que Lilith lleva ahora colgada de la cintura, pero lo peor viene de dentro. Mientras que durante esos días rodeado de bosque se ha habituado a la cadencia de la naturaleza, a la suave energía de las plantas y las idas y venidas de los animales, la ciudad parece mucho más intensa.

Darien percibe la energía de los habitantes de Daiva, sus voces, sus corazones, sus respiraciones, la manera en la que se mueven, los sonidos que hacen, todo a la vez, como una marea de la que quiere huir y al mismo tiempo lo arrastra hacia dentro. Erela palpita y él, por primera vez, siente rechazo por sus latidos. De pronto es consciente de por qué los fieles de Muerte viven apartados en sus pequeñas comunidades o por qué Caleb le dijo que no le gustaba demasiado la ciudad cuando llegaron a Damira. Todavía no han llegado y ya hay demasiado ruido, demasiados estímulos, demasiada…

Tarda en darse cuenta de que Caleb tiene las manos sobre sus hombros y que sin su ayuda quizá no podría mantenerse en pie. Ya le había advertido de que esto podía pasar, de que los primeros días como necromante podían ser complicados.

—¿Estás bien? —Darien asiente, aunque es un gesto más instintivo que consciente—. Intenta hacer lo que hemos practicado. Concéntrate solo en mí.

En su corazón. El chico traga saliva y cierra los ojos, se esfuerza en encontrarlo, en separar sus latidos de la madeja de sonidos y sensaciones que le satura la cabeza. Lo ubica con más facilidad que la primera vez que lo intentó, porque ya conoce su cadencia, y se aferra a ella. Por un momento, lo nota bajo su propia piel, en la punta de los dedos, en las palmas, en los labios. Se le escapa un suspiro de alivio en el momento en el que ese único sonido, ese pulso tranquilo que mide los segundos mejor que cualquier reloj, se convierte en el centro de su universo y apaga el resto de distracciones. Gracias a eso vuelve a sentir el suelo bajo sus pies y sus propios pensamientos.

—¿Mejor? —Esta vez, cuando Darien asiente es porque es cierto. Aun así, Caleb no se relaja del todo—. Si no te sientes bien, podrías…

—Ni se te ocurra terminar esa frase.

Su pareja suspira, pero tiene que ser consciente de que no tiene sentido intentar mantenerlo al margen. No va a quedarse atrás. No va a dejarlo solo. Puede que esté vulnerable, pero no es el único. Caleb ahora es mortal y, por mucho que la sharada parezca contenida por el momento, es obvio que, como mínimo, ahora se cansa con mucha más facilidad. Del mismo modo que Darien tiene que acostumbrarse a sus nuevos sentidos, él ha tenido que pasar los últimos días redescubriendo lo que es un cuerpo simplemente humano, con sus limitaciones y sus necesidades.

—¿Preparados?

Ambos se giran hacia Derek, no sin cierta sorpresa. No sabe si ha hablado con Caleb, pero es lo primero que Darien le escucha decir en dos días. Él también tiene sus propias dificultades: tras el entierro de Ishtar decidieron diseñar un cabestrillo con un trozo de tela para que le fuera más fácil lidiar con la inmovilidad del brazo izquierdo, pero el tatuaje ha seguido extendiéndose por su piel y ha empezado a provocarle una ligera cojera en la pierna. Aun así, es obvio que ni siquiera se plantea mantenerse al margen. Probablemente él sea quien más ansioso está por llegar a las murallas, para asegurarse de que Dyne está viva, de que el sacrificio de la princesa de Odelia todavía puede tener algo de sentido. Debe de estar deseando abrazar a su amiga y llorar entre sus brazos todo lo que todavía no ha vuelto a llorar.

Lilith, unos pasos por delante, se vuelve hacia ellos también. Tiene la mano sobre la empuñadura de Eunomia y la mirada determinada. A Darien le parece que un rayo de sol arranca un destello extraño a su frente, como si sobre su piel hubiera caído una estrella.

—Acabemos con esto.

LILITH

Lo único que necesitan los necromantes para poder cruzar la muralla es mantenerse cerca de ella. Toda la Hermandad Celestial conoce ya el rostro de la santa y, cuando los guardias de las puertas se dan cuenta de que lleva a Eunomia con ella, ni siquiera le piden ver el medallón o que un sensible lo toque para saber si realmente se trata de ella. Después, lo único que tiene que decir es:

—Vienen conmigo.

La pareja de guardias les deja pasar con una inclinación de cabeza y sin apartar los ojos de ella. Lilith se aprovecha de lo deslumbrados que están, de los murmullos de admiración y de los rumores a los que se hizo inmune durante su estancia en el ejército, y el pequeño grupo entra en la ciudad. Caminan en silencio durante un par de minutos, tensos mientras observan las calles casi desiertas. El mediodía está cerca y, si recuerda bien su visión, ese era el momento en el que ella se abría paso por la plaza: cuando el sol estaba en su punto más alto.

La santa se vuelve hacia sus acompañantes después de asegurarse de que nadie los sigue. No han hablado de lo que va a

pasar a continuación: ni ellos han querido compartir los detalles ni ella ha querido preguntar.

—¿Y ahora?

—Ahora cumples tu parte del trato —apunta Caleb, al tiempo que se baja la capucha—. Consíguenos un poco de tiempo, nosotros nos encargaremos del resto.

—Va a haber mucha gente en la plaza —les advierte—. Más que el día que asaltasteis la basílica. Esto no puede afectar al pueblo, así que vais a tener que ser precavidos y…

Derek la interrumpe resoplando bajo su capucha. Ha escondido la mano bajo la ropa para que nadie vea esos tatuajes que parecen tener vida propia.

—No somos celestiales, santa. No pretendemos empezar una guerra, sino salvar a nuestra compañera.

Lilith frunce el ceño. Le gustaría responderle que la guerra la empezaron el día en que ellos mismos asaltaron la boda de la princesa, pero se contiene porque la primera campanada de la Torre del Reloj repica por encima de sus cabezas.

No hay más tiempo. Tiene que ponerse en marcha.

—Suerte —les dice.

La segunda nota se mantiene en el aire durante una eternidad, justo cuando Darien encuentra su mirada. Pese a la determinación que ve en la expresión de su primo, es evidente que también está preocupado. Por sus compañeros, pero también por ella.

—Ten cuidado.

Sabe que no se refiere a lo que va a ocurrir en la plaza. Sabe que habla de la muralla, de esa amenaza que pende sobre sus cabezas. Lilith mira hacia ellas un instante, recuerda las brechas, recuerda el

caos que se avecina, y por eso se apresura a acercarse a su primo y darle un abrazo. No quiere volver a perder la oportunidad de un último abrazo nunca más.

Con la cuarta campanada, Lilith se marcha corriendo. El entramado de calles le es conocido y es sencillo orientarse porque la basílica y el castillo son los edificios más altos de toda Erela; solo necesita alzar la cabeza y observar por encima de los tejados de las casas. Con la décima campanada, empieza a oír el murmullo bajo de la gente, como el zumbido de las abejas alrededor de una colmena.

La llegada del mediodía le resuena en los huesos al tiempo que termina de subir unas escaleras y llega a una de las calles que conducen directamente a la plaza. Ve a la gente que se desborda fuera de sus límites, una muralla de espaldas que le impide avanzar, y también a quienes asoman medio cuerpo desde los balcones para poder otear sobre las cabezas del resto.

Ante todo el gentío se ha dispuesto un estrado, justo delante de las escaleras de la basílica, rodeado por los miembros de la Guardia Celestial. Es fácil reconocerlos por sus uniformes blancos, igual que es fácil reconocer a Ammarah en cuanto sube al patíbulo, con su vestido de marfil destacando contra su piel morena. Noah Leniz avanza unos pasos por detrás de ella y Lilith se da cuenta en ese instante de que no recuerda haber visto a su madre en su visión, aunque está segura de que ese es el tipo de acto que le encantaría liderar, como hizo durante el anuncio de la Purificación. Es extraño que no esté, pero solo se permite pensar en ella un segundo antes de recordar que tiene que moverse, rápido.

La vibración de la última campanada todavía le resuena en los oídos cuando encuentra el hueco que separa los brazos de dos

hombres y mete el hombro entre ellos.

—¡Eh!

—¿A dónde te crees que vas?

Una mano de dedos enormes intenta asirla de un hombro y ella se revuelve antes de lanzar una mirada envenenada hacia atrás, a un hombre que la observa con la boca entreabierta y que, como si la hubiera reconocido, le muestra las palmas con una expresión de susto.

—No era mi…

Lilith no se queda a escuchar el resto de la frase. Por encima de sus intentos de seguir avanzando, escucha la voz de Ammarah:

—Querido pueblo de Daiva. —El gentío contiene la respiración para atender a su soberana—. Hoy, por fin, después de algunos de los meses más complicados de nuestra historia, recuperamos nuestra preciada basílica y, con ella, volvemos a estar un poco más cerca de Destino.

La santa sigue avanzando con los dientes apretados y una mano alrededor de la empuñadura de Eunomia, que duerme ajena a todo. Le empieza a faltar el aire, ese aire viciado, húmedo, agrio por el olor a sudor, a tierra. Odia sentir los cuerpos que se apiñan a su alrededor.

—La era que comenzó con el asalto ha sido oscura y terrible, llena de retos que nunca pensamos que tendríamos que enfrentar —continúa Ammarah—. Yo nunca pensé que perdería a mi padre, vuestro rey, tan temprano. Jamás imaginé que mi prometido, siempre leal, pondría en marcha el Amuleto del Tiempo y nos condenaría a todos. Hoy, sin embargo, no estamos aquí para recordar toda la pena que trajo consigo la destrucción de la basílica,

sino para verla renacer, y quizá renacer nosotros con ella. Sé que han sido tiempos de terror, pero es mi deseo que estos tiempos acaben hoy.

—Habla como si ella no nos hubiera aterrorizado también —escucha Lilith que dice una mujer a su izquierda—. Como si no nos hubiera obligado a…

La joven que está a su lado la hace callar.

—No digas eso —le susurra, ansiosa, mientras se asegura de que nadie las esté mirando.

Lilith finge que no ha escuchado nada y se desliza al lado de un hombre que carga una niña a hombros.

—Como estoy segura de que muchos sabréis, he pedido que las tropas se retiren. Ya están volviendo a casa y confío en que pronto podáis recibir a los vuestros con los brazos abiertos. De igual modo, es mi deseo velar por la seguridad de este reino, pero quizá aislarnos y expulsar a los nuestros al ver enemigos donde jamás los hubo, nunca fuera la solución para ello.

Ammarah hace una pausa que queda puntuada por los «¿Ahora?», «¿Y si nos atacan?» y algún «Al fin ha entrado en razón» que acompañan a Lilith mientras se abre paso a empujones, tan confusa como aliviada. Esa Ammarah suena más a la que conocía antes de marcharse de Daiva por primera vez, en lugar de a la muchacha perdida que se encontró cuando volvió.

—Debéis saber que todas las decisiones que se han tomado en los últimos tiempos han sido pensando en vuestra seguridad. Nada he deseado más desde que me pusieron esta corona en las manos que ser una reina en la que pudierais confiar, pero en el proceso de convertirme en ella he dejado que otras personas me convencieran

de cómo actuar, de qué decisiones debía tomar, de qué era lo mejor para mí, más allá de vosotros. Por ello, me arrepiento.

—Está hablando de la Suma Celestial.

—Dicen que la ha encarcelado.

—Mi hijo me contó que la ha acusado de traición.

—¿Es verdad que el nuevo Ojo de la Muralla también ha muerto?

Es difícil seguir todos los comentarios. Lilith nota que las palabras empiezan a resbalarle por la piel, igual que el sudor que le perla la frente y le humedece la ropa. No entiende qué está pasando y empieza a pensar que se ha equivocado en algo, que en algún punto las calles que ha tomado la han apartado de su verdadero destino. Quizá esa no sea Erela, solo una copia de la ciudad. Quizá ha terminado en un nido de demonios y todo lo que ve es solo una retorcida manera de tentarla. Quizá, cuando llegue al frente (casi está, casi), Ammarah se convertirá en un demonio y le pedirá su corazón.

Pero la mujer que aguarda frente a la basílica parece la misma de siempre. Su medallón está entero alrededor de su cuello, tan brillante como la corona, como la red de oro con la que recoge sus cabellos. Junto a ella, Noah Leniz no está sorprendido, como si ya supiera de antemano que iba a hacer todas esas confesiones.

—En vez de juzgar a quienes no habían cometido delito alguno, debería haberme concentrado en mirar a mi alrededor y comprobar quiénes sí merecían un castigo. Por eso también estamos aquí hoy.

Dos guardias suben entonces al escenario, cargando con la prisionera que vio en sus sueños. Los grilletes apenas le permiten mover las piernas, así que sus pasos son cortos y arrastra los pies por el suelo. Le han puesto una túnica blanca de manga larga, sin

adornos, que le cae holgada y la hace parecer muy delgada, diminuta. La tela esconde su cuerpo excepto por las manos mutiladas, donde los tatuajes puntean los muñones de tres dedos, y el rostro herido, donde las hojas blancas cubren la piel tierna de las cicatrices recién formadas.

La santa tiene todavía unos pasos más por delante, pero está segura de que, en ese momento, en algún lugar, ocultos todavía, los necromantes están haciendo un esfuerzo sobrehumano para no adelantarse y salvar a su compañera.

—La necromante Dyne está acusada de usurpar la identidad de una de las nuestras, de mi intento de asesinato y del homicidio de varias personas, entre ellas mis queridos tíos. Ha robado, ha mentido. Y, en su momento, participó en el asalto y la destrucción de esta basílica.

La acusada no hace amago de defenderse. Permanece ahí, de pie, con el rostro demasiado tranquilo para alguien capaz de cometer tantos delitos. La mujer ni siquiera le recuerda a Caleb, que por lo general tan solo resulta serio e inexpresivo. Ella parece verdaderamente relajada, sin asomo de culpa.

Por primera vez desde que se metió entre la muchedumbre, Lilith se detiene. Está a solo dos filas del frente, pero de golpe siente que no tiene las fuerzas necesarias para cumplir con su parte del trato. No después de escuchar los cargos. ¿Esta mujer ha intentado matar a Ammarah? ¿Ha asesinado a sus tíos? Pensó que solo se trataba de una víctima colateral. Pensó que quizá había estado infiltrada, espiando, pero que no había llegado a hacer nada en contra de la reina. ¿Cómo va a defender eso? ¿Cómo va a permitir que escape? Un nudo empieza a apretarle el cuello, como si la cadena de su

medallón fuera cada vez más corta. Mientras, a su alrededor, los daivenses gritan, piden justicia, insultan a la necromante, la abuchean.

—Es por ello que hoy se la condena a muerte —concluye la reina —. Como pago por los caídos. Como símbolo para los criminales que intenten atentar con nuestra paz. Destino no perdonará a los pecadores.

Uno de los guardias se acerca a la criminal, a quien obligan a arrodillarse. Ella se deja mover como una muñeca, sin oponer resistencia, sin mostrar arrepentimiento. Cierra los ojos con tranquilidad, preparada para recibir a su diosa, quizá pensando en cuál va a ser su último deseo. Ammarah baja la cabeza, negándose a mirar, y Lilith aprieta los dedos alrededor de la empuñadura de Eunomia. Quizá esa necromante no se merezca que la salven, pero ella tampoco, y sigue ahí. Los caídos no van a volver aunque maten a esa mujer. Los brujos, los necromantes y los celestiales que murieron en la Purificación no van a revivir, Nadra no va a revivir. Los que fallecieron en la basílica tampoco regresarán. A ellos no les importa ese acto de violencia. Adam nunca habría querido que otros pagaran por su muerte. Adam sería el primero en horrorizarse si estuviera allí, el primero en apartar la vista, en apretar los puños, en odiar las voces que se alzan más y más, pidiendo sangre, pidiendo muerte, pidiendo venganza en nombre de los muertos.

—Deteneos.

La santa solo quiere hacerse ver. Solo quiere hacerse oír. Solo quiere que la gente calle, que por un momento todo el mundo olvide su desprecio, su rabia.

—Deteneos —repite.

Quiere que la gente se aleje un poco, escuchar sus propios pensamientos, salir de la multitud, respirar. Eunomia sigue en su mano y ella nota el momento en el que su ojo se abre, en el que pronuncia su nombre, y sabe que ella también quiere salir, que su vaina le aprieta como una soga, y la llama y la llama y…

—¡¡¡Deteneos!!!

Su grito trae la calma, un silencio que le late en los oídos, que llena el mundo. O quizá no sea su grito. Quizá sea que ha desenvainado a Eunomia, que la ha alzado al cielo y ahora su ojo abierto estudia a la multitud. El acero vuelve a brillar como el día en que la sacó del pecho de Caleb; la luz blanca se derrama sobre los presentes como la de una estrella que se ha asomado demasiado al cielo nocturno. Es un sol en miniatura, cálido, inofensivo.

La gente que la rodea se aleja, dándole ese espacio que necesitaba para respirar, y la observa con los ojos muy abiertos. El público se deja deslumbrar por Eunomia, se deja bañar por su destello. Algunos fieles caen al suelo de rodillas con expresiones de adoración. Alguien, desde la multitud, rompe esa quietud de la idolatría y grita:

—¡Es la santa!

La ola de voces que sigue a esa primera exclamación no es como la que se escuchaba hace un minuto. Es callada, respetuosa. Repiten el título, lo mezclan con su nombre, con el de Eunomia, con bendiciones de todo tipo.

Desde el cadalso, los guardias la observan con sorpresa. Ammarah, por su parte, tiene los labios entreabiertos, las manos cruzadas de pronto sobre su corazón, como si intentara protegerlo

de esa luz divina. La santa baja la espada. La reina da un paso hacia delante, tambaleándose.

—¿Lilith…?

La prisionera ha entreabierto los ojos, quizá deslumbrada, pero su mirada solo se detiene un momento en la santa, antes de dirigirse hacia el cielo.

No. Hacia el tejado de la basílica.

Su expresión se altera por fin cuando abre mucho los ojos.

—Majestad —anuncia la santa, hincando una rodilla en el suelo—. Os traigo un mensaje de Destino.

Y como si su frase fuera una señal, se desata el caos.

CALEB

Lo más complicado de volver a ser mortal cuando ya ni siquiera recuerdas lo que era es ser consciente de las limitaciones de un cuerpo que tan solo es humano. Durante los últimos días, Caleb ha tenido que aprender a habitar su propia piel de una manera completamente diferente. Ni siquiera tiene tanto que ver con la enfermedad que le corre por las venas y que a veces le regala punzadas en el pecho para que nunca se olvide de su presencia, sino de las pequeñas cosas que lo hacen normal, solo un necromante más entre tantos: siente hambre y sed de manera más habitual, nota cansancio cuando antes podía pasarse días enteros sin dormir y, en general, se siente mucho más débil de lo que se ha sentido en toda su vida.

Por suerte, al menos eso no borra los años que ha estado entrenando tanto su fuerza como su agilidad y su resistencia. Está seguro de que todas esas cosas se ven menguadas con la desaparición del poder de las espadas, pero se crio con un brujo poderoso que le enseñó todo lo que sabía, se retó en repetidas ocasiones con alguien obsesionado con ser el mejor y creció con los

dos necromantes más temerarios que ha conocido en su vida, así que, por muy mortal que sea, sigue siendo Caleb.

Y eso significa que todavía puede ser letal.

Esa es la razón por la que, cuando cae desde el tejado de la basílica hasta el patíbulo y clava uno de sus puñales en el cuello del verdugo, los presentes no ven en él al simple humano que ahora es, sino a un demonio.

El mundo contiene la respiración durante el instante que tarda el guardia en morir. Sabe que la gente lo mira, helada, mientras el hombre se atraganta con su propia sangre, demasiado sorprendido como para reaccionar.

—¿Caleb?

El susurro de Dyne a sus espaldas es tembloroso, incrédulo, y él mira hacia atrás para observarla. Está demacrada, muy distinta a la última vez que la vio, y eso hace que la ira le bulla en el estómago. Aun así, no lo deja ver. Con calma, ladea la cabeza mientras la energía de su primera víctima se apaga y él la deja caer al suelo.

—Sentimos haber tardado tanto.

Después, llega el primer grito. Con él, proveniente del público, llega también la asimilación de lo que acaba de pasar y todo comienza a moverse. La gente se sume en el caos, un caos que él esperaba, y los guardias se apresuran hacia el estrado, para defender a su reina, al hombre que la acompaña y que se ha quedado blanco y a la santa que lo mira desde abajo con los ojos muy abiertos, incrédula, con expresión casi traicionada. Quizá esperaba que no matasen a nadie. Quizá esperaba que pudieran sacar a su amiga sin provocar más víctimas.

Pero no pueden. Y él nunca prometió que fueran a hacerlo.

Caleb solo se permite devolverle la mirada un instante antes de encarar al otro guardia que había en la tarima y que se lanza hacia él sin nada que perder. El necromante lo esquiva rápido, ágil, y le raja las piernas con los puñales para hacerle caer antes de girarse a toda prisa hacia Dyne, a quien coge en brazos. Siempre ha sido ligera, atlética, pero ahora le parece que no pesa nada, demasiado delgada después de semanas de encierro. Su amiga deja escapar una exclamación ahogada.

—Caleb, ¿qué…?

—Mejor hablamos cuando no quieran matarnos.

Varios guardias se lanzan a por él en cuanto salta del patíbulo, pero otras dos sombras aparecen para cubrirlo justo antes de que puedan darle alcance. Es obvio que Derek odia luchar solo con una espada en lugar de con las dos con las que está acostumbrado y que sus movimientos son más torpes de lo normal, pero aun así no le cuesta nada parar el golpe de uno de los celestiales. Darien, por su parte, tiene la daga de Muerte entre los dedos, como si ya no pudiera concebir utilizar cualquier otra arma. Cuando un soldado trata de lanzarse sobre Caleb, se interpone y lo apuñala en el estómago, con los labios apretados pero la expresión determinada. No hay dudas en su rostro, no hay miedo. Es lo bueno y lo malo de convertirse en necromante: al final, cada muerte es más fácil que la anterior.

Y para Darien nunca va a ser más difícil matar a alguien de lo que fue matar a Ishtar.

Caleb no pierde ni un segundo. Protegido por sus compañeros, asegura a Dyne entre sus brazos y se lanza hacia las calles repletas de gente que quiere huir, que clama por piedad o que anuncia un

desastre, como que la basílica vuelva a desmoronarse. Mientras se apresuran por Erela, huyendo tan rápido como pueden, él busca vida. Le cuesta hacerlo en medio de todo el caos abrumador, entre todos esos corazones acelerados y esos sonidos de pasos a la carrera, de gritos, de voces. Tiene que ignorar toda la energía humana, completamente desbordada, para centrarse en la tranquilidad que siempre rebosa la naturaleza, constante e inalterable pase lo que pase. Se deja guiar por ella hasta llegar a un bulevar flanqueado por árboles grandes, perfectos para utilizar la magia sobre ellos.

—¡Aquí! —grita.

Sin aliento, mucho más agotado de lo que le gustaría, Caleb se gira a tiempo de ver cómo los árboles extienden sus ramas y las enredan; las raíces se rebelan contra el pavimento y lo rompen. Justo cuando un grupo de celestiales está a punto de darles alcance, se encuentran de frente con un muro de vegetación que se alza ante ellos para impedirles el paso.

Jadeando, con el pecho rugiéndole y un pinchazo de dolor que lo obliga a apretar los dientes, deja su preciada carga en el suelo. En cuanto lo hace, ocurren dos cosas a la vez: a él las rodillas se le doblan y Derek se lanza de inmediato hacia Dyne, que todavía no parece reaccionar.

—¡Caleb!

Darien se apresura hasta él. Sus manos de pronto están sobre sus mejillas y Caleb encara sus ojos verdes, preocupados, mientras pone los dedos sobre los suyos.

—Estoy bien —lo tranquiliza. Aun así, se permite descansar su frente un segundo sobre la de él—. Dame solo un minuto.

El muchacho deja escapar un suspiro de alivio y un amago de sonrisa.

—No sé si voy a poder acostumbrarme a que parezcas tan humano.

—Si te sirve de consuelo, yo tampoco.

Darien deja escapar una risa nerviosa y ahogada y Caleb nota cómo las comisuras de su boca se alzan un poco al escucharlo. En cuanto su pareja se da cuenta, deja un beso en el principio de esa sonrisa. Él no pone resistencia. Cierra los ojos y se deja llevar un instante, como si contra esos labios pudiera descansar mejor, como si de ellos pudiera tomar la fuerza que necesita sin necesidad de ninguna magia.

—Está claro que me he perdido muchas cosas.

Caleb alza la vista para que su mirada se encuentre de nuevo con Dyne. La necromante está apoyada contra Derek, que le pasa por los hombros el único brazo que puede mover y la estrecha con fuerza contra sí. La chica tiene los ojos brillantes, a punto de llorar, pero también dibuja una sonrisa de alivio y alegría en esa boca que muestra algunas manchas blancas. Ahora que tiene tiempo de reparar bien en ella, Caleb se da cuenta de la cantidad de cicatrices nuevas que tiene a la vista y se imagina las que debe de haber bajo la ropa. Aprieta los labios, frustrado, incapaz de evitar el ramalazo de culpa en el fondo del estómago que le recuerda que fue él quien le permitió que se quedara atrás. Si no lo hubiera hecho, si la hubiera convencido de regresar a Odelia en cuanto pudo…

No. No le sirve de nada pensar así. Quizá Odelia tampoco habría sido seguro para ella. Derek murió allí. Ishtar ya no está con ellos. A

él se le ha concedido un periodo de gracia que todavía está a tiempo de no poder cumplir.

Doce años. Doce años. Doce años.

No ha dejado de pensar en ello desde que Darien se lo dijo.

Es él quien se aleja un poco de Caleb y se coloca un mechón de pelo tras la oreja, avergonzado.

—No sé si es momento de presentaciones, pero yo soy Darien. He… He escuchado hablar mucho de ti, Dyne.

Ella tuerce una sonrisa y le lanza una mirada divertida a su amigo.

—Creo que no tanto como yo de ti.

Caleb carraspea. Se siente súbitamente pequeño, de nuevo el niño que esa mujer rescató del bosque. Aun así, se alegra de escucharla y comprobar que, pese a lo quebrado que está su cuerpo, el cautiverio no ha conseguido mellar su espíritu.

—Ya habrá tiempo para hablar. Será mejor que te saquemos esos grilletes y busquemos un lugar seguro en el que refugiarnos antes de que…

No le da tiempo a terminar esa frase.

Antes de que pueda hacerlo, el mundo empieza a temblar.

ASTREY

La primera vez que Astrey vio las murallas del Sacro Reino, pensó que podrían haber sido obra de un brujo. Su tío le había hablado de ellas en sus lecciones, le había dicho que nadie con un demonio dentro podía acercarse a ellas, pero él había pensado que aquello sonaba más a un desafío que a una prohibición. Por supuesto, no entendió cómo alguien podía prohibirle a un brujo entrar en ningún sitio hasta que estuvo delante y se dio cuenta de que cada paso que daba para acercarse al muro se sentía como un ejercicio de fuerza de voluntad. Para entonces ya sabía lo que eran los exorcismos, así que comprendió también que caminar hacia la muralla se sentía como someterse a uno, como si alguien o algo estuviera a punto de extirparle su demonio. Aun así, Astrey no se alejó de inmediato. Se quedó allí y, tan curioso como obstinado, intentó transformar la piedra. Sin embargo, lo único que consiguió fue debilitarse y que le empezara a doler la cabeza, porque era como si cada una de aquellas rocas rechazase su magia. O como si se la tragase.

A lo largo de los años, volvió más veces a la muralla, pero lo único que consiguió fue avanzar un poco más en cada ocasión, en un intento de llevarse a su demonio y a sí mismo más cerca del límite.

Como si someterse a esa tortura por voluntad propia fuese a hacerlo más fuerte. O como si exponerse a aquel poder durante el tiempo suficiente fuera a otorgarle cierta inmunidad.

Quizá funcionase. Quizá sea gracias a aquellos intentos infructíferos que ahora es capaz de soportar el poder de Destino un poco mejor que los brujos que lo acompañan y que nunca antes han estado allí. Al fin y al cabo, es el último del grupo en sentir el tirón debajo de la piel, la presencia de esa fuerza que hace que su demonio se revuelva, que le clave las uñas y los dientes, que sufra. Cuando la magia celestial se manifiesta por fin y trata de empujarlo hacia atrás, Astrey se da cuenta de que el resto de sus acompañantes se han detenido varios pasos por detrás. Elira tiene una mueca en el rostro, pero se muestra entera, con los pies bien plantados en el suelo, hecha del mismo material que el resto de los orlianos del grupo o, a lo mejor, del mismo orgullo que les impide dar ni un solo paso atrás. Nathan está blanco, como si estuviera a punto de vomitar, y se aferra a la empuñadura de Dysnomia en busca de algo que lo ancle a la tierra. Los más afectados parecen ser los brujos de Calais, los cuales permanecen todavía más al margen. Sus rostros están protegidos por sus velos, pero es evidente que están en tensión, mareados, probablemente debido a la conexión profunda que tienen con sus demonios.

Astrey vuelve los ojos al frente. La muralla todavía está a una distancia considerable, pero tal vez sea buena idea permanecer alejados. Una parte de él insiste en que debería dar un par de pasos más, que es mejor usar el Amuleto lo más cerca posible, pero no tiene muy claro que, si lo que pretende hacer funciona, al menos una parte del muro no vaya a colapsar. No sería la entrada sutil que

todos están esperando, pero el objeto que cuelga de su cuello es imprevisible, como imprevisible es su voz.

Si no lo echas todo abajo, el poder de Destino seguirá ahí y podría ser una molestia. Puedes hacer una brecha, pero esa se convertirá en la única entrada y la única salida. En cambio, si lo arrasas todo...

No.

«Hazlo. Que sufran. Que reciban las consecuencias de sus actos».

Pero sería injusto que todo un pueblo pagase por los actos de unos cuantos poderosos. Sería injusto y su demonio tiene que saberlo, igual que lo sabe él. Además, el plan lleva días enteros trazado. No puede cambiarlo sin avisar. Sus objetivos son el palacio y el Templo, el resto de la ciudad debe de permanecer lo más intacta posible. No hay necesidad de destruirlo todo, de crear otra explanada yerma como la de Yuda.

Astrey sacude la cabeza y trata de concentrarse, de ignorar el sonido de movimientos nerviosos a su espalda, de imaginar que está solo delante de esas paredes que quieren arañar el cielo. Sus dedos llenos de anillos recorren el borde del Amuleto del Tiempo e intenta recuperar ese poder que le hace sentir tan lleno, tan vivo, tan invencible. Intenta ver lo que los demás no, esa magia fina que sí, está ahí, cosida a las piedras, recubriéndolas. El paso del tiempo también les afecta a ellas, aunque los años se deslizan con más pereza sobre su superficie, como si algo la escudase. Se pregunta qué tendría que hacer para derrumbar solo una fracción de esa pared. Debería ser sencillo. Quitar (segundos, años, siglos) siempre es más fácil que dar. Su madrastra lo hizo nada más recibir el Amuleto y apenas tuvo que pagar un precio.

Pero es un desperdicio, protesta el talismán. *El tiempo está para usarlo. Y, con lo que te darían las murallas, podrías hacer lo que quisieras. Podrías salvar a todo el mundo. Podrías volver atrás. Podrías ver a tu madre de nuevo. Podrías salvarla cuando aún te conocía.*

El anillo de su dedo anular parece calentarse, como si respondiese a la llamada de esa voz, como si la memoria atrapada en su interior supiese que están hablando de ella. Pero no, Astrey no quiere volver atrás. No quiere regresar a la infancia ni revivir nada de lo que ocurrió. No quiere volver a ser una criatura vulnerable, moldeable, sujeta al deseo de los demás.

No tendrías que hacerlo. Podrías cambiar las cosas. Volverías a tu cuerpo sabiendo lo que sabes. Podrías evitar que Iraides masacrara a toda tu familia.

La idea se le cuela un segundo en la cabeza, juega con sus pensamientos, los tienta. Podría hacer muchas cosas, si fuera tan sencillo como suena. Podría darle parte de ese tiempo a su madre, salvarla. Podría avisar a su padre de la traición que se iba a cometer o, al menos, avisar a Valerick de cómo se iban a torcer las cosas. Podría…

No. Tiene que centrarse en la muralla. Los demás esperan, dependen de él. Si no lo consigue, habrán hecho todo ese camino para nada. Si no logra abrir esa brecha en el muro, los celestiales habrán ganado, porque demostrarán que son intocables mientras sigan ocultos tras esas paredes. Destino habrá ganado.

Las agujas empiezan a girar.

Astrey siente el ritmo acelerado en la palma de su mano, se hace eco en sus huesos como una vez se hacía eco el ritmo que marcaba

Nilam mientras él tocaba el clavicordio. Piensa en esos hilos de poder que cubren las murallas, piensa en destruirlos, en dejar la piedra al descubierto, pero algo se resiste. Algo se revuelve, intenta zafarse de su agarre. Ya no siente que la piedra se trague su magia, como pasaba cuando intentaba transformarla en sus anteriores visitas, pero le parece como si todavía no fuera suficiente, como si quisiera rasgar una tela y las tijeras no pudiesen cortarla. Aprieta los dientes y duplica sus esfuerzos. Se lo imagina. Se imagina cada uno de los sillares siendo embestido por el tiempo, reducido a polvo y tierra, a algo que los demonios puedan manejar.

Vas a tener que dar más de ti, Portador. Un dios puede ganar a otro, pero solo si también hay más fuerza de voluntad.

Tiene la fuerza, siempre la ha tenido. Frustrado, se echa solo un paso más hacia delante, llevándose al límite. Duele, pero puede soportarlo. Duele, pero su demonio sigue enraizado en sus huesos.

El suelo empieza a temblar bajo sus pies. El borde del Amuleto del Tiempo se le está clavando en los dedos, siente que le abre la piel, pero sigue empujando, sigue tratando de romper el escudo que rodea la muralla. Gotas de sudor empiezan a perlarle la frente. Hay demasiado en juego, no puede fallar ahora. Tiene que usar todo lo que está a su disposición, por eso se le ocurre susurrar, por debajo de su respiración:

—Ayúdame.

Suena como un ruego. Suena como si no pudiera hacerlo solo y odia admitirlo, pero tal vez sea cierto. Tal vez se equivocó. Tal vez no tenga el poder necesario. Su demonio gruñe dentro de él y se revuelve de una forma muy diferente a cómo lo estaba haciendo hace un momento, perturbado por la magia celestial. Alguien

pronuncia algo a su espalda, le hace una pregunta, pero no llega a escucharla bien. A su alrededor, los sonidos suenan cada vez más amortiguados, lejanos, a medida que siente que se hunde en su propio cuerpo, en su propia mente.

«Solo un poco más», dice el demonio y, por primera vez en mucho tiempo, es como si le hablase al oído, como si sus palabras sonasen más altas. Astrey es consciente de que ambos están apretando el Amuleto, que ambos están presionando contra ese escudo invisible.

Probablemente, sin su ayuda, no podría conseguirlo.

El Amuleto tiembla en su mano, se sacude como si quisiera escapar. Una grieta nace a los pies del Portador y cruza como un rayo en el cielo la distancia que lo separa de la muralla. Después, empieza a trepar por la piedra. Esquirlas de roca se desprenden de los sillares y el brujo jadea mientras la grieta asciende, se ramifica como un árbol, como raíces que se extienden por la superficie y que hacen que esos muros ancestrales se desperecen y gruñan.

La presión que sentía en el interior de su cuerpo se afloja en el segundo exacto en el que el tiempo se pone en marcha para la piedra. Astrey es consciente de cómo pasa por ella, cómo se empieza a deshacer. Puede entrever un hueco entre la nube de polvo y tierra que se levanta y piensa: «Ya es suficiente», pero sus dedos no se abren, su cuerpo no responde, y la sonrisa que crece en sus labios no la está esbozando él.

Oye algo, voces a su espalda que apenas pasan rozándole, mientras un pánico que le es familiar se apodera de sus pensamientos.

Piensa: «Hay que parar», pero las palabras no salen de su boca, aunque quiere decirlas, quiere gritarlas. Quiere que alguien lo

escuche, pero todo lo que se oye es su nombre repetido. Astrey. Astrey. Astrey, Astrey, Astrey…

Piensa: «No quiero esto».

Y un rostro aparece ante él, retorcido en una expresión de preocupación. Elira mueve los labios, pronuncia su nombre, dice más cosas, pero el Portador apenas es consciente de nada más que del tictac del Amuleto, de la fuerza con la que su demonio exige mover ese cuerpo, de la destrucción que está a punto de causar y no quiere, de verdad que no quiere, de verdad que…

—¡¡¡Astrey, escúchame a mí!!!

La voz rompe el hechizo. Esa orden, ese ruego, llega hasta él y lo toma de la mano. Es por ella que llega a la superficie y consigue salir a flote. Consigue abrir los labios y tragarse una bocanada de aire, y sus dedos se abren y sueltan al fin el Amuleto para aferrarse en su lugar a los dedos que su emperatriz tiene sobre su rostro.

El suelo deja de temblar bajo sus pies.

Y, a cambio, todo en lo que creía empieza a derrumbarse a su alrededor.

ELIRA

Astrey toma su mano, pero no regresa a su lado. No del todo. Lo nota en la manera en la que se encoge sobre sí mismo y aprieta los dientes, en la forma en la que algunas partes de su rostro destellan bajo el sol, como si tuviera la piel recubierta de escamas a punto de cambiar. Hasta ese momento, estaba convencida de que lo más peligroso con lo que tenían que lidiar era el Amuleto del Tiempo, que él era lo único que podía distraer a Astrey, lo único que podía obsesionarlo y alejarlo de ella, pero de pronto le preocupa haberse equivocado. Contra el Amuleto puede luchar, puede intentar arrebatárselo, puede deshacerse de él si es necesario. Contra su demonio, sin embargo, es mucho más complicado combatir, y está casi segura de que es él quien intenta tomar el control. Por eso ahora Astrey gruñe, por eso se revuelve y sisea. Es el demonio quien se lo está quitando y, si ese es el caso, no tiene tan claro qué hacer. El demonio de Astrey es una parte intrínseca de él, está tan unido a su cuerpo que arrancárselo lo mataría en el acto. Astrey no es como ella, que dio solo sus manos en su Trato: Astrey lo dio todo.

Y darlo todo significa poder perderlo todo.

—¿Elira?

Es Nathan quien se atreve a acercarse y la llama con duda, precavido. Ella levanta la mirada, con un nudo en la garganta y el pánico asentado entre las costillas, demasiado cerca del corazón, en ese lugar en el que decidió confiar más que en su cabeza. Shiraz también se aproxima y comienza a dar vueltas a su alrededor, graznando, ansiosa por no saber qué está ocurriendo. Aun así, Elira no suelta a Astrey. No puede permitirse ni un segundo de duda. Tiene que traerlo de vuelta por completo, pero no está segura de cuánto va a tardar ni de cómo hacerlo.

Mientras, el grupo de asalto espera órdenes. Los ve a todos en tensión, aguardando mientras el hueco en la muralla todavía levanta polvo a su espalda. Ve a Tamir observándola con los ojos muy abiertos y las orejas alzadas, atento por si la necesita; Garnet, a su lado, tiene el ceño fruncido y detiene a Lilac con una mano para impedir que se acerque demasiado. Los emisarios de Calais parecen tranquilos pese a todo, pero Ratna Adisen la observa con la expresión severa de una mujer acostumbrada al poder y al conflicto. Elira no tiene ninguna duda de que la está juzgando. Para alguien como Adisen, esa situación no es más que un examen. Quizá ya considere que Astrey ha fallado y ahora esté esperando su reacción para saber si ella aprueba o suspende. Y tiene que aprobar. Tiene que aprobar si quiere demostrarle a esa mujer y al resto del mundo que puede ser digna de ocupar el trono de Odelia.

Tienen que cruzar las murallas. Pase lo que pase, tienen que seguir el plan. Si no lo hacen, ese viaje no habrá servido en balde. Si no lo hacen, si no ponen orden al caos que acaban de generar, quizá las consecuencias sean peores para todo el mundo.

Elira traga saliva. Su mirada cae de nuevo sobre Astrey, que jadea y gruñe y se encoge sobre sí mismo, y después regresa a Nathan, a todos los demás. Se siente muy perdida, pero no puede dejar que nadie más lo vea. Lo que necesita ese grupo son órdenes, directrices, un camino claro que seguir, no dudas.

—Entrad —exige—. El plan sigue en pie. Entrad en el Sacro Reino y demostrad que la protección de las murallas ha caído. Coged a la reina, a la Suma Celestial y a la santa. Apresadlas. Evitad a los civiles, pero haced lo que sea necesario con cualquier miembro de la Guardia Celestial que se interponga en vuestro camino.

Nathan entrecierra los ojos. Ya ha desenvainado a Dysnomia y ahora estrecha los dedos alrededor de la empuñadura. Es obvio que está preocupado, porque su mirada se desliza un segundo hacia Astrey antes de regresar a ella.

—¿Y vosotros?

—Volverá conmigo. Solo necesito unos minutos. Volverá. —Sabe cómo suena: desesperada por creerse a sí misma. Pero tiene que hacer todo lo que esté en su mano para que sea así—. Os alcanzaremos en cuanto se recupere.

Astrey trata de alejarse de ella justo en ese momento, trata de rechazar su contacto, pero Elira se aferra con un poco más de fuerza a él. A su mano. A su brazo, donde le está clavando las uñas. Nota su sangre cálida manchándole la punta de los dedos, pero aun así no lo suelta. Él nunca se ha quejado de sus garras, nunca ha intentado protegerse de ellas, nunca ha rechazado el daño que puede hacerle.

A Elira le resulta imposible saber lo que piensa Nathan durante los siguientes segundos, si confía en ella o cree que ha perdido la cabeza. Al final, el muchacho asiente en un gesto apenas

perceptible. Después, se gira hacia el resto de la comitiva con la expresión resuelta y las brasas del rostro encendidas.

—Ya habéis escuchado a la emperatriz.

No es la emperatriz, al menos no todavía. Por un momento, eso es todo lo que puede pensar. Astrey y ella no se han casado, aunque hayan intercambiado anillos. Denna iba a oficiar la ceremonia y, ahora que ella no está, Elira no sabe cómo van a hacerlo. Cuándo. Cómo. Quiere casarse con él. Astrey tiene que volver con ella para que puedan volver a casa, al hogar que están empezando a crear juntos, y casarse. Quiere decírselo. Quiere decirle muchas cosas, quiere devolverle las palabras que él le regaló en un papel que ahora guarda en su mesilla de noche, siempre cerca de ella, y que tiene grabadas en la piel como una quemadura.

Aun así, quizá entre su pequeño destacamento haya personas que piensen que ya se han comprometido, en privado o en secreto, porque nadie cuestiona el título ni las órdenes. Incluso Shiraz emite un graznido que parece enfatizarlas y se prepara para obedecer. Todos son tan conscientes como ella de que no pueden desaprovechar la oportunidad que tienen delante.

El Portador ha hecho caer parte de la muralla, como prometió.

El resto les toca a ellos.

Nathan levanta a Dysnomia como un general preparado para guiar a sus tropas hacia la batalla.

Después, por primera vez en la historia, los brujos asaltan el Sacro Reino.

LILITH

El temblor la encuentra resguardada en la basílica.

Es como volver atrás en el tiempo, al día en el que todo comenzó a ir mal. Lilith está esperando el momento de mirar hacia abajo y verse de nuevo vistiendo la túnica del Templo, con una espada inservible en la mano y una telaraña de grietas extendiéndose a sus pies. Cuando levanta la vista, está segura de que empezarán a caer cascotes del techo, que tendrá que esquivar la inminente ruina, que la Guardia Celestial correrá por todos lados para desalojar a los invitados y enfrentarse a los invasores. Y, entre toda la gente, verá a Adam de nuevo, revivirá su muerte. Entre toda la gente, verá a Nathan traicionarla otra vez. Verá caer a Darien bajo el puñal de un chico embozado en negro.

Nada de eso ocurre. Lo único que pasa es que el polvo de la piedra se desprende del techo y las paredes y trozos de los frescos llueven sobre la nave de la basílica sin hacer daño a nadie. Las llamas de las velas bailan y las sombras provocan que las estatuas parezcan más vivas, pero las únicas personas que se encuentran allí son Ammarah, ella y el pequeño pelotón de la Guardia Celestial que

las ha custodiado a ambas hasta allí después de que los necromantes asaltaran la plaza.

Ni siquiera han tenido tiempo de hablar, de decirse nada, pero Lilith levanta la mirada para fijarse en la reina y la ve cerca del altar. Tiene el rostro descompuesto por el horror, mientras la Guardia la rodea para protegerla. Su expresión vulnerable es lo que la obliga a actuar, lo que le recuerda todas sus promesas infantiles sobre mantenerla a salvo.

—¡Ammarah!

Sus ojos se encuentran antes de que lo hagan sus cuerpos. Lilith estrecha a la reina con fuerza y le escuda la cabeza con su brazo, mientras su protegida, temblorosa, se esconde contra ella y se aferra a su ropa con desesperación. Justo después, un estruendo lejano hace que la tierra vibre de una manera diferente. Con una última sacudida, el mundo se endereza, o quizá ha terminado de torcerse. La santa siente los pies lo suficientemente inestables como para pensar que ha sido lo segundo, aunque no se mueve para comprobarlo. Como si fueran dos personas perdidas en medio de la tormenta, intentando soportar los embates del viento, tanto Ammarah como Lilith permanecen pegadas, inmóviles. Siguen así incluso cuando los gritos del exterior llegan hasta ellas. Siguen así, con la respiración entrecortada y aguardando algún tipo de réplica, incluso cuando son conscientes de que el tiempo corre en su contra.

—¡Majestad! ¡Santa Lilith! ¿Os encontráis bien?

Los soldados estrechan el cerco a su alrededor, aunque no se atreven a tocarlas, como si fueran sagradas. Lilith apenas se fija en ellos. Sin soltar a Ammarah, alza la vista hacia la vidriera reconstruida en la que se ve la figura de Destino. Está segura de que

sabe lo que ha pasado, pero no tiene ningún sentido. En su sueño la destrucción la encontraba en las calles, no en la basílica. Pensaba que tendría un poco más de tiempo, suficiente para explicarle a Ammarah lo que iba a ocurrir.

Ahora se da cuenta de que no es así. No solo por el temblor, sino porque el calor que se le cuela a través de la ropa viene de Eunomia, que ha vuelto a abrir su ojo. La insta a usarla, a hacer algo.

Es la señal de que el Portador está cerca.

—¿Qué está pasando? ¿Qué…?

Ammarah se separa un poco de ella, observándola con los ojos muy abiertos, y Lilith deja caer los brazos. Ahora que están cerca y puede examinar su rostro, se da cuenta de que está un poco más consumido de lo que recuerda, más cansado, y está lleno de preocupación y confusión a partes iguales.

—Es el Portador. Está aquí y va a destruir la muralla. Lo sé. Lo he visto.

La información deja tras de sí la incomodidad que siempre acompaña al título de quien posee el Amuleto, pero también el horror de la imagen que convoca. A todos los celestiales se les ha enseñado que las murallas son eternas, así que afirmar que se caerán es como anunciar que el reino lo hará, que su dios no es tan todopoderoso como ellos pensaban.

Lilith ve el terror que se apodera de cada uno de los miembros de la Guardia Celestial presentes, pero, sobre todo, se fija en el gesto asustado de Ammarah, en la forma en la que su mirada se apaga, en cómo se aleja de la escena sin necesidad de dar un solo paso atrás. La ve llevarse una mano al corpiño en lo que parece un gesto

inconsciente, como si de pronto le costara respirar bien, y, por un instante, Lilith teme que vaya a desmayarse.

Y entonces los guardias se ponen en marcha. Igual que si despertasen de un sueño, se sacuden el silencio y el horror de encima y recuerdan cuáles son sus prioridades.

—Deberíamos volver a palacio, majestad —dice una mujer justo detrás de la reina—. Os escoltaremos. Os pondremos a salvo junto a la santa.

—También necesitaremos avisar al pueblo —apunta alguien a la derecha de Lilith.

—Podríamos… —empiezan a decir otros dos soldados a la vez.

Ammarah vuelve de ese rincón de su propia mente en el que estaba y mira a su alrededor, a las caras que esperan impacientes sus órdenes. Algo en ella cambia entonces. Como si se hubiera puesto una máscara, la soberana de los celestiales destierra el miedo y la preocupación de su rostro y los transforma en seguridad. Alza la barbilla y, solo con ese gesto, su sombra se alarga.

—Salid de aquí y corred la voz —dice con la misma firmeza con la que hablaba encima del cadalso hace solo un rato—. Vuestra prioridad debe ser proteger al pueblo: ayudad a la gente a resguardarse y aseguraos de desalojar las inmediaciones de la muralla. Id.

Los soldados, como si fueran uno solo, hacen una inclinación de cabeza y se ponen en marcha sin cuestionarla. Probablemente muchos tengan familia ahí fuera y se alegrarán de poder verlos, de asegurarse de que están a salvo mientras cumplen con las órdenes. Otros parecen más asustados y Lilith se pregunta si harán su trabajo o buscarán un escondite hasta que el peligro pase. Ha escuchado

historias así. Las ha visto suceder en las batallas, aunque la mayoría de los miembros de la Guardia Celestial creen en su misión y muchos consideran que estar ahí y servir a la reina y al pueblo es el camino que Destino desea para ellos.

Una de las guardias se queda rezagada. Permanece junto a la reina, firme, como si la orden no aplicara a ella.

—No es seguro que os quedéis aquí, majestad.

Pero Ammarah la mira con una entereza que Lilith jamás le había visto.

—Esta es la casa de Destino, recién reconstruida para él sobre nuestra fe: no hay lugar más seguro en todo Daiva, igual que no hay sitio mejor para enviarle mis oraciones para que los celestes nos protejan a nosotros y a nuestra santa. —Hace un gesto con la cabeza hacia la salida—. Ve. Es una orden.

La soldado aprieta los labios, pero agacha la cabeza.

—Que Destino os guarde, majestad.

Ammarah y Lilith siguen a la mujer con la mirada mientras esta recorre la nave de la basílica y sale. Durante un momento, las puertas abiertas dejan entrar el caos de fuera y, después, el lugar vuelve a enterrarse en la quietud.

La santa se gira entonces hacia la reina.

—¿Estás segura de que quieres quedarte aquí sola?

Ammarah asiente por toda respuesta, aunque ante ella deja ver un resquicio de ansiedad cuando toma aire. Después, su mirada desciende hacia la espada que cuelga de su cadera. Lilith se pregunta si ella también escucha cómo la insta a ponerse en marcha, si nota sus deseos de beberse la sangre del Portador.

—Estás a punto de cumplir tu misión, ¿verdad? —dice la reina—. Has conseguido a Eunomia y has venido a defendernos con ella. Vas a enfrentarte al emperador.

Es curioso, pero Lilith ha dejado de pensar en ello como una misión y ha acabado interiorizando ese objetivo como algo que desea, que sabe que es justo. Una elección, en vez de algo que otros la están obligando a hacer.

—Destino me dio un sueño y la espada para que me convierta en vuestro escudo. —La sonrisa que le sale es una pobre sombra de una de verdad, pero es todo lo que puede ofrecerle en ese momento —. Por fin podré defenderte, Ammarah, como dijimos tantas veces.

Su promesa de la infancia siempre había conseguido alegrar a la reina al menos un poco, pero en esta ocasión, su amiga permanece seria, incluso triste.

—No me merezco tu protección, Lilith —dice—. Esto está pasando por mi culpa, porque acepté la Purificación. Expulsé a mi pueblo de las murallas y acepté una masacre como pago por el daño que se nos había hecho y luego… luego… —Aprieta los labios y extiende los dedos hacia la santa, la toma de las manos con firmeza—. Yo no merezco ser salvada, pero este reino sí. Este reino no merece pagar por los pecados que yo he cometido, así que protégelo a él. Lo dejo en tus manos.

Suena definitivo. Suena como si ella fuera la única salvación y el peso que eso supone la lastra, pero no más de lo que la culpa parece lastrar a la monarca. Lilith no es ajena a ella, no es ajena a las cargas, al arrepentimiento y quizá incluso al sentimiento de inutilidad. Porque Ammarah no es una guerrera y debe de sentir que ha fallado desde el único puesto que podía ocupar, pero ¿no han

fallado las dos, entonces? Lilith también participó en la Purificación, no hizo nada por detener la expulsión, ha cometido muchos pecados también.

Pero tiene que creer en la salvación. Tiene que creer que todavía pueden ganarse el perdón, la redención.

—Os protegeré a los dos, Ammarah. Y después lo haremos mejor, ambas.

Se inclina sobre la mano que todavía tiene en la suya y sus labios se posan sobre los nudillos. La reina trata de amagar una sonrisa, pero sale débil, insegura, así que Lilith se esfuerza por darle un poco más de seguridad:

—Cuando vuelva, el Amuleto ya no existirá ni habrá Portadores. Por fin podremos dejar de luchar por el control de nuestro propio tiempo. Te lo juro, Ammarah.

Dice «cuando» y no «si» porque no quiere pensar en la alternativa. Dice «cuando», pero sabe que hay posibilidades de morir, de que cumpla su misión y todo acabe para ella.

Puede aceptarlo. Se iría tranquila si así fuese.

Ammarah toma aire, pero no dice nada. Tan solo asiente, como si la creyese, aunque tiene los ojos brillantes y tira de esa mano que aferra con fuerza para instarla a inclinarse. Lilith lo hace. Solo un segundo después, la reina se pone de puntillas y sus labios encuentran su frente en un beso dulce, delicado.

—Bendita seas, Santa Lilith.

Ella siente en ese beso una réplica del que un día le dio Altair después de que volviera a la vida, tan cálido. Como ese, le trae paz cuando más la necesita. Como ese, quiere creer que vuelve a ofrecerle el favor de su dios.

Ammarah da un paso hacia atrás. Esta vez su sonrisa parece un poco más consistente.

—Ve. Rezaré por ti.

Aún le da un apretón suave antes de soltarla con una caricia que le deja un cosquilleo en la palma de la mano. Lilith se da cuenta de que es la reina de los celestiales la que asemeja una santa en ese momento, mientras la vidriera del altar la baña en luces de colores y pinta su vestido blanco como un arcoíris. Está segura de que, si es ella la que reza por su protección, estará bien. Estarán bien.

Lilith se llena el pecho de aire y le da la espalda a su reina.

Con paso decidido, se encamina hacia su destino.

DARIEN

El suelo gruñe como una bestia obligada a despertar; los árboles que les sirven de escudo mueven las ramas con la violencia de estar atrapados en un temporal. Darien pierde pie, deja de sentir el empedrado debajo de él, pero Caleb ya está a su espalda para sostenerlo por los hombros antes de que pueda caer. Dyne, medio inmovilizada por los grilletes, se apoya en el ancho cuerpo de Derek, que mira al cielo como si esperase ver al sol cubrirse con nubes de tormenta.

Al otro lado de la barricada de vegetación, oyen gritos de sorpresa y miedo, pero están lo suficientemente aislados como para no ver qué sucede. Aun así, todos son capaces de discernir la nube de polvo, pero es demasiado pequeña como para ser el efecto de la caída de toda la muralla. Quizá solo haya caído una parte, aunque el resultado sea el mismo: el Sacro Reino ha dejado de ser impenetrable.

Darien traga saliva. El corazón le late con fuerza en los oídos, tan rápido que empieza a dolerle el pecho. En sus hombros, los dedos de Caleb todavía le presionan la piel a través de la ropa.

—Ya está aquí —lo escucha murmurar.

Todos estaban convencidos de que tendrían más tiempo.

—¿Quién? ¿Qué ha sido eso?

Dyne pasa la mirada de unos a otros, todavía con los grilletes puestos. Tienen que quitárselos, Caleb lo ha dicho antes, aunque no tiene muy claro cómo van a hacerlo sin la llave. No cree que puedan romperlos sin más. O quizá sí. Quizá, si tuvieran un arma lo suficientemente fuerte…

—El nuevo Portador está aquí para destruir las murallas.

La mujer centra su atención en Derek, incrédula.

—¿Qué?

Darien se aparta de Caleb. Todavía tiene el puñal de Tara en la mano y eso es suficiente para distraer a Dyne, que ni siquiera debe de ser capaz de gestionar todo lo que está ocurriendo a su alrededor. Es probable que lleve días en una celda, que no haya tenido más noticias del exterior que lo que sus carceleros le hayan querido contar y, aun así, no serían nuevas de más allá de las murallas.

Darien se agacha delante de ella y alza el cuchillo en el aire en un intento de ganar impulso.

—¿Darien? ¿Qué estás…?

El ruido del metal contra el metal acalla a Derek, que lo mira desde arriba con los ojos muy abiertos. No: no lo mira a él. Lo que está observando es el filo intacto de la daga que se ha quedado clavada en los adoquines del suelo y el eslabón de la cadena destrozado que ha dejado a su paso.

—¿Cómo has hecho eso? —pregunta Dyne con la respiración entrecortada.

Darien toma aire y arranca el puñal del suelo para observarlo. Él mismo se siente un poco abrumado, sobre todo porque de pronto siente el filo entre las manos un poco distinto. Nota toda la historia que tiene dentro, aunque ya no pueda acceder a los recuerdos que se han quedado en él a lo largo de tantos siglos.

—Muerte le dio este puñal a Caleb cuando era pequeño —murmura—. Y hace no mucho descubrimos que es un arma más especial de lo que pensábamos. Supongo que quería comprobar hasta qué punto.

Caleb también está sorprendido, pero ni él ni los demás dicen nada mientras Darien termina de soltar a Dyne, que tensa las cadenas de las muñecas para que el muchacho deje caer el filo sobre ellas con toda su fuerza. Después, la necromante da un paso atrás y prueba a estirar los brazos con un suspiro de alivio.

Derek no ha apartado la mirada de su amiga en todo ese tiempo, pero solo entonces se mueve. Le atrapa una de las muñecas y pasa la punta de los dedos por las heridas que los bordes de metal han ido dejando sobre su piel. Ella hace una mueca, pero no se queja.

—Dime que no fue por mí —dice el chico. Una culpa devastadora se le cuela en la voz, la misma con la que lleva cargando desde que Ishtar se fue—. Dime que no te atraparon mientras intentabas cumplir tu trato con Muerte.

Ella lo mira, desconcertada, sin entender cómo puede saber eso. Aun así, su respuesta es encogerse de hombros.

—Tú habrías hecho lo mismo por mí.

Es una seguridad y Derek ni siquiera se atreve a negarlo.

—¿Qué le prometiste, Dyne? —Ella no responde y su amigo frunce un poco más el ceño, molesto—. Dímelo.

La necromante todavía se resiste un poco más antes de suspirar y frotarse una de las muñecas heridas.

—Me pidió a los herederos de Santa Aiva. A todos.

Por eso mató a los tíos de Ammarah, como han dicho al leer los cargos por los que iban a ejecutarla. Y por eso intentó asesinar a la reina. No actuó solo como una asesina, sin motivos, a sangre fría. Intentaba salvar a alguien, al coste que fuera.

Darien se abraza el vientre, sin saber qué decir. Derek, por su lado, está cada vez más indignado.

—¿Y creíste que te podrías salir con la suya? ¡Era un suicidio, Dyne! ¡Casi te matan!

Ella frunce los labios, pero no retrocede, no aparta la vista. A Darien le recuerda un poco a la entereza que siempre demuestra Caleb, igual de calmada.

—No me arrepiento —replica—. Pero, si quieres que lo deje, lo haré. No puedo deshacer lo asesinatos que ya he cometido, pero todavía puedo perdonar a Ammarah de Daiva, si es lo que quieres. ¿Es eso? ¿Estás satisfecho con la vida que has tenido?

Derek aprieta los dientes y todo su rostro se tensa al pensar en las palabras que probablemente sea incapaz de formular. Pedirle a Dyne que deje ese trato a medias significaría ignorar el sacrificio de Ishtar, la decisión que tomó en parte para que él viviera. Dejar viva a Ammarah de Daiva significaría quitarle sentido a la muerte que todavía le mancha las manos a Darien, la muerte con la que no ha dejado de soñar en los últimos dos días.

—Yo…

—Ishtar ha muerto.

Es Caleb quien lo dice, aunque nadie se ha atrevido a pronunciarlo de esa forma en los últimos días. Su voz los sacude a todos, pero sobre todo a Dyne, que se gira hacia él de golpe, como si hubiera dicho algo impensable. A Darien se lo parece. No se acostumbra y duda que vaya a acostumbrarse jamás a que la princesa ya no viaje con ellos, a no escuchar su voz o sus bromas o ver su sonrisa de diablillo. No se acostumbra al hueco que ha dejado en ese grupo, en los corazones de todos.

Caleb baja la vista.

—Es una larga historia y lo hablaremos todo a su debido tiempo, pero todo lo que necesitas saber por ahora es que se sacrificó para que yo pudiera vivir, pero también para que Derek pudiera hacerlo. Muerte dijo que habías hecho un pacto con ella que podía salvarlo e Ishtar… Ishtar decidió que esa oportunidad lo valía todo. Incluso su propia vida.

Dyne entreabre los labios, sin saber qué decir. Su cuerpo se desinfla ante las noticias, su mirada se desenfoca. Apenas es capaz de reaccionar más que para cerrar los puños. Darien conoce las sensaciones que se le pasan por el rostro, la incredulidad, la confusión que queda cuando el mundo se sacude demasiado rápido en muy poco tiempo.

Derek tiene los labios apretados y los ojos brillantes. No ha llorado desde que ocurrió todo, pero ahora parece a punto de romperse otra vez.

—No podemos dejarlo a medias, Dyne. Si me echo atrás, si tú te echas atrás, su muerte no habrá servido de nada.

Su amiga se fija en él, consternada, todavía asimilando la noticia. Aun así, toma aire y asiente. No dice nada. No es necesario. Lo

único que hace es buscar con la vista a Caleb, que le tiende uno de sus puñales. No está tan calmado como siempre, pero al menos no hay duda en su expresión.

—Id.

No hay más palabras. Dyne acepta el arma y Derek y ella se alejan por la avenida a toda prisa. Darien los sigue con la mirada mientras respira hondo, intentando deshacer el nudo que se le ha formado en el estómago. Van a matar a Ammarah. Mientras esa verdad cala un poco más dentro de él, piensa en todo lo que sabe de esa chica, en los momentos que compartieron juntos cuando era la prometida de Nathan. Él nunca sintió que pudiera o debiera acercarse demasiado, pero siempre le pareció buena. Dulce. Agradable. Todavía no puede creerse que bajo su mandato los celestiales se embarcaran en una cruzada contra quienes no creyeran en Destino, que se atreviera a expulsar de Daiva a quienes no se consagrasen.

Quizá este sea su castigo por ello. Quizá Sikil tan solo considera que matarla a ella y a sus tíos es una manera de recuperar un poco el equilibrio que ha roto. O quizá tan solo considere que acabar con el legado que comenzó con Santa Aiva es una justa venganza hacia Destino.

—¿Sigues creyendo que merece la pena?

Sus ojos se encuentran con los de Caleb, que lo mira como si quisiera adentrarse en su cabeza para desentrañar todos y cada uno de sus pensamientos. Hay algo de tensión en su rostro, un miedo que Darien no se había dado cuenta de que estaba ahí. Supone que todavía va a tardar en convencerse de que no lo ha condenado; que

igual que él todavía se acuesta con culpas, Caleb también va a tener que lidiar con las suyas todas las mañanas.

Aun así, tiene clara la respuesta, por eso extiende la mano para atrapar la suya. Apenas la nota, así que la aprieta fuerte.

—Sí —declara. Trata de llenar su voz de la misma calma que su pareja le ha enseñado, la que siempre ha conseguido darle seguridades cuando se sentía más perdido—. A lo mejor eso me convierte en alguien injusto y egoísta, pero no me importa. Si eso me permite seguir a tu lado un poco más, seré injusto y egoísta. Y seré feliz. Quizá no hoy ni mañana. Pero tenemos doce años por delante, ¿verdad?

Caleb toma aire, pero no dice nada. Quizá lo ha dejado sin palabras. O quizá tiene tantas que decir que la única forma que se le ocurre de hacerlo es inclinarse para besarlo. Es un gesto delicado, un roce. Darien casi no lo siente, pero es lo suficientemente real como para anclarlo a ese momento y recordarle que ese corazón es el único al que debe prestarle atención con sus poderes.

Supone que esa es su forma de decirle que él lo quiere así, injusto y egoísta.

Supone que estará bien si los dos lo son durante el tiempo que les quede.

Cuando se aleja, Caleb le aprieta un poco más la mano.

—¿Estás preparado?

Darien asiente, aunque es consciente de que está mintiendo.

—Destruyamos el Amuleto.

NATHAN

Invadir el Sacro Reino es tan sencillo que casi resulta ofensivo. Los guardias que les salen al paso no tienen nada que hacer contra toda una comitiva de brujos entrenados y con un único objetivo. No importa lo mucho que traten de exorcizarlos o lo habilidosos que sean con las armas: esta vez son los brujos quienes toman por sorpresa a los celestiales, quienes tienen un plan bien diseñado, y por eso apenas les cuesta deshacerse de ellos. Entran en la ciudad como si fueran una historia de terror de las que solían contar en el Templo, como si fueran una catástrofe, un castigo divino.

No son nada de eso. Ni siquiera son demonios, solo humanos.

Y eso quizá sea todavía peor.

Durante todo el camino hasta allí, Nathan se concentra solo en alcanzar el palacio. Ese es el destino que elige cuando los asaltantes se dividen en dos grupos y, desde ese momento, es también lo único que importa. Se niega a mirar a su alrededor, por miedo a ver fantasmas en las calles. No los de la gente que huye, que grita, que se esconde, sino los que le hablan de los días que pasó allí, cuando formaba parte del reino. Teme ver a Adam en cualquier rincón. Teme

pasar por los lugares que recorrió de su mano aquella última noche, la plaza en la que vieron a unas falsas Aiva y Saenal, la posada en la que bailaron y después se besaron hasta que el futuro dejó de importar. No quiere mirar a la basílica en la que murió, no quiere acercarse al Templo en el que creció, por eso se centra en el castillo y nada más. En seguir adelante y nada más. En el plan de Elira y nada más.

En algún momento, se da cuenta de que no tiene todo el control sobre su cuerpo. Adriel le permite alejarse un poco de sí mismo sin que tenga que pedírselo, tan solo como si supiera que eso es justo lo que necesita. Como si ya se hubiera convertido en una extensión más de él. El demonio se hace cargo en algún punto del camino y deja que Nathan se refugie en ese lugar de su mente en el que puede dejar de pensar, al menos hasta que se encuentra en medio del vestíbulo de palacio, jadeante, de nuevo consciente de todo su cuerpo y con los cadáveres de varios Guardias Celestiales a sus pies.

No se da cuenta de qué es lo que lo ha hecho volver en sí hasta que escucha la voz de Tamir repitiendo su nombre. Ha puesto una mano sobre su brazo y, cuando Nathan se gira hacia él, se da cuenta de que lo observa con el ceño fruncido, preocupado. Tiene las orejas de zorro levantadas, alerta.

—¿Te encuentras bien? Este fue tu hogar en algún momento, así que quizá esto sea demasiado para…

—Estoy bien —lo interrumpe él—. ¿Habéis encontrado a la reina?

Tamir titubea. No parece muy convencido ante esa respuesta, pero lo deja correr y le hace un ademán con la cabeza para que lo siga.

—No, pero hemos encontrado algo casi igual de interesante. Resulta que alguien nos ha hecho parte del trabajo.

Sin saber qué esperar, Nathan sigue al brujo por los pasillos de palacio, aunque intenta no fijarse demasiado en ellos. No quiere pensar en todas las veces que estuvo ahí dentro en calidad del prometido de la princesa del Sacro Reino. No quiere pensar que ese lugar estuvo a punto de ser su cárcel o que, irónicamente, por sus venas en realidad corre la sangre de otra familia real. El lugar ya ha sido tomado por los brujos, así que ve varios cuerpos más en los pasillos, escucha voces, un graznido de Shiraz y algún grito. A todo eso también decide cerrarse. Tienen órdenes claras, concretas, y le gustaría ejecutarlas cuanto antes. Quizá si Ammarah se muestra sumisa y acepta la derrota, todavía pueda salvarse. La Suma Celestial, en cambio, morirá bajo su mano haga lo que haga. Y con respecto a Lilith…

Nathan mira hacia atrás, como si esperara verla aparecer en cualquier momento. Sus dedos se aprietan alrededor de la empuñadura de Dysnomia, cuya serpiente se le enreda ahora en la muñeca. La nota nerviosa, ansiosa por encontrar en batalla de nuevo a su eterna contrincante.

Tamir lo guía por unas escaleras en las que nunca había estado. Las mazmorras del palacio son un lugar oscuro y frío, apenas iluminadas por unas pocas antorchas en medio del camino. Hay dos tipos de celdas: unas tienen puertas de metal que ni siquiera dejan ver su interior y otras barrotes que permiten ver a los prisioneros.

Es en una de esas donde la ve.

Al principio le cuesta identificarla. Rhea Moriz siempre ha sido una mujer orgullosa, de porte imponente, una de las cosas que sus dos

hijos heredaron de ella. Siempre había imaginado que, cuando la volviera a ver, se la encontraría siendo la misma mujer pulcra y altanera que recordaba, con su desprecio perpetuo en el rostro. Ahora, sin embargo, la Suma Celestial apenas es un bulto envuelto en una manta que se pone en pie con dificultad en cuanto ellos se acercan. Su túnica está manchada, amarillenta de sudor, de restos de comida. Está despeinada, con legañas en los ojos. Aun así, lo que más impactante le resulta es su cara, partida en dos edades: una, joven; la otra, anciana. Supone que eso se lo hizo él, o más bien el Amuleto del Tiempo. No puede decir que lo lamente.

Él la reconoce, pero está claro que ella no lo reconoce a él cuando se acerca a los barrotes cojeando, se agarra a ellos y grita:

—¡Demonios! ¡Malditos seáis! ¡Cómo os atrevéis a entrar en nuestro reino!

Nathan no puede disimular la sorpresa durante los primeros segundos, pero después en su rostro solo queda una sonrisa de satisfacción. Adriel, en su interior, se relame. O quizá no sea él. Quizá sea solo su propia hambre de venganza.

—Vaya —dice mientras se acerca un paso más a la celda. Lo justo para que ella pueda verlo bien—. Cuánto tiempo, Rhea.

Ella entrecierra los ojos, confundida. Se fija en los cuernos, en los ojos, en el rostro cubierto de brasas, en el pelo blanco y también en la ropa. Durante una eternidad, lo observa como si no hubiera nada familiar en él y eso hace que Nathan termine de confirmar lo que ya sabía: el chico que una vez vivió entre los muros del Sacro Reino hace mucho que desapareció.

Cuando por fin entiende quién es, Rhea abre mucho los ojos y da un paso atrás. No con miedo, sino con asco.

—Tú.

Nathan extiende un poco más la sonrisa. Siente las ascuas de su rostro cálidas, iluminadas.

—Yo me encargo de ella, Tamir.

Su amigo se fija en él, dubitativo. Quizá en otro momento habría hecho alguna broma, pero no le ha escuchado demasiadas desde que se unió de nuevo a los brujos. Tamir se ha pasado la mayor parte del tiempo con Garnet y Lilac, refugiado entre los dos espíritus, llorando a su manera la muerte de Denna. Para Nathan la noticia también fue un golpe. No la conocía tanto como los demás, pero siempre se portó bien con él. Admiraba su entereza, le gustaba su carácter directo y siempre estaba dispuesta a ayudar. Sin ella, no se habría acostumbrado a la ceguera los primeros días de maldición, antes de hacer su Trato.

Si no fuera por los celestiales, la necromante seguiría viva.

Quizá por eso Tamir solo se encoge de hombros. Porque, en el fondo, quizá él también quiera justicia y venganza. Quizá ha entrado en esa ciudad deseando que todos paguen por la amiga que le han quitado.

—Recuerda el plan —dice mientras se da la vuelta para dejarlos a solas—. Por ahora solo tenemos que encerrarlas.

—Claro —responde Nathan, sin apartar la mirada de la Suma Celestial—. Solo vamos a hablar, ¿verdad, Rhea? Somos viejos conocidos.

La expresión de la mujer se contorsiona en una mueca de desprecio y Nathan espera hasta oír que la puerta de las mazmorras se cierra tras Tamir para envainar a Dysnomia y derretir la cerradura de la celda. La Suma Celestial retrocede otro paso mientras él se

adentra en el calabozo, aunque el rostro de la mujer sigue sin mostrar ni un asomo de terror. Lo único que hay en su cara es desprecio.

—Debí matarte cuando tuve oportunidad.

—Yo también me alegro de verte, Rhea. Ha pasado mucho tiempo, ¿no? —Nathan vuelve a cerrar la puerta tras de sí con un simple tirón. El metal se funde de nuevo para atrancarla—. Esperaba que te encontraran en el Templo, haciendo y deshaciendo a tu antojo, pero parece que han cambiado muchas cosas por aquí.

La mujer no responde directamente, por supuesto. Siempre ha considerado que era ella quien debía decidir el rumbo de todo, incluso de las conversaciones.

—¿Qué haces tú aquí? —gruñe—. El Amuleto ha cambiado de manos, así que deberías estar…

—¿Muerto? Ya, pues parece que no. Parece que hay muchas cosas de mí que no sabes, ¿no? O quizá nunca supiste nada, después de todo. —Nathan arruga el ceño, casi como si estuviera contrariado—. Pero eso significaría que has mentido muchísimo, Rhea, porque siempre decías saberlo todo. De mí. Del Amuleto. De mi madre. Y eso está fatal. Los celestiales no mienten. Y, cuando lo hacen, hay que castigarlos para que aprendan la lección. Eso me lo enseñaste tú.

Rhea mantiene esa expresión orgullosa que a Nathan le recuerda tanto a Lilith. Supone que no es solo por la apariencia física, sino porque esa mujer se esforzó mucho para moldear a su hija a su imagen y semejanza, como si fuera cerámica, aunque siempre le dejó claro que nunca sería tan buena como la pieza original.

—Tú nunca aprendiste nada —masculla la mujer—. Siempre tan… impertinente. Tan molesto. Si tan solo hubieras sido un poco más como tu madre…

—Oh, al contrario. Creo que, de hecho, mi madre y yo nos parecíamos más de lo que tú crees.

Ambos se enamoraron de quienes no debían. Ambos decidieron mentir por ese amor. En algún momento, ambos se vieron atrapados entre el deseo y el deber. La única diferencia entre ellos es por cuál de esas dos cosas eligieron inclinarse al final.

—¿Qué quiere decir eso?

—¿Quién sabe? Pregúntale a tu dios —replica él, con una sonrisa que parecería inocente si no fuera por lo afilado de sus dientes—. Él tiene todas las respuestas, ¿no? Yo, sin embargo, ya no lo escucho, así que voy a tener que contentarme con hacerte algunas preguntas a ti. Serás honesta, ¿no? Como se espera de una buena celestial.

—No tengo nada que decirte, demonio.

—Creo que no lo has entendido: no te estoy dando opción. Y empezaremos con algo sencillo, ¿de acuerdo? —Nathan se pasa la lengua por los labios—. Mi boda con Ammarah. Fue decisión tuya, ¿verdad? Tu dios nunca tuvo esa idea. Fue algo que se te ocurrió a ti, pero decidiste hacerlo pasar por una visión, por una misión divina, para que nadie lo pusiera en duda.

Rhea entorna los ojos, pero permanece callada. No retrocede ni muestra la más mínima señal de estar intimidada, así que Nathan se acerca un poco más, hasta que la mujer no tiene más opción que retroceder por cada paso que él da.

—Podemos hacer esto por las buenas o por las malas, Rhea. Las malas no te van a gustar, te lo aseguro. Las buenas, en cambio,

pueden hacer que te salves de lo que tengo preparado para ti. Te conviene colaborar.

La mujer aprieta los dientes cuando su espalda se topa con la pared de la celda. Aun así, levanta la barbilla.

—El Amuleto es la herencia de Santa Aiva. Debía volver a su familia.

—Me lo tomaré como un sí. —Nathan trata de contener el fuego que le estalla dentro, la voz de su interior que le dice que la mate sin más—. ¿Por qué le diste la falsa Eunomia a Adam aquel día? El de la boda. ¿Por qué esa espada precisamente? Podría haberme protegido con cualquier otra, pero llevaba a Eunomia, y sé que él nunca la habría cogido por sí mismo. ¿Por qué se la diste? —Rhea entrecierra los ojos, pero no responde, y entonces Nathan se atreve a seguir adivinando—: Lo sabías, ¿no es cierto? Que yo pondría en marcha el Amuleto algún día. Lo supiste siempre, por eso me despreciabas tanto. Lo sabías, pero no se lo dijiste a nadie porque creíste que podías manipular la situación a tu antojo. Si Adam me mataba con Eunomia, él habría sido el nuevo Portador. Habría sido el nuevo prometido de Ammarah. Tu hijo habría sido rey consorte del Sacro Reino y Portador del Amuleto, tu familia habría quedado unida a la de Santa Aiva. Imagino que eso te habría gustado. Habría sido un destino magnífico.

Rhea lo escucha sin cambiar su expresión y eso es suficiente para que Nathan sepa que tiene razón. Así, por fin, todo encaja. Probablemente esa mujer sea la única en el mundo que podría haber evitado que todo sucediera como sucedió, pero decidió que no lo haría porque era lo que más le convenía.

Aun así, la siguiente vez que la Suma Celestial abre la boca no lo hace para admitir su culpa, sino para comenzar un exorcismo. Nathan reconoce las palabras antes incluso de que la piel comience a picarle, así que la detiene rápido: alza la mano y la aprieta contra su cuello, estrechando las uñas contra la piel. La mujer toma aire, con los ojos muy abiertos, y trata de sacudirse con todas sus fuerzas, pero no tiene nada que hacer contra él.

—Dilo —masculla Nathan—. Confiesa tus pecados, Rhea.

La celestial gruñe, alza las manos para clavárselas en el brazo, pero solo tiene fuerza en una de ellas. La otra es demasiado anciana, demasiado débil, demasiado frágil. Podría rompérsela sin esfuerzo.

—Lo estropeaste. Lo… Lo echaste todo a perder —gruñe ella entre jadeos—. Adam habría tenido un futuro brillante, pero tú se lo arrebataste. Tú. Echaste a perder años de educación, de preparación. Solo tendría que haberte matado y habría sido el mayor santo que jamás hubiera existido. Todo el mundo lo habría admirado. Todo el mundo lo habría querido y habría visto lo bien que lo hice. Lo hice yo. Lo hice perfecto y tú me lo quita…

La frase se queda en el aire cuando Nathan aprieta más. En sus ojos negros se han encendido dos llamas pequeñas, rojas, que arden con todo lo que tiene dentro. La ira le consume el estómago, le arde en las venas y se le extiende hasta la punta de los dedos, que comienzan a quemarle. La marca de su mano comienza a tatuarse en la piel de la mujer como si fuera hierro candente y Rhea grita, pero Nathan la ignora cuando se inclina hacia su oído.

—*Tú* me lo quitaste —gruñe el brujo—. A él, pero también todo lo demás. Me quitaste la posibilidad de una vida tranquila en el Templo,

igual a la del resto. La libertad de amar a quien quisiera. Si tan solo me hubierais permitido eso, quizá el Amuleto seguiría entre estas paredes. Si tan solo me hubieras dejado tener a Adam, quizá todo sería distinto hoy.

La mujer patea, nerviosa, cada vez más asfixiada, pero él no se mueve, no se aparta. Rhea todavía respira. Todavía respira y sufre y él va a encargarse de que siga haciéndolo. Va a hacer que desee morir, por todos los días en los que él también ha querido hacerlo.

—Gracias por confesar tus pecados, Rhea. Lamentablemente, no va a servirte de nada, porque no voy a dejar que entres en la Corte Celestial. Como ya sabes, Destino no soporta a los mentirosos.

Agarrar su medallón con la otra mano es fácil. Derretirlo todavía más. El oro se funde entre sus dedos ardientes, le baña la piel y salpica el suelo. Rhea abre mucho más los ojos y quizá gritaría si pudiera, si tuviera el aire suficiente, pero no lo tiene, se le está acabando, casi no le queda.

Por eso la suelta. Deja que caiga al suelo tosiendo y luego se acuclilla a su lado con calma, con la mano todavía goteando dorado.

—No voy a matarte —murmura, como si fuera un secreto—. No voy a ahorrarte ni un solo segundo del sufrimiento que te espera. Nos vemos en tus pesadillas, Rhea Moriz.

Eso es todo lo que tiene que decirle. A una parte de él le gustaría atravesarla con Dysnomia, del mismo modo que ella atravesó a Adam con Eunomia, pero de pronto la idea de hacerla sufrir durante días le resulta mucho más satisfactoria. Que se vuelva loca poco a poco. Que lo vea en sueños, acabando con ella, desangrándola. Que Destino decida cómo torturarla, ya que es un experto en ello.

Nathan ya ha puesto un pie fuera de la celda cuando la escucha volver a hablar con la voz raspada:

—Me alegro… —Rhea tose, sin aire—. Me alegro de haberlo matado antes de verlo convertido en alguien como tú.

Eso lo detiene y hace que incluso Adriel gruña, furibundo. «Déjamela a mí», lo escucha decir. «Puedo hacerla sufrir. Puedo romperla de tantas maneras…». Pero no. No, no quiere perderse ni un segundo de esa situación. La vida de Rhea Moriz es suya y todo lo que sufra se lo hará él. Ha sentido culpa por muchas cosas, se ha tenido que mantener al margen de tantas otras, pero ese momento le pertenece.

Nathan gira la cabeza con las brasas de su rostro apagadas y las pupilas encendidas. Pese a ser dos llamas de fuego, resultan heladas.

—¿Quieres saber algo interesante de mi demonio, Rhea? —La mujer lo observa desde el suelo, intentando a alzarse a duras penas, con el rostro arrugado por el odio en lugar de por la edad—. Es inmune al fuego. ¿Cuánto lo aguantarás tú?

Las llamas estallan alrededor del cuerpo de la Suma Celestial con un solo chasquido de sus dedos y los alaridos de la mujer llenan las mazmorras, pero Nathan no se mueve. No deja de mirar, hechizado por la manera en la que el fuego crece y consume, por la danza retorcida a la que obliga a bailar al cuerpo que se está tragando. Rhea grita y grita y grita, tan alto que su sufrimiento debe de resonar por todo el palacio, por toda la ciudad, pero aun así Nathan no aparta la vista.

Adam siempre le decía que él era el fuego, y ahora con fuego lo venga.

Solo se permite disfrutar del espectáculo unos segundos, menos de un minuto. Otro chasquido es suficiente para que las llamas se extingan y Rhea caiga desmayada contra el suelo, con la ropa hecha trizas contra su piel abrasada. Ya no habla, apenas se mueve, apenas respira, y Nathan decide que va a ser justo así como va a recordarla a partir de ese momento. Con las dos partes de su rostro casi indistinguibles por las quemaduras, completamente inútil y vulnerable, abandonada por todos, incluso por su dios.

Lo único que lamenta es no haberlo hecho antes.

En silencio, mientras deja atrás ese cuerpo maltrecho, se lleva la mano al colgante que lleva al cuello y se dice que Adam estaría de acuerdo con él.

AMMARAH

A Ammarah se le hace extraño el silencio que reina en la basílica. En los últimos tiempos, se ha acostumbrado a pasar sus días rodeada de ajetreo, del sonido de los sirvientes, de los guardias, las discusiones del Consejo. ¿Cuánto tiempo hacía que no sentía esa quietud, esa paz? Ni siquiera se acuerda, porque hoy incluso su cabeza está callada. Podría seguir autocompadeciéndose, fustigándose por todos los errores que ha cometido, pero ahora, por fin, lo único que queda es un gran vacío. Las murallas están cayendo y, con ellas, la última certeza que le quedaba, porque se suponía que esos muros podían resistirlo todo, que llevaban ahí mil años y que iban a seguir ahí por toda la eternidad. Pero no van a hacerlo y está segura de que eso también es su culpa. Su carta ha llegado demasiado tarde, se ha puesto en marcha demasiado tarde, y ahora va a perderlo todo. Lo peor es saber que ni siquiera va a ser ella la única que sufra por sus errores. Al igual que en la Purificación, mucha gente va a morir. Mucha gente está a punto de perder a sus familias, sus hogares, y no hay forma humana de que nadie pueda perdonarla después.

Ella misma no va a poder perdonarse.

Lo único que Ammarah de Daiva puede hacer por su pueblo ahora es pedir un milagro, así que reza. Reza para que su gente no sufra, para que Lilith sobreviva, para que venza al Portador y destruya el Amuleto. Reza para que sea ella quien traiga la paz a Evren. Reza para que su dios la guíe de la mano y la ilumine cuando tenga que tomar las decisiones en las que ella ha fallado.

La reina de los celestiales reza y aguarda. Por eso, cuando la puerta se abre a sus espaldas, sabe que el momento que estaba esperando ha llegado. Deja caer las manos sobre su regazo, pero no se gira, sino que se queda mirando la corona que ha dejado sobre el altar, como si fuera un sacrificio al dios que la observa desde la vidriera. También quiere pensar que ha dejado como tributo la máscara que suele llevar en público, esa que se pone para improvisar cuando su vida se vuelve un teatro. Si supiera que va a ayudar, se quitaría cada joya, cada objeto de valor. Se quitaría incluso su medallón y ofrecería su alma a cambio de la paz. No se siente digna de tener una. No se siente digna de que el ojo de Destino siga entero cuando ella está tan rota.

—Deberíais estar en palacio, majestad.

No reconoce la voz. Los pasos que avanzan hacia ella son sigilosos, pero no tienen la cadencia de siempre. Ammarah frunce el ceño y siente un pinchazo en el pecho, la intuición de que algo no va como debería. Son varias las personas que han entrado, quizá dos o tres.

Eso no estaba en su visión.

En el sueño que ha tenido esa misma noche no era eso lo que sucedía. En su sueño solo se enfrentaba a una persona. En su sueño, aunque la sangre caía del cuchillo, ella estaba tranquila, casi

aliviada, pero ahora siente que el pánico le hiela las piernas. El mismo frío que la paraliza a ella es el que alimenta las llamas de las velas y apaga algunas de un soplido, dejando la parte derecha de la nave sumida en la penumbra.

Asustada por lo que se va a encontrar, echa un vistazo hacia atrás.

Los brujos no son algo nuevo para Ammarah. Los ha visto en sus visiones y los ha temido al despertar: le asustan sus rasgos inhumanos, el poder que les permite transformar el mundo a su antojo. Teme al emperador de Odelia, con ese rostro arrebatador que puede volverse monstruoso con un solo parpadeo. Durante toda su vida ha temido las historias del Inmortal y el caos que corre por las venas de cada una de esas criaturas. Pero, pese a todo, no se dormía pensando que pudieran entrar en sus aposentos. Los brujos eran poco más que una leyenda, porque estaban fuera y nunca podrían traspasar la muralla.

Hasta ahora.

Visten por completo de negro, con el escudo de Odelia grabado en el pecho de sus ligeras armaduras, y llevan armas sujetas a la cadera, aunque los demonios que han alterado sus rasgos son mucho más aterradores. Ammarah intenta retroceder cuando ve los cuernos y la cola de una de las criaturas, las orejas deformes y las alas de murciélago de la otra, pero no es capaz de moverse, así que se queda ahí, en las escaleras del altar, incapaz incluso de apartar la vista. Esos seres no se parecen a nada que haya visto antes y, aun así, tienen el aspecto familiar de las pesadillas.

—Si quieres rezar, podrás hacerlo desde tu celda —le dice el brujo de los cuernos.

—Ammarah de Daiva, quedas arrestada y bajo la custodia de los emperadores de Odelia —añade la de las alas membranosas.

La reina abre mucho los ojos, pero antes de que pueda pensar en gritar, una garra de uñas afiladas como cuchillos intenta cogerla del brazo. Le llega a rozar la manga del vestido, pero, en el último momento, la muchacha la esquiva y cae hacia atrás. Trata de escapar, aunque sea a gatas; trata de levantarse, de ganarle el pulso al pánico que se le ha hecho una bola en el pecho.

—¡No!

Esta vez sí, su grito resuena en la basílica vacía, salta de pared en pared, de banco en banco, dando la impresión de que hay mil como ella y de que las mil luchan. A las mil deben de alcanzarlas, de cogerlas del pelo y obligarlas a ponerse en pie y a darse la vuelta. A las mil, también, se les escapa una lágrima de puro terror cuando les dicen:

—Todo será mucho mejor si no te resistes.

Y a las mil las salva una única figura, salida de las mismísimas sombras que ahora gobiernan una de las alas del edificio. Ammarah la ve aparecer como si se hubiera quitado una capa negra de encima, como si hubiera nacido del aire, por algún tipo de magia que solo los necromantes entienden. Ve el filo destellar a la luz de la vidriera, primero desnudo como una hoja de plata y, a continuación, manchado de los rubíes más rojos cuando abre un tajo en el cuello del brujo que la tiene agarrada del pelo. La mano la suelta de inmediato y la celestial da un paso atrás, tambaleante, con las manos en la boca y un grito atrapado en la garganta.

—Lo siento, pero la reina es mía —murmura Dyne.

Cuando arranca el puñal de nuevo, el cadáver cae a sus pies.

La bruja que queda en pie abre mucho los ojos, incrédula. Tarda en reaccionar apenas dos segundos, pero eso es todo lo que necesita la necromante para lanzarse sobre ella. Su contrincante solo tiene tiempo de alzar la mano, aunque Ammarah no sabe si lo hace para defenderse o para usar su magia. Sea como sea, no llega a tiempo. El filo entra y sale de su garganta y eso es todo. Todavía con la expresión de sorpresa, cae al suelo. Todavía con los ojos abiertos, entreabre los labios y su pecho se deshincha.

Aunque Ammarah la mira fijamente, esperando algún tipo de reacción más, no vuelve a coger aire. No vuelve a moverse, aunque cambia: las alas se deshacen como cera que el suelo se traga, las orejas desaparecen. De pronto, el monstruo vuelve a ser humano y sangra y sangra, mancillando ese suelo sagrado, creando un mar escarlata que llega hasta la reina y le mancha el bajo de la falda blanca y las zapatillas de seda.

La necromante también observa su obra con la apatía de una asesina que ha cumplido con su trabajo. En un gesto que parece inconsciente, pasa la hoja del puñal por la tela de la túnica con la que la iban a ejecutar y, después, alza la vista hacia Ammarah. La soberana deja escapar el aliento cuando sus miradas chocan y trata de convencerse de que el sabor metálico que nota sobre la lengua es solo su imaginación. De pronto, el mundo vuelve a tener sentido y todo está en su lugar. Esa imagen, aunque retorcida, es la correcta. Esa imagen es la que ha visto en sueños: Dyne, a tan solo unos pasos, armada con un cuchillo sucio, mirándola de frente, con la decisión escrita por todo el rostro.

Se dice que si siente ganas de llorar es de alivio.

—No necesitaba ayuda…

Un parpadeo. Una sonrisa que es solo la sombra de una de verdad. Por un momento, vuelven a estar en la celda, frente a frente.

—Mentira.

Es más fácil así. La realidad es más agradable cuando ambas juegan a aparentar que conocen a la otra; cuando pueden fingir, como han hecho esa misma mañana, cuando han intentado convencerse de que podían ser solo dos muchachas que miraban el amanecer juntas. Ahora pueden volver a hacerlo, con más libertad que nunca. Ahora no hay nadie que las observe, más allá de las estatuas en sus pedestales.

Ammarah da un paso hacia atrás y sus talones se chocan contra las escaleras del altar. Le recuerdan que no tiene ningún lugar al que huir. Que se supone que no quiere hacerlo.

—Te estaba esperando.

La necromante estudia su expresión, como si la conociera lo suficiente para decidir si eso es cierto o no.

—¿Has tenido una visión?

—Anoche soñé que nos encontrábamos aquí, las dos solas —confiesa. Prefiere mirar en sus ojos a bajar la vista y encontrar los cadáveres en el suelo—. Tú estabas a solo un paso, con ese cuchillo manchado de sangre en la mano. Me decías algo y yo sabía lo que ibas a hacer, como si lo hubiera visto en un sueño. Y estaba… Estaba tranquila.

—¿Y lo estás ahora?

Ammarah no responde de inmediato. Toma aire y alza la vista al fresco del techo. Las constelaciones que se ciernen sobre ella se le

antojan empañadas, pero recuperan su forma cuando parpadea. Ante los brujos estaba aterrada, pero ahora…

—Sí. —Y solo necesita pronunciarlo para saber que es cierto. Para sentir un alivio que la hace querer reír, que la hace sentirse ligera—. Sí, estoy tranquila.

La reina vuelve a bajar la vista para observar a la muchacha frente a ella, que la observa como si estuviera intentando desentrañar una vez más en qué palabras se esconde la mentira y en cuáles la verdad. Ammarah siente que se le relajan los hombros, por fin. La calma se asienta poco a poco, cada vez más real.

—Sé que esto es lo que me merezco —dice mientras se le deshace el nudo que se le ha formado en la garganta—. Es… Es el pago por todo lo que he hecho. O por todo lo que no he hecho, quizá. Sea como sea, este reino estará mejor sin mí. Quien venga detrás habrá aprendido de mis errores. Estoy segura de que lo hará mucho mejor.

Dyne aprieta los labios. Estrecha los dedos alrededor de la empuñadura de la daga y da un paso hacia delante, pero no levanta el arma.

—No todo ha sido culpa tuya. Y has estado intentando hacerlo mejor, ¿no? Has encerrado a la Suma Celestial y has empezado a tomar tus propias decisiones. No eres tan terrible como piensas, Ammarah.

Qué irónico que la persona que siempre ha sido más crítica con ella, con la que más ha discutido respecto a sus acciones, sea ahora quien trate de consolarla. Una parte de ella quiere seguir escuchándola. Quiere que la felicite. Quiere confesarle que escribió una carta al emperador, que llegó a ofrecer su abdicación.

Pero no quiere excusarse más.

Que ese sea su último secreto. Que se sepa algún día, cuando ya no esté, y que decidan sin ella presente si merece la expiación o no. Ella, de todos modos, ya tiene clara su respuesta.

—Soy tan terrible que he destruido Daiva tal y como la conocemos. —Se le escapa una risa, ahogada, triste—. Tenías razón: me recordarán como la reina que lo cambió todo y quizá eso fue una condena desde el principio.

—Eso no…

Pero ni siquiera Dyne puede mentirle a la cara de esa manera. Ni siquiera ella, una experta del engaño, negará lo evidente. Así que la necromante calla y la reina lo prefiere así. Que todo acabe sin discusiones.

Que todo acabe, sin más.

—Hazlo.

Dyne tensa la mandíbula, pero da otro paso hacia delante y Ammarah toma aire, aunque le cuesta mantenerlo en el pecho. El corpiño la ahoga, o quizá sea el miedo, por mucho que desee convencerse de que no debería tenerlo, de que va a ser fácil, va a ser rápido. Le gustaría pedirle a la necromante que volviera a poner la expresión seria y sin sentimientos que tenía cuando pasó el cuchillo por la garganta de los brujos. Le gustaría que fuera impersonal, indoloro. Le asusta el dolor. Le asusta que haya alguna posibilidad de que, en el último momento, Dyne quiera echarse atrás y la deje ahí, viva y sufriendo.

La asesina se detiene justo frente a ella. Sus ojos castaños, oscuros, se hunden en los suyos con la misma fuerza con la que ha hundido el arma en el cuerpo de sus enemigos. El efecto también es el mismo, porque la reina siente que se debilita bajo esa mirada, que

se deshace, que se le escapa la sangre del cuerpo incluso sin ninguna herida abierta.

—Me gustaría no tener que hacerlo. Lo sabes, ¿verdad? —Ammarah odia saber que esa es una verdad—. Me gustaría… Me gustaría sacarte de este reino y enseñarte cada rincón de Evren. Enseñarte otra vida distinta. Si estuviera en mi mano, te mostraría un mundo lleno de flores mucho más hermosas que las que hay en tu jardín.

No. No quiere flores, no quiere otra vida. No quiere sueños si no van a dejar que los cumpla, si no va a poder guardarlos cerca de un corazón que siga latiendo. Nota que le tiemblan los labios, que los ojos se le llenan de lágrimas. Se dice que no va a seguirle el juego, pero Ammarah siempre ha sido una experta en mentirse a sí misma. Aprendió a hacerlo antes incluso de aprender a mentir a los demás.

—¿Y qué más me enseñarías?

Dyne alza la mano en la que no lleva el puñal para acariciarle la mejilla y limpiarle una lágrima. Está tan cerca que el borde de su túnica le roza la falda del vestido, tan cerca que Ammarah se da cuenta de todos los golpes que le han dado, de todas las cicatrices que le adornan la cara. Eso también es su culpa. Tiene una hojita de hiedra tatuada en el labio inferior, como si una rama fuese a salirle en cualquier momento de la boca. Cuando se da cuenta de que no puede dejar de mirarla, cuando se da cuenta de que su corazón está empezando a acelerarse, cierra los ojos para fingir que solo quiere poder imaginar mejor el mundo que ella le está describiendo:

—Te enseñaría prados inmensos, llenos de colores que nunca has visto, y allí te coronaría con flores. Te llevaría hasta las ruinas más grandes de Arsay y nos inventaríamos mentiras sobre cómo fue la

vida hace mil años. Nadaríamos en océanos brillantes y nos sumergiríamos para conocer las ciudades hundidas en sus aguas. Caminaríamos por desiertos infinitos y desenterraríamos palacios de arena de entre las dunas. —Ammarah siente que otra lágrima se descuelga de uno de sus párpados—. Y… ¿Qué más? ¿Qué te gustaría a ti que te enseñara?

¿Qué no? Se imagina lo que ha dicho, cada paisaje. Se imagina acostada entre la hierba mientras las briznas le acarician las palmas de las manos. Se imagina el tacto de la piedra en los dedos, el cuerpo dejándose arrastrar por la marea y la sensación de los pies hundidos en la arena caliente.

—Todo —admite—. Quiero ver cada maravilla y cada cosa ordinaria. Quiero saber cómo se siente dormir bajo las estrellas. Quiero vivir un amor de leyenda. Quiero… Quiero probar a qué saben los besos. Quiero bailar bajo tormentas. Quiero todos los amaneceres del mundo. Quiero…

Pero calla antes de que el sollozo que siente en la garganta la ahogue y delate su angustia. Entreabre la boca cuando toma aire y nota el aliento cálido de Dyne contra su piel. No abre los ojos, sin embargo. No se atreve. Lo siguiente que sabe es que unos labios se presionan contra los suyos, tiernos, blandos pero seguros. El estremecimiento que nace de esa caricia prende todo su cuerpo en llamas y, al mismo tiempo, la relaja como si fuera un bálsamo. Es una sensación extraña, contradictoria.

Al parecer, los besos saben a agua de lluvia, a pétalos de rosas húmedos de rocío, y se sienten como una tempestad sacudiéndola por dentro.

Ammarah abre los ojos justo a tiempo de ver a Dyne separarse y tiene que reprimir el impulso de aferrarse a ella y echarse hacia delante. Tiene que detenerse para no llevarse una mano a la boca, para no volver a dejar caer la mirada sobre la hoja de hiedra que ahora siente tatuada en su propia boca.

—Has dicho que querías saber a qué sabían los besos, ¿no? —murmura la asesina—. Al menos podía darte eso.

La saliva que traga Ammarah le sabe dulce, a miel. Aunque sigue teniendo frío, le arden las mejillas, los labios, y sabe que no va a poder volver a apagarlos mientras viva. También le ardían después de besar a Lilith en la frente, pero son dos sentimientos muy distintos. El otro beso lo buscó, este se lo han dado en el peor momento. Y es injusto. Es injusto que haga eso ahora, a punto de clavarle el puñal, a punto de quitárselo todo.

Quiere pensar que no le ha gustado, que no va a querer otro nunca más.

—No… No quería un beso tuyo.

Espera que ella sonría y diga «mentira», pero Dyne solo deja escapar una risa corta, incómoda, estrangulada.

—Lo sé. Lo siento.

Ammarah siente que el corazón se le encoge en el pecho cuando sus ojos vuelven a encontrarse y se da cuenta de que la disculpa es sincera porque la necromante se ha creído su mentira. Es algo más de lo que arrepentirse y, por un instante, lo único que desea es encontrar el coraje suficiente para ser honesta. Le gustaría decirle que quiere otro, que quiere morir con su boca en la suya, que nunca había pensado en besarla a ella pero ahora se pregunta por qué no lo ha hecho antes.

Pero no le parece justo, o quizá tan solo siga sin ser lo suficientemente valiente.

Por eso tan solo dice:

—Hazlo. Hazlo ya, Dyne.

Esta vez sí, el cuchillo se alza y Ammarah vuelve a cerrar los ojos. Un corte limpio en el cordón que le ata el medallón de Destino al cuello es todo lo que Dyne necesita para que la joya caiga en su mano. Ammarah no cree haber estado sin él desde los doce años y perderlo le deja un sentimiento de indefensión, de desnudez, para el que no estaba preparada. Aun así, no abre los ojos. Que lo rompa. No merece mirar a su dios a la cara. No se merece entrar en su Corte.

Quizá no quiera entrar.

Quizá así algún día pueda ver ese mundo que ella le ha prometido.

—¿Una última mentira, majestad?

El acero contra su piel le provoca un escalofrío. Abre la boca, pero deja pasar la oportunidad de confesarle que ya se la ha dicho y busca otra entre todas las cosas que le bullen en el estómago.

Ammarah de Daiva toma aire una última vez.

—Odio que vayas a ser tú quien me mate.

Un segundo de quietud. Dos.

—Descansa en paz, Ammarah.

El puñal se hunde en su piel.

DYNE

El último aliento de Ammarah Aiviz es tan silencioso que Dyne se lo perdería si no pudiera sentir su energía apagándose como una llama que, cansada de brillar, muere dejando atrás solo una sombra de humo. Su cuerpo se derrumba entre sus brazos y, aunque la necromante se tambalea, no lo suelta. Prefiere dejar caer el puñal a renunciar a ella o al medallón que todavía sujeta entre los dedos, el que se ha partido con el último latido del corazón de su dueña.

La necromante no lamenta ni uno solo de los asesinatos que carga sobre sus hombros, pero, por primera vez en años, la sangre le pica en las manos. No importa que una parte de ella crea que es una muerte merecida, no importa que la reina casi pareciese desear que alguien hiciese lo que ella quizá nunca se habría atrevido a hacer con sus propias manos. Dyne no derrama ni una sola lágrima, pero le duele. Le duele pese a que sabía que no debía acercarse tanto, que no debía dejar que se le colara bajo la piel. Nunca debería haberle robado ese primer y último beso. Nunca debería haberle ofrecido sueños para luego quitárselos, porque ahora han echado raíces en su propia mente y sabe que no va a ser fácil arrancárselas,

sino que florecerán con un montón de preguntas sobre lo que podría haber sido.

Con cuidado, se agacha y, al fin, deja el cadáver sobre el suelo, junto al altar. Se plantea volver a ponerle el medallón alrededor del cuello, pero descarta la idea: es mejor que nadie lo sepa. Es mejor que crean que sigue entero, que alguien se lo robó, y le den los ritos que merece como monarca, porque si no quizá la lleven a su maldita Fosa. Así que se queda la joya, encerrada en su propio puño, y después se inclina y deja un beso sobre su frente para plantar sueños felices en su próxima vida.

—Lo siento.

Dyne no echa la vista atrás, aunque se yergue de nuevo en cuanto escucha la voz. Derek está a solo unos pasos, aunque no lo ha oído acercarse. Sabe que su amigo lo ha visto todo, pero no hace preguntas. Las hará, pero no ahora. Ahora solo se estará preguntando cuántas personas más tienen que morir por él. Lo conoce. Sabe que se culpará, pero la realidad es que ella habría matado al doble de gente si ese era el precio a pagar por mantenerlo a él a su lado. Habría matado a media ciudad, por egoísta que fuera, para conseguir que el único hermano que conoce siguiera viviendo.

—Está bien —murmura—. Creo que, de todos modos, ella no podría haber seguido viviendo con la culpa, así que espero que en su próxima vida no tenga tanta. Que pueda vivir… más tranquila. Más feliz. ¿Será así, Muerte?

—Tendrá una vida más sencilla. Una en la que nadie elegirá por ella.

La asesina se gira para fijarse en la niña que se ha detenido al principio del largo pasillo flanqueado por los bancos de madera. Resulta diminuta en la inmensidad de la basílica, descalza, sin más ropa que un vestido hecho de mil colores que se arremolinan y se mezclan. No, no es eso. Los trozos de tela son en realidad las alas de centenas de mariposas posadas sobre la piel morena de la niña. Una larga melena de pelo blanco cae suelta a su espalda y los ojos, del mismo verde que los primeros brotes de la primavera, están fijos en los de ella.

Dyne siempre ha sentido idolatría por su diosa, pero, por primera vez en su vida, nota un asomo de resentimiento deslizándose por debajo de su piel. No se debe solo a Ammarah, sino también a Ishtar. Al propio Derek, que ha tenido que sufrir una maldición durante días por una traición que él nunca pretendió cometer.

Con cuidado, se pone en pie para encararla.

—He cumplido con mi parte. Es hora de que vos cumpláis con la vuestra.

Sikil ladea la cabeza en un gesto de inocencia y, por el más breve de los momentos, Dyne teme que no vaya a hacerlo, que vaya a señalarle un vacío legal en su trato y le diga que no entendió bien las condiciones.

Pero Muerte no es así. Muerte puede ser injusta, incluso cruel, pero siempre les dice a los suyos lo que espera de ellos.

Por eso asiente y su mirada cae sobre Derek.

—Me alegro de que regreses a nuestra familia, mi niño.

Un gesto de su mano es todo lo que hace falta para que una de las mariposas se desprenda de su vestido. Tiene unas alas blancas enormes y cruza grácilmente el aire que separa a la diosa de los

necromantes; Derek la mira con los ojos muy abiertos, en tensión, pero no se aparta cuando el insecto revolotea alrededor de su cabeza y, al final, se le posa en la mejilla, sobre el tatuaje que no ha dejado de extenderse desde ahí. En cuanto lo hace, el chico contiene una mueca. Es el gesto más sutil, como si la sensación de tener la mariposa encima fuera desagradable. Dyne da un paso hacia delante, está a punto de preguntarle si se encuentra bien, pero entonces las alas del insecto empiezan a cambiar. Es como si alguien dejara caer una gota de tinta negra sobre ellas. Empieza en el centro, como un pequeño punto, pero se extiende casi de inmediato y las va tiñendo poco a poco. A medida que las alas de la mariposa se tornan negras, Derek recupera su movilidad. Jadea, incrédulo, mientras mueve la mano que tenía en el cabestrillo y abre y cierra los para probarlos; se levanta la manga para comprobar que la enredadera que le pintaba la piel se ha desvanecido.

Los únicos tatuajes que quedan cuando la mariposa vuelve a alzar al vuelo son los de sus antiguas heridas.

El necromante alza la vista y Dyne se da cuenta de que sus ojos ya no parecen los mismos. Siguen siendo grises, siguen estando tristes, pero también hay algo más en ellos. Alivio. Incredulidad. También magia. Está segura de que, cuando la observa, está mirando más allá de ella, percibiendo su energía igual que ella percibe la suya.

—Estoy…

Algo similar a un sollozo le rompe la voz, así que Dyne nunca llega a saber qué iba a pronunciar a continuación: «bien», «vivo» o incluso «aquí». No importa. Ella lo entiende, porque siempre lo ha hecho. Lo que quiere decir es que vuelve a ser él, pese a los trozos

que ha perdido por el camino. Lo que siente es agradecimiento, pero también vértigo, porque ahora tiene que aprender a vivir sin Ishtar, después de tantos años viviendo casi para ella. Aun así, Dyne sabe que lo hará. Por la princesa, porque se lo pidió. Porque, aunque duela, aunque vaya a doler durante mucho tiempo, son necromantes precisamente porque aman la vida, así que al final una mañana se levantará y descubrirá que puede soportarlo, o tal vez una noche, mientras estén mirando las estrella, se girará hacia su amiga y le dirá que se alegra de estar vivo.

Dyne no sabe quién va primero a por el otro, pero lo que sí sabe es que de pronto están abrazados, aferrándose entre sí como nunca se han aferrado a nadie. Se sostienen, tratan de mantener al otro unido para que no termine de romperse. Cuando Derek empieza a llorar contra su hombro, cuando solloza como el niño perdido que un día fue, ella aprieta los párpados y los dientes y es fuerte por los dos. Busca el camino de vuelta al hogar por los dos.

No volvería a abrir los ojos si no fuera por el ruido. Si no fuera consciente de que la energía de Sikil fluctúa y todas sus mariposas empiezan a aletear al mismo tiempo, como si quisieran marcharse de allí. Entre las lágrimas que se le amontonan en los ojos, Dyne ve que su diosa alza la vista hacia las constelaciones del techo, como si pudiera leer en ellas el futuro.

—Va a empezar —susurra—. Deberíais marcharos de aquí.

—¿Qué…?

El mundo se sacude de nuevo antes de que pueda terminar la pregunta.

ASTREY

Astrey no ve a los demonios, pero los escucha. Sabe que están ahí, entre las ruinas, esperando a que se adentre en ellas para lanzarse a por su cuerpo. Si les deja, lo despedazarán. Le arrancarán los miembros y, poco a poco, se irán abriendo paso a mordiscos hasta su corazón. El que lo consiga será el ganador. Jugará con él, se lo pasará de garra en garra como si hiciera malabares y luego abrirá la boca hasta desencajar la mandíbula y se lo tragará entero, sin masticar. Lo verá. Verá como baja por su garganta y sentirá cómo se le va deshaciendo en el estómago. Mientras todavía quede un trozo de su corazón seguirá vivo, pero en el momento en el que lo pierda por completo estará perdido.

Astrey camina. Deja que la niebla le envuelva el cuerpo como una manta, que lo acune hasta que pueda olvidarse de todo. Aunque lleva más de media vida soñando con ese momento, de pronto siente miedo. Miedo de perderse, de no ser un premio lo suficientemente jugoso, de no saber cómo tratar con demonios. Le dijo a Nilam que no se preocupase, le dijo a Caleb que lo daría todo, pero nadie sale a su encuentro. Impaciente, mira a su alrededor. Ve

sombras deformes que corren entre la niebla y se pregunta si tratan de jugar con él, como si fuera un niño.

Odia que lo traten como a un niño.

—¡Salid! ¡He venido a hacer un Trato!

La niebla parece convertirse en risas. La siente enredarse en sus muñecas como grilletes, subirle por el brazo, acariciarle la garganta. Es algo intangible, un sonido, un susurro, y, al mismo tiempo, una caricia de terciopelo, como tentáculos que lo atan al lugar donde se ha detenido.

—Eres muy pequeño. ¿Qué Trato podrías ofrecernos tú?

Astrey se gira. Hay algo entre los jirones de bruma que ni siquiera hace el amago de parecer humano. Es una silueta indefinible, pero alta, enorme, que le saca varias cabezas. Justo al lado se alza una torre todavía más impresionante. Si cualquiera de las dos formas le cayera encima, lo aplastaría. Desaparecería y nadie más volvería a saber de él.

—¡Pertenezco a la familia imperial de Odelia! —clama por primera vez en toda su vida—. ¡Soy descendiente de Brynjart el Inmortal y quiero recuperar el trono del Imperio, que me pertenece por derecho! Quiero venganza y un demonio lo bastante poderoso como para conseguirla. Si lo eres, te lo daré todo. Te daré mi cuerpo, te daré mi sangre, te daré hasta mi alma, si ese es el precio.

La risa vuelve, más fuerte. La risa lo llena todo, se le mete en las venas, le toca los huesos y se los recoloca. Se divide en tantas carcajadas que parece que haya mil enemigos a su alrededor, pero no ve a nadie cuando vuelve la cabeza. No es hasta que mira hacia abajo que se da cuenta de que está rodeado de serpientes, todas ellas diferentes. Las hay pequeñas como sus dedos, largas como sus

piernas, anchas como su antebrazo. Las hay amarillas y negras, de todas las tonalidades de verde, rojas como la sangre y azules como el cielo que pende en algún lugar por encima del nido. Tienen las escamas húmedas y el ruido que hacen cuando se mueven, cuando pasan las unas sobre las otras, cuando se deslizan entre sus piernas, es un susurro con su nombre que lo perseguirá de ese día en adelante. Algunas han empezado a rodearle los tobillos, pero ni siquiera es capaz de moverse para sacárselas de encima. No es capaz de hacer nada más que alzar la cabeza y ver que la niebla se retira lo justo para que distinga a la criatura que se cierne sobre él. Las escamas plateadas destellan como el sol, sus ojos rojos solo tienen una línea negra que está fija sobre él. Esa criatura es la torre y su cola, que se alza inmensa también, es la primera figura que vio.

—¿Todo? —pregunta, con una voz que es imposible que salga de esa boca donde solo se ve una lengua bífida y un par de colmillos del tamaño de mandobles—. ¿Me lo darás todo, pequeño?

—Todo —responde él, sin aliento.

Las serpientes no sonríen, pero esa parece hacerlo. Le dedica una sonrisa que le parte el rostro en dos, tan afilada como las agujas que tiene como pupilas. Astrey traga saliva y se deja contagiar por ese gesto, llega a mostrarle ese diente roto que oculta bajo los labios.

Y entonces cae sobre él. Entonces, abre por completo la boca y lo devora entero, con ropa y huesos y todo, dejándolo en la más absoluta oscuridad.

La serpiente lleva tragándoselo desde entonces. Ha estado digiriéndolo poco a poco, deshaciéndole el cuerpo con cada palabra, con cada comentario, con cada idea que ha plantado en su cabeza.

Lleva matándolo sin que el brujo se haya dado cuenta, intentando arrastrarlo a las profundidades, hacerse con su voluntad, y solo es consciente de ello cuando se encuentra de pie frente a las murallas de Daiva. Se siente un intruso en su propio cuerpo, luchando por el control de sí mismo y del Amuleto del Tiempo. Está lejos de ese momento, de ese lugar, y lo único que lo ata a la realidad, al presente, es la garra a la que todavía se aferra. La voz que todavía le habla, que pronuncia su nombre, que lo llama con urgencia:

—Quédate conmigo, Astrey. No lo escuches. Es tu demonio, ¿verdad? Eres más fuerte que él. Recuerda lo que pasó la última vez que dejaste que tuviera el control. Recuerda lo que le hizo a tu tío. Recuerda…

Lo recuerda. Aún sueña con Nilam en el suelo. Aún sueña con su cabeza cercenada. Aún sueña con Caleb, que no tuvo la más mínima oportunidad. Aún sueña y se revuelve mientras intenta despertar y…

«Y sabes que yo vencí aquella vez. Que te lancé al fondo y volveré a hacerlo ahora. ¿Por qué quieres luchar contra mí? ¿No te das cuenta de que somos lo mismo?».

Pero no lo son, quizá nunca lo han sido. Son dos entidades independientes y a veces están en conflicto. A veces Astrey quiere más cosas de las que el demonio le permite. Y el demonio, a cambio, a veces quiere convertirlo en alguien que no es. Lo hizo cuando mató a su familia. Lo lleva haciendo durante años, cada vez que lo ha intentado alejar de Elira, cada vez que insistía en que era una distracción.

«Ha demostrado serlo. Si no te hubieras encaprichado, ya habríamos vencido a los celestiales. Si no le hicieras caso, ya habrías destruido esa muralla».

No tienen que destruirla. Ya hay una brecha. Eso es lo único que necesitan. Ahora solo hay que pasar dentro. Solo…

«Eres débil. Siempre has sido insignificante. Y no habrías llegado a ninguna parte sin mí».

—Eres más fuerte que él —le susurra la voz de Elira, que le llega a rachas, como si el viento intentara alejarla de él. Le está apretando la mano y el brujo intenta devolverle el apretón para que nadie pueda apartarla de su lado—. ¿Puedes escucharme? Tienes el poder de someterlo. Llevas años haciéndolo.

Pero no es cierto. En los últimos años no lo ha sometido. En los últimos años no ha intentado luchar contra él, se ha conformado con estar en segundo plano, con ser un simple observador, y no entiende qué ha cambiado. No entiende qué…

«Ella. Ella ha cambiado».

No, eso no…

«Le estás dando más poder que nunca. La estás dejando decidir. Antes, al menos, mantenías las distancias. Nuestros secretos eran nuestros y de nadie más. Nuestros planes no incluían a nadie más. No la incluían a ella». Pero sus planes siempre nos incluían a… «… a ti. Sus planes siempre te incluían a ti. Y a mí me convenían. Lo decías siempre, que si ella triunfaba, nos acercaría a nosotros también a la victoria. Pero nuestros objetivos eran diferentes. Y ahora, por alguna razón, la has incluido. Ahora la escuchas a ella en vez de a mí».

Y eso es lo que le molesta. Le molesta perder el poder sobre él. Le molesta que decida sin él, que ella tenga tanto peso.

«Me lo entregaste todo, espíritu. Y eso también incluye tu corazón. Es mío y puedo hacer lo que quiera con él. Eres mío y

puedo hacer lo que quiera contigo, porque sin mí no eres nada».

Pero sin Astrey, el demonio tampoco es nada. Por eso la lucha está tan igualada. Por eso una mano se aferra a la de Elira y la otra va a por el Amuleto del Tiempo. Por eso su mirada va de ella a la muralla que todavía sigue en pie. Por eso se siente tan dividido, caminando por el borde de la consciencia. Por eso nota una mano monstruosa apretándole ese corazón que todavía le late, que resuena en cada rincón de su cuerpo.

—Arrán… camelo. —Su voz sale ahogada, ronca, cuando consigue enfocar la mirada y clavarla en ese par de ojos naranjas que tiene enfrente—. Llévatelo… No… No dejes… No dejes que lo use.

No sabe si se refiere a su corazón o al Amuleto. No sabe si sigue siendo él o las palabras que pronuncia nunca llegan a abandonar sus labios. Lo único de lo que es consciente es de que reúne toda su fuerza de voluntad para darle un tirón a la cadena que lleva alrededor del cuello y se encuentra con una resistencia que le paraliza el brazo.

«No vas a arruinarlo todo», gruñe el demonio.

—No voy a permitir que eches a perder todo lo que hemos estado construyendo durante años —pronuncia a través de su boca.

Lo siente. Siente el momento exacto en el que el demonio da un paso adelante. Es como una invasión, como si alguien le atase hilos alrededor de los brazos, de las piernas, de los dedos y de la cabeza, y lo empujase a bailar como él quiere. Es doloroso, es molesto, y Astrey no encuentra las fuerzas para luchar. El demonio lo embiste con una fuerza que el propio espíritu ni siquiera sabía que tenía, le enreda serpientes alrededor de los tobillos y tira, tira y tira de él hacia abajo, hacia sus fauces abiertas, hacia lo más profundo de su

estómago, donde lo deshará, donde terminará como un corazón derretido, mientras sus huesos se convierten en ceniza.

Ya lo siente. El comienzo del fin. El Amuleto deja de estar en su mano porque esa no es su mano, ya no. Una garra trata de alcanzarlo en el último momento, en un gesto desesperado.

—¡Astrey, no!

Pero la tierra ya está temblando y el demonio lanza a Elira hacia atrás con un golpe que la tira al suelo por lo inesperado que es. Astrey grita desde alguna parte, intenta alcanzar a su demonio, intenta llegar hasta el objeto que le pertenece. Es el emperador de Odelia, es el Portador, pero también es un niño perdido en la niebla, mirando a todos lados, buscando un demonio que quiera darle su poder.

«Eres muy pequeño», le susurra la bruma con una risa. «¿Qué Trato podrías ofrecernos tú?».

Y es cierto, lo es. Antes tenía algo, justo ahí, entre los dedos, pero ya no se acuerda de qué era. Ahora lo tiene otro. Lo ve, a través de los jirones, a través de un caleidoscopio de colores borrosos. Lo ve apretar un objeto dorado entre los dedos hasta que destella, hasta que las agujas se ponen en marcha, más frenéticas que nunca. Se cruje el cuello, se acomoda en ese cuerpo y murmura:

—Siempre supe que eras demasiado débil. Es una suerte que me tengas a mí para acabar las cosas que tú no eres capaz de hacer.

La tierra tiembla con más fuerza. Una grieta con la forma de una boca se abre bajo sus pies.

A Astrey lo devora la oscuridad.

He sido testigo de guerras, de la destrucción de imperios por la avaricia humana. He visto cómo islas enteras se hundían bajo las aguas por la soberbia de unos pocos y he comprobado que incluso las civilizaciones más brillantes pueden desaparecer en un segundo gracias al poder del tiempo.

Ver las murallas del Sacro Reino caer es recuperar esas historias, porque los humanos se niegan a aprender de los errores de sus antepasados. Una vez más, camino entre el caos más absoluto, escucho los gritos, las llamadas de auxilio, los murmullos quedos de los moribundos. Me abro paso entre una niebla hecha de polvo, tierra y destrucción, y contemplo con rabia las almas que no me pertenecen, que Xandre me roba, pero también me reencuentro con las que sí me buscan: las de los falsos conversos; las de los blasfemos y traidores que reniegan de su dios en el último instante, que lo acusan de abandonarlos; las de los niños que son demasiado jóvenes para haber sido consagrados. A las más pequeñas las acuno entre mis brazos, las escondo en los pliegues de mi vestido de mariposas, para escudarlas del horror, de la sangre, de los chillidos de quienes vivirán pero jamás olvidarán este día. Algunos huyen del desastre, otros corren hacia él.

Mientras busco las vidas que se acaban, también observo.
Sigo con la mirada a los dos necromantes que corrían hacia la brecha que se había abierto y que ahora se encuentran cara a cara

con la desolación, que se protegen el uno al otro mientras sienten en su propia carne cómo las vidas se apagan y la ciudad se queda un poco más silenciosa sin ellas.
Uno de ellos se pasa la manga por el rostro, pero se niega a detenerse y se deja guiar fuera de la ciudad. El otro tiene un objetivo y yo me pregunto si el odio, la rabia, volverá a cegarle o habrá aprendido de los errores de esa vida.

Más allá, una figura retrocede, busca otra salida, salta obstáculos y crea su propio camino en medio de la aniquilación. El alma de la santa le brilla en el cuello con la intensidad de una estrella, igual que brilla la espada que tiene en la mano. Ella vengará a la ciudad, o eso cree.
Se mueve con la seguridad de quien tiene una misión, de quien ha encontrado un objetivo por el que merece la pena vivir y morir. Ve el horror y deja que su decisión se alimente de él.

Más allá, lejos de lo que queda de las murallas, una sombra sale del castillo y observa la destrucción a sus pies con los ojos muy abiertos por la incredulidad, por el horror y por la comprensión de un plan fallido.
Él no puede ver, como sí puedo verla yo, a la mujer que se desgañita a las afueras de las murallas, que grita un nombre que no responde y ve cómo todos sus sueños se rompen al mismo tiempo que lo hacen los muros de la ciudad, pero sabe, igual que lo sé yo, que ella jamás quiso eso. Sabe, también, que la persona que la ama jamás la habría traicionado de esa manera. Sabe, porque lo vio una vez, aunque solo él lo recuerde, que ha tenido que perder el control.

Las piezas de mis hermanos se mueven y yo sé que van a confluir en el mismo lugar, como ríos destinados a desembocar en el océano. Me pregunto cuántas de esas piezas llegarán al final sin quebrarse, cuántas podré volver a moldear pronto.

Con el tiempo, quizá todas.

Pero hoy ni siquiera Destino sabe cuántas sobrevivirán.

ELIRA

Su grito queda silenciado por el estruendo del derrumbe, casi tan ruidoso como el que hace su esperanza al quebrarse por completo. Incluso después de que se le agote la voz, el retumbar de la destrucción continúa: el viento trata de llevarse la tierra y el polvo que quedan suspendidos en el aire, lloviendo sobre las casas y la gente, cubriendo la sangre con una capa de olvido. Ese es el verdadero poder del Amuleto del Tiempo: la aniquilación. La gente ansía usarlo para la vida, pero su poder es el de convertirlo todo en muerte, en cenizas, en recuerdos de los que en el futuro solo hablarán los libros. Igual que pasó en Yuda. Igual que pasó en Galia. Igual que ha pasado tantas veces más.

Se suponía que ella lo sabía.

Se suponía que ella no iba a permitir que la historia se repitiera.

Pero ahora está ocurriendo. Una nueva catástrofe sacude Evren y ella está ahí, viéndola de primera mano. Forma parte de los responsables. Sus decisiones, sus planes, han sido algunas de las piezas que han llevado a ese final.

—¿Lo ves? —La voz de Astrey suena por encima del desastre y es lo único capaz de hacer que ella aparte la vista del caos—. Así es como se cambia el mundo.

Elira sabe que no se está dirigiendo a ella, igual que sabe que, aunque tenga su aspecto, esa criatura ya no es Astrey. Esa no es su sonrisa, porque es demasiado amplia, antinatural, extraña; esos no son sus ojos, porque tienen las pupilas finas como el trazo de una pluma; esa no es su piel, brillante bajo el sol de la tarde, moteada de escamas plateadas. Van desde algunas partes de su rostro (la frente, los pómulos, el cuello) hasta su mano, que aún sujeta el Amuleto del Tiempo. Las manecillas siguen girando, incansables, repletas de toda la magia, de todo el tiempo que le acaba de arrebatar a esos muros sagrados.

Elira lo observa como si no lo tuviera a solo unos pasos, sino a mundos enteros de distancia. No le parece real. Quizá no lo sea. Quizá todo esto sea una pesadilla y en cualquier momento va a despertar y va a encontrarse de nuevo en su cama, con él dormido contra su pecho desnudo. Podrá despertarlo con un beso y pedirle que le haga olvidar el sueño que acaba de tener y él obedecerá y ella se perderá en sus caricias, en sus labios. Al cabo de unos minutos ni siquiera recordará qué fue lo que lo hizo abrir los ojos tan de golpe.

No, ese no es Astrey. No es real, nada es real.

Y, aun así, todavía paralizada, no puede evitar murmurar:

—No tenía que ser así.

El demonio se gira hacia ella como si se hubiera olvidado de que tenía compañía. En su expresión no hay ni rastro de la adoración que suele haber cuando la mira ni de su sonrisa burlona. Por primera

vez en su vida, Elira siente miedo de ese rostro y del ser que se esconde tras él. El demonio, en cambio, no la teme a ella, porque extiende la sonrisa un poco más (demasiado, demasiado, demasiado) y se acerca.

Su tacto tampoco es igual que siempre cuando se atreve a tomar su mentón entre los dedos. Es frío, resbaladizo, violento. Ella está tan helada, tan bloqueada, que ni siquiera es capaz de moverse para alejarse.

—Te equivocas —replica el ser con satisfacción—. Has estado equivocándote desde el principio, arpía. Así los celestiales por fin sabrán quiénes mandan. ¿No eres tú la que siempre habla de justicia y venganza? Pues esto es justo. Esta es la venganza que los demonios llevamos siglos esperando.

Ella jadea, sin aire, como si esos dedos se lo estuvieran quitando todo. Sí, quería venganza, pero una controlada. Quería una venganza directa hacia los culpables del ataque de Damira, de la muerte de Denna. Quería ir a por quienes daban las órdenes, no a quienes solo vivían en sus territorios. Quería romper la muralla, sí, pero no para reducirla a cenizas, sino para acabar con las separaciones absurdas, con las diferencias.

Ese era el deseo de Astrey también. Astrey no quería convertirse en otro Inmortal, en la sombra de su padre, en una extensión más de su historia. Quería hacerlo mejor que él, ser mejor que él. Pero ahora nadie lo sabrá, porque todo el mundo va a recordarlo como quien continuó el legado del Inmortal. Dirán que fue digno descendiente de Brynjart, que a él tampoco le tembló el pulso al arrasar por completo el territorio de sus enemigos. Lo convertirán en una historia de terror, no de esperanza, o en el peor de los casos en

un héroe para aquellos que crean que la paz solo se consigue mediante la destrucción y que los celestiales deben ser erradicados. A nadie le importará si quien usó el Amuleto del Tiempo para derribar las murallas del Sacro Reino era Astrey Brynsen o el demonio que habitaba su cuerpo. Lo que quedará escrito, lo que pasará a la historia, será el desastre que provocó y el número de víctimas que lo sufrieron. Cientos. Quizá miles.

Una catástrofe más. Una leyenda que otros estudiarán para advertir de los peligros del Amuleto y que, como todas las demás, no servirá de nada.

Es injusto. Es cruel. Iban a cambiar el mundo juntos, pero ahora esa criatura ha ensuciado su utopía, la ha convertido en algo retorcido y terrible que no tiene nada que ver con la forma que ellos querían darle. Le ha arrebatado a Astrey, lo mantiene lejos de ella, pero sobre todo les ha arrancado de las manos el futuro que podrían haber creado.

Eso es lo que consigue que comience a despertar. El miedo y la culpa siguen ahí, mordiéndole el pecho, apretándole la garganta, pero la rabia encuentra también su hueco y comienza a crecer. Sus uñas se extienden, arañan el suelo. Sus alas tiemblan. Las plumas se le erizan en torno al rostro y los ojos le comienzan a cambiar.

—Devuélvemelo —gruñe—. Devuélveme a Astrey.

Una lengua bífida acaricia esa sonrisa envenenada.

—No hasta que ate todos los cabos que quedan sueltos. La muralla era uno, pero tú eres incluso más molesta. No va a centrarse mientras tú sigas aquí, así que tengo que asegurarme de que dejes de ser un problema.

Pero, antes de que pueda hacer un solo movimiento más, una enredadera lo agarra de la muñeca. De la cadera. De los tobillos. Elira no ve de dónde sale, pero sí la manera en la que tiran de él hacia atrás y lo alejan de ella.

Una sombra salta sobre su prometido.

CALEB

Los puñales están a punto de encontrar el cuello de Astrey, pero eso es solo un instante antes de que Caleb se encuentre de pronto en el aire, golpeado por una fuerza invisible que no sabe de dónde viene. El impacto llega justo después. Su cuerpo encuentra el suelo con una dureza que le arrebata el aire de los pulmones y le hace sentir pequeño, frágil, de nuevo el chiquillo que fue hace mucho tiempo. No, es todavía peor que entonces. Ahora el dolor le reverbera en los huesos y le recuerda la pérdida de su inmortalidad, lo quebradizo que se ha vuelto. El daño no va a desaparecer tan fácilmente como antes; las heridas que le inflijan no se van a ir si alguien no se las cura, por eso Darien grita su nombre y se apresura a dejarse caer a su lado.

—¿Necesitas…?

Caleb niega, aunque se le escapa una tos y acaba escupiendo sangre al suelo. Pese a ello, su mirada se mantiene fija en Astrey, que se ha liberado de las enredaderas que había convocado para sujetarlo. Aprieta el Amuleto del Tiempo entre los dedos y lo observa con esos ojos de serpiente que tan familiares le resultan. Son los

ojos que tenía cuando mató a Nilam. Son los ojos que tenía cuando a él le atravesó el corazón.

La sonrisa también es la misma.

—¿Cuántas veces voy a tener que matarte, *hermanito*?

Darien también alza la vista y aprieta los dedos sobre su hombro. Nota que su energía vibra cerca, nerviosa pero decidida, mientras lo ayuda a ponerse en pie de nuevo.

Caleb entrecierra los ojos y vuelve a ponerse en guardia.

—Al menos una más si quieres salir vivo de aquí hoy.

Le duele el pecho por la carrera que los ha llevado hasta ahí, por el cansancio y el golpe, pero no permite que nadie lo vea. Eso lo aprendió de Ishtar. Ella nunca dejaba que la gente supiera cuánto le dolía o lo difícil que podía llegar a ser algo tan sencillo como respirar, así que él tampoco va a hacerlo.

—O también puedes darnos el Amuleto del Tiempo y salvarte —apunta Darien.

La risa de Astrey es estridente, chirriante como filos contra un cristal.

—Lamentablemente, eso no va a poder ser. El Amuleto y yo tenemos mucho que hacer.

Tras él, Elira Surya se pone en pie, tambaleándose. Su mirada iracunda se encuentra con la de Caleb durante un instante y el necromante se pregunta si recordará lo que él le dijo la noche que le permitió huir de palacio. Le advirtió de que no podía confiar en Astrey. Le avisó de que sus objetivos siempre serían más grandes y ahora ha tenido que comprobarlo de primera mano.

—No es él —dice la bruja. Su voz suena fuerte y grave, de ultratumba. Caleb está seguro de que sus ojos no eran tan rojos la

última vez que la vio, que en su cuerpo no había tantas plumas—. Ese no es Astrey, el demonio ha tomado el control.

El necromante vuelve a fijarse en esa persona que un día consideró parte de su familia, en el gesto retorcido que le tira de los labios de una manera antinatural. Por un momento, no puede evitar preguntarse si aquella noche también fue así. Si fue esa criatura que descansa bajo la piel del brujo la que decidió acabar con su maestro, con él.

Se pregunta, también, si cambiaría algo que hubiera sido así.

El demonio parece saber lo que está pensando. El gesto de su boca crece y crece, su expresión se deforma para darle cabida.

—Yo soy Astrey. Astrey es yo. Me lo dio todo cuando hicimos un Trato, así que siempre seremos lo mismo, uno solo. Hayamos hecho lo que hayamos hecho, lo hemos hecho los dos. Hagamos lo que hagamos, lo haremos los dos.

Caleb entrecierra los párpados, aprieta los dedos alrededor de los puñales que tiene en las manos y se concentra en la energía viva que lo rodea. Las raíces de los hierbajos, los árboles que hay no demasiado lejos, los cuatro corazones que laten en esa escena. Hay un quinto que se acerca, que pulsa acelerado por la carrera. Está lejos, todavía está lejos, pero se dirige hacia ellos.

Solo tienen que conseguirle un poco más de tiempo.

Por suerte, Darien y él van a tener al menos una ayuda más, porque la bruja de alas pardas extiende sus garras. Las ve crecer y crecer, tan mortíferas como cualquier arma.

—No es cierto —grazna Elira—. Astrey es Astrey. Y yo voy a traerlo de vuelta.

Es lo único que dice antes de abalanzarse sobre él emitiendo un grito que suena al graznido de una arpía, al lamento desesperado de un animal.

Caleb y Darien intercambian una única mirada. Una promesa. Una esperanza. Solo tienen que ganar esa última batalla. Después vendrá la casa, el jardín, el bosque, la calma.

Juntos, se lanzan a por el emperador de Odelia.

LILITH

Su sueño se convierte en realidad cuando las murallas comienzan a caer y Lilith corre en medio del caos. Su único objetivo es avanzar y lo sigue haciendo incluso cuando se choca de frente contra los restos de la muralla, los muertos, los moribundos, la sangre y la desolación. Corre entre gritos, entre sollozos, entre llamadas de auxilio y súplicas desesperanzadas. Corre entre las blasfemias hacia su dios, las oraciones y la resignación más absoluta. Una parte de ella, de su alma, se queda atrás, con toda esa gente, con toda la angustia que se mezcla con el polvo en el aire. Pero sabe que la necesitan en otro lugar, que tiene que llegar hasta el Portador. Eunomia se lo recuerda, brillando, ardiendo contra su cadera, mientras ella empuja rocas, trepa, salta y se arrastra para conseguir salir de Daiva.

Más rápido, más rápido.

No puede dejar que ocurra nada más.

Siente todo el peso del mundo sobre los hombros, pero, aun así, solo se detiene a tomar aliento cuando consigue dejar atrás los restos de la muralla. Todavía le falta un último esfuerzo, una última carrera, pero a lo lejos distingue varias figuras que luchan entre sí.

Distingue el cabello rojo del emperador; distingue las alas pardas de la bruja con la que se toparon al salir del castillo de Damira. Caleb y Darien están allí también, haciendo crecer raíces y tallos del suelo. Se mueven rápido, se acercan a su enemigo y luego tratan de retroceder. A veces lo consiguen. En otras ocasiones, el mundo se vuelve contra ellos: las armas de Astrey son de piedra, de tierra, de barro, de fuego e incluso de aire. Todas ellas se le antojan tan impredecibles que duda de poder esquivarlas sin su don de santa.

Aun así, no se permite más que un instante para recuperar aliento y coger fuerzas. Para llenarse de seguridad y, por fin, enfrentarse a ese gran destino que lleva toda una vida anhelando.

Mientras Lilith se pone en marcha de nuevo, el emperador de Odelia lucha como si el terreno fuera su paladín. Consigue evitar por poco un ataque de la bruja que antes era su aliada y se encara con Darien cuando este trata de inmovilizarlo con raíces y correr hacia él con su puñal en alto. Es en vano. El Portador solo necesita alzar un muro de piedra para detener al muchacho y hacerlo caer al suelo, aunque no se contenta solo con eso. Un instante después, le lanza dos flechas que le atraviesan los muslos de lado a lado y Darien grita tan alto que Lilith siente que su voz la impulsa, que se le mete en el cuerpo y la llena de adrenalina. Le gustaría gritar con él, sacarlo de allí, protegerlo como debería haberlo protegido toda la vida. Lo ve intentar recuperar el arma que se le ha caído al suelo, pero no es capaz de levantarse. Para entonces, el Portador ya se ha vuelto hacia Caleb, que le ha apresado las piernas con zarzas que intentan clavarle las espinas a través de la ropa. Astrey ni siquiera parece sentir el dolor. Esquiva las garras de la mujer que vuelve hacia él

como un ave rapaz y lanza filos hacia ella, igual que abre una grieta en el suelo para el necromante.

La imagen que se despliega ante ella parpadea.

El tiempo avanza a trompicones.

La bruja cae. Lilith no es consciente de en qué momento pasa, porque en un segundo estaba en el aire y al siguiente está en el suelo, con un ala desgarrada que cuelga inútil a su espalda. Elira se revuelve como un pajarillo herido contra los zarcillos de piedra que intentan inmovilizarle la otra ala y grita, gruñe, ruge como un animal acorralado, pero al final se queda quieta, desangrándose en el suelo, en un nido de sus propias plumas.

Caleb se vuelve un momento hacia la bruja, preparado para ayudarla.

—¡A tu derecha!

El aviso de la santa lo salva por muy poco. Una nueva flecha de oro le pasa rozando el brazo y Lilith, sin aliento y con el corazón latiéndole en cada músculo que ha llevado al límite, se abalanza sobre el Portador. Pretendía acabar con él de un solo golpe, pero el brujo alza un escudo de tierra que, aunque no es rival para Eunomia, lanza polvo y arena a todos lados cuando se deshace y la ciega durante un instante. El dolor llega un segundo después: un dardo dorado se le clava en el costado. El pequeño filo le sobresale por encima de la ropa, lo justo para que ella pueda apretar los dientes y arrancárselo de un tirón.

—Cuatro contra uno no parece una lucha justa —se burla el emperador. Tiene un corte en una mejilla, las espinas le han agujereado el pantalón y se le han clavado en las piernas, pero está más entero que sus enemigos—. Y, aun así, vais perdiendo.

Ninguno de sus dos contrincantes responde. Caleb, a su lado, tan solo intercambia un rápido vistazo con Lilith y asiente a modo de señal.

Atacan a la vez. El necromante trata de inmovilizar al brujo y la santa, por su parte, alza a Eunomia de nuevo. La lógica le dice que el emperador no debería poder escapar, que tendría que ser un objetivo muy fácil, pero los Portadores no juegan limpio. De nuevo, la imagen que Lilith tiene ante ella parpadea. Eunomia, con su ojo abierto, mira hacia Astrey. Su brillo se intensifica cuando cae y solo corta el aire, porque el brujo ha vuelto a apartarse. Esta vez, sin embargo, la espada encuentra un nuevo objetivo. Lilith no puede verlo, pero lo nota: algo se resiste debajo de la hoja y la guerrera aprieta los dientes, hace acopio de toda su fuerza y empuja contra la nada, contra ese muro invisible que no se mueve y se resiste y se resiste…

Y, de pronto, cede.

Tarda en entender lo que ha hecho. Tarda en comprender por qué Caleb no se mueve, por qué tiene el rostro congelado en una mueca de esfuerzo y concentración. Tarda en comprender por qué el Portador parece tan sorprendido cuando la oye jadear, cuando la ve enderezarse y pasarse una manga por los ojos para limpiarse el sudor. Tarda en comprender por qué, durante un instante, casi parece vulnerable, humano, y se echa hacia atrás un solo paso, como si la temiera.

En su mano, donde cada vez hay más escamas, las agujas del Amuleto corren alrededor de la esfera de oro.

Un silencio absoluto inunda el mundo.

Y entonces se da cuenta. El tiempo se ha detenido, pero ella, la santa que empuña a Eunomia, que tiene el poder de un dios en las manos, no tiene por qué seguir las mismas normas que el resto de los mortales.

El brujo sale de su estupor con esa risa que recuerda a un chirrido. La sonrisa vuelve a sus labios y sus pupilas dilatadas destellan.

—Al fin una contrincante a mi altura.

El golpe del tiempo al ponerse en marcha de nuevo sí que la desorienta. Es como un bofetón, como si alguien la hubiera empujado. El estómago le da un vuelco y sus pies trastabillan. Está a punto de caer y recuperar el equilibrio a tiempo es lo único que la salva de evitar los filos que salen de la tierra, puntiagudos como agujas.

Mientras, Caleb se vuelve hacia el nuevo lugar en el que se encuentra el Portador. Ya no se sorprende al ver que se ha movido, aunque su agotamiento es evidente y quizá por eso Astrey ni siquiera se ensaña con él: el primer dardo de oro que le lanza no le da, pero el segundo, el que Lilith ha tirado al suelo hace unos momentos, le alcanza justo en el hombro. El grito del necromante se mezcla con la risa del demonio, pero no cae. Se tambalea, inseguro sobre sus propios pies, pero aprieta los dedos alrededor de la empuñadura de su cuchillo y se prepara para atacar.

No le da tiempo.

—¡Detrás de ti!

Esta vez, Caleb no es capaz de apartarse. El emperador ha construido un muro de piedra y tierra a su espalda y, tan rápido como lo alza, lo deja caer sobre él. El peso es suficiente para que el

necromante caiga al suelo, casi completamente sepultado. Lilith lo ve revolverse, todavía vivo, mientras la sangre de una herida en la cabeza le resbala por la cara, pero no tarda en perder la consciencia.

—¡Caleb!

El grito de Darien, que está a solo unos pasos del lugar en el que ha caído su pareja, suena desesperado. Pese a sus heridas, trata de levantarse, de arrastrarse hacia el necromante, y Lilith querría ayudarlo, querría acercarse a Caleb y comprobar por sí misma que su corazón todavía late.

Pero antes de que pueda hacerlo, Astrey se vuelve hacia ella.

—Y ahora, vamos a ver qué puedes hacer tú.

Antes de que pueda reaccionar, el Portador modifica el suelo bajo sus pies con un gesto y, como arrastrada por la marea, Lilith queda a unos pasos de él. Le duele el costado, la herida le arde y Eunomia empieza a pesarle, pero separa los pies en una postura de combate y se obliga a pensar únicamente en su contrincante.

Solo queda ella.

Se concentra rápido y se ve a sí misma esquivando una grieta en el suelo, así que la salva antes de que se abra bajo su cuerpo; se ve corriendo y decide hacerlo antes de que la atrapen las serpientes de piedra que de pronto se lanzan hacia sus tobillos. Se ve volviendo a cortar la magia del Amuleto cuando el Portador lo pone en marcha y vuelve a sentir el golpe cuando los segundos reclaman su espacio de nuevo. Durante el siguiente par de minutos, Astrey la pone a prueba y la celestial vive entre dos tiempos, entre su futuro y su presente, se desdobla en esas dos imágenes de sí misma que nunca llegan a encontrarse.

Pero el juego no puede durar para siempre.

Pese a ser santa, Lilith sigue siendo humana y, como tal, sigue cometiendo errores. No ve la raíz de piedra que el brujo crea para que se le enrede en el tobillo. Si lo hubiera hecho, quizá podría haber evitado la caída, pero se golpea las rodillas contra el suelo y Eunomia se le cae de las manos cuando intenta evitar el golpe. Ese segundo es suficiente para que la celestial pierda la concentración. En menos de un parpadeo, está rodeada de serpientes. Todas están hechas de piedra, tienen ojos de cristal y bocas abiertas con colmillos de oro.

Todas, sin excepción, se acercan con lentitud, como si saborearan el momento.

El emperador, desde arriba, de pie muy cerca de ella, saborea el momento cuando aparta a Eunomia de una patada.

—Fue divertido mientras duró.

Todas las serpientes atacan a la vez. Le clavan los dientes en los brazos, en las piernas, y lo único que Lilith puede hacer es tirarse al suelo y cubrirse el rostro para evitar que le muerdan la cara. No supone una gran diferencia. Una le clava los colmillos en el hombro; otra le muerde en el costado, donde ya tenía la herida abierta. El grito le sale de las entrañas, allá donde los dientes de oro le queman como si estuvieran recién salidos del fuego, cauterizándole las heridas y abrasándola por dentro.

El ataque no puede durar más de un segundo, pero el dolor permanece, es una agonía, y el mundo comienza a nublarse a su alrededor. Escucha que alguien grita su nombre, que la llama; cree que es Darien, pero no está segura. Astrey, sobre ella, la mira y sonríe. Sigue rodeada por las serpientes y parece que todas estén

esperando a que haga un gesto para volver a hundir los colmillos en su cuerpo.

—Eres bastante decepcionante cuando sueltas la espada, Santa Lilith.

La joven ve que el rostro del brujo se emborrona, fluctúa, amenaza con desaparecer. Sus palabras le entran en la cabeza a destiempo, tarde, y es consciente de que tiene razón, de que lo es, de que quizá sea decepcionante incluso con la espada. Porque va a morir. Va a morir y no habrá podido cumplir su misión. Va a morir y no habrá podido ayudar a Daiva, como se suponía que estaba destinada a hacer.

Habrá fallado.

La profecía de Altair no se va a cumplir.

Se da cuenta de que la vista empieza a oscurecérsele en los bordes en el mismo momento que, como un rayo, una figura cae sobre el Portador y lo lanza al suelo. Lilith gira la cabeza como en un sueño. Las serpientes se han desvanecido y, en su lugar, dos figuras luchan a unos pasos de distancia. Debajo está el Portador, revolviéndose como una alimaña a la que han tendido una trampa; encima, Elira Surya, que, con su única ala funcional desplegada, parece enorme, una bestia ilustrada sacada de un libro de leyendas. La mujer, con los ojos tan rojos como la sangre que le mancha la cara, araña el rostro del Portador con una garra, se lo raja de lado a lado, abre piel y músculo sin piedad. Su otra mano se clava en el hombro del brujo, un gancho monstruoso que se niega a dejar ir a su víctima.

—¡¡¡Devuélvemelo!!!

Es un grito desesperado, como desesperado es también su siguiente movimiento. La mujer extiende los dedos hacia el Amuleto del Tiempo y tira de él con tanta fuerza que rompe la cadena. Llega a tenerlo entre las manos. Llega a arrebatárselo.

Pero es lo último que hace.

Es rápido y brutal. El emperador de Odelia no tiene garras, pero no las necesita: sus uñas crecen y se afilan tanto como su sonrisa, se convierten en armas, en cuchillos, en puntas de flecha.

Lo suficientemente afiladas para traspasar piel y carne y entrar en el abdomen de la mujer.

Para atravesar sus entrañas y robarle la vida.

ASTREY

Estar en el fondo de su propia mente es como escucharlo todo a través de una pared, como intentar ver algo en una noche muy oscura. Astrey está solo, como hacía años que no lo estaba, y siente ganas de rendirse, de dejarse arrastrar hasta el estómago del demonio y cedérselo todo. Porque sabe que las murallas han caído y es culpa suya. Porque cada movimiento que hace es inútil, porque no puede alejarse de la criatura, de su sombra; están unidos y el otro es más fuerte, más poderoso, más listo. Se ha sentado sobre él y no deja que se levante. Ni siquiera puede respirar, apenas puede proteger lo poco que le queda de voluntad. A veces se le permite divisar fragmentos del mundo exterior, imágenes a través de unos ojos que ya no le pertenecen, escuchar palabras de unos labios sobre los que ya no tiene ningún control. Ve a Caleb derrumbarse bajo piedra y tierra, como si su demonio quisiera enterrarlo. Escucha el tictac del Amuleto cada vez que lo pone en marcha. Ve a la santa enfrentarse a él con Eunomia, caer al suelo, perder la espada.

Y entonces, el dolor lo despereza. El dolor lo saca a flote, hace que la oscuridad se disperse un poco, le recuerda quién es. Ese dolor físico siempre lo ha ayudado a mantener el control y, durante

un momento, lo tiene. Durante un momento, ve a través de sus propios ojos, sin llegar a formar parte de la escena, y Elira está ahí, su voz está ahí:

—¡¡¡Devuélvemelo!!!

Quiere decirle que sigue en ese cuerpo, que va a volver con ella, que le dé un poco más de tiempo. Ve la rapidez con la que se hace con el Amuleto y quiere decirle que escape, que no se quede ahí, donde el demonio pueda alcanzarla. Quiere ir a ayudarla, pero las serpientes todavía se le enredan en los tobillos, sus cuerpos fríos y pesados lo lastran hacia abajo. Intenta quitárselas de encima, desanudarlas, pero ellas aprietan más y más y…

«Nunca debí permitir que te enamoraras de ella».

La voz de su demonio está solo en su cabeza, no en esa boca que él intenta mover desesperadamente, pero sobre la que no tiene ya ningún poder. No llega a tener el control sobre su cuerpo en ningún momento y por eso no puede detener esos dedos. No tiene el control y por eso está muy lejos, demasiado lejos, cuando los ojos prestados le muestran la herida, las orejas prestadas captan el gemido de dolor y la respiración entrecortada, el brazo prestado es consciente de la sangre caliente que le corre por la piel. Elira abre mucho los párpados, sorprendida, solo un segundo antes de toser y mancharse los labios de sangre. Nota que la presión de su garra se afloja. Que se inclina hacia delante y se desploma entre esos brazos que ya no siente suyos.

No.

El pánico lo alumbra en la oscuridad. Siente que lo ahoga con mucha más fuerza que las serpientes. Supone que es eso lo que le da la fuerza que le falta: el instinto de protección, la desesperación,

un terror que le clava las garras, lo zarandea y lo obliga a ponerse en marcha. A luchar. De pronto recupera las ganas, las fuerzas. No es lógico, pero necesita quitarse de los hombros ese manto que le pesa y nadar hacia la superficie. Necesita recuperar lo poco que tiene, el control sobre su cuerpo, sobre el Amuleto.

La necesita a *ella* y esa es razón suficiente para rebelarse.

Astrey araña a las serpientes, le clava las uñas entre las escamas, aprieta los dedos a su alrededor igual que ellas lo aprietan a él. Libera los pies y nota que se hunde, que el demonio quiere lanzarlo más abajo, quiere devorarlo más, quiere alcanzar su corazón. Pero su corazón lleva mucho tiempo a buen recaudo. Si todavía no ha podido robárselo, comérselo, es porque ya no lo guarda en el pecho. Su corazón, todo lo que significa, se lo dio a Elira hace tiempo, mucho antes de decirle las palabras que lo ataron sin remedio a ella.

Su demonio puede quitarle su cuerpo, puede quitarle el control, puede quitarle el Amuleto.

Pero no puede quitársela a ella.

«Ya lo he hecho».

No. Es mentira. Que se la devuelva.

«Es mejor así».

No lo es. Nunca lo ha sido. Que se la devuelva.

«Me lo acabarás agradeciendo».

Astrey empuja contra la oscuridad, patea, araña, muerde, grita. La engulle, porque sabe que es o ella o él y no piensa perder contra sí mismo. Porque tiene que ser el demonio quien lo obedezca y no al revés. Fue él quien buscó el Trato y no al revés.

—¡¡¡Devuélvemela!!!

Es como salir a flote. Es como romper una burbuja en la que estaba metido, como quebrar unas paredes de cristal. Astrey toma una bocanada de aire y deja que el dolor lo ancle al mundo. Lo siente abrasándole la cara, cegándolo de un ojo, punzándole el hombro, retorciéndole los músculos. Aun así, el peor es el que siente por dentro cuando ve el rostro de Elira caído sobre su hombro, pétreo, sin aliento, con los labios separados.

—No. No, no, no…

Astrey se incorpora al tiempo que tumba a la bruja en el suelo. Quizá esté soñando. Tiene que estar soñando. ¿Cuántas veces se ha despertado en medio de la noche y se ha asegurado que ella seguía a su lado? Desde Ilan, muchas. Desde que Nathan le confesó que hubo una línea temporal en la que ella murió, las pesadillas no han cesado. Así que esta tiene que ser una de ellas. Otra tortura más de su demonio. Una ilusión. Un pensamiento demasiado vívido.

El brujo toma del rostro a su prometida y es consciente de que tiene la mano manchada de sangre. Es consciente del hueco que ha quedado en el estómago de ella, de las vísceras que han caído al suelo. Es consciente de todo, pero eso no puede estar pasándole. Sus propias manos no han podido hacer eso. Él nunca se volvería contra ella de esa manera. Es mentira. Es…

«Tú le has hecho esto. Te avisé de que no te encariñaras, espíritu».

Él ha hecho eso. Él, que ha intentado tenerlo todo, que creyó que se lo merecía todo. Que creyó, por alguna razón, que se la merecía a ella…

«Te avisé de que acabaría mal».

Porque siempre acaba mal. Porque no puede tener una familia.

«Te avisé de que no te encariñases».

Porque era más seguro que su corazón se mantuviera en su propio pecho. Al dárselo, la ha condenado también a ella.

Astrey aprieta esa cara entre los dedos antes de darse cuenta de que el Amuleto sigue colgado de las manos de Elira. Su cuerpo se mueve solo. Se echa hacia delante y aprieta el objeto entre los dedos, lo apoya contra su pecho. Todavía está caliente. Todavía tiene dentro parte del tiempo que ha robado de la muralla de los celestiales.

—Devuélvemela. Devuélvemela, devuélvemela, devuélvemela…

Porque nada tendría sentido sin ella. Porque no ha llegado tan lejos para perderla. Porque es su emperatriz. Porque lo estaba llamando, incluso cuando sabía que estaba perdido. Porque se quedó a su lado, a pesar de que no tenía por qué hacerlo. Porque quiere más años con ella, más cartas, más noches perdiéndose entre las sábanas, más juegos, más historias, más secretos.

Lo quiere todo.

La quiere a ella.

«No te atrevas».

Pero ya lo está haciendo. El Amuleto está acelerando las agujas y Astrey empieza a ser consciente de los hilos que tiene que mover, cortar, coser. Va a recuperarla. Va a recuperarla pase lo que pase, igual que Tiempo recuperó a su esposa hace siglos. Va a recuperarla y, si no queda suficiente tiempo en esas manecillas, se lo quitará a todo Evren si hace falta.

Destruiría imperios por ella.

Se destruiría a sí mismo por ella.

—¡No!

La súplica de la santa queda ahogada por la energía que siente, más fuerte que nunca, más viva que nunca, recorriéndole el cuerpo desde la palma de la mano hasta los confines de su interior. Lo llena a él y, cuando la lanza hacia el cuerpo que reposa a su lado, entra en su prometida. Ante sus ojos, los órganos y la carne se restauran, la piel se teje de nuevo hasta cerrarse. Durante un momento agónico, eso es todo: el cuerpo, curado, rehecho. Durante un momento, no consigue nada más.

Y entonces, Elira respira. El cambio es apenas perceptible, pero él lo siente, igual que nota el pulso de su corazón cuando lo busca en su cuello. Los latidos están ahí, débiles, lentos, pero reales, vivos. Astrey nota que los ojos se le humedecen de puro alivio, pero en su interior el demonio gruñe y muerde y trata de tomar de nuevo el control. El espíritu tiene que aferrarse al cuerpo que tiene entre los brazos para no permitírselo, para no caer de nuevo en la oscuridad.

«Estás cometiendo un error. Nos estás haciendo débiles. Nos estás condenando».

Astrey enmarca el rostro de su prometida con las manos.

—Que me condene entonces.

Es como un hechizo. Como haber llamado a la mala suerte. Escucha el paso detrás de él, pero no se le ocurre volverse. No cuando está tan pendiente de Elira, de sus ojos, que no se abren, no se abren, y no entiende por qué no se abren. Tienen que abrirse. Tiene que volver con él. Si lo hace, podrán arreglar todo lo que ha pasado. Encontrarán la manera, juntos. Se deshará de su demonio si tiene que hacerlo. Se deshará incluso del Amuleto del Tiempo. Encontrará la forma de vivir sin ambas cosas, pero no se imagina cómo podría vivir sin ella.

—Lo siento.

Escucha la voz, la reconoce, pero ni siquiera entonces se gira. Tampoco cuando siente el dolor que lo atraviesa desde atrás. Tarda unos instantes en asimilarlo, en bajar la vista y comprenderlo.

La punta de una espada asoma en medio de su pecho.

Astrey traga saliva y le sabe a metal, a óxido. Sabe que tiene unos segundos, unos últimos segundos, y podría utilizarlos para aferrarse al Amuleto, para pedir más tiempo, para volverlo atrás, para tratar de quedarse en ese mundo por todos los medios. Pero, a la hora de la verdad, lo único que es capaz de hacer es volver a mirar el rostro de Elira, todavía dormido, herido y manchado de sangre. Incluso entonces, le parece la mujer más hermosa del mundo. Una reina. Su emperatriz.

En esos preciados segundos, se le escapa el principio de una risa. Irónica. Triste.

—El amor siempre lo complica todo.

Cuando el filo de Dysnomia abandona su cuerpo, se lleva consigo su último aliento.

NATHAN

El cuerpo de Astrey cae junto al de Elira a solo unos pasos de Nathan y este los mira a ambos. Siguen el uno junto al otro, abrazados incluso entonces, unidos incluso entonces. Los ve a los dos, la bruja de los mil planes y el brujo de las mil máscaras, pero también se ve a sí mismo en la figura pelirroja que cambia un poco ahora que la muerte le arrebata a su demonio: su tamaño se reduce, su cuerpo adquiere algunas curvas más y pierde un poco de esa apariencia andrógina y difícil de identificar que tanto lo confundió la primera vez que lo vio. En él se ve a sí mismo no porque se parezcan físicamente, sino porque entiende lo que es tomar las riendas de tu vida solo cuando estás a punto de perder algo que amas. En Elira, en cambio, ve a Adam. Siempre le ha pasado. Siempre le ha recordado a él, tan recta, tan alineada con lo que consideraba correcto, incluso cuando eso significaba sacrificarse a sí misma.

Ha estado a punto de no hacerlo. Ha estado a punto de no utilizar la espada, pero esa es la única manera de solucionarlo todo, sin correr más riesgos de los necesarios. También es la única manera de

salvarlos a los dos. La única manera de hacer por ellos lo que en su momento no pudo hacer por sí mismo y por Adam.

Sí, esa es la única manera de salvarlos a todos.

Nathan Tabiz.

La voz del Amuleto del Tiempo lo llama desde la mano muerta de Astrey y él se fija en la joya con los ojos apagados, casi sin verla. Suena distinta a como sonaba antes. Suena más real, como si la tuviera susurrándole al oído incluso cuando ni siquiera tiene el objeto entre las manos.

Siempre supe que volveríamos a encontrarnos.

Nathan no responde. Tiene las emociones adormecidas, siente a Adriel preparado para tomar el control en cuanto lo necesite, no como un ladrón, ni siquiera como un sustituto, sino como una simple extensión de sí mismo. Aun así, aguanta. Quiere estar al cargo. Quiere ser él quien tome la decisión.

—Nathan.

Esta vez su nombre lo pronuncia una voz humana, débil, a solo unos pasos de él. El brujo mira a Lilith de soslayo mientras esta trata de incorporarse. Un poco más allá, junto al cuerpo inconsciente del necromante al que ama, Darien también lo está mirando. Está débil, pero en sus ojos verdes brilla la misma esperanza que brilla en los de su amiga. Ambos lo observan como si creyeran que por fin ha elegido ayudarlos. Lo ha hecho. Nunca ha dejado de pensar en ayudarlos. Desde el primer momento, en la basílica, todo lo que ha hecho ha sido por ellos también. Por solucionarlo todo.

Pero no como ellos quieren.

Sus expresiones cambian en cuanto Nathan se acerca al cuerpo de Astrey y toma el Amuleto. Nota su calidez contra los dedos, familiar

y, a la vez, muy distinta a la que recordaba. Nota el tiempo también, pero mientras que antes lo sentía rodeándolo como una soga, corriendo alrededor de sus piernas y sus brazos, ahora lo siente dentro de él, en las venas, en el corazón, pulsando al mismo ritmo que sus latidos.

Antes el tiempo estaba a su alcance.

Ahora él es el tiempo.

—¡Nathan! —Lilith alza la voz, se incorpora sobre un brazo tembloroso. En su expresión, el miedo sustituye poco a poco al alivio —. Tenemos… Tenemos que destruirlo. Lo sabes, ¿verdad? Lo has visto. Sabes que es lo correcto.

Él deja escapar un suspiro y lanza un vistazo hacia la muralla destruida, la sombra de una ciudad sagrada, rota para siempre. Supone que se refiere a eso. A la destrucción que ha provocado. Pero eso no lo ha hecho solo el Amuleto.

—Astrey no quería esto —murmura muy bajo. Después, se gira hacia Lilith de nuevo—. No era el plan, nunca lo fue. Pero no tienes nada de lo que preocuparte: voy a solucionarlo. Pronto ni siquiera sabréis qué ha ocurrido. Tus visiones no se cumplirán, la muralla se mantendrá entera y todo estará bien. —La santa abre un poco más los ojos, niega con la cabeza, pero él no cambia su expresión. Entiende que le cueste comprenderlo, pero tiene que ser lógica—. ¿No quieres salvar a la gente?

Ahora solo hay una manera de hacerlo. Incluso ella tiene que ser consciente de ello, porque su mirada cae sobre el Amuleto del Tiempo y, por primera vez, quizá incluso se plantea si esa es la solución.

—No —concluye la santa al cabo de un par de segundos—. No así, Nathan. No solucionará nada.

Por supuesto que sí. La voz del Amuleto reclama su atención, lo obliga a volver a mirar el objeto que tiene en la mano. *Lo sabes. Lo has visto. Solucionaste la situación en Ilan y podrías volver a hacerlo ahora. Aunque, por otra parte, quizá sea peligroso dejar las cosas como estaban justo antes de que cayeran las murallas, ¿no crees? Sabes que yo no soy el enemigo, que ese era el demonio de Astrey. ¿Qué evitará que vuelva a tomar el control? ¿No lo has matado por eso? ¿Para evitar que vuelva a suceder?*

Sí, en parte. Matarlo era la única manera de liberarlo de su demonio, de asegurarse de que esa criatura desaparecía para siempre, y lo ha conseguido. Ahora Adriel lo ha devorado, sin importar lo fuerte que fuera. Ahora, si lo devolviese a la vida en ese mismo momento, Astrey estaría libre de ese ser que se lo estaba comiendo por dentro, podría buscar otro demonio, quizá uno más débil pero más manejable. Uno con el que pudiera convivir como él convive con Adriel; uno que estuviera ahí para completarlo, no para anularlo.

Sin embargo, si vuelve atrás en el tiempo, el demonio seguirá ahí, acechando. Y si advierte a Astrey de lo que va a ocurrir…

Su demonio te consideraría una amenaza. Y sabes lo que eso significa. Lo mataría. Tomaría el control y lo mataría, igual que ha hecho con Elira. No le costaría nada. *Quizá deberías ir más atrás, ¿no crees?*

Más atrás. Sí, quizá. Pero ¿cuánto?

Tan atrás como quieras. Lo suficiente como para cumplir tus verdaderos deseos. ¿O has olvidado ya por qué me pusiste en marcha por primera vez?

No lo ha olvidado, por supuesto que no. El colgante de Adam le quema contra el pecho como un recordatorio de todo lo que ha hecho hasta ese momento. Por él. Todo por él. Porque lo perdió el día en que la basílica se vino abajo, el día que ese objeto le habló por primera vez. Pero quizá volver a ese día tampoco solucionaría nada. Incluso si lograra salvarlo, tendrían que huir, se convertirían en traidores, y no puede saber qué pasaría después. No, el problema no comenzó aquel día, sino mucho más atrás. Ahora sabe exactamente dónde, sabe cuándo.

Todo empezó la noche en que su madre se marchó.

Ese día, cuando Tabitha Eliz decidió que recuperaría el Amuleto para el Sacro Reino, fue cuando lo condenó a cargar con él. Si no lo hubiera hecho, habría tenido una vida normal. Habría crecido como un niño más del Templo. Adam y él habrían podido estar juntos sin ningún problema. Ahora, sabiendo lo que sabe, quizá ni siquiera tendría por qué consagrarse. Si tan solo consiguiera convencerla de que se quedara a su lado en lugar de ir a buscar a Valerick Brynsen para asesinarlo, si pudiera convencerla de que no tiene por qué ir a por el Amuleto…

Bajo su mano, las manecillas del reloj comienzan a girar y su imagen del mundo cambia, se deshace, se solapa con la de una escena de hace mucho tiempo. Es la misma sensación que tuvo en aquella ocasión, en medio del nido de Yuda, cuando vio al Inmortal a lo lejos. Ahora, el terreno en el que se encuentran se cubre de paredes que oscilan de lado a lado. Es de noche y él lo observa todo

desde abajo, tumbado en una cama. Su madre está ahí. Le acaricia la mejilla. Le dice:

—Voy a solucionarlo todo.

Ve su rostro, su tristeza, pero ni siquiera ella se imagina hasta qué punto va a condenarlo si sale por esa puerta. Si se lo dijera… Si se lo dijera…

Las cosas cambiarían, pero ¿sería suficiente? Sabes que eso no es el principio, no de todo. El principio de todo este problema está más atrás, mucho más atrás. El problema tiene casi mil años, tantos como la muralla. Ahora lo sabes. Querías vencer a los dioses, ¿verdad? Querías vengarte de ellos. Podrías hacerlo. Podrías hacerlo si volvieras al principio de todo.

Al principio de todo. A los tiempos de Chronos y Tara.

Podrías evitar que Tara dé a luz a las dos niñas. Sin Saenal y sin Aiva, nunca habrían existido ni los brujos ni los celestiales ni los necromantes. Véngate de los dioses arrebatándoles a sus siervos. Evita que jueguen con vuestras vidas por siglos y siglos.

A su alrededor todo cambia de nuevo. Las paredes caen y se convierten en los puestos de un mercado. El silencio se llena de una algarabía de voces, de vendedores que anuncian sus productos y viandantes que pasean por una calle en la que Nathan nunca ha estado, en una ciudad que no conoce. Desde uno de esos puestos, los ve, observando las joyas que él vende. Ella, con sus cabellos morenos y su sonrisa de estrella; él, con su tez negra y unos ojos repletos de magia que no dejan de mirarla con adoración. No, evitar el nacimiento de Saenal y Aiva no cambiaría nada. Solo necesita esa imagen para saberlo: esa mujer morirá de todos modos en algún

momento, pues solo es humana, y ese hombre, ese dios, la traerá de vuelta pase lo que pase. Y entonces Destino tan solo elegirá a otro paladín con el que destruirlo. Caos no querrá perderse el juego y seleccionará a otra persona para enfrentarse a Eunomia. Ambos encontrarán la manera de convencer a otros dos inocentes de luchar por ellos. La historia se repetirá.

Sabes cuál es la solución entonces.

La imagen cambia de nuevo, aunque no tanto. Sigue en la misma calle, en el mismo puesto, y Tara está ante él, pero esta vez está sola y es mucho más joven, tan solo una adolescente. Le sonríe, dulce, encantadora, y Nathan lo entiende al mismo tiempo que el Amuleto dice:

Evita que se conozcan.

Las palabras resuenan en su cabeza como una orden que se siente inclinado a escuchar. Por fin lo entiende. Durante todo ese tiempo, siempre se ha preguntado por qué el Amuleto parece querer volver atrás, pero ahora por fin tiene sentido. Ese ha sido su deseo todo ese tiempo. Su voz no es la de Chronos, que siguió reencarnándose, una y otra vez. Su voz es la del tiempo mismo, la de la magia que corría por sus venas y que quedó encerrada en ese objeto cuando lo mataron. Y, como tal, su deseo no es salvar a la mujer de la que se enamoró, nunca quiso eso: quiere acabar con ella, porque amarla fue lo que lo condenó.

Tendría que haberla dejado morir. Si lo hubiera hecho, seguiría vivo, eterno, como sus hermanos. Si lo hubiera hecho, todo sería distinto.

Todo sería mejor. Y el precio sería solo una vida.

Nathan no se da cuenta del viento que ha comenzado a levantarse a su alrededor, de lo mucho que arde el Amuleto contra su mano.

Tampoco escucha las voces que se dirigen a él, apenas ininteligibles en medio del bullicio del mercado. Solo escucha al Amuleto, que siente dentro, en su cabeza, capaz de silenciar todo lo demás.

Esta es la verdadera solución, Nathan Tabiz. Vuelve atrás. Mata a Tara. Cambia el mundo.

LILITH

—¡Nathan! ¡¡¡Nathan!!!

No importa lo que Lilith grite, no importa cuántas veces lo llame: él es incapaz de escucharla. Puede que esté a tan solo unos pasos de distancia, pero su mente está muy lejos y solo tiene ojos para el Amuleto del Tiempo. El objeto, todavía en su mano, hace girar las agujas a un ritmo vertiginoso. No sabe qué está pasando. No sabe por qué el aire se ha levantado de pronto, por qué le azota la cara, por qué se escucha el inicio de una tormenta en la lejanía. Un trueno retumba, pese a que el sol sigue en el cielo, y el más leve temblor empieza a rugir bajo su cuerpo. En el sitio en el que Nathan está de pie, las grietas empiezan a extenderse.

Lilith aprieta los dientes. Su instinto es recuperar a Eunomia, aunque no sabe bien qué es lo que debería hacer con ella. Ve cómo el ojo se abre en cuanto toca la empuñadura, cómo enfoca a Nathan con su pupila, siente cómo vuelve a quemarle contra la palma de la mano. El mensaje es claro: esa arma está ahí para acabar con el Portador. El papel de Lilith es acabar con el Portador. Siempre lo ha sido, desde aquel primer sueño donde se vio luchando contra él.

Y las misiones de Destino deben ser cumplidas.

Le duele todo el cuerpo cuando se obliga a levantarse. Las heridas que el emperador de Odelia le ha infligido le tiran de la piel y amenazan con volver a abrirse, pese a estar cauterizadas. Los brazos le tiemblan con el esfuerzo que supone alzar la espada. Tiene que matarlo. Ahora que está en trance, sería muy fácil hacerlo. Sería lo lógico: acabar con él, acabar con el Amuleto, acabar con todo. Y después… después podría tener esa vida de paz que ansía. Volvería con Ammarah, se apoyarían la una en la otra, harían de Daiva un lugar mejor. Reconstruirían la ciudad, la confianza de la gente, el futuro que siempre han querido. Nadie más lucharía por controlar los restos de un dios muerto, nadie más podría crear desastres de semejante envergadura. No habría más destrucción ni guerras ni injusticia…

Entonces ¿por qué siente que se está intentando mentir? Destruir ese objeto no va a enderezarlo todo de la noche a la mañana. Destruir ese objeto puede darles un respiro, pero los celestiales no tenían el Amuleto cuando decidieron poner en marcha la Purificación. Muerte no tenía nada que ver con el Amuleto cuando le dio a Darien a elegir entre tres posibles sacrificios.

La justicia no volverá al mundo porque ella mate a su mejor amigo ahora.

Eunomia brilla en su mano. La incita a dar esos pasos que los separan, a cumplir su objetivo. Su ojo pasa de ella a él.

—¡Lilith! ¡Tenemos que detenerlo!

La voz de Darien le llega desde lejos. El necromante apenas puede mover las piernas y, aun así, trata de avanzar. Bajo los pies de Nathan, la telaraña de grietas sigue extendiéndose. Sí. Tienen que detenerlo. Cueste lo que cueste, tienen que detenerlo.

Pero detenerlo no tiene por qué significar matarlo.

Lilith abre los dedos y deja que Eunomia se escurra hasta el suelo. Cae con un golpe sordo y se queda tirada en el suelo, inmóvil, inútil. Puede que fuera su misión conseguir esa espada, pero ella puede decidir si quiere usarla o no. Y no quiere. No va a hacerlo.

En lugar de eso, mientras Darien grita su nombre, Lilith se lanza hacia delante.

Cuando se echa encima de Nathan no es para atacarlo, sino para rodearlo con sus brazos. Se aferra a él en un abrazo que sabe que es falible, que probablemente sea inútil, pero no le importa. Es lo único que quiere hacer. Lo único que siente que de verdad *debe* hacer, al margen de los deseos de su dios. Nathan siempre la ha escuchado, estuviera donde estuviera. Nathan siempre la ha protegido, incluso cuando se volvió contra él, así que ahora le toca a ella hacer lo mismo.

—¡No necesitas usarlo, Nathan! —clama. Siente su calidez contra ella. Siente que sigue ahí, respirando, que hay un corazón latiendo dentro de ese pecho—. ¡Nunca lo has necesitado! ¡Estamos aquí, estamos esperándote! ¡¡¡Vuelve con nosotros!!!

Algo cambia. La celestial no sabe qué es, pero nota que el chico se tambalea bajo su peso. Lo ve parpadear. Durante un segundo, sus ojos se encuentran y ella entreabre los labios. Tiene su nombre en la punta de la lengua y las lágrimas en el borde de sus ojos.

Algo cambia. La celestial se da cuenta de que la piel se le eriza, de que los truenos suenan cada vez más cerca, y siente una energía extraña que le recorre todo el cuerpo.

Las agujas del Amuleto se detienen.

Y la magia golpea a Lilith con toda la violencia del tiempo.

NATHAN

El presente regresa con el impacto de Lilith contra el suelo. Nathan todavía tarda unos segundos más en asentarse en él, en sentir que el mundo que lo rodea es real, como si le hubieran arrancado de otro de golpe. Le duele la cabeza, le pitan los oídos y siente ganas de vomitar, pero se las traga. El Amuleto del Tiempo sigue en su mano, tan ardiente que está seguro de que le dejaría marca si no tuviera resistencia al fuego o si no fuera el legítimo Portador; en la otra mano todavía aferra con fuerza a Dysnomia.

Cuando alza la vista, la ve.

Lilith es solo un fardo caído a unos pasos de él, una figura encogida sobre sí misma. Eunomia también está tirada en el suelo, pero lejos del alcance de la santa: se encuentra en el mismo lugar en el que hace unos minutos estaba su dueña y Nathan no entiende por qué. Lilith debería haberla empuñado. Debería haberlo atacado, pero no lo ha hecho. Aunque la última vez que se vieron se despidieron con la promesa de una batalla. Aunque siempre ha dicho que mataría al Portador y ahora él lo es.

Nathan traga saliva, sin comprender nada, mucho menos a ella. Todo pasa lento, a fragmentos, a parpadeos, pero aun así da un par

de pasos hacia delante. No, no la entiende. Está seguro de que lo ha abrazado, porque todavía siente el fantasma de su agarre en torno a su cuerpo, pero eso no tiene sentido.

—¿Lilith?

Su nombre le sale como la primera nota de un músico, temblorosa y dubitativa. Cuando se acerca un paso más, se da cuenta de que el cuerpo de su vieja amiga parece un poco más pequeño de lo normal, que está demasiado encogido y la ropa le queda un poco más grande. No se mueve, pero temblequea. Su cabello, siempre tan rubio y brillante, ha perdido todo el lustre y ahora es grisáceo, quebradizo, mucho más fino. Puede verle el cuero cabelludo a través de los mechones ajados. Puede ver el dorso de su mano, lleno de arrugas, de manchas. Debajo de la piel, los huesos son más visibles que nunca; los nudillos, más protuberantes; las uñas, amarillas.

Nathan lo entiende todo de golpe.

—¡Lilith!

Esta vez el nombre es un grito que suelta justo antes de tirar a Dysnomia y dejarse caer al lado de su amiga. No le cuesta nada tomarla entre sus brazos, pero le horroriza lo que encuentra cuando la mueve: un rostro consumido, anciano, repleto de surcos profundos. Sus ojos azules se han vuelto mucho más opacos y pequeños, enmarcados por bolsas y arrugas. Uno de ellos ni siquiera debe de ver, porque no lo enfoca. Su boca también se ha hecho más fina y tras ella ya no se esconden todos sus dientes; algunos se han caído, otros están podridos.

Es Lilith, pero no lo parece.

Es Lilith, pero a cada segundo se consume un poco más.

—¡¡¡Lilith!!!

No es Nathan quien grita, demasiado bloqueado como para reaccionar siquiera, sino Darien. Se acerca cojeando, aunque vuelve a caer al suelo a medio camino, demasiado magullado. A la distancia a la que se encuentra, sin embargo, consigue ver a su prima, distinguir su aspecto. Nathan alza la mirada hacia él a tiempo de ver cómo cambia su expresión. El horror. La incredulidad.

—¿Qué has hecho?

—No, no he sido yo, yo no…

Pero calla, incapaz de decir nada. Sin querer decir nada, porque lo único que quiere es fijarse de nuevo en Lilith. La pierde. La está perdiendo. Cada segundo que pasa es tiempo que se va.

Ignórala, dice sin embargo la voz del Amuleto en su cabeza. Es como un aguijón que se le clava en la nuca. *Sabes lo que tenemos que hacer.*

Matar a Tara. La solución es matar a Tara… No. No, ¿por qué iba a hacerlo? ¿Por venganza hacia los dioses? No. No, qué estupidez. A él no le importa Tara, no le importa Chronos. A él no le importan todas las vidas que se han perdido por aquel amor del pasado ni el mundo que podría haberse creado si tan solo un dios nunca se hubiera enamorado de aquella humana. ¿Y por qué evitaría ese romance? ¿No sabe él mejor que nadie lo injusto que es que otros se interpongan entre dos personas que se aman? Quizá Chronos y Tara sufrieron, quizá se condenaron a sí mismos y después condenaron al mundo con su amor, pero al menos se conocieron, tuvieron tiempo juntos, vidas enteras en las que reencontrarse después. ¿Por qué él destruiría eso?

¡No seas estúpido! ¡Escúchame!

«No lo hagas. Sálvala».

Adriel aparece entre la neblina en su cabeza como si volviera a mostrarse ante él en medio del nido de Yuda y lo ancla a ese momento, a sus propios deseos.

Como la extensión de sí mismo en la que se ha convertido, le recuerda quién es.

«No podemos salvar a todo el mundo, Nathan. No sabemos cómo resultaría volver atrás, a cualquier momento, ni los efectos que provocaríamos después. Pero al menos podemos salvarla a ella».

Y eso es lo que ha querido durante todo ese tiempo. Esa es la razón por la que puso el Amuleto en marcha por primera vez: para salvar a alguien. Adam podría perdonárselo todo, quiere pensar que se lo perdonaría todo, pero siempre ha sabido que nunca le perdonaría que dejara que algo le ocurriera a Lilith. Y él tampoco podría perdonárselo a sí mismo. No quiere que esa sea otra de las cosas que no puede perdonarse, no quiere arrepentirse de ese momento. No va a hacerlo.

Tiene que tomar una decisión.

Pronto.

Ya.

Sus dedos se aprietan en torno al Amuleto del Tiempo. A su alrededor todo va demasiado rápido y demasiado lento a la vez y el tiempo es algo que le resulta complicado de aferrar. El Amuleto lucha por el control, se resiste a su poder, trata de escapar de sus manos.

No te dejaré salvarla. Si no vas a darme lo que quiero, entonces la verás morir.

No. No va a permitirlo. Y el Amuleto no es nada sin un Portador que lo controle. La magia del tiempo no es nada sin alguien que la maneje.

Y si no va a dejar que coja el tiempo del resto del mundo, entonces lo cogerá de sí mismo.

No seas necio. No puedes...

Puede. Va a hacerlo. Nota su propio cuerpo, todos sus años de vida, los que ha tenido y los que todavía podrían quedarle. Los ve. Es un niño que juega. Es un amante que se esconde. Es un rebelde que lucha. Es un amigo que se sacrifica.

Es el Portador. Es el legítimo Portador.

Es el tiempo.

«Hazlo».

Nathan aprieta los párpados.

La magia estalla.

El Amuleto se pone en marcha, brilla como una estrella que acaba de nacer. El mundo no sufre, se queda quieto, pero el poder del tiempo los rodea y los baña y los intercambia. Nathan nota su cuerpo vaciarse de segundos, de recuerdos y de vida. Nota cómo todo lo que alguna vez ha sido, todo lo que podía llegar a ser, se aleja de él, lo abandona, lo deja atrás.

Pero no le importa. Está bien, todo está bien, porque mientras él se marchita, Lilith vuelve a florecer. La muchacha toma una bocanada de aire mientras los pulmones de él se retuercen; la piel de ella se tersa de nuevo mientras la de él se llena de arrugas; las fuerzas de Lilith reaparecen mientras él nota cómo las suyas lo abandonan.

La santa se incorpora de golpe, mientras Nathan se tambalea, se siente cambiar. Se le apagan las ascuas del rostro, se le debilita el cuerpo, que Lilith sujeta por los hombros.

—¡No! ¡No! ¿Qué has hecho? ¡Nathan! ¡Nathan, páralo!

Pero no puede. Ya no puede. No sabe cómo y, de todos modos, no quiere. Está cansado. Está cansado de la culpa, de las dudas, de todo lo que ha perdido y jamás podrá recuperar; está cansado de vivir anclado en el pasado y de anhelar un futuro que nunca va a conseguir. Un futuro con Adam, su Adam. Eso es todo lo que ha deseado alguna vez. Ese es el único mundo con el que siempre ha soñado, pero hace mucho que dejó de ser posible.

Al menos de esta manera evitará perder a otra persona más. Una a la que ha querido tanto como lo quiso a él, aunque fuera de una manera diferente.

Adam es el amor de su vida, pero Lilith siempre será, pese a todo, su mejor amiga.

—¡Nathan, por favor!

La santa repite su nombre una y otra vez, cada vez más recuperada, cada vez más joven. Lo está apretando contra ella, mientras a él el cuerpo se le empequeñece, mientras el frío comienza a llegar. Pese a ello, pese a la ansiedad en los gritos de su amiga y la desesperación que ve en su cara, Nathan esboza el principio de una sonrisa y siente algo parecido al alivio por primera vez en mucho tiempo.

No pudo salvar a Adam, pero al menos ha podido salvarla a ella.

Es suficiente. Es más que suficiente.

De pronto, mientras la mirada se le nubla, entiende al amor de su vida mucho mejor de lo que lo ha entendido en todo ese tiempo. Al principio solo hubo pena, luego llegó la rabia, después el vacío y, ahora, por fin, esa comprensión. Por supuesto que murió por él. Por supuesto que nunca dudó, que aceptó su destino con templanza y lo abrazó hasta las últimas consecuencias. Morir es fácil cuando lo

haces a cambio de alguien que quieres. Morir es fácil cuando sabes que ese no es el final. No lo es. Su alma no la tiene Destino, así que volverá a ese mundo, libre, y con suerte encontrará a Adam. Lo hará. Tiene que hacerlo, porque él se lo prometió una vez, en su torre, en su refugio, donde nunca existían las mentiras. «Mi espíritu buscará al tuyo durante todas las reencarnaciones que sean necesarias, hasta que podamos estar juntos, hasta que podamos tener otra oportunidad».

Otra oportunidad. Eso es. Está a punto de conseguir una nueva oportunidad.

Mientras, el resto del mundo seguirá adelante. Lilith seguirá adelante, aunque ahora llore y grite por él, y será la santa que vengó el Sacro Reino, se convertirá en la leyenda que siempre estuvo destinada a ser. Darien seguirá adelante, porque tiene que aprovechar los doce años que le quedan junto a la persona de la que se ha enamorado. Espera que todos los días piense que mereció la pena, que sea feliz, que nunca se arrepienta de todo lo que ha tenido que dar por un poco más de tiempo. Astrey… Astrey es su último arrepentimiento. Le hubiera gustado poder salvarlo también a él. Lo lamenta. Lamenta el dolor que Elira va a sufrir cuando despierte, lo mucho que se le va a romper el corazón. Pero lo aguantará. Lo aguantará. Astrey no habría podido vivir sin ella, pero ella vivirá sin él. Ella luchará sin él, por él. Elira, como Adam, siempre fue más fuerte.

—¡Nathan! ¡Nathan!

La voz de Lilith suena desgarrada. Tiene los ojos desbordados de lágrimas, pero ya casi vuelve a ser ella, tal y como la recuerda. La mujer más fuerte que ha conocido. Toda una tempestad.

Estará bien. Sabe que estará bien.

Casi sin fuerzas, Nathan abre la mano para dejar caer el Amuleto del Tiempo, que rueda lejos de él, y se aferra al colgante que lleva al cuello, el que tiene forma de estrella y contiene su corazón.

—Todo está bien. Vuelvo con él.

Después, todo se apaga. Sus sentidos se apagan, su mirada se apaga.

En el final, escucha la voz de Adriel.

«Ha sido un placer ser tu demonio, Nathan Tabiz. Encontrémonos otra vez».

Su sonrisa se convierte en polvo.

DARIEN

Nathan se desintegra entre los brazos de Lilith.

Lo que queda de él son poco más que cenizas e, igual que las cenizas, el viento se encarga de soplar para esparcirlas, para convertirlo en solo un recuerdo que ya ni siquiera pueden aferrar. Unas pequeñas partículas todavía flotan en el aire, les acarician las mejillas. Algunas juegan a intentar enredarse en el pelo de Lilith y luego se marchan volando. No queda de él nada más allá de la ropa que la celestial todavía sostiene, roja como la sangre, y ese colgante con forma de estrella que trata de sujetar con dedos temblorosos.

Darien lo ve todo como si no estuviera pasando, como si fuera la visión de otra persona, una en la que permanece de observador. Su prima solloza, pronuncia el nombre del brujo como un salmo, abraza sus prendas contra su pecho hasta que parece que esté herida de muerte.

Sabe que lo está. Los dos lo están.

Por eso, tras el impacto inicial, llega el dolor. El necromante lo siente acercarse, frío, como una sombra. Le muerde el pecho, apaga cualquier otro sentimiento. Nathan se ha ido. Las lágrimas empiezan

a caer. Nathan no va a volver. Los hombros empiezan a temblarle. Nathan ha preferido morir antes que dejar que Lilith desapareciera.

—No. —La voz de su prima sale entrecortada, ahogada porque tiene medio rostro hundido en esa camisa vacía que nadie va a volver a llenar—. No tenía que ser así. No tenía que ser así…

Sus palabras se pierden, se transforman en poco más que una respiración áspera, entrecortada. Se ahoga. Darien la ve encogerse sobre su estómago y sabe que lo único que puede hacer por ella es caer a su lado y abrazarla, sostenerla hasta que pase lo peor de la tormenta. Permitir que se rompa y mantener los trocitos cerca para que no se pierdan. Quizá por eso él mismo se contiene. Llora, pero no se permite perder el rumbo. Nota las grietas en su interior, tan parecidas a las que han dejado Nathan y el Amuleto detrás de ellos. Nota la forma en la que se le contrae el corazón, en la que el pecho se le cierra, pero se obliga a aguantar el golpe.

—No es justo, no es justo, no es…

No lo es. Pocas muertes lo son y ninguna de las que han sucedido ese día pueden serlo. Pero suceden y seguirán sucediendo. Y el día en el que les toque a ellos, tal vez tampoco lo sean. Pero no quiere decirle eso a Lilith, sabe que no es lo que necesita, así que la insta a apoyar la mejilla en su hombro y sigue sosteniéndola.

Al principio ni siquiera se da cuenta de lo que pasa. El dolor lo aturde, le nubla los sentidos, así que no es consciente de que, pegada a la ropa, todavía queda un poco de la calidez de Nathan. No es una calidez real, sino que es algo que percibe gracias a la magia que ahora le corre por las venas. Una energía que va acumulándose hasta formar una esfera del tamaño de su puño. Durante un momento, se queda contra el pecho de Lilith, como si le

gustase que ella la acunase. Como si quisiera quedarse ahí, con ella, con ellos.

Por ese pequeño momento, vuelven a estar juntos.

Darien aprieta los párpados, con las lágrimas cayendo con más fuerza. Así, cuando la oscuridad lo rodea, cuando pierde de vista los cuerpos caídos, las murallas destruidas, es más fácil fingir que están en otro lugar. Que se han vuelto a reunir junto a la Fosa de los Infieles y se abrazan. Que es Lilith la que los invita a ese abrazo. Que, por unos segundos, todo está bien. Así es más fácil fingir que son tres niños, que siempre van a ser los tres niños que se criaron juntos en el Templo. Los que iban juntos a todas partes, los que jugaban a que eran otras personas, los que aprendieron a nadar juntos en el lago, los que rompían las reglas, pero siempre de la mano. Los niños que se sentaban en un rincón del claustro a escuchar las historias de Adam y los jóvenes que se tumbaban juntos a ver las estrellas la Noche de los Milagros.

Son los niños que aprendieron a soñar juntos, los jóvenes que dejaron de contarse sus sueños y ahora son los adultos de los sueños rotos. Los que ya no van a estar juntos nunca más. Los que, de una forma u otra, se perdieron por el camino.

Darien solo abre los ojos cuando la siente llegar. Muerte camina sin hacer ruido, con los pies descalzos. Tiene la apariencia de una niña con un vestido de mariposas y el pelo blanco que se supone que comparten los cuatro dioses. Sus pasos la llevan primero junto a Astrey y, con un gesto, recupera de su interior una pequeña esfera roja que se guarda entre las alas de los insectos que le cubren la piel. Se queda un momento junto a la pareja de brujos, pero no hace nada más. Él sabe que la mujer está viva, puede escuchar su

corazón latir con lentitud desde donde está, así que Sikil también tiene que saberlo. Por eso, al final, con la ligereza de una bailarina, se vuelve hacia los tres amigos.

Sus ojos se encuentran y Darien cree ver algo parecido a la pena en ellos.

—Es hora de irse —murmura la diosa.

La esfera tiembla contra su cuerpo y él tiene la tentación de sujetarla, de no dejarla ir. Quiere pedirle a Muerte que lo deje con ellos un poco más, quiere decirle que todavía no están preparados para dejarlo ir, que no se han despedido. Quiere pedirle a su diosa que le dé otra oportunidad, que entienda que todo lo que ha hecho lo ha hecho por amor. Pero con un gesto de sus pequeños dedos, la esfera escapa de su agarre y vuela hasta los brazos de Sikil.

A Darien le parece ver la silueta de Nathan en el siguiente parpadeo. Durante el resto de su vida, recordará ese momento y estará seguro de que su amigo estaba allí, entre los restos del caos, y miró hacia atrás. Lo miró a él a los ojos y sonrió como lo hacía antaño, como el niño que nunca se cansaba de hacer travesuras. Después, echó a andar como si supiera exactamente a dónde tenía que dirigirse antes de desaparecer.

Darien trata de limpiarse los ojos con una mano. Trata de enfocar a su diosa, que todavía lo observa, como si supiera que tiene algo que decir.

—Deja… Deja que se encuentren de nuevo —susurra por debajo del llanto de Lilith, por debajo del sonido de su propio corazón—. Permíteles ser felices.

Sabe que ni siquiera su diosa puede prometer algo así, que no depende de ella, que hay más dioses en juego. Pero la niña cabecea.

—Veré qué puedo hacer.

Eso es todo. Y Darien está dispuesto a contentarse. Por eso la deja marchar. Por eso aprieta a Lilith con más fuerzas y susurra contra su oído:

—Estará bien. Estoy seguro de que estará bien.

Es un deseo lanzado a las estrellas, no una promesa, pero sienta bien decirlo, aunque no sabe si su prima lo escucha, porque no llega a decir nada. No llega a moverse y todavía sujeta la ropa y el colgante contra ella.

Sigue sujetándolos, más callada, aunque igual de ausente, cuando Derek y Dyne llegan, tan solo un par de minutos después. Darien los siente acercarse antes incluso de mirar hacia atrás y verlos ralentizar el paso al darse cuenta de que todo está demasiado quieto, de que hay demasiada muerte en ese lugar. Están heridos, manchados de tierra y polvo, pero Derek parece entero, así que supone que lo han conseguido. Ammarah de Daiva también es una luz apagada y el sacrificio de Ishtar no fue en vano.

Derek traga saliva, sobrecogido.

—¿Qué…?

Pero él ni siquiera le permite terminar su pregunta:

—Caleb —nombra con la voz ronca—. Ayudad a Caleb.

Si Derek ha recuperado la movilidad, también tiene que haber recuperado sus poderes, y los necesitan. Darien está demasiado débil. Para entonces, las heridas son un dolor sordo al que se ha acostumbrado y, por primera vez, da gracias por la maldición de Destino. Está seguro de que, de otra forma, ya se habría desmayado. Puede que no le falte mucho para hacerlo, porque es consciente de toda la sangre que ha perdido, de que tal vez necesite

que le curen, porque los bordes de su visión a veces se diluyen, le faltan las fuerzas y la cabeza le da vueltas cuando se mueve rápido.

Derek da un respingo y se apresura a mirar alrededor en busca de su amigo. Darien sabe que sigue vivo porque no ha dejado de centrar parte de su atención en él en todo ese tiempo, pero no sabe en qué condición se encuentra. Por suerte, los recién llegados se apresuran hacia él como si de pronto fuera lo único que importase.

Darien solo repara entonces en el objeto que aguarda a unos pasos de él. El Amuleto del Tiempo está detenido, no muy distinto a un reloj cualquiera, demasiado callado para ser capaz de convocar tanto dolor con solo mover sus manecillas.

Pero esa ha sido la última vez. Va a asegurarse de ello.

Se aparta de Lilith lo suficiente para tomarle el rostro y dejar un beso en su frente. La muchacha ya no llora, como si se le hubieran acabado las lágrimas, aunque tiene las mejillas empapadas. Ella no se fija en él en ningún momento, sino que tiene los ojos puestos sobre la estrella de Adam. Puntuándolos hay un par de arrugas que antes no estaban ahí y Darien no puede evitar repasarlas con el pulgar, pero su prima ni siquiera reacciona con esa caricia. Está triste, rota, perdida.

Él también lo está, pero sobre todo se siente agotado.

El sol sigue brillando, aunque la escena tiene un cariz apagado cuando se mueve hacia el Amuleto. Lo mira y, durante un momento, le parece escuchar algo. Una voz dice su nombre y él se plantea cogerlo; llega incluso a imaginarse cómo sería tenerlo. Si lo tomase del suelo ahora, podría cerrar el círculo y devolvérselo al alma de Chronos. O incluso podría quedárselo él. Podría cambiar la historia, hacer que sea Tara quien lo use por fin. Sería una justa retribución,

la manera de compensarla por no haber tenido control sobre su propio tiempo. Quizá incluso llegue a imaginarse usándolo. Se pregunta si el poder del tiempo se parecerá más al de los necromantes o al de los celestiales. Se pregunta si habría alguna forma de recuperar algo de lo que ha perdido. A Nathan, a Ishtar, a Adam. Si puede convertir doce años en veinticuatro o treinta y seis o…

Su mano encuentra el metal casi a ciegas y cierra los dedos alrededor de la empuñadura de la daga de Muerte. Está seguro de que la aprieta con más fuerza de la necesaria, pero de pronto le tiembla la mano.

Cuando levanta el arma del suelo, le parece que nunca había pesado tanto.

¿Estás seguro de lo que quieres hacer, Darien Veriz? Conmigo tus deseos estarían al alcance de tu mano…

Darien no sabe si se imagina la voz. No es como nada que haya escuchado antes, pero podría ser una fantasía de su mente exhausta. Podría ser su cabeza jugándole una mala pasada, insistiendo en ofrecerle cosas que sabe que están fuera de su alcance. El necromante alza el puñal. Ese objeto tiene que ser destruido. Ese objeto es, en parte, culpable de sus propias maldiciones. Mil años lleva en el mundo y mil años es también el tiempo que su alma lleva atormentada. Mil años dura ya la partida de los dioses que están jugando con Caleb y con él.

¿Y crees que dejarán de jugar si me destruyes? No, solo tendrás un aliado menos.

Darien baja el puñal cuando se niega a escuchar más mentiras, pero también lo hace Tara, que quiere descansar al fin; también lo

hace Nevan, que perdió a su amante antes de tiempo por culpa del Amuleto. Darien baja el puñal, pero lo hace con la fuerza de Ezra y Lev y Hela y cada una de las vidas que han vivido atormentadas durante todo ese tiempo.

El golpe le resuena en los huesos, hace que le castañeen los dientes. El cuchillo se rompe por la mitad con un chasquido y varios trozos repiquetean sobre el suelo. Darien contiene la respiración y se queda muy quieto, esperando, pero un segundo después, una grieta empieza a crecer sobre la superficie del Amuleto. Sigue con la mirada cómo se divide, cómo se ramifica, cómo parece muy superficial, pero cada vez se hace más y más honda y, con un último tictac que lo condena, se parte en mil pedazos. Solo un segundo después lo hacen también las espadas destinadas a protegerlo, a luchar por él, desprovistas de todo su sentido. Las ve, las escucha y, un segundo después, contempla cómo la energía contenida de todos los objetos se escapa convertida en mil esferas diminutas, mil espíritus que se mezclan con el aire y se alejan hacia el cielo como pétalos caídos que el viento se lleva lejos.

Darien suelta lo que queda de su puñal y se deja caer con un sollozo en la garganta y el corazón tan roto como el legado de ese dios al que amó en otra vida.

Mil años de historia se disuelven a su alrededor.

Sin el Amuleto del Tiempo, el mundo no se romperá más, pero a Elira Surya le parecerá lo contrario cuando despierte y descubra el cuerpo sin vida de su prometido, del mismo modo que el de Lilith Rheiz sumará una nueva grieta cuando entienda que Ammarah de Daiva ha fallecido y que el Sacro Reino ahora depende de ella.

Esa, sin embargo, es otra historia, una que no me corresponde a mí contar. Ese es el principio de una era distinta, y ni siquiera yo puedo adivinar qué deparará.

Quienes pronto empezarán a apostar al respecto, sin embargo, son mis hermanos. Los encuentro en el mismo lugar de siempre, observando el mundo desde su cómodo plano, siempre alejados. Ambos se sorprenden al verme, aunque los dos tienen reacciones muy distintas al respecto: Mithra me dedica su sonrisa de serpiente; Xandre me juzga con los mil ojos que tiene en las plumas que le cubren la piel.

En mi mano llevo la energía de sus espadas, que flota hacia ellos como si los hubiera echado de menos.
Vuelan alrededor de sus cuerpos antes de fusionarse con sus cuerpos de nuevo, pues a ellos pertenecen.

—Se acabó el juego —digo con calma—.
El Amuleto ya no está.

—Por ahora —replica Xandre—. La magia del Tiempo no puede haberse disuelto sin más.
¿Dónde la has metido?

Ladeo la cabeza, tranquila, inocente.

—Por ahora, en ninguna parte.

—Pero tendrás que hacerlo —apunta Mithra—.
No puedes contenerla para siempre. No lo harás, porque es un abuso de poder, y sabes lo mal que lleva Xandre los abusos de poder. A Chronos lo condenó por mucho menos.

Sí, soy consciente de que eso me convertiría en un nuevo objetivo, la próxima Original a eliminar.
Pero nunca he pretendido ser tan osada.

—La magia del tiempo volverá al mundo, como debe ser.

—¿Dónde? ¿La meterás en otro objeto?
¿En una persona?

—Quién sabe.

—Nosotros lo sabremos —protesta Xandre—.
Más tarde o más temprano, lo sabremos.
Y tú sabes lo que pasará entonces.

Sí, lo sé. El Amuleto del Tiempo era solo uno de sus juegos, pero pronto comenzarán otro. Volverán a mover piezas, a divertirse observando desde el lugar lejano en el que están, y yo, una vez más, por siglos y siglos, recopilaré las víctimas que provocarán.

Mi mirada vuelve a los millones de esferas que rodean ese lugar, todas llenas de momentos, de personas, de existencias de ese universo y de tantos otros. Un sinfín de posibilidades, de cosas que serán y que no.

—Que volveremos a empezar.

EPÍLOGO

Muerte estaba allí cuando el bebé abrió los ojos por primera vez.

Ocurrió la noche después de que las murallas del Sacro Reino cayeran, porque no quería hacer esperar más a la energía ansiosa y vibrante, deseosa de vivir una nueva existencia, que llevaba entre los dedos. Ni siquiera tendría por qué haberse quedado a ver el momento del alumbramiento, pero lo hizo. En ocasiones como aquella no podía evitar sentir curiosidad. En ocasiones como aquella le gustaba observar la nueva vida e imaginar a dónde podría llegar.

La criatura nació a pocos minutos de la medianoche, acompañada de un llanto tan escandaloso que dejó claro desde el primer momento que en el futuro se negaría a pasar por aquel mundo de puntillas. La diosa se acercó a ella después de que la partera la dejara en brazos de su madre, pero nadie fue consciente. Tampoco se percataron de la caricia que abandonó sobre sus rizos apelmazados y que dejó tras de sí un mechón blanco por el que más tarde su madre se preocuparía. La niña, sin embargo, lo exhibirá con orgullo años más tarde: se trenzará la parte albina para que destaque todavía más contra el pelirrojo del resto de sus cabellos y proclamará ante quien quiera escucharla que fue bendecida por los mismísimos dioses cuando nació. Tendrá razón, aunque no lo sepa, aunque nunca recordará a la diosa que se inclinó sobre ella y le susurró:

—Aprovecha esta vida.

La muchacha no tendrá constancia de ese encuentro al crecer, pero, como si el mensaje hubiera calado en su alma, se tomará muy en serio vivir cada instante de esa existencia. Su madre le dirá a menudo que aprendió a correr antes que a andar, que siempre le soltaba la mano para explorar ese mundo que en los primeros años se redujo a las calles cambiantes de Damira. Entre sus callejones empinados y laberínticos hace sus primeros amigos y con ellos juega al escondite, a perseguirse y atraparse, a crear nuevos mundos y ser otras personas utilizando su imaginación; en el puerto se congracia con los marineros recién desembarcados que están dispuestos a contarle historias de otras tierras, de otros tiempos, de grandes tesoros e islas que se hunden en el mar. De ellos aprende las palabras por las que la castigan sus padres, pero también a pescar, a diferenciar las partes de los barcos y el funcionamiento de las velas, a regatear y salirse con la suya.

La muchacha del mechón blanco crece soñando con viajar, con recorrer todo el mapa que hay en un viejo libro que pertenece a su madre. Sentada junto a ella, en la mesa de su estrecha cocina, mientras el pan está en el horno y la sopa y los guisos burbujean, aprende a anhelar el mundo que le muestra y del que suele contarle un sinfín de historias. Muchas veces ficticias, pero a veces también reales, sobre los gobernantes del pasado y el Evren de su presente. Allí descubre que sus padres nacieron en el Sacro Reino de Daiva, pero que tuvieron que abandonar su hogar cuando la antigua reina ordenó que todo el pueblo se convirtiera a su fe. Se marcharon de allí juntos, de la mano, cuando ella ya estaba en el vientre de su madre, y llegaron a Odelia con la esperanza de una nueva vida.

Eso tarda en comprenderlo, porque el mundo en el que crece la joven es muy diferente a ese que un día conocieron sus padres. En su mundo no hay naciones protegidas por murallas divinas y cualquiera puede ir a donde desee, aunque a veces escuche ecos de conflictos entre brujos y celestiales. En su mundo, Daiva y Odelia no están en guerra, igual que no lo están Orlaith o Ilan o Arsay. Las gobernantes de Evren son justas y el pueblo no necesita tenerles miedo. Ella, al menos, no teme a la Emperatriz Viuda, que ha fundado escuelas, bibliotecas, universidades y teatros por todo el Imperio y que se dice que siempre abre las puertas de su palacio a cualquiera que lo necesite.

De todos modos, a la muchacha no le interesa tanto la política como las aventuras y las historias de los brujos, precisamente por eso va a buscar un demonio en cuanto cumple los dieciséis años. Lo busca en Yuda, allá donde dicen que son más peligrosos, pero no le importa, porque no tiene miedo. Ha soñado con ese momento desde que era muy pequeña, así que está más que preparada cuando una criatura de piel de carbón y fuego se presenta ante ella. Le parece distinto a los demás solo porque bromea diciéndole que está seguro de que se han visto antes y que, para asegurarse, tiene que comerse sus ojos, así que ella accede.

Solo cuando ya lo siente dentro, acomodándose en sus recovecos, le pregunta:

—¿Y bien? ¿Nos hemos visto antes?

«Sí, diría que sí».

—¿Cuándo? Es la primera vez que vengo a un nido.

«Quizá en otra vida. ¿No sabes que hay cosas que están condenadas a repetirse?».

Ella resopla ante la idea, pero no se le ocurre qué responder a eso.

En realidad, la perspectiva de que algunos sucesos puedan repetirse le resulta emocionante, algo digno de una de esas historias que le encantaba escuchar cuando era niña, así que decide que quizá esa sea la razón por la que en los siguientes días le parece recordar cosas que nunca ha vivido. Le pasa en el nido, cuando se encuentra con rostros familiares que no ha visto jamás, y le vuelve a pasar cuando decide cruzar el río Nagar para llegar a Arsay y comenzar ese viaje soñado para recorrer el mapa que se ha aprendido de memoria.

Una noche, por ejemplo, mientras el cielo llora astros, le parece ver a alguien contando estrellas con ella. Llega a girar la cabeza, esperando encontrar una figura a su lado, pero el lugar está vacío. Está sola también cuando, al día siguiente, le da la impresión de que alguien la sigue por los bosques, intentando seguirle el ritmo. Tiene la sensación de haber estado antes en el pequeño poblado quemado y abandonado al que llega unos días más tarde y también cree haber visto antes la pequeña casa con la que se topa al poco rato, donde apenas queda mucho más que el recuerdo de un clavicordio y un enorme árbol en lo que en otro tiempo debió de ser un jardín.

No se detiene ahí. Quiere conocer todo el territorio, así que prosigue su camino y se enamora un poco del pasado mientras camina entre las ruinas de una civilización perdida. Se imagina viviendo entre ellas, pero al mismo tiempo Evren es inmenso y todavía tiene mucho que ofrecerle. Quiere viajar hasta Eirwynn y ver sus parajes nevados, ahogarse de calor en los desiertos de Calais, descubrir el arte y la moda de Ilan. Y, sobre todo, quiere visitar el

Sacro Reino, el lugar en el que nacieron sus padres. Aunque para parte de la población los brujos no son muy bien vistos en sus territorios, quiere conocer la capital, contemplar la basílica y comprobar con sus propios ojos si es cierto que la Reina Santa a veces pasea por las calles como si fuese una ciudadana más, acompañada de una lechuza que la sigue a todas partes y desprovista de joyas más allá de su medallón de celestial y un colgante con forma de estrella.

Está soñando con ello cuando la atacan.

Ocurre mientras está acampada, en medio de la noche. La hoguera que había encendido se ha apagado para entonces y el aullido la despierta de golpe, pero no es capaz de reaccionar a tiempo de evitar que un lobo inmenso se lance a por ella. Las fauces alcanzan su hombro y la muchacha grita, desgarrada, un instante antes de conseguir convocar el fuego para herirlo y espantarlo. Aunque lo logra, el dolor la acompaña el resto de la noche, mientras se acurruca en una rama alta para evitar más animales, incapaz de volver a dormir, pero sin atreverse a ponerse en camino hasta que salga el sol.

Encontrar la casa es un golpe de suerte. A esas alturas ya sabe que los necromantes suelen vivir en comunidades, pero también que algunos prefieren apartarse de los demás, así que avanza hacia la cabaña con la esperanza de que pertenezca a alguno lo suficientemente amable como para ayudarla con sus heridas. El lugar no tiene nada de especial, más allá del precioso jardín lleno de flores y el gran árbol donde las cintas de colores bailan en cada rama.

Allí, colgando un nuevo recuerdo, hay una muchacha.

Ella es lo último que ve antes de desmayarse.

Cuando despierta, se encuentra a sí misma tumbada en una cama, en una habitación pequeña en la que el aroma a lavanda le llena los sentidos. A su lado, sentada en una silla, está la misma chica que le ha parecido ver antes de desplomarse. Canta una canción venida de mucho tiempo atrás mientras cose. No se ha dado cuenta de que la muchacha del mechón blanco ha despertado, así que por unos segundos esta tan solo la contempla. Su anfitriona es joven, quizá de su edad, y tiene los ojos castaños más grandes que ha visto nunca, del color de la tierra mojada. Casi del mismo tono son sus cabellos, rizados y cortados a la altura de los hombros, recogidos por una pañoleta verde a modo de diadema. Recorriéndole la clavícula, descubriéndola como necromante, el tatuaje blanco de una enredadera destaca contra su piel morena.

Aun así, lo que más le llama la atención es la mancha pálida que ve en su mejilla izquierda. Le recuerda a una constelación, aunque no sabría decir a cuál.

Es preciosa.

La muchacha se da cuenta de que ha abierto los ojos solo cuando alza la vista y sus miradas se encuentran. En cuanto ocurre, la pelirroja siente que algo se le mueve dentro, que se revoluciona, casi como si su demonio quisiera robarle el control.

No es eso. Solo es su corazón, que da un brinco que no entiende.

—¡Estás despierta! —La voz de la necromante es casi tan cantarina como la melodía que ha dejado de tararear—. ¿Cómo te encuentras?

La bruja traga saliva, incapaz de dejar de mirar en esos ojos oscuros, tan distintos a los suyos, azules y claros. Tarda en recuperar

las palabras y, cuando las encuentra, perdidas en algún lugar de su estómago, solo es capaz de decir:

—Me has salvado la vida.

La otra chica parpadea, sorprendida, como si acabara de hacer la declaración más impactante del mundo. Después, divertida, esconde una sonrisa tras la mano y la otra muchacha se pregunta de inmediato cómo será el gesto que esconde bajo sus dedos. Tiene el impulso irracional de apartarle la mano y verlo, aunque se siente ridícula en cuanto es consciente de ese pensamiento.

—Creo que eso es un poco exagerado, pero me alegro de que estés bien. ¿Cómo te llamas?

—Asra. —La respuesta es tan rápida que casi se atraganta con ella. No sabe por qué se siente tan inquieta, tan torpe—. Me llamo Asra.

—Es un placer, Asra. —A la muchacha parecen hacerle gracia sus nervios, pero aun así le tiende la mano—. Yo soy Estel.

Nunca había aceptado más rápido un apretón, ni siquiera al hacer su Trato. En cuanto sus dedos se cierran alrededor de la piel de la necromante, siente un estremecimiento nuevo, una energía que le sube por la palma, le recorre todo el cuerpo hasta los pies y deja una calidez extraña dentro de su pecho. Es casi como volver a hacer un Trato. Se siente igual, como algo mágico e irreversible. Como si su vida acabara de quedar irremediablemente ligada a la de esa muchacha.

O como si siempre lo hubiera estado.

Por un segundo, Estel mira su apretón, como si ella también lo hubiera notado.

Es solo un instante antes de que las dos se suelten y la necromante se ponga en pie carraspeando. Se alisa el vestido verde y Asra se percata entonces de que hay más enredaderas inscritas en sus brazos, marcándole la piel. Es consciente de que esos tatuajes son lo que queda de las cicatrices de aquellos que se convierten en necromantes, así que no puede evitar preguntarse cuántas heridas más esconde y cómo se las hizo.

Es solo una de las muchas cosas que de pronto le gustaría saber sobre ella.

—¿Tienes hambre? —le pregunta Estel—. Mi padre ha preparado algo de desayuno.

Asra titubea, al principio sin saber qué decir. Se supone que estaba en medio de un viaje, que no quería detenerse demasiado en ninguna parte, que tiene mucho que ver y descubrir, pero hace tiempo que no conversa con nadie más que con su demonio y no come más que lo que caza y recolecta por el camino, así que la idea de sentarse a una mesa, con otras personas (con *esa* persona) consigue emocionarla más de lo que debería. Si se queda, podrá hablar un poco más con ella. Si se queda, quizá descubra la historia de sus cicatrices o consiga ver cómo es su sonrisa cuando no la esconde.

Sí, tiene hambre.

Pero, sobre todo, tiene todo el tiempo del mundo.

AGRADECIMIENTOS

Cuando empezamos a escribir *El eco del destino* en 2023, todo en lo que estábamos pensando era en darle vida a esa historia que llevaba con nosotras más de quince años. Queríamos cumplir un sueño y, sobre todo, hacer que las Iria y Selene del pasado (y del futuro) pudieran sentirse orgullosas. En aquel momento no sabíamos si esta trilogía de fantasía épica interesaría a nadie, así que no os podéis imaginar lo felices que nos hace que tanta gente se haya encariñado de Nathan, Lilith o Darien, que haya hecho ilustraciones, fanfics e incluso peluches o bordados basados en las cubiertas.

No os vamos a engañar: durante este tercer libro ha habido días en los que no hemos sido capaces de escribir ni una sola palabra. Ha habido días en los que no sabíamos si podríamos acabarlo, incluso. Hemos derramado muchas lágrimas (y no solo por el destino de algunos personajes) y hemos dudado en muchos puntos del camino.

Pero ya está. Lo hemos conseguido. Pese a todos nuestros pensamientos intrusivos. Pese a todos nuestros monstruos. Y ¿sabéis qué? Ahora, en este presente, estamos satisfechas. Porque las Iria y Selene de 2008 no habrían podido escribir una historia así. Porque, probablemente, ni siquiera las nosotras de 2020 podrían haberlo hecho. Porque hemos aprendido muchísimo de estos tres libros y hemos dejado muchísimo de nosotras en estas páginas. Así que gracias. Gracias por acompañarnos a lo largo de estos tres años, gracias por apoyarnos y darnos ánimo y esperar con tantas ganas

cada nueva noticia relacionada con estos libros. Gracias por leer, siempre, y gracias especiales a quienes habéis creado vuestras propias obras como tributo a las palabras que nosotras hemos dejado plasmadas en el papel.

Gracias a Hilde, por recorrer con nosotras este camino y animarnos a seguir adelante cuando ni siquiera nosotras teníamos fe. Gracias a Marta, que se quedó a nuestro lado más allá del deber y quiso ver cómo se escribía esta trilogía, desde la primera palabra hasta la última. Gracias Ana, por sus valiosas correcciones pero sobre todo por los comentarios al margen chillando y llorando por los personajes. Al resto del equipo de edición, además de un agradecimiento les debemos una disculpa: sabemos que tendréis pesadillas con la longitud de estos libros por mucho tiempo.

Gracias a Myriam por sostener nuestra cordura (la de una de nosotras un poco más que la de la otra) y repetirnos hasta la saciedad que habíamos escrito algo maravilloso. A Inma, por su implicación y cariño y darle cara a todos nuestros personajes. A Eva, también, por haber sido la segunda lectora de la historia después de un maratón de muchísimas páginas. Y gracias especiales a nuestra mesa de rol, porque probablemente sin las (pocas) tardes al margen del mundo real habríamos acabado completamente desquiciadas.

Este libro no es solo el fin de una trilogía, para nosotras es más bien el fin de una era, de una etapa. Y no sabemos qué nos deparará la siguiente, pero esperamos que os quedéis cerca para comprobarlo. Para seguir viviendo nuevas historias con nosotras y descubrir a nuestro lado qué más podemos llegar a hacer.

Nos vemos en el próximo mundo a conquistar.

LLEGA EL DESENLACE DE LA TRILOGÍA MÁS AMBICIOSA DE LAS AUTORAS SUPERVENTAS IRIA Y SELENE.

El tiempo fue un don. Después, una tentación. Ahora es una sentencia.

Tras toda una vida cargando con el Amuleto, Nathan ha perdido el poder del tiempo. Ahora su mundo se desmorona pero, aunque ya es tarde para enmendar sus errores, aún puede hacer que merezcan la pena al recuperar a Adam. Y solo su demonio y el nuevo Portador pueden ayudarle a conseguirlo.

Lilith, en cambio, está convencida de que recuperar a su hermano no va a solucionar nada, casi tanto como de que se ha equivocado con

Nathan. Quizá su destino nunca fue matarlo, sino salvarlo. No del Amuleto, tampoco de su demonio, sino de sí mismo.

Por su parte, Darien sabe perfectamente lo que se siente al no tener salvación. Ya ha renunciado a ella. Una condena pende sobre su cabeza y lo más probable es que ni él ni la persona que ama puedan evitarla.

O quizá sí. Quizá exista alguna manera de vencer en la partida de los dioses.

Pero hay juegos que no se pueden ganar sin sacrificios.

Selene M. Pascual e Iria G. Parente son dos autoras de literatura juvenil con casi una veintena de títulos publicados en los que se mezclan la fantasía, la ciencia ficción o el romance contemporáneo. Entre sus obras se encuentran *Anne sin filtros*, *Rojo y oro* o *Alma y los siete monstruos*, todos ellos libros muy distintos y de diferentes géneros, pero con un núcleo común: la importancia de las emociones y unos personajes muy reales.

Primera edición: septiembre de 2026

© 2026, Iria Gil Parente y Selene Molares Pascual
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2024, Giulia Calligola/Lunar Morrigan Arts, por el mapa
Ilustraciones de los arranques de capítulo: CALEB: © 2024, Giulia Calligola;
RESTO DE PERSONAJES: adaptación a partir de los originales de Medusa Dollmaker.
Diseño de interior: Penguin Random House Grupo Editorial / Meritxell Mateu

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Meri Mateu
Ilustración de portada: @jav_rubin

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Ninguna parte de este libro puede ser utilizada o reproducida con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. PRHGE se reserva expresamente la reproducción, la extracción y el uso de esta obra y de cualquiera de sus elementos para fines de minería de textos y datos y el uso a medios de lectura mecánica u otros medios que resulten adecuados (art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
En caso de necesidad, contacte con: seguridadproductos@penguinrandomhouse.com

ISBN: 978-84-272-5751-1

Compuesto en M.I. Maquetación, S.L.

Facebook: PenguinEbooks
Facebook: somosinfinitos
X: @somosinfinitos
Instagram: @somosinfinitoslibros
Youtube: penguinlibros
Spotify: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por leer este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

penguinlibros

Índice

Time Keeper 3: La muerte del tiempo

Prefacio

I. Tiempo de cambios

- Nathan
- Darien
- Elira
- Caleb
- Ishtar
- Astrey
- Lilith
- Darien
- Astrey

II. Robarle tiempo a la muerte

- Ammarah
- Dyne
- Dyne
- Dyne
- Ammarah

III. Tiempo prestado

- Darien
- Astrey

Elira

Astrey

Lilith

Ammarah

Dyne

IV. Tiempo irrecuperable

Elira

Astrey

Caleb

Astrey

Caleb

Lilith

Lilith

V. Un tiempo maldito

Darien

Ishtar

Darien

Ishtar

Darien

Ishtar

Darien

Ishtar

Darien

Caleb

Ishtar

Darien

VI. Atemporal

Nathan

Lilith

Caleb

Darien

Ishtar

Caleb

Darien

Lilith

Lilith

Nathan

VII. Palabras a través del tiempo

Astrey

Elira

Astrey

Dyne

Ammarah

Elira

Astrey

Elira

Astrey

Elira

Astrey

Elira

Astrey

Elira

Astrey

Elira

VIII. Tiempo de deseos

Caleb

Darien

Ishtar

Lilith

Nathan

Darien

Caleb

Darien

IX. El imperio del tiempo

Astrey

Ammarah

Dyne

Elira

Astrey

Elira

Astrey

Astrey

Elira

Astrey

Elira

Astrey

Astrey

Elira

X. Tiempo de decir adiós

Lilith

Nathan

Lilith

Darien

Nathan

Caleb

Nathan

Lilith

Nathan

Lilith

Darien

Ishtar

Darien

Nathan

Caleb

Lilith

XI. La muerte del tiempo

Ammarah

Astrey

Dyne

Darien

Lilith
Caleb
Astrey
Elira
Lilith
Darien
Nathan
Ammarah
Dyne
Astrey
Elira
Caleb
Lilith
Astrey
Nathan
Lilith
Nathan
Darien
Epílogo
Agradecimientos
Sobre este libro
Sobre Iria G. Parente y Selene M. Pascual
Créditos